

MAPAMUNDI

The image features a stylized, monochromatic illustration of a city skyline. The scene is dominated by a vibrant red color, with black silhouettes of buildings and structures. In the center, two prominent, tall spires with rounded tops stand out against the lighter red background. To the right, a large, rounded dome is visible. The foreground shows a dense network of streets and smaller buildings, also rendered in black and red. The overall style is graphic and artistic, with a textured, almost painterly quality to the background.

CHRISTOPHE PAUL

CHRISTOPHE PAUL

Mapamundi

Traducción de Veronique Conesa

Galería del Libro

Sinopsis

Un Thriller de aventuras e intrigas, de rabiosa actualidad que tiene como telón de fondo la corta e intensa vida de Alejandro Magno, la leyenda de su tumba y su inmenso tesoro.

Madrid, España, 2008. Después de sustraer un mapamundi de la Biblioteca Nacional en cuyo trazado se esconde un mapa secreto, los personajes se ven envueltos de la noche a la mañana, en una serie de misteriosos acontecimientos que les llevarán sobre la pista del mayor secreto jamás guardado. Acosados por la CIA y la NSA, instigadas por el hombre más poderoso de los Estados Unidos, y por el Vaticano, recorren medio mundo siguiendo el rastro del emperador.

Traductor: Veronique Conesa

Autor: Paul, Christophe

Editorial: Galería del Libro

ISBN: 9788493849504

Generado con: QualityEbook v0.64

MAPAMUNDI

CHRISTOPHE PAUL

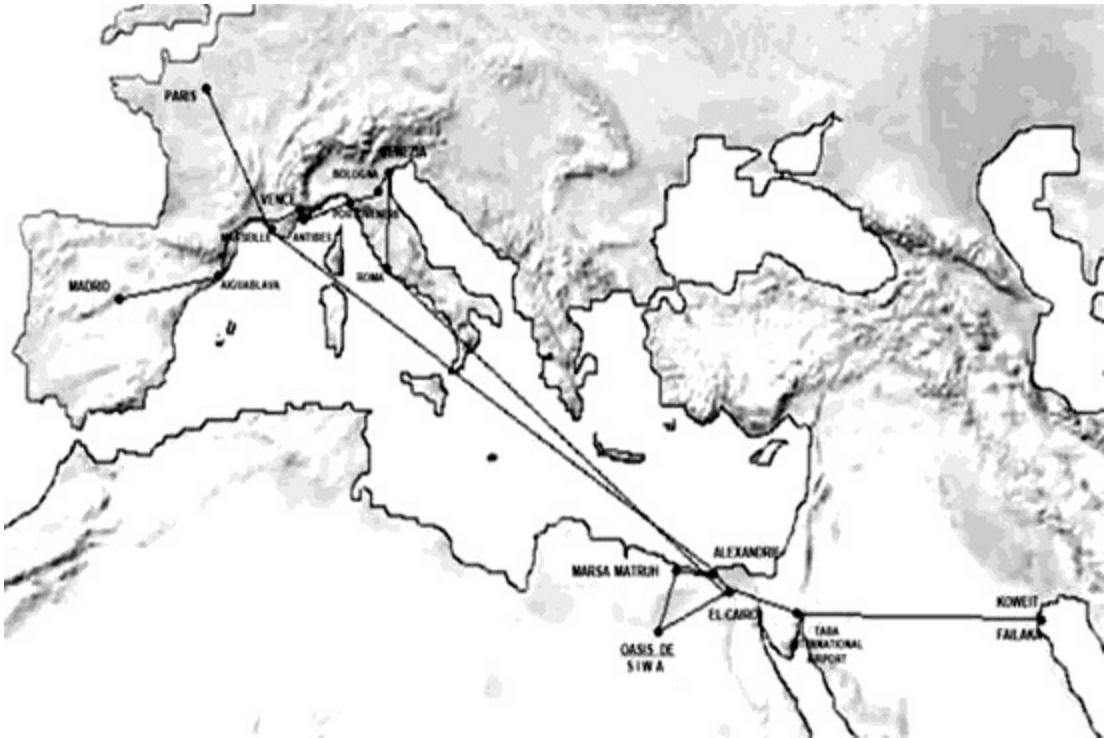
Titulo original: *Mapamundi* © Christophe Paul 2009

Traducción: Véronique Conesa

Diseño de la cubierta: Zinnia Clavo, Eva Millares 1ª edición: digital junio
2012

ISBN: 9788493849504





DEDICATORIA

*A todas las mujeres sedientas de emoción y aventura Y a todos los hombres
que las aman*

LISTA PERSONAJES

Abdel Aziz - Hombre de confianza, familia Zi Zenatti
Abie Brown - Rubia CIA
Ahmed - Hombre de Bratti, Egipto
Albert Wineski - Mandamás CIA
Alberto - Guarda de seguridad Biblioteca Nacional
Augustino - Hombre de Bratti
Aurelia - Ama de llaves, Palacio Venecia
Azîm - Guarda casa del Persa, Siwa
Dennis Young - Camisa verde CIA
Don - Marine quemado CIA
Edgard Rossi - Amigo íntimo familia Zi Zenatti
Etienne Martínez - Capitán Yate
Eve Thousands - Arqueóloga excavaciones, Siwa
Farûq - Hombre de Bratti, Egipto
Frank Bowell - Hombre CIA misión especial
Giovanni Licciardi Casamento - Obispo cercano al Papa
Guido - Hermano Zi, superdotado
Hassân - Piloto de la avioneta
Isabel El-Romani - Madre de Zi y Guido
Jamîl - Johnny - Ayudante de Eve Thousands, Siwa
Lennon - Perro de Guido, cruce de Jack Russell
Louie Lauper - Negro CIA
Mahmud El-Abbibi - Primo de Târek, Siwa
Marcelo - Ayudante Palacio Venecia
María José del Pino - Amiga de Zi, embajada USA
Massimo Zenatti - Padre de Zi y Guido
Michel - Trabaja en la Universidad de California
Miguel - Camarero, Parador Aiguablava
Natalia Costas - Vecina, amiga de Zi
Paolo Bratti - Especialista misiones especiales Vaticano
Pierre Henri - Propietario, empresa de datación París

Radhiya - Mujer de Azîm

Samy - Experto robótica, novio Zi

Saqr - Negociante, objetos de arte egipcio

Târek El-Kassem - Taxista Alejandría

Thierry Leroy - Historiador jefe depart. Louvre

Vero - Amiga de Zi, Louvre

Walter - Marine ileso CIA

Zaggâlah / zaggâl - Guerreros siwi

Zi Zenatti El-Romani - Heroína

* * *

La primera explosión sacudió el silencio de la noche cuando salían del descampado y se metían por el camino de tierra, a unos quinientos metros detrás de la urbanización.

—¡Guido, te has pasado! ¿Qué has hecho?

Zi había parado el coche, Natalia y ella miraban al niño con una expresión extraña.

—Nada, te lo juro. Sólo he puesto mis redes.

—¿Y lo de la corriente en la puerta?

—Como mucho un calambrazo fuerte. El diferencial es de treinta miliamperios, como obliga la ley. Esto corta la corriente enseguida y no hay riesgo mayor que un buen susto.

Una segunda explosión los volvió a sorprender haciendo temblar la noche.

—¡Joder! ¿Qué está pasando?, larguémonos de aquí, —dijo Zi. Metió una marcha, y el coche se alejó por el camino de tierra a velocidad prudente y sin otras luces que la luna, hasta que llegaron a la carretera principal.

El Audi salió del camino y se incorporó al asfalto. Zi puso las luces. Todo el mundo estaba en silencio. El reloj digital del salpicadero indicaba ya las dos y cuarto de la madrugada. A la derecha de la carretera, se podía percibir a lo lejos la luminosidad de un incendio. Las llamas debían de tener varios metros de altura para que se viesen a esa distancia.

De pronto, al salir de una curva, se cruzaron con tres coches de policía y dos camiones de bomberos con las sirenas a todo meter, que se dirigían al lugar del siniestro.

—Han tardado poco en avisar —observó Zi.

Nadie contestó.

Las últimas horas habían sido bastante intensas. Quién se podía imaginar esa misma tarde que todo iba a desquiciarse de esta manera.

¿Querían ir a por ellos?, ¡pues bien!, no se lo iban a poner fácil.

PRIMERA PARTE

1

Oeste de la Comunidad de Madrid, España. Últimos días de junio 2008, 5 horas antes.

“**H**ABÍA una vez, hace mucho, mucho tiempo, un príncipe muy especial. Cuenta la leyenda que allá por el año 357 a.C., un Faraón egipcio llamado Nectanebo visitó la corte de su padre, Filipo II Rey de Macedonia. Era un mago con muchos poderes, que sedujo en secreto a Olimpia, Princesa de Epiro y esposa del Rey. Luego resultó que en realidad el Faraón mago no era otro que el Dios de los dioses, que los egipcios llamaban Amón-Ra, los griegos Zeus y los sumerios Marduk.

El príncipe nació, y la reina le llamó Alejandro. Tenía la particularidad de poseer ojos de diferente color, uno pardo y el otro gris verde. La diferencia de color se veía poco, sólo cuando mostraba cambios de humor. —¡Igualito que tú! —Pasaron los años, Alejandro recibió una educación principesca en manos de su preceptor, el gran filósofo Aristóteles. Asesinaron a su padre cuando él tenía sólo veinte años y le nombraron rey. Entonces cogió su flamante caballo y se lanzó a la conquista del mundo.”

—Zi, “su flamante caballo, Bu-cé-fa-lo” —dijo el niño insistiendo en las sílabas—. No vale saltarse partes del cuento para acabar antes.

Zi hizo una mueca. Su hermano Guido se sabía el cuento palabra por palabra desde pequeño. Lo podía recitar como si se tratase de una obra de teatro. La miraba con su carita risueña dulcemente enmarcada por una mata de bucles castaños y rebeldes, que apuntaban en todas direcciones. Estaba tumbado en su cama, último recinto de paz, en medio de una habitación de

preadolescente, en la que parecían haberse librado los últimos combates de una revolución interestelar...

La habitación tendría unos diez metros cuadrados, con una sola ventana que daba a la parte de atrás, al trocito de jardín, y más allá a las partes comunes, con la piscina y lo que quedaba de las pistas de tenis. A la derecha de la cama estaba la mesilla de noche, donde descansaba un artefacto galáctico: un despertador desguazado del que salía un amasijo de cables conectado a las tripas de una vieja radio descuartizada. Más allá, la mesa de estudio, revuelta, con el ordenador portátil rodeado de más artilugios; una videoconsola incomprensiblemente impecable, y todos los accesorios requeridos para hacer feliz a un joven inventor. El suelo de parquet, con su alfombra de pelos despeluchada, desaparecía bajo los montones de ropa y de libros técnicos más propios de otra edad. A la izquierda el armario y las repisas sobre las que se supone que debería de estar todo guardado.

Zi suspiró con desesperación. Ni ella, ni Teresa la asistente, se atrevían ya a entrar en este antro para poner orden.

—Zi, ¿me has oído?

—Oye enano, bastante es que te lo cuente, ¿no crees?

—Tienes razón. Bueno, seguimos mañana con la parte del tesoro de los persas, hoy tengo que dormirme pronto, tengo examen de mates a primera hora.

—¿Te lo sabes bien? No me ha dado tiempo a repasar contigo.

—No te preocupes. De todas maneras es mejor que no me ayudes, porque las mates y tú no hacéis buena pareja que se diga.

—Vale, tampoco hace falta refrotármelo. Lo que quería decir, es que últimamente no he tenido mucho tiempo para ti y estás pasando demasiado tiempo delante de la pantalla de tu ordenador.

—¡Ya! Le dedicas más tiempo a tus viejos mapas y a tus investigaciones. Y no es un reproche, sé que es importante y secreto.

—¿No le habrás contado nada a nadie de lo que estoy haciendo, verdad?

—¿Para que te metan en la cárcel y me quede huérfano del todo?...

—¿De dónde sacas tú estas ideas, mocoso?

Zi trabajaba en su investigación sin esconderse de su hermano pequeño, pero tampoco iba pregonando lo que hacía. Y cuando no trabajaba en ello, lo

tenía todo bien guardado en el armario del pasillo debajo de las maletas.

—¿Te crees que soy tonto? Porque muy tonto tendría que ser para no haberme dado cuenta de que el mapamundi sobre el que trabajabas el año pasado es uno de los que desaparecieron de la Biblioteca Nacional. Bastante hablaron de esto por la tele y en los periódicos a partir de agosto, y tú llevabas ya varios meses con él en casa.

—Pues yo creo que te equivocas. ¿Qué te hace pensar que son los mismos?

—¿No te parece casualidad que apareciese en casa en las mismas fechas en que fue robado? —Zi hizo un gesto de protesta e iba a empezar a negar, pero Guido levantó la mano, con la palma en señal de stop, y sin darle tiempo a decir nada siguió — los comparé cuando salieron las fotos en los periódicos.

Zi se levantó indignada.

—¿Has hurgado en mis papeles!

—No, en tus papeles no. En los de la Biblioteca Nacional.

—Pues para que lo sepas esos mapamundis han aparecido en Australia. Así que...

—“Así que” uno de ellos salió de aquí un mes y medio antes, y cuando volvieron a la Biblioteca Nacional y los expusieron en marzo pasado, fui a verlos, y uno de ellos es el que estaba en casa. Sé muchas cosas, Zi. Yo no quiero darte la lata, pero intento estar al día. Ten en cuenta que estoy más tiempo en casa que tú. Y que, aunque tenga sólo doce años, me entero de más cosas de lo que tú te crees. Como por ejemplo esas dos maletas del armario del pasillo, siempre llenas con nuestra ropa que cambias todas las semanas y que tienen hasta unos neceseres con cepillos de dientes y todos tus potingues, nuevos. Como si estuviésemos siempre listos para irnos de viaje. Al principio creí que era una sorpresa, pero...

Zi se volvió a sentar, vencida. No sabía bien qué decir. Este muchachito había crecido muy deprisa. Tal vez demasiado. Parece que fue ayer cuando les anunciaron la desaparición de sus padres, en el 2004, y ya habían pasado cuatro años. Luego habían tenido que dejar la maravillosa casa donde vivían con ellos y mudarse a la periferia. A un adosado con parcelita y piscina comunitaria, donde la ocupación principal de los vecinos era pasar los

sábados por la tarde después de la película, en los centros comerciales, para luego ir a misa de las siete evitando así tener que ir el domingo por la mañana. Y los domingos por la mañana lavando los coches y cortando sus cinco metros cuadrados de césped, para poder recibir a los vecinos y hacer otra maldita y ruidosa barbacoa, apestosa e inacabable.

—Bueno Guido, ya es tarde. Hablaremos de todo esto otro día, ahora no es momento, tienes examen mañana y Natalia me está esperando abajo.

—Como quieras. Yo no tengo prisa.

Zi se agachó sobre el muchacho y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches Guido, hasta mañana hermanito.

—Hasta mañana. Deja la trampilla abierta por si vuelve Lennon.

—Vale.

Zi salió, entrecerró la puerta de la habitación, esperó unos segundos mientras oía la voz de Guido decir: “¡Luces apagadas!”. Miró cómo la luz que se filtraba por la rendija de la puerta disminuía de intensidad hasta desaparecer por completo.

Bajó por la escalera sin hacer ruido, pensando en la cantidad de inventillos de su hermano que la dejaban perpleja. Sentía una profunda admiración por este pequeño renacuajo que con doce años, era capaz de meterse en los mundos de Internet más recónditos, descubrir los pases secretos de las Web mediante programas suyos, mover cámaras de vigilancia a distancia para ver qué pasaba en las oficinas, en los almacenes y centros comerciales o programar un PLC^[1] para sus robots y sus trampas.

Tenía toda la casa supuestamente protegida, lo cual ya les había costado más de un disgusto. Como el día en que el cartero, quien, con toda su buena voluntad, intentando entregar un paquete certificado, pasó al jardín sin esperar a que le abriesen la puerta y se vio empapado de los pies a la cabeza en unos segundos porque una célula de detección de paso abrió las electroválvulas de cinco aspersores que apuntaban directamente al caminito de la puerta.

O el día en que el gato del vecino gruñón de enfrente, se coló por enésima vez por la ventana de la cocina, en busca de las sobras de Lennon, y se encontró con una red que cayó del techo y le envolvió, atrapándolo. Esto no hubiese sido ningún problema, si no fuese porque precisamente ese fin de

semana, no estaban, y que el gato, arrastrándose como buenamente pudo por la encimera, tiró todo a su paso y luego al caer al suelo, medio cogido, medio suelto por las mallas de la red, se rompió una pata y estuvo maullando hasta que los vecinos llamaron a los bomberos. Estos rompieron la puerta para rescatarlo. A Zi le costó Dios y ayuda que el vecino no les pusiera una denuncia.

—¿YA está? —preguntó Natalia.

—Sí, tiene un examen mañana al llegar al cole.

—No te preocupes, conociéndolo, seguro que lo tiene más que estudiado. Qué rollo lo del cuento de Alejandro. Debe de sabérselo de memoria, se lo cuentas todos los días, y encima por capítulos.

—Sí, desde siempre. Papá empezó a contárselo cuando era pequeño. Era muy puntilloso con los detalles. Siempre igual, con las mismas palabras. Como si se tratase de una obra de teatro que Guido tuviese que saber de memoria. A mí me ponía de los nervios, pero a Guido le gusta. Es como un ritual. Y ahora que ya no están, es como tenerlos aquí con nosotros. Se lo sabe mejor que yo, y cuando me desvío una sola palabra, me corrige. — Estuvo callada un instante y cambió de tema—. Vamos a la cocina a ver qué encontramos para cenar.

Natalia era la vecina del adosado. Dormían pared con pared, lo cual dejaba pocos secretos a sus respectivas vidas amorosas, que comentaban entre risas y burlas simpáticas. Era una chica alta y desgarbada, con un pelo pajizo en todos los sentidos de la palabra. Solía ir con unas mallas y una camiseta. Todo lo contrario de Zi, que era menuda, de estatura mediana, con una melena morena y brillante cuyos rizos le bajaban hasta media espalda, y que solía ir siempre con “falditas o vestiditos” llamados así por su amiga, debido el escaso metraje de tela utilizado en su confección. Las formas de las que carecía Natalia, Zi las tenía con creces y en su sitio.

Habían hecho buenas migas nada más llegar al barrio. Natalia les dio la bienvenida con una pizza el mismo día en que se instalaron. Era una de estas

separadas treintañera, sin hijos, que se comen la vida a grandes mordiscos. Justo lo que Zi, con sus veintiocho años, necesitaba en estos momentos: alegría y buen humor. Salían a bailar y a divertirse una o dos veces al mes cuando podía dejar a Guido a buen cuidado. El resto del tiempo, se veían varias veces a la semana en casa de Zi, lo que era más cómodo para el muchacho.

Natalia era jefa del departamento de compras de una importante empresa de regalos promocionales, cuyo principal accionista era su padre. Con lo cual viajaba mucho al resto de Europa y a China, mientras que Zi tenía un puesto de poca importancia en la Biblioteca Nacional, que le dejaba mucha libertad.

—¿Qué tal te va en la Biblioteca Nacional?

—Bien. Como siempre. La rutina y el aburrimiento del trabajo bien hecho.

—¿Tienes noticias de Abdel Aziz? Lleva casi un mes fuera, ¿no? A ver si vuelve pronto para que se pueda quedar con Guido y podamos salir de marcha.

—La verdad es que me tiene un poco preocupada. No suele estar tanto tiempo fuera y menos sin dar noticias.

Abdel Aziz era el mayordomo, hombre de confianza, amigo... en fin, resultaba difícil definir cuál era el papel que desempeñaba en la familia. Tendría unos cincuenta años, era cuidadoso, meticulado y a la vez podía ser un verdadero bruto testarudo. Mediría un metro setenta y cinco más o menos, piel mate color aceituna, extremadamente delgado pero con una fuerza que nadie sospecharía, llevaba al pelo muy corto y una perilla. De nacionalidad egipcia, aunque alguna vez comentó que, en realidad, su familia era de origen persa. Llevaba con sus padres desde que ella tenía recuerdos. No era muy hablador pero cuidaba de la familia Zenatti como si de su vida dependiera. Sobre todo desde la desaparición de sus padres. Era como tener a un ángel de la guarda siempre presente. Incluso a veces resultaba pesado tener esa sombra pegada al cuerpo. Pero se llevaba muy bien con Guido, cuidaba del muchacho con veneración y con un cariño poco común, sin por ello pasarle sus caprichos por alto. Incluso le había confesado una vez al niño que su familia estaba al servicio de la suya desde hacía generaciones y generaciones. Era como una tradición. El primogénito varón de su familia se llamaba

siempre Abdel Aziz y pasaba al servicio de la familia cuando el que estaba en funciones ya no podía asumir el puesto. Cuando Guido se lo contó a Zi, ésta sonrió viendo cómo el muchacho se había tomado al pie de la letra otro de los relatos del Egipcio. Últimamente se ausentaba con más frecuencia, pero nunca más de unos días, a lo sumo una semana. A Zi le preocupaba que llevara tanto tiempo fuera. Se sentía como desprotegida.

Se oyó un estruendo en la entrada seguido de un ladrido. Las dos chicas se asomaron al unísono a la puerta de la cocina justo a tiempo para ver cómo Lennon se abría camino desde su trampilla de entrada, a través de unas cajas de cartón con cacharros de plástico y la bolsa de la basura.

—Lennon, lo siento, se me olvidó dejar tu trampilla libre. Ven aquí golfo, ¿dónde te habías metido?

Zi se agachó para acoger al perrito que venía trotando hacia ella con la lengua fuera y los ojos chispeando de alegría traviesa. Era un “siete leches”, como decía Zi, una mezcla de madre Jack Russel y padre desconocido, blanco con manchas marrones colocadas como por un estilista. Una de ellas alrededor del ojo izquierdo que le daba un aire de golfo pendenciero. Tenía barbita y pelitos en la cola pero dominaban los genes de la madre.

Cuando se lo ofrecieron a Guido, hacía ya cuatro años, y lo tuvo que elegir de una camada de cinco, no hubo dudas por parte de ninguno de los dos. El cachorro vino directamente a ver a Guido, éste lo cogió en brazos y se lo llevó diciendo: “te llamaré Lennon”.

Lennon se deshizo de las caricias de su ama y se dirigió directamente a su cazuela. Se quedó parado admirando la profundidad de su vacío y emitió un ladrido mirando fijamente a Zi, ladeando la cabeza.

—A éste sólo le falta hablar, —dijo Natalia.

—Sólo me faltaba esto. Bastante tengo ya con uno que habla en casa. Y tú, golfo, ¿crees que puedes desaparecer tres días y luego venir exigiendo?

Lennon se sentó en su trasero moviendo rápidamente su pequeña cola que batía el suelo con sonido rítmico y sordo, mientras enseñaba los dientes como sonriendo, y emitía un gemido agudo y quejumbroso.

Zi suspiró, se dirigió a uno de los armarios de la cocina, al lado del frigorífico, lo abrió bajo la atenta mirada de Lennon cuyo rabo atacaba ya el redoble final, sacó una caja de comida para perro y volcó un puñado en la

cazuela. Lennon emitió un suspiro de placer y empezó a devorar lo que le habían puesto, olvidándose del resto de la humanidad.

—Seguro que lleva tres días sin comer.

—Eso parece. Bueno, a ver qué comemos nosotras, —dijo Zi abriendo el frigorífico.

—¡Qué tonta soy! —exclamó Natalia—, si he comprado rollitos de primavera, arroz, fideos chinos, y pato Pekín en el chino del centro comercial al venir esta tarde. Mañana después del trabajo me voy de fin de semana con Eduardo al Parador^{[[2]]}de Aiguablava, en Girona, y no pensaba cocinar. Ya tengo hecha hasta la maleta.

—¡Tú sí que no pierdes el tiempo! ¿Eduardo el del club de vela de este verano?

—Sí.

—Pero, ¿no estaba casado con la rubia esa del pelo corto que no lo dejaba solo ni un segundo? ¿La que nos ponía malas caras cuando nos tocaba en su embarcación y nos reíamos con él?

—Me ha llamado el lunes diciéndome que su mujer tiene que irse con los niños unos días al pueblo porque su padre tiene que vender unas tierras y necesitan su firma.

—Ya me contarás cómo se lo monta, —le dijo Zi con malicia.

Las dos juntas eran un terremoto, no paraban de reírse, siempre había un motivo para estar alegres y disfrutar de las situaciones. No pasaban desapercibidas, atraían por su sensualidad y su naturalidad, sobre todo al género masculino. Pero bajo este aspecto exterior frívolo, había dos mujeres con una inteligencia más que probada.

—Bueno, voy a buscar la cena a casa. Saca los palillos y la cerveza china que estoy de vuelta en dos minutos.

—Yo no tengo cerveza china.

—Pues saca un vinito.

—Eso sí.

Natalia salió riéndose y dando un portazo, seguida por Lennon que se apuntaba a todas, sin haberse olvidado antes de dar al botón verde que inhabilitaba la célula de los aspersores de Guido, el tiempo suficiente para llegar a la calle.

Tres minutos después llamaba a la puerta del jardín y se quedó esperando en la calle a que Zi abriese la puerta de la casa y apretase el botón verde, ya que ella no tenía la llave del pulsador de fuera. Esto era ya cosa habitual. Incluso los vecinos lo sabían. El único que no tenía problemas era Lennon, porque Guido había puesto la célula por encima de su altura, cola incluida. El sistema quedaba inhabilitado hasta que se cerrase de nuevo la puerta de la casa, momento en el cual se producía el rearme del mecanismo, en sesenta segundos.

—He puesto la mesa en el salón, ¿te parece?, así podremos ver una película.

—¡Vale!, pongo la comida a calentar en el microondas.

3

HABÍAN terminado de cenar hacía tiempo. La mesita del salón estaba abarrotada de restos de comida china.

La película era entretenida pero Natalia estaba pensando en sus cosas. Contemplaba el espacio agradable del salón comedor. Las paredes pintadas de amarillo limón pálido, casi blanco. Los muebles de madera, claritos, el sofá verde pastel y la única butaca de orejas blanco crudo, dominio conquistado e intransferible de Lennon con su mantita favorita, roja pelotillosa. Las paredes con cuadros y reproducciones de pinturas importantes. Todo muy bonito y confortable, pero podría ser la casa de cualquiera. Una casa de desconocidos en una revista.

Natalia se acababa de percatar: no había nada en toda la casa que recordase alguna vida pasada, algo que tuviese relación con una familia, algo de más de cuatro años. ¿Por qué? Sabía que los padres de Zi eran historiadores y arqueólogos y que la llamaron Zi porque su madre, Isabel, junto a su padre Massimo, llevó su embarazo durante una excavación en la orilla del río Zi, en la provincia china de Huan a pocos kilómetros de su desembocadura en el lago Donting.

También sabía que sus padres habían desaparecido en Irak, cerca de Bagdad en 2004, en plena guerra. Pero nadie parecía saber qué hacían allí.

Miró a Zi. Toda una belleza, con un cociente intelectual fuera de lo normal, igual que su hermano. Se notaba su ascendencia italiana y egipcia. Tenía la piel dorada todo el año, esas pieles aterciopeladas que apetece acariciar, ojos verde oscuro con largas pestañas, coronadas por unas cejas pobladas, aunque bien definidas, que le daban un aspecto salvaje, y una nariz

recta, tal vez un poco larga, que definía perfectamente su carácter fuerte y temperamental. El pelo largo y brillante, le caía en bucles y tirabuzones hasta media espalda. Su cuerpo, menudo y nervioso, con todas las formas que una mujer pueda desear, parecía esculpido por un artista escrupuloso en respetar los arquetipos femeninos. Zi siempre iba vestida ligerita, no soportaba llevar capas de ropa, con lo cual era muy común que los hombres se quedasen mirándola más tiempo de lo normal. No se daba cuenta, ni se daba por aludida, era una actitud normal en ella, sin malicia. Y si en algún momento se podía entrever algo debajo de su vestido, qué más daba, ¿no la veían en bikini en la playa?

Esta noche, mientras Zi acostaba a Guido, Natalia había subido al cuarto de baño, puesto que el de abajo estaba reservado al pulguero de Lennon, y al salir no había podido evitar oír a Guido hablar del mapamundi y las maletas. Ahora intentaba atar cabos. Desde hacía dos o tres días había un coche aparcado en la calle con dos personas a bordo. Había pensado que eran guardaespaldas del guardia civil o del concejal que vivía en la urbanización. Pero ahora tenía dudas. ¿Y si estaban allí por otra razón?

—Natalia. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

—¿Ya ha terminado?

—No, es el intermedio.

—Pues vamos a aprovechar para recoger todo.

—¿Natalia, te pasa algo?

—Nada déjalo, se me pasará.

Recogieron todo en silencio. Natalia evitaba la mirada de Zi. Y cuando la situación ya se puso incómoda Zi la cogió por la mano, la sentó en una silla de la cocina, se sentó frente a ella, y mirándola a los ojos, dijo:

—Natalia, hace ya cuatro años que nos conocemos. Sé que te pasa algo. Haz el favor de soltarlo ya.

—Vale, no es nada que me incumba y no quiero meterme en tu vida, pero antes, cuando estabas con Guido en la habitación, subí al cuarto de baño y oí parte de vuestra conversación. Lo siento, no es que escuchara detrás de la puerta, sólo pasaba por allí.

—Bueno, no pasa nada. No hay nada especial en que oigas lo que cuento a Guido.

—Yo me refería a lo que Guido te decía a ti.

—Pues no sé a qué te refieres, —dijo Zi intentando eludir el tema.

—A lo de los mapamundis de la Biblioteca Nacional.

—¡Ah!, a eso.

—Sí, a eso.

—Bueno, fantasías de niño, no hagas caso.

—Mira Zi, tú me has preguntado. Te aprecio mucho, y os considero parte de mi familia, incluido Lennon. Así que si tú me dices que no pasa nada, pues no pasa nada. Pero entonces no me preguntes qué me pasa a mí. ¿Vale? Porque la verdad es que estoy un poco inquieta, tal vez me estoy volviendo un poco paranoica, y cuando veo gente rara sentada en un coche horas y horas vigilando nuestra calle...

—¿Qué dices de gente rara en un coche vigilando nuestra calle? Yo no he visto nada —dijo Zi con voz alarmada.

—Pues están al principio de la calle, donde las pistas de tenis.

—¡Joder! No los he visto.

—Pues llevan allí tres noches y dos días.

—¿Los mismos?

—No lo sé, No me he acercado a verles la cara. Además ya sabes que no soporto las lentillas y que las gafas de ver no me favorecen. Lo que sí sé, es que el coche es el mismo y que no se mueve del sitio en el que está aparcado. Y es una matrícula reciente. Yo pensaba que eran escoltas de algún político amenazado, como tenemos a un concejal aquí al lado... Además están en una posición estratégica, no se puede salir a la calle sin que lo vean.

—¡Joder! —repitió Zi. Tenía aspecto medio cabreada, medio asustada.

—¿Qué pasa Zi?

—Nada.

—Ahora me toca a mí. Acabas de soltar dos tacos seguidos. Si estás en un aprieto, dímelo. Piensa que no estás sola. Está Guido. Y Lennon, añadió con una sonrisa cariñosa.

Zi le devolvió la sonrisa y se relajó un poco. Abdel Aziz no estaba aquí. No podía permitirse poner a Guido en peligro, y Natalia era cien por cien de fiar. De hecho ahora la había involucrado también a ella.

—No sé si estoy en un lío. No tiene porqué. Lo del mapamundi fue el año

pasado y nadie puede relacionarme. Si te cuento algo te hago cómplice. Cuanto menos sepas, mejor. Y no me parece honesto por mi parte comprometerte.

—Eso lo tengo que decidir yo. Y siempre me han gustado las películas de ladrones de guante blanco.

—Voy a echarle un ojo a ese coche. ¿Te vienes conmigo?

—Vamos.

4

SALIERON por la puerta de atrás al jardincito de la casa seguidas de Lennon, jadeando de placer ante la perspectiva de una excursión nocturna.

Pasaron la verja de la valla del fondo que rechinó sobre sus goznes.

—Tendré que pintarla y engrasarla este verano —dijo Zi por enésima vez, sabiendo que dentro de treinta segundos ya se le habría olvidado y que la puerta se quedaría un año más como estaba. Seguramente hasta que se cayese al suelo y ya no hubiera solución.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Natalia.

—Podríamos rodear la piscina. Dime tú por dónde piensas que es mejor. Por lo menos tienes localizado el coche. Habría que llegar a su altura sin que nos vean.

—¿Y si nos descubren?

—Pues podemos hacer que estamos paseando al perro... Voy a por la correa —dijo Zi, y salió corriendo hacia la casa.

Volvió al poco rato con la correa de Lennon en la mano y unas bolsas de plástico “recoge cacas” en la otra.

—¿Dónde vas con eso? —preguntó Natalia.

—Es para que parezca más verídico, hoy en día nadie saca a pasear a su perro sin la correa y las bolsitas negras. Le contestó Zi agachándose para enganchar a Lennon por su collar.

—Si tú lo dices. —se burló Natalia. —Vamos a rodear la piscina. Luego entraremos en las pistas de tenis por el lado de las cabinas. Así llegaremos al coche desde atrás, y sobre todo estaremos más protegidas por lo que queda del murete.

—Es verdad y en esta parte el seto de hiedra está bastante bien —dijo Zi mirando su reloj, eran ya las doce de la noche.

—Si estos tíos están aquí por ti y nos ven...

—¿Si nos ven, qué? —preguntó Zi parándose en seco.

—Pues no lo sé. Y es lo que más nerviosa me pone. No saber qué es lo que va a pasar, ni qué alternativas tengo.

Zi asintió con la cabeza y se pusieron en marcha.

Rodearon la piscina, caminando despacio con Lennon tirando de la correa en todas direcciones.

Hacía una noche maravillosa de final de junio. El cielo estaba completamente despejado y una luna casi llena brillaba tanto que daba una impresión de profundidad infinita al azul oscuro. Había tanta luz que apenas se podían distinguir todas las estrellas. Una pequeña brisa dejaba una sensación cálida sobre la piel desnuda de sus hombros.

La pequeña urbanización estaba construida en semicírculo alrededor de la piscina. Todos los adosados tenían su diminuto jardín privado que los separaba de la parte común. Durante el fin de semana, en esta parte pululaban los niños, adolescentes y padres, bañándose y armando jaleo. Ahora sólo se escuchaba el sonido de los grillos entrecortado por el quehacer cotidiano de algunas familias terminando de cenar o de ver la película, saliendo de alguna ventana abierta, detrás de los setos,.

A su izquierda se hallaban las pistas de tenis, que daban a la calle de Zi y Natalia, y a la derecha el portal de emergencia que daba a la otra calle, la que salía de la urbanización. Pero más valía que no hubiese emergencia porque aquello era un amasijo de objetos viejos, sillas, mesas, un balancín destartado y más cosas, que los niños utilizaban para hacer sus cabañas y guaridas.

Rodearon las cabinas de las duchas comunes. Lennon seguía marcando su territorio encantado con la excursión improvisada.

—Este perro tiene un camión cisterna en lugar de vejiga —dijo Natalia en voz baja.

—¡Calla!, allí está la puerta de las pistas de tenis.

Se pararon las dos en el hueco de la puerta. La alambrada que separaba las pistas del resto del recinto estaba completamente oxidada y la puerta yacía

en el suelo a pocos metros de la entrada cubierta de hojas secas, bolsas de plástico y otras porquerías no identificadas. Más allá, los restos de la red describían un arco entre los dos postes, el centro arrastrando por el suelo, entre otro montón de basura. Pero algo seguía haciendo que el lugar fuese especial. De pronto Zi lo entendió, ¡eran los grillos! Aquello estaba lleno de grillos, que se lo estaban pasando pipa dando un concierto. Zi se prometió que en la próxima junta pediría que se tomase una decisión respecto a las pistas de tenis. Pero para eso tendría que ir, por fin y por primera vez, a una junta. Bueno, si tenía tiempo, si no, qué más daba, ella nunca pisaba por allí, ni le gustaba el tenis.

Al fondo se veía el murete, el seto y la alambrada que daba a la calle.

—Qué de mierda —dijo Zi en voz baja—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pues, pienso que podríamos bordear la pista por la derecha, hay menos porquería en el suelo, hasta el principio del murete, y luego lo seguimos un poco, agachándonos, hasta el coche. Debe de estar justo donde el murete está derrumbado.

—Vale, te sigo.

Natalia la miró de reojo y se puso en marcha, Zi detrás de ella y Lennon pisándole los talones, cómplice de la maniobra.

Iban cada vez más despacio. Aguantaban la respiración cada vez más, sin darse cuenta. Cada dos pasos Natalia asomaba la nariz por encima del murete para ver por dónde iban. Cuando llegaron al final, donde la pared se había caído ya estaban en apnea.

El follaje del seto era bastante denso y no dejaba ver bien la calle. Entonces se oyeron voces de hombre.

—Pásame el Ketchup por favor —dijo el primero en español, con un fuerte acento anglosajón.

—Toma —respondió una voz con la boca llena.

Luego sólo se oyeron bocas masticando. Natalia se puso de rodillas y se asomó para mirar por debajo del seto, donde había menos vegetación. Se echó para atrás bruscamente y le cuchicheó a Zi:

—Estamos justo a la altura de la rueda delantera. Se ve perfectamente la cara del conductor. ¿Te quieres asomar?

—Vale, déjame sitio.

Natalia se retiró despacio sin hacer ruido y Zi ocupó su lugar. Se puso de rodillas y empezó a asomarse. La postura era bastante incómoda, al vestidito le faltaba tela, cuanto más estiraba el cuello y el cuerpo para asomarse, más corto se quedaba. Para cuando alcanzó a ver algo ya lo tenía por los riñones, y claro está, a Lennon husmeando donde no debía. Se retiró despacio para no hacer ruido. Natalia tenía a Lennon cogido en sus brazos para que dejase de dar la lata.

Zi se puso de pie ajustándose la ropa. Lo que había visto no le había gustado nada, ahora quería ver quién era el otro hombre. Así que se asomó por encima del murete y apartó despacio, muy despacio, las ramas que le impedían ver el coche. Por fin empezó a ver algo. El conductor se veía perfectamente, pero a éste lo tenía muy visto. ¿Quién sería el otro? No alcanzaba a verlo, estaba en una parte poco iluminada. Entonces, el hombre se inclinó para coger su lata de refresco del salpicadero y entró en el campo de luz de la farola.

Zi se echó bruscamente para atrás pero tuvo el reflejo de no soltar de golpe las ramas. Se sentó al lado de su amiga.

—¡Qué! Parece que has visto el demonio.

—JODER, JODER, JODER. No entiendo nada —dijo Zi entre dientes. Su boca, habitualmente sensual, con esos labios que atraían tanto las miradas, se había quedado en un hilo. La nariz pinzada y la respiración entrecortada. Estaba pálida.

—Tranquila, vámonos de aquí con mucho cuidado y luego me lo cuentas.

Entonces ocurrió lo que no debería de haber ocurrido. Uno de los hombres eructó con saña y luego se rió a carcajadas. El resultado inmediato fue un ladrido de Lennon seguido de gruñidos y revoltijos para soltarse de los brazos de Natalia que ponía todo su empeño en retenerlo. Cuanto más lo retenía, más luchaba Lennon.

Todos los grillos se callaron.

—¡Qué coño pasa aquí! —dijo la voz que no tenía acento americano. Se oyó cómo las dos puertas del coche se abrían. Y luego los pasos que se acercaban a la valla.

Zi se precipitó sobre el collar de Lennon y con un gesto rápido y preciso le soltó la correa. Luego lo cogió de los brazos de Natalia y, como pudo, lo

lanzó literalmente por el hueco del murete. Lennon que ya venía caliente de que lo hubiesen retenido se enzarzó con los dos hombres, los cuales sintiéndose seguros por la valla, pegaron patadas a la alambrada para provocarle más. El del acento dijo:

—Ven aquí chucho, ven. —Y abriéndose la bragueta intentó mearle encima. Pero Lennon, a quien Guido de pequeño le había hecho eso varias veces jugando, no lo cogió desprevenido. Se echó para atrás y se fue tranquilamente hacia la puerta de las pistas, obsequiándolo con su indiferencia.

—Fuck off, fucking dog!!^[3]—dijo volviéndose al coche.

Sonaron las dos puertas del automóvil al cerrarse.

—¡Qué susto me ha pegado el chucho éste, coño!

—Yeah, I was scared too^[4].

—Procura no montar demasiado follón. La gente suele ser bastante cotilla. No me apetece tener problemas.

—¡Qué más nos da! —dijo el del acento—. Esta noche lo vamos a dejar resuelto, ¿no? Entonces qué importancia tienen los vecinos. El coche no existe, las matrículas son falsas, así que, cuando nos vayamos, ¿dónde van a buscar? No tienen apenas contacto con los vecinos. La gente de la urbanización ni los conoce. El niño casi no juega con los chavales de aquí.

—¿Y la vecina?, la delgadita larguirucha del adosado.

—¿Te gusta, eh? Ya he visto cómo la miras cuando pasa por la calle.

—Pues sí, tiene algo. Ya le metía yo un viaje.

—Nos tendremos que ocupar también de ella. Pero todavía es pronto, ten paciencia. Vamos a esperar por lo menos media hora después de que apaguen sus luces y luego entramos. De todas maneras tenemos que esperar a que lleguen mis hombres. Han ido a descansar de la última guardia, estarán al llegar. Tú, ¿cómo te encuentras?

—Cansado y nervioso, es mi primer secuestro.

—No te preocupes, cuando estén en lugar seguro cobras y te largas.

—¿Y qué pasa con la larguirucha?

—Le puedes hacer unos mimos antes de irte. De todas maneras no la necesitamos, no forma parte del plan, y sería un estorbo quedarnos con ella. Mis jefes han sido muy claros, sólo la familia Zenatti y los documentos, todo

lo demás ha de eliminarse, sobre todo si hay riesgo de filtración.

Un escalofrió sacudió a Natalia de pies a cabeza. Era una chica alta y delgadita. Habría destacado en los años 20, en la época del charleston. Tenía clase, y un porte nato. Siempre lucía, se pusiera lo que se pusiera. Muchas veces ni se maquillaba. Era fácil perderse en la visión de sus interminables piernas. Tenía mucho éxito con los hombres pero no cuajaba nunca, porque parece que las mujeres demasiado inteligentes dan miedo. De todas maneras, Natalia ya había probado las ataduras y no le apetecía volver a encadenarse de momento.

Estaban las dos sentadas hombro con hombro, paralizadas. No habían emitido el más mínimo sonido desde que Lennon había ladrado por primera vez. Se quedaron sin moverse, sin mirarse y sin respirar una media hora oyendo a los dos hombres que charlaban sobre banalidades sexuales de machitos confirmados.

Lennon las sacó del coma, honrándolas con una visita de cortesía.

—Vámonos de aquí —dijo Zi con una voz apenas audible.

Operaron una retirada lenta y cuidadosa hasta la puerta de las pistas. A partir de allí empezaron a andar cada vez más deprisa. Llegaron a la reja del jardín de Zi a plena carrera y sin aliento. Entraron en casa en silencio. Pasaron a la cocina, Zi sacó una botella de coñac de cocinar del armario y dos copas.

—¿Te vas a tomar esto? —dijo Natalia mirándola con ojos redondos.

—Necesito un lingotazo y no hay otra cosa en casa, ¿quieres? —contestó Zi señalándole el otro vaso.

—Sí. Creo que yo también lo necesito.

Zi terminó de servir su copa hasta arriba e hizo lo mismo con la otra, luego se la tendió a Natalia cogiendo la suya con la otra mano. Las dos vaciaron el brebaje de un solo trago.

—¡¡Uarjjj!!, ¡qué malo! Me va a destrozar el estómago. Te puedo decir por dónde ha pasado, cómo quema. Prefiero el garrafón de la discoteca —se quejó Natalia dejándose caer sobre la silla de la cocina—. Y ahora ¿qué hacemos?

ZI se precipitó al salón y encendió las luces bajas y la televisión. Natalia que la había seguido asintió con la cabeza.

—Así se supone que todavía estamos viendo la televisión o charlando. No se puede ver el interior de la casa desde la calle, pero sí se distinguen los cambios de luz de las imágenes de la televisión. Vamos a la cocina a organizarnos.

Fueron a la cocina y se sentaron. Zi volvió a llenar las copas con el coñac de cocinar pero esta vez sólo hasta la mitad, tampoco era cuestión de emborracharse o de destrozarse el estómago.

—¿Y bien? —empezó Natalia, antes de dar un sorbito de su vaso.

—Creo que mejor será que te lo cuente todo, pero ahora no es el momento porque va para largo y tal vez sea mejor largarnos rápido de aquí. Conozco a los dos tíos que están fuera en el coche. Pero no veo qué hacen aquí, ni qué relación tienen con mi investigación personal.

—¿Y de qué los conoces?

—El del acento es un yankee de la embajada americana. Un tal Frank Bowell. Se le ha concedido un carné de investigador y lleva tres meses dando la lata en la Biblioteca Nacional.

—¿Y el otro, al que le gustaría “meterle un viaje a la larguirucha”?

—Es el nuevo guarda jurado de vigilancia de la entrada. El que está al lado de la máquina de rayos. Es un gordito asqueroso que está más pendiente del culo de las tías que de lo que pasa por la pantalla. Éste lleva sólo unas tres semanas allí y no tengo ni idea de cómo se llama.

De pronto la bandeja de metal de la entrada empezó a vibrar cada vez más

fuerte. Zi salió disparada de la cocina.

—¡El móvil! —dijo al salir.

Lo cogió y lo abrió para hablar mirando el nombre que aparecía en la pantalla.

—Edgard. Qué oportuno. Tenemos un problema serio, y Abdel Aziz no ha vuelto.

—Lo sé. Por eso te llamo. Me acaban de avisar. Tenéis que salir de allí ahora mismo, ya lo hemos hablado más de una vez. ¿Lo tienes todo preparado, verdad? —La voz grave con fuerte acento argentino era inconfundible.

—Sí, claro —contestó Zi.

—Entonces no pienses. Actúa. Coge a Guido, las maletas, y sal de allí cuanto antes. Sin que nadie te vea. Te llamaré en cuanto pueda, seguramente dentro de unos días. Ahora tengo que dejarte, a mí también me acosan. Buena suerte.

Zi cerró el móvil, pensativa.

—¿Cómo ha podido saber lo que pasa aquí estando en Buenos Aires? Como decían mis padres, éste tiene las manos muy largas.

—¿Qué pasa? ¿Quién era?

—Esto es otra historia muy larga. Resumiendo, se llama Edgard Rossi y es un amigo de carrera de mi padre. Es anticuario especializado en Historia Antigua y Egipcia del Imperio Antiguo. Está establecido en Argentina, en Buenos Aires. Me está ayudando en mi investigación desde que mis padres han desaparecido. De hecho ha sido él, el que me ha metido en esto. En casa lo hemos considerado siempre como alguien especial. Mis padres decían que si me hubiesen bautizado habría sido mi padrino. También decían que es una persona extremadamente paciente, inteligente y ambiciosa, que siempre consigue lo que se propone, aunque tenga que esperar mucho tiempo. Así que estamos en buenas manos.

—Bueno y ¿qué te ha dicho?

—Que nos larguemos de aquí cuanto antes —contestó Zi abriendo el armario y sacando tres bolsas de viaje medianas.

—Voy a por mi maleta. Pasaré por la puerta de atrás.

—Natalia, está cerrada con llave y se te ha roto la llave dentro de la

cerradura la semana pasada. Por esto has tenido que ir a por la comida china por la puerta de la calle.

—Es verdad. Y ahora ¿qué hago?

—Mientras no te vean salir de aquí a tu casa y no apaguemos las luces, no van a intervenir. O por lo menos eso han dicho. Propongo lo siguiente: despertamos a Guido, preparamos todo. Cuando estemos listos te vas a casa por la puerta de la calle y nos despedimos efusivamente. Coges tu maleta y sales por la ventana del cuartito que da al jardín, sin antes haberte olvidado subir a tu cuarto y dejar encendida la luz de la mesilla de noche.

—Es lo más sensato. Vamos a despertar a Guido. —Natalia miró su reloj—. Es la una y cuarto. A la una y media tenemos que estar fuera, ¿te parece?

—Lo más difícil va a ser poner a Guido en marcha. Cierra la puerta, sólo nos faltaría que Lennon se escape en el último momento.

Natalia cerró la puerta del jardín, y las dos subieron a las habitaciones. Entraron en la de Guido. El niño estaba dormido, tripa arriba, con las manos detrás de su cabeza, con esa carita de paz y tranquilidad que sólo los niños saben tener cuando duermen.

Zi se sentó a su lado y le pasó la mano por el pelo. Más valía perder un poco de tiempo al despertarlo, Guido podía tener un mal despertar que duraba horas. Esto era de familia, no se libraba ni uno.

El muchacho suspiró y cambió de posición. La cosa no iba a ser fácil.

—Guido, despierta —dijo Natalia con voz suave, pasándole la mano por la espalda.

Zi se acercó a su oído y dijo con voz clara y firme, articulando y separando bien las sílabas:

—Cho-co-la-te.

Guido abrió un ojo, y viendo a las dos chicas inclinadas sobre su cama, abrió del todo los ojos y se medio incorporó sobre los codos.

—¿Qué? —el tono de voz era inquisitivo y preocupado.

—Nos vamos de viaje —dijo Zi.

—¿Mucho tiempo?

—Puede que sí.

—¿Hoy es ayer o mañana? —preguntó el muchacho.

Luego le echó una mirada rápida al artefacto que reinaba sobre su mesilla

de noche.

—¡Es la una y veinte de la madrugada!

—Tienes cinco minutos para vestirte, yo me voy a poner unos pantalones y unas zapatillas de deporte. Ponte algo práctico, por favor —le dijo Zi saliendo de la habitación.

—Te vas a poner unos pantalones... Nos vamos de viaje a media noche... ¡Los del coche de la calle vienen a por nosotros! ¡Lo sabía!

Zi se paró en seco y se quedó mirando a Natalia. Luego sacudió la cabeza y salió diciendo:

—Natalia, vigila que este listillo lo haga todo bien en un tiempo record.

Guido se levantó, ordenando: “¡Luces encendidas!”, y las luces de la habitación se fueron encendiendo poco a poco hasta iluminar todo. Entonces se fue a su armario, sacó su ropa y se vistió en silencio. Luego trepando por las repisas abrió la parte de arriba del armario y alargando el brazo sacó una mochila de tela azul.

—Cógela por favor, Natalia.

Natalia le ayudó a bajar la mochila al suelo.

—Esto pesa, ¿qué llevas ahí dentro?

—Mis cosas para este viaje. Sólo me queda añadir mi portátil, y esto, y esto también.

—¿Ya está?

—Sí.

—Pues vamos para abajo.

Salieron de la habitación en dirección a las escaleras.

—Zi estamos listos, ¿por dónde vas?

—Ya estoy —dijo Zi saliendo también de su habitación. Se paró un segundo a contemplar al muchacho. Era delgado y alto para su edad. La estaba esperando con su postura habitual, desgarbado y desenvuelto en su ropa demasiado ancha para él, cuestión de moda, y con la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha, tal vez algún mimetismo con Lennon.

Bajaron los tres juntos.

—¿Qué es esta mochila Guido? —dijo Zi con tono inquisitivo de hermana mayor.

—Cosas mías para el viaje.

—Ya tengo hecha una maleta con tu ropa.

—Esta no es de ropa y no me pienso ir sin ella.

La conversación iba subiendo de tono.

—No es momento de discutir —interrumpió Natalia—, tenemos que estar fuera dentro de cinco minutos, y todavía me falta por hacer el numerito de ir a mi casa. Me estáis poniendo de los nervios.

Natalia se dirigió a la puerta de entrada.

—¿Y si hay uno en mi casa esperándome?

—En el momento de entrar en tu casa me llamas por el móvil, así estamos en contacto hasta que salgas por detrás.

—¡Allá voy! —Abrió la puerta, pulsó el botón verde, y salió. Cuando llegó a la calle se dio la vuelta y con grandes gestos dijo a voces:

—Hasta mañana. Te llamo cuando vuelva de la oficina.

—Hasta mañana —le respondió Zi.

Iba a cerrar la puerta cuando se dio cuenta de que Guido estaba atando la punta pelada de un cable eléctrico al felpudo metálico de fuera.

—¿Qué haces niño?

—Calla y ve a contestar a tu vibrador.

Zi se precipitó hacia el móvil y descolgó. Mientras Zi seguía los pasos de Natalia por el teléfono, Guido terminaba su instalación atando el extremo pelado del otro cable del prolongador al pomo metálico de la puerta. Una vez terminado cerró con cuidado la puerta y conectó el prolongador al enchufe de la entrada, bajo la mirada alucinada de su hermana.

Luego fue a la cocina y verificó que la red colocada en el techo, encima de la ventana estaba bien y abrió la ventana. Lo mismo hizo con la ventana del cuartito y con la del salón, que daban al jardín, en la parte de detrás.

Zi, que había salido al jardín, volvió a entrar con Natalia. Sacaron las tres bolsas y la mochila fuera y ataron a Lennon con la correa.

—¿Guido, qué narices haces?

—Dándoles facilidades para entrar por donde yo quiero.

—Esto no es un juego, además los zapatos hacen de aislante, seguramente no le va a dar ni calambre.

—Pero con lo mojados que van a llegar con los riegos...

—Coge a tu perro y vámonos de aquí. Y por Dios que no ladre —dijo Zi

mientras verificaba que todas las luces estaban apagadas.

—¡Cierra la puerta del jardín con llave!

—Hecho.

Cogieron cada uno su bolsa y su mochila y se fueron encorvados por el borde de la piscina. Cuando llegaron a la valla de alambre, cerca de la puerta de emergencia, se sentaron en el suelo. Desde allí se veía la parte trasera del coche, de lejos, a unos cien metros.

—Siguen dentro —dijo Natalia.

—Vamos a esperar a que salgan del coche y se dirijan a casa antes de salir de aquí —ordenó Zi, mirando a Guido mientras sacaba de su mochila un alicate negro.

Se acercó a la valla, medio tapada por restos del seto, bajo la atenta mirada de Natalia y Guido, y empezó a cortar la malla, eslabón por eslabón. Cuando llegó a una altura de un metro, cogió la parte de abajo y enrolló los dos lados hacia arriba dejando así una apertura triangular, suficiente para poder pasar sin problema.

Zi volvió con ellos y devolvió el alicate a su mochila.

—Ya está. Ahora toca esperar.

Miró al pequeño grupo. Natalia estaba sentada con el brazo sobre los hombros de Guido y la mirada fija en el coche, sin pestañear. Guido, recostado sobre ella acariciaba a Lennon tranquilamente instalado en sus rodillas.

Así estuvieron más de media hora hasta que un coche entró en la urbanización, se metió por la calle y se paró a la altura del otro. Los dos hombres salieron del coche aparcado y se metieron en la parte trasera. Luego arrancó y se fue a aparcar en el vado del garaje de Natalia.

Era el momento, pensó Zi, ya no había vuelta atrás. Aquí se acababan cuatro años de vida normal. Bueno, normal, normal que se diga... Aparentemente normal, más bien. Le daba cargo de conciencia haber involucrado a su amiga en esta aventura. Y no hablemos de Guido. Si por lo menos Abdel Aziz hubiese estado aquí. ¿Dónde estaría ese maldito ángel de la guarda? Su investigación no la había conducido a nada de momento. O por lo menos esto le había parecido, porque si no, ¿qué narices hacían aquí estos tíos? ¿Y Frank Bowell? Parecía que era él quien dirigía el cotarro. Al

principio no había reconocido su voz. En la Biblioteca Nacional tenía una voz tímida, un poco apagada, hasta se podía decir que servil. Era el arquetipo del “típico investigador” que quería mucha información a la vez sin saber lo que quería en realidad. Pero ahora tenía una voz fría como el acero, desagradable y cínica.

—¡En marcha chicos, nos vamos de aquí!

El pequeño grupo tardó segundos en cruzar la valla. Zi tomó la delantera. Se fueron por la calle de entrada hacia los adosados de enfrente. De pronto Zi sacó una llave y apuntando a un Audi A8 último modelo, quitó la alarma y abrió las puertas.

—Todo el mundo a bordo, rápido. Y no hagáis ruido al cerrar las puertas. Arrancó el coche, dio media vuelta y salió despacio de la urbanización.

—¿Este no es el coche nuevo de Paco? —preguntó Natalia.

—Sí.

—¿Cómo...?

—¿Tú qué crees?

—Lo de la bronca con su mujer, a grito pelado, sobre una amante, la semana pasada...

Zi asintió en silencio con la cabeza.

—Vamos, que te has tirado a súper superman.

Zi indicó el número dos con la mano.

—¡¡Dos veces!! —exclamó Natalia con voz aguda—. Espero que te haya merecido la pena jugar al balancín.

—No imaginaba que iba a cambiar de coche tan pronto.

—Y encima para quitarle las llaves del coche, ¡¡puahh!! —dijo Natalia con cara de asco—. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto, Zi?

—Tres años —contestó esta con cara compungida.

—La pena es no estar aquí mañana cuando se dé cuenta de que le han quitado el símbolo de su éxito y empiece a pegar alaridos de los suyos.

Natalia se quedó callada un rato. Cuántas veces se habían burlado de Paco, viéndolo en la piscina tumbado en el césped sobre su toalla último modelo de diseño hortera, con su braga náutica amarilla flúo, que desaparecía literalmente bajo una panza ballenácea de piel blanca descamada, parcialmente sembrada de pelos negros. Sin hablar de esos pectorales

peludos, donde se enrollaba la inevitable cadena de oro, y que por su tamaño y cantidad de grasa habrían dado envidia a cualquier barbie deseosa de silicona. Y esa cara redonda con bigote de guardia civil, nariz pequeña, con esa frente inteligente tan larga que llegaba casi hasta la coronilla donde los pocos pelos ralos y grasientos que le quedaban, estaban recogidos en una coleta muy fun, del tamaño de un pincel de acuarela. Lo mejor de Paco era la “discreción”, como cuando hablaba de sus supuestos negocios y aventuras a lo largo y ancho de este mundo, que le habían valido el apodo de superman. Todo un personaje el amigo Paco. Ahora eso sí, si era verdad que él llevaba una estupenda braga náutica, la que llevaba los pantalones era Maribel, su queridísima y glamurosa esposa. Ella sí que iba siempre a la última, embutiendo ese cuerpo de jabata en modelos de alta costura “carisísimos”. Dios los hace y ellos se juntan, eran tal para cual.

Pobre Zi, y todo esto por las llaves de un coche...

Cuando salieron de la urbanización, Zi tomó a la derecha. Ahora se estaba metiendo por un descampado.

—¿Dónde vas?

—Voy a tomar el atajo que lleva a la carretera. Así llegaremos a la nueva autopista de El Escorial en menos de diez minutos. Y no quiero oír hablar de Paco el resto del viaje, ¿de acuerdo?

6

EL coche con los cuatro hombres aparcó delante de la puerta del garaje de Natalia. Todo llevaba más de media hora apagado y no se observaba ningún movimiento en ninguna de las dos casas. En las de alrededor tampoco.

Frank Bowell abrió su mochila y sacó dos cajitas negras. Le dio una a su compañero de asiento y otra a uno de los hombres que acababan de llegar.

—Esto es una especie de granada incendiaria. Destroza y abrasa todo lo que se encuentra a diez metros a la redonda. Para armarla hay que meter el código 1-3-4-2 y luego se pulsa el botón azul. Está programado en sesenta segundos. Una vez disparado no hay vuelta atrás, recordadlo bien, así que no lo conectéis sin estar seguros de que os da tiempo a salir. Ah, y otra cosa, están conectadas la una con la otra por radio frecuencia. Cuando se activa una, la otra se pone en marcha con noventa segundos, lo cual representa treinta segundos más.

Todos miraron las granadas y el pequeño codificador a base de switches en una trampa.

—De acuerdo —dijo Don mirando de reojo la otra granada, pero como antiguo marine que era, no discutía órdenes, sólo obedecía.

—Bueno, os recuerdo el plan. Tú, Don y yo entramos en casa de los Zenatti. Don, tú vas por la parte de detrás, tú Alberto, dijo hablando al guarda jurado, entras por la ventana de la cocina, parece que está abierta, y yo por la puerta principal.

—¿Y cómo vais a entrar? —preguntó Alberto.

—Con esto —Frank sacó de su chaqueta un pequeño aparato cilíndrico—, lo último en cerrajería. Treinta segundos para abrir una cerradura de

seguridad complicada, cuatro para una cerradura normal.

Alberto se quedó impresionado. No sabía quiénes eran estos tíos, ni lo que querían hacer con la chica y su hermano. Pero pagaban bien, pero que muy bien.

—Bueno —prosiguió Frank—, Walter irá a casa de la larguirucha. Cuando los localicéis, utilizad el spray. ¿Lo tenéis todos? —Todos se llevaron la mano al bolsillo y asintieron.—Recordad, es eficaz a menos de dos metros y es direccional. Dejad de respirar durante al menos quince segundos, si no corréis el riesgo de caer también. Si uno de ellos no duerme, o se despierta o se resiste, pensad que el efecto sorpresa es primordial. Os abalanzáis sobre él y pulsáis el spray sin respirar. El efecto es casi inmediato. A partir de ese momento disponéis de diez minutos de anestesia total. De todas maneras, debemos de estar de vuelta al coche en menos de quince minutos. Al salir dejáis una granada arriba en una habitación y la otra debajo del calentador-caldera de la cocina para que parezca un fallo del gas y tenga ocupada a la policía unos cuantos días, y sobre todo borramos las huellas que hayan podido quedar. Don y Walter se llevan los bultos en el asiento trasero, tú y yo volvemos a nuestro coche y los seguimos hasta la furgoneta. Si se espabilan les dais un poco de tratamiento spray, ¿OK?

Todo el mundo asintió, y bajaron del coche. Alberto no quería quedar mal. No veía ni tres en un burro, así que el codificador se le antojaba pequeño y complicado. Mientras los demás salían del coche y se preparaban, se puso rápidamente las gafas, y con la punta de su boli puso el código en el artefacto. Así sólo tendría que pulsar el botón azul.

—Alberto, ¿qué haces? —preguntó Frank un poco alterado.

—Ya voy, ya voy. —Frank no le gustaba nada, era una persona fría con un toque de algo parecido a locura y cinismo, tal vez incluso sadismo. Estaba deseando que todo esto acabase para cobrar y desaparecer del mapa.

Don y Walter saltaron la valla y se dirigieron a la parte de atrás por el borde de la casa mientras Alberto y Frank entraron como Pedro por su casa por la puertezuela delantera. No habían dado ni dos pasos cuando un montón de aspersores se dispararon con una fuerza tremenda y los dejaron empapados de los pies a la cabeza en pocos segundos.

Mientras Frank se dirigía a la entrada de la casa sin parecer afectado por

los chorros, Alberto se fue blasfemando entre dientes hacia la ventana de la cocina y empezó a trepar como buenamente podía con sus noventa y ocho kilos y su metro sesenta y siete. Juró que se pondría a régimen a partir del día siguiente. Por fin consiguió alzarse hasta el borde de la ventana. Puso la mano sobre la fría encimera y jadeando del esfuerzo metió medio cuerpo dentro.

A partir de ahí todo fue muy rápido y confuso. Le vino de fuera el sonido de un grito ahogado. Quiso darse la vuelta para ver qué era, pero en este instante sonó un “plac” en el lado derecho de la cocina, hacia la puerta y todas las luces de stand by de los electrodomésticos se apagaron. Se volvió bruscamente hacia el interior de la cocina y su mano derecha mojada se resbaló sobre la encimera a la vez que algo se le venía encima. Cayó al suelo de la cocina con muy mala postura y sonó a hueso roto. Cuando consiguió recobrar del pánico se dio cuenta de que una red, como las de pescar, le envolvía parte del cuerpo y que su hombro derecho estaba tocado. Las punzadas iban creciendo por momentos. Intentó moverse para liberarse, la red parecía pequeña, pero el dolor se lo impedía. Empezaba a sentirse verdaderamente mal, un sudor frío le empapaba el cuerpo, la frente, la cara...

De pronto se oyó ruido en otra parte de la casa. Algo se había caído y se movía con furia. Pensó con razón que Don habría tropezado también con una red. Entonces empezó a llamar bajito.

—¿Frank, Frank me oyes?

Pero Frank no contestaba. No era normal, Frank debería de estar ya en la casa. Entonces intentó rodar sobre sí mismo para ver si se podía liberar suficientemente de la red y terminar de quitársela con la otra mano. Después de un gran esfuerzo y de mucho dolor se encontró boca abajo, con la cara contra el suelo medio sofocado por la red que ahora le apretaba el cuello. Se quedó así unos segundos para recuperarse y en este momento lo oyó. Era un bip, repetido, muy leve y venía de su izquierda, más precisamente del bolsillo izquierdo de su chaqueta. La sangre se le congeló en las venas. Al darse la vuelta con el peso de su cuerpo había pulsado el botón azul. Empezó a gritar, presa del pánico.

—¡Frank, Don, Walter, sacadme de aquí!, ¡sacadme de aquí! ¡Frank!...

La casa tenía eco, pero con traducción simultánea.

—¡Frank, Walter, Help, help me!...

Era Don, que intentaba librarse del diabólico invento que minutos antes le parecía tan bonito y divertido, pero que ahora se había puesto en marcha solo. El pánico le impedía pensar y librarse de la pequeña red bordeada de bolitas de plomo que le envolvía.

LA primera explosión sacudió el silencio de la noche cuando salían del descampado y se metían por el camino de tierra a unos quinientos metros detrás de la urbanización.

—Guido, te has pasado. ¿Qué has hecho?

Zi había parado el coche y ella y Natalia le miraban con una expresión extraña.

—Nada, te lo juro. Sólo he puesto mis redes.

—¿Y lo de la corriente en la puerta?

—Como mucho un calambrazo fuerte. El diferencial es de treinta miliamperios, como obliga la ley. Esto corta la corriente enseguida y no hay riesgo mayor que un buen susto.

Una segunda explosión los volvió a sorprender.

—¡Joder! ¿Qué está pasando?, larguémonos de aquí —dijo Zi. Metió una marcha y el coche se alejó por el camino de tierra a velocidad prudente y sin otras luces que la luna hasta que llegasen a la carretera principal.

8

EL Audi salió del camino y se incorporó a la carretera. Zi puso las luces. Todo el mundo estaba en silencio. El reloj numérico del salpicadero indicaba ya las dos y cuarto de la madrugada. A la derecha de la carretera se podía percibir, a lo lejos, la luminosidad de un incendio. Las llamas debían de tener varios metros de altura para que se viesan a esa distancia.

De pronto, al salir de una curva, se cruzaron con tres coches de policía y dos camiones de bomberos con las sirenas a todo meter que se dirigían al lugar del siniestro.

—Han tardado poco en avisar —observó Zi.

Nadie contestó.

Las últimas horas habían sido bastante intensas. Quién se podía imaginar esa misma tarde que todo iba a desquiciarse de esta manera. Zi se sentía culpable de todo lo que estaba ocurriendo. Bajo los consejos de Edgard estaba realizando una investigación sobre el trabajo y la desaparición de sus padres, que la había llevado hasta hacerse contratar por la Biblioteca Nacional para poder substraer documentos catalogados.

Edgard le dijo que como anticuario, estaba en contacto con un tal César Gómez Rivero, un investigador fraudulento, español de origen uruguayo, que residía en Buenos Aires que estaba sacando material de la sala Cervantes desde hacía tiempo, burlando los sistemas de seguridad del momento. Y casualmente los documentos que les interesaban estaban en esta sala.

HACÍA un buen rato que habían tomado la autopista dirección Madrid.

Natalia empezaba a relajarse. Tal vez era porque en el asiento de atrás se oía la respiración regular de Guido y Lennon que habían caído rendidos. Minutos antes se había vuelto para ver cómo Guido estaba tumbado con la mochila debajo de la cabeza y Lennon en sus brazos. Era sorprendente la capacidad que tenían los niños y los animales para abstraerse de los problemas en pocos segundos.

Ella todavía no había terminado de asimilar lo ocurrido. Cómo puede cambiar la vida en unas horas. Y suerte que había salido de esta manera. No quería ni pensar lo que habría pasado si no hubiese ido a ver a Zi hoy. O si no hubiese subido al cuarto de baño y oído lo que Guido decía. Sólo con pensarlo se estremecía. Estas cosas solamente las había visto en las películas, en las que los protagonistas solían salir bien parados. Pero esto era la realidad y todos los días salían cosas trágicas en las noticias, sobre gente normal que acababa mal, muy mal, por cualquier causa. Natalia salió de su mutismo.

—¿Dónde vamos? —le preguntó a Zi, con voz tranquila y normal.

Zi se giró ligeramente hacia ella y se quedó mirándola unos segundos antes de volver a la carretera.

—Vamos a cambiar de coche. —Luego golpeó con rabia en el volante con la palma de la mano—. ¿Qué está pasando? ¡No entiendo nada! Siento de verdad haberte metido en esto y por mucho que le dé vueltas a lo ocurrido esta noche, sigo sin entender qué está pasando, y no sé cómo desvincularme de ello.

—¡Lo hecho, hecho está! A mí lo que me gustaría es probar el coche de

Paco, y ya de paso meterle caña. Total las multas le van a llegar a él, ¿no?

Zi ralentizó poco a poco hasta que detuvo el coche en el arcén, puso las luces de emergencia y se bajó diciendo:

—Todo tuyo.

A Natalia no hizo falta repetírselo dos veces. Salió rápido y se cruzó con Zi en la parte trasera del coche con una sonrisa de oreja a oreja.

Una vez que intercambiaron sus asientos, Natalia arrancó suavemente después de quitar las luces de emergencia y poner educadamente el intermitente a la izquierda.

—Qué gozada, es a la vez potente y suave. ¿Cuántos caballos tiene esto?

—Creo que unos cuatrocientos, por lo que decía Paco. ¿Tú sabes a qué corresponden los caballos exactamente?

—Exactamente, exactamente, la verdad es que no. Yo no he hecho una carrera de ingeniería, sino de marketing y publicidad y algún cursillo de socorrismo. Pero espero que no le pase nada al coche, porque el riesgo de que cuatrocientos caballos en un perímetro tan reducido se tropiecen es bastante alto...

Las dos arrancaron en un estallido de risas claras y sinceras, liberando un poco de tensión. Parecían dos adolescentes fumándose un porro.

—Bueno, dime, ¿dónde vamos exactamente?

—A la Moraleja, pero sería bueno dejar un rastro en otra dirección, por si acaso.

—De acuerdo —contestó Natalia, y pisó un poco más el acelerador.

De la autovía de El Escorial cogieron un rato la M40 y en seguida la A6 hacia Moncloa. Llegaron abajo de la Cuesta de las Perdices a 240km/h.

—Parece que vamos a ochenta —dijo Natalia disminuyendo a ciento veinte e incorporándose a la M30.

Luego volvió a poner el coche a ciento cincuenta por la M30 donde la limitación es noventa. Las recibieron dos flashes de radares fijos en menos de ochocientos metros.

—Y eso sólo es el principio Paquito. Te espera lo mejor.

El coche se metió por el túnel de cuatro carriles que soterraba la vía rápida bordeando el río Manzanares, en plena aceleración, ya a ciento ochenta. Otro flash les dio la bienvenida.

—¡Toma ya!, éste era de setenta.

Cada flash era acogido por las chicas con una nerviosa exaltación de gritos y risas, al borde de la histeria. Cosa que en ningún momento incomodó a Guido ni a Lennon, sumidos en el sueño de los justos.

Más tarde se quedó a la izquierda para tomar la bifurcación del túnel que cruza Madrid hasta la A3. A unos cinco kilómetros les tocó otro flash cuando el coche iba a doscientos cuarenta.

—¡Esto es la cárcel Paquito! —dijo Natalia reduciendo la velocidad hasta ponerse a la permitida, setenta kilómetros por hora—. Ahora vamos a ir como corderitos hasta nuestro destino. No vayamos a cagarla.

—Tienes razón —dijo Zi respirando profundamente—, pero qué bien sienta después de tantas emociones.

Se sentían mejor y más relajadas. La tensión casi había desaparecido.

El coche salió del túnel por la M30 a la altura de la A3 y se quedó en el carril central a la velocidad autorizada hasta tomar la A1. Poco después salió por la vía de servicio para dirigirse a la Moraleja.

—¿Ahora por dónde voy? —preguntó Natalia al cruzar los arcos que delimitaban la entrada de una de las más prestigiosas urbanizaciones de Madrid.

—Sigue recto como si fueses al club de golf.

—Vaya, vamos a la zona de lujo.

—Toma la próxima a la derecha.

Efectivamente, estaban entrando en la zona cercana al club de golf, la más antigua. El coche se deslizaba con suavidad entre casas de lujo rodeadas de inmensos jardines a cual más bonito y espectacular.

Zi sacó de su mochila un mando a distancia azul. Acababan de pasar la verja negra de un imponente portal que no dejaba ver el interior y seguían un muro de unos tres metros de alto, que corría por casi toda la manzana. Al llegar al final había una casita que hacía esquina, integrada en la tapia. Zi pulsó uno de los botones del mando y la puerta del garaje de la casa empezó a levantarse a la vez que el interior se alumbraba.

—**M**ETE el coche, hay sitio a la derecha.

Natalia obedeció y metió el coche. Se quedó impresionada. El garaje ocupaba toda la parte de abajo de la casita, que visto así no era tan casita. Allí había cuatro coches y una moto, todos cubiertos con fundas, y todavía quedaba sitio para unos cuantos más.

—¿Dónde estamos Zi? ¿Hemos vuelto a casa? —preguntó Guido que acababa de salir de los brazos de Morfeo.

—No Guido, sólo hemos venido a coger el Range Rover y algo de dinero, luego nos marchamos. Tal vez algún día...

Le pasó cariñosamente la mano por el pelo y prosiguió:

—Vamos al piso de arriba, —dijo Zi bajando del coche y dirigiéndose a una escalera de cemento situada en la esquina opuesta—, es posible que se les ocurra venir a buscarnos aquí y no podemos correr riesgos.

—Lo dudo —dijo Guido—, en todo caso vigilarían el acceso principal, no la casita del jardín.

—Tienes razón, ni siquiera está declarada como propiedad de la finca en el catastro. —Y dirigiéndose a Natalia—. He descubierto que esta casa y dos de los coches están a nombre de una sociedad, de la cual no formamos parte nadie de la familia, ni conocidos por mí. Pero tenemos usufructo y plenos poderes sobre ella. Hay una puerta que da al jardín y yo llevo jugando aquí desde que soy pequeña sin saber nada de esto. Era la casa que ocupaba Abdel Aziz. Los dos coches están en renting. ¡Otra incógnita más!

Ya estaban llegando arriba de la escalera. Zi sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta. Pasaron a un pequeño descansillo pintado de blanco que

tenía como único mueble una consola de madera lacada en negro con su correspondiente espejo, donde reposaba una bandejita llena de llaves. Zi cogió las del llavero Rover y se las metió en el bolsillo.

Natalia miró las demás llaves de la bandeja cotilleando sanamente. Los llaveros anunciaban Volkswagen, Ferrari, Harley Davidson, Bentley y Austin Healey.

—¿Qué es un Austin Healey? —quiso saber.

—Es un coche descapotable de los años sesenta —exclamó Guido—, era el coche favorito de papá. Lo compró cuando mamá y él eran novios y siempre lo ha cuidado para que esté como nuevo. Cuando sea mayor será mío, concluyó con orgullo.

Entraron en la casa. Era un espacio inmenso sin paredes, tipo loft, decorado con buen gusto, muy moderno y muy oriental. El suelo estaba cubierto de alfombras persas “de las buenas” pensó Natalia, al reconocer los reflejos de la seda. También había algún kilím y un precioso mergúm tunecino rojo en la parte que parecía ser el salón. En las paredes, tapices, pañuelos de seda, pinturas y espejos orientales maravillosos. La cocina daba directamente al espacio principal, era grande y espaciosa.

Zi se dirigió a una de las puertas que había al fondo cerca del salón, seguido de los demás, Lennon el primero.

Entraron en una habitación digna de un cuento de Las Mil y Una Noches, en tonos ocres y rojos, con cojines por todas partes, y una cama con baldaquino, en madera de wengé, casi negra con complicadas incisiones en toda su estructura. Zi la cruzó y se metió en un amplio cuarto de baño de diseño ultra moderno que guardaba colores ocres y verdes. Luego fue a la ducha que era una simple bandeja en el suelo entre la pared y un pequeño murete, sobre el que estaba fijado un cristal que la separaba del lavabo. Se agachó, metió la mano debajo del lavabo, tiró de algo con un movimiento brusco y la bandeja de la ducha empezó a moverse hacia delante con una especie de zumbido.

Zi se puso de rodillas en el plato de la ducha mientras Natalia y Guido la espían desde el cristal del murete. En el espacio dejado libre por la bandeja de la ducha y la pared del fondo apareció la puerta de una caja fuerte, con su botón, su palanca y una especie de pantallita de cristal.

Zi se agachó sobre la caja fuerte y empezó a girar suavemente pero con firmeza la rueda del botón de derecha a izquierda deteniéndose unos segundos en cada movimiento, marcando la combinación. Cuando paró hubo que esperar unos segundos hasta que empezasen a sonar unos pitidos muy leves, primero lentos y luego cada vez más rápidos hasta que se convirtieron en un pitido continuo insoportable que de pronto paró. Entonces la pantallita se iluminó con un haz de color rojo que se paseaba de un lado a otro del cristal como una pequeña serpiente buscando la salida. Zi puso la yema de su dedo meñique derecho sobre el pequeño escáner. Al cabo de dos segundos sonó un bip fuerte y la pantalla se iluminó enteramente de un verde extraterrestre.

Zi quitó el dedo, giró la palanca y se apartó. La puerta se empezó a abrir emitiendo un zumbido. Natalia no se pudo contener y aplaudió. Sólo faltaba que saliese humo blanco para que el efecto fuese total, pero no fue así. Zi los miró sonriendo. Luego cogió el contenido de la caja, que venía en una especie de pequeña cesta, sacándola por el asa. Con ella en la mano, se fueron todos al dormitorio a sentarse alrededor de una mesa baja rodeada de cojines.

Zi volcó el contenido de la cesta en la mesa y empezó a hacer inventario.

—Cheques de viaje en euros, están más cotizados que el dólar hoy en día, dijo apartando un fajo de Euro-travels a un lado.

—Allí hay un pastón —dijo Natalia apoderándose del paquete.

—Veinte mil, a partir de ahora creo que es mejor no usar las tarjetas, y aquí hay veinte mil más en efectivo —dijo Zi tendiéndole un sobre voluminoso a Natalia, que enseguida lo abrió para hurgar dentro.

—En billetes de cincuenta y de veinte. ¿Y esto? —dijo Natalia indicando unos pasaportes atados con una goma verde.

—Los papeles de Guido y míos.

—No son españoles.

—No, son los italianos y los egipcios, los españoles los llevamos puestos. Tenemos triple nacionalidad. Italiana por mi padre, egipcia por mi madre y española por nacimiento. Y los cogió para meterlos en la mochila, pero al levantarlos se dio cuenta de que algo fallaba, los pasaportes estaban puestos cara con cara y no uno tras otro, cara contra dorso.

—¿Qué pasa? —preguntó Natalia, viendo cómo Zi paraba su gesto y

quitaba con viveza la goma que sujetaba los pasaportes.

Zi no contestó, abrió uno a uno los libritos hasta que de uno de ellos cayó un folio doblado en cuatro. Lo recogió rápidamente de la mesa y lo abrió diciendo:

—Esto no estaba allí la semana pasada.

—Es de Abdel Aziz —dijo Guido con alegría al inclinarse sobre el hombro de su hermana para cotillear el mensaje.

Natalia hizo lo mismo pero se quedó parada y estupefacta.

—¡Está escrito en árabe!, ¿tú sabes árabe?

—Yo también —dijo Guido.

—Nuestra madre es egipcia y nos ha hablado en árabe desde pequeños. Lo sabemos hablar y leer, escribirlo ya es otra cosa, es más difícil.

—Bueno ¿qué dice? —preguntó Natalia con impaciencia.

Zi empezó a traducir en voz alta la breve nota.

“Noble Zi..

Si lees este mensaje es que han decidido entrar en acción y no han podido cogeros. El Sr. Edgard está siempre vigilando, sus brazos son largos. Alá es grande. Yo he salido para preparar vuestra llegada. No vayáis a Marbella, la casa debe estar vigilada. Esperan que salgáis por el sur, Algeciras o Cádiz...

Saldréis desde Marsella por circuito paralelo. Contacta con Jean Paul Lalemand, es cien por cien de fiar, lo conozco desde hace más de treinta años y tiene muy buenos contactos con la mafia marsellesa. Sabe dónde os tiene que llevar, confía en él. Os dará todas las instrucciones al embarcar.

Que el Poderoso os guíe y os proteja.”

Zi se quedó callada mirando la carta. La volvía a leer para sí misma por segunda vez, por si acaso.

—Siempre firma igual —dijo Guido— ***“Que el Poderoso os guíe y os proteja”***

—Sí, desde siempre, no recuerdo que nunca haya puesto su nombre en las cartas o mensajes que nos haya hecho llegar. Y mirad una cosa, mejor que lo sepáis por si acaso. Veis que la primera frase, en este caso ***“Noble Zi..”***,

termina por dos puntos. Esto significa que todo va bien y que este mensaje no ha sido escrito bajo amenaza. Recordadlo siempre puede sernos útil.

—¿Conoces al tal Jean Paul?

—No, es la primera vez que oigo hablar de él.

—Bueno —dijo Natalia—, pues no veo su número de teléfono en el mensaje, y que yo sepa los números árabes son los mismos que los nuestros.

—Tienes razón —dijo Zi levantándose.

Siguieron a Zi hasta la cocina, que fue directamente al frigorífico, lo abrió, sacó un pack de zumos de fruta, abrió uno y empezó a beber a morro ante la mirada atónita de Natalia y de Guido.

—¿Qué? —dijo—, ¿qué queréis?

—¿Y el teléfono?

—En el listín de teléfonos que está en la mesita del salón al lado del sofá. En la J busca JPL.

Natalia fue a buscar el número de teléfono. Abrió la agenda y lo encontró.

—Está aquí.

—Pues claro, siempre lo hace así. Es como un juego. Apúntalo, vamos a llamar antes de salir.

—¿A las tres y media de la madrugada?

—Tenemos que organizarnos antes de salir de aquí y tenemos que salir ya.

Natalia miró hacia el exterior por la ventana de la cocina y descubrió un inmenso jardín tenuemente iluminado, con una piscina que más bien parecía unas termas por sus columnas y su diseño. Al fondo se divisaba una mansión de dos plantas cuya parte de atrás daba seguramente al impresionante portal ante el cual habían pasado hacía un momento.

—¿Y esta casa? —preguntó sabiendo cual iba a ser la respuesta.

—De mis padres —dijo Guido.

—Ahora la tenemos alquilada a una embajada. Así nos da una renta. Como nuestros padres han desaparecido en territorios en guerra, legalmente es muy complicado. Tenemos una especie de usufructo, pero que en realidad no lo es. ¡En fin!, Edgard se ocupa de todo.

—¿No te ha fastidiado tener que abandonar todo esto?

—Sí, pero según Edgard era mejor y más discreto. Pásame el teléfono de

Jean Paul, que nos tenemos que ir —dijo Zi cambiando de tema a la vez que sacaba su móvil. Y ante la cara de desilusión que ponía su amiga añadió:

—Luego te cuento más. Ahora no hay tiempo.

Marcó rápidamente el número. Y todos aguantaron la respiración. Era la llamada de la salvación. No podía fallar.

—*Allo, Jean Paul?, je suis absolument navrée de vous déranger à cette heure-ci. Je suis Zi et je ...*

—*Ah, Zi, Abdel Aziz. Je suis au courant. Je vais m'occuper de tout. Où êtes-vous actuellement?*

—*A Madrid.*

—*OK, j'ai besoin de deux jours pour tout préparer. Ne venez surtout pas à Marseille avant. Je vous téléphone demain soir, j'ai votre numéro. Bon courage.*

—*Merci. [[5]]*

—*Ciao* —dijo Jean Paul, y colgó sin esperar una respuesta.

—Ya veo que también hablas francés. Yo también, menos que inglés aunque me defiendo; pero cuenta, ¿qué te ha dicho?

—Necesita dos días para organizar todo. Me llama mañana por la noche.

—¿Le ha molestado que le llames tan tarde? ¿Estaba cabreado?

—No, todo lo contrario, estaba esperando la llamada, Abdel Aziz le ha dicho que iba a ser inminente, y ha sido muy amable. Se le veía totalmente despierto, debe de ser de esa gente que vive veinticinco horas sobre veinticuatro. Lo que tiene es un acento raro. Es parecido al acento que tienen en el sur de Francia, pero algo exagerado. Lo que no sé, es qué vamos a hacer durante dos días, aquí no nos podemos quedar.

—Tengo una habitación reservada en el Parador de Aiguablava, en la provincia de Girona; así estaríamos cerca de la frontera francesa y a medio día de Marsella.

—¿Y qué hacemos con Eduardo?

—Nada, he quedado en el Aeropuerto de Barajas, en la Terminal cuatro, esta tarde a las seis. El vuelo es a las ocho. Supongo que cuando no me vea llegar pensará que le he dado plantón y se irá con el rabo entre las piernas. O me llamará y le contaré un cuento chino, como que estoy huyendo de unos desconocidos que me quieren secuestrar para meterme un viaje —remató

sonriendo, inquieta.

—Perfecto, voy a cerrar la caja fuerte y a apagar las luces. Guido ve a quitar la funda del Range Rover y ponlo en marcha. ¡Y nada de moverlo!, ¿vale? —dijo Zi lanzándole las llaves.

Media hora más tarde estaban en la A2 dirección Barcelona. Habían aparcado el Audi en el sitio del Range Rover y lo habían cubierto con la funda. Nadie lo iría a buscar allí.

—Son las cuatro de la madrugada. Nos turnamos cada cien kilómetros a la vez que nos tomamos un descanso de diez minutos y un café. ¿Te parece bien? —dijo Zi, que había tomado el volante.

—De acuerdo, así llegaremos a media mañana al hotel. Si nos cansamos antes echamos un sueño en un área de descanso.

EERAN las once de mañana cuando Natalia aparcó el Range Rover en el estrecho parking en cuesta del Parador de Aiguablava, delante de las escaleras de la entrada. Unas cristaleras recorrían toda la planta baja del hotel, rodeada de un amplio porche. Allí se encontraba, además de la recepción, el restaurante y la cafetería con sus inmensas terrazas, y los salones de descanso con sus confortables divanes y butacas. Todo ello en tonos años setenta ochenta y con el inconfundible “estilo parador”. Una estética muy especial y perfectamente definida, que combina todos los estilos existentes, desde el clásico rústico “remordimiento español”, hasta el ultramoderno estancado en los años ochenta. Todo, admirablemente reunido en un mismo espacio, por los magos de la decoración de los paradores de España. Así, el cliente, generalmente asiduo a estos lugares, nunca se encontraba desarraigado, siempre había algo que le gustaba, aunque sólo fuera inconscientemente.

El hotel era de construcción moderna. Estaba situado en un enclave privilegiado, sobre un saliente de rocas con una cala a su izquierda, a la cual se podía acceder mediante una escalera que salía del porche junto a de la recepción y luego por un sendero que bajaba suavemente hasta la arena. A la derecha se veía otra cala sin arena donde las olas rompían sobre las altas rocas que la cerraban.

Zi cerró el coche y se dirigieron con el equipaje a la recepción, dejando a Lennon montando guardia.

Allí Natalia se ocupó de la reserva, avisando que había perdido su tarjeta de crédito y que la había dado de baja, con lo que tendría que pagar en efectivo. La recepcionista pidió con mucha educación si la otra persona que

la acompañaba, podría dejar la suya. Zi contestó que su tarjeta era de débito, sin relieve para la huella y que estaba desmagnetizada. Se la tendió. La recepcionista la probó para tomar la fianza electrónica. Efectivamente, el Tpv no podía leerla. Zi se había asegurado, antes de salir, de pasar por la banda magnética el potente imán de uno de los horrorizadores que Abdel Aziz tenía pegado en el frigorífico, recuerdo de un pequeño Guido.

—Tal vez podamos dejar la señal en efectivo —volvió a insistir Natalia.

—Lo siento, el reglamento dice que tiene que haber la huella de una tarjeta de crédito.

—Bueno, yo les he mandado un fax de confirmación. Y si tienen miedo de que nos vayamos sin pagar la factura, ponga una fianza más alta.

—Ya, pero es que el reglam...

—¿El reglamento le permite llamar al gerente del hotel, señorita? —dijo Zi, cortándole la palabra con voz seca y autoritaria.

—Estamos cansados, tenemos una reserva, en ningún momento se nos ha avisado que tuviésemos que usar obligatoriamente una tarjeta de crédito, y acabamos de conducir ochocientos kilómetros para llegar a este maravilloso hotel.

Un hombre de mediana edad apareció por la puerta que se encontraba en la misma recepción a espaldas de la recepcionista.

—Buenos días, ¿les puedo ayudar en algo? —dijo el hombre con una amplia sonrisa, al ver a las dos preciosas chicas y al niño.

—Señor, no tienen...

—Ya lo he oído señorita —la cortó, con voz amable, que no admitía discusión—. Soy el director de este parador —dijo dirigiéndose a ellas.

Y, viendo a aquellas dos chicas que le estaban sonriendo con todos sus encantos y que de pronto parecían cansadas e indefensas, prosiguió:

—No se preocupen, les vamos a tomar nota de sus DNI en el registro y les pediremos una señal de quinientos euros en efectivo. Se iban a quedar dos noches, ¿verdad?

—Así es —contestó Natalia con cordialidad.

—¡Bien! Como estamos en fin de semana, tenemos una promoción de suite júnior, que da a la parte sur del hotel, en la cuarta planta. Tiene la ventaja de que es grande y tiene un saloncito donde podríamos instalar una

cama supletoria para este muchachito. Lo único, que la cama es de matrimonio, aunque es amplia, de dos metros, ¿si no les importa?

—Bueno así no me darás patadas —le dijo Natalia a Zi con guasa. Y luego, dirigiéndose al hombre con sonrisa sensual—nos parece fantástico, es usted muy amable.

—La habitación también tiene jacuzzi y un pequeño gimnasio en el cuarto de baño. Y disculpen a la señorita Laura, está realizando unas prácticas, y sólo intentaba aplicar el reglamento.

—No se preocupe, lo entendemos —contestó Natalia a la vez que cogía la llave electrónica que le tendía el director con amabilidad.

—Los ascensores están por allí, justo pasada la recepción. Cuarta planta. Su habitación se encuentra a la izquierda al salir del ascensor.

—Muchísimas gracias —dijeron a la vez, las dos, recogiendo el equipaje del suelo.

—¡Un momento! —dijo de pronto mirando hacia su izquierda:— Miguel, ¿quiere usted subir el equipaje de estos clientes a su habitación, por favor?

—Sí señor, a esto mismo venía.

El tal Miguel se apoderó de las cuatro bolsas de viaje con visible satisfacción. Era un chico joven que no parecía tener ni veinte años. Delgado y fuerte, de piel morena y pelo castaño recogido con una goma en la nuca, con unos ojos negros y brillantes llenos de vida.

—Por aquí señoritas —les dijo abriendo el paso.

En el ascensor, pasado de moda, Zi se miró en uno de los tres espejos que recubrían las tres paredes que no eran puerta. Qué pelos, qué ojeras, qué pintas, el maquillaje medio quitado, la ropa arrugada. Miró a Natalia. Mal de otros, consuelo de tontos, pensó al ver que su amiga no tenía mejor aspecto. No era de extrañar que la recepcionista se hubiese mostrado desconfiada. Menos mal que había salido el director. Con los hombres era más fácil, ver una chica cansada y ojerosa era imaginársela por la mañana en su cama después de una noche de locuras. ¡Todos iguales! Y cuanto más mayores, más se agudizaba esa tara. Una sonrisa sensual, una mirada de niña tontita e indefensa...

—¡Aquí es! —dijo Miguel parándose delante de una puerta e introduciendo en la cerradura la tarjeta que le había quitado de las manos a

Natalia. Luego pasó con el equipaje pidiendo disculpas y lo dejó en el saloncito que precedía a la habitación—. Ahora les subiré la cama supletoria.

Zi miró en su mochila, y no encontrando nada más pequeño, decidió darle un billete de veinte euros de propina.

El chico miró el billete con emoción y luego las miró a ellas diciendo:

—Muchas gracias. El Range Rover es de ustedes ¿verdad? —Y, ante la afirmación muda del grupo, siguió— si quieren, les puedo enseñar cómo subir el perrito a la habitación.

—De acuerdo, voy contigo —dijo Guido.

Y los dos muchachos salieron juntos, bajo la mirada encantada de las dos chicas.

—Vamos a explorar nuestro nidito de amor —dijo Zi pasando al dormitorio.

—¡Uaauu! —exclamó Natalia—, Qué cama tía. Qué noche podía haber pasado con Eduardo.

—El tamaño de la cama no es lo importante —le contestó Zi con burla.

Y se fueron riendo a la terraza.

—Qué maravilla, qué vista, yo me quedo a vivir aquí. Esto es un paraíso.

Con vistas al sur, la terraza daba a la cala rocosa y al mar abierto. A la derecha, el ventanal continuaba detrás del tabique de la habitación y se veía una parte del famoso gimnasio, con su jacuzzi.

—Vamos a verlo.

Y las dos salieron de la terraza para precipitarse al cuarto de baño. Parecía sacado de una película americana de los años ochenta. La habitación era rectangular y bastante grande. A la derecha, lindando con la pared del saloncito de la entrada, estaba el W.C., encajonado entre cuatro paredes con su puerta de cristal mate. El resto era un pequeño gimnasio con una bici estática, cuatro viejas pesas en un soporte desconchado, una escalera de gimnasia con restos de barniz, y un aparato raro con un ancho cinturón de tela colgando. Toda la parte de la izquierda era un inmenso ventanal, continuación del de la habitación, que daba al mar, a la calita rocosa. La ducha consistía en un hueco de un metro cuadrado al que se bajaba por dos escalones y que se encontraba en la esquina del fondo a la izquierda, pegada al jacuzzi. Así, cuando te duchabas, tenías contento a quien estuviese en el

gimnasio, y a los peces de la cala.

—¡Un sacude culos! —dijo Zi acercándose al aparato del cinturón—. ¡Vamos a probarlo!

Se puso delante de la máquina que consistía en una especie de champiñón metálico de un metro de alto, de cuyo sombrero estaba colgado el ancho cinturón. Lo cogió, se rodeó el trasero con él y lo enganchó en el lado opuesto del aparato. Natalia la miraba divertida.

—¿Lista? ¡Ya!

Y apretó el botón. La máquina entró en un baile desenfrenado, tirando del cinturón de un lado para otro a una velocidad de vértigo, sacudiendo los glúteos de Zi a un ritmo difícil de describir.

—¡Guay tía!, ¿y este invento?

—Antediluviano, lo utilizaba mi madre para adelgazar.

—¡Ya!, para adelgazar. Yo le veo otras aplicaciones más interesantes. Igual que los chorros del jacuzzi.

Y antes de que pudieran entrar en detalles sonó la puerta de la habitación.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Guido, y seguidamente entró Lennon jadeando y contento de haber reencontrado la manada.

Cuando llegaron al saloncito, Miguel ya había terminado de colocar la cama supletoria.

—¡Ya está!, les dejo que descansen. Hasta luego. —Y se fue cerrando la puerta con cuidado.

—Ahora son las doce menos cuarto, vamos a descansar un rato y a las dos y media iremos a comer fuera.

—Yo no estoy cansado.

—Bueno, pero nosotras hemos conducido toda la noche y necesitamos descansar.

Habían dormido, a ratos, mientras la otra conducía, turnándose toda la noche. Pero también habían hablado mucho sobre lo sucedido.

Madrid, Marzo de 2004 (Cuatro años antes)

ZI salía de la sala 2 de la Terminal 1 del Aeropuerto de Barajas, en Madrid. Un vuelo de dos horas escasas, sin incidencias, desde París donde había terminado su máster especial sobre Edad Antigua en L'Ecole du Louvre, el año anterior.

Decidió quedarse en París a trabajar unos años. Sus notas le habían dado acceso a una beca en el anexo del Museo del Louvre. Sección, Egipto Imperio Antiguo, Archivos e Inventario del Fondo no expuesto. Aceptó pensando aprovechar esta ocasión para hacer su tesis doctoral sobre algún tema de esta época y sobre todo porque, desde que era pequeña, sus padres como historiadores, lo investigaban.

De hecho, ahora estaban en Irak, ayudando a catalogar las piezas que habían desaparecido durante la guerra y las que estaban apareciendo, a iniciativa de Neil MacGregor, Director del British y bajo el mando de Donny George, Director de Investigación del Museo Nacional de Bagdad. Éste había denunciado, en 2003, a los estadounidenses, por descuidar el control de las fronteras y dejar que el patrimonio iraquí saliese del país. Parece ser que surtió efecto, porque se constituyó un grupo de trabajo formado por soldados profesionales y por agentes del Departamento de Inmigración y Aduanas. Por primera vez, los agentes responsables de la investigación, al mando del coronel Matthew Bogdanos, habían empezado a recuperar piezas y a catalogar la extensión del patrimonio expoliado. Hasta ahora, los responsables de la institución, dirigida por Jaber Jalil Ibrahim, se habían

limitado a intentar evaluar el desastre, a limpiar y a establecer un catálogo de todo lo perdido.

Sus padres mantenían buenas relaciones con Irak donde ya en la primera guerra del Golfo en 1991, habían ayudado a catalogar material saqueado.

Zi había tenido que esperar bastante para recuperar sus maletas. El atentado de Atocha el 11 de marzo pasado había hecho que se reforzasen todos los controles en los aeropuertos.

Iba vestida con una faldita vaquera sobre unas medias fantasía, un jersey de lana verde oscuro, apretado, unos botines “taconazos” y un abrigo rojo chillón. Una pequeña mochila beige colgaba de su espalda y arrastraba una maleta roja con ruedas.

Estaba preocupada, Abdel Aziz la había llamado la víspera y le había pedido que viniese a Madrid porque tenía que hablar con ella y no podía ser por teléfono. Pero lo que más la inquietaba era que el Egipcio le había hablado en francés y no en árabe. Que ella recordase era la primera vez que Abdel Aziz no se dirigía a ella en su propio idioma, a menos que estuviese en presencia de terceras personas.

Apenas le había dado tiempo a comprar el billete en la agencia debajo de casa, y a ordenar un poco el pisito en el que vivía en la rue Vavin esquina con el boulevard du Montparnasse, a cinco minutos andando desde el Jardin du Luxembourg. También había llamado a su amiga Vero, becaria como ella, y a Thierry Leroy, su jefe de beca, un hombre de aspecto triste y lúgubre, de unos sesenta años, que tendía a sobreprotegerla. Todo el departamento estaba de acuerdo en llamarlo la momia. Daba pavor encontrárselo a la vuelta de una esquina, en un pasillo oscuro de los sótanos de los fondos del museo, con su paso silencioso. Pero quien lo conocía, sabía que era una de las personas más dedicadas a su trabajo, y entendida en la materia. Y sobre todo, no tenía ningún reparo en comunicar su saber al que se lo pedía con educación y respeto. Y que, en algún cóctel ocasional, cuando había tomado alguna copa, se convertía en un ser alegre y divertido, animando su entorno con un montón de anécdotas sobre excavaciones e investigaciones.

A los demás ya los llamaría al llegar a casa de sus padres, en Madrid.

Cruzó con paso decidido la puerta 2 y el hall de llegadas, sin mirar si alguien la esperaba, con sus bucles llenos de reflejos, ondulando a cada paso

en su espalda, y sus piernas saliendo del abrigo abierto al mismo ritmo, bajo la mirada interesada de los hombres allí presentes, y es que una Zi en movimiento era mucha Zi.

Salió fuera y barrió con la mirada los coches aparcados, encontró el que buscaba y se dirigió con una gran sonrisa en los labios hacia un Bentley color crema último modelo. Un hombre de unos cincuenta años, alto y delgado con perilla perfectamente cuidada, vestido de manera oriental, la esperaba con la puerta de atrás abierta. Sonrió cariñosamente al hombre y se asomó a la puerta, cogió a su hermanito de ocho años en brazos y lo cubrió de besos.

—Hola mocoso, te he echado mucho de menos. Tengo un regalo para ti, mira aquí dentro —le dijo tendiéndole su mochila.

Luego se enderezó y le dio dos besos al hombre mientras él la cogía con emoción por los hombros.

—¿Qué tal Abdel Aziz?

—¿Y tú?, Noble Zi.

—Subo contigo delante.

—Me lo imaginaba.

Abdel Aziz cerró las puertas del coche y se subió detrás del volante. Arrancó con suavidad y sin decir palabra, mientras Zi, de rodillas en su asiento y sin ponerse el cinturón, hablaba con su hermano que miraba extasiado la pieza articulada con diez motores paso a paso y la tarjeta de adquisición de datos que su hermana le había traído.

—Es súper chula, ¿cómo la has conseguido?

—Me la ha fabricado un amigo que ha estudiado un máster en robótica en Versailles. Es un apasionado, bueno, por lo menos en lo que concierne sus inventos. Esto, son dos meses de trabajo, así que ándate con cuidado. Sobre todo con lo que me ha costado pasarla por los controles.

—Prometido, ¿pero cómo has hecho?

—Muy fácil, la he facturado con la maleta, donde iba envuelta en un montón de papel de aluminio. De hecho me he quedado sin papel de aluminio en mi cocina. Luego al recuperar mi maleta, la he sacado, he quitado el aluminio y la he metido en mi mochila.

—Estoy deseando probarla.

—¡Ah!, y este es el teléfono personal de Samy —dijo Zi, sacando una

cartulina de su billetera—, por si tienes alguna pregunta que hacerle sobre las conexiones.

—Qué simpático, lo llamaré para darle las gracias.

—Tienes más suerte que yo, porque sólo se le ha ocurrido darme su teléfono cuando me entregó la pieza acabada para ti.

Había conocido a Samy en el Louvre, donde vino con un equipo de investigación robótica, para terminar de poner a punto un robot submarino que estaban desarrollando para unas excavaciones subacuáticas en la bahía de Abukir, frente a la ciudad de Alejandría en Egipto. Era un chico de unos veinticinco años, alto, moreno, con cuerpo de escultura griega. Samy era de origen griego, pero nacido en Estados Unidos y ahora trabajaba en Alemania. Levantaba revuelo entre el sexo femenino. Pero cuanto más se le acercaban, más se concentraba en su trabajo. Parecía ser la alegoría de la timidez.

Zi tenía muchas ganas de preguntarle a Abdel Aziz el motivo de su llamada, pero conocía bien al Egipto, si no decía nada es que no era el momento. Y hasta que él no considerara que lo fuese, no diría nada. Así que dejó a su hermano Guido en estado contemplativo y se sentó como debía, abrochándose el cinturón.

—¿Noticias de papá y mamá? —preguntó no obstante, para averiguar si iban por allí los tiros.

—Luego hablamos —contestó Abdel Aziz con tono neutro.

Zi optó por callarse.

Minutos después abandonaban la autovía del aeropuerto para entrar en la Moraleja por la entrada norte y enseguida llegaron a casa. Al acercarse el coche, un inmenso portal que hacía esquina y de donde partían dos altos muros, se abrió automáticamente. El Bentley entró y se fue a aparcar bajo el porche de entrada de la mansión familiar.

Bajaron los tres y Abdel Aziz cogió el equipaje de Zi.

—Lo subo a tu habitación. ¿Has comido?

—Sí, me han dado una bandeja con cosas muertas en el avión, y yo me llevé unas chocolatinas.

Abdel Aziz asintió con la cabeza y dijo:

—Os veo a los dos dentro de media hora para tomar el té.

—¿En tu casa?

—Buena idea, ¡en mi casa!

Guido ya había desaparecido con su pieza nueva, en dirección a su habitación, para probarla, así que Zi se fue a la suya a darse una ducha y a cambiarse.

Mientras se duchaba, Zi no dejaba de pensar en la respuesta de Abdel Aziz cuando le preguntó por sus padres “luego hablamos”. Seguro que les había pasado algo. Si no habría contado un montón de historias sobre el trabajo que estaban realizando, sobre las últimas anécdotas que su padre le hubiese comunicado... Ya no podía más, ¡tenía que saber ya! Así que salió de la ducha, se secó lo más rápido que pudo, se puso uno de sus “trapitos de estar por casa”; muchas palabras para definir unos trozos de tela que le quedarían pequeños incluso a Guido, y que iba comprando por los mercadillos, a los que era muy aficionada. Se calzó unas deportivas, cogió su abrigo, y salió de su habitación con paso decidido, llamando a Guido.

—¡Guido!, vamos a la casita del jardín, corre, que llegamos tarde.

—Ahora no puedo, estoy en plena conexión —le contestó el inventor.

—Me da igual, ¡deja eso ahora mismo o te lo quito! —dijo Zi entrando en el cuarto.

—Lo que se ha regalado no se puede quitar.

—¿Te juegas algo? —le contestó Zi, muy seria.

—Está bien... —contestó el muchacho con voz vencida. Y cogió su abrigo, llevándolo a rastras de mala manera hasta la puerta acristalada que daba al inmenso jardín.

LLEVABAN un buen rato sentados en los cojines del salón de Abdel Aziz, en la casita del fondo del jardín, y éste terminaba de servir el té con menta. Un sol brillante de invierno inundaba la sala, dando un acogedor ambiente dorado al decorado oriental. Pero Zi estaba demasiado inquieta e impaciente para estar receptiva. Por fin el hombre dejó la tetera en la mesa y se sentó.

—¿Qué tal todo en París? —preguntó.

Zi no contestó, se quedó mirándolo con ojos inquisidores, sin pestañear. Tenía veinticuatro años, ya no era la niña ingenua de unos años atrás.

—Bueno —prosiguió Abdel Aziz, consciente de que no podía demorarse más—, tengo noticias de vuestros padres, y me temo que no son del todo buenas... —Se quedó mirando a Guido y a Zi, que estaban cada vez más tensos y preocupados.

—¡Suéltalo ya! —exclamó Zi.

—Han desaparecido hace una semana —dijo Abdel Aziz prudentemente.

—Una semana —gritó Zi—, una semana y nos lo dices ahora.

Zi dejó pasar unos segundos mirando fijamente a Abdel Aziz y preguntó más calmada:

—¿Cómo ha sido?

Abdel Aziz se revolvió en su cojín, incomodo.

—No se sabe con exactitud, al parecer los llamaron unos arqueólogos alemanes que habían reanudado su trabajo en la antigua Uruk, al sur de Irak, y que creían haber descubierto la tumba del rey sumerio, que dio pie a la leyenda de Gilgamesh, el héroe más famoso de los mitos mesopotámicos. Pero por otra parte, parece ser que unas antigüedades fueron interceptadas

hace unas semanas por soldados de las Fuerzas Iraquíes Libres, leales a Ahmed Chalabi, (que se perfila como uno de los favoritos para presidir el país), a unos doscientos kilómetros al sur de Bagdad, y que al enterarse del contenido, salieron inmediatamente para el lugar.

—¿Y?

—Y esto es todo. No se ha vuelto a saber de ellos. De momento no hay nada por lo que inquietarse, las comunicaciones con Irak son malas y existe cierta confusión generalizada. He intentado hacer trámites para desplazarme personalmente a la zona pero es muy complicado. Y más aún para un egipcio y árabe como yo, sobre todo teniendo en cuenta el reciente atentado de Madrid, que no saben si atribuirlo a vuestros terroristas locales o a Alkaeda; a esto súmale los nervios de las próximas elecciones...

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Esperar. Edgard está haciendo algunos trámites por su cuenta. Ya sabes que este hombre tiene una mano muy larga, y por lo que yo sé, está siempre en contacto con tus padres, por esto de las antigüedades. Recuerda cuando eras pequeña y a tus padres les sorprendió la guerra del Golfo en unas excavaciones en Kuwait, y que el tío Edgard los sacó de allí. Y cómo, a los pocos meses, rescató unas tablillas de barro, unos papiros y un pergamino en piel de cabra, con dibujos en color de dos hombres y un demonio. Parece ser que un marine se los intentaba vender en Buenos Aires a través de un anticuario neoyorquino. Los mismos que se supone habían aparecido el año anterior, en el yacimiento donde tus padres fueron inmediatamente después del descubrimiento. Todo esto en el más absoluto secreto. Las piezas estaban guardadas en el Museo de Failaka pero por razones de seguridad habían sido trasladadas al Museo Nacional de Kuwait, semanas antes del inicio de la guerra.

—Es verdad, tienes razón, vamos a esperar a ver qué dice tío Edgard.

—¿Y qué ha pasado con las tablillas y los manuscritos en piel de cabra?
—preguntó Guido, como si fuese lo único importante.

—Pues la verdad es que no lo sé. No he vuelto a oír hablar nunca más del tema, ni por tus padres, ni por el Tío Edgard, ni por la prensa. No me había parado a pensar en ello. Y eso que tus padres se desplazaron a Argentina varias veces, y el marine fue encarcelado por saqueador después de un

consejo de guerra, y de ser extraditado a Estados Unidos. Pero eso lo sé por tus padres, no salió en la prensa, por lo menos aquí.

—Tú siempre los acompañabas a todos lados antes —dijo Zi—. Y desde que nació Guido, ya no.

—Es verdad, ahora tengo que proteger a Guido —dijo riéndose y revolviendo el pelo del niño.

Pero a Zi no se le escapó que la mirada de Abdel Aziz no sonreía, era seria, tal vez hasta dura. Lo achacó al hecho de que él estaba aquí y no había podido ayudar a sus padres.

PASARON varios días y por fin se presentó Edgard en Madrid, un frío domingo por la mañana, sacándoles de la cama a las ocho, aprovechando una escala entre El Cairo y Nueva York. Sólo se quedó el tiempo de un desayuno, pero suficiente para decirles que había conseguido saber que sus padres habían salido de Bagdad en un convoy que se dirigía al sur. Pero no se sabía más. Ni si iban a Uruk, a reunirse con los arqueólogos alemanes, que efectivamente los estaban esperando, o con los soldados de las Fuerzas Iraquíes Libres, que habían desaparecido con el alijo, claro está.

—El caso es que no aparecen, ni el convoy, ni ellos —dijo Edgard—, y nadie ha visto nada. Esfumados. Y por si no lo sabéis un convoy de estas condiciones se compone como mínimo de cuatro vehículos.

—Pero, el ejército americano sabrá si les falta algún vehículo, ¿no?

—No te puedes ni imaginar, jovencita, el follón que tienen montado allí. Y esto no va a mejorar. Algunos lo catalogan ya como Vietnam II. Hay demasiados intereses en juego. Y sinceramente, cuando se mete uno con los árabes hay que tener las cosas bien atadas. Ya se dio cuenta papá Bush hace 12 años durante la Guerra del Golfo. Pero la tentación era demasiado fuerte y Bush júnior ha pensado que podía acertar donde papá la había cagado, y multiplicar los contratos petroleros de la compañía familiar. En fin, no te voy a hacer comentarios sobre el cociente intelectual del actual presidente de Estados Unidos; tú sigue sus apariciones en la tele y lo entenderás.

—¿Entonces?

—Hay que tener paciencia. De momento no se puede hacer nada. Poseo buenos contactos en Irak, por negocios, y tienen una antena a la escucha de

cualquier información que pueda surgir. En cuanto sepamos algo os aviso.

—¡Se me va a hacer largo!

—Deberías volver a París, Zi. Te conozco, allí por lo menos estarás ocupada con tu trabajo y tu tesis. A propósito, ¿cómo está mi amigo Thierry Leroy?, la momia viviente del Louvre.

—Como siempre, los años no pasan por él, está bien conservado, dijo Zi con una sonrisa. Pero se ocupa demasiado de mí.

—Es normal, yo haría lo mismo si la hija de mis mejores amigos estuviese trabajando conmigo.

—¡Fantástico!, llevo un año trabajando con él, papá y mamá lo saben, y me entero por ti en pleno drama familiar.

—Lo siento Zi, no quería meter la pata, pero cuando vuelvas a París te va a parecer extraño que Leroy sepa lo de tus padres. Ten en cuenta que no se ha hablado del tema ni en la prensa.

—Bueno, gracias por avisarme. Voy a volver a París esta semana.

—Estaré en contacto contigo y con Abdel Aziz. En cuanto sepa algo nuevo os aviso. No perdáis la esperanza. Si hubiese pasado algo grave pienso que lo sabríamos. Son civiles. O este convoy no ha salido nunca de Bagdad, o ha ido a alguna parte con las antigüedades recuperadas, por alguna razón que no puedo explicar.

Zi se quedó con Guido unos días porque daba la casualidad de que estaba de vacaciones. Aunque, el muchacho se pasaba todo el tiempo en su habitación conectando, probando, programando los movimientos de su nueva pieza articulada en su ordenador y colgado del teléfono, intercambiando opiniones con Samy, que daba pruebas de tener una paciencia sin límites.

ZI llevaba en París una semana cuando Edgard la llamó para comunicarle que no se había avanzado nada con respecto a la localización de sus padres. Le dijo que Donny George, director de investigación del Museo Nacional de Bagdad, en aquellos momentos de paso por Londres, había dado a conocer una lista con los veinticinco objetos más importantes robados durante el saqueo y que se la mandaría por email esa misma tarde.

—Tal vez nos pueda dar alguna pista sobre lo que tus padres iban a buscar con tanta urgencia en el alijo interceptado por los soldados de las Fuerzas Iraquíes Libres.

—Gracias Edgard. ¿A ti qué te parece?

—Yo no veo nada que tenga relevancia. Bueno, son piezas muy importantes y valiosas, pero no entiendo por qué salieron tan rápido, sin avisar y sin preparar el viaje. No es propio de ellos.

—Ya, es lo que más me extraña, esta salida repentina.

—¿Cómo está mi amigo Thierry Leroy?

Zi notó que era una pregunta que exigía respuesta, y no la respuesta habitual referente a su aspecto o a su apodo.

—Pues no lo sé. No lo he visto desde que he vuelto. Creo que ha salido de viaje.

—¿Y sabes a dónde? —Zi creyó notar una punta de nerviosismo en la pregunta.

—Ni idea, no me he parado a preguntar, ¿Quieres que investigue mañana?

—No, no. No es necesario, era simple curiosidad. Cuando lo veas

recuerda saludarlo de mi parte —dijo Edgard con tono neutro quitándole importancia—. Bueno, Zi, te tengo que dejar. Muchos besos. Hasta pronto, con mejores noticias espero...

—Adiós Edgard, hasta pronto.

Zi apagó el teléfono y lo colocó en su soporte con un suspiro de desesperación. Cuando oyó la voz de Edgard, una ola de esperanza la había invadido, pero nada, ninguna noticia nueva. Qué más daba la lista de los veinticinco objetos más importantes robados durante el saqueo. Y qué narices iba a hacer ella con esa lista, si ni el propio Edgard había visto nada significativo en su contenido.

Por la tarde recibió el correo, se pasó el fin de semana mirando la lista con su amiga Vero, repasándola cientos de veces. Llamó a Abdel Aziz después de mandársela, le dieron muchas vueltas, pero no sirvió de nada.

Por fin llegó el lunes y pudo volver al Louvre y pensar en otras cosas. Se volcó en su trabajo, pero su cabeza estaba en otro lugar, por mucho que su amiga la intentase animar.

El miércoles a media mañana se cruzó con Thierry Leroy que volvía de viaje, la piel quemada por el sol. Pero no del color y aspecto del que se vuelve de la playa, más bien como si hubiese estado trabajando la tierra, en camiseta, entre el polvo y el sudor. Del tipo “moreno excavación”.

—***Bonjour Zi.***

—***Bonjour Monsieur Leroy.***

—***J'ai besoin de te parler***^[6] ¿Puedes acompañarme a mi despacho, por favor?

Zi asintió y lo siguió, dispuesta a escuchar la retahíla del buen amigo que siente lo que le estaba pasando a sus padres.

Después de recorrer varios pasillos y pasar por el laboratorio de restauración, donde Leroy tenía que recoger unos papeles, salieron de los sótanos, subiendo a la planta superior por el ascensor reservado al personal.

En esta zona, el Museo del Louvre tenía varias plantas de sótanos, contruidos cuando se hizo la obra de la pirámide que tanta polémica había levantado. A Zi le gustaba, daba una nota moderna al museo, indicando al mundo entero que no se había quedado estancado en el siglo diecinueve como otros museos europeos de la misma importancia. Y también era

impresionante ver la alineación de la pirámide en el eje, que, pasando por Les Jardins des Tuileries, Les Champs Élysées y l'Arc de Triomphe en la Place de l'Étoile, terminaba en la Grande Arche del ultra moderno barrio financiero parisino de La Défense, en Nanterre. Aunque esta última había tenido que ser construida un poco ladeada por culpa del terreno.

Llegaron al pequeño despacho que le correspondía a Thierry Leroy. Contrariamente a lo que uno se podría imaginar, no había piezas por catalogar, libros de referencia, ni carpetas por todos los rincones. La pequeña habitación era diáfana, con poco mobiliario, todo muy moderno. El suelo era de parquet, como en casi todo el museo. Dos ventanas muy altas daban a la rue de Rivoli, casi a pie de calle. Entre ellas, una repisa estrecha rebosaba de libros de estudio, perfectamente ordenados. Las demás paredes acogían discretos archivadores de metal negro coronados con unas fotos y dibujos enmarcados bajo cristal. Una amplia mesa de metal y cristal con la pantalla de un ordenador último modelo, su teclado y ratón inalámbrico, conectado al sistema central del museo, completaban el decorado.

Se sentó en su pequeña silla de ruedas detrás de la mesa, no sin antes haberle indicado a Zi, con un gesto, que tomase asiento en una de las sillas que se encontraba al otro lado.

Se aclaró la voz y dijo:

—Acabo de llegar de Irak.

Dejó pasar unos segundos a que su frase surtiera efecto en el cerebro de Zi. Ella se quedó mirándolo como si fuese un espejismo, hasta que por fin se convenció de que lo que estaba oyendo era realidad y su cara cambió por completo. Un montón de preguntas se abarrotaron en su mente intentando abrirse camino. Abrió la boca para dar libre curso al flujo de palabras que luchaban por salir, pero Leroy hizo un gesto tranquilizador con la mano, acompañado de una mirada igualmente tranquilizadora, y prosiguió:

—He estado en Irak extraoficialmente. Es mejor que no se lo comentas a nadie, ¿de acuerdo? —Zi asintió con la cabeza—. Por el puesto que ocupó, y los que he ocupado en toda mi carrera de historiador, tengo muy buenos contactos en todo el mundo. Pero sobre todo en esta parte del mundo, recalco con un tono serio y a la vez divertido, como para quitarle importancia.

Zi seguía callada y mirándolo con una mezcla de esperanza e

incredulidad.

—Lo primero que he hecho al llegar a Bagdad es pasar a ver a mi amigo, Jaber Jalil Ibrahim, director del Museo Nacional. La situación es un caos. Por lo menos ahora están protegidos por dos carros de combate de la III División de Infantería que han estacionado en el jardín que rodea el museo. En la fachada del Museo de los Niños, que es una de las tres instalaciones que componen el museo, hay un agujero hecho por el disparo de un tanque. Nadie parece dispuesto a arreglarlo. Los investigadores estadounidenses se han instalado en el edificio principal y el antiguo hall está todavía lleno de camas de campaña. En la sala de lectura quedan fichas tiradas por el suelo sin ordenar, y en las repisas casi no quedan libros. Allí fue donde se parapetaron los fedayin de Sadam durante la toma de la ciudad el 9 de abril del año pasado.

—¡Qué desastre! —consiguió pronunciar Zi.

—Sí, en tiempo de guerra no se suele respetar nada. Y menos el arte. Es una pena, pero siempre ha sido así. Existen grupos especializados que están preparados para aprovechar estos acontecimientos y saquear todo lo que pueden. Tienen todo dispuesto e inventariado. Van a tiro hecho y se llevan lo más valioso. Suelen tener todo vendido antes de empezar. O lo que es peor, son pedidos hechos por coleccionistas sin escrúpulos. Hace unos días, Donny George, el Director de Investigación del Museo Nacional de Bagdad, a su paso por Londres, acusó a ciertos periodistas de sacar objetos valiosos de Irak y fue más lejos aun confirmando que ciento veinte salas del museo habían sido saqueadas por grupos organizados que perseguían piezas y documentos concretos.

Hizo una pausa, pensativo, y continuó.

—Jaber recuerda perfectamente cuando el sargento Roberto Piñeiro llegó al museo, contando que unas antigüedades fueron interceptadas por unos soldados de las Fuerzas Iraquíes Libres, en Al Hay, a unos doscientos cincuenta kilómetros al sur de Bagdad. Traía una lista escrita con lápiz, en unos viejos y sucios papeles. Tus padres, al leer la lista decidieron partir hacia allí de inmediato. Aquí tienes la lista —le dijo tendiéndole unas fotocopias.

Zi las cogió despacio, con prudencia, mirando a Leroy con recelo.

—Edgard Rossi me ha mandado una copia con los veinticinco objetos más importantes robados durante el saqueo. Por cierto le manda recuerdos.

—¿No te ha mandado la lista de los objetos interceptados en Al Hay?

—No, dijo Zi mirando las fotocopias.

—Pues Jaber me dijo que ya la tenía en su poder desde hacía dos semanas. No habrá considerado que sea relevante para ti —concluyó mirándola fijamente, como en busca de alguna reacción.

—Puede ser, pero me dijo que la estudiase bien, por si algo llamaba mi atención.

—Yo te digo lo mismo, ¡léete ésta!

Zi se concentró en la lectura de las fotocopias. Esto iba para largo. Por lo que ponía en cabecera había 475 piezas en la lista y a veces era difícil entender lo que estaba escrito: Una vasija de 7.000 años... Después de media hora sólo había leído la mitad y a Zi le picaban los ojos... Cuatro reyes sumerios en piedra negra... una pequeña estatua babilónica en piedra caliza... De pronto Zi pegó un bote, rodeado por un círculo estaba escrito: veinte tablillas de barro, dos papiros y un impresionante pergamino en piel de cabra con dibujos en color de dos hombres y un demonio.

—¿Has visto algo Zi? —preguntó Leroy.

—¿Por qué están estos objetos rodeados?

—Parece ser que venían juntos en una caja cerrada herméticamente y lacrada —dijo Leroy con cara complacida.

—Hace mucho tiempo, cuando yo era pequeña, mis padres fueron a Argentina a ver a Edgard. Creo recordar que los objetos que iban a ver, y que habían sido robados del Museo Nacional de Kuwait, eran parecidos a los que vienen rodeados.

—¡O eran los mismos! —dijo Leroy sonriendo—. Fueron entregados en esta época al Museo Nacional de Irak debidamente sellados, y los encerraron en una caja de seguridad especialmente instalada para la ocasión, en un nicho hecho en los sótanos del museo, que se selló en el más absoluto secreto, según me dijo mi amigo Jaber. Poquísimas personas estaban al corriente. Y parece ser que el Irak de Sadam era el sitio más seguro para conservarlos.

Zi se quedó pensativa. ¿Qué estaba pasando? Seguía buceando en aguas turbias, no sabía dónde encontraba el fondo y acababa de perder la superficie.

Edgard Rossi, que le daba una lista de objetos mundialmente conocida y publicada en todos los periódicos, pero no le comunicaba otra, mucho más importante que estaba en su poder desde hacía semanas. ¡Thierry Leroy!, que nada más conocer la noticia de la desaparición de sus padres, conseguía llegar a Irak y traer de allí una lista, que parecía explicar el motivo, y se la entregaba pidiéndole que no se lo comentase a nadie...

—Escucha, Zi. Hay muchas cosas que todavía no entiendes. Quizás no estés preparada y yo no sea quién para indicarte el camino, pero has de tener cuidado, mucho cuidado, y sobre todo, no confíes en nadie. Sólo en tu familia —vio como Zi asentía con un leve movimiento de la cabeza y añadió como detalle importante— en tu familia cercana, tu hermano Guido y vuestro “fiel protector” Abdel Aziz.

—¿Y qué me dice de mi tío Edgard?

—Creo que no lo he nombrado, ni a mí mismo, de hecho. Con esto quiero decirte que este asunto es bastante más amplio y complicado de lo que parece y que tal vez haya muchos intereses en juego. Edgard tiene numerosos contactos, demasiados contactos diría yo. Debes escucharlo y apoyarte en él, pero al igual que él no te ha dado toda la información que poseía, tal vez tu debas guardarte lo que creas conveniente.

—¿Y cómo separo lo conveniente de lo no conveniente?

—Esto te lo irá diciendo tu experiencia y tal vez los acontecimientos.

—¿Algo más que deba saber?

—¡Sí! He estado en Al Hay, el lugar donde esperaban los soldados de las Fuerzas Iraquíes Libres con el alijo. Y también les he hecho una visita a los arqueólogos alemanes de Uruk.

—¿Y?

—Los alemanes estaban esperándolos, pero no me han querido decir por qué, sólo que querían compartir opiniones profesionales.

—¿Iban a ser muchos kilómetros para intercambiar opiniones profesionales, no? —dijo Zi—. Para esto existe el teléfono.

—Desde luego —contestó Leroy con una sonrisa irónica— pero he llevado a cabo mi pequeña investigación. Conozco bien a uno de los hombres que les acompaña. Ha trabajado conmigo en varias excavaciones, y si te sirve de garantía, es un buen amigo de Abdel Aziz. Él me afirma que ni tus padres

ni nadie ha llegado hasta allí, y que nadie del yacimiento se ha movido en varias semanas.

—¿Y Al Hay?

—Cuando he llegado estaban catalogando las piezas incautadas...

—¿Cómo que catalogando, pero no había desaparecido todo el alijo?

—No, sólo la caja con los objetos subrayados.

—Pero Edgard me dijo...

—Edgard te dijo la verdad, los soldados de las Fuerzas Iraquíes Libres fueron atacados por un comando y tuvieron que huir, protegiendo el cargamento. Pero después de la confusión del combate, que cesó tan bruscamente como había empezado, se dieron cuenta de que faltaban dos hombres y la famosa caja, que dicho sea de paso, no les pareció importante pensando en el enorme valor de lo que quedaba. Cuando volvieron al punto de encuentro varios días después, encontraron a los dos hombres tirados en el suelo, uno muerto y el otro tan grave, que de hecho ni siquiera llegó al hospital. Pero antes de morir dijo que un hombre, que hablaba bastante bien el árabe, sin serlo, les había prometido mucho dinero por recuperar la caja. Parecía el jefe. Después de verificar el contenido, sacó su revólver y les disparó sin piedad, por sorpresa. Él cayó mal herido pero aguantó el dolor y no se movió para que no le rematase. Pudo ver, a la luz de la luna, cómo el hombre, con un cigarro en la boca que olía a puro y a café, se arrodillaba con un rosario en la mano, y rezaba al Dios de los cristianos pidiéndole perdón, y moviendo los dedos de forma compulsiva. Tenía un pequeño anillo de sello, de plata con un rubí, en el meñique, que relucía a cada movimiento. Pensó que era italiano porque tenía el mismo acento que los misioneros que vienen de allí. Desde luego no era inglés, ni francés. Tenía una mancha o algo parecido en el cuello, que le llegaba hasta debajo de la oreja izquierda. Los otros eran mercenarios y no entendió en qué idioma hablaban. Iban todos con el pelo afeitado al cero y la cara pintada de negro.

—¡Qué horror!, esto es de película mala.

—Pues escucha el final. Cuando volvíamos hacia Bagdad vimos una columna de humo a los lejos. Desviamos un vehículo armado por una pista secundaria. A pocos kilómetros nos encontramos con dos todo terreno último modelo, sin identificación, evidentemente. Estaban acribillados a balazos. No

quedaba nadie vivo. Creo que es lo peor que he visto en mi vida. Me acerqué a mirarlos uno a uno, pero ninguno parecía italiano y tampoco tenían mancha en el cuello, pero llevaban la cara pintada y correspondían a la descripción. Por la fisonomía podrían haber sido rumanos o yugoslavos. El vehículo incendiado tenía una plataforma y estaba vacío. Había huellas de todo terrenos mucho más grandes, alrededor del lugar, que luego se dirigían al sur hacia la frontera con Kuwait. Estuvimos siguiendo la pista durante medio día, pero tuvimos que abandonar, porque se salieron de lo practicable, seguramente para enlazar con otra pista a pocos kilómetros, y nuestro vehículo era demasiado pequeño para seguirlos por esos lugares.

—¿Cree que mis padres podrían estar en el último convoy?

—No lo sé. Es probable, no los veo autorizando una matanza de este porte, pero tal vez no estaban al mando...

—¿Quiere decir que puede ser que fuesen retenidos?

—Todo es posible.

—¿Y qué podemos hacer?

—Esperar, tener paciencia, y sobre todo no precipitarse. De momento nada nos hace suponer que estén en peligro. Con lo cual toda investigación que se pueda hacer, ha de hacerse con prudencia para no provocar inquietud, ni atraer la atención.

El viernes siguiente Vero, su compañera de trabajo, le anunció que la momia había pedido una excedencia temporal, que le habían concedido inmediatamente, y que era su último día.

Zi intentó localizarlo, pero fue inútil. Parece ser que se había sumergido en los sótanos para poner en orden algunas cosas recién llegadas al museo antes de irse.

EL último viernes de junio, Zi llegó tarde a casa, cansada y deprimida, para encontrarse con Samy, sentado en el rellano de la escalera, delante de la puerta de su piso. Un Samy peinado, bien vestido, más guapo y desgraciadamente más tímido que nunca.

—¡Samy!, lo siento, se me había olvidado —le dijo sinceramente.

¿Cómo se le podía haber olvidado su cita con Samy? Ahora que Guido y él eran amigos, tenían una excusa para vencer su timidez y verse. Pero no tenía la cabeza en su sitio. Llevaban tres meses sin noticias de sus padres, algunos hablaban ya de secuestro. Al tratarse de una desaparición no tenían todavía ningún recurso legal con respecto al patrimonio familiar. Supuestamente sus padres no habían previsto nada para este caso, lo cual le parecía extraño a Abdel Aziz. Las reservas de dinero en efectivo de casa estaban mermando. Por suerte todos los recibos pasaban automáticamente por el banco. Pero había que encontrar una solución, y rápido.

—Al cine ya no llegamos, —dijo Samy, mirando su reloj.

—Creo que no —contestó Zi, rebuscando las llaves en su bolso—. Te invito a cenar, me ducho y nos vamos.

Entraron en casa en el momento en que empezó a sonar el teléfono. Lo buscó y al fin apareció debajo de las sábanas de la cama sin hacer.

—¿Allo?

—Hola, soy Edgard. Llevo toda la tarde intentando localizarte en el Louvre.

—¿Qué pasa? —preguntó Zi ante el tono grave de Edgard.

—Hemos encontrado una solución a vuestros problemas financieros. Una

embajada ha accedido a alquilar vuestra casa. Ofrecen una cantidad más que razonable. Pero hay que despejarla antes del mes de agosto. Están de acuerdo en quedarse con todos los muebles, así que habrá que hacer un inventario exhaustivo para el contrato de arrendamiento. Y tenéis que encontrar una casa discreta para vivir hasta que todo esto se aclare.

—¿Tal vez podríamos quedarnos a vivir en París, en mi piso?

—De ninguna manera, Zi. Debéis de quedaros en Madrid de momento. Aquí es más fácil para mí protegeros.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Lo más pronto posible, haz las maletas, cierra tu casa y toma el primer avión que puedas. Bueno, te dejo. En cuanto llegues a Madrid, me paso rápidamente para ayudarte a formalizarlo todo.

Cuando volvió al salón, Samy seguía ahí plantado esperando instrucciones. Madre mía, qué bueno está este tío, pensó Zi al mirar el torso y los hombros que se adivinaban debajo de la camisa impecablemente planchada; y yo sin catar nada desde hace cuatro meses.

—¿Pasa algo? —preguntó Samy, que debía de estar al tanto de la situación por Guido, o que había interpretado su mirada.

—Me tengo que ir a Madrid como mucho el lunes y no sé cuándo volveré.

—¡Vaya!

—Me voy a duchar, estoy en cinco minutos.

Zi se metió en el cuarto de baño y no tardó en oírse el ruido de la ducha. Al cabo de un rato, cuando acababa de terminar de enjabonarse la densa cabellera, oyó la puerta que se habría y se cerraba silenciosamente. Se quedó rígida, pero no le dio tiempo a pensar, de pronto apareció la cara de Samy por la esquina de la cortina.

—¿Te enjabono la espalda? —preguntó él con cautela.

—¡Vaya con el tímido! —dijo Zi.

—Es que si te vas el lunes...

Zi apartó ligeramente la cortina para ver a un Samy en calzoncillos y calcetines.

—¿Me vas a enjabonar así, o te vas a poner más cómodo?

—Perdona, es que no sabía si... —dijo quitándose el “pasaporte”. Lo cual

permitió a Zi apreciar el resto con aprobación.

—¡Los calcetines también, Samy! —dijo Zi pensando en que éste se iba a enterar de lo que era una tigresa hambrienta.

—Claro —contestó con una sonrisa que ya no tenía nada de timidez.

Una noche y una mañana más tarde, Zi preparaba un desayuno, comida, cena... Qué curiosa era la vida, pensaba devorar a este chico tímido y dejarlo exhausto en menos que canta un gallo, y resulta que había sido un combate a muerte, que a lo mejor todavía no había acabado.

—¡Ya está listo, puedes venir a comer! gritó Zi.

—¿Pero quieres más? —dijo Samy asomándose a la puerta de la cocina con una toalla enrollada en la cintura y el pelo mojado.

Se acercó rodeándola por la espalda con sus brazos, pero ella encontró fuerzas para rechazarle.

—Necesito comer algo primero, soy pequeña. Me has quitado todas mis reservas de energía, y me quedan muchas cosas que hacer antes de irme.

Samy se sentó frente a ella y se sirvió una gran taza de café, con tostadas, mantequilla y mucha mermelada, mirándola a los ojos casi todo el rato. Esos ojos verdes que se hacían más pálidos a medida que su propietaria se cansaba y se dejaba vencer, para volver a su intensidad máxima cuando la invadían esas sacudidas de placer...

Después de un rato, dos tazas de café, y cuatro tostadas, Samy volvió discretamente al ataque.

—¡Samy! Tengo que recoger la casa, el lunes me voy a... ¡No pares!, que me esperen...

Parador de Aiguablava, 2008

—¡Zi! ¡Zi! Despierta, ¿Qué te pasa Zi?

Zi abrió un ojo y vio a Natalia, agachada sobre ella.

—Zi, despierta, que son la dos y nos tenemos que ir a comer, si no se nos va a hacer tarde. Esto es Girona y no Madrid. Aquí tienen horario europeo.

—Qué pena, estaba soñando con otro mes de junio, hace cuatro años...

—Muévete, que nos quedamos sin comer. Por cierto, he llamado a mi padre, el pobre estaba muerto de inquietud y yo tenía el móvil apagado, no me había dado cuenta. Me habrá llamado mil veces. No te puedes imaginar la que se ha montado allí.

Zi volvió a la realidad, aunque le costó bastante salir del todo de aquel bonito recuerdo. Samy y ella se volvieron a ver a menudo, al ritmo de sus visitas a Alejandría, con escalas en Madrid, para los ajustes del robot. Incluso fueron juntos al Matadero Madrid a ver la exposición sobre Egipto: Tesoros Sumergidos, donde él le explicó cómo se habían recuperado las piezas y todo lo que faltaba por sacar del fondo del mar.

—Luego tenemos que comprar unos cuantos periódicos —dijo Zi.

—Sí, tienes razón, y también tenemos que escuchar el telediario.

—¡Qué raro!, no oigo a los monstruos.

—Hace un rato que Guido ha salido a pasear a Lennon. O tal vez que Lennon ha sacado a Guido —dijo Natalia riéndose.

—Hay que tener cuidado, nunca se sabe —contestó Zi preocupada.

—Sal a la terraza y te quedarás tranquila.

Zi se levantó y salió a la magnífica terraza, con su camiseta que le llegaba a media pierna. Daba a la pequeña cala de las rocas, y a las mesas de la cafetería, donde algunos clientes terminaban de comer o tomaban un café bajo el cielo azul. Miguel, vestido de camarero, miraba a Guido que estaba delante jugando con un palo, que Lennon no se cansaba de volver a traer. Nunca había podido comprender por qué este perro era capaz de jugar así hasta el límite del infarto, sin descansar. Guido miró un momento hacia arriba, como gesto reflejo. Y Zi levantó los brazos haciéndole grandes gestos de saludo. Guido no se pudo resistir a gastarle la broma de siempre, era un niño y los niños son así, y los no tan niños...

—¡No llevas bragas! —gritó señalándola con el dedo, a la vez que todas las cabezas se giraban para mirar hacia arriba, buscando con quién hablaba el niño del perro.

—¡Maldito enano! —gruñó Zi entre dientes, pegando un salto hacia atrás para retirarse del campo de visión de todos esos ojos escrutadores.

—Tú te lo has buscado, siempre te hace lo mismo —le dijo Natalia riéndose a carcajadas.

—Bueno me doy una ducha rápida y nos vamos. ¿Tú ya te has duchado?...

—Sí, después de hablar con mi padre, hace un rato ya —le contestó, señalándole el cómodo albornoz blanco con el escudo de Paradores que llevaba puesto.

—Pues ven conmigo y me cuentas.

Las dos se fueron al cuarto de baño. Y, mientras Zi se duchaba en el acuario, con vistas al mar y al gimnasio, Natalia se arreglaba “esos pelos”, con gestos de impotencia, delante del espejo.

—La policía llamó a mi padre a primera hora de la mañana. Le contaron que mi chalet y el adosado al mío, estaban reducidos a ceniza, pero que no se alarmase porque parece ser que yo no estaba en la casa y que sería conveniente que me localizase para estar seguros. Como mi padre es de allí y todavía tiene muchos amigos por la zona, enseguida llamó al alcalde, al jefe de bomberos, al inspector de policía encargado del caso, y a un vecino de la urbanización que es hijo de un amigo que estudió con él. En menos de una hora sabía más que cualquiera. Y claro, cuando se percató de que mi coche y

el tuyo estaban aparcados en la calle y de que tu casa estaba calcinada hasta un grado inusual para un incendio de vivienda, se empezó a asustar de verdad.

Zi salió de la ducha y Natalia le tiró un albornoz que se encontraba colgado junto a ella.

—¡Qué lujo! Es un gusto, qué esponjoso y qué grande, igual que las zapatillas...

—¿Sigo con el cuento?, o me vas a hacer un anuncio publicitario de los Paradores de España.

—Perdona, sigue por favor.

—Resumiendo, mi casa está reducida a cenizas, pero cenizas normales. La tuya está carbonizada, sobre todo la cocina y la entrada del salón. Los bomberos piensan que ha podido ser una granada incendiaria o algo así. Han tardado cuatro horas en reducir el incendio. En algunos sitios la temperatura ha sido tal, que hasta los azulejos se han fundido. La nevera estaba retorcida y todos los objetos de aluminio, como las sartenes y la cafetera, derretidos.

—Ya te dije ayer que estas explosiones no eran normales.

—Sobre todo cuando tu tanque de gas que está delante de la casa no ha hecho explosión, seguramente porque estaba vacío.

—Sí, llamé ayer por la mañana y se supone que venían a llenarlo a más tardar el lunes. Total, estamos empezando el verano, y era sólo para el agua caliente.

—Los vecinos, que llegaron los primeros, se encontraron a un hombre tirado delante de la puerta de entrada. Estaba empapado y había sufrido un ataque al corazón. Lo consiguió salvar el vecino médico, ¡el del gran mercedes todo terreno y el gran danés que se pasa la noche ladrando! Al parecer salieron dos tíos enormes vestidos de negro por detrás de la casa, uno arrastrando a otro que parecía sufrir quemaduras. Lo metió en un coche aparcado delante de casa y cuando la gente empezó a avasallarlo con preguntas, sacó una pistola, amenazándolos en inglés, recogió al infartado de malas maneras y arrancó a toda prisa. Los bomberos han encontrado los restos calcinados de un cuerpo, esparcidos por tu cocina. Tanto el coche que se dio a la fuga, como el que estaba estacionado en la calle un poco más arriba, no existen. Las matrículas son falsas y el número de chasis no

coincide con el modelo, ni la marca. Y el examen de las huellas no ha dado resultados...

—¿Qué te parece si hacemos una llamada anónima? —dijo Zi.

—Nos van a detectar. Pueden remontar al teléfono, porque las compañías tienen orden, por ley, de guardar un registro de las llamadas, aunque el número esté oculto.

—Se puede hacer por Internet —dijo la voz de Guido, que les hizo sobresaltarse.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó Zi.

—¡He vuelto del paseo! Siento la broma de antes.

—Ya hablaremos de esto más tarde. ¿Qué decías de hacerlo por Internet?

—Muy fácil, nos conectamos por Internet a la Web de varios periódicos, y dejamos el mensaje que queráis hacer pasar. Seguro que alguno contacta con la policía.

—¿Y si no lo hacen? ¿No sería mejor la Web de la policía?

—No, porque guardan una copia de la IP de conexión, y sabrían que viene de este hotel. Pero si me dejas puedo utilizar un pequeño programa que hemos hecho Samy y yo, que permite conectarse a Internet saltando aleatoriamente de IP en IP a través del mundo hasta su destino. Como la IP registrada es la última...

—¡Entonces a trabajar!, ¿esto tarda poco, no?

—Voy a conectar mi portátil.

Natalia y Zi se quedaron mudas mirándose. Ya sabían que Guido hacía maravillas con Internet, pero esto de las “IP no se qué”... para ellas era ciencia ficción. Se terminaron de arreglar en cinco minutos, y salieron de la habitación.

—¿Cómo va esto, Guido?

—Estoy terminando de conectarme al Wifi del hotel. Respondió, bajo la atenta mirada de Lennon, que no perdía un detalle de la pantalla.

—Ya casi estamos, lanzo el programa... ya... ahora me meto en el navegador... ya... la Web de la policía... la sección malos tratos...

—Niño no te pases,...

—Piensa un poco Zi, no sabemos dónde dejar el mensaje, y pueden tardar días en verlo, estoy seguro de que esta sección sin embargo la miran a todas

horas.

—Tiene razón —dijo Natalia.

—Bueno, ¿Qué ponemos?

—Escribe: URGENTE - URGENTE - URGENTE -Inspector Policía Brunete, incendio Calle de Los Rosales, Brunete, noche pasada, dos madrugadas, comparar huellas con Frank Bowell y nuevo vigilante, Biblioteca Nacional. - URGENTE - URGENTE - URGENTE.

—Bueno, apaga esto que nos vamos a comer.

ESTABAN sentados en la terraza de un pequeño restaurante del puerto de Cadaqués, que tuvo la suerte de ver nacer al inconfundible, indescriptible, indesinchable, infumable... pintor del siglo XX, Salvador Dalí. El pueblecito era bonito, cuidado con cariño, repleto de turistas que no sabían qué hacían allí, pero que estaban. Era el inicio de un fin de semana en los últimos días de un mes de junio soleado...

Tuvieron que dejar el coche en una plaza, en lo alto del pueblo, y bajar andando abriéndose paso entre la multitud que subía de alguna parte y la multitud que bajaba a alguna parte, porque para ellos ya había pasado la hora de comer, y algo habría que visitar.

La carta, cosmopolita y muy internacional, en catalán, inglés, francés, alemán, italiano y castellano, era la viva prueba de que el buen catalán es ante todo un buen comerciante y se sabe adaptar al mundo actual. En ella se podía encontrar de todo, desde pizzas, hamburguesas, cocido, carnes y pescados, y una multitud de postres, a un precio razonable, sobre todo teniendo en cuenta el emplazamiento. Pero la cocina había cerrado, así que después de darles la carta, el maître les dijo que sólo se podía elegir en la última página, donde ponía SNAKs, que como su nombre bien indica, quiere decir “picar algo frío y rápido, que queremos cerrar e irnos a casa, ya”. Pidieron unos sándwiches fríos, unas ensaladas frías, y claro está unos helados. Eso sí, las cervezas y la coca cola estaban calientes, porque desafortunadamente no habían tenido tiempo de rellenar el frigorífico durante el servicio anterior, de la cantidad de guiris que habían invadido el lugar desde las doce del mediodía. Pero a Zi, Natalia, Guido y Lennon, no les importó. Cosas peores habían vivido

últimamente. Y, después de todo el sitio era agradable; incluso les habían dejado pasar con Lennon.

Después de comer y de una sobremesa en la que sólo les dio tiempo a llegar a la puerta del establecimiento, acompañados por el maître, no vaya a ser que decidan volver a entrar; se mezclaron entre los turistas y dieron un paseo por el puerto y las callejuelas de “turística época” del maravilloso pueblecito, donde las maravillosas tiendecitas ofrecían todo tipo de objetos con maravillosos “souvenir, typical Dalí”.

—¿Vamos a la calita del hotel a probar el agua? —preguntó Zi.

—¡Voto aprobado por mayoría! —exclamó Natalia.

Y se abrieron paso por la selva turística del pueblecito de Dalí, hasta llegar al coche.

ERAN las siete y media de la tarde. Estaban tumbadas en la arena blanca, al fondo de la cala norte del hotel, delante de un pequeño hangar para barcas, recién encalado y con sus puertas de madera pintadas de verde, mirando al mar. Guido y Lennon llevaban dos horas haciendo un castillo de arena, decorado con conchas, piedrecillas y hasta piñones. Lennon lo había marcado ya como territorio en varias ocasiones, provocando derrumbes y el enojo de su amito. Por lo demás aquello era el paraíso. La cala no medía más de ochenta metros de ancho y la arena blanca describía un semicírculo desde el peñón exterior hasta el borde del promontorio donde anidaba el hotel. Un estrecho sendero sombreado subía lentamente por la ladera sembrada de pinos hacia la escalera de acceso y la parte de atrás, donde se encontraba la piscina. A la derecha se veía con claridad la carretera que terminaba en el parking del hotel. Habían estacionado allí abajo porque ya no cabía ni un coche en el aparcamiento.

Las escasas parejas de enamorados que habían bajado, se habían quedado prudentemente lejos de estas dos chicas que tomaban el sol con tanga de encaje y tetas al aire. No se sabía bien si por respeto a la intimidad o por recelo a que los novios se despistasen ante estas dos llamativas sirenas que no dejaban de reír y gesticular. El caso es que gozaron toda la tarde de un “No Man Land” alrededor de ellas, lo que les permitió repasar la situación.

—Bueno. Vamos a ver de qué datos disponemos y en qué situación estamos —dijo Natalia—. Porque si te paras a pensar lo que pasó ayer, no es normal tanta violencia para secuestrar y quitar los documentos a alguien que no estaba en casa. ¿Y qué tienen tus documentos, que sea tan peligroso?

—¡No lo sé! Le he dado muchas vueltas desde ayer, pero no lo entiendo. Mis padres tenían documentos en la caja fuerte de casa, que saqué y me llevé al alquilarla, pero se refieren a excavaciones, nada que me pareciese importante. De todas las maneras, te los enseñaré, a veces más valen dos miradas que una...

—O tres —interrumpió Guido—. A mí me parece que...

—Este enano ha estado hurgando en mis cosas a escondidas desde hace tiempo.

—¡En tus cosas no. En las de papá y mamá, y de la Biblioteca Nacional!

—¡Mira tú qué excusa más buena!...

—No empecemos a reñir, ahora estamos todos metidos en este lío —les dijo Natalia con paciencia.

—De acuerdo —le contestó Zi—, pero tú, calladito. Escucha sin interrumpir, ¿de acuerdo? —le dijo muy seria a Guido.

Guido dijo que sí con un pequeño movimiento de cabeza. ¡Hay que ver lo que impone una hermana mayor que te saca dieciséis años!

—¿Y qué me dices del mapamundi de Ptolomeo? prosiguió Natalia.

—Según Edgard, mis padres buscaban o protegían algo, o a alguien. Y hace mucho tiempo, este “Algo”, sea lo que sea, fue plasmado y recogido en un mapa. Según sus investigaciones este mapa fue disimulado por Claudio Ptolomeo, un astrónomo, matemático y geógrafo egipcio del siglo II de la Era Cristiana. Para representar la superficie esférica del globo terrestre sobre una superficie plana, Ptolomeo creó un sistema de proyecciones: los paralelos que son círculos con el centro en el Polo Norte y los meridianos, líneas rectas que convergen en los polos. Por lo que respecta a las tierras lejanas, la imagen que representa es sin duda bastante fantástica, pero la descripción de la Cuenca del Mediterráneo, del Golfo Pérsico y de las costas de la actual Europa, revela una exactitud asombrosa para la época, una precisión de diez metros, semejante a la que se consigue hoy con los satélites. Ptolomeo habría utilizado un juego de parámetros para modificar ciertas coordenadas y esconder así un mapa en otro mapa.

—¿Y cómo ha llegado Edgard a esta conclusión?

—Ni idea, Edgard propone, ordena, dirige, pero no da explicaciones, y que no se te ocurra hacerle preguntas porque se sale por la tangente o te deja

colgada con algún pretexto. No sé cómo una persona puede tener tantas relaciones y tanto poder. A veces me da miedo.

—Tío Edgard es bueno, pero es una persona muy ocupada —dijo Guido que estaba al tanto de la conversación, a la vez que seguía con la construcción de su castillo y su lucha con Lennon para que no se lo tirase.

—Nadie ha dicho que tío Edgard sea malo —replicó Zi—, pero si no quiere decir algo, no hay quien se lo saque.

—¿Y el mapamundi de la Biblioteca Nacional? —volvió a la carga Natalia—, que yo sepa no había ni papel ni libros en el siglo II.

—El original no se ha conservado, pero se han hecho muchas copias durante el Renacimiento. El problema es que muchas de ellas tenían errores y malas interpretaciones. Esta pertenece a un incunable de 1482, impreso en Alemania, en Ulm. Se conservan sólo 120 ejemplares, en las más importantes bibliotecas del mundo, de los cuales dos están en España, en la Biblioteca Nacional de Madrid, y uno de ellos fue consultado por Colón antes de realizar su viaje a América. Tal vez la descripción fantástica y los graves errores que contenían la parte de las tierras lejanas, lo llevaron a creer que podía llegar a Las Indias por el oeste, ya que parecía estar más cerca. ¡En fin!, éste es el que le interesaba a Edgard.

—¿Y cómo te lo has llevado? —preguntó Guido muy interesado.

—Aquí empieza a hacer frío —contestó Zi, recogiendo su camiseta para ponérsela.

—Tienes razón —dijo Natalia haciendo lo mismo.

—Y luego dices de Edgard... —se quejó Guido, y después se fue corriendo por la playa con Lennon ladrando y feliz de que por fin hubiese un poco de movimiento.

A las ocho los alcanzó la sombra de la ladera rocosa que cerraba la cala por el oeste, así que decidieron ponerse en marcha. Lentamente, debidamente enrolladas en sus toallas de baño, préstamo del parador, y seguidas a regañadientes por Guido y Lennon, volvieron a subir la suave pendiente del sendero, las agujas de los pinos crujiendo bajo sus pies. Al llegar al pie de la escalera se separaron, ellas subieron al hotel, mientras Guido se dirigía con el polizone a la parte de atrás.

Subieron en silencio y llegaron a la puerta de la habitación en el momento

en que Guido aparecía por el fondo del pasillo.

“HACE mucho tiempo, en el año 334 a.C., Alejandro que ya era rey, cruzó el estrecho de Los Dardanelos con un ejército de 5.000 caballos y 30.000 infantes...

Pero, antes de poner sus pies en Asia arrojó una lanza al suelo, símbolo de que tomaba bajo su posesión el continente...

Su primera batalla fue la de Gránico, en la que casi muere porque un persa intentó asesinarlo por la espalda, pero Clito su fiel amigo le salvó la vida derribando a su agresor de un sablazo...

Decidió pasar el invierno del año 333 en Gordión, la antigua capital de Frigia. Allí se encontraba el famoso carro del rey Midas sujeto a una cuerda que tenía un nudo complicadísimo. Según el oráculo de Gordión, quien pudiera deshacerlo conquistaría Asia. Alejandro, que era muy listo, cogió su espada y cortó el nudo deshaciéndolo. Entonces el dios Zeus hizo estallar una fuerte tormenta para demostrar que estaba contento y lo aprobaba...

Teniendo así el respaldo de los dioses, Alejandro siguió con su conquista. Pasó las Puertas de Cilicias y se enfrentó a Darío III en la batalla de Issos. Las tropas de Darío eran superiores en número, pero el genio militar de Alejandro le dio la victoria. Darío huyó amparado en la oscuridad de la noche dejando en el campo de batalla sus armas y su manto púrpura...

Alejandro capturó a toda la familia de Darío, su madre, Sisigambis, su esposa, Estatira, sus hijas Estatira y Dripetis y un hijo llamado Oco, a quienes trató con todas las atenciones propias de su realeza...

Luego en Damasco se hizo con el Tesoro de los Persas, unas riquezas incalculables, acumuladas durante siglos... oro, plata, piedras preciosas,

joyas...

Se casó muy enamorado con Roxana, hija de un noble bactriano llamado Oxiartes. Con ella tuvo dos hijos. No llegó a conocer el segundo porque nació después de su muerte; pero el primero, que heredó la particularidad del color de sus ojos, fue dado por muerto a corta edad y escondido para protegerlo...”

—Y colorín colorado esta parte se ha acabado —le dijo Zi a Guido.

Estaban los tres sentados en la cama de Guido.

A las nueve habían bajado a cenar al restaurante del hotel. No les apeteció volver a coger el coche para hacerse los once kilómetros que había que recorrer hasta el primer pueblo. No se arrepintieron porque los tres se pidieron un rape a la americana que estaba para chuparse los dedos, y de postre, tarta a los tres chocolates con crema inglesa y grosella.

—¡Johoo!, qué corto, “porfi”, la parte de Egipto —pidió Guido con tono suplicante.

—Son las once, estoy cansada, llevo casi una hora de cuento, y mañana tenemos que levantarnos pronto.

—¿Para qué? Si no tenemos que estar en Marsella hasta pasado mañana.

—¡Porque lo digo yo, y se acabó!, dame un beso de buenas noches.

El muchacho se rindió ante la autoridad, le dio un beso a Zi y otro a Natalia que estaba sentada a los pies de la cama sonriendo.

—Hasta mañana, y nadie te impide contártelo solito a ti mismo, te lo sabes mejor que yo.

—No es lo mismo, hasta mañana hermanita.

Las dos se retiraron a la habitación dejando a Guido pensativo en su cama supletoria, en el saloncito de la suite con Lennon a sus pies sobre las sábanas, contento de poder aprovechar esta situación en la que le dejaban hacer lo que habitualmente no se podía.

—¿A qué hora nos llamará Jean Paul? —dijo Natalia.

—Tarde, supongo. No dijo hora. Me apetece un cigarrillo...

—¿No lo habíamos dejado?

—Tú bien lo has dicho, “habíamos”, pero me apetece fumarme uno ahora. Tengo un paquete nuevo en la maleta desde hace tiempo. Lo metí allí hace casi un año, cuando, bajo los consejos de Edgard empecé a dejar unas maletas siempre hechas.

—Pues debe de estar un poco sequito, ¿no?

—Vamos a comprobarlo, ¿quieres uno?

—Me vendrá bien.

Dejaron las lamparitas de las mesillas de noche encendidas y salieron a la terraza. Qué delicia, hacía una temperatura impresionante, y la misma luna del día anterior iluminaba el mar desde el cielo estrellado, dejando un reflejo que venía a tocar las rocas de la cala, a los pies del hotel. De la terraza de la cafetería subían los murmullos de algunas parejas que terminaban de cenar. Se notaba que la clientela había venido a refugiarse aquí porque el hotel estaba perdido en la naturaleza, lejos de los molestos ruidos de las aglomeraciones, coches, restaurantes, jolgorios...

Apagaron sus cigarrillos porque, entre que llevaban meses sin fumar y lo secos que estaban, les supieron a rayos. Se sentaron en los sillones de mimbre, cada uno con sus cojines de loneta color crema, y se quedaron ensimismadas mirando el mar, el cielo y la luna, mientras los grillos entonaban su serenata, a la que se sumaba alguna gaviota, con un grito de niño pequeño, de vez en cuando. Esto le recordó a Zi, una vez, que con diecinueve años recién cumplidos, paseando un Guido de dos añitos en su silla por la playa, lloraba desconsolado porque no conseguía encajar el palo de una caña en el agujerito de una concha que ella le había dado. Los llantos o más bien gritos eran tales, que las gaviotas le contestaban preocupadas con los mismos sonidos. Qué buena época aquella, sin más preocupaciones que aprobar los exámenes y gustar a los chicos.

Estuvieron así casi una hora hasta que Natalia rompió el silencio, desperezándose.

—¡Venga cenicienta!, que son las doce.

—Vale, como no me meta en la cama ya, me quedo frita aquí mismo.

—¿Cómo hacemos con Jean Paul?

—¡Nada!, dejó el móvil en la mesilla con el sonido a tope, y que llame cuando quiera. Total aquí no corremos ningún peligro, vamos a aprovechar para reponer fuerzas. Buenas noches.

Apagaron las luces y la habitación se quedó bañada en la luz del cielo y del mar que entraba por la cristalera que habían dejado completamente abierta. Desde dentro el canto de los grillos les llegaba más amortiguado,

dejando oír el continuo murmullo de las olas en las rocas. No tardaron en sumirse en el sueño de los justos.

ZI se estaba congelando vestida con un bikini rojo y subida sobre unos esquíes en plena montaña. Se estaba preguntando por qué se le habría ocurrido ponerse este modelito para esquiar, cuando ni tan siquiera hacía sol. De pronto sonó su móvil.

Había refrescado bastante y por la cristalera de la terraza entraba un frío pelón. Buscó el teléfono a tientas, tirando el vaso de agua que tenía en la mesilla.

—¡Mierda!, todo pringado. Qué frío hace aquí, estoy congelada.

—¡Cógelo ya! Vas a despertar a todo el hotel con la maldita musiquita que le has puesto.

—¿Si? —dijo Zi, abriendo el móvil.

—¡Allo! ¿Zi?

—*Oui, bonsoir Jean Paul.*

—*On se retrouve dimanche, à Antibes à 23 heures. Je ne peux rien vous dire par téléphone, mais il est très important que vous ne veniez à Antibes que pour le rendez-vous. ¿Compris?*

—*Très bien.*

—*On raccroche et je retéléphone.*

Jean Paul colgó el teléfono y Zi hizo lo mismo.

—¿Qué pasa? ¡Cuenta!

Zi iba a responder, pero volvió a sonar el móvil, así que le hizo una seña a Natalia para que tuviese paciencia.

—¿Allo? —dijo Zi, al descolgar.

—*C'est moi* —respondió Jean Paul— *Il est préférable de parler le moins*

possible. Ecoutez-moi bien et prenez note. A 23h sur le port. Il se trouve derrière la gare. Vous prenez Av. du 11 Novembre et la dernière sortie pour le port. Là, le quai fait un arrondi qui termine par une petite jetée. On se retrouve à cet endroit précis, ¿ok?

—¡Ok!

—¡Chao! —y Jean Paul colgó.

Natalia esperaba con paciencia a que Zi terminase de garabatear en un kleenex las directivas de Jean Paul.

—¡Ya está!

—¡Por fin!, ahora cuenta.

—Tenemos cita en Antibes el domingo a las 23 horas. En el puerto que se encuentra junto a la estación. Hay que coger la Avenida del 11 de noviembre hasta la última salida para el puerto. En esta zona, tiene una forma circular que termina en una pequeña avanzada. Nos espera justo allí. Y que vengamos a Antibes sólo para la cita.

—¿Y luego, qué?

—Ni idea, parece que no quiere tomar más riesgos de los necesarios contando los detalles.

—Bueno, vamos a ver el lado positivo, tenemos un día más de tranquilidad.

—Pues a dormir —dijo Zi metiéndose en la cama de nuevo.

—Ya tengo el móvil cargado. Lo voy a encender para ver si tengo mensajes, luego lo apagaré. Ahora voy al cuarto de baño.

—¡Hummmm! —contesto Zi intentando dormirse.

Cuando volvió del baño Natalia se encontró a Zi sentada en la cama con cara de pocas amigas.

—¿Qué pasa?

—Tú te quejas de la música de mi móvil, pues el tuyo, macha, no es la discreción personificada que se diga.

—¡Lo siento! ¿Tengo mensajes?

—Unos veinte mil.

Natalia miró la pantalla de su móvil.

—No te pases, sólo son veintitrés, de los cuales veintiuna son llamadas perdidas de número desconocido, una es un mensaje de mi padre que dice

que me quiere mucho, y el otro es un mensaje en el buzón de voz, que vamos a escuchar ahora mismo. Dijo marcando el 1-2-3 para escuchar su buzón.

“Hola Natalia, soy Eduardo, son las siete y media, te he llamado muchas veces pero tu móvil está apagado. Nuestro vuelo ya ha salido. Si oyes este mensaje y puedes venir hay asientos en el último vuelo de la una de la madrugada.”

Natalia tenía una inmensa sonrisa de fémina vencedora que se le borró al ver la cara pálida y descompuesta de Zi.

—¿Qué te pasa, te encuentras mal?

—Esta no es la voz de Eduardo.

—Ya te dije que estaba desconocido y muy lanzado.

—Esta no es la voz de Eduardo.

—Eso ya lo has dicho. ¿Entonces de quién es?

—No lo sé, pero no es la voz de Eduardo.

—Como vuelvas a decir eso otra vez te tir...

—Todavía tengo el número del móvil de Eduardo en mi agenda, vamos a llamarlo y salimos de dudas —dijo Zi buscando en la agenda de su móvil.

—Aquí está, ya sabía yo que no lo había borrado. Voy a poner esta llamada en oculta... ya está... y ahora, altavoz y llamada. Las dos se acercaron al teléfono para oír mejor. A la cuarta tonalidad alguien descolgó con voz dormida.

—“¿Dígame?, ¿sí? ¿Dígame? ¿Hay alguien?”

—“¿Quién es cariño?, ¿qué hora es?”

—“No lo sé, no habla nadie”.

—“Entonces cuelga y apágalo, debe de ser una broma y vas a despertar a los niños.”

Ahora, la que estaba pálida era Natalia.

—Me han dado el cambiazo —intentó bromear.

—Parece ser que sí. Porque nuestro adorable Eduardo, está en su casa, con su mujercita y sus hijitos. Y no en Madrid, en el aeropuerto esperándote, mientras su mujer y sus hijos están en el pueblo.

—Bueno menos mal que no he ido. Pero, ¿qué interés tendrían en mí sola, sin vosotros? A lo mejor no tiene nada que ver con lo de ahora.

—¿Dónde habías quedado?

—En la planta alta del parking D —dijo con una voz inaudible, y lágrimas en los ojos.

—¿Le dijiste en qué hotel habías reservado?

—Sí.

—¡Vete preparando las maletas, que nos largamos! —dijo Zi cogiendo el teléfono del hotel y marcando el 9 para recepción. Eran las tres menos cinco de la madrugada.

—Recepción, ¿dígame?

—Buenos noches, señorita, acabamos de recibir una llamada importante y tenemos que acortar nuestro fin de semana, por una urgencia. Sería usted tan amable de prepararnos la factura, tenemos un poco de prisa, nos esperan en Madrid mañana por la mañana.

—Se la voy a preparar yo, pero se la entregará mi compañero de la noche, porque excepcionalmente me he quedado hasta ahora. Él también tenía una urgencia familiar y me ha pedido que me quede unas horas más. Llevo aquí desde las seis de la tarde. Veo que han depositado una fianza, les preparo la vuelta sobre los quinientos euros, así ganamos tiempo, ¿le parece bien?

—Nos parece perfecto. Muchas gracias. Bajamos en seguida.

—¡Qué pena para sus amigos, los que llegan mañana!

—¿Qué amigos?

—No se lo tenía que decir porque era una sorpresa para su cumpleaños, pero ya que se van...

—¿Cuándo llamaron?

—Hacia las ocho y media o nueve de esta tarde llamó un señor muy simpático para saber si la señorita Natalia Costas ya había llegado. Le dije que sí, y que estaba con una amiga en la playa. Entonces me preguntó si también estaba su sobrino. Cuando le dije que sí, no pudo reprimir su alegría, y me dijo que iban a pasar a darles una sorpresa mañana. Y claro como yo no voy a estar mañana les di el número de la habitación.

—Muy bien, muchas gracias, hasta ahora. —Zi colgó.

Al oír el brinco que pegó Zi para salir de la cama y dirigirse corriendo al saloncito para despertar a Guido, Natalia interrumpió su recogida.

—¿Qué pasa ahora?

—Parece ser que “Eduardo” ha llamado al hotel esta tarde para saber si

habías llegado, y al saber que estabas aquí con una amiga y tu “sobrino”, ha decidido venir a darnos una sorpresa mañana por la mañana.

—¿Qué?...

—¡No pienses!, ¡actúa!

Natalia terminó frenéticamente su maleta y se vistió, mientras Zi despertaba a Guido, con sumo cuidado.

—¿Qué pasa? —dijo Guido al salir de un profundo sueño.

—Nos tenemos que ir.

—Pero si son sólo la tres de la mañana. ¿Otra vez problemas?

—No lo sabemos, pero por si acaso... Vístete rápido, ¿de acuerdo mi vida?

—De acuerdo —dijo el niño saliendo de la cama, medio dormido.

Zi volvió a la habitación donde Natalia terminaba de hacerle la maleta.

—Te he hecho la maleta. Te he dejado fuera un vaquero, una camiseta y un jersey de algodón.

Zi que se había empezado a quitar la camiseta, volvió a abrir su maleta en busca de ropa interior. Al ver cómo estaba hecha desistió, se quitó la camiseta, la metió como pudo en una esquina de la maleta y se puso la ropa a pelo, resoplando.

—Lo siento, no he pensado en...

—No pasa nada, no será la primera vez que salgo sin ropa interior. Vamos al baño a recoger las cosas de aseo.

—¡Qué pelos! —dijo Natalia mirándose en el espejo.

—Anda que yo.

—Los tuyos están mucho mejor...

—Espero que no nos pare la Guardia Civil...

Cinco minutos después estaban todos listos para salir cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto Zi,

—Soy Miguel, vengo a echarles una mano con las maletas antes de terminar mi turno.

Zi abrió la puerta con prudencia. Pero sólo estaba Miguel, con su habitual sonrisa y sus ojos brillantes.

—Yo les bajo las maletas mientras Guido baja al perrito por la escalera de

la piscina. Se van con sus amigos, ¿no?

—¿Qué amigos?

—Unos que acaban de llegar en un súper Mercedes desde Madrid.

—Nosotros no tenemos amigos, Miguel. Es mi ex marido que viene a por mí con unos amigos. Tenemos que salir de aquí sin que nos vea.

—¿Dónde habéis aparcado el coche?

—En la carretera cerca de la entrada del parking.

—¿Al lado del acceso a la playa?

—Exactamente allí.

—Venid conmigo, vamos a pasar por la salida de los perros —dijo cogiendo las dos maletas más pesadas.

Las chicas recogieron las dos restantes y Guido se puso su mochila y agarró a Lennon por la correa. El pequeño grupo se dirigió rápidamente al fondo del pasillo donde se encontraba la salida de emergencia con la escalera metálica exterior, que utilizaban Guido y Lennon para entrar y salir del hotel. Cuando cruzaron la puerta oyeron el tintineo de la puerta del ascensor.

Zi, que era la última, se giró para mirar. Del ascensor salió un hombre alto y esbelto, moreno, de pelo corto y ojos claros, elegantemente vestido, con estilo deportivo. Llevaba una chaqueta de color claro y un pantalón oscuro, una camisa blanca y un pañuelo en el cuello. Los zapatos barco eran de piel. El hombre dio una profunda y placentera bocanada al cigarro que llevaba en la boca, se giró hacia ella, y se la quedó mirando con una sonrisa irónica en los labios, y una mirada fría como el acero que le heló el cuerpo. Mientras su mano fue en busca de algo en el interior de su chaqueta, un fugaz destello rojo resplandeció de su meñique y el pañuelo que llevaba en el cuello se desplazó unos centímetros, tenía una mancha o algo parecido que le llegaba hasta debajo de la oreja izquierda. La corriente de aire de la puerta de emergencia le trajo un aroma a puro y café que en otras circunstancias le habría parecido agradable. Zi echó a correr escalera abajo, recordando la descripción que le había hecho su antiguo jefe, Thierry Leroy, de cierto hombre relacionado con la desaparición de sus padres en Irak. Y que, seguramente, no estaría buscando su billetera en la chaqueta.

Aeropuerto de Barajas, Madrid. El día anterior —06h PM -

LA última planta del parking D de la Terminal 4 del Aeropuerto de Barajas, en Madrid, se encontraba casi desierta. Los pocos coches que estaban allí aparcados se encontraban cerca de la escalera de acceso a la Terminal.

Paolo Bratti estaba de pie cerca de su coche, un mercedes negro último modelo con los cristales traseros ahumados, fumando uno de sus Toscanellos aromatizados al café, cigarros italianos exclusivos que hacía venir expresamente desde Florencia. Se dice que un accidente fortuito, en el siglo XIX, los descubrió. Al parecer, el tabaco se mojó durante una tormenta, y tras secarse al sol y fermentar, tomaron un sabor especial, y así nació el cigarro Toscano, convertido hoy en uno de los grandes hitos del “Italian Style”.

Volvió a mirar el pliegue de sus pantalones, quitó una imaginaria pelusa de su chaqueta de lino beige que parecía recién salida de una tienda de lujo y se ajustó el pañuelo que llevaba en el cuello. Unos gestos habituales y repetitivos para quien lo observara más de cinco minutos.

Bratti era un hombre de cuarenta y tres años muy bien llevados. Alto y de constitución atlética, con el pelo oscuro perfectamente cortado, tenía unos ojos verdes que realzaban aún más la escandalosa belleza de sus rasgos. Era elegante, y siempre iba impecable, hasta la obsesión. Le gustaba el lujo, servir a Dios y las mujeres, en este orden aunque despreciara a estas últimas hasta un grado superior a la misoginia.

Bratti había nacido en Venecia en 1965, en el seno de una familia humilde. Su madre formaba parte del servicio de un importante Cardinale de

la iglesia católica. Su padre era gondolero, y hacía esporádicos servicios especiales al Eclesiástico, que daban algunos alivios financieros a la familia. Vivían en el Palazzo del Cardinale en el Gran Canale, y él iba a un colegio de curas. El Cardinale le tomó cariño, y se ocupó personalmente de la educación religiosa, y ya de paso de la sexual, del niño; bajo el consentimiento tácito y resignado, de una madre que intuía, pero que no quería enfrentarse a la realidad, porque no podía permitirse perder las pocas cosas materiales de que gozaba la familia.

A los diez años era un niño guapísimo, interiormente desequilibrado y desquiciado, pero que exteriormente aparentaba tranquilidad y sosiego. Sólo le delataban los gestos continuos y compulsivos de sus manos, cuyos dedos parecían a veces dotados de vida propia. Vivía entre el “no te preocupes todo el mundo lo hace”, “no se lo digas a nadie porque te rechazarían”, “hay que confesarse para lavar la suciedad de estos actos impuros”, “lo estás haciendo muy bien, cada vez mejor”, “Dios es todo poderoso”, “Dios castiga”, “Dios es bueno”, “confiésate para lavar tus pecados”, “Dios ayuda a los que le quieren y le sirven”...

Cuando ya, con catorce años, el grado de incomprensión y acoso de contradicciones y actos “impuros” se hizo insuperable y desbordó su mente y su entendimiento dejándolo al borde del precipicio, entró al servicio del Ilustrísimo representante de Dios en la tierra, una muchacha de unos veinte años, lista y pendenciera, que al ver semejante “bocatto di cardinale”, no descansó ni escatimó ingenio y esfuerzo, hasta que lo tuvo entre sus piernas.

Este hecho cambió la visión del mundo que tenía Paolo Bratti. Su frágil mente al borde del abismo, para poder sobrevivir y superar su corta pero intensa vida, tuvo que forjarse una explicación que se convirtió, al filo de los años, en una filosofía: “Dios es todo poderoso, sólo hay uno, el nuestro. Sírvelo bien y podrás hacer lo que te dé la gana. Nunca lo dejes tirado, ni le intentes engañar, porque lo ve todo. Cuando hayas pecado, aunque sea para servirle mejor, confiésate, él lavará todos tus pecados”.

Aprendió a utilizar lo que se le presentaba. El Cardinale, para contentar a Bratti, bien aconsejado por su joven amante, le asignó una pequeña renta que le permitió independizarse un poco del palazzo. Pero el Cardinale, seguramente informado por Dios todopoderoso, viendo que su sirvienta sabía

demasiado, la hizo desaparecer de la faz de la tierra, explicándole a Bratti, quien descubrió el cuerpo de la pobre infeliz en la góndola de su padre, cuando la iban a llevar ¡Dios sabe dónde!, que las mujeres eran seres inferiores llenos de perfidia y de corrupción y que ésta era de las peores porque sabía utilizar demasiado bien lo que tenía entre las piernas para otros fines que nada tenían que ver con la procreación. Que al fin y al cabo era para lo que Dios las había concebido.

Visto lo visto, entendiendo que en el nombre de Dios todo era posible, Bratti acompañó a su padre en algunas cruzadas, contra paganos y blasfemos pecaminosos, que perjudicaban gravemente a la Iglesia, encomendadas claro está por el Cardinale. A los dieciséis años ya tenía las manos bien manchadas de sangre. Pero una buena confesión, con el siervo de Dios indicado, las lavaba y las dejaba relucientes.

Bratti siguió teniendo amantes, prefería el olor de las mujeres, sus pieles suaves y lisas, sus embates precipitados por el deseo, sus humedades jugosas que delataban las ansias del placer, donde se hundía y se perdía, disfrutando de estos gritos y gemidos que emitían, descontroladas por el sufrimiento. Nada que ver con el olor a rancio y a mierda, de esa piel blanca, escamada y rugosa, deformada por la grasa que se almacenaba debajo, sembrada de pelos canosos y pelirrojos, y esos gruñidos de cerdo ronco, que le hacían llegar un aliento a perro viejo disecado.

Las veía en una pequeña habitación que alquilaba en lo alto de un edificio de la calle del Forno, cerca del Campo Santa Margherita. Eran fáciles de seducir, se rendían ante él sin casi librar batalla. Cuanto más adineradas y educadas, más rápido, sencillo y perfumado. Aparte de su belleza, emanaba algo de él que le hacía irresistible, algún secreto por descubrir.

Se confesaba regularmente en otras parroquias, para que no llegasen sus pecados a oídos de su mentor y protector. Seguía con su educación religiosa, puesto que, para su salvación, y que en su vida nunca hubiera problemas, había decidido servir al Señor. Fue ordenado sacerdote, en 1988 en una pequeña iglesia de Venecia, por el propio Cardinale, que le regaló su sello protector, un anillo de sello, de plata con un rubí, que desde niño le había atraído. Desde entonces no se lo quitaba del meñique. Se fue a servir a una humilde parroquia de Florencia, desde donde emprendía cortos viajes

alrededor del mundo, sirviendo a Dios y castigando a los enemigos, bajo encargo de su protector.

Pero la situación había cambiado; ahora recibía una recompensa por cada encargo. Y una recompensa nada despreciable. Así que decidió tener dos vidas, la de su humilde parroquia, dedicada a Dios y a sus devotos, y la de hombre “normal”, conquistador y adulator del género femenino, en uno de los mejores barrios de Florencia. A él no le ocasionaba ningún cargo de conciencia, puesto que todos los días lavaba sus pecados él mismo. ¿No era él sacerdote?

Esto empezó a disgustar a ciertos núcleos superiores de la Santa Iglesia. Pero poco podían hacer contra el hijo pródigo del Cardinale, que encima les solucionaba más de un problema, de una manera limpia y expeditiva, y al parecer sin remordimientos, sirviendo a Dios.

Pero todo tiene un final. El año 1995, recién cumplidos los treinta, fue una mala cosecha para Bratti. Un marido celoso puso un detective a su mujer. El detective, escrupuloso, pilló a la mujer, y a cinco más, pertenecientes a la alta sociedad florentina, que al parecer, iban a confesarse a una pequeña y humilde parroquia en la que servía Satán, disfrazado de hermoso cura, dándoles la salvación del alma, pero sobre todo la del cuerpo.

El escrupuloso detective lo fue tanto, que decidió vender la exclusiva a la prensa local, por una suma igual de escandalosa que la noticia publicada. El revuelo fue tal, y la Iglesia estuvo tan salpicada, que ni Dios pudo lavarla.

Días más tarde el protector de Bratti fue encontrado flotando en el Gran Canale de Venecia. Parece ser, redactaron las noticias, que el pobre Cardinale veneciano se resbaló del escalón de acceso a su palazzo desde la fundamenta y se dio un golpe en la cabeza, que le dejó inconsciente, y se ahogó, o fueron las costillas rotas, o tal vez esa marca roja que daba la vuelta a su cuello.

El caso es que no hubo nadie para proteger a Bratti cuando cayó sobre él toda la cólera del Vaticano. Lo excomulgaron y lo expulsaron. La poca gente que lo ha visto sin el pañuelo que lleva siempre en el cuello desde entonces, afirma que tiene una mancha roja oscura en el lado izquierdo del cuello, que le llega casi hasta la oreja. Se especula que ha sido causada por un intento de asesinato de uno de los maridos afectados, o por la propia iglesia que intentó librarse de él porque tenía demasiados secretos para compartir. Algunos que

conocen o creen conocer el fondo de su alma, afirman que es Satán el que lo ha marcado como uno de los suyos.

Pero tras desaparecer dos años de la faz del mundo civilizado, volvió a Italia un Paolo Bratti nuevo, aunque poco cambiado. Seguía a las órdenes de Dios, a su manera, estaba aquí para servirle, a su manera, y estaba dispuesto a emprender cualquier cruzada contra el enemigo de Dios, que la Iglesia u otros le pidiesen, ¡a su manera! Había heredado del Cardinale el palazzo y una confortable cuenta bancaria.

Y aquí estaba en el parking de la Terminal 4 de Barajas, en misión Cruzada, esperando a una chica, que se iba a llevar una sorpresa por el cambio que había hecho su amigo Eduardo. Sacó del bolsillo de su chaqueta la foto de la tal Natalia. Guapa y esbelta, iba a ser interesante. Era una pena que no le hubiesen dejado tiempo para introducirse en su vida y seducirla. ¡Bueno! sólo era una chica más. La operación era muy simple: secuestrarla, drogarla ligeramente para utilizarla de cebo, llevarla a su casa sobre las once de la noche, llamar a la puerta de la vecina con ella en brazos pidiendo ayuda, neutralizar a la tal Zi y a su hermano, un niño de doce años, conseguir los documentos que estaban en la lista, torturando si era necesario, y eliminar a todo el mundo, incluso a testigos fortuitos si los hubiese. Sacó otra foto donde aparecían una chica morena de pelo largo y un muchacho delgadito. Todo habría sido mucho más fácil si le hubiesen dejado tiempo para organizarlo, a su manera, sobre todo teniendo en cuenta que las chicas eran un buen bocado.

El timbre de su móvil le devolvió a la realidad. Había pasado mucho tiempo, ya eran las siete y media. Cómo pasa el tiempo cuando uno piensa en su propio pasado.

—Soy yo —dijo una voz ronca en el teléfono,

—Monseñor Ro...

—¡No pronuncie mi nombre, idiota! —rugió la voz en el auricular.

La boca de Bratti esbozó su habitual sonrisa cínica. ¡Cómo le gustaba provocarlos! Todos estos tejemanejes y entredichos para decir algo sin decirlo, intentando no ser los responsables directos de los actos que ordenaban. Y éste, que se suponía pertenecía al núcleo duro de la iglesia española, no era más que otro pelele en manos del Vaticano. Pero había que

dejarles su sentimiento de poder, como si ellos lo siguiesen manejando todo. Bastante tenían ya con el desmoronamiento general del poder eclesiástico en los estados democráticos.

—Perdone Monseñor, no volverá a ocurrir.

—Bien, escúcheme, los yankees nos han precedido. No tengo mucha información. Nuestros contactos en la política y en los asuntos policiales no son lo que eran, pero hemos conseguido saber que las dos casas han ardidido.

—¿Y nuestras clientas, estaban dentro?

—¡Espere, espere! Déjeme hablar. Según algunos testigos hubo una explosión en la casa principal, y el incendio provocado invadió la otra. Parece ser que han encontrado los restos calcinados de un hombre desparramados por la cocina. Tres hombres salieron de allí, uno ileso, otro con quemaduras, y el tercero habría sufrido un infarto pero le salvó un vecino médico.

—¿Y la policía?

—Cuando llegaron ya se habían ido.

—Parece ser que no se han podido llevar nada, ni nadie.

—¡Parece ser que no! Deben de haber huido, y hemos perdido la pista.

—Creo que todavía hay una posibilidad, ¿si me permite?...

—Haga lo que crea conveniente, téngame al corriente en cuanto tenga algo concreto. Arriba están impacientes, llevan mucho tiempo detrás de estos documentos, demasiado tiempo...

—Si no los conseguimos ahora, ya sabemos dónde irán.

—Pero allí no tenemos tanto poder en la administración, recuerde que son estados musulmanes.

—¡Bien, me pongo en marcha!

Bratti apagó su móvil, le dio varias caladas a su Toscanello que volvió a arrancar con una voluptuosa nube blanquecina, saboreó con placer el sabor del café mezclado con el tabaco, y volviéndose hacia la parte del acceso peatonal chilló:

—***Andiamo via, qui non facciamo piu***^[7]

Dos hombres salieron de la sombra del vestíbulo de los ascensores y se acercaron a él.

—***¿Cosa succede?***^[8] —dijo uno de ellos.

—***Niente, la ragazza è andato via, ma credo che conosco dove***

cercarla^[9]

Los tres subieron al coche, Paolo Bratti detrás y los dos hombres delante. Salieron tranquilamente del parking, Bratti llamando a información telefónica para obtener el número del Parador de Aiguablava. Si estaba en lo cierto la noche iba a ser larga. Tenían que llegar a primeras horas de la madrugada para coger el hotel dormido y no provocar revuelo. Como buen profesional, se había informado sobre el hotel, por si acaso. Era un lugar alejado de todo, sería fácil desaparecer después de la operación.

EL primer disparo rebotó en la barandilla metálica de la escalera de emergencia, emitiendo un silbido agudo y una araña se dibujó en el cristal de la vidriera sin que llegara a caerse. El arma debía de tener un silenciador, porque Zi no oyó el disparo que hizo el hombre de la mancha, desde el pasillo. Ella siguió bajando como podía, con la maleta en la mano, hasta que se le ocurrió tirarla fuera. Ya la recuperaría abajo, y si reventaba, pues daba igual. De momento la entorpecía y sólo había conseguido bajar un piso, estaba en el tercero, y de qué le serviría una maleta si estaba muerta. Mientras seguía bajando a la carrera, libre de trabas, escuchó el ruido que hizo la maleta al llegar al suelo. Debía de haber aterrizado en un sillón de mimbre o algo parecido, porque fue un sonido sordo con algún crujido seco.

El segundo disparo la alcanzó en el lóbulo de la oreja derecha.

—¡Joder, qué daño! ¡Cómo quema!

Los demás estaban ya abajo, pero algo no iba bien. Estaban parados como estatuas. Analizó la situación en una fracción de segundo. Le quedaba un piso por bajar y el hombre que la perseguía todavía estaba en el cuarto. No había empezado a bajar. ¿Por qué había perdido tiempo apuntando el segundo disparo? De pronto la luz se hizo, sabía que no estaba solo, por lo que Miguel le había dicho. Los demás hombres estaban abajo, por eso, el de la mancha se tomaba el tiempo que quería antes de bajar. Se asomó para ver abajo y se retiró a tiempo para oír cómo una tercera bala rebotaba en la estructura central de la escalera. Seguía disparando desde el cuarto piso, esperando a que llegase abajo o a acertar.

Había tenido tiempo suficiente para ver qué pasaba. Un hombre, de pie,

apuntaba al resto del grupo, y otro estaba tirado en el suelo con una pistola cerca de su mano y una maleta al otro lado. Zi entendió por qué su maleta había hecho ese ruido al tocar el suelo. No parecía que hubiese nadie más, de todas maneras no había tiempo para averiguarlo, tenía que actuar ya. Se percató de que tenía el cuello y el jersey mojado en el lado derecho. “Sangre” pensó, y esto la decidió.

El brinco que dio para saltar por encima de la barandilla, desde el primer piso, cogió a Bratti por sorpresa. Cuando reaccionó, Zi ya tenía el arma en su mano y se estaba refugiando debajo de la escalera, mientras disparaba tres veces seguidas en dirección al hombre que apuntaba al resto del grupo.

Todo fue muy rápido. Al menos uno de sus disparos alcanzó al hombre, que se tambaleó hacia atrás, ésto decidió a Lennon a atacar y morderle la mano que sujetaba el arma. Miguel se tiró sobre él y le pegó varios puñetazos en la cara y en la garganta. Natalia, que por fin había reaccionado, le pegó una patada en los huevos que lo dejó sin respiración. Guido ya se había apoderado de su pistola y disparaba como un poseso hacia la parte superior de la escalera. Durante unos segundos solamente se oían los silbidos de las balas sobre el acero.

—¡Todo el mundo debajo del porche! —gritó Zi.

No hubo ni una duda; al instante, estaban todos debajo del porche con el equipaje en la mano, salvo la maleta que puso fuera de combate el tercer hombre.

Zi se levantó y notó cómo le quemaba el muslo derecho o más bien la nalga. No se había dado cuenta de que le habían vuelto a disparar cuando recogía la pistola.

—¡Mierda!

Se levantó, podía caminar, dolía pero se podía mover, no parecía que hubiese nada roto.

—Vámonos de aquí rápido, Miguel, tú te vienes con nosotros, aquí estás en peligro.

En el hotel no había movimiento, nadie se había dado cuenta de la situación que había fuera, cerca de la escalera de emergencia. Natalia le quitó la pistola a Guido, que al principio no quería soltar.

Miguel corría como podía, con las tres maletas, por el sendero que

conducía a la playa. Lennon le seguía callado por si las moscas. Guido le seguía y Natalia y Zi cerraban la marcha volviéndose de tanto en tanto para disparar hacia atrás, y retrasar la bajada del hombre de la mancha. En el último tramo, se perdía la vista sobre la escalera, así que Zi tomó una decisión:

—¡Toma! —le dijo a Natalia, dándole las llaves del coche— meteos todos dentro, y en cuanto arranques, yo voy.

—No...

—No discutas ¡Joder! Hazlo y no pienses.

Natalia le tendió su arma y salió corriendo. Zi seguía disparando a la escalera, hasta que se dio cuenta de que una sombra avanzaba, más arriba, en paralelo al sendero. Le entró pánico, pero pudo disparar aplicándose en apuntar. El proyectil impactó en el tronco de un pino a escasos centímetros de la sombra, con un ruido que se parecía a un martillazo. De pronto se oyó el rugido de los 8 cilindros del Range Rover. Zi no se lo pensó dos veces, se precipitó sendero abajo. Ya no le dolía ni la oreja, ni el muslo. No recordaba haber corrido tan rápido en toda su vida. La puerta derecha estaba abierta, se tiró literalmente dentro del coche, que arrancó quemando goma. Miguel estaba al volante. Zi se abstuvo de hacer comentarios, parecía que el chico sabía lo que hacía.

El motor no había parado de rugir desde que salieron del hotel, ya habían hecho unos cuatro kilómetros, Miguel conducía como un piloto de rally.

—Hay un coche siguiéndonos a unos dos kilómetros —dijo Miguel.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Zi.

—Si es tu “marido”, el del Mercedes, ahora no nos puede alcanzar, su coche es demasiado largo y le cuesta tomar las curvas, pero en cuanto alcancemos la general, lo tendremos encima en cuestión de minutos.

—¿Qué propones?

—Todo depende de dónde queráis ir después.

—A Francia.

—Bien. Conozco un atajo para llegar a la general, es un sendero practicable por el que me meto con la moto para ahorrar tiempo cuando voy a casa de una amiga mía, después del trabajo.

Siguieron por la carretera unos dos kilómetros y después de una curva

frenó y lentamente se metió por un sendero en la ladera de la montaña.

—Por aquí no pasa con el Mercedes, y aunque adivine por qué sitio vamos a salir, tardaría casi una hora en rodear por la carretera.

Zi emitió un quejido, ahora que la acción había terminado volvían los dolores. Se tocó la oreja, parecía estar entera, pero dolía. Había dejado de sangrar y se estaba coagulando, formando una fina película peguntosa. Se tocó el costado del muslo, parecía que la bala había entrado por el borde exterior de la nalga, pero le dolía en otro lado, donde termina el muslo y empieza la nalga. No veía nada porque la oscuridad se lo impedía, pero estaba empapando el sillón.

—Zi, tienes sangre en la oreja —dijo Guido, que estaba sentado detrás de ella, y era el único que podía ver su costado derecho.

—No es nada, sólo un rasguño, y ya ha dejado de sangrar.

—¿Entonces por qué tienes la mano llena de sangre? —preguntó Miguel que había encendido la luz del techo.

—Vamos a ver esto de cerca —dijo deteniendo el coche.

Se agachó sobre Zi, mientras Natalia salía del coche y lo rodeaba para llegar a su lado.

—Estás perdiendo mucha sangre —dijo Natalia mirando la herida—. Si es un solo disparo parece que la bala ha salido del otro lado. Hay que pararlo y limpiarlo. Guido, pásame la toalla de Lennon.

Partió la tela en dos ayudándose con los dientes, le puso una parte de la toalla debajo de la nalga y le apretó fuerte la otra por el costado del muslo. Zi emitió una pequeña queja pero se mordió el labio y aguantó.

—Mantenlo fuerte aquí, esto parará la hemorragia, o por lo menos la contendrá. Ahora hay que encontrar un sitio donde curarte esto. Y si es grave habrá que ir a un hospital.

Miguel que se había quedado callado mirando a Natalia, todo el rato sin perder miga de lo que hacía, y dispuesto a ayudar si era necesario, dijo a la vez que arrancaba suavemente el coche:

—Vamos a casa de mi amiga, estaremos enseguida, y allí nadie nos molestará.

—No podemos implicar a más gente —dijo Zi.

—No te preocupes, ella no vive allí, está todo el año en Ginebra, es

psicoanalista, o algo por el estilo. Esta es su residencia de verano, viene aquí sólo para las vacaciones, y siempre me llama una semana antes para que le prepare la casa. Yo voy tres veces por semana para cortar la hierba, recoger el correo, y esas cosas...

—No hay más que hablar —cortó Natalia—. Vamos a casa de tu amiga ahora mismo. Y cuando hayamos visto cómo tiene la niña su disparo en el trasero, decidiremos qué debemos hacer o no hacer.

—¿Se va a poner bien?, verdad— preguntó Guido.

—Pues claro que sí. Yo nunca he oído que alguien se haya muerto por un balazo en el culo —le contestó Natalia con cara de guasa.

—¡Es verdad! —admitió el niño sonriendo. La broma había hecho su efecto.

UN cuarto de hora más tarde el Range Rover salió a la carretera. Miguel aceleró progresivamente, y recorrieron otros dos kilómetros. A Zi, le pareció la gloria. El coche iba suave como el algodón, ¡qué diferencia con el sendero de antes! Luego tomó a la izquierda, como volviendo hacia el mar. Sólo había campo y bosque, iluminado por la luna. Al cabo de un rato Miguel se metió por un camino, perfectamente mantenido, hasta que llegó a una reja. Se bajó del coche, sacó unas llaves de su bolsillo y la abrió. La volvió a cerrar después de meter el coche. Siguieron por el camino hasta llegar a una masía preciosa rodeada de un jardín muy cuidado. El porche daba a una piscina rodeada de hierba que se extendía hasta el borde del acantilado, y más allá, el mar, reflejando la luna.

—¡Qué maravilla! —exclamó Natalia.

—¡Ay! —contestó Zi.

—Miguel, ayúdame a llevar a esta quejica dentro.

Entre los dos llevaron a Zi al interior de la casa. Miguel quitó el centro de flores secas que adornaba la pesada mesa de madera del comedor, y extendió un plástico de pintor y una toalla de baño verde oscura. Tumbaron a Zi encima. Guido y Lennon se habían quedado en el coche, como vigilantes, con el móvil de Natalia, y orden de llamar al de Zi, si veían algo raro.

—¿Dónde tiene tu amiga el botiquín? —preguntó Natalia.

—En esta cómoda de aquí.

—Bien, voy a ver qué encuentro. Tú vete quitándole el pantalón a la moribunda, con mucho cuidado.

—Vale.

Natalia estuvo unos minutos concentrada en revolver la cómoda, contenta de lo que estaba encontrando.

—Aquí hay todo lo que necesitamos. Más que una psicoanalista, tu amiga parece una cirujana. ¿Ya has terminado? dijo dándose la vuelta, para encontrarse a un Miguel rojo como un tomate, con el pantalón de Zi en la mano. Y ésta, con una sonrisa traviesa a pesar de la tortura que había sido quitárselos.

—¡Ya veo que sí! ¿Qué pasa?, parece que nunca habías visto nada parecido antes.

Miguel se puso más colorado todavía, si es que se podía. Natalia cubrió la parte de Zi que le perturbaba con un sobre de gasas.

—Esto es lo que pasa cuando una no lleva ropa interior, luego tienes un accidente, y cuando llegan los médicos, les cuesta concentrarse en su trabajo. Miguel, ve a por la maleta de Zi al coche, por favor. Es una negra con un colgante rojo en un asa. Y quédate un ratito con Guido, le vendrá bien.

Miguel salió y Natalia se puso manos a la obra, bajo la mirada inquieta de Zi, que no se atrevió a decir nada.

Cuando Miguel volvió Natalia ya estaba acabando, había terminado de limpiar las heridas, y la hemorragia del muslo parecía haber remitido. Hasta le había puesto dos puntos en la parte alta del lóbulo de la oreja donde había recibido el impacto. Zi se había quedado sorprendida de lo poco que le había dolido, al contrario que la herida de la nalga. Natalia le había hecho tomar dos comprimidos de paracetamol para calmar un poco el dolor.

—Bueno. Ya está —declaró Natalia que acababa de terminar de fijar las gasas—. Nos vamos a llevar todo esto y lo cambiaremos cada cuatro o seis horas. Te vas a vestir con uno de tus trajecitos y esta vez te pones unas braguitas.

—¡Qué graciosa que eres! Gracias Natalia. ¿Dónde has aprendido todo esto? Que yo sepa en el máster de marketing no hay ninguna opción de curandera.

—Mi ex era bombero, y muy bueno por cierto, en todos los aspectos. Durante los primeros años, estos años en los que todo es muy bonito, y todavía no te has dado cuenta de que el muy cabrón se ha estado follando a todas tus amigas y no amigas. Bueno, pues para estar más tiempo cerca de él,

me chupé todos los cursillos de socorrismo, habidos y por haber.

—Me alegro.

—¿De que se haya follado a medio Madrid o de que haya hecho los cursillos? —contestó Natalia sonriendo—. También estuve practicando con un amigo que era veterinario, a veces le ayudaba terminando de poner yo los puntos, o haciendo las curas.

—Me parece de lo más tranquilizante.

Guido apareció con Lennon por la puerta un poco inquieto.

—Es que allí nos aburrimos. ¿Qué tal estás? —le preguntó a Zi, pero mirando a Natalia.

—Está perfecta, Guido. La oreja estará curada dentro de una semana. Sólo le ha rozado, pero es una zona que sangra mucho. Por lo que se refiere al muslo, la cosa es un poco más delicada. Por la forma de los agujeros, la bala ha entrado por el costado de la nalga y ha salido por detrás, justo en el pliegue de la nalga con el muslo. También se puede decir que le ha rozado, porque está a menos de un centímetro del borde, pero ha recorrido por lo menos dos centímetros dentro antes de salir. Le he hecho un zurcido de calcetín, no le quedará casi marca, pero le va a doler hasta que la carne ocupe su sitio. De todas maneras no era un calibre grande, tal vez un 22. ¿No os habéis dado cuenta de que las pistolas no hacían casi ruido y de que apenas se movían al disparar? La ventaja es que es en la nalga y allí hay más grasa que músculo, añadió riéndose.

—Yo tengo el culo duro —protestó Zi—. Nada de grasa, ni una huella de celulitis.

Todos estallaron en carcajadas, liberando una parte de la tensión de la última hora.

—Son las cuatro y cuarto de la madrugada —dijo Miguel—. Propongo que intentemos descansar unas horas, y luego os llevo hasta la frontera con Francia. Pasaremos más inadvertidos entre la circulación de la mañana, ¿qué os parece?

—Buena idea —dijo Zi, a la vez que cogía el vestidito rojo y la ropa interior, que le tendía Natalia después de hurgar en su maleta.

DESPUÉS de media hora dando vueltas, Paolo Bratti se rindió ante la evidencia: le habían dado esquinazo.

Cuando la chica le hizo el último disparo, casi le vuela la cabeza, la bala impactó la corteza de un pino a tan solo tres centímetros de su cara. Luego se oyó el rugido de un motor potente y ella salió corriendo. Segundos después llegó a sus oídos cómo arrancaban a toda velocidad. Él había salido corriendo hasta su Mercedes, y les había seguido como mejor podía. No entendía de qué manera, pero habían conseguido largarse. La chica de la escalera, Zi, la de la foto con el niño, era hábil y decidida, tomaba decisiones rápidas y calculadas. Y los demás no se quedaban mancos, sólo bastaba mirar en qué estado había quedado su hombre.

Luego había seguido la luz roja de los pilotos traseros que se distanciaban lentamente, y de pronto, a la vuelta de una curva, nada, volatilizados. Pero él iba a unos dos kilómetros detrás, era difícil apreciar bien, y más aún de noche. Ni siquiera había podido ver qué coche era.

Dio media vuelta y volvió al hotel. Aparcó abajo del todo, contra el murete del final del parking, y subió por el senderito de la playa hasta la piscina, para encontrarse con uno de sus hombres sentado en el suelo con el hombro ensangrentado, y el otro inerte, al lado suyo, con la cabeza en una postura inhabitual.

Bratti señaló con un gesto de la barbilla al hombre tendido. Y el otro le contestó con un gesto negativo de la cabeza.

—*Puoi andare?*

—*Si.*

—Prendi la puta borsa, questo lo prendo Io^[10]

Se agachó para recoger al hombre tumbado y echárselo a la espalda. El otro alcanzó la maleta que Zi había tirado, y entre muecas y gruñidos la fue llevando, sendero abajo, siguiendo los pasos de su jefe.

Cuando ya llevaban una hora y media de viaje, Bratti aparcó el coche en un área de servicio de la autovía, bajó y abrió el maletero. Contempló fríamente al hombre que estaba dentro. Se agachó para ponerle un dedo en el cuello y asegurarse de que no había nada que hacer, aunque, por los movimientos que tenía su cuello cuando lo había llevado, pocas esperanzas le quedaban. El cuerpo ya estaba quedándose frío.

Lo registró, sacó todo lo que tenía en los bolsillos, le quitó la funda de la pistola, el anillo, la cadena de oro con la virgen y cristo en la cruz, y lo sacó del maletero. Lo llevó en brazos hasta un banco de piedra, lo depositó con cuidado y le juntó las manos delante, la cadena de oro con la virgen y cristo en la cruz entre sus dedos. Se arrodilló junto a él, sacó de su bolsillo izquierdo un rosario de coral rojo, y, con sus dedos crispados en movimientos desordenados, rezó por su alma haciendo brillar su anillo de plata y rubí bajo los rayos de la luna.

Bratti encendió uno de sus Toscanellos al café, saboreó lentamente su aroma y marcó un teléfono en su móvil. Habían abandonado el cuerpo de su compañero en un banco de piedra en un área de descanso de una autopista española. La maleta recogida en el hotel sólo contenía ropa de niño, y había ido a parar a un contenedor de basura en otra área de servicio.

Ahora estaban ya en Francia, dirección Italia. No podían ir en avión, ni pararse en el camino por la herida en el hombro de su segundo hombre. Por lo menos había dejado de sangrar. No parecía una herida grave, pero había tenido frecuentes hemorragias y algunas pérdidas de conocimiento. Estaba cubierto de hematomas, tenía la cara de un boxeador después de nueve rounds, y no hablemos de ciertas partes.

A los ocho tonos le contestaron.

—¿Sí?

—Monsignor, sono io^[11]

—¡Ya! ¿Está hecho?

—No, se nos han vuelto a escapar entre las manos. Tengo una baja, y un herido.

—Vaya, esto es muy desagradable, todo sea por el Señor. Él sabrá acoger su alma... —El eclesiástico dejó unos instantes simbólicos de silencio y prosiguió— ¿Sabe dónde pueden estar?

—No Monseñor, pero sé dónde llegarán. Allí estaré, esperando.

—Bien, voy a llamar. Esta noticia no va a gustarles nada. Vuelva a su casa, le contactarán, como siempre. Yo ya no tengo nada que ver en esto. Se sale de mis ámbitos. Pero recuerde que tiene que esperar a que ellos le encomienden ir al encuentro. Nada de iniciativas propias. Tengo entendido que este asunto es crucial para el Vaticano y el futuro de la Iglesia.

—Bien Monseñor, así lo haré, buenas noches. —Una sonrisa diabólica se dibujó en su cara de ángel.

Desde luego que iba a volver a su casa. Venecia era su santuario, el lugar donde se reencontraba consigo mismo y con su Dios, ¡a su manera! Allí se hallaba su madre, que dirigía el Palazzo con mano de hierro. Era la cualidad de las personas que habían servido a otros, cuando tenían el poder en la mano, eran intransigentes y despiadadas. Y en ese aspecto su madre era imbatible.

Hacía mucho que Bratti sabía de la existencia de los documentos. Muchas de las cruzadas que le habían encomendado a su padre, y más tarde a él, estaban en relación con ellos. El Cardinale y luego otros altos cargos del Vaticano, llevaban años, tal vez siglos, buscándolos. Sólo se nombraba su importancia, nunca su contenido, pero se podía sacar en conclusión que si caían en manos paganas, los cimientos de la iglesia podrían resquebrajarse.

Sabía que la CIA también les seguía la pista desde que George Bush padre, feligrés activo de la secretísima S.A.B. ^[12], fue director de la agencia entre 1976 y 1977. Y que éste, casi consigue hacerse con ellos, instigando la Guerra del Golfo en 1991, durante su mandato presidencial. Saddam se lo había puesto muy fácil convocando en julio de 1990 a April Glaspie, embajadora en Bagdad, para comunicarle su intención de reconquistar Kuwait, que los británicos habían separado en 1932. Bastó con no dar contestación para que el dictador creyese en un acuerdo tácito y cometiese el

error de recuperar su provincia perdida. Ya tenía una excusa internacional para invadir Irak.

Bratti llegó a Kuwait tarde, camuflado de misionero, sin saber una palabra de árabe, y a pesar de tener un guía traductor, no pudo hacer nada.

Lo único que sacó en conclusión fue que el recién elegido presidente George Bush, al igual que él, tenía en su punto de mira ciertos documentos guardados en el Museo Nacional de Kuwait.

Estos desaparecieron y Bush, a pesar de tener acorralado a Saddam en Bagdad, apoyado por el sublevamiento chiita del sur, decidió parar la máquina, dejar a Saddam libre con su dictadura, e incluso prestarle sus helicópteros para masacrar mejor a los chiitas. Esto sorprendió a Colin Powell, a Schwarzkopf y a la opinión occidental que se había dejado convencer de que la guerra instalaría en Irak una democracia.

Pero hubo un contratiempo, parece ser que uno de los marines implicados en el expolio programado, decidió actuar por libre y quedarse con el alijo, para luego sacarle partido en el mercado paralelo del arte.

Los documentos malditos volvieron a desaparecer y durante doce años las diferentes pistas no condujeron a nada. Por lo menos por parte de la Iglesia, porque en 2003, con la excusa de buscar armas de destrucción, George Bush Júnior, también miembro activo de la organización secreta S.A.B., volvió a las andadas, invadiendo Irak.

Pero esta vez Bratti estaba allí, con conocimiento del terreno y del idioma. Después de sus percances en Florencia y su excomunión oficial, fue enviado dos años como misionero a un campamento de entrenamiento especial en Irak, en el que hizo muy buenas relaciones.

Asistió al asalto del Museo Nacional. Siguió y vendió los expoliadores a las Fuerzas Iraquíes Libres, donde tenían hombres comprados, y se hizo con la preciada caja de los tesoros en Al Hay, al sur de Bagdad. Pero el éxito duró poco, no habían recorrido cincuenta kilómetros cuando cayeron en una emboscada. Él se libró de milagro, escapándose por un desnivel y huyendo en la noche del desierto, no sin antes haber identificado los vehículos como propiedad del ejército norteamericano. Mientras Bush estuviera en el poder, la S.A.B. tendría todos los medios técnicos y humanos de los Estados Unidos a su disposición. Se maldijo a sí mismo por no haber cedido a la curiosidad y

haber mirado enseguida lo que contenía la caja.

Sus contactos y mucho dinero le permitieron saber que cierta caja había salido en un jet privado de una pista no oficial en el desierto, vía París, semanas después. Y otra vez el silencio. Hasta hace tres días.

Y lo más irónico e inquietante era que Bush júnior había decidido pasar a engrosar el rebaño de los feligreses de la Iglesia católica después de su última visita al Vaticano. Lo mismo que le pasó a Tony Blair. Esto parecía ser una epidemia contagiosa en el poder. A partir de ahora tendría que estar más vigilante.

—**¡SON** las ocho! Os he hecho un pequeño desayuno con café, chocolate con leche y biscottes —dijo Miguel a Natalia en voz baja, sacudiéndola con suavidad.

Natalia entreabrió los ojos y le costó volver a situarse. Miguel estaba de rodillas al lado del sofá, ligeramente inclinado sobre ella, con su cara a pocos centímetros de la suya, y su pelo medio suelto le rozaba la mejilla. Miró al muchacho de una manera extraña, hasta que por fin lo ubicó en el tiempo y lugar correspondiente. La situación de los dos últimos días le volvió a la mente provocándole un brusco movimiento para enderezarse. Hubo un choque de cabezas, unas disculpas torpes por parte de los dos. Natalia miró a su alrededor con mirada aún dormida, e hizo un esfuerzo por salir del mundo de los sueños y volver a la extraña realidad. Guido estaba en el suelo sobre unas colchonetas de hamaca, cubierto con una manta naranja, abrazando un Lennon que dormía apaciblemente. Más lejos, Zi, tendida en una “chaise longue”, sobre el costado izquierdo, con la cabeza de lado, roncando como una motosierra. Parecía que todo el mundo había podido descansar algo. Todavía medio tumbada, se apoyó sobre el codo, dejando descansar su cabeza sobre la mano.

—¿Cómo has conseguido leche? Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Mi amiga tiene sobrecitos de leche en polvo, para cuando se queda sin leche, es muy práctico, se mezcla con un poco de agua caliente y sabe igual.

—¿Hay mantequilla y mermelada?

—Sí, la mantequilla es como la de los hoteles, de esas pequeñas individuales, saqué unas cuantas del congelador antes de ir a descansar, y la

mermelada también es de las individuales y hay varios sabores —respondió Miguel sonriendo, ante tanta ingenuidad matutina, mientras se masajeaba la mejilla izquierda donde Natalia le había dado con la frente.

—¿De fresa?

—¡Sí, de fresa, y también hay azúcar! ¿La señorita desea algo más?

Natalia terminó de sentarse recta, se estiró estrepitosamente con los brazos en aspas de molino, y se quedó mirándole con una amplia sonrisa, satisfecha de sí misma. Lennon, ante tanto alboroto salió de los brazos de Guido ladrando y moviendo la cola para pedir comida, provocando el sobresalto y un quejido de Zi. Guido seguía durmiendo como si no pasase nada. Zi se sentó despacio.

—¡Ay! No sé qué me duele más. ¡La oreja, el culo o el cuello! Qué bien huele —dijo mirando la mesa del comedor, donde el plástico y la toalla verde de la “operación” habían dejado paso a un mantel provenzal con un apetecible desayuno—. ¡Tengo hambre! ¿Doctor, estoy autorizada a desayunar?

—¡Es una obligación!

—¿Y yo? —dijo una vocecita dormida.

—Tú también.

Todos se instalaron alrededor de la mesa a recuperar fuerzas.

—He puesto el termo de agua a calentar, y yo, ya me he duchado. Os he dejado toallas en el cuarto de baño. Mi amiga no viene hasta agosto o septiembre así que tengo tiempo de lavarlas y dejar la casa en orden. También he llamado al hotel para avisar que hoy no puedo ir. El jardinero ha encontrado huellas de sangre cerca de la salida de emergencia. Hay casquillos de bala por todas partes y dos cristales de la fachada están fisurados por impactos. La policía está allí y quiere verme para preguntarme por vosotros, porque ayer subí a por vuestras maletas. Piensan que se trata de un secuestro, ya han hecho la relación con el incendio de vuestra casa en Madrid.

—¿Y tú qué les has dicho? —preguntó Zi.

—La verdad, siempre es mejor con la poli, ¿no?

—¿Saben dónde estamos? ¿Van a venir aquí?

—¡No! Les he contado la verdad sobre el asalto y la huida, omitiendo los detalles de las armas y de tus heridas. Simplemente he dicho que nos han

atacado y que hemos tenido que huir, y que a estas horas deberíais de estar en alguna parte entre Valencia y Murcia.

—¿Y tú?

—El director es amigo de mis padres. Desde que tengo quince años, todos los veranos trabajo en los hoteles que él dirige. He estado dos veranos en el Saler, en Valencia y llevo cinco años viniendo a éste, y ya conozco bastante gente por aquí.

—Esto suma veintidós años. ¿Entonces de dónde eres?

—Mis padres viven en Madrid. Mi madre es española y mi padre inglés. He estudiado en el British Council School, y ahora estoy terminando historia del arte en Cambridge. Luego quiero hacer un master en el Institut Courtauld y especializarme en la lucha por los delitos contra el arte.

—¡Madre mía, qué programación! —dijo Zi.

—El mundo del arte me interesa desde que soy pequeño, pero no tengo ningún don que me permita ser artista, y tampoco quiero estar en un despacho unos veinte años para llegar a ser conservador o algo por el estilo. Además siempre me han apasionado los robos de arte, pero entre ser ladrón e investigar a los ladrones, me quedo con lo segundo, es menos peligroso y ves más puntos de vista.

—Miguel, el tío de ayer no es mi ex marido...

—Ya me lo ha contado Guido en el coche cuando fui a por tu maleta. Y también lo de Madrid. Estáis metidas en un buen lío. Y Guido dice que no sabéis por qué.

Las dos chicas miraron a Guido con reprobación, pero éste se defendió.

—¡Casi le matan a él también, tiene derecho a saber! ¿No?

—Puede que sí, pero ahora sí que sabe demasiado y no se puede quedar aquí.

—Qué tontería, Zi. Nadie se va a enterar, y la verdad, tampoco es que sepa mucho.

—Nosotros tampoco, y mira cómo estamos huyendo. Ni siquiera tenemos idea de a dónde vamos.

—A lo mejor nos puede ayudar a investigar los documentos, está estudiando historia del arte.

—Estoy de acuerdo con él —interrumpió Natalia.

—¿Qué proponéis? Miguel, ¿tú qué opinas?

—No sé qué decir. A lo mejor me podríais explicar, de qué va todo esto.

—Te hago un resumen: nuestros padres eran... —empezó Zi.

—¡Son! —exclamó Guido.

—¡Perdón! Son historiadores arqueólogos. Han desaparecido en Irak en 2004. El que nos disparaba desde arriba de la escalera está relacionado con su desaparición.

—Esto es nuevo —dijo Natalia.

—Tenía una marca roja en el cuello que le llegaba casi hasta la oreja, se la he visto cuando salía del ascensor.

—Mierda, esto es serio...

—¿Natalia, me dejas seguir? ¡Gracias! Como iba diciendo, nuestros padres han desaparecido en Irak. Estaban catalogando y evaluando el saqueo del Museo Nacional, cuando unos soldados iraquíes recuperaron un alijo de 475 piezas a unos doscientos cincuenta kilómetros a sur de Bagdad, entre las cuales había una caja con un contenido especial. Se supone que lo dejaron todo en el momento para ir a recuperarla. A partir de aquí no se sabe nada de ellos. Pero resulta que cuando yo era pequeña, después de la primera guerra de Irak, la del Golfo, mis padres fueron a Argentina a recuperar estos mismos objetos que ya habían sido saqueados del Museo Nacional de Kuwait. Luego los escondieron en un lugar secreto en los sótanos del Museo Nacional de Bagdad.

—¿Y los documentos?

—Los documentos que tenemos, los saqué de la caja fuerte de mis padres, pero son documentos de yacimientos en los que han trabajado, algunos son anteriores y se remontan a 1930.

—Se te olvida algo —dijo Guido.

—¿Qué?

—¿Y el Mapamundi de la B.N?

—¿No me digas que tienes algo que ver con el robo de los Mapamundis de Ptolomeo en la Biblioteca Nacional de Madrid?

—¡Ha sido ella solita, a que es genial! —exclamó Guido con orgullo.

Zi miraba su plato de desayuno atentamente en busca de algo que evidentemente no había, mientras Natalia sonreía viendo la expresión de

Miguel.

—Y no te ha contado ni la quinta parte de la historia.

Los ojos de Miguel brillaban más que nunca. Se notaba el extremado interés por la excepcional historia que le acababan de contar.

—¿Qué decides? —le preguntó Natalia.

Miguel los miraba uno a uno. Los conocía desde hacía muy poco, demasiado poco, apenas unas horas. La situación que estaba viviendo era delicada y peligrosa, estos hombres habían intentado matarlos. Pero era joven y la inyección de adrenalina le había gustado.

—Creo que sería una tontería quedarme aquí. Si os parece bien a todos...

—Lo primero que podrías hacer es ir al hotel, ver qué ocurre, y hablar con la policía, para que no estén pendientes de ti. Luego les dices que estás asustado y que preferirías irte una temporada. Coges una maleta con tus cosas y nos vamos. Te contaremos el resto durante el viaje.

EERAN las dos de la tarde, y estaban todos dándole su merecido al sándwich de rigor, en un área de servicio entre Nîmes y Arles.

Habían salido sobre las once de la mañana y pasado la frontera con Francia a las doce. Después de mucho sopesar los pros y los contras optaron por no deshacerse de las dos pistolas y las escondieron en la funda de las herramientas del coche, junto a la rueda de repuesto. Llevaban ya hecha la mitad del trayecto sin incidencias.

A las nueve, Natalia había acompañado a Miguel hasta la entrada del parking del hotel, con el viejo Golf descapotable aparcado en el garaje de la casa, que usaba su amiga cuando venía de vacaciones. Después de dejarlo Natalia había dado media vuelta para volver cerca de sus amigos. Como todos los caminos de montaña se parecen, se había equivocado tres veces antes de encontrar el de entrada a la casa.

Miguel esperó a que Natalia desapareciese de su vista por la última curva que se podía divisar, y dio media vuelta para dirigirse cuesta arriba, al hotel.

En la parte de arriba del parking, delante de la escalera que subía al porche, se encontraban estacionados dos coches de la policía y uno de la guardia civil.

Miguel respiró hondo y se lanzó a la escalada de los peldaños que lo separaban de la gran cristalera de la entrada. Cuando llegó a recepción, Laura lo miró con emoción y admiración.

—Ya me han contado lo de esta noche. Casi os matan a todos, pero tú has

conseguido salvarlas.

Miguel se quedó mirándola. Siempre había pensado que Laura era la alegoría de la pava-pija, de una belleza “rara”, con su cara de hurona ligeramente inclinada hacia delante, sus cuatro pelos lisos siempre con apariencia grasienta, cortados al ras del cuello, peinados hacia la derecha y sujetos con una horquilla. El uniforme del Parador disimulaba como podía, un busto que no existía y unos hombros estrechos, y mejor no hablar de lo demás. Sentada podía dar el pego. Pero era una de estas chicas que tienen una voz maravillosa, y era mejor hablar con ella por teléfono e imaginársela, sin nunca conocerla. Miguel iba a continuar sus pasos cuando se le ocurrió que podía sacar provecho de la situación.

—No fue nada, ya sabes, sólo lo necesario.

—Pero digno de un héroe.

—¿Quién te lo ha contado?

—Nadie —dijo Laura con tono de confianza—. Lo he oído cuando han venido los inspectores para llamar por teléfono a la comisaría. Han llamado desde aquí. Explicó, indicándole el teléfono góndola años setenta, que estaba en la esquina del mostrador.

—¡Qué lista eres!

—Yo me hacía la que estaba ocupada, tecleando en el ordenador, apuntando cualquier cosa en la agenda, pero con la oreja puesta.

—¿Y qué dijeron?

Laura miró a su alrededor, con los ojos entrecerrados y cara de conspiración, luego siguió con su tono de confianza.

—Al parecer, ayer, hacia las tres de la madrugada, las dos chicas de la 415 recibieron una llamada avisándolas de que estaban en peligro y que se tenían que ir cuanto antes. Unos momentos más tarde aparecieron unos tipos en un Mercedes gran lujo negro, haciéndose pasar por unos amigos que venían a buscarlas. Tú subiste para bajarles las maletas. Mientras tanto los tres hombres amordazaron a Ramón y a Gisela, los encerraron en el despacho del director, y subieron a por ellas. Pero tú, al ver que iban a secuestrarlas, les ayudaste a escapar por la escalera de emergencia. Lo que no tienen muy claro es quién ha resultado herido, porque hay una mancha de sangre debajo de la escalera y huellas en el sendero que baja a la playa.

—Fue uno de los tipos esos, se resbaló por la escalera al perseguirnos y se dio un golpe.

—Dios lo castigó.

—Ya, seguro que es eso. Bueno, voy a ver a los inspectores, creo que quieren hablar conmigo.

—Qué tonta soy, me dijeron que en cuanto llegases te mandara a la parte de atrás. Se están tomando un café con el director, Ramón y Gisela, en la terraza de la piscina. Cerca del lugar de crimen —añadió bajito con complicidad.

—Gracias Laura, hasta luego —dijo Miguel encaminándose hacia la piscina, bajo la mirada embobada de la joven.

Mientras caminaba por el hall, aproximándose a la piscina, veía por la cristalera el grupo sentado en la terraza. Habían reunido dos mesas que estaban llenas de los relieves de un fastuoso desayuno. Desde luego el director sabía hacer bien su trabajo. No le interesaba que hubiese mala publicidad. A parte de Ramón, Gisela y el director, distinguía a cuatro policías, y dos guardias civiles, todos en una animada conversación.

—Buenos días, dijo Miguel pasando a la terraza de la piscina en la que lucía un cartel: “Prohibido el paso - Fuera de servicio”.

—Buenos días Miguel, espero que te encuentres bien. Estos señores querían hacerte algunas preguntas sobre lo que pasó ayer.

Miguel estuvo media hora explicándoles lo que había ocurrido, basándose en la versión que Laura le había soplado, añadiendo la caída de uno de los hombres por la escalera, y que las clientas, después de huir, le habían dejado en pleno monte. Como no era de aquí, había caminado hasta las siete y media de la mañana para llegar al pueblo y poder llamar. Desgraciadamente se había dejado el móvil en su taquilla del hotel. Era cierto, puesto que no tenían derecho a llevarlo en horas de trabajo. Ahora había venido en autostop.

Los inspectores estuvieron encantados de haber acertado en toda la investigación, pero era lógico, por eso eran inspectores. Con cuatro indicios se remonta toda una trama de hechos. Y si no, basta con mirar las series de televisión norteamericanas, y las españolas, que también existen. Mientras él contaba lo ocurrido, la policía tecleaba en un ordenador portátil. Cuando todo estuvo listo sacó unas copias con una mini impresora que conectó al

ordenador. Las leyó en voz alta y se las tendió para que la firmara.

Miguel le pidió al director permiso para dejar de trabajar algún tiempo porque estaba psicológicamente afectado. No hubo ningún problema, le hizo el finiquito de la semana a la cual añadió un mes de sueldo como compensación, y le dijo que cuando quisiera, tenía su puesto. Se despidió con un saludo y recuerdos a sus padres a los cuales Miguel dijo que prefería no contar nada de momento. Al director le pareció aceptable.

Miguel recogió sus cosas, hizo la maleta, arrancó su moto, y con suma excitación, emprendió el camino de vuelta a la masía, donde los demás lo esperaban.

El área de descanso de Nîmes-Caissargues, que habían elegido por mera casualidad, era bastante especial. Nunca habían visto nada igual. Tenía hasta un museo y ruinas de un teatro, todo esto integrado en un espacio verde con césped y cipreses. Estaban sentados en un banco de madera cerca de un estanque cuadrado con una fuente central que refrescaba el ambiente con su chorro de agua. En frente, al final del inmenso césped, veían las columnas del teatro. Y a su derecha se divisaba el museo a través de una fila de cipreses.

El cartel de la entrada explicaba que al realizar las obras de construcción de la autopista, salieron a la luz varios yacimientos arqueológicos, entre los cuales se descubrió la famosa “Dama de Caissargues”, que vivió por estos parajes hará unos tres mil años. Reunieron todo el material encontrado e hicieron el Museo Arqueológico allí mismo.

El teatro, del que sólo queda el frontal con sus columnas, era el antiguo Teatro de Nîmes, construido en el siglo XIX y que fue destruido en 1953 por un incendio criminal. Al crear este recinto desmontaron los restos y los reconstruyeron aquí. En verano organizan conciertos y numerosas actividades. Un bonito atrapa turistas.

Durante un instante le llegó a Zi un olor a puro y café. Se le erizó la piel y un largo escalofrió le sacudió el cuerpo. Todos se pusieron a buscar un Mercedes negro, pero no había ningún coche que se pudiese parecer en todo lo que la vista conseguía abarcar. La tranquilizaron, sólo lo había olido ella y las fragancias no le volvieron a llegar, serían los nervios.

Estuvieron casi una hora paseando y disfrutando del lugar. Era relajante, y Zi necesitaba estar de pie, porque aunque su herida estaba en muy buena vía de curación, permanecer en el coche varias horas seguidas acababa siendo una tortura.

Nada más pararse, Natalia le había hecho la cura. No había vuelto a sangrar, e incluso ya estaba cicatrizando. ¡En su familia cicatrizaban bien y rápido! Los agujeros eran limpios y pequeños, tenía suerte de que aquellos hombres utilizaran calibre veintidós para ser más discretos. La oreja ya no le dolía, era más bien un cosquilleo contra el que luchaba para no rascarse. En el coche ella iba detrás, con Guido y Lennon. La mayor parte del tiempo tumbada sobre el costado izquierdo y la cabeza sobre las rodillas de su hermanito. Si en algún momento se quería sentar, Miguel le había dado una toalla para ponérsela debajo de la nalga Izquierda y así no apoyarse sobre la derecha, pero resultaba rápidamente incómodo.

Ahora sólo les faltaba encontrar un sitio para pasar la noche, que no estuviese lejos de Antibes, y que fuera lo más turístico posible para pasar inadvertidos, por si acaso. Ella tenía su idea en mente.

PAOLO Bratti no podía creer en su suerte. El cansancio y la herida de Augustino, su hombre, sumado a un resquicio de sentido común, le habían hecho parar para descansar y cambiar de coche. Después de pasar por una farmacia de guardia a comprar lo necesario para desinfectar la herida, habían aparcado el coche en el parking del Aeropuerto de Montpellier a la espera de que las oficinas de alquiler abriesen sus puertas por la mañana. Luego habían alquilado un Golf Tdi blanco y desayunado unos bollos y un café comprados en las máquinas expendedoras del aeropuerto. Augustino se sentía mucho mejor aunque el dolor seguía allí.

A las dos se habían parado a comer algo en un área de descanso. Bratti apagó su Toscanello y se subió al coche para seguir el viaje, cuando, al otro extremo del área, algo llamó su atención. Un grupo de personas parecía buscar algo con la mirada.

—*Dìo è con noi. Gli abbiamo trovatti*^[13] —dijo agachándose para no correr el riesgo de que lo viesen.

ESTABAN sentados en la terraza del Pigeonnier, un pequeño restaurante turístico en la Place Peyra, en la zona antigua de Vence. Vence es un pueblecito que se encuentra situado en la montaña, a unos veinte kilómetros de Nice y de Antibes. Es famoso entre otras cosas por su capilla decorada por Matisse. Y es la razón por la cual estaban allí cenando aquella noche. Zi había estado en otra ocasión con sus padres cuando era adolescente. Ellos volvían de una excavación en Kuwait organizada por el MOM, “La Maison de l’Orient et de la Méditerranée de Lyon”. Ella se encontró con ellos en Aix en Provence, Abdel Aziz se encargó de ir a recogerla. Luego estuvieron recorriendo la Costa Azul durante quince días, alojándose en los mejores hoteles, y visitando todos los museos habidos y por haber. De este viaje había surgido su amor por el arte, descubrió a Chagall, la Californie de Picasso, vio los campos de Van Gogh, la casa de Matisse, pero se quedó con ganas de ver la capilla de Vence que había diseñado y decorado, con sus vitrales y cerámicas.

Así que, apoyada por Miguel que estudiaba historia del arte, como ella lo había hecho años antes, decidieron hacer noche en este maravilloso pueblecito, y a la mañana siguiente irían a ver la capilla, que se encontraba muy cerca de la Villa Roseraie, el encantador hotel donde estaban alojados.

La terraza resultaba agradable, eran las nueve y media y el sol acababa de desaparecer detrás de los edificios. Las sombrillas, recogidas entre cada mesa, apuntaban al cielo azul oscuro donde todavía se podía ver, al este, el tenue resplandor de sol que se terminaba de acostar. Al este se empezaban a divisar las primeras estrellas, todavía un poco difuminadas.

Habían llegado a Vence hacia las siete y media. En Francia, desde que Sarcoman había sido ministro de interior, hacía ya unos años, no se podían cometer excesos de velocidad. Si la limitación era de ciento treinta kilómetros por hora e ibas a ciento treinta y uno, te caían multa y puntos. Así que todos los intrépidos se deslizaban por las autopistas con tranquilidad y esto te dejaba una sensación de sosiego y relajación. Tardabas más, pero qué más daba media hora más o menos, cuando ya llevabas ocho horas de coche.

Se dirigían a la oficina de turismo, con las indicaciones confusas y aleatorias que les había dado un viejo al entrar en Vence, cuando, en la Avenue Henri Giraud dirección al casco antiguo, pasaron delante de un pequeño hotel estilo provenzal, precioso y florido, rodeado de palmeras. No hubo ninguna duda, metieron el coche en el fondo del patio que servía de parking y apagaron el motor.

El recepcionista les dio dos habitaciones gemelas con puerta de comunicación, y después de las típicas bromas de quién dormía con quién, se decidió que las chicas y los chicos, entre los cuales iba incluido Lennon, dormirían en habitaciones separadas. Así que cada uno se fue a su territorio a descansar y a refrescarse, para luego ir a dar un paseo y cenar. Natalia se quedó extrañada de que autorizasen a Lennon sin más y Zi le explicó que en el resto de Europa lo extraño era que no aceptasen animales, tanto en hoteles como en autobuses, trenes, restaurantes etc...

El paseo por el casco antiguo, que estaba situado en lo alto del pueblo y próximo al hotel, les llevó a una plaza rectangular, rodeada de edificios de piedra, con flores en las ventanas. En el lugar se daban cita varios restaurantes, cada uno con su estilo y especial encanto turístico. Lennon se encargó de la elección, moviendo el rabo se dirigió a saludar a una simpática camarera.

—¡Si aquí quieren a los animales, es que se come bien! —declaró Zi con seguridad.

Los demás se preguntaron si el balazo en la oreja no le habría rebotado en la cabeza, pero sonrieron sin hacer comentarios. ¡Intencionadamente o no el Pigeonnier había conseguido ocupar una mesa más!

La carta era suculenta y apetecible, de esas que sólo existen en los restaurantes franceses, con platos incomprensibles pero descritos con

palabras que te hacen soñar, y que luego cuando te los traen, aunque te quedas un poco decepcionado por la cantidad, disfrutas comiéndolos, primero con los ojos y luego con el paladar. También está el problema del plato del vecino, con el que has dudado al elegir, y que hasta que no te haya dado a probar, te quedas con la duda de haber elegido bien o mal el tuyo.

Zi había encontrado la postura perfecta para su trasero, doblando su pierna derecha debajo de la otra nalga, sobre la silla. Mientras se tomaban un refrescante aperitivo, pidieron los platos. Lo hicieron a la española, las entradas para picar y cada uno su segundo plato porque estos no se podían compartir. *Terrine de canard aux champignons de bois, Saumon fumé écume à l'aneth et citron, Petit pain de chèvre au pistou, seguido de Gigot d'agneau au jus d'origan, Piccata de veau en croûte de thym, Rumsteack sauce a la moutarde provençale y Filet de Mérrou crème d'aïoli y para terminar, y ya de paso reventar, Tarte au citron meringuée, Charlotte aux poires, Tarte Tatin y Profiteroles au chocolat chaud*^[14]

Para cuando terminaron de darle su merecido a la exquisita cena, ya sonaban las doce en el reloj de la iglesia, y eran los únicos que quedaban en la terraza. En Francia la gente cena sobre las ocho y a las once quitan las calles y no salen ni los lobos, no se ve ni un alma, salvo algún adolescente con la excusa de sacar al perro para un último pis, y un último cigarrillo prohibido. En los sitios turísticos se amoldan a otros horarios, pero aunque era sábado por la noche, todavía era finales de junio y no había empezado realmente la temporada.

Zi tuvo algún que otro mosqueo, a puro y café. Incluso Natalia, que estaba sentada a su lado lo olió. Por mimetismo concluyó Miguel. Pero Zi no podía estar del todo tranquila; algo en ella estaba en alerta. El famoso sexto sentido femenino.

No era un olor común. La primera vez que lo descubrió fue en el Parador de Aiguablava, la noche anterior, y ahora la perseguía, la acosaba. Lo tenía metido en la nariz.

Pagaron, Lennon se fue a despedir de su amiga que le dio una chuchería seguramente pensando en que al día siguiente volverían, y se fueron, arrastrándose lentamente hacia el Hotel. Cada uno se metió en su habitación y media hora más tarde ya nadie era persona, ni animal, ni cosa. Incluso Guido

renunció al ritual del cuento.

A la mañana siguiente los despertó un sol resplandeciente, que entraba a raudales por los ventanales de los balcones. Nadie había tenido fuerzas o ganas de cerrar las cortinas y visillos la noche anterior.

A las diez salían del hotel, reconstituidos y alegres, después de un pantagruélico desayuno continental, que desde luego tenía, por su cantidad y variedad, viandas del mundo entero. Incluso a Lennon se le había cambiado la cara. Cuando regresasen a casa, si es que algún día regresaban, y a qué casa, iba a costar volver a darle comida de perro al señorito.

Llegaron a la capilla, estaba cerrada. Unos vecinos les dijeron que los domingos por la mañana, las monjas no la abrían, porque tenían que ir a rezar. Tal vez por la tarde. Nadie supo decirles cuál era el horario, ni qué día solían abrir. A Zi todavía no se le había pasado el enfado cuando llegaron al hotel.

—No te cabrees, volveremos esta tarde a ver si han abierto, disponemos de tiempo. Nuestra cita es a las once, y no tenemos que irnos de aquí hasta las nueve —le dijo Natalia.

—¡Eso espero!, la última vez fue lo mismo y recuerdo que vinimos tres o cuatro veces, hasta que nos hartamos.

—¿Qué tal si miramos esos documentos antes de ir a comer?, nos quedan dos horas —dijo Miguel, cambiando de tema.

—¡Buena idea!, el otro día empezamos a verlos en el parador, pero estábamos demasiado cansadas y lo dejamos para el día siguiente, que de hecho era ayer —puntualizó Natalia.

—¡Vamos! —dijo Guido que ya se encaminaba con Lennon hacia el hall.

Al pasar por recepción a recuperar las llaves les dijeron que como era domingo y había pocos clientes, esa noche podían dejar la habitación a las nueve si lo deseaban, y que el restaurante del hotel estaba a su disposición para la comida del mediodía. Captaron la indirecta y reservaron una mesa para cuatro, a las dos.

Al llegar a la habitación Zi sacó de una de las bolsas de viaje todos los documentos.

—Aquí está todo, por seguridad también lo he escaneado y lo tengo en esta llave de memoria USB —dijo rebuscando en su bolso para encontrarla.

—Yo también los tengo en mi ordenador, y seguro que están mejor definidos que los tuyos.

Zi le miró con más asombro que enfado. Este enano era sorprendente, llevaba meses o años observándola, o mejor dicho espiándola, y ella ni siquiera había tenido la más mínima sospecha.

—Hay mucho material y parece que está desordenado —dijo Miguel— hay que tener cuidado. ¿Dime Zi, lo encontraste en este orden en la caja de tus padres?

—Sí, no lo he intentado ordenar, está tal y como lo encontré.

—Bien. Pues vamos a empezar marcándoles una referencia con un lápiz, por si el orden es importante. Y luego vamos a ver qué similitud o relación puede haber entre los planos, las fotos, y las excavaciones. ¿Os parece?

—¡Ahí habla el arqueólogo!, me parece buena idea.

Hicieron varios montones sobre la cama con los documentos de sus padres: excavaciones, fotos, planos, el mapamundi... Los cuatro se sentaron en el suelo y fueron mirando los documentos uno a uno, juntos y luego por separado.

A las doce y media le habían dado ya muchas vueltas a los documentos. Se trataba fundamentalmente de dos zonas de yacimientos. Una estaba en la Isla de Failaka, en Kuwait y la otra en el Oasis de Siwa, en Egipto. Había algunas cosas de Alejandría, sobre todo unas viejas fotografías en blanco y negro, donde se veía la boca de un pozo adosado a una pared blanca y al fondo una especie de campo o huerto con árboles enfermizos, unos pasadizos o túneles, cámaras medio inundadas. Y por último la foto en blanco y negro de una tumba decorada, como las de las iglesias. Con dibujos y notas ya

borrosas por el paso del tiempo, en el dorso.

Zi recordaba algunas cosas de Failaka y de Siwa,

—Estuve en Failaka casi todos los veranos cuando era pequeña, hasta los nueve años. Mis padres dirigían las excavaciones de un templo de Apolo descubierto en 1960. También recuerdo que estábamos en casa, en Madrid, cuando llamaron para notificarles que habían aparecido vestigios de una iglesia cristiana de s.VI, esto debía de ser en 1989. Mis padres tomaron el primer avión para Kuwait vía El Cairo, no les dio tiempo a llevarse más que lo necesario y estuvieron casi un año fuera. No me dejaron ir en verano, y en navidad volvieron una semana, pero me llamaban casi todos los días; era como tenerlos en casa sin los problemas habituales. Luego vino la invasión de Kuwait por Irak. Edgard los sacó de allí por los pelos. Y el viaje a Argentina, al año siguiente, para recuperar unos objetos robados por unos marines americanos durante la liberación de Kuwait. A partir de esto regresaron algunas veces, pero no me volvieron a llevar con ellos.

Zi hizo una pausa, como para recordar algo, y siguió:

—También me llevaron a Siwa durante las vacaciones de semana santa de 1995. Qué bonito era aquello, y qué verde en medio del desierto. Recuerdo que Abdel Aziz no se separaba de mi padre ni un segundo cuando salían del hotel, y que éste parecía a menudo preocupado. A pesar de ello nos lo pasamos muy bien. Estoy convencida de que fue allí donde encargaron a Guido. Yo tenía unos quince años y me quedé impresionada con una tumba que fuimos a visitar, la recordaré toda mi vida. Estaba a unos veinticinco kilómetros al oeste de Siwa, tendría unos cincuenta metros de largo y un corredor de treinta y cinco metros de largo por siete de ancho, que conducía a tres cámaras funerarias, todo lleno de inscripciones, y en la entrada había dos estatuas de leones. Lo que más me impresionó es que en la tercera cámara había un hueco rectangular por donde bajaba una escalera, que estaba totalmente inundado de agua. Era impresionante y atemorizador ver esa superficie negra y brillante, totalmente lisa.

Zi se quedó callada, recordando aquello con una sonrisa en los labios, mirando a Guido, realmente contento de oír hablar de sus padres.

—¡Qué suerte! —dijo Miguel al cabo de un rato, rompiendo el silencio.

—La verdad es que debía de ser apasionante —añadió Natalia.

—Tengo muy buenos recuerdos. Lo que recuerdo con más cariño son los veranos en Failaka. Casi no había niños en la isla, y yo pasaba los días en la excavación dibujando o participando en mi parcela especial, con una piqueta y un pincel. Me habían atribuido un cuadrado de tierra, en el que evidentemente nunca habría nada, y mis padres me escondían trozos de cerámica y otros objetos, que yo iba encontrando con mucha euforia. Otros días iba a la playa con chicas y chicos de la excavación, estudiantes de arqueología, ingleses, griegos y franceses, cuando les tocaba descansar.

—¿Y qué pasa con el mapamundi? —volvió Miguel a la carga.

—No lo sé. A principios de 2007 Edgard me llamó y me dijo que iba a pasar por Madrid. Tenía algo importante que decirme. Recuerdo que fue a mediados de enero, porque había sido el cumpleaños de Guido y le trajo un regalo, algo poco habitual en él desde que nuestros padres desaparecieron. El caso es que vino, y me contó que mis padres debían de estar detrás de algo importante. Un descubrimiento, una investigación, algo muy especial, estaba seguro, y es lo que habría conducido a su desaparición. Después me soltó un rollo sobre un mapa escondido en otro mapa, y más precisamente en el mapamundi que consultó Colón antes de ir a descubrir las Américas, y que por una casualidad enorme se encontraba en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Sala Cervantes. Él había contactado con un investigador español, César Gómez Rivero, de unos sesenta años, de origen uruguayo, que residía en Buenos Aires y que estaba sacando material de la Sala Cervantes desde hacía tiempo, burlando los sistemas de seguridad del momento. Según creo haber entendido, y esto no me lo dijo explícitamente Edgard, era uno de sus proveedores de mercancía “especial”. El problema es que el tal César le hacía doble juego, y no le daba todo el material, sino que se quedaba una parte para su propio provecho, vendiéndolo por Internet; y la policía estaba empezando a investigar. Así que me pidió que me ocupase personalmente del asunto.

—¿Y cómo lo hiciste? —volvió a preguntar Guido.

—Fue relativamente fácil. Yo llevaba trabajando en la Biblioteca Nacional casi tres años, y tenía acceso a casi todas las salas importantes. De hecho..., pensándolo bien, Edgard debía de haber estudiado el asunto desde hacía tiempo, y estaba esperando la ocasión, porque fue él, el que me enchufó

allí, y precisamente en este departamento...

—¿Pero cómo lo hiciste? —insistió Guido.

—¡Ya voy, qué impaciente! Empecé a vigilar las idas y venidas de César Gómez. Siempre que se metía en la Sala Cervantes, yo también iba, con un pretexto cualquiera. Esto duró casi dos meses. Cada vez que pides algo en estas salas especiales, te apuntan el carné de investigador y la pieza que pides en un registro, y luego su devolución. Un día por fin, pidió la Cosmografía de Ptolomeo, la edición incunable de 1482. Entonces esperé a que llegase a las páginas del mapamundi, me acerqué a él, y le dije que a mí también me interesaba el mapamundi para una investigación y que me avisara cuando terminara, para que pudiese tomar algunas notas. Así de paso, no lo robaría ese mismo día para no llamar mi atención. Hizo que estudiaba y apuntaba notas en un cuaderno, y al cabo de poco tiempo, desde luego no lo que suele tardar un investigador por muy poca información que necesite, devolvió el volumen, y me hizo una seña con la mano antes de abandonar la sala. Yo fui al mostrador con cualquier excusa a hablar con mi compañera de trabajo y cogí distraídamente el libro mirándolo mientras hablábamos de no me acuerdo qué. Al cabo de un rato dije: “qué interesante, voy a mirarlo de cerca, ahora te lo devuelvo”. Evidentemente no hubo ningún problema. Me llevé el libro a una mesa solitaria, puse una plaquita de aluminio detrás de la hoja para no dañar el incunable al cortar, y en menos de cuatro minutos había rebanado limpiamente las dos páginas que me interesaban, con un cutter. Me levanté el jersey amplio que llevaba todos los días desde el principio de la operación, que dicho sea de paso tenía que lavar a mano cada dos o tres días, porque no me apetecía comprar otro de lo mal que me sentaba, y los deslicé detrás de los tirantes, que también llevaba desde entonces. Devolví el tomo al montón de recogida y me quedé hablando un rato con mi compañera.

—¡Qué fantástico! —exclamó Guido—, ¡y no te pillaron!

—Cuando todo salió a la luz en agosto del año pasado y hubo la investigación, sólo se fijaron en lo que constaba en el registro, mi compañera, como es lógico, ni se acordaba de que yo había hojeado el libro. Y como faltaban otros documentos, entre los cuales estaba el otro mapamundi del segundo incunable, que también se había llevado el tal César Gómez, a nadie se le ocurrió pensar que no fuese él.

—¿Y este tío estará en la cárcel, supongo? —dijo Natalia.

—¡Pues no! —se adelantó Miguel—. Yo he seguido el caso con pasión: “Roban dos mapamundis de 1482 en la Biblioteca Nacional”. Fue el notición del verano. Supieron enseguida quién había sido, pero no se sabe por qué, nunca se le ha detenido. La Interpol dice que las autoridades argentinas tienen conocimiento de que España lo busca y que conocen su domicilio, pero aún no se ha cursado ninguna orden internacional de busca y captura de ningún juez español contra él. Y encima se burla de todos, mandando a su abogado a devolver a la policía argentina, ocho incunables, también de la Biblioteca Nacional, que todavía no había vendido. Ese tío está protegido, pertenece a los intocables.

—Este tío trabaja para Edgard, y Edgard tiene el brazo muy largo, por lo menos eso dicen todos los que lo conocen —contestó Zi.

—Bueno, ¿y el mapamundi? —preguntó Miguel, cogiendo el documento en sus manos.

—Yo lo tuve en casa más o menos un mes, lo he estudiado detenidamente, al final me lo conocía de memoria, incluso soñaba con él. Pero nada, a mi no se me ocurrió nada. Luego Edgard mandó un mensajero personal a buscarlo a casa. Pero parece ser que él tampoco ha podido averiguar nada. Y por el mal humor que le entra cada vez que nombras el tema, debo de estar en lo cierto.

—Por lo que dices de Edgard, no se mete en algo si no está seguro. Además ha sido muy preciso, quería el mapamundi de la Biblioteca Nacional de Madrid, el que consultó Colón. Y lo llevaba preparando años, puesto que te encontró este cargo en la Biblioteca Nacional en el departamento indicado. Todo esto no es casualidad, vamos a verificar otra vez los mapas —dijo Natalia.

—¿Puedo decir algo sin que Zi se enfade? —preguntó Guido.

—Adelante, contigo ya he dejado de sorprenderme. Le contestó Zi.

Guido sacó su ordenador y lo encendió. Todo el mundo se quedó quieto a la espera. Lennon los miraba de uno en uno como pensando que era la primera vez que los veía tan atentos, y que más le valía estar tranquilo porque aquí pasaba algo importante y se la podía cargar. Cuando el sistema operativo hubo terminado su proceso de inicialización, Guido arrancó un programa que

ellos no conocían y apareció un mapamundi, perfectamente escaneado, casi mejor que en la realidad. Luego llevó el puntero del ratón a la parte de arriba a la derecha de la pantalla y aparecieron unos mandos. Los accionó. Permitían acercarse o alejarse girar a la derecha, a la izquierda, voltear, girar el mapamundi en todas las direcciones.

—¡Igual que en Google Earth! exclamó Natalia.

—¿Cuándo has hecho esto? —preguntó Zi, alucinada—.Y para qué, porque yo no entiendo mucho de informática, pero ese tipo de programa no se hace en dos horas.

—Ni en dos días, ni en dos meses. Pero nos puede permitir aplicar esta idea —contestó Guido sacando una hoja de la funda del ordenador y dándosela a Zi.

—***“Martes 14 de agosto de 2007 —empezó a leer Zi—, DESCIFRAN Y CORRIGEN HISTÓRICO MAPAMUNDI DE CLAUDIO PTOLOMEO. Un grupo de investigadores alemanes de la Universidad Técnica de Berlín, el director del proyecto Dieter Lelgemann y su equipo compuesto por Frank Neitzel y Eberhard Knobloch, reconstruyen una de las obras cartográficas más exactas y brillantes de la Antigüedad... El Mapamundi de Ptolomeo es una obra precisa y... Pero a pesar de que Ptolomeo y sus colaboradores hubieran trabajado muy profesionalmente, y aunque tampoco exentos de errores, el Mapamundi de Ptolomeo ha sufrido, a través de los tiempos, un verdadero desgarré al ser mal interpretado, mal leído y mal transcrito. Aquí radica el problema... Ptolomeo ubicó más de 6.000 lugares entre China, Sri Lanka, África Central y Bretaña en sus mapas y libros. Pero datos mal interpretados y agregados por geógrafos sucesores a estas obras no son siempre correctos. Muchos lugares ya no existen o han sido cambiados en el transcurso del tiempo... Un ejemplo, la isla de Thule que los griegos ubicaron ya, en 325 a.C. a seis días de navegación de Britania, y que nadie ha visto jamás, es uno de los misterios que el grupo de investigadores alemanes ha dilucidado en su intento de hacer una lectura contemporánea del Mapamundi de Ptolomeo... No sería otra que la actual isla de Smola, frente a las costas de la noruega ciudad de Trondheim...”***

Zi terminó la lectura del artículo que Guido había impreso de Internet. Todo el mundo ponía cara de póker, incluso Lennon, aunque sólo fuera por

solidaridad. Guido los observaba, atento a las reacciones de cada uno, sobre todo a las de su hermana.

—¿Desde cuándo tienes esta información? —preguntó Zi.

—Tres días después de que la publicaran. Ya sabes que me gustan estos temas y que tengo buscadores activados.

Zi se quedó pensativa durante un rato. Todo el grupo esperaba alguna reacción por su parte, pero sólo dijo:

—¿Y este programa qué tiene que ver con el artículo, y de dónde has sacado los datos o lo que hace falta para hacerlo?

—Samy me está ayudando.

—¿Desde cuándo?

—Desde agosto de 2007 —dijo Guido con voz casi inaudible, esperando la reacción de su hermana.

—¡Un año! Lleváis más de un año con esto sin decirme nada, y yo sin sospechar. Samy se la carga...

—No te enfades con Samy. Él sólo quería ayudar, la idea es mía, le hice prometer que no te diría nada antes de decirle lo que quería.

—¿Otra vez con las broncas?, lo hecho, hecho está. Lo que importa ahora es que avancemos —cortó Natalia.

—Está bien, sigue —le dijo Zi a Guido.

—Hemos desarrollado un sistema vectorial de comparación de coordenadas. Y Samy está trabajando ahora en un sistema de corrección de estas coordenadas. La idea de los alemanes es buena. Pero parten de la base de que Ptolomeo y otros después de él han cometido errores. Y por lo que te dijo Edgard, es posible que no sea el caso, sino que haya escondido algo en él. Yo no digo que haya errores de verdad, o errores intencionados. Y llevando más lejos la reflexión, puede ser que haya errores dentro del mapa escondido, para despistar, para que no se sepa dónde está la realidad y el error. Lo único positivo es que en aquella época, no existían los satélites, ni los atlas, ni los GPS, ni la fabulosa informática, que permite hoy en día, hacer en segundos algo que habría costado, entonces, años o tal vez siglos. Y sobre todo estaban trabajando sobre otro mapamundi, no sobre el correcto. Esto nos permite deducir que el sistema de codificación secreta de Ptolomeo no debe de ser complicado para nosotros. Lo importante es meternos en la piel y en la

cabeza de un cartógrafo del siglo II. Hemos desarrollado un sistema que permite analizar todos los lugares conocidos en aquella época y que ahora permanecen en su sitio. No es difícil porque este mapamundi de Ptolomeo es extremadamente preciso, tiene un margen de error de diez metros, más o menos el mismo que tenemos ahora con los satélites. Otro detalle que nos deja pensar que Edgard está en lo cierto: ¿por qué un cartógrafo tan meticuloso y preciso como Ptolomeo iba a cometer unos errores tan torpes? Hemos conseguido realizar la lista de los lugares que no existen, y no son pocos. Luego ha venido el trabajo complicado y lento: localizar en esta lista los lugares que existen de verdad pero que están desubicados. Esta parte la hemos tenido que resolver manualmente. Ahora tenemos dos listas, una con lugares reales pero desubicados y otra más pequeña, con sitios desconocidos, pero que tienen una descripción, como un nombre o un símbolo. En estos momentos Samy está creando un algoritmo que nos permita situar esos puntos o lugares que no existen. Se hace detectando la homogeneidad de las proyecciones de las coordenadas que permiten volver a ubicar los sitios conocidos en su emplazamiento correcto, buscando cuál es la más común, o la más constante. También hay que detectar las posibles trampas. A partir de este momento tendremos el algoritmo que nos permitirá crear el mapa escondido, si es que existe.

Zi siempre se quedaba asqueada de lo redicho y correcto que podía resultar Guido cuando se ponía a contar cosas que le apasionaban.

—¡Es fantástico! —exclamó Miguel, todavía bajo el choc del discurso—. Este niño es un genio.

—¿Y cuánto tiempo os queda para terminar? —preguntó Zi.

—Hasta principios de la semana próxima —contestó Guido—. Pero luego hay que trabajar sobre él para ver cuáles son los que corresponden a la realidad y cuáles han sido puestos allí para engañar.

El teléfono de la habitación los devolvió a la realidad.

—*Allo... oui... Déjà, nous descendons tout de suite... Merci*^[15]

—Son las dos y media, o bajamos a comer ahora mismo o cierran la cocina dijo Zi.

A las diez de la noche, el Range Rover bajaba tranquilamente hacia Antibes. No había más de veinte kilómetros, estarían antes de la hora. Así les daría tiempo a situar el lugar de encuentro y dar otra vuelta para llegar a la hora exacta, como les pidió Jean Paul.

Zi no había podido ver la capilla de Matisse porque las monjitas no se habían dignado a abrir. Pero le daba igual, tenía temas más apasionantes en la cabeza en estos momentos y el dolor de su nalga se había disparado. Natalia le había dicho que era normal. Iría remitiendo poco a poco a partir del día siguiente. Le hizo otra cura antes de salir, la herida iba muy bien y estaba cicatrizando de manera espectacular. Seguía tomando paracetamol.

Estuvieron paseando las dos, con Lennon, por Vence, toda la tarde, viendo el pueblo y las vistas hasta el mar. Compraron postales, se sentaron en una terraza para escribirlas, pero luego no las mandaron, nunca se sabe... Mientras tanto los chicos se quedaron en la habitación del hotel investigando los documentos. Miguel decía que sentía que había algo que le perturbaba, un punto de unión entre todo el material, lo tenía en la punta de la lengua, pero de momento se le escapaba. No quiso ir a pasear porque de todas las maneras no iba a poder disfrutar teniendo este enigma en la cabeza.

Nada más salir del pueblo, Miguel aparcó en un sendero y recuperó las dos pistolas con silenciador de la funda de las herramientas del coche. Las puso en su maleta, por si acaso. Siguieron bajando por la carretera sinuosa que seguía la ladera de la montaña hacia el mar. No se veía nada del paisaje, en el cielo despejado sólo brillaban las estrellas, la luna había decidido no aparecer esa noche.

—¡Viene uno que tiene prisa! —dijo Miguel mirando por el retrovisor.

Efectivamente, el brillo de las luces de un coche aparecía y desaparecía detrás de ellos, al compás de las curvas. Pero cada vez más cerca. Unos minutos después lo tenían pegado.

—Está tan cerca que no le veo ni las luces. Lo voy a dejar pasar, así nos dejará tranquilos. Nosotros no tenemos prisa.

Al llegar a una pequeña recta, entre dos curvas, Miguel aminoró la velocidad y puso el intermitente a la derecha para señalar que dejaba paso. De todas maneras el coche ya había empezado la maniobra antes, y ya estaba a la altura de la ventanilla de atrás.

—¡Qué animal! —dijo Miguel.

Zi miró al animal desde la altura de su asiento. Iba en un coche blanco. Se oía el ruido del motor muy revolucionado para el adelantamiento. Tenía la mano agarrotada sobre la palanca de cambio. De pronto cambió de marcha y un furtivo destello plateado y rojo salió de su meñique.

—¡No le dejes pasar, es el hijo puta que nos atacó en el parador! —gritó.

Miguel no miró, no hizo preguntas, ni siquiera pensó. Los ocho cilindros del Range Rover rugieron cuando su pie aplastó el pedal del acelerador. El coche dio un bote hacia delante dejándolos a todos pegados a sus asientos y se puso en medio de la calzada.

—¿Todo el mundo tiene bien atado su cinturón? ¡Bien! Zi, asómate al maletero y coge las pistolas de mi bolsa, están en el bolsillo lateral. Puede que nos hagan falta. Tenemos que encontrar una solución antes de llegar a Antibes. No podemos comprometer nuestra huida. Tal vez deberíamos llamar a Jean Paul.

Zi acababa de sacar las dos armas cuando la luna trasera estalló llenando todo de cristalitos. Miguel aceleró aún más aprovechando una recta a la vez que se oían dos impactos en la puerta del maletero.

—Agarraos, voy a frenar. Zi, si puedes, aprovecha para pegarles un par de tiros en la parrilla del radiador.

Y pisó con todas sus fuerzas el pedal del freno. El ABS dejó oír su graznido de urraca cabreada y el Range Rover se quedó clavado en la carretera esperando el impacto, mientras ellos eran propulsados hacia delante con los ojos desorbitados, retenidos por el cinturón de seguridad.

Como era de esperar, el golf blanco reaccionó unos segundos tarde y se empotró metiendo su morro literalmente debajo del 4X4 y clavándose en el enganche para remolques, en un estruendo de metales doblados y cristales rotos. En este momento Miguel soltó el freno y el Range Rover salió disparado bruscamente hacia delante llevándose el capó y la parrilla del golf. Zi aprovechó para darse la vuelta y disparar tres veces. Sólo salieron dos balas, la última vez sonó el percutor vacío.

—¡Me he quedado sin argumentos! —dijo muy seria.

—¡Ellos no! Todo el mundo agachado —gritó Miguel.

Una lluvia de metal cayó sobre el coche, quebrando el parabrisas y haciendo volar en pedazos el retrovisor derecho y el cristal de la puerta de Natalia, que estaba tumbada sobre las rodillas de Miguel. Guido estaba hecho una bola en el suelo con Lennon en sus brazos, que luchaba frenéticamente para escapar y ver qué pasaba. El coche tomó la curva y el último impacto fue a parar a la tapicería del techo. Zi se asomó en el último momento para ver la imagen apocalíptica de dos hombres de pie en la noche, delante de las luces de un montón de chatarra que un día fue un coche, envueltos en una niebla blanca, de vapor. No había riesgo de que les siguiesen.

LLEGARON a Antibes sin sorpresas y pasaron delante del punto de encuentro al final del puerto. Dieron una amplia vuelta para gastar el cuarto de hora que les quedaba. Y a las once en punto aparcaban el coche en el lugar indicado. Bajaron los cuatro con Lennon, que se fue inmediatamente a marcar territorio.

En este preciso momento aparecieron dos hombres, el mayor, tendría unos cuarenta y cinco años, vestido con vaqueros, camiseta oscura y chaqueta de verano. Se acercó rápidamente a ellos, mirando los desperfectos del coche.

—*Bonsoir, je suis Jean Paul!*

—*Zi, et voici Guido mon frère, et Natalia et Miguel, des amis en danger par notre faute.*

—*Que s'est-il passé?*

—*Une mauvaise fréquentation.*

—*Ce n'était pas prévu au programme. Bon, c'est pas grave. Prenez vite les bagages et suivez-moi. J'ai besoin de tous les téléphones portables. Ah! Les clés de la voiture?*^[16]

—Dadme todos los móviles —dijo Zi—. ¡Miguel! ¿Las llaves del coche?

—En el contacto.

—*Ok, j'ai compris*^[17]—dijo Jean Paul haciéndole una señal con la cabeza al otro hombre, más joven, que se había mantenido apartado.

Éste se precipitó para ayudarles a sacar el equipaje, cerró como pudo lo que quedaba del maletero, cogió los teléfonos móviles, se metió en el coche, arrancó y tras dar marcha atrás se fue velozmente por donde ellos habían venido, ante la mirada atónita del grupo.

—*Vite, au bateau!*^{[[18]]}

Y los llevó a una larga lancha azul marino, de unos diez metros de eslora, que estaba amarrada delante de ellos. Bajaron tres hombres a su encuentro, dos de ellos se apoderaron del equipaje y volvieron con él al barco.

—*Je vous présente le capitaine Etienne Martinez. Il parle espagnol, sa mère est de chez vous. Il vous expliquera tout pendant le trajet. Moi je me sauve. Chao*^{[[19]]}

En el muelle, delante de la lancha, pensando si se atrevía a subir o si se volvía a Vence a ver a aquella camarera de la terraza que tanto le había cuidado, estaba Lennon, husmeando la pequeña pasarela. Pero el cruel destino decidió por él. Guido lo cogió en brazos y todos subieron a bordo. Cuando Zi se dio la vuelta, Jean Paul ya no estaba, y los pilotos traseros de un coche desaparecían por la salida del puerto.

Entraron en el interior de la pequeña cabina, invitados por Etienne, el capitán, mientras que los motores que estaban al ralentí se animaron para la maniobra de salida. Soltaron amarras y cinco minutos después el balanceo del barco se hizo más fuerte mientras tomaba velocidad. Estaban fuera del puerto, dirección sur, a alta mar.

Acompañaron al Capitán al puente de mando que se encontraba encima de la cabina.

Una vez arriba, les señaló un punto en la costa, donde la carretera pasaba por un saliente, bordeando la costa. Accionó la estrepitosa sirena dos veces, a la que contestaron claramente dos señales de luces largas de un coche, seguramente aparcado en el borde de la carretera, apuntando hacia el mar.

—¡Jean Paul! Dos señales es que todo va bien —dijo el capitán, en un español correcto pero con fuerte acento francés.

Todos se quedaron mirando el punto de donde había salido la señal de luces del coche, pero sólo se veía la sombra oscura de la costa y el reflejo blanco de la espuma de las escasas olas que rompían en las rocas. Era una noche tranquila y el mar estaba cada vez más quieto.

El capitán tendría unos cincuenta años, muy bien llevados. Iba vestido completamente de color claro, de los pies a la cabeza, zapatos náuticos blancos, pantalón de tela blanco, jersey de algodón gris-blanco directamente sobre su piel morena, y no llevaba gorra de capitán, ¡las tradiciones se

pierden! Su pelo, corto y canoso a los lados, le daba una cierta seriedad que el brillo de sus ojos grises desmentía.

Volvieron a bajar a la cabina.

El capitán les explicó que se habían llevado el Range Rover a Marsella para embarcarlo en un carguero que se iba esa misma noche a Costa de Marfil, vía Túnez, Tánger, Casablanca... Los móviles irían en la guantera, encendidos y conectados a un cargador universal, para que no se quedaran sin batería. Así podrían ser detectados por quien quisiera en cuanto pasasen cerca de un punto de cobertura. Si alguien les seguía la pista a través de los repetidores telefónicos se iba a llevar una sorpresa. Luego dejó un móvil satélite en la mesa.

—Este es vuestro teléfono a partir de ahora. Recibe cualquier llamada, pero cuando llaméis, aunque no os deis cuenta, en realidad está programado para llamar sólo a un número principal, seguido del que hayáis marcado. Al llegar, la llamada se enruta por Internet, luego otro dispositivo móvil en alguna parte del mundo, aleatoriamente y siempre diferente, coge el relevo, y llama al destinatario. Es absolutamente imposible captar la procedencia.

Todo el mundo miró el anodino pero maravilloso móvil. Tenía una gran pantalla, conexión permanente a Internet, cámara de fotos con una resolución espectacular y vídeo.

Área de descanso Nîmes-Caissargues El día anterior —02h PM -

—¡TÚMBATE en el asiento! —dijo Bratti—. Están aquí. No sé cómo demonios ha sido, pero hemos ido a dar con ellos milagrosamente.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que tienes una bala del calibre veintidós incrustada en el hombro.

—No bromees con el mal ajeno, Paolo. Un día Dios va a dejar de protegerte y te va a dar la espalda.

—¡No te asomes! Están buscando algo con la mirada... Esta chica, la del bonito pelo largo con bucles... Tiene una intuición especial, sabe que estamos aquí, lo presiente, lo huele. Hay que tener mucho cuidado con ella. No hace tanto tiempo, a estas brujas las quemábamos.

Bratti había abierto un poco el cristal de la ventanilla que daba hacia el grupo, para poder oír el coche, si arrancaban para irse. Se quedaron los dos tumbados unos diez minutos.

Por fin decidió asomarse. Estaban paseando con el perro. El riesgo de que viniesen hacia ellos era considerable, así que decidió asumir otro, arrancó el Golf y despacio, sin prisa, lo fue a aparcar detrás del edificio del museo arqueológico.

Se bajó y desde allí los observó. No parecían peligrosos, más bien eran como un grupo de turistas disfrutando de unas vacaciones, que habían parado a descansar.

La bruja cojeaba ligeramente de la pierna derecha. ¡Bien!, le había dado,

todavía tenía buena puntería. Pero la chica era rápida. Recordaba la manera en que había disparado a Augustino mientras se retiraba después de recoger la pistola lanzándose desde la escalera, y cómo había tirado la maleta sobre el pobre Pietro. Había visto pocos profesionales con tanta sangre fría y táctica calculadora. No podía abordarlos sin más, y menos todavía en un lugar público. Tendría que esperar el momento propicio.

Una hora más tarde el Golf blanco seguía al Range Rover por la autopista, a una distancia prudencial. Siempre al límite de perderlos de vista. En cada salida se acercaba un poco, por si salían.

Por fin, tomaron la salida 47-Villeneuve-Loubet dirección Vence. Había bastante tráfico a esta hora. Eran las siete de la tarde y la gente volvía a casa. Aquí se cenaba pronto, hacia las ocho u ocho y media. Tuvieron que adelantarlos cuando pararon a preguntar a un viejo. Bratti siguió delante hacia el casco antiguo, mirando por el retrovisor cuando los vio girar a la izquierda para entrar en un frondoso patio. Dio rápidamente media vuelta en una placita y pasó lentamente por donde se habían metido. Era el parking de un pequeño hotel estilo provenzal.

—Hotel Villa Roseraie. Perfecto, vamos a buscar alojamiento y volvemos para vigilarlos. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Duele pero es soportable. Por lo menos Dios ha querido que sea el hombro izquierdo.

Media hora después, habiéndose asegurado de que no volvían a salir del hotel, por estar completo u otra estupidez, se fueron a buscar alojamiento.

A las ocho y media Bratti, recién duchado, afeitado y cambiado, montaba guardia en la esquina de la calle, en el anodino Golf blanco. Había dejado a Augustino descansar en su habitación.

Al poco rato los vio salir del hotel, acompañados por el perro. Se encaminaron al casco antiguo, donde eligieron un pequeño restaurante en una esquina de la place du Peyra. Bratti dejó pasar un rato, esperando a que se acomodasen y fue a buscar a Augustino. Los dos se sentaron a cenar en el otro extremo de la plaza. A eso de las diez y media, cuando las terrazas se empezaron a vaciar peligrosamente, pagaron y se fueron. Él se quedó en la esquina opuesta vigilando, y los acompañó como una sombra cuando volvieron al hotel a las doce de la noche.

A las seis de la mañana pagaron el Hotel y se instalaron los dos en el coche con su equipaje. Habían hecho guardias de dos horas. Pero tuvieron que esperar hasta las diez para verlos salir andando. Decidieron esperarlos en el coche; seguirlos un domingo por la mañana en un pequeño pueblo podría delatarlos.

A la hora los vieron volver al hotel, donde se quedaron hasta por la tarde, momento en el que salieron la bruja y su amiga a pasear al perro.

Bratti se estaba desesperando, no sabía bien qué hacer. ¿Se iban a quedar una noche más, habían quedado con alguien? Desde luego no parecían inquietos, salvo la bruja, que durante la cena del día anterior, había buscado varias veces algo con la mirada, en su dirección.

Ya era tarde, y Bratti estaba tan seguro de que iba a verlos salir de un momento a otro por la puerta principal del hotel, para ir a cenar como el día anterior, que reaccionó tarde ante el coche que salía del patio lateral.

Augustino, medio adormilado en el asiento trasero, emitió un gruñido cuando Bratti arrancó a toda velocidad, para no perderles de vista.

—Se han ido. Bajan hacia la costa. Es ahora o nunca. Deben de tener cita con alguien; si no, no se irían a una hora tan avanzada.

Se mantuvo a una distancia prudente hasta que tomaron la carretera de Antibes. A partir de allí empezó a acelerar hasta darles alcance. La idea era adelantarlos lo suficiente para dar un volantazo, sacarlos de la carretera y tirarlos por la pendiente. Luego bajar rápido para rematar la faena y apoderarse de los malditos documentos. Tal vez sería interesante llevarse a la bruja para interrogarla y saber de qué iba este asunto, por si le podía sacar algún provecho personal.

Al salir de una curva apareció una recta lo suficientemente larga para poder intentar la maniobra. Metió la tercera y pisó el acelerador a fondo. Se sorprendió al ver que el Range Rover reducía y ponía el intermitente a la derecha para dejarlo pasar. Se iban a llevar una buena sorpresa dentro de unos segundos.

Pero la sorpresa se la llevo él. De pronto el 4X4 aceleró como un cohete, los dejó atrás y se puso en medio de la carretera. Augustino sacó el brazo por la ventanilla y disparó varias veces. La luna trasera del Range Rover voló en pedazos casi al mismo tiempo que frenaba y se quedaba clavado en medio de

la carretera. A Bratti no le dio tiempo a reaccionar. Pisó el pedal del freno demasiado tarde y se empotró debajo del maletero del 4X4, que volvió a acelerar. Salieron como pudieron, liberándose de los airbags, y dispararon a discreción entre una nube de vapor, que salía del radiador reventado, aun sabiendo que ya no se podía hacer nada.

Unas luces bajaban lentamente por la carretera. Por fin apareció un coche. Era un dos caballos antediluviano. Le hicieron señales y paró. Bratti sacó al abuelo que estaba detrás del volante a punta de pistola y ocupó su sitio. Augustino tomó posesión del sitio del pasajero y salieron tras su presa.

A cada curva parecía que el coche iba a volcar por la manera en que se inclinaba y Bratti estaba hecho un lío con el cambio de marchas. No se atrevieron a pasar de cuarenta en las curvas. Llegaron a Antibes sin saber a dónde ir. Se les habían vuelto a escapar, y a Augustino le volvía a sangrar la herida.

LLEVABAN media hora larga navegando cuando la lancha empezó a balancearse cada vez más, de manera desordenada y el capitán volvió a entrar en la cabina.

—Tengo orden de llevaros a Italia, llegaremos a media mañana. A partir de allí se encargarán otros. Pero ahora vamos a cambiar de barco.

Todos salieron a cubierta. A unos cinco metros a estribor se levantaba una enorme pared negra como un edificio de doce plantas. El casco de un buque de mercancías, un enorme carguero en plena marcha, partiendo el agua con su proa y levantando unas enormes olas a su alrededor con un ruido ensordecedor. De pronto, los dos marineros que estaban mirando hacia arriba, se lanzaron para atrapar unos aparejos que bajaban de la cubierta del carguero.

—Poca gente sabe realizar esta maniobra en plena marcha, les gritó el capitán. Vais a subir de dos en dos. ¿Quién va primero?

Guido y Miguel, con Lennon entre ellos, quedaron atrapados en una especie de bolsa de red con arneses. Empezaron a subir lentamente a pocos metros del terrorífico acantilado negro, mientras la lancha se apartaba para esperar la próxima maniobra. Unos marineros en ropa de faena los acogieron en el puente.

La operación se repitió dos veces más, con Zi y Natalia, y luego con el capitán y las bolsas de viaje.

La lancha desapareció en la noche estrellada.

—Bienvenidos al Heracles, 120 metros de eslora, 15 de manga y 12 de puntal. 17.000 toneladas de mercancías, 15 tripulantes, botado en 1994, dijo

el capitán, y añadió señalando a un hombre sin edad: aquí os presento al comandante Sirtaki, el poder absoluto a bordo de este buque.

Le saludaron respetuosamente. Estaban todos callados, era la primera vez que subían a un barco que no fuese una barca de pesca o a lo sumo un yate de excursión turística. Esto era otro mundo. Estaba lleno de cajas y contenedores multicolores, a veces hasta cuatro alturas, fuertemente amarrados con cabos, cadenas y redes, por todo el puente. Habían dejado pasillos, como si fuesen las manzanas de una ciudad pequeña, para poder hacer el mantenimiento. En el centro, las trampillas de carga de las bodegas estaban libres de acceso, y quedaba un pequeño pasillo en el borde del casco.

Se dirigieron a la torre de mando, que separaba el puente en dos, un tercio a popa y dos tercios a proa. Era una superestructura de tres pisos que en otro tiempo fue blanca, pero que ahora mostraba a la luz de la noche sus sangrantes heridas de óxido, a semejanza del resto del buque. Entraron por una amplia puerta a un hall metálico y desconchado, mal alumbrado por viejos neones. La mugre se acumulaba en todas las esquinas y rincones.

—Aquí están las salas de trabajo y de mantenimiento. Subamos.

Subieron por una escalera de acero que vivió mejores tiempos. Pasaron por el primer piso sin detenerse.

—Las cabinas, comedor y sala de estar de la tripulación. Territorio comanche —añadió sonriendo.

Al llegar a la segunda planta, tal vez un poco menos cutre, abandonó la escalera, y tras empujar una puerta metálica semi acristalada, con restos de pintura azul y blanca, entraron en el recinto de los oficiales. Todo el suelo estaba cubierto con un linóleo verde mohoso, vetado de gris mosca. En las paredes se podían apreciar las múltiples capas de pintura por los goterones acumulados en los remaches. Pero por lo menos estaba limpio. De ese limpio que se consigue cuando los que hacen la limpieza son verdaderos hombres, duros y fuertes. Todo a base de lejía y desinfectantes restregados enérgicamente con una fregona y poca agua para que esté más concentrado.

—La sala de estar —dijo el capitán al pasar delante de una salita con dos sofás de plasticazo negro, tres sillas y una mesita a juego.

Más adelante otra puerta se abría a un comedor para sesiones dietéticas. A nadie le podía entrar hambre en este sitio, pensó Zi. Era realmente

deprimente. Una mesa de acero inoxidable rallado, fijada al suelo con remaches y seis sillas de plástico azul descolorido.

Siguieron por el estrecho pasillo, pasaron delante de cinco puertas cerradas, el capitán se paró delante de la sexta y la abrió.

—Vuestros aposentos —dijo invitándoles a pasar—. Y la puerta de en frente es el cuarto de baño común.

Al ver la cara que ponían todos, no pudo contener una risa.

—Esto es un viejo carguero de mercancías y no un crucero de lujo. Pero al menos las sábanas están limpias y el cuarto de baño también.

Los miró un momento y añadió:

—¿Queréis cenar algo?

Todos se miraron, habían comido un poco antes de salir, pero entre los nervios de la ida y el asalto en la carretera... Como nadie decía nada, y estaban tardando en contestar, Lennon se decidió por los demás y emitió un ladrido claro y conciso.

—Mensaje recibido, voy a pedir algo en cocina.

El estallido de carcajadas fue desproporcionado, pero el ambiente se relajó y Lennon acompañó al capitán, moviendo la cola.

Ellos se quedaron intentando asimilar lo que veían. El camarote era pequeño y bien organizado. Habían conseguido meter dos literas a cada lado de una pequeña ventana. Y debajo de ésta, una mesita plegable de formica. Las paredes color verde relamido, pero muy relamido, tan relamido que ya no se sabía si era verde, hacían juego con el color del linóleo. Pero gracias a Dios quedaba sitio entre la puerta y las camas para amontonar las maletas. Un viejo y largo neón desnudo derramaba su verdosa y patética luz sobre el conjunto.

El capitán y Lennon volvieron al poco rato y llevaron a la sala de estar una bandeja llena de quesos, patés, pan, yogures, vino y agua. Y unas salchichas para Lennon, que se las zampó en treinta segundos para luego llorar y que le diesen de ese paté que olía tan bien.

“**E**N 332 a.C. el rey Alejandro continuó su conquista y entró en territorio egipcio donde todos lo recibieron como el libertador de los persas. Cuando llegó a Pelusa, encontró su flota ya anclada en el puerto. En el camino de regreso, Nearco, uno de sus generales y amigo, había pasado por una isla situada estratégicamente en la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates, en el Golfo Pérsico. La llamaban Aristobule. Allí había visto un templo dedicado a Apolo y un santuario a Artemisa, con su Oráculo. A Alejandro, esto le gustó y dio la orden de llamar a la isla Ikaros. También hizo trazar los planos de una colonia fortificada... Luego ordenó a su flota que remontase por el Nilo mientras él, por tierra, se iba a Menphis. Allí encontró un gran tesoro que guardó para sí. Fue proclamado Faraón en el templo de Ptah... Después fue hacia la costa mediterránea y vio un hermoso lugar que eligió como emplazamiento de la futura Alejandría, de la que supervisó personalmente los planos de su construcción. Más tarde se dirigió por el desierto al Oasis de Siwa en el que había un gran templo, para consultar al Oráculo de Amón-Zeus. Dice la leyenda que Parammón, uno de los sacerdotes más jóvenes del Oráculo, divisó dos cuervos aproximándose desde el norte y según las profecías, ésa era la señal que anunciaba la llegada del hijo de Dios. Alejandro llegó a las pocas horas y habló con el gran sacerdote Zammon, que le autorizó a estar a solas ante la efigie de Dios que le habló reafirmandole en sus poderes: ***El imperio del mundo te pertenece... Dios es el padre común de todos los hombres, pero por una predilección que deriva de su ser perfecto, elige entre los mortales sólo a los mejores. Sólo ellos pueden proclamarse en verdad, hijos suyos...*** Alejandro volvió a Menphis,

preparó su siguiente conquista y regresó a Babilonia. Desde allí terminó su invasión de oriente apoderándose de tesoros que no caben ni en la imaginación. Tan sólo en Susa encontró cincuenta mil talentos en oro...

En junio de 323 a.C. Alejandro se baña en unos pantanos y unas fiebres se lo llevan al mundo de los muertos. Sólo tenía treinta y tres años. Sus hombres prepararon un gigantesco y fastuoso catafalco para transportar su sarcófago... Había dado órdenes precisas a sus generales amigos para reposar en Egipto. Como algunos querían llevarlo a Macedonia, Ptolomeo, uno de sus generales que había heredado Egipto, robó el sarcófago y lo llevó a Menphis...

Su hijo, que había nacido después de su muerte, y el inmenso tesoro acumulado desaparecieron. En sus últimos años lo había hecho llevar a escondites secretos, dando consignas para su futuro heredero.”

Eran las doce de la noche. Zi le estaba contando a Guido su cuento, sentada en la cama de abajo junto a él. Natalia ya le había hecho la cura, y estaba cada vez mejor. Ella no tenía experiencia en este tipo de heridas pero le parecía espectacular la rapidez con que Zi estaba cicatrizando.

Natalia y Miguel estaban sentados en las camas de arriba frente a frente con los pies colgando. Por la pequeña ventana se veía la oscuridad del mar, con sus reflejos en las crestas de las olas.

Miguel se había quedado callado escuchando enteramente el cuento que Zi relataba. Tenía los músculos de la cara tensos. Como si estuviese esperando que le pegaran una bofetada.

—No sabía que te gustaban tanto los cuentos, si vieses la cara que pones —dijo Natalia

—Perdona, ¿qué me decías?, estaba pensando...

—Ya me he dado cuenta, estás hecho un niño, con los cuentos.

—Dime, ¿ese cuento que cuenta Zi?...

—Es un ritual. Se lo cuenta a Guido todas las noches, y por capítulos, no te lo pierdas.

—¿Por qué?

—Su padre se lo contaba a Guido desde pequeño, se lo sabe de memoria y se conoce hasta el orden de las palabras.

Miguel la miró muy serio durante un instante y dijo:

—Creo que ya sé lo que representan los documentos, y lo que estaban buscando los padres de Zi.

—¡LA tumba de Alejandro Magno! —exclamó Zi

Estaban los cuatro sentados en las camas de abajo para escuchar a Miguel exponerles su teoría. Tenía todo extendido sobre la mesa de formica: las fotos, los planos, el mapamundi... Iba de uno a otro, miraba el mapa,... cogía un documento, lo miraba,... luego otro,... volvía al mapa.

—¡Explícate!

—Un momento.

Le dejaron seguir con su tejemaneje hasta que Zi ya no pudo más. Puso la mano con fuerza sobre los papeles que estaba mirando Miguel.

—¡Para ya! Y explícate de una vez.

—Mira esto —le dijo enseñándole uno de los folios.

Zi miró el documento que le tendía, y contestó.

—La excavación del templo de Apolo en la isla de Failaka.

—Muy bien, ¿dónde está?

—En Kuwait, ya te he dicho que pasé allí muchos veranos.

—¡En el Golfo Pérsico, en la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates!

—¿Y?

—La isla de Aristobule, la que Alejandro bautizó como Ikaros —dijo Guido—, la de mi cuento.

Hubo un silencio. A todos se les puso tal cara de tonto, que hizo sonreír a Miguel. Zi empezó a mirar los documentos y a repartirlos en montones.

—Tienes razón. Está todo. La isla de Ikaros, el oasis de Siwa, esto es Alejandría, la parte antigua del cementerio Latino, esto no lo sé, parece una

de esas tumbas que se ven en las iglesias, aunque me suena bastante... Qué tonta, lo tenía delante de las narices y nunca había caído.

—Yo tampoco —dijo Guido.

—Es normal, el cuento forma parte de vuestra vida desde pequeños. Yo también os llevo oyendo contarlos desde hace tiempo y tampoco he hecho la relación —dijo Natalia.

—Bueno, estamos cansados, y tenemos las ideas muy confusas. Lo mejor sería guardarlo e irnos a consultar con la almohada. Mañana lo retomaremos después del desayuno.

Estaban guardando todo en la bolsa cuando oyeron pasos acercándose por el pasillo, seguidos de unos golpes suaves en la puerta.

—¿Se puede? —dijo la voz del capitán, entreabriendo la puerta.

—Pase capitán —dijo Natalia.

—Estaba haciendo mi última ronda y he visto luz. He pensado que a lo mejor os apetecía una copa a la luz de la luna, que por fin se ha decidido a saludarnos. Todavía hace una temperatura agradable y por esta zona a veces se pueden ver peces voladores y algún delfín noctámbulo.

Guido se puso corriendo sus deportivas y una chaqueta sobre su pijama. Subieron juntos al puente de mando, Lennon el primero, todos contentos de tener un motivo para salir del siniestro camarote. Estaban rodeados de mar. A lo lejos centelleaban las luces de posición de algún barco. La luna estaba subiendo por el cielo y las estrellas se veían por miles, reflejándose como millones de pequeños diamantes en la superficie del agua rasgada por la espuma fosforescente que dejaba la estela del carguero, creando una sensación irreal. La temperatura era fresca pero agradable y la única brisa, la daba el propio barco con su avance. Casi no había olas, era como estar en un inmenso lago. No hubo ni delfines ni peces voladores, tal vez asustados por el concierto de ladridos que Lennon le dio a la luna. El carguero tenía un ligero y continuo balanceo acompasado por el sonido y las constantes vibraciones de los motores, que no resultaba nada molesto. Todo lo contrario, iban a dormir mecidos por las olas y el ronroneo continuo.

Al cabo de un rato, Zi, Guido y Lennon se retiraron a dormir. Miguel los acompañó, no conseguía disfrutar del momento, sus pensamientos discurrían por otros lugares. Natalia que estaba en una activa conversación con el

capitán, se quedó un rato más.

* * *

—¡El desayuno está servido! —gritó la voz fresca de Natalia desde el final del pasillo—. ¡Vamos! Que ya son las nueve y la vista es maravillosa.

Al cabo de diez minutos se encontraban todos en la salita de estar, en la que un maravilloso desayuno les esperaba. Natalia estaba resplandeciente a pesar de unas ojeras exageradamente marcadas.

—Etienne nos ha hecho preparar un maravilloso desayuno, ¿Qué os parece? —dijo Natalia.

—Ya no se llama capitán, ha pasado a ser “Etieeenne”. Esta noche no me han molestado tus ronquidos y no va a hacer falta que hagan tu cama —le dijo Zi, con guasa.

—Por qué —dijo Guido—, ¿ya se la ha hecho solita?

—Algo por el estilo. Digamos que se ha quedado bastante tiempo mirando el mar con el capitán.

—¿Has visto peces voladores? —le preguntó Guido.

—Más bien ha visto un pez espada, y por su carita, era de los grandes.

Las dos se rieron ante la cara de incredulidad del niño. Era bonito ver cómo a esta edad pueden ser tan maduros e ingenuos a la vez. Miguel no se había enterado de nada. Seguía con la mente en los documentos.

Se concentraron en las deliciosas tostadas, mirando el horizonte, el sol ya brillaba con todo su esplendor.

ERAN las dos de la tarde, estaban en una terraza de la Piazza Maggiore en Bolonia, tomando una frugal comida para turistas: ensaladas y sándwiches calientes. El sol brillante de la Emilia Romagna depositaba su luz dorada sobre el ocre de los edificios de la ciudad. El cielo era de un azul intenso, con algunas pequeñas nubes blancas, y la temperatura no debía de exceder los veintisiete grados. Las personas iban y venían alrededor de ellos, absortas en animadas conversaciones. Las terrazas estaban llenas de turistas y universitarios.

La lancha que se ocupaba del trasbordo, había atracado a las once en un muelle privado cerca de Portovenere. Allí les esperaba un Chrysler Grand Voyager, gris metalizado, con la puerta corredera abierta frente a la pasarela. Etienne se encargó de hacerles bajar el equipaje, y se despidió de ellos diciéndoles que esta noche dormirían en Venecia y que, en los próximos días, se encontrarían con Abdel Aziz.

Zi se quedó aliviada al saber que se iban a reunir con su ángel de la guarda. Para ella y Guido era un miembro de la familia, en el cual tenían total confianza.

El coche era amplio, habitualmente preparado para nueve personas, había sido adaptado para la situación, con dos banquetas enfrentadas y una pequeña mesa plegable en el centro, como en los trenes. El conductor estaba separado de ellos por una pantalla opaca, era amable, educado y hablaba poco.

Natalia abrió los ojos cuando el coche entraba en Bolonia. Se había pasado la mayor parte del trayecto durmiendo.

—La princesa se despierta, por fin —dijo Zi, burlona.

—¿Qué hora es?

—Vamos a comer en un sitio bonito de Bolonia —le dijo Guido.

—¡Cómo cansan las noches de pesca! —siguió Zi.

—Y las despedidas. Menos mal que Etienne te ayudó a hacer la maleta, porque si no, en vez de tardar una hora... —completó Miguel.

Natalia les miró sonriendo, pero no replicó. Cada uno se había pasado el viaje en su mundo, sobre todo Miguel que sacaba de la maleta de Zi un documento tras otro, y tomaba notas en un cuaderno de Guido, que se pasó todo el trayecto con la nariz pegada al ordenador portátil conectado al encendedor. Zi ojeaba las viejas fotografías pasadas de tono de la tumba que no habían conseguido situar y los croquis del dorso. De vez en cuando Natalia emitía un sonido parecido a un desagüe atascado y todos se miraban sonriendo para luego volver a sus asuntos. Habían pasado por el norte de Florencia, viendo sus tejados y cúpulas color teja, de lejos. Luego la ondulada Toscana había dejado sitio a la fértil llanura de la Emilia Romagna. Zi añoraba los viajes con sus padres. Estos cuatro últimos años habían sido un encarcelamiento en una prisión cutre, rodeada de gente desconocida y bulliciosa, que sólo vivía para la barbacoa del domingo. ¿Se puede ser humilde e interesarse por la cultura, aunque sólo sea un poco! ¿O no?

Después de la comida Zi y Natalia tomaron un café, mientras Miguel, Guido y Lennon se fueron a dar un paseo por la plaza, bajo la atenta vigilancia del chofer.

—¿Te has dado cuenta de que el conductor no nos pierde de vista ni un segundo? —dijo Zi.

—Es normal, tiene orden de protegernos con su vida, si es necesario.

—¿Y tú de dónde sacas estas deducciones?

—No son deducciones, me lo ha dicho Etienne.

—Todo esto es muy extraño, Abdel Aziz que desaparece sin dar señales de vida casi un mes, Jean Paul al que sólo hemos visto cinco minutos, Etienne que nos lleva a Italia, ahora nos llevan a Venecia...

—Etienne me ha dicho que conoce a tus padres desde antes de que tú nacieses. Siempre ha sido el capitán del barco que ellos usaban. Se ha ocupado de esta misión por nosotros. Habitualmente se ocupa de un yate de 30 metros de eslora que tiene once años, al parecer se encargó el año en que

nació Guido, y tardaron un año en terminarlo con el equipamiento requerido. Les tiene un respeto enorme, dice que son personas extremadamente importantes, pero también muy discretas.

—Yo no tenía ni idea de todo esto...

—Zi, hace unos meses estuve mirando por Internet, para saber qué trabajos habían publicado tus padres, sólo por saber. No he encontrado nada. Y un historiador o un investigador siempre publica, que yo sepa.

—Ya lo sé, yo también he buscado, pero nada. Lo mismo que su desaparición, no consta por ninguna parte. Toda esta situación es desesperante y complicada. Nadie sabe nada, todo el mundo juega su papel como en una obra de teatro. Tengo la sensación de estar manipulada. Y sinceramente estoy harta —dijo sacando el teléfono.

—¿Dónde vas a llamar?

—A una amiga, María José del Pino. Ha estudiado la carrera conmigo y trabaja en la embajada de Estados Unidos.

Marcó el número y esperó.

—¿María José?

—¡Sí!

—Soy Zi.

—Dios mío, tía, ¿qué ha pasado?, me he enterado esta mañana en la embajada, porque están buscando a un tipo relacionado con el incendio. En las noticias se ha hablado del tema pero no había caído que era tu casa. Al parecer las huellas que encontraron en un coche cerca de tu casa coinciden con las que han dejado en la Biblioteca Nacional el guarda de seguridad y el americano al que la embajada hizo la carta de recomendación para el carné de investigación...

—¿Y lo han cogido?

—¡Qué va! Aquí dicen que no lo conocen y que los documentos son falsos.

—Pero tú lo habías visto, ¿te acuerdas que lo comentamos?, un tal Frank Bowell.

—Claro que me acuerdo, venía aquí por lo menos una vez a la semana. De hecho la semana pasada se reunió con dos tipos que parecían dos marines, y que no hablaban ni una palabra de español.

—¿Y qué se sabe de ellos?

—Esta tarde, después de comer, vuelvo a la oficina. Conozco a cierta secretaria que me debe un favor, veré lo que puedo sacar en limpio y te llamo.

—Mejor te llamo yo esta noche, ya te explicaré.

—Bien, pero a partir de las diez, que hoy tengo partido de pádel.

—De acuerdo, besos.

Natalia que había estado atenta a la conversación le preguntó.

—¿Qué te ha dicho?, ¿sabe algo?

—Parece ser que la embajada dice que no lo conoce, ya sabes cómo son los Yankees. Como es territorio Americano, no se puede investigar sin su permiso. Pero ella va a intentar averiguar algo por su cuenta. Esta noche la llamamos.

De pronto vieron cómo el chofer salía a grandes zancadas hacia el centro de la plaza, donde estaban los chicos, en una gran discusión con un agente de la policía local. Sólo bastaba con ver la cara abatida y las orejas gachas de Lennon para saber qué había pasado. El chofer se acercó a ellos, sacó un pañuelo del bolsillo, recogió algo asqueroso del suelo, y con ello en la mano se acercó al grupo a parlamentar, gesticulando y blandiendo el cuerpo del delito. Se le vio hablar con el agente de la ley, que pertenecía a esa raza mundial donde algunos individuos, no aislados, machacan a su presa para librarse de su propio sentimiento de insignificancia personal, abusando de la superioridad que les otorga su precioso uniforme y la autoridad de su cargo. Al cabo de un rato de discusión, el agente, que gesticulaba cada vez más, sacó una libreta, símbolo de poder absoluto, y se giró para hablar con los chicos, bolígrafo en mano, ignorando al chofer y su paquete oloroso. Entonces éste dejó de sonreír, sacó de su bolsillo un porta documentos, lo abrió y se lo puso en las narices. El agente miró el documento, miró al chofer, volvió a mirar el documento, guardó la libreta y el bolígrafo, cogió el regalo de Lennon y fue a tirarlo personalmente a la basura para luego juntarse con su compañero y seguir su ronda, no sin echar alguna mirada inquieta al grupo que se alejaba.

Zi y Natalia se habían quedado sentadas, mirando divertidas la escena, hasta que al final se les puso la misma cara de asombro que a los chicos.

—Ha dicho el conductor que ya es hora de irse y que vayamos al coche —dijo Miguel al llegar a la mesa, cogiendo sus cosas.

—Vamos a pagar...

—Él se ocupa de los gastos del viaje —contestó Miguel mirando en dirección al conductor que estaba entrando en el interior del restaurante.

—¿Qué le ha enseñado al poli?

—Dice que el carné del club de Mikey Mouse en Disneyland París.

—Vaya, pues habrá que sacarse uno cuando vayamos, porque funciona muy bien —replicó Zi, irónica.

Y se fueron al coche callados. Cuando se acercaron las puertas se abrieron automáticamente, su conductor ya estaba llegando.

TARDARON dos horas en llegar a Venecia, después de cruzar la provincia del Veneto y rodear Padova por el sur.

Lo más espectacular fue la llegada por el Ponte Della Libertà, que cruza toda la laguna desde San Giuliano hasta la Piazzale Roma, en la que el coche aparcó entre otros, en el garaje de una casa de cuatro plantas.

Los esperaban dos hombres, venecianos sin lugar a duda. Después de un breve saludo se llevaron el equipaje por la puerta trasera que daba a la Fondamenta di Santa Chiara en el Gran Canale. Los ayudaron a subir a una lancha de madera, típica de Venecia, en estado nuevo e impecable, que arrancó sin perder tiempo, pilotada por uno de ellos, un tal Marcelo. Tomó el primer canal a la derecha, Rio Nuovo, que al poco tiempo se estrechó y cambió de nombre, Rio di Cá Fóscari. Estaban sentados en la parte de atrás de la embarcación, admirando en silencio lo que sus ojos veían, y sus cerebros tardaban en asimilar. Esa sensación de decrepitud, hermosa y romántica. Las manchas ocre y rojizas de las fachadas mezclándose bajo el cielo azul que cubría los estrechos canales. El agua negra, densa y fría, que la lancha cortaba suavemente.

Zi ya había estado con sus padres, pero era muy pequeña. Guido también vino con ellos cuando ella se fue de viaje de fin de carrera por Grecia, pero también era un niño, de unos seis años, igual que ella cuando la trajeron. Sus recuerdos eran confusos, pero volvían a su memoria en forma de imágenes. Venecia es única e impacta en el recuerdo, es como volver al pasado, como un cuento que te leen por la noche cuando eres pequeña. Pero había demasiados turistas que te devolvían a una realidad no deseada.

—Miguel, la tumba de la foto está en Venecia, la vi de pequeña cuando estuve con mis padres. Tenemos que volver a mirarla, es en blanco y negro y está vieja pero todavía se distinguen algunos detalles.

—El problema es que aquí no faltan las iglesias ni las tumbas —contestó Miguel suspirando.

Desembocaron en la claridad cegadora del Gran Canale casi en frente del Palazzo Grassi, que dejaron a su derecha. Fue una explosión acuática. Qué diferencia con la paz y tranquilidad del pequeño y sombreado canal que acababan de dejar atrás. Aquí era un ajeteo colorido y ruidoso de góndolas, vaporetos, motoras y de gente llamándose a voces. Lo que más llamaba la atención en cuanto se llegaba a Italia, era que, al igual que el español no habla sino que grita, y el francés refunfuña, los italianos, ellos, discuten. Al menos esa es la sensación que un extranjero experimenta.

Se cruzaron con una vieja barca, estrecha y larga, pintada de color verde, llena de cajas de frutas y verduras. Sentado detrás iba un hombre sin edad, arrugado como una pasa, agarrado a la palanca del pequeño motor, con una sonrisa apacible en los labios, seguramente guiado por su perro, de pie y erguido en la proa. Lennon lo saludó y éste le contestó escuetamente, para no perder su concentración en la ruta a seguir, y ayudar a su amo.

Al pasar bajo el Ponte dell' Accademia apareció La Salute, blanca e imponente, indicando el final del canal. La lancha dio un giro repentino para evitar una góndola llena de turistas que pretendía cruzar desde el Palazzo Vernier di Leoni, actual Museo Guggenheim, hasta el otro lado del Gran Canale. El gondolero y el piloto de la lancha la emprendieron a voces. Esto era la jungla. Pero también era una de las cosas que hacían que Italia, y Venecia en particular, fuesen tan especiales.

Se encontraron pronto en la laguna, el Canale di San Marco, con el sol bajando a la derecha, sobre los tejados de la isla Della Giudecca, iluminando de rosa los edificios de la Fondamenta delle Farine, il Palazzo Ducale y la Riva degli Schiavoni, a la que parecían dirigirse.

Nadie decía nada, concentrados en no perderse ni un detalle de lo que estaban viendo. La lancha se metió por el canal que bordeaba el Palazzo Ducale, pasó por debajo del Ponte dei Sospiri, y al poco rato entró lentamente por unas puertas abiertas en los bajos de un edificio. El piloto apagó el motor,

saltó al pequeño muelle oscuro y amarró la lancha. Después fue a la pared del fondo, encendió las luces y dio a un botón. Se oyó un timbre sonar a lo lejos. Luego volvió hacia ellos con una sonrisa en los labios al ver la cara que ponían, y les ayudó a bajar.

A pesar de la iluminación, el ambiente era oscuro e inquietante. Se oían las ondas del agua chapotear contra la madera de la lancha y la piedra de muelle, con un ligero eco. Los escalones tenían musgo y manchas negras. El recinto tendría unos cinco metros de ancho por diez de largo, con un muelle de adoquines en un lado, de unos dos metros de ancho. El techo era una bóveda de piedra que empezaba al ras del muelle y se precipitaba en el agua en el otro extremo, haciendo rebotar tenuemente los sonidos. Era como estar en un túnel medio inundado. Olía a moho y a humedad, pero el suelo parecía estar seco. A Zi le recordaba algo pero no se situaba, Guido, sin embargo, miraba con curiosidad.

Lennon levantó las orejas y dio un pequeño ladrido. Sonó un ruido y una gran puerta en la que no se habían fijado, se abrió de golpe al final del muelle derramando una luz clara sobre las piedras oscuras. En el centro se distinguía, a contraluz, la silueta de una mujer entrada en carnes, llevaba un vestido azul claro y el pelo recogido. Se quedó mirándolos un rato con emoción y luego exclamó en veneciano profundo:

—Mis pequeños, cuánto tiempo, qué desgracia todo...

Y se precipitó, sin dudarlo ni un instante para abrazar a Guido, que le devolvió efusivamente el abrazo, y luego a Zi, que se quedó un poco cortada sin saber qué hacer. Y ya hablando en español con un acento italiano compacto, siguió:

—¿No te acuerdas de Aurelia? Hace mucho tiempo, veinte años, y tú seis Guido. Abdel Aziz siempre me trae fotos cuando pasa por Venecia. Pero, no nos quedemos aquí, vamos arriba. ¡Marcelo! —gritó en veneciano—, sube el equipaje a la primera planta, luego organizaremos las habitaciones.

Y todos se dirigieron hacia la luz, Lennon abriendo camino.

Morón, Sevilla Base militar Norteamericana

—**B**UENOS días Bowell, ¿Cómo se encuentra esta mañana?

Frank Bowell miró al hombre con bata blanca que se acercaba a su cama. Llevaba tres días en esta salita pintada de blanco con muebles blancos, una lámpara blanca que dispensaba luz blanca, tumbado en estas sábanas blancas. Estaba hasta los mismísimos, del blanco.

Recordaba aquella noche después de cruzar la portezuela del jardín como una pesadilla.

Se había quedado empapado con el riego automático y luego, cuando se preparaba a abrir la puerta principal, un calambre o algo parecido... No conseguía soltar el picaporte... Hasta que todo paró y se cayó de rodillas al suelo. Le dolía el brazo. Más tarde alguien que lo llamaba, y una explosión muy fuerte, seguida de otra más lejana. Algo había salido mal, se ahogaba, le dolía el pecho, el brazo. Estaba tumbado en los escalones y los aspersores le salpicaban la cara, tenía frío, se ahogaba, veía llamas por la ventanita, encima de la puerta, llegaba gente de todas partes, lo rodeaban, lo tocaban, le preguntaban, hablaban. Pero él no los entendía. Hasta que un hombre los apartó, lo cogió por los hombros y lo sacó a la calle, se sentó sobre él y empezó a practicarle un masaje de reanimación. Fue recuperando el aliento y el dolor de su pecho empezó a remitir. La casa estaba en llamas y el otro adosado empezaba también a arder. Olía a quemado y hacía mucho calor. Vio a Walter salir del costado de la casa arrastrando a Don y dejarlo en el coche. Luego vino hacia él, lo recogió y lo tumbó de mala manera en el asiento de

atrás. Walter tuvo que sacar su arma para poder salir de allí amenazando a la gente. Aguantó cinco minutos más, el dolor del pecho volvió, y se desmayó.

Recobró la conciencia dos días después en esta habitación, pero estaba en una nube, intubado y con oxígeno.

—Esta pregunta se la hago yo, doctor, y tengo muchas más.

—Bien, esto es buena señal, si todo evoluciona como es debido, podrá salir de aquí dentro de pocos días.

—¿Qué me ha pasado?

—Un infarto, un ataque al corazón, provocado por una descarga eléctrica. Estaba usted empapado y la corriente le ha atravesado más rápido, ha tenido la suerte de que su ropa hubiera absorbido parte de la energía, si no, no lo habría contado.

—¿Quiere decir que el picaporte que he tocado estaba electrificado?

—No me corresponde darle esas explicaciones. Un tal Wineski ha llegado aquí, a la base de Morón esta mañana en el vuelo de noche y desea hablar urgentemente con usted. Ahora está con sus compañeros.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?, estamos en Sevilla, ¿no?

—Efectivamente. Un servicio especial de la embajada se ocupó de todo. Le trajeron en ambulancia desde Madrid, junto con sus compañeros. Tal vez le interese saber cómo están ellos, ¿no? —le preguntó el médico con ironía.

—Perdone, sí, me interesa.

—Walter está bien, pero Don tiene quemaduras en el cuarenta por ciento de su cuerpo, principalmente en las manos, brazos, cara y pecho.

—Vaya. Y cuánto tiempo...

—Como poco ocho meses pero puede que años. Así que no cuente con él de momento —contestó sarcástico.

El hombre de la bata blanca le dio la espalda y pegó un portazo al salir. No le gustaba este tipo de persona, fría, calculadora y egoísta, para quien la vida de un hombre no significa nada.

Bowell regresó a su blanco y difuminado interior. Todavía se sentía cansado. Una sensación de pesadez corporal, tal vez las medicinas. Por mucho que se esforzase no conseguía entender lo que había pasado. ¿Por qué había fracasado la operación? Se volvió a dormir.

Cuando se despertó, lo primero que vio fue la silueta enjuta de un hombre

impecablemente vestido con traje oscuro, sentado en el sillón junto a la cama, que le acechaba con su mirada penetrante.

Bowell se estremeció, como cada vez que estaba en su presencia. Y esto sólo había ocurrido cinco veces. Si estaba aquí era por algo importante. Wineski llevaba por lo menos cuarenta años en la CIA. Nadie sabía qué hacía. Algunos hablaban de la S.A.B, una organización secreta llamada Skull and Bones, que estaría vinculada a la familia Bush, y que habría infiltrado la CIA en la época en que Bush padre fue director de la agencia, antes de ser él mismo presidente. También había oído que la S.A.B reclutaba entre la elite mundial y que el ex-presidente del gobierno español también era miembro de la asociación. Y más cosas, que de ser verdad...

—¿Qué tal, Frank? —articuló pausadamente Wineski con su voz grave, que sólo encajaba con el brillo metálico de su mirada.

Bowell no contestó, sabía por experiencia que con este tipo de individuo, más valía esperar.

—La operación ha sido un fiasco total —prosiguió demasiado tranquilamente—. Me he tenido que desplazar personalmente. A los de arriba no les ha gustado nada el resultado, ni el aspecto que está tomando el asunto. Se supone que sólo era un grupo formado por dos mujeres indefensas y un niño. Incluso el moro estaba fuera. Y vosotros cuatro hombres, un jefe de las fuerzas especiales, dos marines y un mierda local que no podía ni caminar del peso. Resultado: un muerto descuartizado por una explosión, un quemado grave y un infarto. Y la policía española acosando nuestra embajada mientras el Vaticano intenta recuperar lo que vosotros habéis dejado escapar. Casi lo consiguen, pero ellos también tienen una baja. Uno a uno. ¿Qué te parece Frank? ¿A quién nos enfrentamos? O nuestra información es errónea, y están perfectamente entrenados y nos estaban esperando, o han tenido mucha suerte. Pero yo no creo en la casualidad, Frank.

Albert Wineski se levantó despacio, era un hombre de mediana estatura, de mediana edad, y medianamente enjuto. Parecía un viejo pastor de ovejas turco, de piel curtida llena de arrugas pero sin el bigote, y enfundado en un traje caro hecho a medida. Se dirigió al gotero y cogió la rampa de los grifos en la mano, mirándola con ternura.

—No volverá a producirse. No sé qué ha pasado, pero no volverá a

producirse, se lo puedo asegurar.

La voz se le quedaba como estrangulada de la angustia. No podía moverse, estaba tan cansado, le costaba incluso pensar, y Wineski podía acabar con él en cuestión de segundos, inyectando algún producto en la vía del gotero...

Pero Wineski soltó los grifos despacio, casi con pena, se apartó y como si hubiese leído sus pensamientos, dijo:

—No he venido hasta aquí para “esto”. ¡Piensa Frank!, yo no pierdo mi tiempo con estas pequeñeces, tenemos gente para estos trabajos. Bien, Frank. Aclarado este punto, aclaremos otro. No habrá otra oportunidad, es la última, ¿has entendido Frank? —y siguió sin esperar contestación—. En cuanto los hayamos localizado irás a terminar lo empezado, pero te mandaré un especialista, uno de los míos, con su equipo. Tú conoces la presa, tu ayuda será valiosa. ¿Entendido Frank?

Frank dijo que sí con la cabeza y Wineski salió de la habitación, cerrando suavemente la puerta, sin más palabra. Bowell se quedó en la cama pensando en lo fácil que hubiese sido acabar con su vida como si fuese un fallo del corazón. Él ya lo había hecho varias veces, tendría que estar muy atento en el futuro. Sobre todo con el especialista y su equipo. No le cabía la menor duda de que sólo lo necesitaba porque conocía bien a las “presas”. Efectivamente, llevaba tres meses estudiándolas. Y por esto mismo no conseguía entender qué había pasado.

Por la tarde, el médico volvió a visitarlo.

—Voy a reducir la medicación, mañana recobrará toda su lucidez y movilidad.

—¿Cuándo podré levantarme?

—Mañana por la mañana.

—Lo estoy deseando.

—Necesitará uno o dos días para recuperar todas sus fuerzas, Pero cuidado con los ejercicios fuertes durante una temporada.

—Estoy deseando ver a...

—Sus compañeros se han ido en el primer vuelo de la tarde, con Wineski.

—¿Dónde?

—No me suelen contar esas cosas.

WINESKI estaba a bordo de un McDouglas del ejército americano en algún punto del océano entre Sevilla y Washington, hablando por su móvil vía satélite.

—Buenos días señor, estoy en el camino de vuelta a casa.

—¿Cómo ha ido todo?

—Lamentable, se les ha ido de las manos y no sabemos por qué. Todo parecía relativamente fácil... Me he quedado con Howell para el final de la operación, conoce la presa y hasta ahora siempre ha sido un buen profesional.

—¿Y los dos paquetes?

—Entregados señor, hace sólo unos diez minutos. No habrá riesgo de fugas; método argentino.

—La S.A.B. y el presidente sabrán ser agradecidos.

—¿Y respecto a nuestros amigos del crucifijo?

—El presidente se ocupa personalmente del tema. El Vaticano es más comunicativo desde que, al igual que nuestro amigo Blair, ha decidido convertirse. De todas maneras no vamos detrás de lo mismo, y es importante que los localicemos pronto. Al presidente le quedan sólo seis o siete meses de mandato. Tiene un empeño personal en terminar lo que su padre empezó. Una oportunidad así no se volverá a presentar en generaciones.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos, señor.

—¡Y lo que no esté, también!, Albert. No queremos que queden huellas que nos puedan perjudicar.

—Desde luego, señor. Howell irá a reunirse con nuestros dos paquetes de hoy en cuanto termine su colaboración.

—No esperaba menos de usted, Albert. Estamos en contacto.

Y se cortó la comunicación. Wineski estaba preocupado. No podía fallar. Había mucho en juego y sólo algunos miembros exclusivos de la S.A.B., y una o dos personas de la CIA sabían de qué iba el asunto.

Sabían la posición de los móviles de las dos chicas. Debían de ir en un carguero, dirección África, porque los teléfonos habían tomado cobertura en Córcega, Baleares, Valencia y Cartagena.

El buque estaba localizado y según el plan de navegación se dirigía a Túnez. Allí se ocuparía de ellos el equipo local. De todas formas, el destino final tenía que ser Egipto o Irak. No se les podían escapar.

SE encontraban en un gran salón estilo veneciano, lleno de terciopelos, cortinas, y dorados. Los muebles no alborotaban la sala. Eran pocos y bien dispuestos. En el centro de la pared opuesta a la exterior, una enorme chimenea, en la que se podía entrar de pie, ocupaba buena parte del espacio libre entre las dos puertas que daban al inmenso vestíbulo al que habían desembocado al subir del embarcadero. En frente, seis altas puertas-ventanas se abrían a una terraza con balaustrada de piedra que recorría todo el frente del palazzo y con una ancha escalera que bajaba a un frondoso jardín lleno de flores y árboles, cuyo centro estaba marcado con una fuente de donde brotaba agua. No se oía ruido alguno de Venecia. Podrían haber estado en cualquier sitio en el campo.

En la pared de la izquierda, entre un inmenso dibujo de Chagall de tonos azules y verdes, y un colage de Matisse, sin duda tan auténticos como no catalogados, una puerta permitía acceder a un “pequeño” salón biblioteca de unos cincuenta metros cuadrados. Una gran mesa de estudio de roble oscuro en un lado, adornada con lo último en informática, al otro lado algunas butacas rodeando una mesita. La habitación estaba tapizada con una librería de ébano, que iba del suelo al techo, a unos cinco metros y medio, y de donde colgaba una lámpara de cristal de Murano multicolor. Se encontraba absolutamente repleta de libros. A media altura una estructura aérea sujetaba un corredor de un metro de ancho que daba la vuelta a la sala, al cual se accedía por una escalera de caracol de madera blanca. Dos grandes alfombras cubrían el parquet, y la luz entraba por los tres ventanales que se encontraban en la prolongación de las del salón.

En la pared de la derecha del salón, cubierta de inmensos espejos casi mates que intentaban reflejar las dos imponentes lámparas de araña, otra puerta, de cristales biselados, dejaba ver parte de un espacioso comedor al que todavía no habían pasado.

Estaban sentados en los anchos divanes y butacas que ocupaban la parte central del amplio salón principal. El espacio estaba dividido en tres. De cada lado de ellos había otros divanes, sillas, mesas y butacas.. El parquet de roble dorado, puesto en espigas, crujía bajo los pies a pesar de las múltiples alfombras que lo recubrían.

Aurelia les había servido una merienda ligera con té y refrescos y luego les había hecho visitar el lugar. Zi tenía la memoria confusa, creía recordar cosas pero no lo veía con nitidez.

—¡Esta es mi habitación! —dijo de pronto Guido, que llevaba toda la tarde sin hablar, mirando a su alrededor y husmeando.

Estaban en la primera planta, eligiendo habitación entre las diez que había y al pasar a una, Guido la reconoció como suya, Aurelia les dijo que había estado aquí todo el verano de 2002. Guido fue directamente al armario, lo abrió, sacó el último cajón, metió la mano y extrajo un papel que tenía los bordes completamente quemados.

—El plano del tesoro. Lo enterraba Marcelo en el Jardín y me hacía un mapa y luego lo escondía allí. Se supone que eran los duendes. Y como yo estaba triste de tener que irme, me dijo que el último tesoro estaría esperándome cuando volviese. ¡Y cumplió! ¿Quién me acompaña a buscarlo?

—¡Yo! —dijo Miguel—. Y como hay dos camas, esta noche duermo contigo.

—¡Guay!, ¿Tú también te vienes? —le preguntó Guido a Marcelo, que estaba en el pasillo delante de la escalera esperando sonriente con las maletas a sus pies.

—Si Aurelia no ve inconveniente... —contestó con ironía.

Aurelia se encogió de hombros.

—Como si hiciese falta mi permiso para algo en esta casa.

Mientras el sexo masculino, Lennon incluido, se fue en busca del tesoro, Natalia aprovechó para revisar las heridas de Zi.

—Esto es asombroso, voy a quitarte los puntos mañana o pasado. Nunca

he visto cicatrizar tan rápido.

—¡Ya, como has visto mucho, verdad! A lo mejor los humanos cicatrizamos más rápido que los animales, querida veterinaria.

—Pues a lo mejor, pero yo tenía entendido que era lo contrario.

—¿Tú crees que me va a quedar cicatriz?

—Supongo que algo se notará. Pero recorté la piel para que todo fuera homogéneo y recto, y puse los puntos de manera que quedara sólo una línea de unos doce milímetros. Uno de los agujeros está en el pliegue de la nalga así que no se verá, y el otro... ya veremos. De todas maneras un cirujano plástico te lo puede dejar invisible.

—La oreja está bien. ¿No?

—Sí. ¡Está perfecta, soy un hacha!

Los cazadores de tesoros llegaron al salón al anochecer, en el momento en que Aurelia les avisaba que iban a servir la cena. Eran las nueve. Guido llevaba triunfalmente una cajita de metal oxidada con restos de pintura roja. En el interior, perfectamente encerrados dentro de una bolsa de plástico hermética, se veían unos billetes descoloridos, Liras italianas. Con sus veintidós años Miguel se encontraba a gusto con Guido, igual que Samy. Este niño tenía algo especial, guardaba y cultivaba esta parte ingenua de los niños, a la vez que era capaz de estar en el mundo de los adultos de una manera brillante.

Pasaron al amplio comedor y se sentaron los cuatro en la punta de una gran mesa donde podrían sentarse al menos veinte comensales. Zi contó treinta y dos sillas entre las que rodeaban la mesa y las que estaban contra las paredes junto a los aparadores de madera tallada y cristal, y las tres ventanas en las que se reflejaban las luces del jardín. Otra puerta comunicaba, como el salón y la biblioteca, con el inmenso pasillo, en el cual una multitud de vidrieras separadas por columnas daban al canal por el que habían llegado. Lennon iba y venía de uno a otro a ver si conseguía alguna vianda, a pesar de haberse comido todo lo que pudo en la cocina.

Zi habría querido acribillar a Aurelia con sus preguntas pero le dio reparo. Ya tendría una conversación seria con Abdel Aziz cuando éste se dignase a venir.

Parecía que, quien fuera, les había perdido la pista. ¿Qué relación podían

tener los yankees con el de la mancha en el cuello? ¿Eran los mismos, o actuaban por separado? Por lo menos habían avanzado en la explicación de los documentos. Si Miguel tenía razón, y sus padres estaban detrás de la pista de Alejandro Magno, debía de ser algo más que su momia y su sarcófago, para levantar tanto interés.

ESTABAN los cuatro en la biblioteca dándole vueltas al tema desde que habían terminado de cenar. Guido, después de pedirle autorización a Aurelia, había entrado en el ordenador de la biblioteca, que al parecer estaba encendido las veinticuatro horas del día, y había conectado el suyo en paralelo.

Zi llamó a Maria José.

—¿Qué tal Zi? Dónde estás.

—Si te lo digo no te lo vas a creer. Pero dime. ¿Sabes algo más?

—Ten mucho cuidado. La secretaria me ha contado que el tal *Bowell* es de la NSA^{[[20]]}, y estaba aquí en misión especial para la CIA^{[[21]]}, quizás directamente relacionado con asuntos del presidente. Se lo han llevado con dos más, a la base de Morón o de Rota. No lo sabe bien. Al parecer uno estaba muy mal, con quemaduras en los brazos y el pecho, y *Bowell* había sufrido un infarto debido a una valla electrificada o algo así, pero se recuperará. Y creo haber entendido que otro ha muerto despedazado por el estallido de un artefacto.

—¡Madre mía! ¿Qué querían estos tíos? Si nos pillan en casa, no quiero ni pensar lo que nos habría podido pasar.

—Yo voy a seguir investigando, llámame otra vez pasado mañana, intentaré cocinar un poco más a mi compañera. Tengo que ir con cuidado no vaya a ser que se mosqueen conmigo.

—Gracias, un beso, hasta pasado mañana.

—Bueno, cuenta —dijo Natalia.

—Poca cosa, Los hijos de puta que han asaltado nuestra casa son de la

CIA, y es posible que estén directamente relacionados con el presidente. Están bastante mal, uno tiene quemaduras en los brazos y el pecho, el cabrón del Frank Bowell ha sufrido un infarto debido a una descarga eléctrica, ¡has oído Guido! —Guido se encogió de hombros como si la cosa no fuese con él —, y otro se ha desintegrado por la explosión de un artefacto. No sabe más, pero dice que tengamos mucho cuidado. ¡Ah!, se los han llevado a la base de Morón o de Rota.

—Es evidente que vosotras no les interesáis. Van a por los documentos. Igual que también fueron a por los que rescataron vuestros padres. Incluso puede ser que piensen que son los mismos —dijo Miguel.

—Es evidente que los disparos no eran al aire —contestó Zi, cambiando de postura en la silla para que no le molestase la herida.

—¿Alguien tiene una idea? —interrogó Natalia.

Fue Guido el que contestó lo que todos sabían pero no osaban decir por lo fantasioso de la idea.

—¡Pues el tesoro! El inmenso y grandísimo tesoro que Alejandro hizo transportar y esconder en varios emplazamientos, joyas, oro, plata, rubíes, diamantes...

—Para niño, no te aceleres, que esto no es una película de Indiana Jones.

—Yo no me invento nada, Zi. Todo esto lo dice el cuento de papá y mamá. ***“El inmenso tesoro de los persas”, el “gran tesoro de Memphis”, “su conquista por oriente apoderándose de tesoros que no caben ni en la imaginación”, “tan solo en Susa encontró cincuenta mil talentos en oro”...*** y al final cuando se murió, ***“Pero el inmenso tesoro había desaparecido,... en sus últimos años lo había hecho llevar a escondites secretos”...***

—Creo que tiene razón —le cortó Miguel—. Llevo desde ayer dándole vueltas al asunto y pienso que tus padres no se habrían molestado en enseñarle a Guido este cuento desde pequeño, y con tanto detalle, si no fuese importante. Fíjate en cómo está contado, no hay frases bonitas empalagosas de príncipes y princesas, no hay dragones, ni brujas. Es simplemente la historia de Alejandro, como una obra de teatro simplificada, en la que se insiste mucho en detalles que son poco interesantes desde el punto de vista histórico, pero que seguramente nos estén guiando hacia una verdad que nadie sospecha.

—También se lo enseñaron a ella, pero no le gustaba tanto como a mí.

Zi se quedó un momento pensativa y dijo:

—Cuando Edgard los sacó de Kuwait, al principio de la Guerra del Golfo, y por fin volvieron a casa, yo tendría unos diez años. Recuerdo que me dijeron que si ellos desapareciesen, siempre tendría que recordar el cuento, porque de mayor lo entendería. Más tarde nació Guido y se lo contaron a él. Yo cogía el relevo cuando se iban a excavar a algún yacimiento. Se lo sabe mejor que yo.

—Es más que probable que la clave esté en el cuento —dijo Miguel—. Habría que escribirlo entero y luego estudiarlo.

—A mí me parece buena idea, lo contáis y yo lo voy escribiendo en el ordenador. Hice un cursillo, daba trescientas pulsaciones —dijo Natalia.

—Vale, Doña cursillos —dijo Zi—. Guido cuéntalo tú, que eres el que mejor se lo sabe... Guido, ¿me has oído?... Guido...

Pero el niño estaba metido en los dos ordenadores a la vez, con cara de mucha concentración.

—Aquí hay algo raro. Este ordenador sirve de pasarela y de filtro a un sistema Wifi oculto. Un momento voy a cargar un detector de SSID y así lo veo.

—Qué más te da. Deja de cotillear todo.

—No estoy cotilleando, están pasando cosas que no entendemos y cuanto más sepamos mejor.

—¿Qué es un SSID? —preguntó Natalia.

—Es el nombre con el que se anuncia un sistema Wifi en la red. Lo puedes ocultar, pero inevitablemente está allí, para que quien sepa su nombre y su contraseña se pueda conectar. Hace tiempo que tengo un programa que permite detectarlos. Incluso hay aparatos que permiten situarlos, pero a tanto no llego.

Lo dejaron a sus cosas y Zi empezó a contar el cuento mientras Natalia tecleaba a toda pastilla en el portátil de Guido y Miguel iba tomando notas.

—¡Ya lo tengo! —gritó Guido al cabo de un rato.

—¿Y merecía la pena? —se burló Zi viendo cómo su hermano apuntaba unos números y letras en su bloc.

—Es un código ASCII hexadecimal de 15 posiciones

“4D6172636F732D49736B616E646572”.

—Pues yo cuento treinta posiciones —dijo Miguel

—Es que va de dos en dos. El hexadecimal empieza en cero y termina en F, cuentas así 0-1-2-3-4-5-6-7-8-9-A-B-C-D-E-F luego pasa a 10, que en nuestro sistema decimal corresponderá a 16. Permite meter más información en menos espacio, esto era muy importante en los inicios de la informática.

—¿Y en este caso qué significa?

Guido abrió un programa de códigos, seleccionó ASCII (hex.) internacional, y tecleó “4D”. En la casilla del resultado apareció “M”.

—Lo veis, en ASCII hexadecimal, la posición 4D sería la M mayúscula, que correspondería al 77 en ASCII decimal.

Guido siguió tecleando uno a uno todos los códigos, mientras Miguel apuntaba los resultados en el bloc de papel.

—¡Ya está! ¿Ahora qué te parece? —le dijo Guido a Zi—. Se anuncia como “Marcos-Iskander”.

Se hizo un silencio en la mesa.

—Iskander era el nombre que los árabes daban a Alejandro Magno. ¿No recuerdas el final del cuento? —aclaró Guido.

—Otra vez Alejandro —dijo Zi—, parece que no nos hemos equivocado y que vamos en la buena dirección. ¿Qué es lo que hace este sistema Wifi?

—No lo sé, está codificado en WEP 128bits. En otras palabras es absolutamente imposible encontrar la clave. Lo que sí os puedo decir es que este ordenador de aquí, sirve de pasarela para el sistema que se encuentra detrás del SSID Marcos-Iskander.

—¿Pasarela?

—Nos podríamos conectar a él a través de Internet desde cualquier parte del mundo, pasando por el ordenador con el que estoy trabajando. Esta es la razón por la que está encendido las veinticuatro horas del día.

—¿Algo más?

—Nada más. Voy a mirar mi correo.

—Y nosotros seguimos con el cuento.

—Entonces cambiamos de ordenador, yo necesito el mío.

Después de pasar el fichero al otro ordenador, Zi siguió contando el cuento, mientras Natalia tecleaba frenéticamente en el ordenador de la mesa.

—Qué tal si paramos un rato —dijo Zi—, tengo la garganta seca de tanto hablar.

—Buena idea, ya es la una de la madrugada. Podríamos seguir mañana —respondió Natalia estirándose.

—Samy te manda un beso —dijo Guido levantando la nariz de su ordenador.

—Qué simpático, ¿Y por qué no me lo manda a mi mail?

—Por varias razones. La primera es que sí lo hace, pero tú no miras tu correo desde hace casi una semana. La segunda es que puede que tu correo esté intervenido, y es mejor que no lo uses.

—¿Y el tuyo?

—El mío y el de Samy cambian todos los días a las cinco de la mañana. El nombre nos lo da una función que tenemos él y yo, con unos parámetros que hemos preestablecido hace seis meses.

Zi se quedó callada, y se percató de que los demás estaban mirando la imagen satélite de Venecia con Google Earth en la pantalla del ordenador de Guido.

—¿Qué haces con esto?

—Samy me ha mandado los puntos vectoriales corregidos.

—¿No lo podías haber dicho antes?

—Estabais con el cuento, que es muy importante, y yo tenía algo que verificar.

—Cuéntanos —les cortó Miguel antes de que la cosa degenerase en discusión.

—Samy ha terminado el algoritmo de situación. Ha tenido en cuenta hasta los movimientos de las placas tectónicas de los últimos dos mil años. Teníamos dieciséis puntos no ubicados pero con identificación. Existen diez que pueden tener un algoritmo común, los demás se salen. Y de estos diez, cinco tienen como descripción un símbolo similar. ¿Veis?, —dijo mostrándoles el símbolo en un icono del ordenador. —Es como dos cuernos de carnero con una cara humana. Bueno, pues ésta es la representación de Alejandro Magno. Lo llamaban Dhul-Qamayn, el de los cuernos. Se hacía representar como el dios Zeus-Amón, llevando una diadema con cuernos de carnero, que es el animal que representa a Amón.

—Bueno, cuenta dónde están los escondites del tesoro —bromeo Natalia.

Guido cambió la pantalla que estaba viendo por otra donde apareció el mapamundi vectorializado sobrepuesto a una foto satélite.

—Esto es el mapamundi, pero ajustado a coordenadas actuales, al que Samy ha sobrepuesto una foto satélite tomada en Google Earth. Como podéis ver hay pocas diferencias... Ahora voy a sobreponer los cinco puntos que Samy ha transpuesto.

Guido movió el puntero del ratón hasta un icono, abrió un menú y seleccionó: “insertar plano 3”. Al instante aparecieron diez emplazamientos, cinco en color naranja y cinco en color amarillo chillón e intermitentes. Todo el grupo había dejado de respirar. El silencio se prolongó unos instantes, durante los cuales cada uno parecía haberse convertido en tortuga por la manera en que estiraban el cuello para ver mejor. Sólo se oían los ronquidos de Lennon que salían de una butaca cercana.

—Los que nos interesan son los amarillos intermitentes, los demás están en sitios raros, desiertos, selva amazónica sin descubrir en aquellos tiempos... y están representados por símbolos extraños.

—Aparte de este punto que está en el agua, los demás corresponden a los documentos que tenemos —dijo Zi, mientras Miguel que había tenido la misma reacción que ella, le ayudaba a revolver en los papeles amontonados sobre la mesa.

—¡Lo tengo! —gritó Zi con la foto en la mano.

—¡San Marcos! —dijeron Miguel y ella a la vez.

—Lo tenemos aquí al lado —empezó Guido—, sólo hay que cruzar el canal y...

—Tranquilo. No creo que haya ningún tesoro debajo de la Basílica —le dijo Zi.

Miguel le había cogido el teclado a Natalia y estaba entrando en una página inglesa a través de la de la Universidad de Cambridge. Apareció una Web dedicada a Alejandro Magno.

—Un compañero de universidad es un fanático de Alejandro y lleva un año dándonos la vara con el tema. Ha creado esta Web donde recopila todo lo que se sabe de Alejandro y todo lo que se supone...

Miguel entró en “Tumba de Alejandro” y “San Marcos”.

—Esto son conjeturas apoyadas por algunos, pero cuando el río suena agua lleva. Siempre se ha hablado de la famosa Tumba de Alejandro. Que si está en Menphis, que si en Alejandría en la que Ptolomeo I le hizo construir el famoso Soma, y por qué no en Siwa donde se proclamó Dios. En fin, puede estar en cualquier parte. Pero lo que destaca es que fue considerado un Dios viviente, o mejor dicho, en Siwa fue reconocido oficialmente como hijo del Dios de Los Dioses: Zeus-Amón. Todos lo veneraban o admiraban y después de muerto la cosa fue a más.

—Es verdad, con mi padre que era un apasionado de Alejandro, se hablaba mucho del tema —lo apoyó Zi—. Venían del mundo entero para ver su tumba, Julio Cesar, Octavio Augusto que le rompió la nariz a su momia sin querer... Pero lo importante, como dice Miguel, es que era considerado como hijo del Dios de Los Dioses, y que se le rendía culto como tal. Hasta que en 315 d. C., el Edicto de Milán del emperador Constantino despenalizó el cristianismo, y nueve años después lo convirtió en la religión oficial del Imperio Romano. A partir de ahí, los dirigentes de la Iglesia se lanzaron en una despiadada y férrea persecución de los rituales y lugares de cultos paganos. La Iglesia, ante la influencia que seguía teniendo la Tumba de Alejandro, se inventó el Santo Sepulcro de Jerusalén, así la tumba de Jesús se convirtió en su competidora. Hay un hecho que inquieta a la Iglesia: Alejandro Magno falleció con treinta y tres años siendo oficialmente hijo de Dios, y fijaos qué casualidad, a Jesús le pasó lo mismo. Los dos nacieron de una madre fecundada por Dios. La única diferencia, sobre todo para la época, es que Alejandro era un guerrero a semejanza de los dioses de entonces y Jesús un “revolucionario pacífico” muy bueno que lo perdonaba todo. La filosofía no era mala puesto que ha durado hasta hoy en día, pero parece un plagio de lo que ya había ocurrido tres siglos antes.

—¿Y lo de San Marcos? —preguntó Natalia.

—Hacia la mitad del siglo IV d.C. el obispo y patriarca de Alejandría, Georgias, hizo continuos llamamientos a la destrucción de la tumba del pagano Alejandro, que tanto les molestaba. Entonces la momia desapareció por completo, se esfumó. Se dice que fervientes seguidores de Alejandro, que además eran cristianos por comodidad, salvaron y escondieron la momia en lugar seguro, en una cripta secreta. Luego en el año 828, unos marineros

venecianos, Buono de Malamocci y Rustico de Tarcello, tuvieron la brillante idea de hacer pasar la momia de Alejandro por la de San Marcos y llevarla a Venecia, diciendo que habían robado y rescatado al santo de las impías manos musulmanas. Era una buena manera de protegerla de la persecución de la Iglesia. Nadie parecía recordar que antiguos escritores cristianos como Doroteo, Eutiquio y el autor del Cronicón Pascual, aseguraban que el cuerpo de San Marcos, fundador de la comunidad cristiana de Alejandría, había sido oficialmente quemado por paganos, varios siglos antes.

—Te lo tienes súper empollado.

—Se lo he oído contar tantas veces a mi padre, que algo tenía que quedar.

—Muy bien —dijo Natalia—, todo esto es muy bonito, pero a mí que me expliquen cómo narices ha hecho el cartógrafo Ptolomeo para poner en un mapamundi que realizó en el siglo I d.C. un acontecimiento del año 828 d.C. Yo creo que este tío se debería de haber dedicado a ser pitoniso y a la cartomancia en vez de a la cartografía.

Fue un duro golpe para el ánimo del grupo, porque esto desmoronaba todo lo demás. Afortunadamente Guido tenía la solución.

—¿Recordáis lo que quería Edgard? “El mapamundi que consultó Colón”. Por qué complicarse la vida con éste cuando existen todavía ciento veinte ejemplares en otras bibliotecas, algunos más fáciles de conseguir, consultar o fotografiar. Todos incunables de 1482 impresos en Ulm, en Alemania. Éste ha sido modificado más tarde. Alguien que conocía la clave de codificación del mapa secreto ha dibujado el punto de San Marcos y otro más. —Guido dejó un momento de suspense y siguió—. El segundo punto de Alejandría, el que no está en el mar.

—¿Y esto cómo lo sabes?

—Porque cuando expusieron los documentos robados en la Biblioteca Nacional, Samy y yo fuimos a verlos. Estaban en la misma vitrina y Samy sacó fotos de los dos. Mira, aquí están los dos mapamundis —dijo sacando los dos mapamundis impresos en color—. Ves, estos dos puntos no están en éste, y sí en el otro.

—Yo no veo ninguno —dijo Miguel.

—No, aquí no. ¡Aquí! En estos todavía no está hecha la corrección vectorial.

—¿Y cómo lo han conseguido tan perfecto? ,preguntó Natalia.

—Muy sencillo —contestó Zi—. Los incunables son libros que se han realizado con el procedimiento de la imprenta, pero antes del año 1500. Los colores y muchos de los dibujos estaban hechos o retocados a mano. Con lo cual era muy fácil incorporar o eliminar un elemento.

—¡Genial! —Exclamó Miguel—. Así que tenemos: punto uno, un lugar en el centro de la isla de Failaka, que según los documentos es el sector Al-Qousur en el que han aparecido los vestigios de una iglesia cristiana del s.VI en 1989. Y al que, si no recuerdo mal, tus padres se desplazaron nada más conocer la noticia.

—Exacto —dijo Zi—, punto dos, a unos veinticinco kilómetros de Siwa, donde estuve de pequeña con mis padres, los documentos tienen bastantes planos y esquemas. Y parece más grande que los que recuerdo. Mira, el corredor y las tres cámaras que he visto, pero este pasillo y esta gran sala, no existían entonces. O por lo menos no los visitamos.

—Punto tres —siguió Miguel con excitación—, agua, cuatrocientos metros mar a dentro, en el noreste de Alejandría. Parece corresponder a la parte sumergida cuando una serie de terremotos y maremotos cambiaron la configuración del litoral en el siglo VIII d.C.

—Punto cuatro —le tocó a Zi—, noreste de Alejandría pero tierra adentro. Las fotos del pozo en la pared blanca, con el descampado, y túneles y cámaras inundadas. Tal vez un acceso secundario a la parte sumergida.

—Punto cinco —se animó Natalia—, la Basílica de San Marcos aquí en Venecia. ¿Y ahora qué hacemos?

—Ir a dormir, porque ya son las tres y hay que descansar, si es que la cabeza nos deja.

—¿Y luego?

—Ya que estamos en Venecia, y que no tenemos nada especial previsto, vamos a hacer turismo —dijo Zi, mirando la cara de decepción de los demás, y añadió— empezaremos por la Basílica de San Marcos, evidentemente.

El grito entusiasmado de Guido retumbó por todos los rincones de la biblioteca, despertando a Lennon que dio un brinco, cayéndose de la butaca y ladrando como un poseso.

AL día siguiente a las nueve, estaban todos levantados, aseados, vestidos y sentados en la amplia mesa de la terraza del jardín, saboreando un succulento desayuno. Incluso estaba Zi, la dormilona, a quien Guido y Lennon habían sacado de la cama con miles de preguntas y lametones.

Los rayos del sol iluminaban la copa de los árboles del fondo del jardín proyectando sus sombras por la hierba. La fuente hacía sonar sus chorros de agua, con los que el sol jugaba, convirtiéndolos en mil perlas brillantes. Los gorriones venecianos silbaban melodías aprendidas de los gondoleros... Ya había veinticuatro grados y no se veía ni una nube en el cielo azul. Iba a ser un día agradable. Estaban todos eufóricos y entusiasmados con lo que les esperaba.

Desayunaron con buen humor, elaborando un plan de ataque. Una visita al santuario se imponía.

—Lo primero es localizar y definir el terreno —había dicho Zi—. Hay que rastrear toda la basílica, sobre todo la parte de la bajada a la cripta. Todos con un papel y un boli. Necesitamos saber qué protección tiene la basílica para decidir por dónde vamos a entrar, si es que entramos. También habrá que estudiar la tumba y ver si se puede acceder a ella de alguna manera; no creo que sea conveniente entrar con un pico y una pala para cavar.

Lo más difícil fue explicar a Lennon que a él no le dejarían pasar a la Basílica, y sobre todo que seguro que iban a volver. Aurelia resolvió el asunto cogiéndolo por su punto flaco y se lo llevó a la cocina.

A las diez estaban los cuatro en la Basílica, desbordando entusiasmo, buscando no se sabía bien el qué. A las doce, cuatro almas en pena, al borde

de la depresión salían por la puerta lateral de la Basílica sin mediar palabra. Caminaron en silencio hasta el palazzo y se desmoronaron cada uno en un sillón de la biblioteca.

Al cabo de un rato, Zi reaccionó.

—¿Qué pensabais? ¿Que íbamos a llegar a la Basílica los cuatro, habiéndonos enterado ayer mismo de que tal vez esté el tesoro o la momia de Alejandro escondida allí, y que, más listos que nadie, encontraríamos en dos horas lo que nadie ha conseguido en casi doce siglos?

—Es imposible, la cripta es muy grande, no podemos sondear cada centímetro cuadrado, tardaríamos años —dijo Natalia.

—Lo que sí es seguro —interrumpió Miguel—, es que no puede estar en el suelo, debajo de la cripta. Recuerdo que el año pasado estudiamos como ejemplo de protección del patrimonio histórico artístico, a una empresa francesa, Rhône-Poulenc. En su programa de mecenazgo, en 1988, propuso e hizo infiltraciones con sus productos químicos, hasta conseguir la total estanqueidad de la cripta de la Basílica de San Marcos. Lo que quiero decir es que hasta entonces la cripta estaba inundada parcialmente. Era como una cloaca con un metro de agua por encima del suelo, y un olor a podredumbre debido a la descomposición de las materias orgánicas que se filtraban por los cimientos. Está abierta al público, completamente restaurada, desde 1994, año de su milenio. Si hay algo, tiene que estar a los lados o en las paredes. Algo que los que han trabajado en la restauración, no han advertido. O, ya que estamos ante hechos que nos sobrepasan, por qué no pensar que los que han realizado toda esta obra, están metidos en el tinglado.

—Tienes razón —dijo Natalia—, nosotros tenemos el mapa secreto, gracias a las coordenadas vectoriales corregidas por Samy y puestas allí por alguien. ¿O no?

—¡Las coordenadas! —gritó Guido, corriendo hacia la mesa y encendiendo su ordenador.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zi.

—Tenemos las coordenadas exactas del emplazamiento. Zi, creo haber visto que el móvil tiene GPS, mira a ver si tiene localizador de coordenadas por favor.

Miguel le cogió el móvil a Zi de las manos con una sonrisa comprensiva

y se ocupó de mirar. Al cabo de un rato dijo:

—No tiene localizador, pero tiene para memorizar la posición, que para el caso es lo mismo. Aunque tardemos unos segundos más al tener que mirar las coordenadas registradas y desplazarnos hacia donde haga falta.

—De todas maneras no creo que tengamos cobertura allí abajo —dijo Guido—. Podríamos tomar la posición de un pilar principal que sube hasta la Basílica, y desde allí calcular la posición en metros y la dirección. Luego bajamos y lo medimos en pasos.

—Son las doce y media —dijo Miguel mirando su reloj—, voy a ir ahora mismo a registrar en el móvil las posiciones de los principales pilares que dan a la cripta y de alguno más por si acaso. Ahora vuelvo.

—Voy contigo, que tú no hablas italiano —dijo Zi.

—Un momento, acabo de encontrar en Internet un plano de la planta de la basílica, lo imprimo y os lo lleváis. Le dais un número a cada posición y a cada pilar que localicéis.

—Guido, dile a Aurelia que nos prepare unos sándwiches o algo frío, la Basílica cierra a las cinco, el tiempo está contado.

Zi y Miguel salieron con el teléfono, y el plano. A la una estaban de vuelta. Habían tomado la posición de todos los pilares y de todas las esquinas de la basílica.

—Total, eran dos pasos en el móvil y un número en el plano— dijo Zi.

Aurelia les trajo unos sándwiches y una pizza hecha por ella misma. El aroma que desprendía era tan exquisito que nadie pudo resistir a la tentación de dejar el trabajo de lado para devorar su parte antes de que otro se pudiera apoderar de ella. Incluso Lennon, a pesar de sus súplicas, no consiguió ni una miga.

A las dos Guido había posicionado el punto en el plano de la Basílica, justo en medio de la sacristía.

—No sé qué margen de error tiene. Samy me ha dicho en su último mail, que sería mejor contar con unos diez metros como máximo, al igual que el resto del mapa. Aquí diez metros nos dan más o menos el perímetro de la sacristía.

—Bien —dijo Zi—, o tenemos un acceso en algún panel de la sacristía o hay que encontrar un pasadizo desde la cripta.

—Lo de encontrar un acceso desde la sacristía lo descartamos — reflexionó Miguel—, porque con los incendios que ha sufrido desde su construcción, más las reformas, lo habrían encontrado ya, aparte del riesgo que comportaría el paso de gente por la estancia. Tiene que estar en la cripta. Es más fácil ocultar algo allí. Vamos a volver y a sondear toda la pared del fondo. Basta hacerlo con los nudillos, como llamando a una puerta. También hay que mirar las grietas, sobre todo las que son constantes y rectas. Las verticales y las horizontales, al ras del techo o del suelo.

—¡A trabajar! —dijo Zi.

VOLVIERON a la cripta. Zi le había pedido a Aurelia una linterna y un cuchillo de cocina pequeño. Cuando llegaron no había ningún guarda abajo. Por si acaso, se turnaron para vigilar el acceso, pero no bajaron más que unos cuantos grupos de turistas.

Hacia las cuatro y media, llevaban ya dos horas auscultando cada centímetro de pared en la penumbra, porque no había luz directa en aquella parte de la cripta, cuando Zi los reagrupó a todos.

Un cable eléctrico salía de una de las luces de emergencia, seguía el arco de la bóveda por la parte de dentro, bajaba por la esquina del pilar y se metía en el suelo por una rejilla de desagüe.

—¿Qué os parece esto? No creo que la acometida eléctrica esté en el suelo. Más bien es una toma para alimentar algo. Y no veo qué hace un orificio de desagüe aquí. Esta parte es más alta que el resto de la sala.

Para más seguridad siguieron la red eléctrica que alimentaba las luces de emergencia y los focos. Esto les llevó a una caja general que se encontraba cerca de la entrada. No había duda, aquello parecía una toma pirata. Volvieron a examinar el desagüe.

Mediría un metro por sesenta centímetros. Zi enchufó la linterna. Era fundición de hierro de una sola pieza, sin soldaduras. A unos veinte centímetros se veía el fondo parecido a una cazuela de metal abierta en un lado y llena de porquería acumulada, al igual que el contorno del marco que la remataba. Quedaban restos de pintura negra de otro tiempo.

—¿Para qué querrán un desagüe en una esquina tan remota? —preguntó Natalia.

Zi sacó el cuchillo que le había dado Aurelia, lo introdujo entre el marco y la rejilla, y empezó a sacar mugre que tiraba metódicamente al fondo del desagüe para no dejar huellas. Al llegar al borde más estrecho que daba a la pared donde se metía el cable, el cuchillo se enganchó con algo. Insistió hasta que por fin comprendió lo que pasaba.

—Aquí hay dos bisagras.

Todos miraron, pero no se veía nada incluso con la linterna. Zi terminó de limpiar completamente el contorno.

—Ya está vamos a intentar levantarla.

Zi y Miguel metieron los dedos entre los barrotes en el lado opuesto a las bisagras y tiraron con todas sus ganas. Pero por mucho que lo intentaran, la rejilla no cedía más que unos milímetros, y luego se bloqueaba.

—Está pillada con algo —dijo Miguel—, se levanta dos milímetros y se atasca.

—Cuando limpiaba este costado, creo que había como una rendija, espera, voy a ver —dijo Zi recogiendo el cuchillo y metiéndolo por la rendija—. Ya lo tengo, hay algo que se mueve si empujo.

Zi cogió la reja con la otra mano y tiró para arriba mientras apretaba con el cuchillo. Sonó un “clac” y se levantó con una facilidad desconcertante. La sostuvo a media altura y alumbró el agujero con la linterna. El fondo de la rejilla estaba soldado a ella y permitía disimular una escalera de piedra.

—*Signore e signori, stiamo chiudendo, dirigete verso l’uscita, per favore!*^[22] —gritó un vigilante desde la escalera.

Y se dirigió hacia el fondo para verificar que todo el mundo había salido y que sólo quedaban ellos.

Zi dejó caer muy despacio la reja, para que no sonase por toda la cripta.

—Salgamos de aquí.

Y salieron de la cripta sin prisas hablando con tono impresionado de lo que supuestamente habían visitado. El vigilante no se percató de nada y siguió hacia el fondo. Al llegar arriba Zi empezó a mirar las ventanas de las cúpulas.

—¿Qué haces Zi?, van a cerrar.

—Ya, estoy mirando por dónde podríamos entrar esta noche.

—Estás pirada tía —dijo Natalia mirando también arriba, a las cúpulas—,

hay por lo menos veinte metros.

—Tengo una idea —dijo Zi mirando la escalera que subía al museo, por la que un vigilante acababa de bajar empujando ante él a un grupo de turistas—. Escuchad bien porque no lo voy a repetir: os vais a casa, yo me quedo aquí. Guido, no discutas. Miguel, te hago responsable, ¿entendido? Si no puedo salir antes, saldré mañana con las primeras visitas.

Y se lanzó escaleras arriba.

—Haced lo que os ha dicho —dijo Natalia empujándolos hacia delante. Y se precipitó hacia arriba detrás de Zi.

Zi llegó arriba, recorrió toda la galería, pegada a los mosaicos de la pared para no ser vista desde abajo, y entró en la sala que estaba sobre la entrada. Pasó delante de la cuadriga, los caballos la miraron pasar sin relinchar, llegó a las puertas de la terraza que ya estaban cerradas, las abrió cuidadosamente y salió agachada. La estaba cerrando tras ella en el momento en que la alcanzo Natalia, Zi iba a protestar pero Natalia la empujó para poder salir y cerró, teniendo cuidado de dejar el soporte de los cerrojos levantado para que de lejos pareciesen echados. Llegaron a la esquina oeste que daba al Palazzo Ducale, doblaron la esquina y se encontraron con una reja, que saltaron trepando, cada cual como pudo. Allí se fueron a esconder en un recodo del edificio, a esperar. Eran las cinco de la tarde y el sol brillaba con todo su esplendor en el despejado cielo azul.

A las diez se decidieron a asomar la nariz. Llevaban allí cinco horas desde que se habían escondido en un pequeño recoveco de la terraza. Se quedaron sentadas en el suelo debajo de unas altas vidrieras viendo cómo el sol bajaba lentamente hacia el oeste. Natalia cayó en los brazos de Morfeo un poco más tarde, y sólo se despertó para ver la espectacular puesta de sol detrás de la Giudecca, entre el León de San Marcos y San Teodoro, subidos triunfales en sus dos enormes columnas de granito. Zi habría preferido hacer lo mismo, pero su herida le molestaba, sobre todo sentada en las duras losas de mármol blanco del suelo.

Nada más esconderse, comentaron lo que se habían encontrado.

—No me ha dado tiempo a ver bien lo que era —dijo Natalia.

—Yo tampoco he visto mucho. Había unos escalones de piedra y algo que brillaba en el fondo, pero con las prisas no he podido mirar bien.

—Oía raro, ¿no?

—Sí, a mí también me olió raro, como a moho y a cloaca.

—¿Y vamos a meternos allí dentro?

—Natalia, os he mandado a todos fuera, tú has querido seguirme. Todavía puedes quedarte aquí. Pero si bajas conmigo, vamos a por todas, ¿entendido?

Habían vuelto a pasar la reja de la terraza, con cuidado de que no las vieses. Aunque hubiese anochecido, era pronto, y la Piazza San Marco todavía estaba muy transitada. Les llegaba el ambiente de la noche, la temperatura agradable incitaba a pasear y a sentarse a cenar o a tomar algo en una de las terrazas de la extraordinaria plaza. Los turistas seguían acechando los monumentos y el resplandor de algún flash subía por la fachada hasta

ellas.

Zi empujó la puerta, pero ésta se resistió.

—¿Qué pasa? —preguntó Natalia.

—¡No sé!, estará pillada o la han cerrado en alguna ronda.

—Déjame a mí, —dijo Natalia pegando una patada con todas sus fuerzas en la esquina inferior de la puerta, abriéndola de par en par—, igualita que la de mi cocina.

—¡Joder, Natalia!, ¿y si hay alarmas?

—¡Pues ahora mismo lo sabremos!

Pero no pasó nada. Esperaron por prudencia unos minutos, dispuestas a salir corriendo a esconderse en donde fuera...

—¡Vamos! —dijo Zi, cruzando el umbral.

Las dos cruzaron la puerta y entraron en la sala donde los caballos de la cuadriga las estaban esperando en la penumbra como un espectro verdoso y dorado. Pasaron con respeto ante ellos y tomaron la escalera que descendía hacia la planta principal. Era como bajar al país de los cuentos. La única iluminación provenía de la noche, que reinaba fuera, a través de las vidrieras y los lucernarios de las cúpulas. Una semi-oscuridad acentuaba el ambiente fantasmagórico del templo. Los reflejos en las barandillas de mármol de las escaleras iluminaban levemente las columnas, y los magníficos mosaicos del suelo brillaban con una luz irreal, como dotados de vida propia. El silencio sepulcral que reinaba y el olor a humedad y a incienso rancio, contribuían a crear un ambiente surrealista e inquietante.

Cuando pusieron pie en el suelo de mosaico, al final de su descenso, un estrepitoso aleteo les abanicó con fuerza las caras. Una paloma asustada emprendió ruidosamente su vuelo. Natalia no pudo reprimir un grito de terror. Zi le puso inmediatamente la mano sobre la boca, hasta que estuvo segura de que se hubiese calmado.

—Ahora entiendo por qué no hay sistemas de alarma de detección volumétrica —dijo Zi, recordando lo que le había dicho Miguel.

Sonó el estruendo de una puerta que se abría con fuerza.

—¿*Chi va?*^[123] —gritó una voz masculina.

Salieron corriendo por la galería lateral hasta la entrada a la cripta. El olor era más fuerte, tal vez porque la Basílica llevaba más de cinco horas cerrada,

sin corrientes de aire. El corazón se les desbocaba.

Bajaron saltando por los escalones que llevaban a la cripta. Era como bajar al interior de un sepulcro. La única iluminación era la de las pocas luces de emergencia del pasillo central. Natalia le apretó nerviosamente el brazo a Zi.

—¡Esto acojona, tía! Tengo hasta escalofríos. Y me estoy meando —dijo Natalia en voz baja

—Cállate que nos van a oír.

Treinta segundos después estaban delante de la rejilla. Zi metió el cuchillo en la rendija y apretó fuerte mientras tiraba hacia arriba con la otra mano. La rejilla se levantó igual de fácilmente que antes. Enchufó la linterna en el hueco y las dos se asomaron. Unos escalones bajaban en picado metiéndose, a unos tres metros y medio, en un agua negra y densa, en la que parecían flotar restos de espuma.

—Yo no me meto allí dentro ni loca. Prefiero que me arresten —murmuró Natalia.

Se quedaron paralizadas, mirando, invadidas por un sentimiento de asco y repulsión.

—*Ho sentito rumori giù*

—*È impossibile, là non può avere nessuno.*

—*Scendiamo vedere*^[24]

Seguramente era la ronda de vigilancia alarmada por el grito de Natalia y el revuelo de la paloma, momentos antes. La mejor alarma del mundo. Se oyeron pisadas en la escalera y el foco de una linterna temblaba en la oscuridad a cada paso. Se miraron atemorizadas. Si las pillaban, las consecuencias podrían ser terribles, sobre todo con la rejilla abierta.

Zi le pasó la linterna a Natalia y empezó a bajar los escalones con cuidado, lo más rápido que pudo. Cuando llegó al escalón que se metía en el agua, se resbaló al pisar las algas verdosas que lo cubrían y fue hacia delante sujetándose como pudo en las paredes y llevándose telarañas enredadas entre el pelo y la cara. Instantes después estaba de pie abajo, con el agua hasta medio muslo, y la cabeza ligeramente agachada para no tocar la bóveda del pasadizo, o lo que sea que se le enganchaba en el pelo. El olor era frío, espeso, y nauseabundo, casi se podía masticar, y una fresca y sepulcral brisa ascendente le erizaba la piel de los brazos desnudos. Consiguió reprimir una arcada. No se arrepintió de haberle hecho caso a Natalia esta mañana, y haberse puesto un vaquero y una camiseta en vez de un vestidito de tirantes, ligerito y corto. Lo único molesto eran las bambas, que llevaba sin calcetines, en las que se colaba una especie de barrillo asqueroso.

—Ya he tocado fondo, baja y cierra la rejilla —cuchicheó.

Pero Natalia estaba paralizada. No se decidía viéndola allí abajo chapoteando en esa cloaca rodeada de espumarajos y con ese túnel que

asomaba su boca negra. Zi iba a subir a buscarla...

—¿*Chi va?* gritó una voz masculina.

Natalia se lanzó por la escalera, tirando de la rejilla que se cerró con un estrepitoso choque de metales, retumbando durante largo tiempo por toda la cripta.

Estuvieron escuchando en silencio para saber si los vigilantes habían visto algo. Los oyeron correr y hablar por toda la cripta. Pero por lo visto se focalizaron en el altar central en el que reposaban algunas piezas de metal, por si alguna se había caído. El eco no les permitió saber de qué lugar provenía el ruido. Al cabo de un buen rato sacaron en conclusión que era la misma paloma, que momentos antes había alborotado la planta principal, la que seguramente se habría colado por la cripta.

Cuando cesó la búsqueda en la cripta, dejaron pasar unos minutos sin que hubiese ruido alguno, y Natalia encendió la linterna. Estaba sentada en los escalones secos, arriba del todo, encorvada bajo la rejilla. Zi seguía en el agua esperando.

—Pásame la linterna.

Cuando la tuvo en su poder, apuntó hacia el interior del pasadizo. La estructura era de ladrillos planos y largos, unidos con mortero gris. Incluso en la parte más alta de la bóveda tenía que agachar la cabeza. Algo se movía entre las calvas de las espesas y viejas telarañas grises que tapizaban la parte alta y las paredes del pasadizo, ¡cucarachas tamaño familiar! A Zi le dolió la piel de todo el cuerpo de lo fuerte que se le erizó. Tuvo que luchar con sus miedos para no quedarse paralizada, o volver a subir corriendo allí arriba con Natalia, gritando de pánico. Sólo faltaban las ratas y las serpientes. Miró el agua para asegurarse. No se veían más que las ondas que provocaba el temblor de sus piernas, que se expandían lentamente por la lisa y fría superficie, haciendo ondular algunas manchas de espumajos. El olor era tremendamente asqueroso.

—Parece que esto acaba a unos cinco metros de aquí. Se ve una pared — dijo con la voz más tranquila que pudo, para no alarmar a Natalia.

—¡Me estoy meando!

—Yo también pero no digo nada y me aguanto.

Zi se recogió el pelo en una trenza rápida y empezó a caminar hacia el

interior del túnel agachándose como podía.

—Voy a ver. ¡Quédate allí arriba un momento!

Cuando ya iba por la mitad se empezó a oír un ruido de agua, como un grifo abierto.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Lo siento, ya no podía más! —contestó Natalia.

Zi se rió y siguió avanzando lentamente hacia el fondo, intentando sortear las islas de espuma que inevitablemente acababan pegándose a sus vaqueros. Pisaba una especie de lodo que tendía a sacarle las bambas de los pies, como una ventosa, y meterse dentro, para luego volver a salir a presión por los costados, cuando apoyaba de nuevo el pie. Por fin llegó a la pared del fondo y descubrió que dos túneles salían de cada lado del suyo. De pronto oyó un chapoteo a su espalda. Se dio la vuelta rápidamente alumbrando la superficie del agua convencida de descubrir doscientas ratas nadando hacia ella. Pero la única rata que descubrió fue Natalia, avanzando como podía, dando arcadas, el pelo lleno de telarañas...

—Agáchate más, esto está lleno de bichos y telarañas que cuelgan, y lo estás arrastrando todo con el pelo —le dijo Zi alumbrando la bóveda con la linterna.

Natalia vio el espectáculo de las cucarachas huyendo de la luz para esconderse detrás de las telarañas y se empezó a sacudir el pelo con toda su energía.

—¿Me queda algo? —le preguntó a Zi al llegar a ella.

—No, lo tienes limpio. Hazte una trenza como yo.

—Mejor un moño —dijo quitando de su muñeca una goma del pelo que tenía entre sus pulseras y recogíendoselo lo más prieto posible.

—Tenemos un problema —prosiguió Natalia al ver los dos túneles que salían en direcciones opuestas—. No se ve ninguna flecha para indicarnos el camino —bromeó.

Zi estaba intentando olvidar el pánico y el asco que la invadía para poder pensar con claridad. Sabía que había algo importante que estaba pasando por alto.

—¡El cable de la luz! —dijo apuntando la bóveda con la linterna—. Si lo seguimos, nos guiará hasta el lugar al que lleva la electricidad. Y es lo

bastante gordo para que sea visible.

—¡Allí! —dijo Natalia, señalando a un lado con el dedo.

El cable se metía por el túnel de la derecha. La curiosidad superó el pánico y el asco. Se metieron por el túnel con cuidado. Allí la brisa había desaparecido y el olor a podredumbre se hacía más masticable. Caminaban con mucho cuidado, por si el suelo escondía alguna trampa. Iban cogidas de la mano, y Zi que llevaba la linterna verificaba cada centímetro cuadrado de la bóveda y del cable eléctrico. No se veía el final del túnel porque éste describía una ligera curva hacia la derecha. Ninguna de las dos hablaba. Abrir la boca significaba inundarla del olor nauseabundo, que impregnaba instantáneamente sus papilas gustativas y les provocaba arcadas.

Llevarían unos veinte minutos así, avanzando palmo a palmo, cuando apareció otro empalme a su izquierda, por el que el cable giraba sin equívoco. Zi alumbró el interior. Era bastante más alto pero iba bajando poco a poco hasta que a lo lejos la bóveda se metía en el agua. Zi, olvidando la prudencia, dio un paso para entrar a investigar, pero su pie no encontró el suelo.

—¡Cógeme! —gritó tirando de Natalia, que se echó para atrás con todas sus fuerzas.

—Qué susto, tía. ¿Qué ha pasado?

—Parece que hay un agujero en la entrada, y esta desviación va bajando y se mete en el agua. ¡Mira!

—Es verdad, pero el cable sigue por allí. ¿Qué hacemos?

—Ni idea. Sujétame bien, voy a estirarme para ver si puedo tocar el otro lado. No me apetece ir nadando.

—¡Buaaaj! A mí tampoco.

Natalia sujetó a Zi mientras estiraba las piernas para encontrar el final del agujero, pero parecía ser largo. Al echarse para atrás, su cuerpo se desplazó un poco hacia la izquierda y su pie tocó algo pegado a la pared. Cuando se hubo incorporado, tanteo la pared bajo el agua.

—Hay como un reborde aquí abajo, de unos veinte centímetros de ancho.

Alumbró la parte alta de la pared, justo donde empieza la curvatura de la bóveda y por donde corría el cable. Apartó las telarañas con la mano.

—¡Mira!, una barra horizontal. Está sellada en la pared y no parece que esté corroída. Sujétame, voy a ver si aguanta. A lo peor, me doy un chapuzón

—le dijo a Natalia dándole la linterna.

Y se agarró a la barra para probar si se sujetaba bien. Dio unos cuantos tirones para comprobar.

—Parece que aguanta. ¿Te has dado cuenta de que aquí no hay cucarachas?

—Debe de ser porque no hay aire.

Se pusieron en marcha. Al cabo de un rato, unos metros antes de que el túnel empezara a bajar, la barra desapareció, pero el agujero seguía allí.

—¿Por qué te paras?

—Ya no hay reborde ni barra.

—¿Y esto? —dijo Natalia enseñando otras barras debajo y arriba de la que Zi estaba cogida.

Zi alumbró sobre sus cabezas. Estaban tan concentradas en lo que hacían que no se habían percatado de que en este punto el cable subía para arriba por una apertura vertical.

A metro y medio sobre sus cabezas descansaba una compuerta negra, como la de los submarinos, con su volante y sus dos palancas de cierre, sin un solo arañazo, ni una mancha, ni una telaraña.

—Está como nueva —dijo Natalia.

—¡Vamos a por ella! —contestó Zi subiendo por las barras como si fuesen escalones.

Al llegar a la altura de la compuerta, agarró el volante e intentó hacerlo girar en un sentido y en otro, luego también tiró de las palancas, pero nada.

—¡Mierda!, no se mueve.

—Zi, ¿qué es eso alargado que sobresale a la derecha de la primera palanca?

Zi acercó la luz de la linterna al lugar que señalaba Natalia. Era un relieve, como una tapa. Metió la uña debajo y tiró. Era una tapa, la abrió. Apareció un sistema de combinación, veintiocho ventanitas, con sus correspondientes ruletas estriadas y sus cristalitos lupa en los cuales aparecían letras y números negros sobre porcelana blanca.

—¡Un maldito código! —exclamó Natalia.

—Veintiocho posiciones con números y letras. Las matemáticas no son lo mío, pero seguro que esto nos da unas cuantas combinaciones para probar —dijo Zi desilusionada haciendo girar distraídamente una de las ruletas.

—Zi, no veo bien desde aquí, pero me parece que estas ruedas no son suficientemente grandes para llevar treinta y seis posiciones, veintiséis letras y diez números.

Zi comprendió instantáneamente lo que Natalia quería decir y empezó a

girar una ruleta mirando lo que aparecía en la ventanita.

—¡Tienes razón! Adivina.

—Exanosequé —contestó Natalia.

—Exacto, del cero al nueve y de la A a la F. ¿Y ahora qué hacemos?

—Propongo que bajemos y volvamos a terreno firme para discutirlo. A mí me duelen los brazos y las piernas.

Las dos volvieron al túnel anterior donde se podía pisar sobre firme con tranquilidad.

—Debe de ser la misma clave que la del “Cid” ese que decía Guido, “Marcos-Iskander” —dijo Natalia—. Lo que pasa es que tenía treinta posiciones y nosotros tenemos veintiocho.

—Si quitamos el guión hay que restarle dos posiciones.

—¿Y cómo lo traducimos si no tenemos ningún codificador Exaeso?

—No, pero esto no es un ordenador. Y seguro que es más antiguo. Veamos. ¿Te acuerdas lo que nos contó Guido? De 1 a F y luego 10. Luego el F es 15. La M ocupa la posición 13 en el alfabeto, entonces es la E en Exa. Pondríamos 0E.

—No creo que sea tan fácil.

—No es fácil, lo que pasa es que nosotros tenemos todos los datos, la clave y la manera de codificarla. ¿Probamos?

—No tenemos nada que perder.

Volvieron a la compuerta. Codificaron pacientemente la combinación. La verificaron otra vez por si acaso y por fin Zi tiró de una de las palancas que se desplazó hasta su tope con un ligero cliqueteo. Hizo lo mismo con la otra, aguantando la respiración. Por último giró despacio el volante que se movió sin dificultad. Cuando llegó al final de su rosca, se escuchó un sonido parecido al que hace la puerta de un congelador cuando se abre y suenan las gomas que la rodean con el chupón del aire en descompresión. Zi empujó con todas sus fuerzas para levantarla y para su sorpresa la compuerta salió disparada hacia arriba, a un lado.

Metió medio cuerpo por el hueco que había quedado libre y paseó la luz de la linterna en el interior. Lo primero que vio fue el mecanismo de contrapesos de la compuerta, y un panel eléctrico moderno, cerrado, con un interruptor en su puerta. Era una pequeña habitación de techo bajo pintada de

blanco, con una puerta de cristal translúcido en la pared opuesta.

Zi se alzó en el interior, y se dirigió hacia el mando del panel eléctrico para levantar el interruptor, mientras Natalia trepaba por la abertura. Una luz de bajo consumo se tomó su tiempo para iluminar la salita y el recinto contiguo que se vislumbraba a través del cristal de la puerta. Cerraron la compuerta. Hacía fresco y el hedor había desaparecido, se respiraba mejor, hasta se podía decir que el aire estaba limpio. Olía a arcilla y tierra, les pareció el mejor olor del mundo. Zi no tardó en descubrir un medidor de humedad conectado a un purificador de aire ozonizador cuya salida estaba empotrada en la misma pared que daba a la otra sala.

Abrieron la puerta de cristal, y se quedaron boquiabiertas ante lo que estaban viendo. Aquello era digno de los decorados de las mejores películas. Daba acceso a una cámara poco iluminada, de unos cinco metros de ancho por ocho de largo y tal vez tres de altura en el punto culminante de la bóveda que se apoyaba sobre unas finas columnas blancas. Era de piedra tallada, se veían mosaicos y frescos perfectamente conservados, en las paredes. En el suelo, losas de mármol blanco rodeaban un catafalco sobre el cual reposaba una especie de artefacto de ciencia ficción. Unas antorchas sujetas en las paredes, iluminadas con bombillas, realzaban aún más el ambiente fantasmagórico y ceremonial del lugar. El resto era diáfano y nada entorpecía la vista ni el paso. Debían estar debajo de la sacristía.

Entraron con respeto, dejando un rastro de lodo en cada pisada, y se acercaron muy despacio al catafalco. Tendría unos cuatro metros de largo por dos de ancho, y medio metro de altura, se situaba en el mismísimo centro de la cámara. Unos escalones, invisibles desde donde habían llegado, aparecieron en el costado opuesto. Vencieron el sentimiento de más allá que les invadía y subieron para encontrarse con un sarcófago de metal con formas redondeadas. La parte de arriba era de cristal y emitía un resplandor azul-violeta. No se podía apreciar una sola marca ni hendidura, parecía hecho de una sola pieza, metal y cristal fundidos en un solo bloque. De la parte inferior salían tubos, como los de las duchas pero más gruesos, que estaban conectados a una caja negra que se encontraba a los pies del sarcófago. Ésta emitía un amortiguado chisporroteo constante que inundaba el silencio, dándole este toque inquietante a la atmósfera ya imponente de por sí.

La impresión que las embargaba era tal, que se quedaron un buen rato allí sin osar hacer ni un solo gesto. Hasta que Natalia bajó la vista hacia la parte superior del sarcófago.

—Qué asco, ¿qué es esto? —dijo Natalia que se había asomado al cristal.

Zi se acercó. El cristal cubría todo lo largo y ancho, y era abombado. Dentro se entreveía, a través de una niebla azul-violácea que se movía como una nube deshilachada, una forma que podría parecerse a un cuerpo. Al rato de observar se podía distinguir una momia en bastante mal estado, pero completa.

—¿Tiene la nariz entera, o le falta un trozo? —dijo Zi mirando concentrada por el cristal.

—No se ve bien, pero creo que le falta un trozo —contestó Natalia.

—Sí, debe de ser él. Se la rompió César Augusto al ponerle una corona. Fue en el 30 a.C., cuando llegó a Alejandría después de vencer a Cleopatra. Ordenó que sacaran su sarcófago de la cámara funeraria, echó flores por su cuerpo y en un descuido...

Se quedaron pensativas unos instantes.

—Mira —dijo Natalia señalando una esquina de la sala.

Obcecadas con el catafalco y su sarcófago sicodélico, no se habían fijado en una gran mesa rodeada de estantes, repletos de libros, rollos y papeles, protegidos por grandes plásticos transparentes. Estaba en una esquina de la pared a la que daba la puerta por la que habían entrado. Zi dio a un interruptor y toda la zona se quedó iluminada con focos de estudio. Varios arcones y cajas estaban aparcados a un lado.

—¡Esto es fantástico!, manuscritos, papiros, pergaminos...

—Y un cuadernillo con tapas de plástico —dijo Natalia cogiéndolo de la mesa.

Lo abrió para ojearlo y dijo:

—Aquí hay un montón de nombres y fechas apuntados en las primeras páginas. Es como el organigrama de una empresa o un árbol genealógico, todo muy limpio, menos aquí. Han tachado media página, ponía Prescott Bush 1926, luego lo han tachado y han puesto S.A.B. al lado subrayado dos veces. Dos páginas más y luego está vacío, la última fecha es de los años sesenta.

Zi se acercó para mirar.

—Vamos a fotografiarlo todo con el móvil —dijo Zi sacando el teléfono.

Abrieron el cuadernillo en la mesa y le quitaron la funda de plástico. Se notaba que no era suya, el cuaderno era mucho más viejo. Al hacerlo una hoja doblada cayó al suelo.

—Estaba detrás de la funda —dijo Natalia al recogerla del suelo.

La abrió. Había un dibujo de unos huesos cruzados sobre una calavera con las iniciales S.A.B. debajo, y después un montón de nombres de empresas e instituciones financieras.

—Vamos a sacar fotos de todo —dijo Zi.

Al cabo de un rato las fotos ya estaban sacadas, y el cuadernillo con su funda y el papel, en su sitio. Zi siguió inspeccionando con admiración y veneración.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Natalia.

—Aquí hay cosas que se supone han desaparecido hace mucho. Algunas, hace milenios —contestó Zi—. Puede que muchas provengan de la Biblioteca de Alejandría. El caso es que están aquí y no las podemos sacar. Habría que dar demasiadas explicaciones.

Perdieron la noción del tiempo mirando, ojeando, y sacando muchas fotos.

Al mover una pila de manuscritos apareció en una repisa una especie de pequeño ordenador, parecido a esas agendas electrónicas que llevan los ejecutivos, pero más grande, conectado a un aparato con luces verdes del que salían unos cables hacia la pared.

—¿Y eso?

—Ni idea. Mira, en la pantalla aparece el símbolo con los cuernos de carnero, como en el mapamundi. Vamos a sacar una foto.

—¡Mira! —dijo Natalia que acababa de abrir un arcón.

Zi se acercó. Envuelto en unas mantas se veía parte de un casco, debajo un escudo...

—Una armadura, o parte de ella. Abre otro.

En los demás encontraron tablillas de arcilla. Pero en el último, que se encontraba al fondo, contra la pared, y que era de menor tamaño, había pequeños lingotes de oro, joyas antiguas, monedas que representaban a

Alejandro e imponentes fajos de billetes de 500 euros.

—Está claro que los euros son de hoy en día —recalcó Natalia.

—Los lingotes también. Proviene de Suiza. —Zi cogió uno en sus manos y lo sopesó—. Estos números 999,9 son la pureza, se mide sobre 1000. El peso está aquí: 250gr. y aquí está el sello del productor Argor-Heraeus Switzerland, con el número de serie. ¡Esto vale su peso en oro!

—Qué pequeños.

—Sí, unos $6 \times 3 \times 1$ cm. Y unos 6.000€ de valor. El fondo está tapizado. Comprendo que no pudiéramos moverlo.

—Uno, dos, tres... —empezó a contar Natalia—. He contado 13 a lo largo y 16 en el ancho. Si no me equivoco hay unos 20cm de altura en el fondo del arcón. Déjame el móvil para calcular... Gracias. A ver 13 por 16 por 20 nos dan 4.160 por 250gr... ¡Una tonelada! Y en euros... ¡No puede ser! Seguro que me he equivocado en alguna parte...

Las dos miraron la calculadora del móvil. No hicieron ningún comentario. Sólo se quedaron mirando el fondo del arcón maravilladas.

Al cabo de un buen rato, apagaron las luces de la mesa y dieron la vuelta a la cámara mirando la decoración de las paredes.

—¿Todo esto es antiguo? —preguntó Natalia.

—Sí, y perfectamente restaurado. Cuando vea a Abdel Aziz va a tener que tomárselo con calma para contestar a todas las preguntas que tengo que hacerle. ¿Qué hora es?

—Las tres —contestó Natalia después de mirar su reloj.

—Cómo pasa el tiempo.

—Qué más da, no podemos salir de aquí sin llamar la atención hasta mañana a las diez que abren la Basílica.

—Vamos a intentar descansar algo.

—Estoy congelada, se me han secado los vaqueros pero sigo teniendo los pies mojados.

—Yo también. ¡Tengo una idea!

Sacaron una vieja manta de lana de uno de los arcones, la sacudieron provocando una nube de polvo. Se quitaron las zapatillas y se envolvieron juntas en ella como pudieron, sentadas en el suelo y apoyadas en el costado de la mesa.

—Esto huele a macho cabrio.

—No puede ser peor que el bajo de nuestros pantalones. Por lo menos no pasaremos frío.

—El que va a estar desilusionado es Guido, no hemos encontrado ningún tesoro, por lo menos como él se lo imagina, con cofres repletos de monedas, joyas...

—Pero tenemos a la momia, lingotes y un fajo de Bin Laden. *[[25]]*

ZI y Natalia llevaban ya un buen rato acurrucadas en los escalones, debajo de la rejilla que daba a la cripta. Faltaban todavía unos minutos para las diez y no se oía ruido alguno.

Habían abandonado la cámara una hora antes, después de dejar todo como lo habían encontrado. Sólo quedaban las huellas de lodo en el mármol blanco.

Estaban agotadas. Entre lo duro y frío que estaba el suelo y lo mal que olía la manta, no habían conseguido pegar ojo. Ahora estaban mojadas de media pierna para abajo y heladas.

De pronto se oyeron pasos arriba, en la cripta. Se acercaban con rapidez a la rejilla.

—Zi, Natalia. ¿Estáis ahí?

Era la voz de Miguel que murmuraba.

—Sí, —contestó Natalia—. ¿Podemos salir o hay gente?

—Estamos solos, no hay nadie.

Zi movió el sistema de cierre con la mano y empujó la rejilla que se levantó sin problema. Salieron en un instante y volvieron a cerrarla.

—¿Qué tal todo? —preguntó Miguel, mientras Guido le daba un fuerte y sincero abrazo a su hermana.

—Luego os lo contamos. Salgamos de aquí. Miguel, quítate la sudadera y seca las huellas que vayamos dejando, no sea que nos delaten.

Miguel obedeció y fue secando las escasas manchas de lodo que dejaban las chicas en el suelo. Ya estaban casi escurridas del tiempo que llevaban esperando. Cuando llegaron a la planta principal de la Basílica, Miguel dobló

la sudadera y se la puso debajo del brazo, las huellas no se distinguían sobre los mosaicos.

Salieron los cuatro pasando delante de los vigilantes de día, sin que nadie se fijase en estas dos chicas demacradas, con restos de maquillaje y cabellera despeluchada donde se podían apreciar restos dudosos. Sin hablar del color marrón negruzco de los vaqueros de los que colgaban espumajos lamiosos, y el penetrante olor a pocilga que desprendían.

—Esta mañana ha venido un hombre al Palazzo —dijo Miguel—. Nos ha dicho que aquí estamos seguros y que no tenemos que movernos por nada del mundo. Dice que es importante. En otra parte estaríamos en peligro y no podrían protegernos.

—¿Y quién es este tío?

—Ni idea. No se ha presentado, y a nosotros nos daba reparo hacerle preguntas. Quería saber dónde estabais. Le hemos dicho que de compras. Hablaba en inglés pero con un fuerte acento francés.

—Yo le vi hablar con Aurelia antes de venir a vernos a la terraza. Los dos estaban preocupados, se les veía en la cara y en los gestos que hacían. Y es raro que no haya querido saber más —dijo Guido.

—Es verdad —continuó Miguel—, anoche Aurelia nos preguntó por vosotras y de primeras no supimos qué contestar. Luego le dijimos que habíais ido a cenar y a bailar. No hizo más preguntas.

—Cuando nos fuimos a acostar, pasamos por vuestro cuarto a deshacer las camas para que pareciera que habíais estado esta noche, pero fui al baño a las tres y las habían vuelto a hacer. Las volví a remover, pero esta mañana de nuevo estaban hechas, y Aurelia no nos preguntó nada.

—¿Y ahora dónde está ese tío? —preguntó Zi.

—No lo sé. Se ha ido por la puerta del embarcadero, pero la lancha sigue allí. Además nosotros vimos cómo entró por la puerta principal. Y te puedo asegurar, por la cara que puso Aurelia, que no había llegado antes —dijo Miguel.

—¿Y cuándo ocurrió?

—Llegó a las nueve y se fue al embarcadero media hora después. Unos minutos antes de salir a buscaros. Hemos estado un montón de tiempo esperando la apertura. Pone que en verano es a las nueve y media y han

abierto a las diez y cuarto. Fíjate ya son casi las once. ¿Y vosotras qué habéis encontrado?

Se encontraban delante de la puerta del Palazzo. Zi miró la puerta que estaba en la otra parte del puentecito de piedra, y se paró.

—Os lo resumo. La rejilla conduce a un túnel, a unos cuatro metros de profundidad. Está medio inundado, huele a rayos, hay cucarachas, telarañas, y porquería flotando por el agua. Y se me olvidaba, barro o lodo en el fondo.

—¡Nos lo hemos pasado bomba! De los mejores SPA que he visto en mi vida —añadió Natalia con cara de asco.

—Hemos seguido el cable eléctrico para no perdernos en el dédalo de túneles, y fuimos a parar a una compuerta, como la de un submarino, con un código de veintiocho posiciones. Estaba situada en el techo del túnel.

—¿Cómo era la compuerta?, ¿los túneles eran estrechos?, ¿cómo se ponía el código?...

—Tranquilo Guido, hemos sacado fotos de todo.

—Ahora hay que buscar el código para abrir...

—Ya está abierta.

—¿Cómo habéis encontrado la clave?

—Gracias a ti y a tu Curso de Exanosequé.

—Genial, ¿qué había detrás de la puerta?

—Creo que lo mejor es que bajes las fotos en tu ordenador y lo veas tú mismo —dijo Zi dándole el móvil.

—¡Vamos, rápido!

—Si está ese hombre, os esperáis a que se vaya. ¿Entendido?

Una vez dentro, Aurelia les dijo que el hombre había seguido su viaje. Sólo estaba de paso, y que Abdel Aziz no vendría de momento. No hubo manera de sacarle nada más. Ni su nombre, ni lo que había ido a hacer al embarcadero.

Zi y Natalia se fueron a asear y a dormir un poco, no sin antes tomarse un copioso desayuno. Hacía tiempo que Miguel y Guido habían desaparecido por la puerta de la biblioteca con el móvil.

ZI y Natalia pasaron a la biblioteca a las cinco de la tarde, bien repuestas después de cinco horas de intenso sueño reparador. La mesa estaba repleta de copias de las fotos que habían sacado la noche anterior. Muchas estaban repetidas, otras eran detalles. En muchas de ellas había anotaciones hechas a mano en varios colores. Miguel y Guido ni siquiera levantaron la cabeza. Estaban cada uno en un ordenador, tan concentrados que no se habían dado cuenta de que acababan de entrar.

—¿Cómo va todo? —preguntó Zi.

Los dos se sobresaltaron, y se quedaron mirándolas como si no las conociesen. Por fin Miguel reaccionó.

—No os podéis imaginar todo lo que hemos encontrado. No sabría por dónde empezar. Lo más espectacular es la cantidad de objetos que han desaparecido o que se supone que nunca han existido y que están en la cámara. Hace tres horas nos hemos centrado en un cuadernillo con nombres y fechas puestos en forma de organigrama. Y una hoja suelta, seguramente del mismo cuaderno, donde pone S.A.B.

Como nadie preguntó nada, siguió:

—Si esto guarda relación con los últimos acontecimientos, es posible que estemos realmente metidos en algo bastante complejo y peligroso.

—Todo lo que habéis visto es genial. Yo también quiero ir allí para ver el sarcófago y la momia —dijo Guido.

—Bueno ya veremos, no creo que sea el momento. ¿Qué habéis encontrado?

—El sistema informático que se encuentra en la cámara es un PDA, una

agenda electrónica, último modelo —explicó Guido con la foto en la mano—. ¿Veis este aparato con luces verdes? Es el router Wifi que vemos desde aquí. Y este cable gris que sale detrás, debe de ser el que va a una antena exterior superpotente.

—Me lo imaginaba. ¿Y respecto a lo del cuaderno y las siglas S.A.B.? —preguntó Zi.

—Cuando habéis llegado estábamos todavía recopilando información. Aunque hay tanta, que creo que no acabaríamos nunca, —dijo Miguel.

—¿Pero de qué se trata?

—Primero hablemos del cuadernillo. Lo que nos ha llamado la atención, es cómo está organizado. Parece un organigrama de diez ramas. Semejante al que se utiliza para clasificar un árbol genealógico o la jerarquía de una empresa. Cada nombre está asociado a una fecha. Si buscas en Internet, ninguno es relevante, política o socialmente. Quiero decir que, aunque los nombres que ocupan los tres primeros niveles sean o hayan sido, cargos importantes, e incluso muy importantes y estratégicos, en el mundo de las finanzas, del comercio, de la cultura y de la industria, casi siempre en el sector privado, no aparece información personal. Son individuos transparentes, discretos, ocupan su puesto como cualquier otro y nada más. No son figuras mediáticas.

—Entonces...

—Las primeras fechas asociadas remontan a 1850. Se ve claramente cuando un nombre, en un nivel de una rama, es remplazado por otro. Fijaos, nunca hay promoción o algo parecido. Un nombre está en un nivel durante una temporada generalmente larga, luego se va y es reemplazado por otro, pero no proviene de otro emplazamiento del organigrama, sino de fuera.

—¿Y a dónde nos lleva?...

—No sabemos lo que representa el organigrama en sí. Nos ha llamado la atención que en 1919 un tal Prescott Sheldon Bush entra en el organigrama en el nivel uno y sale en 1926, siete años después. Pero no es reemplazado. Esta rama se rompe. Los niveles uno, dos y tres desaparecen completamente para dar paso a nuevos nombres. Todos con la misma fecha 1926. Así como otros muchos en los niveles inferiores, pero no todos, se ve por la fecha. No sabemos a qué corresponde esta ruptura pero debe de haber pasado algo

importante. Como cuando una multinacional despide a un alto directivo corrupto y a toda la plantilla que es susceptible de estar en relación directa con la trama.

—¿Y quién es Prescott Sheldon Bush? ¿No tendrá que ver con?...

—¡Esto es lo mejor! Podría tratarse del padre de George H.W. Bush, el abuelo de George Bush Jr.

—¿Y?

—Aquí es donde entra la S.A.B., Skull and Bones, Calavera y Huesos — dijo Miguel cogiendo sus notas—. Se supone que es una orden masónica secreta fundada en 1833 en la Universidad de Yale, por Alphonso Taft y William Huntington Russell, pariente del politólogo Samuel Huntington, el que escribió “el choque de las civilizaciones”. En 1856, la S.A.B. fue registrada oficialmente como Asociación Russel. Es la más poderosa y secreta de las sociedades norteamericanas. En la actualidad debe de tener unos ochocientos adeptos. También se conoce como el Capítulo 322. Russell estudió en Alemania entre 1830 y 1831. En esa época Alemania era la tierra de la renovación. La metodología científica era aplicada a todos los estudios sobre el comportamiento humano. En 1817, las universidades alemanas habían creado un nuevo sistema educativo basado en los principios establecidos por Jean-Jacques Rousseau y John Locke. Se declaró que los jóvenes debían prepararse para tomar las riendas del Estado. En esos tiempos también se puso de moda entre los estudiantes, crear sociedades secretas. William Huntington Russell fue iniciado en el capítulo 32-2 de una de ellas. A su vuelta a Yale creó la Skull & Bones. Estuvo domiciliada durante décadas en la sede neoyorquina de la banca Brown Brothers Harriman. Parece ser que su meta es la creación de un liderazgo oculto para poder controlar el planeta. Por lo que Guido y yo hemos leído en Internet, en diferentes Webs del mundo entero, sus afiliados son miembros de las familias americanas más prestigiosas, Rockefeller, Roosevelt, Kellogg, Goodyear, Forbes Vandervit, Lord, Witney, Taft, Jay, Arriman, Stimson, Bush... No es una lista secreta, está publicada en YALE’S SKULL & BONES SOCIETY MEMBERS TO 1984, y se puede consultar por Internet. Se dice que desde 2004 está instalada en España, en las afueras de Madrid, y que ya cuenta con unos treinta miembros, con importante influencia empresarial, política y

cultural entre los cuales está nuestro ex presidente, José María Aznar.

—Bueno. ¿Pero qué pintaría el abuelo Bush en todo esto?

—Era un miembro de Skull & Bones, y en 1926, fecha en que es borrado del cuadernillo de manera expeditiva, entra a formar parte de la plantilla de W.A. Harriman and Company. Cinco años más tarde, en 1931, después de una fusión, la Harriman Bank se transforma en Brown Brothers Harriman y Bush se convierte en socio. Cuando la familia Thyssen, los financieros de Hitler, crearon la Union Banking Corporation para poder gestionar sus inversiones en América, Prescott Bush fue uno de sus siete directores. La Union Banking estuvo implicada en la colecta de fondos de americanos pro-alemanes (en tiempos de la Alemania nazi) y en la transferencia ilegal de la tecnología del carburante aéreo, que permitió la reconstrucción de la Luftwaffe. Durante la Segunda Guerra Mundial, en 1942, las participaciones de Prescott Bush fueron confiscadas por la ley del Trading with the Enemy Act. Comprendían: Union Banking Corp. (para Thyssen y Brown Brothers-Harriman), Holland-American Trading Corporation (con Harriman), Seamless Steel Equipment Corporation (con Harriman) y Silesian-American Corporation (con Walker). Pero en política, sólo consiguió llegar al puesto de senador de los Estados Unidos de 1952 a 1963.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con nosotros?

—Su hijo George Bush y su nieto George Bush Jr. también han estudiado en Yale y son miembros de Skull & Bones. Existen teorías aberrantes que presuponen que los Bonesmen son unos “Iluminados” elegidos para gobernar el mundo y que necesitan que se cumplan ciertas profecías para poder establecer un Nuevo Orden Mundial. Como por ejemplo inducir el derrumbe de las Torres Gemelas para cumplir cierta interpretación de Nostradamus o la de Benjamín Solari Parravicini en 1939: ***“La libertad de Norteamérica perderá su luz, su antorcha no alumbrará como ayer y el monumento será atacado dos veces”***

—¡Eso son chorradas!

—Serán chorradas, pero con tal que sólo una milésima parte de lo que se dice sea verdad, se puede considerar que esta gente está pirada y es peligrosa. Si un loco de por sí es peligroso, un loco forrado, con poder y relaciones... Ten en cuenta que estamos hablando del hombre más poderoso del mundo, el

presidente de los Estados Unidos.

Todo el mundo estaba callado, meditando la amplitud de las palabras de Miguel. Éste siguió:

—Recuerda lo que te ha dicho tu amiga María José del Pino: los que han atacado tu casa son de la CIA y parece ser que están directamente relacionados con el presidente. Recuerda también lo que me has contado, durante la primera guerra de Irak robaron los documentos del Museo Nacional de Kuwait, y casualmente, en este preciso momento, papá Bush paró la guerra del Golfo en seco a las puertas de Bagdad, cuando tenían a Sadam cogido por los huevos. Luego los documentos se recuperan gracias a vuestro amigo Edgard, y no se habla más del tema. Una década más tarde Bush Jr. emprende una nueva cruzada contra Irak amparado por los atentados terroristas de las Torres Gemelas, y los documentos vuelven a ser protagonistas. Y de nuevo desaparecen, con vuestros padres por medio.

—La verdad es que da para pensar.

—Quieren el tesoro —dijo Guido.

—No sé lo que quieren, pero esto me sobrepasa. Qué contienen estos documentos que puedan justificar guerras, muertos...

Miguel retomó la palabra:

—Existen demasiadas coincidencias. Prescott Bush era un bonesman y parece haber intentado infiltrar sin éxito, a principios del siglo XX, una imponente estructura que tiene que ver con Alejandro Magno. Su hijo George, también bonesman, casi logra apoderarse de unos documentos relacionados con Alejandro pero alguien lo traiciona y fracasa. Su nieto George Jr., cómo no, bonesman, retoma el estandarte, y no sabemos qué ha conseguido. Se le debe de haber escapado de las manos, si no, para qué tanta prisa por recuperar los vuestros. Deben de pensar que los que tenéis son los mismos.

—Esto son conjeturas, Miguel —dijo Zi.

—Hay un nuevo dato del que todavía no os he hablado. Al principio me parecía que mi idea era de adolescente, pero cuanto más pienso en ello más convencido estoy que puede haber una relación.

—Explícate de una vez —se impacientó Natalia.

—La Russell Trust Association de los Skull and Bones tiene en su

patrimonio una isla particular, llamada Deer Island, Isla de Ciervo. Servía como lugar de reunión y descanso a los miembros del club de la isla, donde sólo podían entrar a formar parte los iniciados de Skull and Bones. Ahora parece que lo tienen un poco abandonado. Quedan dos pistas de tenis, dos casas, un bungalow, un embarcadero, un anfiteatro. Se puede ver por Google Earth en las coordenadas 44°21'41''N 75°54'24''.

—¿Y qué...?

—Déjame terminar. Forma parte de un archipiélago conocido como Thousand Islands que se encuentra en el río San Lorenzo entre Estados Unidos y Canadá. Y ahora viene lo mejor: está a dos millas al norte de la bahía de Alejandría.

—¿Hay una bahía de Alejandría en un río en la frontera entre Estados Unidos y Canadá?

—Sí. Lo estaba mirando cuando habéis entrado.

Todos se asomaron a la pantalla del ordenador donde Miguel tenía puesta la bahía de Alejandría en Google Earth. Se podía apreciar cómo el río se ensanchaba para convertirse en una especie de lago con cientos de islas.

—Tengo más deducciones. ¡El famoso capítulo 322! Tampoco creo que sea una coincidencia fortuita. Se dice que rinden culto a la diosa Eulogia quien tomó su sitio en el panteón a la muerte de Demóstenes en 322 a.C. Pero cuando conoces cierto cuento, 322 a.C. es el año siguiente a la muerte de Alejandro, y el del nacimiento de su hijo póstumo, fruto de su relación con Roxana la hija del sátrapa bactriano Oxiartes.

Sólo se oía la respiración regular de Lennon que dormía a pierna suelta en una de las butacas cercanas. El silencio se prolongó un rato más, cada uno en sus reflexiones. Miguel, siguió con su razonamiento:

—¿Te acuerdas de lo que dijiste antes? “que pueda justificar guerras, muertos...” Guido te contestó: “el tesoro de Alejandro.” Pues bien, yo también creo que lo único que puede motivar, pudrir y degenerar tanto al ser humano, es la pasta, un montón de pasta. En la foto del arcón que está en el móvil se ve cómo el fondo está lleno de lingotes de oro de 250gr. He contado 13 por 16 y en altura tal vez 15cm...

—Mínimo veinte —rectificó Natalia.

—Vale, es que en la foto es difícil apreciarlo.

Miguel tecleó cifras en la calculadora y prosiguió:

—Resultado: en el fondo de un baúl de 50cm por 80cm, tenemos lingotes de oro que pesan una tonelada, por un valor actual de unos veinticinco millones de euros. Más el fajo de billetes de 500 donde puede haber medio millón. Súmale las joyas.

—Esto no es tanto dinero para esta gente.

—Pero si los puntos en el mapa son emplazamientos donde se ha escondido realmente el inmenso tesoro de Alejandro...

ACABABAN de sonar las diez de la noche en algún lugar de Venecia. Estaban todos sentados en la pequeña terraza de un restaurante, al pie del Ponte Dell' Academia mirando pasar las góndolas y los vaporetos. Habían salido de compras porque Guido no podía seguir sin ropa. Desde que habían perdido su maleta en el desafortunado encuentro con el hombre de la mancha en el Parador de Aiguablava, en la noche del viernes al sábado, Guido usaba ropa de Miguel, mientras Aurelia lavaba la suya. Le quedaba demasiado holgada y parecía un rapero desfasado.

Habían cenado pizzas y ensaladas. Se sentaron en una mesa cerca del agua del Gran Canale, junto al puente. Era un lugar agradable, con mesitas de madera y manteles de cuadritos rojos y blancos. El chianti se dejaba beber como agua y los helados del postre eran un pecado. Llevaban un rato en silencio, disfrutando de la sobremesa, cada uno en sus pensamientos, cuando Lennon empezó a gruñir levemente. Zi le mandó callar levantando el dedo, pero no dijo nada, interrumpiendo su gesto. Le acababa de llegar un olor a puro y café. Se quedó rígida, sin habla, no hizo falta decir nada, por la cara que ponían los demás también lo habían olido.

Lo localizaron en segundos, venía hacia ellos por la calle Rio Terrà Antonio Fosca, paseando tranquilamente y hablando con un cura, o por lo menos un hombre que llevaba el disfraz.

—Mirad todos hacia el río, que no nos vea.

Zi se apoyó contra la pared para no estar directamente en su campo de visión. Así la tapaban los de la mesa de al lado. Lo vio pasar cerca de las primeras mesas y tomar el camino del puente o del Campo della Carità.

—Natalia, dame una goma del pelo. ¡Rápido!

Se recogió el pelo en un pseudo moño y se levantó.

—Me esperáis aquí. ¡Tú también! —le dijo a Natalia que ya se estaba levantando para ir con ella—. Sólo quiero saber dónde va. Le seguiré de lejos.

Salió corriendo de la terraza para ver cómo los dos hombres desaparecían por la parte alta del puente. Esperó un rato y subió despacio los escalones. Al llegar arriba se apoyó en la balaustrada del puente para disimular, mientras ellos bajaban por el otro lado. Abajo, en la terraza, veía a sus tres amigos en una animada conversación y Lennon mirando hacia donde ella había salido. Esperó a que los dos hombres desapareciesen por la esquina del Palazzo Cavalli Francetti y bajó rápido. De pronto se encontró con un montón de gente que salía de una iglesia. Acababa de finalizar un concierto en la Chiesa di San Vidal. Tuvo un instante de pánico al no verlos, pero enseguida los localizó. Estaban parados y hablando en el centro del Campo San Stéfano. Se acercó protegida por el monumento central. Sacó el móvil e hizo una foto como cualquier turista, a la estatua, pero enfocó al hombre de la mancha, lo tenía de frente. Estuvieron hablando un rato y cada uno se fue por su lado. Al final de la plaza, el hombre de la mancha se metió a la izquierda por la Croseria Botteghe hasta la Casa del Veronese, y luego por una calle larga y estrecha, en donde no había ni un alma. Al llegar al Gran Canale desapareció como por encanto. La calle era muy estrecha y desierta, Zi no podía ir hasta el final sin correr el riesgo de que la viese si volvía a salir. No sabía con seguridad dónde se había metido el hombre de la mancha. Decidió ir a por los demás.

Al volver comprobó que había memorizado correctamente los nombres de las calles por donde había pasado. Se entretuvo unos segundos mirando el escaparate de una tienda gay surrealista en la esquina del Campo San Stéfano con el Palazzo Morosini.

Cuando llegó a la terraza sólo había pasado media hora. Se los encontró con la nariz en un helado a compartir. Lennon fue el único que la vio llegar.

—No parece que os haya preocupado mucho mi ida.

—Es que el camarero guapo nos ha invitado a un helado.

—Parece que has vuelto a ligar.

—¡Ya! ¿Tú crees que Aurelia se mosquearía si...?

—¡Ni hablar, tía! El domingo has tenido tu ración en el barco, sólo estamos a miércoles. Te aguantas. Yo llevo casi quince días sin probar bocado.

—Envidiosa —le contestó Natalia con morros exagerados.

—Nos vas a contar qué ha pasado o vais a seguir con vuestras tonterías —les cortó Miguel.

—Dame el plano de Venecia.

Zi miró el mapa a la vez que les contaba por dónde había ido.

—El problema es que esta calle es larga, estrecha y desierta. Desemboca directamente en el Gran Canale, así que no podemos acercarnos sin riesgo.

—Qué tal si vamos por aquí, y vemos el lugar desde el otro lado del Gran Canale —dijo Miguel trazando un recorrido con el dedo sobre el plano.

—Vámonos —dijo Zi sacando su monedero para pagar.

Dejaron el Ponte Della Academia a su derecha y cruzaron el Campo Della Carità donde la imponente fachada de la Galleria dell'Accadèmia se asomaba al Gran Canale. Se metieron por el Campiello Cortu Gambará que más bien era una oscura y estrecha calle bastante transitada que desembocaba en un canal oscuro y verdoso, il Rio di san Trovásio. Continuaron por la Fondamenta Priùli hasta un pequeño puente de piedra que cruzaron. Siguieron por callejuelas oscuras o mal iluminadas, sus pasos retumbaban perturbando el frío silencio de la noche dejando una impresión de temor y angustia. De pronto aparecía un pequeño canal con sus aguas densas y negras, en las que se reflejaban las luces amarillentas de las farolas, proyectando las ondas en las fachadas ocre y rosas, dándoles vida propia; y un bonito puentecito de piedra blanca que lo cruzaba con sus escalones desgastados, los devolvía a la Venecia dorada y romántica de los cuentos. Así siguieron cruzando el Rio Malpara, el Rio San Bárnaba y el Rio di Ca Fósari, por el que habían llegado el lunes pasado. Después de dar un pequeño rodeo se acercaron al borde del Gran Canale por la Fondamenta del Traghetto.

—Ya estamos —dijo Zi—. Es la callejuela que se ve allí en frente.

—Pues allí no hay nada más que el acceso a un palacio. Vamos a sacar una foto con el móvil y le preguntaremos a Aurelia o a Marcelo.

A las once y media estaban de vuelta al Palazzo. Guido se fue directamente a la biblioteca para imprimir las fotos que acababan de sacar. Cinco minutos más tarde se plantaban todos en el office de la cocina, en la segunda planta, en el que Aurelia y Marcelo tomaban una copa de amareto delante de un viejo televisor que emitía la tercera o la cuarta parte de una famosa película americana.

Zi le enseñó las fotos con las señas apuntadas en rotulador rojo. Aurelia se quedó pálida y se santiguó varias veces.

—La casa de Satán. El guapo, el hijo de lucifer. No os acerquéis a él. Es el demonio. No sabía que había vuelto. Esto es una señal de mal agüero. No es bueno, no es bueno.

Se quitó el delantal, lo dejó en una silla y se fue por el pasillo a sus aposentos. Repitiendo la última frase sin cesar.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Zi a Marcelo.

—Aurelia es ya mayor. Tiene resquicios de educación antigua. En Venecia se cultiva la superstición, sobre todo la religiosa.

—Pero todo este rollo de Satán, Lucifer, el demonio... santiguándose y pálida de miedo...

—Es una historia que conoce toda Venecia. Cuando yo era pequeño, vivía un Cardinale en el Palazzo que aparece en vuestra foto. Tenía mala fama. A los niños nos tenían prohibido acercarnos a él. Todo el mundo sabía que pasaba pero era “el Cardinale”, el intocable. Había una familia a su servicio. Tengo entendido que se ocupó personalmente de la educación del hijo, un niño muy guapo. ¿Entendéis lo que quiero decir?... Luego el niño se hizo

mayor y fue ordenado sacerdote por el mismísimo Cardinale. Le dieron una pequeña parroquia en Florencia. Allí estalló un escándalo, fueron implicadas varias mujeres respetables, y el hermoso cura con cara de ángel, que fue excomulgado. El Cardinale no pudo protegerlo, porque al parecer falleció en extrañas circunstancias. El excomulgado desapareció de la faz del mundo durante una larga temporada. Pero hace unos años volvió para tomar posesión del importante legado que le dejó el eclesiástico. Las malas lenguas dicen que la mancha que lleva en el cuello es el sello del acuerdo que ha firmado con Satán. Razón no les falta porque parece ser que desde muy joven se ocupaba de lavar los trapos sucios de la Iglesia, bajo las órdenes y la bendición de su benefactor.

—¡Qué perla! Habrá que...

—Zi, no estoy autorizado a deciros nada. Estoy al servicio del Palazzo desde que tengo quince años. Aurelia me recomendó hace unos veinte. Me estaba saliendo del buen camino y ella me sacó de la calle. No quiero perder mi puesto, pero no creo que nadie me pueda reprochar que os avise. Bratti, Paolo Bratti, el hombre de la mancha en el cuello, es un esquizofrénico, frío y calculador, adulator y seductor, que tiene la reputación de terminar siempre sus tareas con éxito. Si tenéis algún asunto pendiente con él ahora, os recomiendo tener especial cuidado cuando salgáis del Palazzo mientras él esté aquí. Y no os vayáis de Venecia bajo ningún concepto. Aquí estáis protegidos.

—¿Quién es el hombre que vino esta mañana?, Aurelia no ha querido decir nada.

—Ha venido porque estabais de “compras” sino, no se habría desviado hasta Venecia. Creo que prefiere el anonimato, y no se esperaba encontrar a Miguel y a Guido en casa. No llamó a Aurelia antes de venir y se llevó una buena sorpresa.

—Pero quién...

—No insistas, creo que te he dicho ya suficiente, me voy a descansar. Hasta mañana.

Miraron a Marcelo salir al pasillo y dirigirse a sus dependencias. Luego en silencio fueron a la planta baja para refugiarse en la biblioteca. En la mayoría de los Palazzi de Venecia la cocina y las dependencias del servicio

se encontraban en los pisos superiores.

A las dos de la madrugada seguían en la biblioteca dándole vueltas a lo poco que Marcelo les había contado.

—Por una parte tenemos a la CIA, supuestamente enviada por el mismísimo presidente, espiándonos seguramente desde hace meses, y dinamitando nuestra casa. Por lo que Natalia y yo hemos oído en las pistas de tenis el jueves pasado, tenían intención de secuestrarnos y llevarse los documentos —dijo Zi.

—¿Si llevaban tanto tiempo espiando vuestros movimientos, por qué esperaron tanto? ¿Y por qué quemaron nuestras casas? —replicó Natalia.

—Tienes razón, el cabrón de Frank Bowell llevaba tres meses en la Biblioteca Nacional y el guardia de seguridad casi un mes. Tal vez estaban esperando algún acontecimiento o simplemente el momento más adecuado. Por lo menos parece que nos han perdido la pista.

—¿Y el cura renegado? A lo mejor van juntos.

—No lo creo, aunque vete a saber, ¿no estaba Bush a punto de convertirse al catolicismo después de su visita al Vaticano?

—Eso es absurdo.

Miguel, que como Guido, había estado callado y escuchando la conversación, se decidió a hablar.

—Se pueden sacar muchas conclusiones de lo que ha dicho Marcelo. Piensa en lo último que dijo sobre el hombre que vino esta mañana. Si no hubieses estado de “compras” él no habría venido. No quisiera parecer un adolescente en busca de aventuras fantasiosas, pero a mí me pareció una indicación encubierta.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente que si no hubieseis estado en la cámara debajo de la sacristía esta noche, él no hubiese venido. Habría supuesto que no sabíamos nada y que nos quedaríamos en Venecia, asustados, esperando órdenes el tiempo que hiciese falta.

Zi se quedó pensativa. Ella también había pensado algo parecido. La última frase de Marcelo la había sorprendido. Sobre todo el hecho de que al instante había cortado por lo sano y se había ido a dormir afirmándoles que ya había dicho suficiente.

—Esta tarde, al analizar las fotos del móvil había algo... Aquí está, esto tiene toda la pinta de ser un detector de movimiento. Insistió Miguel, enseñando una de las fotografías de la cámara, y poniendo el índice en un pequeño objeto blanco colgado del techo cerca de las estanterías.

—¿Quieres decir que sabían que alguien había entrado?, por eso habría venido. Entonces...

Zi se levantó, cogió la linterna, y salió escopeteada de la biblioteca en dirección al pasillo. Cuando los demás, seguidos de Lennon, la alcanzaron ya estaba en el muelle buscando algo por el suelo. Y lo encontró enseguida. Había una rejilla parecida a la de la cripta. Cogió una espátula de la repisa de un pequeño banco de trabajo, hurgó un poco en el borde y sin esfuerzo la levantó. Debajo aparecieron los escalones.

—Existe otra entrada a los pasillos inundados. Apuesto a que éste da al túnel principal que hemos tomado la noche pasada.

Por simple curiosidad alumbró el banco de trabajo, sembrado de viejas herramientas, en el cual hacía años que nadie trabajaba. La luz de la linterna fue a parar a un bidón de metal oxidado que parecía servir de basura.

—Ya sabemos cómo hacer para no mojarnos las patitas al bajar allí adentro —dijo sacando dos largas bolsas de plástico, como tubos, manchadas de lodo.

SEGUNDA PARTE

“**E**L capitán y su tripulación les da la bienvenida al vuelo Alitalia 896. La duración será de aproximadamente tres horas y veinte minutos. La llegada al Aeropuerto Cairo International está prevista para las catorce horas cincuenta y cinco minutos...”

Zi y Natalia estaban sentadas en clase turista, en los dos últimos asientos de cola, pegadas al tabique de separación del cuarto de baño y del office, en el que ya se oía el trajín de la preparación del almuerzo. Acababan de despegar. No eran ni las doce. El Airbus A321 seguía su ascenso. Todavía no había terminado de atravesar la capa de nubes blancas, y tupidas como algodón. Pero el personal de vuelo ya les iba a enchufar lo que ellos llamaban comida. Así se quedaban con el sentimiento del deber cumplido, en menos de media hora, y los pasajeros saciados y tranquilos les dejarían en paz las tres horas siguientes.

—¿Crees que ya nos habrán detectado? —preguntó Natalia.

—No lo sé. Hemos sacado los billetes en el último momento, y en efectivo. No nos pueden pillar por el sistema de las tarjetas. Acabarán sabiendo que hemos tomado este vuelo, pero no sé ni cómo lo hacen, ni cuánto tiempo tardarán en hacerlo. De todas maneras los chicos ya están en su puesto, en la Fondamenta del Traghetto vigilando a Satán. Cuando le vean salir para abandonar Venecia, nos lo dirán. En cuanto él lo sepa, también lo sabrán los otros, seguramente incluso antes. En este preciso momento empezará el baile.

—Tendremos que estar atentas. De todos modos estaremos incomunicadas hasta que aterricemos en El Cairo. Aquí arriba los móviles no

tienen cobertura... Deberías taparte un poco las patitas antes de que a mi vecino de pasillo le dé un tirón en el cuello. Qué manía tienes con ponerte estos vestiditos. El steward ya ha pasado al menos diez veces por aquí, y la última casi se traga mi asiento por mirar donde no debía.

Zi, que estaba en el asiento de la ventanilla, a la derecha de Natalia, se asomó para ver cómo el hombre sentado en el primer asiento después del pasillo, estiraba el cuello tanto como podía para mirar en dirección a sus piernas, disimulando como si estuviera intentando mirar algo por su ventana.

—¡Qué pesados!, cuando lleguemos, me cambio y me pongo un vaquero... —Maldijo Zi entre dientes, abriendo la bandeja del respaldo sobre sus rodillas y tirando de la tela del vestido hasta donde pudo, lo que no dio para mucho.

—Más te vale, porque en Egipto, con la cantidad de moros que hay...

—No te creas, son como moscardones y no hay quien se los quite de encima, pero son muy respetuosos, sobre todo con las turistas.

—¡Hablas por experiencia personal, supongo!

—Mi madre es alejandrina. Ha vivido toda su juventud entre Alejandría y El Cairo. Yo he venido con ella muchas veces a casa de mis abuelos...

—¡Tienes abuelos en Egipto!

—A ellos nunca los he llegado a conocer. Murieron cuando mi madre era joven y recién casada.

—¡Vaya!

—Es una parte de la historia familiar de la que se habla poco. Con los años, y recopilando datos, creo haber entendido que secuestraron a toda la familia, algo salió mal y no quedó nadie vivo. Mi madre estaba de luna de miel, por eso se salvó. Fue durante los años setenta, cuando Nasser y compañía.

—Tenéis el gafe en vuestra familia.

—Eso parece. Tengo cada vez más preguntas para Abdel Aziz. Dónde se habrá metido. No es su comportamiento habitual. Siempre está cerca de nosotros, y ahora ni siquiera ha llamado.

—No creo que le haya pasado nada. Todo el mundo nos habla de él. Jean Paul, Etienne, Aurelia, Marcelo, la carta que te dejó en su casa con los dos puntos después de **“Noble Zi.”** para decir que todo va bien.

—Tienes razón. Pero no entiendo tanto tiempo de silencio. Te repito que no es habitual en él.

—Es casi la una, —dijo Natalia mirando su reloj—, dentro de dos horas llegamos a Egipto, el país de los misterios y los tesoros escondidos.

—En cuanto aterricemos conectaremos los móviles nuevos para saber si hay novedades. El satélite lo usaremos sólo en caso de emergencia, así evitaremos que nadie nos localice.

*Venecia, el día anterior.**Jueves*

TRAS los acontecimientos de la víspera, Zi decidió que tenía que actuar. Quedarse en Venecia esperando a ver qué ocurría, no iba con ella, ni tampoco solucionaría la desaparición de sus padres. Se había pasado la noche en blanco dándole vueltas a lo que Marcelo les había dejado entender y a la reacción de Aurelia cuando le enseñaron las fotos del tal Paolo Bratti, el hombre de la mancha. Si a esto se añadía el descubrimiento de la cámara debajo de la sacristía, la visita del desconocido al Palazzo y el descubrimiento de otra entrada a los túneles desde el embarcadero... Y lo más importante: el silencio de Abdel Aziz, y ahora de Edgard. No había vuelto a llamar desde el jueves pasado cuando avisó que tenían que marcharse, hacía exactamente una semana. Claro que Jean Paul se había llevado todos los móviles el domingo por la noche, en Antibes, cuando embarcaron para Italia. Edgard no tenía por qué saber el nuevo número de teléfono, ni que iban a Venecia. Tal vez hasta estaba preocupado de no poder localizarlos.

El problema era Guido. No quería poner a su hermano en peligro. Si le pasase algo nunca se lo perdonaría. Pero para solucionar este problema había tenido una larga noche de reflexión. Aprovechó que estaban todos reunidos en la terraza durante el desayuno para poner su plan en marcha.

—Esta noche he pensado mucho en nuestra situación, y opino que hay que moverse —empezó Zi.

Todos la miraron con expectación, como si estuviesen esperando este momento desde hacía tiempo. Zi prosiguió:

—No nos podemos quedar de brazos cruzados. Puede ser que la respuesta a la desaparición de nuestros padres esté en alguno de los emplazamientos indicados en el Mapamundi. Está probado que la teoría de Samy y Guido respecto a la corrección de coordenadas, es exacta. ¡Hemos encontrado la cámara con Alejandro en el lugar indicado! ¿No?

Todos asintieron con la cabeza sin decir palabra, esperando a que siguiese.

—El problema es que en cuanto nos movamos de aquí los sabuesos volverán a ponerse en marcha y estaremos en peligro. Hemos llegado hasta Venecia de incógnito sin pasar por las vías legales. ¡Por eso estamos a salvo! Aunque parece que Venecia es una especie de terreno neutral, o una plaza fuerte... Tenemos efectivo, no tendremos que usar las tarjetas de crédito, así que por ahí no nos pillaran. Pero en cuanto cojamos un transporte donde tengamos que identificarnos y dar nuestro nombre, tardarán poco en localizarnos. Y para ir a Egipto tendremos que tomar el avión.

—¡Bien! Nos vamos a Egipto —exclamó Guido.

Natalia y Miguel no dijeron nada. Por la expresión de Zi, sabían que faltaba algo por decir.

—No podemos ir todos —dijo Zi mirando a Miguel con insistencia—. Tendremos que dividirnos en dos grupos. En Egipto, no tendremos Internet, ni la misma comunicación que aquí, en la vieja Europa. Y alguien se tiene que quedar para saber cuándo va a entrar en acción el hombre de la mancha. En cuanto se vaya de Venecia es que ya estamos localizados, tanto por él, como por la CIA y los hombres del presidente.

—Miguel se puede quedar —dijo Guido haciendo un último intento de no entender lo que Zi quería decir.

Miguel había entendido perfectamente dónde quería llegar Zi. Él también tenía una hermana pequeña, a la que nunca habría dejado arriesgarse. Así que entró en el juego:

—De acuerdo, yo me quedo, pero necesito a alguien que maneje bien Internet y los programas de visualización vectorial. Lo que hagamos desde aquí es casi más importante que lo que se haga desde Egipto. Seremos la

cabeza que guíe el equipo de terreno. De nosotros dependerá el éxito de la misión. Y cuando se descubra algo concluyente en Egipto también iremos.

Guido miró uno a uno a los demás. Todos los ojos convergían hacia él. No había escapatoria, ni Zi, ni Natalia conocían suficientemente Internet. Además se trataba de analizar la situación paso a paso para ayudar y proteger a su hermana y su amiga.

—Creo que será mejor que me quede con Miguel. Entre los dos haremos un buen equipo.

Zi le hizo una imperceptible señal con la cabeza a Miguel para agradecerle el apoyo, y éste le contestó con un guiño. Como Guido, él también habría preferido ir a Egipto, pero la idea de Zi de separar el equipo en dos era buena. Siempre convenía tener una retaguardia. Y de paso Guido se quedaba a salvo.

—Gracias Guido —dijo Zi—, me sentiré más protegida sabiendo que te tengo de ángel de la guarda.

—Bueno, ahora que los equipos están formados, ¿Cuál es el plan? —preguntó Natalia.

—He estado dándole vueltas toda la noche.

—Se te nota, tienes unas ojeras... —dijo Natalia.

—Gracias, puedo seguir... Bien, como os decía, he estado dándole vueltas toda la noche. Lo primero que debemos hacer es estar localizables entre nosotros, pero sin que los demás nos puedan encontrar. Así que tendremos el móvil satélite apagado en cuanto nos pongamos en marcha. Al principio pensaba que era mejor dejarlo encendido aquí en Venecia. Pero puede ser que donde vayamos tengamos alguna urgencia y no haga cobertura. Este tiene cobertura en cualquier lugar, mientras sea al aire libre y tenga batería.

—¿Y cómo estaremos en contacto si está apagado?

—Esta mañana nos vamos a comprar cuatro móviles iguales, de esos feos que tienen un montón de autonomía y casi ningún gadget, salvo cámara de fotos que es importante para enviarnos fotos y planos. Los pediremos de prepago, así no tendremos que dar datos. Cuando se nos vaya agotando el saldo, vosotros nos lo recargaréis desde aquí.

—Muy buena idea, sería interesante que tuviese GPS para localizar más fácilmente las coordenadas que os comunicaremos —dijo Guido.

—Tienes razón. Luego nos tenemos que enterar de los horarios para El Cairo. Y habrá que establecer una minuciosa vigilancia a nuestro amigo Paolo Bratti. Recordad que estaremos en peligro a partir del momento en que salga de Venecia.

—¿Y la CIA? —preguntó Miguel—. Puede que el hombre de la mancha no salga tras vosotras...

—Recuerda lo que dijo Marcelo: “Bratti siempre acaba lo que empieza y tiene la reputación de terminar siempre sus tareas con éxito”... Y él tiene a Dios de aliado que lo ve y lo sabe todo. Ahora nos vamos de compras —dijo Zi, dejando a Guido preocupado por la omnipresencia que dejaba la frase.

En una tienda de ordenadores y telefonía móvil, habían encontrado cuatro teléfonos de prepago con números consecutivos, una cámara de fotos con buena definición integrada y unas pocas opciones, entre las que se contaba el GPS y un módem. La autonomía era colosal y la cobertura internacional. Les había costado una propina de 200 euros registrarlos todos al mismo nombre, sin enseñar el pasaporte. El vendedor les avisó que si había verificación, cosa poco probable, les cortarían la línea en tres meses. También habían comprado un pequeño ordenador portátil compacto con conexión Wifi integrada, y nueve horas de autonomía.

Luego se habían acercado en el vaporetto al Aeropuerto Marco Polo en el Venetto, donde habían preguntado por los vuelos a El Cairo. Existían, pero con una larga escala en Roma. Era lo más fácil, pero alargaba demasiado el tiempo de exposición, entre el momento en que sacaban el billete, dando sus nombres y sus pasaportes, y la llegada. Darían tiempo a sus perseguidores para detectarlas y organizarse para estar esperando en el destino. Otra solución era llegar a Roma con un transporte sin identificación y desde allí tomar un avión para El Cairo. La duración del vuelo era de tres horas y veinte minutos y habría que comprar el billete unos cuarenta minutos antes, contando con el embarque y la facturación. Esto las dejaría expuestas unas cuatro horas, o más según el tiempo que tardasen en recuperar el equipaje. Miguel había sugerido que se llevasen lo justo en un equipaje de mano, para no tener que facturar. Pero Miguel no era del sexo “débil”. No tenía por qué saber que una chica no puede viajar sin sus ropas favoritas, miles de braguitas, accesorios, joyas, cinturones, potingues, y lo más importante, unos

cuantos pares de zapatos, sandalias, y deportivas. Había que estar preparada para cualquier eventualidad. ¡Aunque luego nunca daba tiempo a ponérselo todo y el peso les dejaba la espalda molida!

Había un vuelo que salía a las once treinta y cinco de Roma Fiumicino, y tenía muchas plazas libres. Se quedaron con la información sin reservar el billete. Lo comprarían en Roma en el último momento.

Volvieron a Venecia en autobús, cruzando la laguna por el Ponte Della Libertá, hasta la estación de ferrocarriles di Santa Lucia, cerca de donde les había dejado el coche el lunes, cuando llegaron. Después de pedir información decidieron coger el tren. El primer horario para Roma era a las seis de la mañana. Al llegar les daría tiempo de sobra para ir al aeropuerto y sacar los billetes para Egipto.

Volvieron andando hacia el Palazzo. En el camino compraron dos mochilas para el viaje, con sacos de dormir súper ligeros e isotérmicos, una mini tienda de campaña en forma de media esfera, color marrón, dos navajas multiusos, dos linternas sumergibles, unos pequeños prismáticos muy potentes y un kit de primeros auxilios. Más valía prevenir. La herida de Zi estaba ya totalmente cicatrizada y Natalia le había quitado los puntos, pero todavía le molestaba.

Al llegar al puente de Rialto, después de cruzar el mercado cubierto, les entró hambre y decidieron quedarse a comer en una terraza.

LA biblioteca se había convertido en sala de operaciones. Sincronizaron la hora de los móviles, metieron las coordenadas de los puntos del mapamundi y los programaron para que las llamadas fuesen ocultas, por si se los robaban, que nadie pudiese averiguar quién llamaba o cuál era el número. Luego se aprendieron los números de memoria.

No sabían exactamente qué harían al llegar a Egipto, pero Miguel y Guido se encargaron de mirar por Internet algunos hoteles, direcciones y trayectos en El Cairo, Alejandría y Siwa. También empezaron a investigar los alrededores de los emplazamientos. Mientras tanto, con la excusa de dormir una siesta, Zi y Natalia se fueron a preparar las mochilas, vigilando que Aurelia no se percatase de nada. Se quedaron descansando hasta media tarde, y después de esconder las mochilas en la bañera con las cortinas echadas, bajaron a la biblioteca.

Había que empezar por alguna parte. Como no existía criterio de importancia decidieron que lo primero que harían sería ir a Siwa. El punto del mapamundi estaba en El-Maraki, a unos dieciséis kilómetros al noroeste de Siwa, en el desierto.

—El-Maraki es donde, en 1995, la muy criticada arqueóloga griega, Leana Souvaltzi habría, supuestamente, encontrado restos de una tumba, con unas inscripciones que harían referencia a Alejandro Magno —dijo Miguel consultando las notas sacadas de su investigación—. En la entrada de la tumba hay dos estatuas de leones del periodo macedónico. Parece ser que la tumba es semejante a las de la necrópolis de Vergina, al norte de Grecia, allí también está la de Filippo II, padre de Alejandro. Según el egiptólogo catalán

Joseph Padró, que ha excavado en Heracleópolis Magna y Oxirrinco y conoce bien el trabajo del equipo griego, el hallazgo “tiene visos de verosimilitud”. Al parecer para los lugareños la zona era tabú, lo que parecía apuntar la memoria de que allí estaba enterrado alguien importante. Padró considera que la tradición histórica es “lo suficientemente ambigua” para que no sea descabellado pensar que la tumba de Alejandro pudiera estar en Siwa.

—¿Por qué nos cuentas esto? A nosotros nos da igual. Sabemos dónde está Alejandro, lo hemos visto con nuestros ojos. Tenemos unas coordenadas que dicen que allí hay algo, solamente tenemos que ir a ver qué es, lo que seguro que no nos vamos a encontrar es la momia —dijo Natalia.

—¡Déjame terminar! Son datos importantes para vosotras. Sabemos por el emplazamiento de las coordenadas, que allí hay algo, y esto es lo extraño. Souvaltzi llevaba cinco años excavando en El-Maraki, con permisos y todos los requisitos del CSA, el Consejo Supremo de Antigüedades Egipcias. Y por lo que he leído el CSA no se anda por las ramas. Es un organismo gubernamental encargado del Patrimonio Cultural de Egipto y su presidente es el propio ministro de cultura. Fue creado en 1859 por Auguste-Edouard Mariette bajo el nombre de Departamento de Antigüedades, para proteger el patrimonio egipcio del expolio internacional. En 1971 pasó a llamarse OAE, Organización de las Antigüedades Egipcias, hasta 1994, que tomó el nombre actual de CSA. Las penas por expolio o excavaciones furtivas o no autorizadas pueden llegar a 50 años de cárcel. Así que te puedo asegurar que Leana Souvaltzi estaba completamente en regla y el CSA sabía perfectamente lo que buscaba. En febrero de 1995 la prensa mundial, que no tendría nada importante que llevarse a los dientes en aquel momento, publica el descubrimiento de la tumba de Alejandro, cosa que ella lleva anunciando desde hacía cinco años. Nada más conocerse la noticia, una delegación griega viaja a Egipto, y el mismo mes de febrero el ministro de cultura griego Thanos Mikrutsikos declara en Atenas, que no es la tumba de Alejandro Magno y que todo es una burda farsa. Al poco tiempo el CSA cierra el yacimiento. Todo esto crea una fuerte polémica, desprestigiando a la arqueóloga, que sigue proclamando que la tumba de Alejandro está allí, bajo seis metros de agua.

—¡Qué raro!, ¿por qué tanta prisa por desmentir la noticia por parte de

los griegos?

—Hay que situarse en el contexto internacional de aquellos años. Hubo una fuerte disputa entre Grecia y la ex República Yugoslava de Macedonia con motivo del nombre de este territorio. Todos los temas que hiciesen referencia al pasado macedónico despertaban enormes sensibilidades entre los nacionalistas griegos. Así que imaginad qué hubiese pasado si en ese momento aparece la momia de Alejandro, símbolo supremo de Macedonia. Se dijo que la arqueóloga se había dejado influenciar por las teorías de Ahmed Fakir, un arqueólogo egipcio, que situaba el cuerpo de Alejandro en Siwa. Dos arqueólogos griegos que se acercaron a ver la tumba de Siwa, Haralambos Kritzas y Yanis Tsedakis, afirmaron que los tres fragmentos de texto que aparecieron en las tres cámaras de la tumba de Siwa pertenecían en realidad a una sola placa y que no se mencionaba en ningún momento nada que tuviese que ver con Alejandro Magno. La directora del Museo Salónica, María Tsbidu añadió que no se trataba ni siquiera de una tumba de la Época Macedónica. Las acusaciones subieron de tono, y la experta griega Olga Palagia acusó a Souvaltzi de haber falsificado las inscripciones. Las autoridades egipcias, que habían anunciado el descubrimiento, dando en un primer momento credibilidad al hallazgo de Souvaltzi, se vieron envueltas en un escándalo a escala mundial.

—¡Vaya tinglado!

—Pues sí. Así que tenéis que andar con mucho cuidado. El lugar está cerrado y vallado desde hace trece años. Y para el CSA es una verdadera espina clavada en el enorme orgullo egipcio. Ya os he dicho que allí se castiga de manera ejemplar a los “arqueólogos” furtivos. ¡Recordadlo siempre antes de dar cualquier paso!

—Habría que ir en autobús, si alquilamos un coche nos pillan. Las agencias de alquiler sólo aceptan pagos con tarjeta de crédito. No pueden ser ni siquiera de débito. Tienen que tener relieve para la huella —dijo Zi.

—Tal vez podrías llamar a Samy —dijo Guido—, creo que está en Alejandría desde ayer. Han llevado el último robot submarino para las pruebas, se va a quedar una semana, y se vuelve con el otro para actualizarlo.

—¡Muchas cosas sabes tú! Pero prefiero no embaucarlo en esto.

—He estado mirando en Internet, lo mejor es que nada más aterrizar en

Cairo Internacional os vayáis a Ramses Station a tomar un tren para Alejandría —dijo Miguel.

—¿Cogemos un taxi en el aeropuerto?

—Sería lo más práctico, la línea de metro del aeropuerto todavía no está terminada. Pero si tenéis problemas podéis ir caminando por la zona nueva, hacia el norte. Encontraréis la línea 3, que lleva a la estación en pocos minutos. La parada de metro es Mubarak. Tenéis un tren a las cuatro, el 923, llegáis a Alejandría a las siete después de ocho paradas y 208 km. De aquí a entonces habré tenido tiempo de mirar un hotel.

—¿Y si lo perdemos?

—No pasa nada; hay uno cada hora hasta las ocho.

—Esto es mejor que un viaje organizado. ¿Y para ir a Siwa? —preguntó Natalia.

—Eso me lo sé —dijo Zi—. Hay autobuses de la West Delta que salen de la estación de Sidi Gaber hasta Marsa Matruh, trescientos kilómetros por la carretera de la costa, hacia Libia. Luego desde allí dirección Siwa, otros trescientos kilómetros, de desierto. Ocho horas en total.

MIGUEL y Guido las acompañaron andando a la estación y se quedaron hasta que el tren de alta velocidad desapareció por el Ponte Della Libertá, dirección Mestre. Luego volvieron rápidamente al Palazzo a seguir con la investigación, mientras esperaban la llamada de Zi diciéndoles que ya habían comprado los billetes. Sería el momento de ir a vigilar a Bratti, el hombre de la mancha.

ERAN las once menos cuarto de la mañana y el aeropuerto romano de Fiumicino bullía de pasajeros, la temporada turística había comenzado, para algunos era el principio de las vacaciones.

Zi y Natalia terminaban de comprar los billetes para El Cairo en el mostrador de Alitalia. Cuando llegaron, el vuelo de las 11:35, en el que ayer quedaban muchas plazas libres, estaba completo. Las azafatas les propusieron esperar hasta el último momento, porque no había lista de espera y algunas sólo eran reservas; si no se confirmaban con la compra, el sistema las liberaría automáticamente dentro de cuatro minutos. Y efectivamente, cuatro minutos más tarde les ofrecieron dos asientos contiguos en cola.

Mientras Natalia daba los pasaportes, Zi sacó su móvil nuevo y llamó a Miguel. Marcó el número y a los dos tonos contestó.

—Hola Miguel... Sí, el trayecto sin problemas... —dijo Zi recordando cómo vieron nacer el sol de camino a Padova, confortablemente sentadas con un buen café comprado en el vagón cafetería—. Ahora estamos dando nuestros datos para el billete a El Cairo... El vuelo de las 11:35. ¡Apunta!, es el AZ896 de Alitalia, el que nos indicaron ayer... Bien, y os quedáis allí por si sale de Venecia. Vigilad también la callejuela, no vaya a ser que haya una puerta lateral... Te llamo en el momento de subir al avión.

—¿Algo nuevo? —preguntó Natalia, mochila a la espalda, bolso al hombro, billetes y pasaportes en mano.

—Te lo cuento de camino a la sala de embarque —le contestó Zi mirando la hora en su reloj—. Nos quedan veinte minutos para ver las tiendas del Duty y comprar unas revistas para el viaje.

* * *

A las once y veinte, el sonido del móvil de Miguel invadió la Fondamenta del Traghetto, desde donde vigilaban la entrada del Palazzo de Bratti.

—¡Hola Zi!... Cuando lleguéis nos llamáis, si nosotros tenemos noticias antes os dejamos un mensaje... Buen vuelo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Guido.

—Van a subir al avión ahora mismo. Estaban pasando su tarjeta de embarque por el escáner mientras hablaban con nosotros. Parece que van a salir en hora. Nos llamarán en cuanto aterricen. Dame una barrita de chocolate, me está entrando hambre de verte comer.

FRANK Bowell estaba totalmente repuesto e impaciente por retomar la acción. Sentía una frustración creciente por la manera en que se había quedado fuera de juego. Tres profesionales fuera de combate y uno muerto, supuestamente por dos inofensivas mujeres y un niño. Él llevaba tres meses observándolos y estudiándolos. No eran especialistas, no estaban entrenados para maquinar esto. ¿O sí? Tendría que tener mucho cuidado en el futuro. Sonó su móvil. Era un número desconocido. Al cuarto timbre contestó.

—Bowell al habla.

—¡Qué tal Frank! Me han dicho que estás completamente recuperado. Articuló pausadamente una voz grave por el auricular.

Bowell reconoció inmediatamente la voz de Albert Wineski.

—Completamente señor.

—Me alegro Frank, me alegro. Me acaban de comunicar que nuestros amigos, o mejor debería decir nuestras amigas, han reaparecido. Están ahora mismo cruzando el mediterráneo hacia El Cairo, donde aterrizarán dentro de tres horas.

Frank aguantó como pudo, sin hablar, la pausa que hizo Wineski. Y éste prosiguió.

—Teníamos preparado un comité de recepción en Túnez. Desgraciadamente esta gente es más lista de lo que pensábamos y hemos mordido el cebo como novatos. Pero de todo se aprende. El equipo ya está de camino. Os juntaréis en El Cairo, esta tarde. Todo está organizado. Mientras llegáis, el personal local se ocupará de seguir todos sus movimientos. He mandado personalmente un correo a la base con todo lo que tiene que saber,

se lo entregaran en un sobre cerrado en unos instantes.

—Bien señor.

—Frank, recuerda lo que te dije la última vez que nos vimos. Hasta pronto Frank.

—Hast...

Wineski ya había colgado, llamaban a su puerta. Todo parecía perfectamente orquestado. El oficial de turno le entregó un sobre y le dijo que tenía un vuelo para El Cairo, con escala en Madrid, que salía dentro de una hora. La reserva de asiento estaba hecha, sólo faltaba embarcar porque Bowell únicamente llevaba equipaje de mano.

A las doce menos cuarto una lancha taxi se acercó al embarcadero del palazzo de Bratti.

—¡Mira Miguel! Una lancha acaba de amarrar en...

—Ya lo he visto. Pero esto no quiere decir nada, la fundamenta es de todos.

El conductor bajó de la motora y se metió en el palazzo. A penas un minuto después salió con una bolsa de viaje en la mano. Seguido de Paolo Bratti, subieron a la embarcación que dio media vuelta tomando velocidad dirección norte.

—Supongo que se dirigen al aeropuerto. No hay ningún taxi a la vista y con el vaporetto tardaríamos una hora. Cruzando por San Polo y Santa Croce podemos llegar a la estación en poco tiempo.

Salieron los dos corriendo por las callejuelas cruzando puentes y canales. Un cuarto de hora más tarde, estaban en la estación, en la que milagrosamente un taxi de verdad, con ruedas, esperaba algún cliente. Veinte minutos después llegaban al Aeropuerto Marco Polo. Entraron en la Terminal internacional y fueron directamente a los mostradores de las compañías. Fue una buena decisión, Bratti se alejaba de allí, bolsa de viaje en mano, para ir a facturar. No corrieron el riesgo de seguirle, desde su posición veían todo el hall de facturación. Bratti fue tranquilamente al mostrador de facturación, registró su equipaje y se dirigió a la zona de aduana, en la que desapareció hacia la zona de embarque.

Miguel mandó a Guido al mostrador de facturación a preguntar si su tío, un señor muy guapo de unos cincuenta años había pasado por allí. Venía a

despedirse de él y había llegado tarde.

—La azafata me ha dicho que mi tío, que por cierto es muy simpático, acaba de facturar para el próximo vuelo a El Cairo a las 13h, el vuelo TK1868 de Turkish Airlines, con escala en Estambul y llegada al Cairo a las 22 h 10. Incluso se ha interesado por saber si tenía algún teléfono móvil donde localizarlo —dijo Guido con burla al volver.

—Este tío es un peligro para las tías, me gustaría saber cómo hace... Volvamos al Palazzo. Tenemos mucho que hacer antes de que aterricen las chicas. Voy a mandarles un mensaje ahora para decirles que Bratti ya ha salido a por ellas... Ahora que lo recuerdo, las dos pistolas estaban en la maleta de Natalia, en un neceser negro. Con lo despistada que es seguro que lo ha dejado a la vista al hacer la mochila. Tenemos que esconderlas, no vaya a ser que Aurelia las descubra y se preocupe.

A la una y cuarto estaban en la habitación de Natalia buscando el neceser negro con las dos pistolas. Habían registrado incluso el cuarto de Zi, pero nada. O Aurelia las había encontrado y guardado, o la despistada de Natalia se las había llevado a Egipto. En tal caso lo iba a pasar muy mal en el control de aduanas si le registraban la maleta. Miguel les mandó un mensaje muy explícito, rezando para que lo viesen antes de que fuera tarde.

—“SEÑORAS y señores vamos a iniciar el descenso. Abróchense los cinturones y pongan sus asientos en posición vertical. El capitán y su tripulación esperan que el vuelo haya sido de su agrado y les da la bienvenida al Aeropuerto Cairo International. La temperatura actual es de 30°. Los pasajeros en tránsito para...”

—Son las dos y media, vamos a llegar a la hora —dijo Natalia.

—¿Qué pasa? —dijo Zi, estirándose para el gran placer del azafato que pasaba en este preciso momento.

—Anda, ponte bien y colócate el vestidito que no le dejas trabajar.

—¡Qué pesados! Qué incómodo es este asiento de cola que no se puede reclinar, estoy molida.

—Pues has dormido más de una hora, así que no te quejes. A mí no me caben las piernas.

Media hora más tarde estaban en tierra, andando por los pasillos del aeropuerto dirección la sala de recogida de equipajes.

—Cómo ha cambiado esto. Llevo diez años sin venir. Qué moderno... Tengo cobertura pero no consigo coger ninguna compañía —dijo Zi, móvil en mano.

—El misterio de la telefonía móvil. Ten paciencia, se lo tiene que pensar...

Cinco minutos y cien metros de pasillos más tarde llegaron a la sala de equipajes. Las pantallas indicaban los vuelos y las cintas correspondientes pero no les dio tiempo a leerlas.

—Mira, ya está saliendo nuestro vuelo, ésta es una de nuestras mochilas

—dijo Natalia.

—Tienes razón, acaba de salir la otra. Recógelas, yo voy a la cola para los visados.

Minutos después y treinta euros menos en el bolsillo, ya tenían su sello de visado turístico en el pasaporte. Zi había decidido utilizar su pasaporte español para ir de turista a la par con Natalia, sus documentos egipcios estaban en el fondo de su mochila dentro de su neceser. Se dirigían hacia la puerta de salida mientras Zi, por fin, conseguía establecer comunicación con el exterior.

—Tenemos dos mensajes... dijo Zi parándose a escuchar... Bratti ha facturado su equipaje para El Cairo a las doce y media. Salía en el siguiente vuelo desde Venecia, con escala en Estambul. ¡Éste no llega hasta media noche! Nosotras estaremos lejos. Pero esto quiere decir que los hombres del presidente también se han puesto en marcha...

Zi le hizo una señal a Natalia de que empezaba el segundo mensaje. A medida que pasaban los segundos se le iba descomponiendo la cara. Al fin apagó el móvil mirando a Natalia fijamente.

—¿Tengo corrida la pintura, o algo raro en la cara?

—¿Tú has metido un neceser negro en tu mochila?

—Claro, el que estaba en mi maleta, ¿por qué?

—¿Sabes lo que contiene?

—No, pero como estaba en mi maleta, lo he pasado a la mochila, te iba a preguntar, pero luego se me olvidó. Ni siquiera lo he abierto. ¿Qué hay dentro?

—Las pistolas.

—¡Joder! —dijo, mirando cómo, un poco más adelante, los aduaneros egipcios abrían casi todas las maletas, sobre todo las de las mujeres.

—Les encanta hurgar en la ropa interior de las tías, es el deporte nacional.

—Adivina dónde tengo el neceser...

—¿En el fondo de la mochila, con la ropa interior?...

Habían aterrizado varios vuelos a la vez y los cuatro aduaneros estaban bastante atareados, Zi se fijó rápidamente en que abrían más o menos una maleta de cada tres, pero hurgaban más en las de las mujeres guapas.

—Tápame —le dijo Zi retorciéndose discretamente para preparar su

numerito.

—¿Qué haces?... Estás pirada... Dame eso.

—Ponte las gafas de leer, córrete la pintura, despéinate, estornuda, intenta ser lo menos atractiva que puedas. Pero sobre todo, cuando empiece el show, ni se te ocurra pararte a mirar. Si como pienso, se fijan en mí, pasa la puerta.

—¡Me lo voy a perder!

—Lárgate ya.

Zi dejó dos parejas entre ella y Natalia. La fila iba lenta, demasiadas mujeres guapas. Natalia estaba hecha un adefesio con sus viejas gafas de leer, el pelo chafado en un lado de la cara y la pintura de un ojo corrida. Se había arrancado unos pelos de la nariz y le había entrado un ataque de estornudos. Los que iban delante de ella la miraban de reojo con asco.

Zi esperó a que sólo una persona la separase del aduanero y volcó el contenido de su bolso en el suelo, a la vez que emitía un grito de desesperación, provocando irremediabilmente que el aduanero, y medio aeropuerto, se girase hacia ella. Momento que eligió para agacharse torpemente, el vestido parcialmente enganchado en la mochila, a recoger sus pertenencias. El aduanero, y los demás presentes con campo de visión, no se podían creer lo que veían sus ojos. Natalia, a quien le tocaba el turno, fue recibida con un gesto rápido de la mano invitándola a pasar rápido y a no dar la lata, así como a los diez siguientes, a quienes las mujeres tenían que empujar para avanzar.

Al verla a salvo Zi se dio prisa por terminar de recoger, en una postura más conveniente, y se presentó ante el agente uniformado con una sonrisa tonta de oreja a oreja, disculpándose por el desorden ocasionado con la caída del bolso. Éste, rojo y congestionado por la emoción, la dejó pasar, intentando recomponerse como podía y balbuceando.

Una vez en el hall de llegadas se encontró con Natalia y con muchos otros viajeros que la miraban, unos con reprobación y otros, la gran mayoría con aprobación y algo de deseo.

—Toma, póntelas ya, que vas a pasar frío, y larguémonos de aquí antes de que provoques una revolución.

—Vamos al baño, me voy a poner unos pantalones de tela.

—¿Esos blancos, finos y transparentes?

—Dame la cámara de fotos.

Zi sacó seis fotos seguidas alrededor de ellas, como jugando con la gente que la miraba. Y después de haber descubierto el cartel de indicación de los servicios, un poco más lejos al fondo a la derecha como en todas partes del mundo, se dirigió hacia allí seguida de Natalia que ya había decidido dejar de razonar.

UNA vez a salvo en el nuevísimo y limpiísimo aseo de señoras del aeropuerto, Zi cambió su vestido de verano por unos pantalones de algodón verde caqui, y una camiseta de tirantes blanca a juego con sus Nike. Mientras, Natalia guardaba sus viejas gafas de leer, se ajustaba el pelo y retocaba el maquillaje. Estaban totalmente solas. Parece ser que a la llegada no se frecuentaba tanto los aseos como a la salida, tal vez los nervios...

—¡Qué pintas tengo!, habría podido pasar la aduana sin tu numerito. Seguro que al aduanero le habría dado asco meter la mano en mi mochila.

—A lo mejor le gustan las guarras...

—¿A qué venía lo de las fotos? ¿Otra gracia de las tuyas?

—He pensado que ni Bratti desde Venecia, ni los otros, pueden estar aquí esperándonos. Posiblemente estaban al tanto de las señales de los móviles que se quedaron en el Range Rover, dirección Túnez. Pero ahora que nos han vuelto a encontrar, no estarán dispuestos a perdernos la pista. Seguro que tienen gente esperándonos, para seguirnos hasta que ellos tomen el relevo.

—¿Y las fotos? —insistió Natalia.

—He sacado seis. Creo que he abarcado todo lo que nos rodeaba. Ahora les echamos un vistazo y cuando salgamos intentaremos fijarnos si nos suena la cara de alguno.

—Como los porteros de los casinos y de las discotecas.

—¿Y esto qué tiene que ver?

—¿No sabías que en los casinos tienen gente especializada, expertos fisonomistas que detectan a los no deseados para impedirles el paso?

—Pues no, yo no frecuento los casinos.

—Yo tampoco pero lo sé.

—¿Nos centramos? —dijo Zi con tono exasperado.

Encendió la cámara digital y las dos estuvieron un buen rato escrutando las seis fotografías, utilizando el zoom cuando querían ver algún detalle.

Salieron al hall de llegadas. Al pasar delante de la puerta por donde habían salido, reconocieron un montón de caras que estaban en las fotos. Apretaron el paso y al salir a la calle se dieron la vuelta discretamente. El montón de caras no les seguía, se había quedado delante de la puerta de llegadas en el hall.

—¡Qué angustia! —dijo Natalia.

—Lo mismo digo. Están esperando a otros viajeros.

De pronto les abordaron un par de chicos, que no debían de tener más de 15 años, para venderles unos fantásticos y enormes pin's rojos en forma de pirámides. Como no querían comprarles nada, los chicos se los regalaron por guapas.

Se fueron en busca de un taxi con dos pirámides rojas colgando de la solapa de las mochilas, viendo cómo los muchachos se lanzaban a por nuevas víctimas. Pero no era el momento de perder el tiempo. Cuanto más rápido saliesen de allí, más difícil sería seguirlos. Zi metió la cabeza por la ventanilla del primer taxi, que estaba aparcado en lo que se podría identificar como una fila, y dijo en árabe:

—¡Siete libras para Ramses Station!

El conductor, un viejo canoso con la cara labrada por arrugas como surcos en su piel mate casi negra, les hizo una señal con la cabeza y dio un pequeño y estridente bocinazo.

Las dos subieron corriendo a la parte trasera del Peugeot 504 de los años ochenta, que en otra época había sido negro, pero que ahora era gris, vetado de ocre óxido, con la parte de abajo de las aletas blanca. El asiento, o lo que quedaba de él, estaba cubierto de polvo y suciedad. El revestimiento de plástico de las fundas estaba raído en las zonas de apoyo, dejando al descubierto un relleno dudoso, como islas oscuras en el marrón mugriento de la tapicería. Una alfombrita roja desteñida, con borlitas, donde estaban pinchados unos medallones descoloridos, cubría el salpicadero y parte del contador, que ni se tomó la molestia de poner en marcha.

Cuando el taxi arrancó se dieron la vuelta para ver si les seguían, pero nada.

—O no nos sigue nadie, o lo hacen muy bien, sería lo más normal, teniendo en cuenta que deben de ser especialistas.

La avenida Al-Uruba que les llevaba hacia El Cairo era nueva y despejada, con árboles y restos de hierba en el centro. El taxi era una tartana, a duras penas alcanzaba los ochenta kilómetros por hora. Por el lado de Natalia faltaba la ventanilla, mientras la de Zi estaba cerrada y no se podía abrir porque no había manivela. El hierro pelado de la palanca del cambio de marchas estaba rematado con un trozo de madera ovalado bruñido por el sudor y la suciedad de las manos del viejo. El olor a macho cabrío rancio y a pies sucios sólo desaparecía unos instantes cuando cambiaba las marchas, en un crujido desgarrador, y una nube de aceite y diesel mal quemado se metía por alguna rendija del suelo, invadiendo el habitáculo.

Al cabo de unos kilómetros que les parecieron interminables, el taxi giró a la derecha para tomar Al-Sayyid Al-Mirghany, una avenida donde también estaba el tradicional tranvía, que trazaba una amplia curva a la izquierda hacia el Nilo.

A la sensación de suciedad, polvo y ruido que transmite El Cairo desde el primer instante, se sumó la de agobio en cuanto empezaron los primeros atascos. Coches atravesándose por medio, pitando, sin respetar los carriles que a veces no estaban ni pintados. Los pocos semáforos existentes ni funcionaban. Pero la gente de allí iba con toda la paciencia del mundo. La bocina formaba parte del paisaje auditivo. La usaban como si fuese un código de lenguaje. Voy a girar: pito, cambio de carril: pito, voy a parar pito, arranco: pito, saludo: pito...

El taxi había cambiado de carril mil veces serpenteando entre las filas de coches, tocando el pito, hasta que se paró detrás de otro taxista que había intentado hacer lo mismo. Se quedaron atrapadas en una nube caliente de humo y cláxones.

Zi se reclinó sobre el asiento delantero y le preguntó algo al taxista. Éste se paró señalándole una calle a la derecha, y ella le entregó un billete de cinco euros. Seis veces la suma convenida al cambio.

—Vámonos de aquí, se supone que el metro está al final de esta calle. Es

la parada Kobri El-Qobba. Si alguien ha conseguido seguimos se va a llevar una sorpresa —dijo Zi echando a correr.

Cruzaron las siete manzanas a paso de carrera bordeando unos edificios de cemento con balcones, donde colgaba la última colada. Olía a polvo y a moqueta vieja. El calor era sofocante y espeso. Llegaron a la boca de metro con la ropa pegada al cuerpo. Bajaron los escalones de dos en dos. Zi le dio otro billete de cinco euros al hombre de la taquilla que le devolvió 30 libras quedándose con cinco por intereses de cambio. Ningún egipcio desperdiciaba la ocasión de ganar unas libras. Cruzaron las puertas automáticas dignas del más moderno de los países civilizados y llegaron al andén en el momento en que un metro hacía su entrada.

—Qué moderno y qué limpio, vaya contraste con lo de allí arriba —dijo Natalia.

—Vamos a los vagones de delante.

Cuando el metro paró, se metieron en el primer vagón. Allí sólo podían entrar mujeres. Había sitio de sobra, así que se sentaron a recobrar el aliento. El metro arrancó.

—Acaba de bajar un tío al andén, parece agotado y disgustado de haber perdido el tren —dijo Zi con la cara pegada a la ventana—, ahora está sacando su móvil.

—Tu crees que...

—No lo sé. Parecía muy nervioso y miraba dentro de los vagones que pasaban delante de él. Si nos estaba siguiendo, nos lo hemos quitado de encima. Iba con un pantalón negro y un polo rojo.

Zi sacó su cámara digital y estuvo mirando las fotos del aeropuerto, pero no vio a nadie con polo rojo.

—Podría ser este, pero sólo se le ve la cara y no lo he podido ver bien...

—A mi me pasa como con los chinos, todos los moros me parecen iguales.

El metro hizo cuatro paradas más para llegar a Mubarak donde estaba el intercambiador con la línea 2 y la salida a Midan Ramses, la plaza Ramses, que debía su nombre al faraón Ramses II, cuya estatua fue erigida por Gamal Abdel Nasser, en la plaza en 1955. También se conoce por Midan Bab Al-Hadid: Plaza de la Estación.

Las dos salieron despedidas por las escaleras, a la plaza. La estación estaba delante de ellas, a menos de cincuenta metros, y el reloj de Zi marcaba las cuatro menos cuarto. Tenían que darse prisa para no perder el tren de las cuatro a Alejandría. Procuraron dejar de pensar en el peso de sus mochilas y apretaron el paso.

—Han quitado la estatua de Ramses II de la plaza. Qué raro hace no verla allí —dijo Zi—. ¿Sabes que la primera estación se construyó a la vez que la primera vía en 1856 y que la estación actual es de 1892?

—Te lo tienes empollado.

—¡Mi madre me lo decía cada vez que pasábamos por aquí!

Entraron en la estación. Era una inmensa nave con estructura de vigas de metal y chapa ondulada. En algunas zonas el techo era de plástico translúcido dejándola en una especie de penumbra asfixiante con regusto a gasóleo mal quemado que se pegaba al paladar. Al final de una gran explanada se encontraban los tres andenes. Ni un solo banco a la vista para sentarse. Había papeles y plásticos por el suelo, que los numerosos viajeros pisaban y revolvían sin prestar atención.

Fueron directamente a las taquillas a comprar los billetes.

—El tren de las cuatro ha salido hace una hora, Miss —dijo el empleado, mirando a Zi con cara extrañada.

Zi miró su reloj y se lo enseñó al hombre gordo y sudoroso, con manchas de grasa en su estrecha camisa, embutido en su silla de ruedas con brazos. Éste sonrió plácidamente, y con paciencia, señalándole el gran reloj de la estación, a su derecha:

—Su reloj tiene una hora de retraso, Miss.

Y ante la cara de disgusto y frustración de Zi, prosiguió.

—Sale otro a las cinco, dentro de unos minutos, es un Asbani, Spanish train carriage, dijo con tono de quien sabe mucho.

A Zi le cambió la cara y exhibió su mejor sonrisa, compró dos billetes de primera, 82 libras, unos 11 euros. Se fueron corriendo al andén, mientras una voz en árabe, metálica y nasal, como salida de otro tiempo, o de un minarete, anunciaba por los altavoces, la inminente salida del tren 925 para Alejandría.

EL tren arrancó lentamente dirección Alejandría. A pesar de ser primera clase, el vagón estaba bastante lleno, y tuvieron suerte de que un inglés de mediana edad, que viajaba solo, se cambiase de sitio para que pudiesen estar juntas. Los asientos eran de tela gris mosca con espiguitas amarillas y cada uno tenía un reposa cabezas de tela, que llegó a ser blanca alguna vez y olía a peluquería barata y pelo grasiento. Zi y Natalia se encontraban situadas hacia el medio y a la derecha, en el sentido del tren, así que el sol que entraba por la ventanilla opuesta, de momento sólo les daba en los pies. A los pocos minutos el aire acondicionado se puso en marcha, difuminando el espeso y sofocante ambiente.

Al rato, hacía tanto frío, que Natalia se levantó y se puso de rodillas en el asiento para sacar un jersey de algodón de su mochila. Como era natural en ella, a la vez que hurgaba entre su ropa, echaba un vistazo distraído a lo que pasaba a su alrededor. Su mirada se posó sobre un hombre alto y delgado, con perilla perfectamente cuidada, la piel mate color aceituna y vestido impecable de manera oriental. El hombre le hizo una seña discreta con la cabeza. Natalia se volvió a sentar y antes de ponerse su jersey se lo comentó a Zi.

—No te des la vuelta ahora, haz como yo, busca algo en tu mochila, y mira discretamente detrás. A cuatro asientos de nosotros en el otro lado del vagón, donde sólo hay un asiento.

—¿Qué?

—Abdel Aziz, y me ha hecho una seña como para que no diga nada.

—¡No puede ser!

—Verifica tú misma, con discreción.

Zi se puso de rodillas en su asiento y abrió su mochila en busca de una camiseta de manga larga. Al final levantó la vista y miró cuatro asientos atrás. Efectivamente, allí estaba Abdel Aziz, con la eterna elegancia que da la delgadez en una ropa de calidad, luciendo una enigmática sonrisa.

Zi se volvió a sentar y se quedó como hipnotizada unos segundos.

—¿Qué hace aquí? Por lo menos sabemos que tenemos ángel de la guarda. Conozco esta sonrisa desde pequeña, esto es que tiene la situación controlada. Creo que le produce cierto placer.

Pasaron unos minutos y Abdel Aziz fue al aseo. Al pasar junto a ellas, dejó caer un papel bien dobladito, sobre las rodillas de Zi. Cuando hubo desaparecido por la puerta del fondo, ella lo abrió.

“Noble Zi..

En este vagón hay una mosca.

Bajad del tren en Banha, la próxima estación, con las mochilas. Hay cinco minutos de parada. Meteos en el cuarto de baño dos minutos, y luego volved a subir al tren.

La mosca se quedará en tierra.

En Alejandría os tenéis que alojar en el hotel Unión. Está en la Corniche, cualquier taxi os llevará. Hay una habitación doble reservada.

Estaré cerca.

Que el Poderoso os guíe y os proteja.”

—Lo ha escrito en español —murmuró Natalia.

—Sí, tal vez para que no lo pueda leer cualquiera aquí, o por respeto hacia ti.

—¿Qué es La Corniche?

—Una avenida que bordea el mar sobre toda la extensión de Alejandría. Y son bastantes kilómetros.

Diez minutos más tarde el tren ralentizó para entrar en la estación de Banha. Cogieron sus mochilas y se dirigieron a la puerta, por donde había desaparecido Abdel Aziz minutos antes. Allí estaba él, bolsa de viaje en mano, apoyado en el tabique del compartimiento. Lo ignoraron. El tren se paró y las puertas se abrieron automáticamente. Zi y Natalia bajaron rápidamente al andén sofocante y polvoriento. Detrás de ellas bajaron tres

personas, entre las cuales estaba Abdel Aziz. Fueron directas al cuarto de baño. Permanecieron dentro dos minutos, suficiente para morir de asco del olor a orina acumulada, y volvieron a subir al tren a ocupar sus asientos. Abdel Aziz se había esfumado.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Natalia.

—No lo sé, pero es bueno saber que él está cerca. Tenemos cobertura, voy a llamar a Miguel y a Guido. Aprovecha para cambiar la hora de todos los relojes, parece ser que aquí hay una hora más.

EL tren acababa de pasar por Sidi Gaber, la primera de las dos estaciones de Alejandría, dos andenes al aire libre. Llevaban un buen rato circulando entre los edificios. La ciudad estaba separada en dos por la vía del tren que circulaba en paralelo a la costa. Algunos puentes permitían la comunicación entre ambos lados. Cerca de allí se encontraban las terminales de autobuses.

—Aquí tendremos que venir mañana a coger los billetes de autobús para Siwa. Dijo Zi señalando el Terminal de la West Delta, del otro lado de la calle: una caseta cutre con una acera como andén y una destartalada parada de chapas y soportes de hierro con restos de pintura.

—¡He visto el mar, allí al fondo, por esa calle! —gritó Natalia.

—Has tenido suerte. Como hemos pasado delante del Sporting Club, has tenido más campo de visión.

—¿Este parque tan grande es un club deportivo?

—Sí, y de los más cotizados. Tiene Golf, tenis, piscinas,... y un club house con un restaurante maravilloso y una terraza...

El viaje, desde la parada de Banha y el furtivo encuentro con Abdel Aziz, había transcurrido con normalidad. El tren Asbani se había parado en Tanta y luego en Damnhour, atravesando toda la fértil cuenca izquierda del Nilo. Natalia se había extrañado ante tanto despliegue de cultivos. Al igual que muchos, imaginaba Egipto como un gran desierto, lleno de arena y piedras, con alguna pirámide aquí y allá. Era una mujer de marketing que sólo se había empezado a interesar por el arte y la cultura desde que conocía a Zi.

Habían tomado un refresco con un sándwich a medias en el vagón bar, mientras hablaban con Miguel y Guido, contándoles los últimos

acontecimientos y el cambio de hora. Miguel se disculpó por no haber pensado en algo tan básico.

—Lo más sorprendente es que no haya señales de que os estén siguiendo —dijo Miguel—. Abdel Aziz ha hablado sólo de una mosca. Se supone que vuestros acosadores pertenecen al menos a dos bandos. Y no creo que, por mucho que el presidente Bush haya dejado entender que se quiere convertir, le esté facilitando información a las sotas, para encontraros. Tenéis que estar muy atentas.

—A nosotras también nos ha parecido raro, pero Abdel Aziz no ha hablado de otros. Tal vez no les haya dado tiempo a organizarse. Puede que Bratti no tuviese a nadie en El Cairo.

—Hablando de Bratti. ¡Tu hermano es un genio!

—¡No me digas! ¿Qué ha hecho esta vez? —dijo Zi con paciencia.

—Con la ayuda de uno de sus contactos hacker en la Web, se ha metido en la red del Aeropuerto de Ataturk, en Estambul.

—Este niño nos va a dar un disgusto.

—Él dice que no, porque usa su programa que permite conectarse a Internet saltando aleatoriamente de IP en IP a través del mundo hasta su destino. Además sólo entra a mirar, no provoca desastres. Dice que accede a través de un puerto de mantenimiento remoto, así es detectado como acceso normal.

—¿Dónde nos conduce esta peripecia?

—Saber que Bratti ha aterrizado en Estambul a las 16h23, que su vuelo hasta El Cairo no sale hasta las 20h, y que ya está registrado como pasajero y facturado.

—¡Perfecto! Cuando tengas las señas del hotel Unión, me mandas un mensaje. Dale un beso al enano y dile que no se pase.

EL Asbani dio su último suspiro de agonía en Masr Station, la estación principal de Alejandría.

Zi y Natalia bajaron al andén mochila a la espalda. Les recibió el bochorno húmedo de la estación. Los arquitectos debían de haber hecho un precio especial de dos por uno, porque la estructura de la estación era idéntica a la de Ramses en El Cairo. Salieron al exterior y Natalia se quedó impresionada. Una explanada gigantesca con un inmenso square arbolado en el centro, que hacía la vez de rotonda para cuatro carriles atestados de coches que debían de pensar que aquello era un circuito de carreras. Eran casi las ocho y el sol proyectaba lejos las alargadas sombras de los árboles y los edificios, tiñéndolo todo de un color anaranjado.

La brisa del mediterráneo liberaba Alejandría de la contaminación y dejaba un agradable olor a verano. Pero no la libraba de la suciedad polvorienta y de los papeles, plásticos y otros objetos no identificados que rodaban por el suelo.

Zi volvió a mirar el mensaje de Miguel en su móvil y se acercó a la manada de taxis. En Alejandría, tenían una cierta uniformidad, eran negros con las puertas, el capó y el maletero amarillos. El primero era un amasijo de hierros antediluviano, el segundo una pocilga llena de moscas, pero el tercero era un 4 × 4 de la Edad Media, con el motor en marcha y las ventanillas cerradas, seguro que tenía aire acondicionado. Zi se acercó al cristal del conductor mientras éste lo bajaba unos centímetros dejando asomar un bigote con nariz:

—Sharia Amin Fikhry, nº 164, Hotel Unión.

—10 libras

—5

—8

—7

—Suban, Miss —aceptó el chófer, un hombre enjuto de mediana edad que parecía directamente sacado de su rebaño de cabras en las montañas.

Era sólo una impresión. Resultó ser un hombre educado y culto. Hablaba alemán, inglés, y francés más que correctamente y chapurreaba el español. Su coche aunque polvoriento por fuera estaba limpio e impoluto por dentro, olía a “vuelta al cole”, por las fundas de plástico transparentes nuevas que había puesto para no desgastar la impecable tapicería. Un ambientador automático con pila, colocado en el salpicadero, difuminaba cada tres minutos una brutal fragancia a lavanda. El ambiente era fresco y la presión atmosférica... A la segunda descarga del ambientador, Natalia tuvo tal ataque de tos, que el hombre cerró el aparato deshaciéndose en miles de disculpas empalagosas.

Les contó que había emigrado a Francia con dieciocho años, para buscar una oportunidad. Allí había trabajado en una empresa de electricidad, y había ido a menudo de vacaciones a España, cuando todavía existía la peseta y era asequible. Luego con treinta y dos años la empresa le propuso ir a Alemania como jefe de equipo. Aprovechó la oportunidad. Le prejubilaron hacía dos años y su mujer y él habían vuelto a casa, sus hijos ya eran mayores y tenían su vida hecha en Europa.

Al llegar aquí, aunque la pensión le permitía vivir, montó una pequeña empresa de electricidad, pero rápidamente se dio cuenta que era más rentable y menos problemático ser taxista. La licencia no exigía examen y algunos ni tenían carné de conducir. Él no conocía todas las calles, pero qué más daba; los turistas siempre iban a los sitios conocidos, y si no, preguntaba a un colega. Alguna vez había ido a El Cairo y había amortizado el viaje haciendo cuatro o cinco carreras allí mismo.

Este es el secreto del porqué hay tantos taxis en Egipto y de por qué conducen tan mal.

Las dejó delante de un edificio de La Corniche, con una tarjeta suya por si necesitaban un taxi durante su estancia en Alejandría. Cobraba 70 libras el día completo, unos 9,50 €.

Se encontraron delante de un viejo y siniestro edificio comercial gris sucio, de unos seis o siete pisos. La puerta, enmarcada con dos semi columnas, estaba coronada por una marquesina que conoció mejores tiempos, donde se daba a conocer el nombre del hotel en inglés y en árabe.

Pasaron a un hall zarrapastroso y le preguntaron a un portero antipático dónde estaba el hotel. Éste les indicó el ascensor con un movimiento de la barbilla. Una vez en el habitáculo vieron la plaquita del hotel frente al botón 5.

—¿Dónde nos lleva Abdel Aziz?... —murmuró Natalia con asco.

—Es bastante deprimente —contestó Zi.

Pero al llegar a la quinta planta y salir del ascensor, se encontraron con el precioso hall del hotel, de mármol blanco y madera, muy luminoso. Al lado del mostrador de recepción estaban las mesas del pequeño restaurante y salón con sus ventanas que daban al mar.

—Creo que tenemos una habitación reservada —le dijo Zi al encantador recepcionista.

—¿A qué nombre?

—No lo sé, la reserva la ha hecho otra persona. Me llamo Zi Zenatti...

—La reserva la ha hecho nuestro amigo Abdel Aziz —la cortó el hombre con tono de absoluto respeto.

Se giró a su derecha y descolgó una llave de un panel negro.

—Acompañenme por favor —dijo cogiendo las dos mochilas.

Le siguieron hasta al piso superior, un ático donde había tres habitaciones. Abrió una de ellas, dejó las mochilas en un banquito y se retiró.

—Nuestro amigo Abdel Aziz nos ha pedido que les demos la mejor habitación del hotel —les dijo al entregarles las llaves.

Tenía una vista increíble de la bahía, era amplia y modesta, con dos anchas camas, una mesita con butacas, y una mesa de trabajo al lado del minibar, antes de llegar al balcón.

—¡Mira qué vista! —Exclamó Natalia asomándose a la terraza—. Y tenemos una mesita de plástico con sus sillas a juego para el desayuno.

—Son las ocho y diez, qué tal si nos vamos a cenar algo, porque entre la bandejita del avión y el medio sándwich plastificado del tren...

Aeropuerto Cairo internacional 22h 23mn

BRATTI acababa de aterrizar en El Cairo. Intentaba conectar su móvil mientras caminaba hacia la sala de recogida de equipaje. No conseguía reconocer ninguna red egipcia. Decidió encender uno de sus puros. Una azafata de tierra le indicó amablemente, pero con un tono que no admitía discusión, que no se podía fumar en el recinto del aeropuerto.

—Malditos países subdesarrollados. Tienen cuatro monumentos arqueológicos repetidos, que les proporcionan millones en turismo, y se creen que ya pueden ponerse a prohibir como en nuestras democracias. Con la polución que hay ahí fuera tienes cáncer de pulmón asegurado, nada más cruzar la puerta. Ni siquiera son capaces de tener una telefonía correcta.

Echaba pestes, llevaba casi tres horas sin saborear uno de sus pequeños Toscanellos al café. Pero lo peor era, que durante su escala en el Aeropuerto de Ataturk, en Estambul, había perdido el contacto con Ahmed.

Estaba en el tren de Alejandría en el mismo vagón que las chicas. Ellas no se habían dado cuenta de nada, todo iba sobre ruedas. De pronto Ahmed le llamó, se habían levantado y se dirigían a la puerta para bajar, en Banha, con sus mochilas puestas. Cortó la comunicación y nunca más se supo. No volvió a llamar.

—¿Qué narices irían a hacer en Banha? —murmuraba Bratti sin parar, desgranando su rosario rojo con la mano izquierda, en el fondo de su bolsillo, como si eso le fuera a traer una respuesta. No entendía por qué se habían bajado allí.

Bratti intentó comunicarse con Ahmed varias veces durante su escala, pero el teléfono estaba apagado. Tal vez se le hubiese caído y roto. No sabía qué pensar. No le gustaban los imprevistos y menos aún con ellas.

Ahora tenía que rendir cuentas a cierto obispo muy cercano al Papa. Su mano derecha, o, como algunos cuchicheaban, el que era Papa en lugar del Papa: Monseñor Giovanni Licciardi Casamento.

Todo un personaje. Había cumplido ya los setenta y no podía renegar de sus orígenes napolitanos, de estatura media, delgado pero con embarazo avanzado, abundante melena canosa bien recortada y peinada, piel mate color tabaco, y unos ojos negros donde a veces se entreveía el infierno. Podría haber rivalizado con Al Pacino en la película del Padrino. Después de la súbita muerte de sus padres, fue educado en la más pura y dura filosofía jesuita de Salamanca, en España. Ex miembro del Opus Dei desde finales de los años 50, participó con su grupúsculo, en la política económica franquista, cuando ésta se acercaba al Mercado Común, de la mano de las recomendaciones del Banco Mundial y el FMI, alcanzando un importante poder político, que han sabido hacer perdurar hasta hoy.

En 1980 Juan Pablo II le llama al Vaticano. La primera virtud de un miembro de elite del Opus Dei es su afán de poder y lucro, y su inteligente labia para convencer. No es de extrañar que Monseñor Licciardi diese puerta al Opus Dei, para entrar en las sombras del Vaticano. Porque en las sombras es donde estaba, y desde ellas actuaba. Tenía fama de ser duro, metódico y calculador, despiadado y cruel con los que le estorbaban. Sabía mucho sobre la iglesia, tal vez demasiado y por ello era temido.

Bratti era consciente de que esta misión no era como las demás. Su confort y su calidad de vida, heredada de su abuso-pedófilo-benefactor, podía desaparecer como por encanto. La iglesia tenía muchos Bratti por el mundo. Y sobre todo, la mafia sacra del Vaticano extendía sus tentáculos sobre todas las regiones del mundo, con sus cardenales, obispos, órdenes religiosas, parroquias, curas, misioneros... Nadie ni nada se le escapaba. Dios es todopoderoso, Dios lo ve y lo oye todo. Lo habían conseguido hacía mucho, utilizando la Fe Cristiana, engañando, manipulando a media humanidad y asustando a la otra mitad.

Ahora no recurrían a ninguna Inquisición, sabían cómo adaptarse,

conocían la importancia de los medios de comunicación. Así que financiaban emisoras de radio, cadenas de televisión, anuncios, publicidad y hasta películas. Era el principio de la religión digital. La Fe por la red. Porque la Fe incondicional e indiscriminada es la base del poder de la Iglesia.

Hacía mucho que Bratti adoraba a Dios, a su manera. Recordaba de pequeño cuando preguntaba ¿quién es Dios?, ¿qué es la Fe?, y le contestaban que no hiciera estas preguntas, que mirara en su corazón. Muy hábil, la Iglesia evita la pregunta y si no entiendes, Dios te castiga.

A Bratti no le gustaba nada Licciardi, y era recíproco. Los rumores contaban que en 1995, Monseñor Giovanni Licciardi Casamento, harto del poderío de otro Monseñor obispo en Venecia y de las promiscuidades y escándalos públicos de su protegido en Florencia, se encargó personalmente de dar punto final a la situación, rebautizando a uno en las aguas profundas del Gran Canale, y mandando al otro a un campo de “misioneros” en Irak.

Por fin Bratti recogió su maleta y se dirigió al mostrador de visados. Le devolvieron su pasaporte sellado con el visado y una hoja verde. Bratti sabía de lo que se trataba. Ya había tenido este trato de favor las últimas veces que vino a Egipto.

Se acercó a la aduana, entregó la hoja verde y el policía lo acompañó personalmente a la puerta de acceso al hall, sin una sola mirada al equipaje, que contenía un pequeño arsenal en un estuche de aluminio forrado de una fina capa de plomo, para los rayos.

Al salir al hall, Bratti se sintió un poco más tranquilo, allí estaba Ahmed esperándole. Pero al acercarse su tranquilidad se esfumó. Ahmed estaba tembloroso, con cara de perro apaleado, no le miraba a los ojos, y tenía magulladuras y restos de sangre seca en la sien izquierda.

—¡Vamos al Fishawi! —dijo Bratti antes de que Ahmed se empezase a desparramar en miles de empalagosas excusas.

El taxi les dejó cerca del Gran Bazar de Khan El Khalili, en el corazón de El Cairo, en medio del bullicio colorido de una maraña de callejones y pasajes estrechos llenos de tiendas y puestos mal alumbrados por pobres bombillas. Uno de los bazares más grandes del mundo, junto con el de Estambul. No importaba ya que fuesen las once de la noche, Khan El Khalili, como todo El Cairo, vivía día y noche.

El Café Fishawi, era un pasillo con unas cuantas mesas, varias en la acera. Su particularidad consistía en tener espejos por todas partes, incluso fuera, y abrir las veinticuatro horas del día. Olía a tabaco, té con menta y café turco. Pertenecía a la familia Al Fishawi desde su fundación en 1773; era el café más antiguo de Egipto y sus dueños presumían de no haber cerrado nunca desde hacía más de dos siglos.

Una vez acomodados en una mesita del fondo, envueltos en la nube blanca que desprendían las sishas, Bratti encendió su Toscanello y pidió dos té con menta. No había fumado en el taxi, prefería esperar un poco más y saborearlo con tranquilidad. Ahmed no había abierto la boca en todo el trayecto. Sabía que este hombre era peligroso, sabía lo que había pasado en Irak cuatro años antes, uno de sus amigos no había vuelto, pero la gente habla...

—¿Cuéntame qué ha pasado?

El tono de Bratti era tranquilo, demasiado tranquilo, y con una punta de cinismo. Su árabe era bueno, a pesar del horroroso acento italiano. Dos años en Irak daban para mucho.

Ahmed le miró de reojo, y viendo que Bratti sonreía saboreando su puro, se lanzó.

—Primero las siguió Farûq. Dice que la del pelo largo y oscuro montó un numerete en el aeropuerto para que el aduanero dejase pasar a la rubia sin registrarla. Cogieron un taxi, pero cuando empezaron los atascos, salieron corriendo para coger el metro. A Farûq, que iba cuatro coches más atrás, le pillaron desprevenido. El tiempo de pagar su taxi, y seguirles la pista, ya estaban lejos. Dice que corren muy deprisa. Él llegó al andén cuando el metro arrancaba, ellas iban a bordo, no se fijaron en él. Me llamó, yo estaba en Ramsés Station, por si acaso. Las vi llegar y comprar el billete. Lo sacaron para Alejandría, estoy seguro, me lo confirmó el funcionario. No entiendo por qué bajaron en Banha.

Le contó cómo las chicas habían bajado del tren y se habían dirigido al baño. Él se disponía a esperar disimulando, cuando alguien le incrustó el cañón de una pistola en las costillas, le agarró fuerte de la solapa y le ordenó que caminase hacia la salida.

Salieron de la estación y se metieron detrás de un pequeño almacén de

mercancías desierto, hacía calor, y olía a mierda y orina. Recordaba que la pistola dejó de presionar sus costillas, un repentino dolor en la sien y luego nada, la oscuridad.

Se despertó media hora más tarde, tirado en el suelo, la cara manchada de tierra y sangre, y con un tremendo dolor de cabeza. Le habían vaciado los bolsillos, cartera, pistola, móvil...

En ningún momento había podido ver a su agresor, siempre se había quedado detrás, fuera de su campo de visión. Pero por la manera en que lo tenía agarrado, y el tono de su voz, era fuerte y hablaba árabe perfectamente.

—Entonces era egipcio —dijo Bratti.

—No lo sé, hablaba correctamente, alguien culto, no de la calle.

—¿Qué edad podría tener?

—No lo sé, veinticinco, cincuenta...

A Bratti se le ocurrió algo.

—¿Viste dos chicos en el tren? Uno de veintialgo con pelo largo o coleta y otro más pequeño, doce o catorce, delgadito.

—No recuerdo bien, pero creo que no.

Bratti se quedó un rato pensando, saboreando su Toscanello y su té. Dándole vueltas a cada detalle.

—Estas brujas te han tendido una trampa, sabían que estabas allí. No van solas. Seguramente han seguido su viaje a Alejandría. Han bajado en Banha para hacer una maniobra de distracción, como la del aeropuerto.

Ahmed escuchaba sin interrumpir, él no estaba allí para pensar, sólo para obedecer órdenes.

—Vete a tu casa, Ahmed. Mañana vamos a Alejandría. Tomaremos el tren de las ocho. Llama a Farûq. Avísale que son peligrosas, venid preparados.

Ahmed asintió con la cabeza, se levantó y se perdió entre la muchedumbre del bazar, dejando a Bratti saborear su puro, absorto en sus pensamientos y en el escote de la turista de la mesa de al lado, que llevaba ya un rato mirándole de manera insinuante.

LLAMABAN a la puerta con los nudillos. Primero discretamente, luego con más fuerza.

Natalia consiguió abrir un ojo.

—¿Sí?

—*Breakfast, six o'clock* —articuló la voz de un hombre en inglés.

Natalia se levantó para tapar a Zi, que seguía en el país de los sueños, tal como vino al mundo. Y se volvió a meter en la cama. Habían pedido que las despertasen a las seis con el desayuno.

—Puede pasar.

Entró un hombre bajito, gordinflón, con cara regordeta, bigote pequeño bajo una gran nariz ganchuda, con una sonrisa de satisfacción de oreja a oreja y vestido con un chaleco oriental dorado sobre una camisa blanca impecable y un pantalón corto que le quedaba largo. Llevaba una bandeja con los “desayunos completos” que habían pedido el día anterior. Sólo apartó su mirada de la cama de Zi, dormida y moldeada por la sábana, para coger la propina que le tendía Natalia. Casi tira la bandeja al dejarla en la mesita.

El sol ya brillaba sobre la ciudad. Zi seguía durmiendo plácidamente. Natalia le volvió a quitar la sábana y gritó:

—¡Desayuno!

—¿Qué pasa?

—Son las seis, ya nos han traído el desayuno.

—¿Quién?

—Un gordito libidinoso.

—Se habrá llevado una alegría —dijo Zi medio dormida, medio

enfadada, tirando de la sábana para taparse.

Natalia se rió contándole lo que había pasado y se fueron a desayunar a la terraza con la cabeza aún resentida de la víspera. Les esperaba una bandeja imitando un papiro de chillones jeroglíficos, con un croissant, mantequilla, dos quesitos, un huevo duro, y unos dulces egipcios en cada una, cuidadosamente presentados en unos platos de cristal. Natalia sirvió las dos tazas de café con leche recién hecho.

La noche pasada habían ido a cenar al Fish Market, al lado del lujoso Gran Café, en La Corniche. Como es costumbre en cualquier restaurante, les hicieron elegir el pescado y el marisco. Se pusieron las botas. Mientras esperaban apareció en la mesa un platito de tahina, una salsa de sésamo para untar con aish, unas hogazas o pitas de pan realizadas con harinas distintas, como la aish baladi, muy oscura y poco fina. Pidieron gambari, unas sabrosas gambas gigantes acompañadas con salsa de ajo y, buli, un delicioso pescado acompañado con calamares. Todo ello bien regado con Chateau Giniclis, un vino blanco egipcio. Remataron todo con pastelitos hechos a base de hojaldre relleno de pistachos, almendras, nueces, y bañado en miel. Algo que, incomprensiblemente, sólo las mujeres pueden tomar sin reventar en el intento. Pero el simpático camarero las ayudó ofreciéndoles unos vasitos de Zahib, el orujo egipcio, y de Yasoon con sabor a anís.

No era de extrañar que después del desayuno tuviesen que tomar una aspirina.

Habían hablado con Miguel y Guido. Bratti había aterrizado en El Cairo a las 22h20. Ya estaba en Egipto. De los yankees nada. Volatilizados. Costaba creer que se hubiesen tragado tanto tiempo el señuelo de los móviles en el carguero que iba dirección Túnez.

Se terminaron de arreglar y a las siete y media salían del hotel dirección Sidi Gaber para coger el primer autobús hacia Siwa.

A las ocho y media estaban de vuelta en el hotel.

Los billetes debían comprarse el día anterior y no quedaba sitio. Así que tenían plaza para el día siguiente y toda la jornada por delante. Llamaron a Venecia, para decidir si cambiaban los planes y hacían un reconocimiento de los emplazamientos de Alejandría.

—Zi, son las siete y media, estábamos durmiendo —le contestó Miguel.

—Perdona se me ha olvidado que tenéis una hora menos en Italia.

Miguel, más despierto, le dijo que era mejor que hicieran un poco de turismo, así podrían verificar si las estaban siguiendo. Guido estaba buscando una relación entre los dos puntos de Alejandría y estaban hurgando en algunas web y publicaciones de historiadores que trabajaban en la zona: El IEASM, l'Institut Européen d'Archéologie Sous-Marine, presidida por su fundador, Franck Goddio, —que llevaba más de seis años examinando los fondos marinos de Alejandría, Canopo y Heraclion, y como resultado visible de ello, la exposición mundial de Tesoros Sumergidos de Egipto—, Jean Yoyotte eminente egiptólogo parisino, que asesora las campañas de Goddio en Egipto y muchos otros.

Pero el mejor de todos, Jean-Yves Empereur, director de investigación en el CNRS, que creó en 1990 el CEAlex, Centre d'Études Alexandrines, dedicado a estudiar la historia de Alejandría a través de excavaciones arqueológicas terrestres y submarinas, vestigios de superficie, archivos, mapas antiguos, textos de autores antiguos y relatos de viajeros... Éste sabe más que los ratones coloraos, decía Guido.

—Entonces podríamos ir a la playa —propuso Natalia, terminando de cambiar su nuevo pin's pirámide, de su mochila a su bolso.

—Te vas a llevar una desilusión, aquí no hay ni monokini, ni bikini, la gente se baña vestida. El Islam. Podríamos hacer un poco de turismo empezando por la biblioteca, y de paso observar bien a nuestro alrededor para saber si nos siguen.

—¿Qué nos llevamos?

—Los bolsos, dejamos las mochilas aquí.

—¿Y si las registran y encuentran las pistolas?... —dijo Natalia levantándose.

Fue a su mochila, la abrió, extrajo el neceser negro, lo abrió, sacó una pistola, la observó, giró una palanquita para bloquearla, luego pulsó un botón y expulsó el cargador, lo observó y lo volvió a meter en su sitio con gesto profesional. Cogió la segunda e hizo lo mismo pero quitando una bala con gestos seguros. Bajo la mirada alucinada de Zi, Natalia volvió a meter las pistolas en el neceser negro, buscó una funda hermética para la playa en su mochila, la vació, metió las pistolas dentro, la cerró, fue al cuarto de baño

seguida de Zi, abrió la cisterna del water, depositó el neceser en el fondo y cerró.

—¡Ya está, asunto solucionado!

—¿Dónde has aprendido esto? ¿Has hecho un cursillo en los servicios secretos?

—A mí me gustan los thrillers de acción. No me chupo sólo los documentales sobre arte y animalitos, como otras. A propósito, una de las pistolas está vacía y a la otra sólo le quedan tres balas, hay que comprar más, contestó Natalia, haciendo saltar la bala en su mano, como en una mala película policíaca.

MEDIA hora más tarde estaban sentadas sobre el plástico transparente de los asientos del taxi de Târek El-Kassem. Lo habían llamado al móvil de la tarjeta que les dejó. Él había acudido enseguida. Era sábado y se veían menos atascos que el día anterior. Târek había apagado el ambientador antes de llegar al hotel y abierto las ventanas para ventilar. El taxi olía a plástico nuevo y ligeramente a pies, lo que explicaba la presencia del ambientador.

Las llevó primero a Maktaba Al-Iskandariya, la famosa Biblioteca de Alejandría. Estaba situada junto al mar, frente al campus universitario. Era impresionante. Como un enorme cilindro de cemento, cristal y granito, de treinta y tres metros de altura, decapitado al bias dejando un techo inclinado que daba al noreste, con numerosas aperturas equipadas de persianas automáticas para regular la luz. Un estanque de agua lo rodeaba, terminando al borde de La Corniche, frente al promontorio de Silsileh. La fachada era impactante, con bajo relieves caligráficos en la mayoría de las lenguas del mundo.

Esto era sólo el aperitivo, una vez dentro once niveles las esperaban, de los cuales cuatro se situaban debajo del nivel de la calle. Pero la sensación que da ver los once niveles, como escalones gigantes, sostenidos por columnas de cemento, e iluminados por las aperturas del techo inclinado del cilindro, que difumina la luz exterior sobre las maderas del suelo y las estructuras de metal y cristal, no era descriptible. Había que verlo.

Una biblioteca preparada para recibir veinte millones de ejemplares. Actualmente tenía medio millón en todos los idiomas, 350 computadoras, una biblioteca digital, una en Braille y otra multimedia. Albergaba las sedes de las

principales ONG que operan en Egipto, el Museo Arqueológico y de los Manuscritos, el Museo de las Ciencias y el Exploratorium.

Salieron borrachas y mudas, después de dos horas viendo el interior, sus dos museos, y el impresionante planetario.

—Nunca he visto nada igual en mi vida. Es absolutamente grandioso, incluso más impresionante que la nueva B.N de París —dijo Zi guiñando los ojos bajo el intenso sol del mediodía.

—Porque no has visto Matrix... —respondió Natalia con burla, para disimular su propia impresión.

Târek las estaba esperando, leyendo su guía de Alejandría. Se había tomado su papel en serio. Les propuso visitar el ANM, Alejandría National Museum, antes de comer, que casualmente se encontraba cerca del consulado español.

Durante el trayecto Natalia le enseñó la bala de 22mm que tenía en el bolsillo y le preguntó si sabía dónde se podía comprar.

Târek las miró como si acabase de verlas por primera vez, cogió la bala y la observó minuciosamente mientras conducía.

—Remington 22mm Long Rifle subsonic HP. Éstas son de las que hacen daño —dijo mirándolas con seriedad por el espejo retrovisor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Zi.

—Llevo casi cuarenta años disparando, principalmente con 22LR, sobre todo ahora con mi edad, por la muñeca. El calibre 22 tiene menos retroceso. He ganado muchos premios.

—¿Y por qué dice que éstas son peligrosas?

—Las subsonic HP son de alta velocidad, hacen menos ruido, tienen menos retroceso, son mucho más precisas y pueden matar incluso a gran distancia. Las utilizan algunas agencias de inteligencia y diversas unidades militares y cuerpos de policía.

Natalia emitió un silbido admirativo.

—Ahora entreno en el desierto, disparo a latas de refresco. Tengo unas cuantas cajas de 22LR normal. Las vuestras son difíciles de encontrar aquí.

—¿Y sirven igual? —preguntó Natalia.

—Sí. No sé para qué las queréis, pero también son peligrosas. Pueden hacer heridas graves y a poca distancia matar. Tened cuidado.

—¿Nos puede vender de las tuyas?

—Tengo cajas de cien. Me deben de quedar seis.

—Yo creo que con una caja tenemos —dijo Zi.

—Vamos a coger dos, nunca se sabe. Por si tenemos hambre y queremos cazar conejos por el desierto —decidió Natalia.

Târek se quedó mirándolas por el retrovisor, sin saber qué pensar. Dos chicas guapas, que parecían turistas ingenuas, y que querían munición 22mm para ir a cazar conejos por el desierto. Pues no iban a cazar mucho, porque conejos en el desierto... difícil.

—Hemos llegado —dijo Târek aparcando—. Cuando terminéis podéis ir a comer al GAD que está detrás del museo. Voy a casa a por lo vuestro. Estaré de vuelta a la una y media.

Les prestó su guía Michelin verde, en francés, y se marchó a toda prisa.

—¡Éste no vuelve! Le has acojonado —dijo Zi.

—Qué va, nos ha dejado su guía, y ya se ha currado la mitad de las 70 libras del día. Sin contar el beneficio que va a hacer con las municiones.

El museo se encontraba en un palacio de estilo italiano, blanco y recién restaurado, en la calle Tariq Al-Horreya antigua Rue Fuad, próximo al centro de la ciudad. Era el viejo palacio del Pachá Al-Saad Bassili, que fue uno de los más ricos mercaderes de madera en Alejandría. La construcción del edificio databa de 1926.

Cruzaron la reja lateral y entraron en el museo. Contenía casi dos mil objetos que explicaban la historia de Alejandría y Egipto. Muchas de las piezas habían sido traídas de otros museos egipcios. Cada planta tenía su función. En la primera se encontraba la reconstrucción de una cámara funeraria de la época faraónica, con sus momias. En la segunda, la época greco-romana, con piezas halladas en las excavaciones arqueológicas submarinas del mar alejandrino. Y en la tercera, la época copta, árabe, y siglos XIX y XX. Todo muy cuidado y de agradable recorrido; el museo había sido inaugurado en 2003.

—No te muevas y sonrío —le dijo Zi a Natalia al salir del museo.

Rápidamente dio dos pasos y sacó una foto en dirección a Natalia.

—Tendrás suerte si salgo en la foto, apuntabas bastante más a la izquierda —dijo Natalia al llegar a ella—. A ver.

—Ves, no salgo, sin embargo el tío de la camisa verde... ¿Qué, te gusta?
Zi le pisó el pie para que se callara mientras el hombre de la camisa verde pasaba cerca de ellas, sin mirarlas.

—¡Ay!, ¿qué pasa?

—Este tío estaba en la biblioteca, me he fijado porque nos miraba mucho.

—Mira qué pintas de guiri despistado. Éste es un turista, y hemos coincidido, eso es todo.

A las dos menos cuarto el taxi de Târek aparcó delante del restaurante, atravesado en un hueco donde evidentemente no cabía. Les hizo un saludo con la mano y alzó el pulgar para indicarles que tenía lo que querían, y le arrancó un mordisco a una pita de kebab que sujetaba en la mano.

Se levantaron y salieron del GAD, un restaurante que pertenecía a una cadena de comida rápida egipcia para llevar, “take away” como dicen ellos, que también contaba con terraza para tomar in situ.

Nada más entrar en el taxi, Târek, entre dos mordiscos a su pita, les entregó dos cajas de plástico transparente con una etiqueta negra donde ponía: “CCI STINGER”. Además del acostumbrado olor a plástico nuevo, pies y atomizador a lavanda, se sumaba el kebab.

—Son de punta hueca cobriza, y el casquillo es de bronce —les dijo Târek abriendo las ventanas para ventilar, al ver la cara de Natalia.

Como no contestaban y se quedaban mirando las balas a través del envoltorio transparente, añadió:

—La punta hueca estalla en el impacto y hace más daño. Si le dais a la liebre, no se levanta.

—¡Ah! —contestó Zi.

—¿Qué os parece el Museo Greco Romano, para la siesta? —les preguntó Târek.

El museo se encontraba en la calle Mathaf El Romani, y albergaba antigüedades de la época de dominación grecorromana en Egipto, datadas desde el siglo III a. C. Poseía la mayor colección de este periodo, integrada por cerca de cincuenta mil objetos, entre los que figuraban también algunas obras de la época faraónica y copta.

Las recibió una imponente fachada de columnas sobre la que reposaba un gigantesco tímpano.

—Mira, el de la camisa verde otra vez —dijo Zi.

—Ya empieza a ser demasiada coincidencia.

—¿Cómo hace?, nunca vemos que nos siga.

—Si nos está siguiendo, de momento no parece que estemos en peligro, vamos a observarlo discretamente.

Estuvieron toda la visita al museo espiándole disimuladamente. Momentos antes de salir se reunió unos instantes con una mujer de aspecto extranjero, delgada, rubia, con ojos claros, que llevaba un vestido naranja y un bolso de tela rojo.

—Ves, ahora se junta con su novia, nada que ver con nosotras —dijo Natalia.

—Pues se deben de haber peleado, porque ella se va.

Se encontraron con Târek que las esperaba en la acera de enfrente. En cuanto las vio llegar apagó el ambientador y abrió rápidamente las ventanas para ventilar.

—¿Qué tal la visita?

—Muy bien, ha sido fantástico, contestaron mirando cómo el hombre de la camisa verde se alejaba tranquilamente por la otra acera.

—Apuesto a que no nos lo encontramos más.

—¿Qué os ha pasado?

—Nada, uno que nos seguía —dijo Zi quitándole importancia.

—No os preocupéis, a los egipcios nos gustan las mujeres guapas, y si son extranjeras, más todavía. Pero no hacemos daño, sólo somos un poco pesados.

—Éste era un turista.

—Bueno, también le gustarán las mujeres guapas. El buen gusto no es monopolio egipcio —dijo Târek riéndose.

—¿Qué nos propone ahora? —preguntó Zi.

—¿Qué tal las catacumbas de Kom El Shuqafa? —contestó Târek arrancando.

Bajaron los quince peldaños de la escalera en espiral que conducía al primer nivel de las catacumbas de Kom El Shuqafa. Era un pozo de unos diez metros de profundidad, alrededor del cual estaban distribuidas las cámaras funerarias y los nichos, sobre tres niveles. Llegaron a un estrecho corredor

con una bifurcación. Uno de los caminos, bajando seis escalones más, desembocaba en el segundo nivel, que albergaba la tumba principal. La luz natural no llegaba hasta allí y la iluminación de las antorchas acentuaba la magia y el sentimiento de irrealidad del lugar. Lo que estaban viendo se parecía más a un templo, esculpido en la misma piedra, que a una tumba, con sus columnas, pórticos, esculturas, bajo relieves. En este momento estaban solas, sólo se oía a lo lejos los pasos de algún turista que retumbaban en las piedras talladas.

—Estoy impresionada, esto es bestial —dijo Natalia ligeramente temblorosa—. Tengo frío.

—Lo descubrieron casualmente en 1900. Estaban haciendo unas excavaciones hacía ya unos siete u ocho años cuando un asno que tiraba de un carro lleno de piedras pasó por encima del pozo. La tierra se abrió y se tragó al asno —dijo Zi para cambiar de tema.

—¿Se cayó con el carro y las piedras?

—No lo pone.

—¿Y al burro qué le pasó?

Zi no contestó. Al otro extremo de la cámara acababa de aparecer una rubia con vestido naranja y bolso rojo. Las miró disimuladamente y siguió su camino.

—Nos estamos volviendo paranoicas —dijo Natalia.

—Aquí pasa algo, pocas veces he visto turistas visitando solos los monumentos. Ésta le ha cogido el relevo al de la camisa verde. Sigo sin entender de dónde sale, así de repente. Estamos en Alejandría. Aquí ha estado Alejandro muchos siglos, antes de que se lo llevaran a San Marcos. El Soma, edificado por Ptolomeo I, para recibir la momia de Alejandro, fue el lugar de peregrinaje de miles de personas entre los cuales estuvieron los más grandes emperadores romanos. Y recuerda que el Mapamundi tiene dos puntos aquí. Es normal que nos espíen sin hacer nada, tal vez piensen que estamos a punto de abrir la puerta del tesoro. Vamos a terminar la visita normalmente y a darle un poco de adrenalina.

Zi se acercó a la fachada del pronaos que constaba de dos columnas, y que, a pesar de ser en esencia grecorromanas, mostraban detalles de arquitectura completamente egipcios. Estaban flanqueadas por la imagen de

Agathodaimon, representada por una serpiente. Se agachó a hurgar la piedra a ras del suelo, esperó a que la rubia del vestido naranja volviese a aparecer, y en ese preciso momento se levantó como sorprendida, disimulando. Repitió la operación dos veces más y se fueron. Al llegar a los primeros escalones vieron cómo la rubia del vestido naranja se precipitaba a la tumba sacando una pequeña cámara digital de su bolso rojo.

Salieron corriendo y cruzaron la explanada para meterse en el taxi.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Zi.

—Al Fuerte de Qaitbey antes de que cierren —contestó Târek arrancando.

Zi y Natalia estuvieron mirando todo el tiempo, nadie los seguía, en ningún momento hubo el mismo coche detrás de ellos en todo el trayecto.

Llevaban veinte minutos en la fortaleza del siglo XV, cuando la rubia del vestido naranja y su bolso rojo, apareció.

—Está claro que estamos vigiladas, y deben de ser varios porque no se la ve en ningún momento nerviosa, ni preocupada por perdernos la pista —dijo Zi.

—¿Qué hacemos?

—Volver al hotel, se acabó el turismo por hoy. Estoy cansada.

—Yo también. Vámonos.

Regresaron al hotel con Târek, le pagaron el día de servicio y las balas. Un total de cuatrocientas libras, cincuenta y cinco euros.

Cuando se despidieron, Târek les preguntó si querían seguir con él al día siguiente. Le explicaron que iban a Siwa en Autobús y que salían a las ocho y media de la mañana. A lo que contestó que las podía haber llevado él, claro que les hubiera costado más. Quedaron que cuando volviesen a Alejandría lo llamarían.

ALGUIEN había estado hurgando en sus equipajes. Se trataba de profesionales, nada se había movido. Era más bien una sensación, una intuición. Algo que las mujeres sienten y notan. El gorro de la ducha, cogido de algún hotel, estaba arrugado de otra manera, el esmalte de uñas rojo estaba debajo del frasco de acetona, las toallitas de la cara encima del lápiz de labios, las braguitas demasiado a la izquierda y pegadas a los calcetines en el fondo de la mochila.

—Han hurgado en mi mochila, es casi perfecto —dijo Zi.

—Tienes razón. Los dos pelos que he atado al cierre de la cremallera están rotos —contestó Natalia mientras salía corriendo a la cisterna del water, bajo la mirada atónita de Zi.

»Esta chica ve demasiadas películas policíacas.«

—No las han encontrado, siguen allí —dijo volviendo con la bolsa empapada de agua.

La abrió y sacó las dos pistolas perfectamente secas. Extrajo los cargadores, miró el que tenía balas para ver cómo iban colocadas y cada una llenó el suyo con diez balas.

—Recuerda que sólo tenemos diez disparos.

Zi sopesó la pistola con su mano derecha. Experimentaba una sensación extraña. Una mezcla de temor y poder. Era como ser la protagonista de una de esas películas de acción que tanto le gustaban a Natalia. Con la sutil diferencia de que ésta era real, y las frecuentes punzadas que le seguía dando su herida en la nalga derecha, estaban allí para recordárselo.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Natalia.

—No parece que estemos en situación de peligro inmediato. Vamos a seguir con el juego. ¡Nosotras no nos hemos dado cuenta de nada! ¿Qué harían dos turistas en Alejandría a las seis y media de la tarde?

—¡Ir de compras y a cenar!, voy a volver a guardar esto con las balas en la cisterna.

Media hora más tarde estaban en la calle. A medida que se alejaban de La Corniche, las calles se volvían más cutres, sucias y polvorientas. Abundaban las tiendas de ultramarinos, una especie de bazares donde encontrabas de todo, desde jamón dudoso al corte, una jaula con pájaro que se vendía vacía, objetos artesanales, hilo de pescar, hasta tampax de los años sesenta. No había que ser quisquilloso con las fechas de caducidad, ni con la calidad del género. Los precios para extranjeros eran de diez a veinte veces más caros que para un egipcio, y no estaban puestos. El simpático tendero lo iba dando según su apreciación, sobre la marcha, y sin ningún complejo. No era raro haber pedido un precio, y al poco rato oír cómo, delante de tus narices, le decía a otro que costaba la mitad. El regateo era obligatorio, no hacerlo era una ofensa.

El asfalto, ya viejo y pulido por los años, adquiría un tono rosa amarillento. Las aceras, cuando existían, estaban recubiertas del mismo asfalto o con cemento, recordando la influencia francesa. Se perdieron por calles sucias y cochambrosas, enmarcadas por decrepitos edificios ruinosos, con viejos balcones en los que colgaban un sinfín de sábanas y ropas multicolores. Olía a un potpurri de brisa marina, polvo y tabaco, donde a veces se mezclaba el de orina vieja. Y no tan vieja.

En una de ellas encontraron a unos hombres muy atareados, cerca de un viejo y pequeño Lada, convertido en taxi. El coche había sufrido un accidente y estaban soldando el chasis en plena calle. Uno de ellos estaba tumbado debajo, con un soplete, mientras otro, con la ayuda de un gato levantaba o bajaba la parte delantera del taxi siguiendo las órdenes de un tercero, quien, agachado un poco más lejos, en el supuesto eje longitudinal del coche, le iba dando indicaciones, buscando el paralelismo del larguero. Otros cinco inspeccionaban la maniobra, fumando y dando sus opiniones y consejos.

En otra encontraron a un pequeño y viejo burro blanco en medio de la calle, atado a una vieja farola oxidada que jamás llegó a funcionar. Estaba

sucio y pelado, pero parecía feliz comiendo unos restos de lechugas marchitadas que su amo le había esparcido por el suelo, mientras él estaba sentado con sus amigos en la terraza de un café, fumando shisha y jugando al backgamon o al dominó.

Llevaban dos horas pateando la ciudad y viendo bazares. En ningún momento, por mucho que vigilasen sus espaldas, habían vuelto a ver a la rubia del vestido naranja, ni al hombre de la camisa verde. Ni tampoco a nadie que apareciese varias veces en su camino.

—Tengo hambre y me duelen los pies —dijo Natalia de pronto.

—Qué te parece si vamos al Grand Café, ese tan bonito que estaba al lado del restaurante de ayer.

—Perfecto, pero pasamos por el hotel un segundo que quiero ir al baño y coger mi bolso, tú no tienes cacao en el tuyo.

Pararon un taxi; diez minutos y tres libras después estaban en su habitación. Esta vez nadie había entrado, todos los pelos que Natalia había colocado por la habitación estaban en su sitio.

—Como esto dure mucho te vas a quedar calva —le dijo Zi con guasa.

—Ya, pero si ponemos los tuyos, con lo gordos, oscuros y brillantes que son, nos delatamos a la primera.

—Envidiosa.

Se dieron una ducha, un repaso a sus pelos y maquillaje que habían sufrido el ataque de la calle y se cambiaron. Estaban saliendo cuando sonó el móvil de Zi.

Eran Miguel y Guido. Habían encontrado la web de Leana Souvaltzi y más artículos que se referían a Siwa y a la polémica pseudotumba de Alejandro. Desgraciadamente muchos estaban en griego y en árabe. Guido le traducía los árabes, pero para los griegos, a pesar de la traducción de Google, a veces no se entendía bien el sentido de las frases. Ellas les pusieron al corriente de la situación actual, y de cómo las seguían discreta y esporádicamente. Guido continuaba conectándose a la red del Aeropuerto Cairo Internacional para intentar encontrar alguna pista de Frank Bowell, pero sin éxito.

El Grand Café estaba abarrotado, era sábado, temporada turística y las nueve y media de la noche, no había mesas. Las instalaron en la pequeña

barra con un zumo de naranja, hasta que de pronto se quedaron libres varias mesas y las acomodaron.

—La rubia ha cambiado su vestido naranja por uno azul, pero no debe de tener otro bolso que el rojo, el guarro de su novio sigue con su camisa verde —dijo Natalia en voz baja inclinándose hacia Zi, y moviendo sus ojos hacia su izquierda.

Zi miró discretamente hacia su derecha. Un camarero acompañaba a la pareja a una mesa no muy lejos de la suya.

—Yo ya no sé qué pensar —dijo Zi.

La pareja de supuestos seguidores se sentaron y la rubia sacó de su bolso rojo algo parecido a un teléfono móvil, un poco más grande de lo normal, que depositó a su lado.

—Mira —dijo Natalia cuchicheando—, nos ha enchufado una grabadora direccional.

—Traduce lo que has dicho.

—Creo que lo que ha puesto en la mesa es una grabadora con un micrófono hecho para captar el sonido que viene de donde apunta —murmuró Natalia.

—¿Y tú cómo conoces eso?... No me lo digas, lo has visto en una película...

Cenaron hablando de lo que habían visto hoy y de lo que se suponía que iban a ver al día siguiente en Alejandría. Así como de sus últimas conquistas, con todos los detalles. En ningún momento miraron hacia la otra mesa.

DE vuelta al hotel, y después de verificar que nadie había entrado en la habitación, tomaron una buena ducha para quitarse los malos espíritus del día y quedarse con la parte buena. Egipto era la tierra de los faraones pero también la entrada al reino de los muertos...

—¡Natalia!, ¿qué haces hurgando en mi bolso?

—Buscando el hilo de pescar que compramos en el bazar de la jaula, esta tarde.

—Estará en el tuyo, ¿no?

—No, el mío lo dejé en el hotel, sólo nos llevamos el tuyo. ¿No lo recuerdas?, no pude ponerme cacao en los labios porque tú no llevabas en el tuyo.

—Es verdad, ¿lo encuentras?

—Aquí está.

—¿Te lleno la bañera de agua, o vas a bajar a pescar a la playa?

Natalia no contestó. Cerró la puerta de la habitación con llave y puso una butaca delante, a unos centímetros, para que al abrir ofreciese resistencia sólo después de dejar una apertura. Ató la punta del hilo al extremo del picaporte de la puerta, lo hizo pasar debajo de la butaca para que se deslizase por el pie de ésta, y lo llevó en línea recta hasta su mesilla de noche. Luego hizo lo mismo con la puerta corredera de la terraza. Puso la mesita de la habitación y una silla tumbada, en medio del paso, y se quedó pensativa mirando su magnífica obra.

—¿Ahora me explicarás? —preguntó Zi.

—Como ya nos han registrado la habitación, y no sabemos ni quién ha

sido, ni por qué, prefiero que no tengamos sorpresas esta noche.

—Supongo que te vas a atar los hilos a los dedos de los pies.

—Algo así. Deberíamos dejar el equipaje hecho, y todo listo, por si tenemos que marcharnos de improviso —contestó Natalia mientras empezaba a ordenar su mochila.

—Tienes razón —dijo Zi haciendo lo mismo.

Natalia fue a buscar la bolsa de las armas en la cisterna del water, sacó las dos pistolas, cogió dos bolsitas de plástico de su neceser, metió veinte balas en cada una, y guardó una en cada bolso. Luego cogió una pistola y le dio la otra a Zi.

—Mira, funcionan así: esta palanca es el seguro, cuando está para arriba, bloquea el cerrojo y no puedes disparar. Si la empujas para abajo lo desbloquea.

Zi asintió e hizo la prueba.

—Este otro botón —prosiguió Natalia—, es para extraer el cargador. Para volver a colocarlo, lo introduces, y al llegar arriba le das un golpe seco, así.

Sonó un clac metálico. Zi hizo lo mismo, lo sacó y lo metió varias veces.

—¿Y este pulsador, aquí arriba delante del gatillo?

—Esto es para sacar la bala de la recámara.

Ante la cara de incomprensión de Zi, Natalia explicó:

—La pistola tal y como está ahora, aunque hayas quitado el seguro, no puede disparar. La pistola aprovecha la fuerza de retroceso para llevar hacia atrás el cerrojo, expulsar el casquillo vacío, coger una bala nueva y colocarla en la recámara delante del percutor, preparando así el siguiente disparo. La primera vez se arma a mano, de esta manera.

Natalia cogió la parte trasera del cerrojo entre el pulgar y el índice de su mano izquierda, mientras sujetaba la pistola con la derecha, tiró hacia atrás con decisión y soltó para que el cerrojo volviese a su posición inicial. Sonó un doble clac-clac.

—Ahora está lista, si aprieto el gatillo, ¡Bang!

Zi hizo lo mismo, y se quedó mirando la pistola con emoción.

—En las películas a veces se encasquillan y no se puede disparar —dijo Zi, para que Natalia viese que ella también sabía algo.

—Para eso está el pulsador del que me hablaste antes. Sacas el cargador,

le das al pulsador, la bala sale y vuelves a poner el cargador.

—¿Estás segura?

—Digo yo que será así. Si no para qué está el pulsador.

Zi miró a Natalia, preocupada. ¿Cómo una persona podía tener tanta seguridad hablando de algo, sólo por ver películas? La verdad es que no lo hacía del todo mal.

Ante la cara de preocupación de Zi, se sintió obligada a aclarar:

—De todas maneras ésta es una pistola muy buena, no se va a encasquillar.

—¡Habló la especialista!

—Es una Smith and Wesson 22A 22LR, Black, 5.5 Inch Bull Barrel, de lo mejorcito.

Zi se quedó de piedra, ¡Natalia entendía realmente de armas!

—Tía, no sabía que entendías tanto.

—Lo pone aquí —le dijo Natalia indicándole el borde del cañón y estallando en carcajadas, mientras Zi miraba el cañón de su pistola sonriendo.

—Vamos a ponerlas debajo de la almohada.

—De acuerdo, pero yo dejo el seguro puesto, con lo que me muevo, no vaya a ser que me vuele los sesos.

Natalia terminó de vestirse de calle, zapatos incluidos, y se tumbó sobre la cama. Luego se ató uno de los hilos a los pelos de la sien derecha y el otro a los de la izquierda.

—¿Vas a dormir así?

—Lo voy a intentar. Así, cuando abran sabré cual es, derecha terraza, izquierda puerta. Y lo que más dolor me produce es que me tiren de los pelos de las sienes. Si abren seguro que me entero.

—No me refería a eso, sino a dormir vestida con zapatos y todo.

—No querrás que me ponga a luchar o a disparar desnuda, esto te quita ventaja sobre el adversario.

—O al contrario, te da tiempo de apuntar mientras mira donde no debería. Yo no me pienso pasar la noche vestida sobre la cama, esperando a que un chico malo entre. Necesito dormir así que apaga, ya casi es la una —dijo Zi arrancando la manta de la cama y cubriéndose con la sábana.

—¿DUERMES? —cuchicheó Zi.

—No puedo, tengo calor y no me puedo mover con estos hilos.

—No seas pesada, quítate eso del pelo, la ropa y abrimos la terraza. Aquí no se puede estar del calor que hace. Ya son las dos y media.

—Vale, tienes razón, esto es más difícil que en las pelíc...

Natalia no terminó su frase, sonó un leve ruido metálico en la cerradura de la puerta de la habitación. Las dos se miraron atemorizadas, la puerta se estaba abriendo. Natalia puso cara de dolor, pero no dijo nada. La puerta chocó con la butaca, intentó abrirse más, pero al ver que resistía, se volvió a cerrar muy despacio.

—¡Joderrrr!, qué daño, me lo quito ahora mismo. No quiero ni pensar si llega a abrirla entera —murmuró Natalia entre dientes desatándose los hilos con cuidado.

Zi saltó de la cama,

—Me voy a vestir no sea que...

Se oyó un ruido sordo en la terraza, luego otro. Unas sombras aparecieron a la luz de la luna.

—Están saltando desde la terraza de al lado —dijo Zi—, ¿dónde coño están mis bragas?

Natalia cogió su almohada, la puso haciendo bulto bajo las sábanas e hizo lo mismo con la otra. Luego las dos se refugiaron detrás de la cama de Zi, pistola en mano.

—Deja de moverte.

—Estoy intentando ponerme el sujetador.

—Ponte la camiseta.

—No la encuentro.

Se oían pequeños rasguños en la puerta corredera de la terraza. El cierre cedió con un leve chasquido. Pasaron unos minutos.

—Están esperando para ver si nos hemos despertado.

—Pásame el vaquero.

—Toma, mira, la camiseta también estaba aquí.

—Gracias.

La corredera empezó a desplazarse lentamente, centímetro a centímetro. Sólo se oía el miedo y la tensión. La respiración se les aceleró, y el corazón amenazaba con saltar fuera. Seguro que se escuchaban los latidos desde la terraza.

Por fin la apertura fue suficientemente grande para que alguien pudiese entrar. Pasaron otros eternos minutos de espera.

Natalia le presionó el brazo a Zi para que dejara de moverse. Zi dejó su camiseta y su vaquero hechos una bola a su lado, recogió su pistola y se asomó lo más discretamente que pudo para ver cómo una sombra y luego otra, se introducían extremadamente despacio en la habitación.

La luna iluminaba el exterior, creando un contraluz y dejando la habitación en la oscuridad, con el contraste.

La primera silueta iba a tuestas, en línea recta hacia las camas, el brazo ligeramente levantado ante ella, con algo en la mano, un bote o algo parecido. Mientras tanto la otra sombra se desplazaba detrás de la primera ligeramente a la izquierda, como para rodear la cama de Natalia y dirigirse a la de Zi.

La primera llegó a la mesita que estaba en medio del paso y levantó la pierna para pasar por encima. Cuando estuvo a medio gesto, sobre una pierna, se oyó otro ruido sordo en la terraza, y una tercera sombra apareció detrás del cristal.

Se quedó unos segundos con la pierna en el aire, esperando una reacción de las dormidas, y lentamente fue cambiando el equilibrio a la otra, para ponerla en el suelo. Natalia eligió este momento para emitir un potente ronquido de cerdo excitado. Esto desconcertó a sus visitantes. El que acababa de poner el pie en el suelo decidió anticipar la acción y alargó el brazo dando un paso decidido hacia la cama de Natalia.

Tropezó con la silla que estaba volcada en el suelo, se oyó claramente el pshiiit de un spray, un taco en inglés, y se desplomó desapareciendo detrás de la cama.

Natalia encendió la luz apuntando hacia donde había caído el primero, al que no veía, por si se levantaba. Zi apuntaba al de la izquierda, un viejo conocido, Frank Bowell, que llevaba un pequeño spray en la mano. La tercera silueta, en la terraza, no se movía.

Hubo unos segundos de indecisión, Natalia, totalmente vestida de calle trepando por las camas para ver quién había detrás de la suya, Zi en bragas con el sujetador sin abrochar y medio caído, apuntando nerviosamente a un supuesto profesional de la CIA, y una sombra indecisa en la terraza.

De pronto Frank Bowell, pensando que con este aspecto, y esa cara de asombro, Zi era más que vulnerable, se decidió. Estaba a tres metros de ella. Se abalanzó con el brazo alargado todo lo que podía, apuntando su cara con el spray, pero sólo le dio tiempo a iniciar el gesto. Sonó un disparo seco y corto, como esos petardos que se tiran en el suelo y estallan. Bowell cayó al suelo, de lado, sujetándose el brazo, el bote de spray rodó debajo de la cama. Zi no dejó de apuntarle ni un momento, el disparo fue un acto reflejo, afortunadamente le había dado en el brazo, y no en la cabeza o en otro lugar más delicado. Bowell la miraba fríamente, esperando una oportunidad, un despiste de Zi.

—Esto era un aviso, el próximo te va a hacer daño, Sr. Bowell —le dijo Zi con tono cabreado.

Zi, en bragas con el sujetador colgando de los codos, apuntándole a la cabeza. La situación era cómica, pero Frank Bowell, no se lo tomó a broma. Después de lo que habían pasado en Madrid, y ahora esto, pensaba seriamente que estas dos eran peligrosas.

Así también lo debió de pensar el de la terraza, que debía de haber hecho el mismo análisis que Bowell al ver a Zi tan ligerita de ropa, y se había decidido a entrar pistola en mano. Viendo lo visto, con Natalia apuntándole de repente, dio un bote hacia atrás y volvió a salir por donde había entrado.

—¡Vuelve aquí, cobarde! —le gritó Natalia lanzando el cenicero de barro cocido de la mesilla de noche a la ventana de la terraza, que no se llegó a romper del todo, aunque el ruido fue espectacular.

Vieron cómo el hombre se subía de pie en la barandilla, agarraba la reja de separación con pinchos que sobrepasaba en el vacío e intentaba rodearla. En su precipitación se resbaló, la mano que sujetaba la reja se soltó, quedó unos segundos como suspendido en el aire, con un solo pie en la barandilla, intentando recobrar el equilibrio, para finalmente bascular irreversiblemente hacia el infierno. Segundos después se escuchó un sonido de chapas aplastadas, y un claxon pitando sin parar.

Natalia, viendo que lo que había detrás de su cama no se movía, fue corriendo a la terraza y se asomó. El hombre había caído seis pisos y aterrizado en el techo de un coche, aparcado en la calle, alguien se acercó corriendo, metió la mano por la ventanilla y el claxon se paró. Luego cogió al aprendiz volador y se lo llevó como pudo, no parecía estar muerto. ¡Menuda suerte! Se volvió a meter dentro.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Zi, sin quitar los ojos de Howell.

—Luego te lo cuento.

Se acercó al cuerpo que estaba detrás de su cama tiró del brazo para darle la vuelta, y puso cara de sorpresa.

—¡Es la rubia del bolso rojo! —exclamó—. Y está profundamente dormida.

Natalia recogió el spray.

—Aquí pone desodorante, ¡qué potencia!, pero dudo que dure veinticuatro horas. Qué listos, para la aduana. ¡Confiscado! ¿Dónde está el otro?

—Debajo de mi cama. ¿Qué hacemos con éste? ¿Le pego un tiro o le enseñamos a volar como al otro?

—Con este brazo no creo que pueda volar muy lejos —contestó Natalia acercándose—. Vamos a dormirle y nos largamos.

Le enchufó el Spray en la nariz, y, aguantando la respiración, apretó el pulsador. Howell se quedó blando enseguida.

—Qué rápido actúa —dijo Zi bajando la pistola.

—Sigue apuntándole, éste no se ha dormido.

Natalia se acercó y le pellizó el brazo sin resultados. Hizo lo mismo con su pezón derecho, nada. Entonces se le dibujó una sonrisa sádica en los labios, le cogió las joyas de familia y apretó fuerte. Frank Howell emitió un

quejido y abrió los ojos con rabia y la boca para tomar aire, momento que aprovechó Natalia para darle una sobredosis de spray.

—¡Ahora sí!

Bowell cayó redondo. No había articulado ni una sola palabra en todo el rato, ¿se habría quedado mudo con el electroshock de Guido en Madrid?

Al otro lado de la cama se empezaron a oír débiles quejidos.

—Ésta no ha tenido suficiente, se está despertando —dijo Zi.

—Ahora me ocupo de ella —dijo Natalia rodeando la cama y dándole otra ración a la rubia del bolso rojo.

—¿Estás segura de que éste duerme?

—Segurísima, mira —Natalia tocó el brazo donde estaba la herida de bala, que ya casi no sangraba—. Ves, ni se inmuta... Te veo muy pálida.

—Tengo retortijones, me voy al cuarto de baño a vestirme —dijo Zi, consiguiendo por fin terminar de ponerse el sujetador, y recogiendo su ropa del suelo.

—Los nervios. No parece que nuestra batallita y tu disparo haya alertado a nadie. A lo mejor han dormido a todo el hotel.

—¿Qué le pasó al de la terraza?

—Le amortiguó la caída el techo de un coche aparcado, vino un tío y se lo llevó. Creo que se movía, vamos, que no estaba muerto.

—Cuando salga del baño nos largamos de aquí.

—Vale.

Diez minutos más tarde Zi salía del baño con otra cara, otros pelos y con ropa. La rubia y Howell estaban tumbados en el suelo, en ropa interior, espalda contra espalda, y atados con tiras de... Natalia les había cogido la ropa y la había cortado en tiras con la tijera de las uñas, para atarlos.

—Veo que no te has aburrido. Larguémonos de aquí —dijo Zi agarrando su mochila y su bolso.

—¿Y a dónde? —contestó Natalia dándole un toque más de spray a los visitantes nocturnos.

—Vamos a alejarnos de aquí, seguro que hay una salida trasera en este edificio. Cuando estemos en lugar seguro, llamamos a Târek, que nos lleve a Siwa esta misma noche. ¿Qué has hecho con sus cosas?

—Los spray están a mano, en mi bolso. Las armas, las billeteras y los

restos de sus ropas, debajo de la bañera. Había una trampilla de mantenimiento, la he abierto con mi lima de uñas y he tirado todo al fondo del hueco. Pero antes les he birlado la pasta.

—Bien hecho. ¿Algo especial en la documentación?

—Se supone que ella es periodista, se hace llamar Abie Brown, él sigue siendo historiador.

ERAN las seis de la mañana. El Tata 4 × 4 de Târek El-Kassem circulaba a buena marcha por la autovía de la Nacional 1 dirección Marsá Matrúh, con dos pasajeras dormidas en el asiento trasero. La circulación era fluida, no había casi coches en el inicio del último domingo del mes de junio. Estaba amaneciendo, Târek miraba por el espejo retrovisor con cierta ternura paternal, a estas dos chicas desamparadas que no más lejos que ayer le habían comprado doscientas balas del calibre 22 Long Rifle para cazar conejos en el desierto...

Le habían sacado de la cama a las tres y pico de la madrugada, diciéndole que tenían que ir al oasis de Siwa esa misma noche. Le esperaban en una callecita, a medio camino entre el hotel y el puerto industrial. Târek les indicó un café cercano al puerto donde los pescadores se reunían antes y después de salir a faenar, y que estaba abierto las veinticuatro horas, como la mayoría en Egipto. Allí siempre había gente, buena gente trabajadora y siempre dispuesta a ayudar. Uno de sus múltiples primos pasaba todos los días antes de embarcar. Târek era un hombre discreto, no le gustaba inmiscuirse en la vida de los demás, pero intuía que los “conejos del desierto”, debían de ser grandes y bastante malos.

Tranquilizó a su mujer, que se había despertado por Anoushka Habbaitak Habbaitakla, la música que tenía puesta en su móvil. Era una de sus favoritas y la tenía a todo volumen. Le contó que le había salido una carrera a Siwa, como ella estaba preocupada por la hora, le dijo que estaba medio acordado con unos turistas, y que no le había dicho nada porque no sabía si iba a hacerse o no. Luego le dio un beso acariciándole con cariño la mejilla y

cuando vio que se volvía a dormir, se fue a lavar los pies y a vestirse.

Un cuarto de hora más tarde estaba en su taxi, en dirección al puerto, con una pequeña maleta, sus dos armas de competición y el resto de municiones en el maletero. El material sensible estaba en el hueco de las herramientas, bajo la moqueta. Había notado algo como desasosiego y aprensión en la voz de la chica morena, que por cierto, ahora hablaba un árabe perfecto.

AL salir de la habitación, Zi y Natalia se habían encontrado al recepcionista de noche dormido en el suelo detrás del mostrador de recepción. No tenía heridas visibles, ni estaba en un baño de sangre. Optaron por bajar por las escaleras, por si alguien esperaba en el hall de abajo.

Abajo no había nadie esperando. El hall estaba vacío, pero no había ninguna puerta trasera como en las películas, y la puerta principal estaba cerrada con llave. Tuvieron que abrir una ventana lateral y saltar por ella.

El coche donde había aterrizado el tercer visitante tenía el techo completamente hundido y los cristales del lado izquierdo esparcidos por el suelo. Al pasar delante Natalia se asomó al interior.

—Ya sé por qué pitaba, el parasol del conductor se ha descolgado del golpe y daba en el claxon. Larguémonos de aquí.

—Vamos hacia el puerto, por las callejuelas de ayer. Dentro de un rato llamaré a Târek. No entiendo que no tengan a nadie vigilando abajo.

—Tienes razón, esta gente aparece y desaparece como por encanto. Aquí pasa algo raro.

—Ahora sabemos que los que nos han seguido por Alejandría son los yankees de la CIA. ¿Qué habrá pasado con el hombre de la mancha? Guido ha visto en la Web del aeropuerto que llegó ayer por la noche. Puede ser que la mosca que Abdel Aziz nos quitó de encima en Banha fuese un indicador de Bratti. Esto explicaría que no nos haya localizado todavía.

Caminaron rápido durante un buen rato, cambiando de calle, a veces dando la vuelta a una manzana entera, volviendo sobre sus pasos. Pero nada, no las seguían o eran muy buenos, porque con la poca gente que se cruzaron,

era imposible pasar desapercibido.

Después de llamar a Târek, tan amable y servicial como siempre, como buen egipcio que era, se dirigieron al puerto. Encontraron fácilmente el café que les había indicado. Estaba en el mismo muelle. Era un local sin nombre, en esquina, con grandes ventanas y mucha luz. Debía de haber sido una pescadería en otra vida, cubierto de azulejos blancos, a veces rotos, en las paredes y en la barra, el suelo era gris, no se sabía si por la suciedad o de origen. Algunas fotos enmarcadas, de navíos y del puerto, colgaban de las paredes. Olía a tabaco, café y pescado, en este orden, pero no era desagradable, sobre todo porque se sintieron arropadas por la cantidad de hombres fuertes y amables que llenaban el sitio. Les hicieron un hueco en una mesa de formica azul claro y sillas de tubos de metal, con tablero de madera laminada del mismo color, pero más desgastado, el respaldo colgando de un tornillo. Tomaron un café turco que olía a trapo sucio pero que les supo a gloria, y no se quitaron las mochilas por no dejarlas en el suelo. Las miraban con amable curiosidad.

Târek llegó hacia las cuatro, saludó al camarero y a muchos de los presentes, encargó aish, agua, y unas pitas de bonito para “take away”. Las acompañó al coche con paciencia y cariño, como haría un padre que va a buscar a sus hijas a la salida de la discoteca.

EL recepcionista de noche se despertó hacia las cuatro de la madrugada. Tenía la boca pastosa, ligeras nauseas, le dolía la cabeza y no entendía qué hacía en el suelo, detrás del mostrador.

Lo último que recordaba era a una pareja muy sonriente que volvía tarde de cenar y que le pidió la llave de una habitación del ático, luego nada.

Se levantó con esfuerzo, y se fue al cuarto de baño del personal a echarse agua fría en la cara. La memoria volvía más clara.

Recordaba que había empezado su turno de noche a las doce, y estaba mirando una película en el pequeño televisor del salón restaurante, frente a la recepción, cuando llamaron a la puerta, hacia las dos y media. Había abierto a esa pareja de americanos simpática y bromista, ella era rubia y muy sonriente, se notaba que habían bebido más de la cuenta. Él le pidió la llave de una de las habitaciones del ático señalándosela en el cuadro de llaves. Cuando se giró para cogerla oyó un pshiiit y...

Unos golpes sordos fuera del cuarto de baño, le devolvieron a la realidad. ¿Y ahora qué? Prestó atención...

Salió despacio al pasillo y escuchó. Nada. Se iba a ir a la recepción cuando el ruido se volvió a oír con más nitidez. Provenía del piso superior, de las habitaciones del ático. Subió con cuidado, la cabeza le dolía y le daba vueltas, estaba al borde de la arcada.

Por fin llegó a la habitación de donde provenían los golpes, intentó abrir, pero la llave estaba echada. Llamó discretamente a la puerta. Los golpes pararon y se oían voces raras parecidas a los rebuznos de un asno en celo. O estaban totalmente borrachos o allí pasaba algo. Decidió bajar a por la llave

maestra.

Los golpes le acompañaron hasta su vuelta, y los rebuznos eran cada vez más estrangulados. Abrió la puerta un poco, muy despacio, y preguntó.

—¿Se puede?

—Hummm, Hummm. Hummm...

Se decidió y abrió del todo. La pareja que le había pedido la llave de su habitación estaba allí, los dos tumbados en el suelo, semidesnudos y atados juntos como una mortadela siciliana.

—Hummm, Hummm...

Se agachó e intentó deshacer los nudos de las tiras de ropa que los ataban y amordazaban pero no pudo, así que bajó a por sus tijeras.

Cinco minutos más tarde los había desatado. La habitación estaba desordenada y quedaban señales de lucha. El cristal de la terraza estaba parcialmente roto.

—¿Qué ha pasado, les han atacado? —preguntó.

Era evidente que el recepcionista pensaba que ellos eran las víctimas, pensó rápidamente Bowell.

—Está herido, voy a llamar a un médico y a la policía.

—No se preocupe, no es necesario, sólo necesitamos algo que ponernos porque nos han robado todo, hasta la ropa.

—Esto es muy grave. Quédense aquí a descansar, yo me ocupo de todo, primero llamo al médico de urgencia y luego a la policía.

—Sólo necesitamos ropa —repitió Bowell con paciencia, mientras la rubia del bolso rojo se envolvía en una sábana.

—Tengo que llamar al médico y a la pol...

No acabó su frase, la rubia había recogido del suelo el cenicero de barro que Natalia había lanzado a la ventana de la terraza, y se lo estampó en la cabeza con todas sus fuerzas.

—¡Tú no llamas a nadie! —dijo la rubia con una voz nasal y metálica, la cara descompuesta, al borde de la histeria.

Un cuarto de hora más tarde, el recepcionista de noche estaba amordazado en ropa interior sobre la cama de Natalia y una curiosa pareja salía del hotel por una ventana del hall de la calle: un conserje, cuyo pantalón oscuro le llegaba a la rodilla y las mangas de la chaqueta blanca y botones

dorados, por los codos, sin camisa, a pecho desnudo, y una mujer de la limpieza embutida en un uniforme bata azul pálido, que amenazaba con reventar en cada respiración. Los dos descalzos.

ZI se despertó sobresaltada, tenía la cabeza apoyada en el hombro de Natalia, que roncaba a pleno pulmón. Salía de una pesadilla y estaba sudorosa. Tardó unos segundos en situarse.

Lo primero que consiguió ubicar devolviéndola a la realidad fue el olor a plástico nuevo y a lavanda atomizada, y la mirada sonriente de Târek en el espejo retrovisor. Le devolvió la sonrisa, miró a su alrededor, a la derecha se veía el mar a lo lejos, a la izquierda el secarral del desierto. Estaban en la Nacional 1, una autovía de doble carril que comunica Egipto con Libia, bordeando el Mediterráneo. El coche se deslizaba suavemente por el asfalto, brincando por algún bache, más que ocasional. Los rayos de sol amaneciendo, entraban por la luna trasera del coche, e iluminaban como hilos dorados el pelo de Natalia y los bucles brillantes de Zi.

Zi no dijo nada, llevaban una semana larga con esta historia y no sabía dónde acabaría, Târek respetó su silencio.

Estaban a unos sesenta kilómetros de Marsá Matrúh, una ciudad portuaria de unos sesenta mil habitantes, con unas maravillosas playas, destino predilecto de los ciudadanos de El Cairo, en cuanto llegaban los calores del verano. Sobre todo, era la última población importante antes de la frontera Libia, y punto obligado de paso para el Oasis de Siwa. Marcaba la mitad del camino desde Alejandría.

—¿Dónde estamos? —preguntó Natalia que se acababa de despertar; la mirada perdida.

—A media hora de Marsá Matrúh —contestó Târek.

Natalia hizo un visible esfuerzo por recordar y volver al país de la

realidad. Miró a Zi con despiste.

—¿Ya te has despertado? —qué raro.

—¡No me dejas dormir!

—¿He roncado mucho?

Zi y Târek rieron un buen rato, mientras Natalia terminaba de desperezarse. En cuanto estuvo de nuevo totalmente en este mundo, miró a su alrededor, y sobre todo detrás.

—No creo que nos siga nadie —dijo Târek—. He acelerado y aflojado la marcha muchas veces para verificar. El único coche que tenemos detrás desde hace más de media hora, es el Peugeot azul que nos sigue. Ha entrado en la nacional en Sidi Abd el Rahman, delante de mí y lo he adelantado, es un viejo egipcio.

Las dos se miraron perplejas, Târek era un nido de sorpresas...

—Gracias Târek —dijo Zi, mientras Natalia sonreía.

Un cuarto de hora más tarde, después de pasar Garâwla donde se divisaban unas pequeñas y desoladas urbanizaciones de vacaciones junto al mar, Târek tomó a la izquierda, mirando con insistencia por el retrovisor.

—¿Qué pasa? —preguntó Zi.

—Acabo de tomar la bifurcación que rodea Marsá Matrúh por el sur. Sólo se ataja cinco kilómetros, pero evitamos cruzar la ciudad. El Peugeot azul ha seguido recto para Marsá, seguro que va al mercado de pescadores del domingo.

Iban a ser las siete de la mañana cuando Târek dejó la autovía y se metió por una carretera a la izquierda, dirección sur. Desierto hasta donde se perdía la vista. Llevaban ya tres horas de trayecto, sin incidencias.

—Estamos en la 19, quedan trescientos kilómetros hasta Siwa —dijo Târek—. ¿Cómo andáis de hambre?

—Bien, yo tengo un poco de sed, dijo Natalia.

Târek removió el interior de una bolsa de plástico y les tendió una botella de agua mineral de la marca Baraka, “bendición”, y un blister de vasos desechables.

—¡Qué organización!, así da gusto viajar.

—También tengo chocolatinas —les dijo pasándoles unas tabletas de chocolate Nestlé caducadas—, las he comprado esta noche en el bazar cerca

de la gasolinera al llenar el depósito y las jerrycan de gasolina para el viaje.

—Gracias —dijo Zi, arrancando con cuidado el papel y el aluminio protector.

El chocolate tenía un leve veteado blanco por haber pasado calor en algún momento de su larga vida, pero sabía a gloria.

Târek conducía despacio, no pasaba de los ochenta kilómetros por hora, la carretera de Siwa no tenía ni siquiera dibujadas las líneas centrales y en algunos tramos los lados estaban en tan mal estado que parecían encaje. Adelantaron y se cruzaron con algunos vehículos, sobre todo camiones.

Sólo se veía desierto, piedra y arena, pequeñas depresiones, colinas peladas, y a lo lejos montañas. Durante un momento vieron galopar un grupo de camellos a lo lejos.

—Camellos salvajes —dijo Târek indicándoles la manada con el dedo.

—¿Y eso qué es?, se ve a todo lo largo de la carretera —dijo Natalia.

—Son derricks, pozos de petróleo, pero muchos no funcionan.

A las ocho y media vieron aparecer a pocos metros de la carretera una decrepita construcción de adobe. Sobre la pared, una pintura descolorida y desconchada: unos caracteres árabes alababan las cualidades de un teléfono móvil gigantesco, cuya marca era imposible reconocer, símbolo del occidente próspero.

Târek ralentizó, tomó un camino de tierra que bordeaba la carretera y se detuvo delante de un viejo y un niño que preparaban un té negro como tinta china, en un cazo de aluminio, sobre un fuego de ramas, entre cuatro piedras.

Allí desayunaron las pitas recalentadas que Târek había comprado en el café del puerto, sentadas en los restos de unas polvorientas sillas de hojas de palmera trenzadas.

Zi quiso llamar a Miguel y Guido pero no había cobertura.

—No hay cobertura durante unos doscientos kilómetros. Aquí la gente tiene un móvil satélite o una radio CB —dijo Târek.

Zi y Natalia se fueron a regar el desierto detrás de las ruinas de un viejo hangar, que debía de servir para aquello a juzgar por los restos...

El sol ya empezaba a calentar. Târek aprovechó la parada para volcar en el depósito el contenido de uno de los jerrycan que estaba en la baca del 4 × 4. Reemprendieron el viaje.

Hacia las diez Târek les mostró una línea de bruma malva en el horizonte ocre, que vibraba con el calor de la mañana, como un espejismo.

El sol ya pegaba fuerte.

—Falta poco para llegar. Estaremos en Shali dentro de media hora. En tiempo de los antiguos Siwa se llamaba Sekht-am, “tierra de palmeras”.

La carretera empezó a bajar lentamente. El oasis se encontraba debajo del nivel del mar.

De pronto apareció una inmensa e intensa mancha verde en medio de la arena y al instante la luz cegadora del sol reflejándose en un gran lago de sal al este, que se fue apagando a medida que bajaban y se acercaban, dejando aparecer la imagen verde de miles de palmeras, sembrada de las manchas azules de los lagos, y de decenas de termiteros gigantes que resultaron ser las ruinas derretidas de la antigua ciudad berebere de Shali. El oasis cobraba vida: algunos cuervos volando, búfalos de agua, asnos, perros, ocas... campesinos montados en sus burros... olor a hojas secas, a dátiles secándose, agua y tierra...

En el coche nadie hablaba, estaban todos subyugados por el espectáculo, era como entrar de pronto en un cuento de la infancia.

Carretera Nacional 19 8:15h AM.

EL enorme Toyota Hilux negro iba dando tumbos a ciento cincuenta kilómetros por hora en la Nacional 19, dirección Siwa.

Bowell estaba sufriendo el martirio, sentado en el asiento trasero del pickup doble cabina alquilado en Hertz aquella misma noche.

A su lado, tapándole totalmente el sol de la mañana, estaba Louie, un coloso, negro azabache, con cerca de dos metros de altura y ochenta kilos de músculo; era el más joven del grupo, tendría unos treinta y cinco años. Ex alumno de Yale, había sido reclutado por la CIA hacía diez años, al terminar su carrera de derecho para la abogacía. Nunca llegó a ejercer, pasó del campo de deportes de la universidad, a la sección de acción de la Central, dispuesto a morir por su patria.

Conducía Dennis, que había cambiado por fin su camisa verde por otra camisa verde. Le gustaba este color, hacía juego con sus ojos, disimulaba las pecas de su piel blanca y realzaba su pelo rubio. Bajo su aspecto de turista despistado se escondía una de las bestias más crueles, inteligentes y despiadadas que Bowell hubiese conocido en sus veinticinco años de activo. Su homosexualidad era reconocida y peligrosa. Era el jefe de misión, directamente bajo las órdenes de Wineski. Esto no afectaba a Frank Bowell. Él no era de la CIA, sino de la NSA, National Security Agency, o la No Such Agency, “no hay tal agencia”, como se solía llamar por lo secreta que era.

El presidente había decidido implicar a cierto departamento especial de la CIA, llamando a Wineski; le quedaba poco tiempo de mandato, tenía que

poner todas las cartas de su lado.

Abie, sentada en el asiento delantero, a la derecha de Dennis, con su eterno bolso rojo sobre las rodillas, estaba absorta en la pantalla de un gran GPS. Abie era en mujer, lo que Dennis en hombre, con la diferencia de que no sabía dominarse, pasaba de un estado de frialdad absoluta, a un histerismo descontrolado y extremadamente peligroso.

Atrás, en el cajón del pickup, se encontraban las maletas y un baúl de metal marrón con lo necesario para eliminar a media ciudad, cuidadosamente tapado con una lona de plástico.

Bowell ya tenía dos revanchas por tomar. Estas chicas eran peligrosas, cómo había podido dejarse engañar de esta manera, él que se jactaba de reconocer a un profesional con la primera mirada. Había tenido otra vez suerte, la bala del 22 se había alojado en el hueso del antebrazo derecho sin romperlo y sin reventar. “Ha tenido mucha suerte” le había dicho el cirujano extraoficial de la embajada. A tres metros incluso una bala del 22 de cabeza hueca hacía estragos. El músculo estaba dañado en su parte lateral interior, la herida había sido limpiada, curada y vendada. Tenía un estuchito de plástico amarillo con gasas y tintura de yodo para las curas de los próximos días, más el antibiótico y el analgésico que se tenía que tomar cada ocho horas. Cada bote le arrancaba una mueca de dolor. Pero no se hubiera perdido esto por nada del mundo

Abie ansiaba encontrarse con su presa, se estremecía sólo con pensar en ese momento.

—¡Frena Dennis! Se han parado.

—Tranquila, relájate, están a cincuenta kilómetros delante de nosotros. Nos dan la posibilidad de alcanzarlos sin riesgo. Vamos a poder conducir a una velocidad más prudente.

Abie no contestó. Dar la razón no formaba parte de sus cualidades. La palabra perdón no entraba en su vocabulario. Abie nunca reconocía sus errores.

—Recordad lo que ha dicho Wineski, nada de secuestros esta vez —dijo Bowell, moviendo su brazo derecho para tocar la culata del 45 debajo de su chaqueta, arrancándole una punzada de dolor. Este gesto era un tic, una costumbre. Asegurarse de que no estaba solo. Nunca se había dado cuenta de

la cantidad de veces que lo hacía a lo largo del día, hasta ahora que tenía un chivato.

—Tienes razón, hemos registrado la habitación, no llevaban nada con ellas —dijo Dennis—. Vamos a dejarlas actuar, a ver dónde nos llevan. No sabemos bien lo que buscamos, una agenda, unos nombres, unos documentos antiguos, tal vez el plano de un escondite... Wineski ha sido muy escueto en sus explicaciones. Lo que sí ha dejado claro es que lo tengamos informado de cada movimiento. En cuanto encontremos algo, se desplazará personalmente, nada de improvisaciones.

—¿Cuánto tiempo les queda de autonomía? —preguntó Bowell.

—Día y medio, dos máximo. Estos aparatos son una maravilla de la tecnología moderna.

Unos minutos más tarde Dennis aparcaba el pickup en la cuneta. El GPS de Abie indicaba 10km para el punto de encuentro. Acercarse más en el desierto era peligroso, a veces la visibilidad era excelente.

—Vamos a esperar a que arranquen, y seguimos —dijo Dennis.

LA habitación era pequeña, muy limpia, con un ventilador en el techo que repartía lentamente su aire sobre las camas, dando una falsa sensación de frescor. Una puerta daba a un agradable cuarto de baño.

El hotel Siwa Inn se encontraba en las afueras de Shali. Un camino sombreado, bordeado de palmeras, conducía hasta su amplio patio con más palmeras. Sillas de hojas trenzadas típicamente Siwi, invitaban al descanso, y un pequeño manantial rodeado de datileras lo envolvía todo de frescor. El paraíso en el paraíso.

Târek las había llevado directamente allí para que descansaran y se recuperaran del viaje, y de la noche anterior. No le habían contado nada, pero el egipcio parecía haber adivinado. O por lo menos, sentía que podían estar en peligro. Tenía uno de sus múltiples primos en el oasis, Mahmud El-Abbibi, casado con una mujer perteneciente a una de las familias más importantes y antiguas de Siwa.

Târek las había dejado bajo la protección del matrimonio Salama, propietarios del Siwa Inn. Los conocía desde hacía mucho, muchísimo, y sabía que las dejaba en buenas manos. Se había ido a casa de su primo. Volvería a buscarlas a primera hora de la tarde para ir a inspeccionar El-Maraki. Él nunca había estado, pero su primo seguro que sabía dónde estaba el emplazamiento de las excavaciones de Leana Souvaltzi que querían visitar.

Zi y Natalia estaban sentadas en unas sillas a la sombra de una palmera del patio, saboreando unos zumos caseros un burtu'an, de naranja, y un farawla, de fresa, mientras hablaban con Venecia, altavoz puesto.

—¿Estás segura de que era Bowell, el de Madrid? —preguntó Miguel

—Segurísima.

—¿Y sangraba mucho?, ¿le has roto el brazo?

—No lo sé Guido, pero tuvo suerte de que la bala le diese en el brazo, porque yo no apunté, sólo disparé.

—Qué pasada todo el montaje de Natalia, con los hilos de pescar, los muebles por medio, y cuando verificó si estaba durmiendo estrujándole los...

—¡Guido!, ¡ya está bien!, esto no es un juego —se enfadó Zi.

—Es que tengo muy buen profesor colocando trampas —temporizó Natalia.

Miguel, que había estado callado un momento, se reincorporó a la conversación.

—Por todo lo que me habéis contado, no os están siguiendo directamente. Tampoco tenéis coche para que os pongan un localizador GPS. Si os hubiesen puesto uno en la ropa o en las mochilas, os habríais dado cuenta enseguida.

—Yo he desecho mi mochila dos veces por lo de las pistolas, y no he visto nada —dijo Natalia.

—Hay unos sistemas de seguimiento muy pequeños hoy en día —dijo Guido volviendo a la seriedad en cuanto hablaban de temas técnicos—. Por ejemplo hay relojes de pulsera que lo llevan camuflado y tienen tres o cuatro días de autonomía. Y he visto en una Web de detectives que vendían unos en miniatura con pila de litio última generación que caben en una sortija, en un pin's...

Zi y Natalia se miraron.

—¿Estás seguro de lo que dices, Guido? preguntó Zi.

—¡Más que seguro!, son bastante caros, pero los venden, y si estos están a la venta, imagínate lo que existirá en los laboratorios. ¿Por qué?

—Al salir del Aeropuerto de El Cairo, nos quisieron vender unos pin's rojos, con unas pirámides. Como no queríamos nos los regalaron.

—¡Es verdad, y la única vez que no nos siguieron fue cuando salimos a pasear por Alejandría, y yo me dejé el bolso en el hotel! —exclamó Natalia y salió corriendo hacia la habitación.

—Dime Guido, ¿cómo podemos saber si son o no son?

—Debe de poder abrirse para cambiar la batería, ¿son muy pequeños?

—Centímetro y medio, de base y lo mismo de altura.

—¡Menudo pedazo pin's! —dijo Miguel.

—Ahí puede haber un buen sistema —siguió Guido.

Natalia llegó a la carrera, con los dos pin's rojos en la mano.

Zi dejó el móvil en la mesa y cogió una de las pirámides.

—Guido dice que se debe de poder abrir para cambiar la batería.

—No se ve nada. Guido, ¿se te ocurre algo?

—¿Hay algún agujerito en la base?

—No, nada de agujeros, ni muescas.

—Sujeta la base de metal del pin e intenta girar para desenroscar.

—Se me resbala, voy a pedir un alicate a... ¡Natalia con los dientes no! —exclamó Zi.

—¡Se desenrosca! —gritó Natalia.

—Cuidado, hazlo despacio, que no se desconecte, si no dejará de dar señal y se mosquearán —especificó Guido.

Natalia terminó de desenroscar el pin's y levantó la pirámide muy despacio.

—Hay una pila detrás del muelle, pero si levanto más dejará de hacer conexión.

—Ya tenemos lo que queríamos saber. Enróscalo de nuevo —dijo Guido.

—Ya está. Así que estos cabrones nos seguían con un GPS —dijo Zi.

—No es “os seguían”, es os siguen. Ahora mismo pueden estar en Siwa y saber exactamente dónde os encontráis, con diez metros de margen de error.

—¡Hijos de puta! —dijo Zi cogiendo los dos pin's y dirigiéndose a la puerta del hotel donde un grupo de turistas se agrupaban alrededor de unos Land Rover color arena.

—¿Qué pasa? —preguntó Miguel.

—¡La loca!, ha cogido los pin's y se ha ido a hablar con unos turistas que se van de excursión —le contestó Natalia nerviosa—. Ahora se los está poniendo en la mochila a unos adolescentes, parecen encantados. La verdad es que son bonitos.

Zi ya estaba de vuelta.

—Estos turistas ingleses tan simpáticos, están haciendo un tour organizado de doce días. Ahora se van a hacer la gran travesía por el desierto,

450 km hasta el oasis de Bahariya, luego Sáhara Beda, 200 km, Farafra y vuelta a Bahariya, 220 km, y al final El Cairo 320 km. Cuatro días.

—Qué empolle —dijo Miguel.

—Tiene el folleto en la mano —la traicionó Natalia.

—¡Bien! —dijo Miguel—, esto nos da un pequeño margen de maniobra. Pero Howell & Cia son profesionales, se darán cuenta muy rápido de que sólo es un grupo de turistas.

—Pero picarán. Nosotros hemos llegado aquí hace media hora, podría ser que sólo hayamos parado a repostar.

—Esperemos que así sea —dijo Miguel—. Volved a vuestras habitaciones hasta que salgan, para que no os vean.

—Vamos a hacer algo mejor, voy a llamar a Târek.

—¿Y qué le vas a decir?

—Ya se me ocurrirá algo, luego os lo cuento. Colgamos, no os olvidéis recargar los móviles porque a este ritmo nos quedamos secos.

POR segunda vez en la mañana, el Tata 4 × 4 negro y amarillo, aparcó delante del Siwa Inn. Târek salió con prisa y fue directamente a la habitación de sus protegidas, llamó a la puerta con discreción.

Zi y Natalia abrieron la puerta a un Târek preocupado. Zi le había contado la historia a grandes trazos, empezando por la desaparición de sus padres y pidiéndole si podía verificar si algún coche seguía a los turistas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zi, sin preámbulo.

—Teníais razón. Cuando me habéis llamado, he ido directamente a la carretera del este que pasa por los lagos de sal, la de Bahariya. Por allí no van más que los Siwi y algunas excursiones. He escondido el taxi detrás de la empalizada de caña de una huerta, los dos Land Rover del Oasis Tour han pasado enseguida. He tenido que esperar media hora, para ver pasar un gran pickup Toyota negro, un Hilux, levantando mucho polvo. Visiblemente iba con prisa.

—¿Cuántos iban dentro?

—Difícil estar seguro, ¡entre el polvo y los reflejos!

—Algo se vería.

—Conducía un hombre rubio con una camisa verde creo.

—El de Alejandría. El guarro sigue con su camisa. A lo mejor ha hecho un voto y no se la quita hasta el final de su misión. A nosotros no nos hará falta ningún detector de seguimiento, lo situaremos al olor —dijo Natalia.

—¿Has terminado? Siga Târek, por favor.

—A su lado había una mujer rubia, agachada como mirando algo sobre sus rodillas. Detrás se veía una masa enorme que lo tapaba todo.

—¿A qué se refiere?

—Después de que pasaran me he quedado unos minutos, hasta verlos desaparecer al final de la carretera. He pensado que seguramente habrían parado en alguno de los hoteles del Oasis.

Târek dejó un instante de expectativa, como en una obra de teatro y siguió.

—A la vuelta he pasado por dos hoteles.

—¿Y? —dijo Natalia, que ya empezaba a perder la paciencia.

—Se habían registrado a las diez y media en el Shali Lodge. Un hombre rubio con camisa verde, una mujer rubia con vestido azul y bolso rojo, un gigante negro como el carbón y un cuarto hombre que no podía llevar su maleta porque le dolía el brazo.

—¡Frank Bowell! Este cabrón sigue en el juego —dijo Zi.

—Las 22LR son una mierda, les disparas y se vuelven a levantar. Es mejor una mágnam 357 calibre 45 —dijo Natalia con rabia.

—A mí no me apetece matar a nadie, sólo defenderme y pararles los pies —dijo Zi.

—Tranquilizaos un poco, me quedo en Siwa para ayudaros. Ahora llamaré a mi mujer y le diré que me quedo en casa del primo Mahmud unos días, porque mis clientes me han pedido que les espere para el viaje de vuelta y para llevarlos de excursión.

—Gracias Târek.

La respuesta fue conjunta y sincera. Se sintieron un poco más tranquilas.

—Llamaré a Mahmud.

—Y nosotras a Venecia

En cuanto Mahmud le contestó al teléfono Târek salió de la habitación para dejarlas llamar tranquilas.

—Hola Miguel, tenías razón, estaban en Siwa. Ahora se han ido a Bahariya, 450km. Según Târek no llegarán hasta el anochecer. Si han picado de verdad, no estarán de vuelta por lo menos hasta mañana por la tarde.

—Esto es una buena noticia.

—¿Dónde estáis que se oye tanto ruido de altavoces? —preguntó Zi con suspicacia.

—En la tienda, donde compramos los móviles, recargando los saldos.

—Qué raro, parecían los altavoces de una estación o un aeropuerto.

—¿Ese ruido de antes?, es un músico callejero fuera, en la calle, y tiene un altavoz, de esos con pilas para anunciar sus canciones. ¿Esta tarde os vais al yacimiento?

—En principio sí, Târek está llamando a su primo ahora para ver qué hacemos. Se va a quedar con nosotras para ayudarnos.

—De acuerdo, luego nos mandáis un mensaje para decirnos qué habéis encontrado. Así consumimos menos el saldo.

—Os he dejado dinero de sobra para todo.

—Ya lo sé, pero el saldo os puede hacer falta en algún momento en que nosotros no podamos recargar.

—De acuerdo, dale un beso a Guido y a Lennon —dijo Zi antes de colgar.

—Eso no era un músico anunciando sus canciones —dijo Natalia que había escuchado la conversación por el altavoz.

—Lo mismo me parece a mí. Espero que no estén haciendo de las suyas. De todas maneras Guido no puede salir de Italia sin autorización.

—Claro, es capaz de meterse en los sistemas informáticos de los aeropuertos pasando inadvertido, pero no sabe falsificar una autorización...

Târek entró llamando con discreción, como acostumbraba, e interrumpió la discusión.

—Acabo de hablar con mi primo, está llegando a casa. Os invita a comer. Nos podréis contar vuestra historia durante la comida.

Ante la cara de reserva que ponían Zi y Natalia, Târek se explicó:

—Mahmud es un hombre extremadamente discreto. Su mujer pertenece a una de las familias principales del oasis. Llevan siglos aquí. Están muy bien relacionados y sobre todo custodian celosamente el Manuscrito de Siwa, donde están recogidos todos los hechos ocurridos desde hace generaciones.

—Esto podría ser interesante. ¡Vamos!

EERAN las tres y media de la tarde cuando Târek paró su coche junto a la valla que cercaba el yacimiento de Leana Souvaltzi. Mahmud les había dicho que llevaba cerrado desde mediados de 1996, cuando el CSA había decidido no renovar la licencia de excavaciones de la griega.

Estaba prohibido acercarse y tampoco dejaban sacar fotos. Pero Mostafa, el guarda, que vivía en El-Maraki, era primo de un primo suyo por parte de la bisabuela de la tía del padre de... En fin que era de la familia.

Mahmud les redactó una carta, que Târek le tendría que leer al llegar, porque Mostafa “no leía”.

Cuando llegaron Mostafa ya estaba esperando delante de la reja de entrada, con la llave del candado, símbolo de su pequeño poder, en la mano.

Era un hombre muy alto y muy delgado, tieso como el palo de una escoba, llevaba una chilaba color café y un pequeño turbante azul oscuro. Su amplia sonrisa desvelaba unos grandes y largos dientes amarillentos, plantados en unas encías marrones, que le habrían hecho pasar inadvertido en un rebaño de camellos.

Târek ejecutó el ritual de la lectura y le tendió el papel, que Mostafa cogió con veneración y guardó en algún pliegue de su chilaba. Después se dio la vuelta y abrió muy ceremoniosamente la vieja reja de alambrada oxidada.

Pasaron a la excavación: un descampado sembrado de escombros. Las piezas arquitectónicas y fragmentos de esculturas sacadas a la luz, que habían sido almacenadas en el exterior perfectamente protegidas por embalajes, ahora asomaban entre restos de plásticos y cartones que volaban al ritmo de la brisa.

Mostafa les guió hasta la entrada de lo que quedaba de un gran corredor completamente excavado, y se retiró unos pasos discretamente.

—Esto no lo recuerdo —dijo Zi.

—¿No es aquí donde estuviste con tus padres en 1995?

—¡No!

—¿Estás segura?

—¡Totalmente! Esto es una ruina mal excavada, lo que yo he visto no estaba en un descampado. Recuerdo que habíamos aparcado cerca de una gran casa de adobe adosada a una especie de colina rocosa. Al entrar, la casa era normal pero en la parte de atrás, la que estaba adosada a la colina, había un enorme hangar con una carreta, un viejo coche, y un montón de cachivaches. El típico garaje donde llevas años amontonando de todo. Al fondo, en la pared que daba a la colina había unas enormes puertas de hierro totalmente lisas. Lo que yo vi estaba detrás de esas puertas.

—Qué tal si verificamos las coordenadas del mapamundi con el GPS del móvil —preguntó Natalia.

—Buena idea deberíamos haber empezado por ahí.

Zi sacó su móvil, pasó a modo GPS como se lo había enseñado Guido, e hizo aparecer la lista de coordenadas, eligió las de Siwa y pulsó el botón de localización.

—No es el sitio, estamos demasiado al oeste.

—¿Y dónde hay que ir?

—Dame un segundo, yo no soy tan rápida como Guido, tardo algo más... ya está, tenemos que desplazarnos unos 2'' al noroeste.

—Perfecto, y ¿cómo hacemos?, ¿tienes mapa?

—Târek, ¿tiene algún mapa de la zona?

Târek se rió de manera espontánea.

—En el desierto no hay mapas sino historias y tradiciones. Voy a preguntarle a Mostafa —respondió Târek.

Le hizo una señal al Siwi, que se acercó, y se lanzaron en una animada conversación, con grandes gestos.

—¿Qué dicen? —preguntó Natalia.

—No tengo ni idea.

—¿Pero tú no hablabas árabe?

—Esto es Berebere, y no cojo ni una.

Las dos esperaron un buen rato, mirando el espectáculo de gestos, palabras y dibujos en la arena.

Por fin se callaron y Târek se acercó a ellas.

—¿Qué ha dicho?

—Está seguro de que habláis de la Casa del Persa.

—¿La Casa del Persa?

—Es una gran casa adosada a una colina guardada por unos viejos. Él los conoce desde que es pequeño y tiene más de cincuenta años. Está a unos quinientos metros de aquí en línea recta, cerca de un pequeño lago, del otro lado de este montículo. Se accede por las pistas de arena, es un rodeo de unos cuatro kilómetros, del otro lado de El-Maraki. Me ha explicado cómo se va, si queréis...

—¡Ahora mismo!

Media hora más tarde el taxi de Târek paraba delante de una gran casa de adobe perfectamente cuidada. Zi y Natalia bajaron del coche y se fueron con paso firme hacia la parte de atrás.

—***This is private property!***^{[[26]]} —tronó en inglés la voz de un anciano, escopeta en mano.

Las dos se quedaron paralizadas. El hombre tenía rasgos árabes, pero su inglés era impecable. Iba vestido con una túnica negra y llevaba barba sobre una piel gris. Al momento salió una mujer, que, sin dejar de mirarlas puso la mano sobre el cañón del arma para inclinarlo hacia el suelo, y luego se acercó a ellas. También era árabe, vestida de negro de los pies a la cabeza, sólo se podían ver sus ojos, negros como el carbón. Se puso delante de Zi, tendió la mano con gesto cariñoso y le acarició la mejilla.

—Isabel El-Romani.

A Zi le dio un vuelco el corazón. Isabel El-Romani era su madre.

ESTABAN todos reunidos delante de un vaso de té en la sala de estar. Los viejos guardianes ya sabían que sus padres habían desaparecido en Irak, de ahí la sorpresa de la mujer. Eran familia de Abdel Aziz, pero no dijeron en qué grado. Al cabo de un tiempo que Zi juzgó suficiente para la buena educación, preguntó:

—¡Tenemos que entrar en la tumba!

No hubo sorpresa, ni vacilación. Ellos lo sabían, para qué si no iban a haber venido hasta aquí. Los acompañaron a la puerta del hangar y permanecieron fuera. Târek se quedó con ellos por discreción.

La puerta de metal seguía allí, tal y como Zi la recordaba. No había cerradura, ni cerrojos, nada, sólo dos placas de metal liso. Así que volvieron a salir.

Antes de que dijese nada, el viejo, con una sonrisa en los labios, entró, fue al fondo, apartó unos muebles viejos, y trepó por la esquina de la pared opuesta a la puerta. Metió la mano en una grieta y tiró fuerte de algo.

Sonó un ruido a cerrojo que se abre detrás de la puerta metálica cuyas dos hojas se separaron unos centímetros, permitiendo oír el múltiple eco metálico rebotar contra unas paredes ocultas.

El viejo bajó, cruzó la sala y tiró de la hoja derecha de la puerta. Ésta se abrió silenciosamente y con suavidad hasta chocar con un carro de paseo típicamente siwi, pero había sitio suficiente para pasar.

Sacaron las linternas y entraron, mientras el viejo se dirigía hacia una especie de armario metálico amarillo. Târek las acompañó. Cuando ya estaban los tres dentro, se oyó fuera el zumbido de un motor, como un corta

césped, y la oscuridad se iluminó. El viejo había arrancado un generador eléctrico.

Estaban en un corredor de unos treinta o cuarenta metros de largo por siete de ancho y tres de alto, decorado con impresionantes bajorrelieves. Al final de éste se accedía a una cámara que daba entrada a su vez a dos más. En la última había una enorme abertura rectangular en el suelo, completamente inundada, en el que una escalera de piedra entraba en el agua a partir del segundo escalón.

—Esto es lo que yo recordaba, esa superficie negra y brillante, totalmente lisa. Aunque con la luz eléctrica y los reflejos, no es tan negra, más bien parece un espejo.

—Sigue siendo impresionante —dijo Natalia.

Târek no decía nada sólo asentía con la cabeza, sobrecogido por su entorno.

Zi bajó los dos escalones hasta la superficie del agua, y se agachó para tocarla, provocando unas ondas. Era extraño, a pesar del agua y de estar bajo metros de tierra, no olía a humedad. Sólo a arena y a piedra seca, no hacía fresco, ni calor.

—Aquí no hay nada. Pero allí abajo... Nos hacen falta equipos de bucear. El agua no está fría.

Natalia también se agachó a arrugar la superficie del espejo.

—Es verdad, no está fría, imaginaba que iba a estar congelada, y aquí no hace fresco como debería...

—Volvamos al hotel, mañana tendremos que decidir qué hacemos. Tal vez tengamos que volver a Alejandría para buscar unos equipos —dijo Zi.

—Esta noche podemos dormir en el hotel, pero mañana tendremos que tener cuidado, los yankees pueden volver, y saben dónde estábamos alojadas.

—Mañana decidiremos qué hacemos, a lo mejor sería buena idea venir a instalarnos aquí mientras investigamos esto.

—Creo que sería lo mejor —intervino Târek realmente preocupado por ellas—. Si os hacen falta equipos, yo podría ir a buscarlos a Marsá Matrúh, sé que hay un club de submarinismo en el puerto náutico, y tengo un primo...

Venecia - 10h.

MIGUEL apagó el móvil pensativo. Habían seguido a Zi y a Natalia desde su llegada a Egipto y habían vuelto a intentar raptarlas, durmiéndolas con un spray. Todo esto no tenía sentido, ¿por qué querría el presidente más poderoso del mundo, a través de la CIA, recuperar el mapa de un tesoro, o la momia de Alejandro Magno? Hoy en día, ninguna de las piezas que pudiesen componer el tesoro se podría sacar a la luz sin despertar curiosidad. Y menos sacarlas de Egipto, el CSA, Consejo Supremo de Antigüedades Egipcias, tenía establecida una feroz vigilancia en todo el territorio...

Miguel interrumpió sus pensamientos, Guido estaba aporreando el teclado de su portátil.

—¿Qué haces?

—Las chicas están en peligro, no nos podemos quedar aquí. Si hubiésemos estado con ellas, no les habrían colocado estos pin's —dijo Guido dirigiéndose a la impresora a recoger unos papeles que acababan de salir.

—Yo también lo había pensado, pero Zi no quiere que estés en peligro, y tú no puedes salir del país sin autorización.

—Tenemos un vuelo a Roma que sale a las 11h55 y llega a las 13h. Otro de Roma a El Cairo que sale a las 14h25. Son las diez, si nos damos prisa podemos hacerlo.

—Se te olvida un detalle, no puedes salir de Italia, ni subir a un avión sin autorización.

Guido cogió la última hoja de la impresora, un rotulador azul, escribió algo y la firmó. Luego se la dio a Miguel.

—Esto es el pasaporte de Zi,... **“Yo Zi Zenatti autorizo a Guido Zenatti a viajar acompañado por Miguel...”**, y su firma, es idéntica a la del pasaporte —dijo Miguel.

—Son muchos años entrenando, además es una firma fácil. Y aquí tienes el pasaporte de Lennon, con sus vacunas y todo lo necesario.

—Último escollo, en cuanto embarquemos nos tendrán fichados.

—A lo mejor no, piensa que ya están siguiendo a Zi y a Natalia. No he conseguido meterme en el sistema del aeropuerto de Roma, necesitaría más tiempo para hacerlo sin ser detectado. No es lo mismo consultar información que modificarla. Así que iremos a ciegas, actuaremos como si nos estuviesen siguiendo —dijo Guido.

—¿Y al llegar qué hacemos?

—Nos puede recoger Samy. Ya le he dicho que Zi está en Egipto, y que a lo mejor le necesitamos. Le mando un mail diciéndole que vamos, y luego le llamamos.

—Veo que lo tienes todo muy organizado, vamos a hacer las maletas. Aprovechemos que Aurelia está de compras.

—Lennon, en marcha, nos vamos de paseo.

A las once y media Miguel apagaba su móvil después de hablar con Zi por segunda vez en la mañana.

—¡Malditos altavoces!

—¿Se ha mosqueado?

—No lo sé, puede que sí. Pero lo importante es que ahora están solas en Siwa. Los yankees se han ido detrás de los turistas.

Estaban los tres sentados en los asientos de una sala del Aeropuerto Marco Polo, esperando a que los llamasen para embarcar en el vuelo 982 de Low Cost. Lennon tenía sacado el hocico de sus bolsa de viaje y cotilleaba a su alrededor.

Habían recargado los móviles y pasado por la tienda donde Zi y Natalia compraron sus mochilas, para hacerse con el mismo equipo. Dejaron sus bolsas de viaje vacías en la tienda y compraron una especial, para que Lennon pudiese viajar en cabina. De allí fueron directamente al aeropuerto

con un taxi motoscafo. Habían dejado una nota a Aurelia diciéndole que se habían ido unos días a casa de un amigo, sin dar detalles.

Sacaron todos los billetes desde Venecia. Por suerte estaban en la última semana de junio, a partir de la siguiente estaba todo completo.

En el momento de facturar, la azafata quería mandar a Lennon a bodega porque pesaba un kilo más de lo permitido, pero Guido montó tal numerito de llantos y súplicas que al final le autorizaron. Le pusieron la pegatina de bolso de mano y Guido se lo llevó orgulloso hacia la aduana, donde no hubo ni el más mínimo problema.

A la una y veinte estaban en el mostrador de Egyptair en Roma, después de recuperar sus mochilas del vuelo de Venecia.

Allí no hubo ningún problema, al joven azafato de tierra le dio el flechazo por Miguel, y el peso de Lennon no fue de ninguna importancia. Hasta le puso disimuladamente su número de teléfono en la etiqueta **“bagaglio a mano”** de Lennon, bajo la mirada divertida de Guido.

—¡Has ligado!

—Habría preferido que fuese una azafata con minifalda. Pero gracias a él, Lennon se viene con nosotros en cabina.

En la sala de espera Guido intentó de nuevo conectarse a Internet a través de su móvil, para entrar en el sistema del Aeropuerto Cairo International, pero no hubo manera.

—Se han dado cuenta de que un intruso se ha colado y han cerrado el puerto de mantenimiento exterior o han cambiado la contraseña por rutina. Tardaría demasiado tiempo en encontrar el nuevo pase.

—Da igual, de todas las maneras ya estamos identificados. Aunque consiguieses cambiar los datos ahora, enviarían a alguien a esperarnos, por si acaso.

—Voy a llamar a Samy para decirle que todo está en orden y que salimos a la hora prevista.

A las seis y media de la tarde Miguel y Guido salían del Aeropuerto Cairo International, mochila en espalda, visado en pasaporte y Lennon en bolsa. Les asaltaron dos chicos para venderles pin's, pirámides verdes. Guido se negó, pero Miguel las compró. Y las colgó a la vista, en la solapa de las mochilas.

—No levantemos sospechas, si no los compramos, nos seguirán de todas maneras y además se darán cuenta de que Zi y Natalia también lo saben.

Se dirigieron al rebaño de taxis amontonado delante del aeropuerto y miraron bien para elegir uno que al menos no tuviese pulgas. Cuando ya estuvieron decididos, se acercaron, y Miguel preguntó:

—*How much for Ramses Station, please?* ^[27]

—30 libras —le contestó el chofer.

Guido se acercó y le soltó una parrafada en árabe, subida de tono.

El conductor miró a Miguel, medio asustado, medio admirativo y les hizo gesto de entrar.

—¿Qué le has dicho?

—Que eras el primo del presidente de América y que qué ibas a pensar de un país donde nada más llegar te estaban pidiendo cinco veces el precio real de la carrera. También le he dicho que si llegábamos a la estación para coger el tren de las siete le daríamos veinte libras.

—Me estaba pidiendo cinco veces más...

—Sí, aquí es una tradición, el turista pardillo es el pichón que hay que desplumar. Si se deja.

El pequeño Fiat de los años ochenta hizo maravillas. Con la ayuda de su claxon, metiéndose por prohibidos, contrasentidos, desvíos imposibles, los depositó en la explanada de la estación a las siete menos diez.

Detrás de ellos, otro taxi no tuvo tanta suerte, era un Peugeot grande, y no pudo colarse por una acera, para acceder a una calle peatonal. Farûq se quedó en el atasco. Cogió su móvil y llamó a Ahmed que se encontraba en la estación Ramses.

Guido compró dos billetes para Alejandría y se subieron rápidamente al tren, en primera clase, un Turbine Speed Express, French Train Carriage. Seguidos por Ahmed que se sentó dos asientos detrás de ellos, sin que se diesen cuenta de nada.

Lennon estaba intranquilo, intentó salir de su bolsa un par de veces.

—¿Qué te pasa Lennon?, estás un poco pesado.

—A lo mejor quiere marcar nuevo territorio —dijo Miguel sonriendo.

—Pues, que se espere un rato más que falta poco.

Media hora más tarde el tren paró en Banha y Miguel y Guido se bajaron.

Nadie más bajó de primera, pero siguieron con su plan: esperar cerca del vagón la salida del tren.

—Qué pena, pensaba que iba a ver a Abdel Aziz —dijo Guido con lástima, dándose la vuelta para mirar el vagón de donde habían bajado.

Ahmed había decidido no bajar. Le habían hecho la jugada una vez, y no le apetecía volver a quedarse tirado de nuevo detrás de un viejo almacén, con un golpe en la sien. Pero los minutos iban pasando y los chicos se quedaban en el andén esperando algo. El más pequeño miraba de vez en cuando hacia el vagón. Aquí pasaba algo. El tren pitó, anunciando el final de la parada. Ahmed se decidió, tenía que salir tras ellos, se la estaban jugando de nuevo. Empezó a incorporarse cuando una mano de hierro le sujetó el hombro por la espalda, pegándolo al respaldo del asiento.

—No te muevas de aquí —dijo una voz muy grave y seria, en un árabe impecable.

Ahmed se quedó helado, la voz era la misma que la de hacía dos días. Era el hombre que le inmovilizó para que las chicas escapasen.

Abdel Aziz mantuvo la presión de su mano en el hombro de Ahmed mientras el tren arrancaba y tomaba velocidad. Al mismo tiempo hizo una señal a los chicos que esperaban en el andén.

—Unos chicos muy listos verdad amigo, sabían que no bajarías —dijo la voz en un árabe perfecto.

Ahmed no contestó. Al rato la presión de la mano desapareció. Ahmed tardó unos minutos en recobrar un poco de coraje para darse la vuelta y mirar detrás de sí. El asiento estaba vacío. Miró un poco más lejos para ver cómo la puerta del vagón terminaba de cerrarse y se percibía, por transparencia, la elegante silueta de un hombre alto y delgado vestido al estilo oriental, que se alejaba y desaparecía.

—Era él, era Abdel Aziz. Estaba en el tren. Seguro que ha impedido que nos sigan. Por eso estaba Lennon intranquilo, lo había oído. Me siento mejor —dijo Guido, caminando junto a Miguel, hacia la salida, con Lennon de la correa olfateando todo.

Se oyeron unos pitidos y un Land Rover largo color arena mojada, aparcó en la puerta de la estación. Un hombre joven, de constitución atlética, piel morena por el sol, pelo castaño revuelto, vestido con vaqueros y camisa

blanca de algodón sin cuello, se bajó. Sus ojos verdes se clavaron en los de Guido.

—¿Qué tal campeón?, en menuda os habéis metido.

Guido le dio dos besos, mientras Lennon ladraba saludando.

—Tú debes de ser Miguel —dijo tendiéndole la mano.

—Y tú Samy —le contestó Miguel devolviéndole el saludo.

—Bueno chicos, ¿qué tal el viaje?

—Muy bien, Abdel Aziz estaba en el tren...

—Guido, antes de que te lances en el relato de nuestras aventuras a lo largo y ancho de este mundo, deberíamos pensar qué hacemos con esto —dijo Miguel guiñándole un ojo a Samy y sacando las pirámides verdes.

ERAN las once de la noche. Miguel conducía el Land Rover por la Nacional 1. Le había tocado el primer turno. Samy sabía que la N-19 era más complicada, sobre todo de noche, mejor que Miguel se acostumbrase al coche en unas condiciones favorables. En el coche reinaba el buen ambiente de una salida de excursión. Guido no paraba de hablar, contándole de viva voz a Samy, con alguna interrupción por los ladridos de Lennon que quería participar, lo que él ya sabía por los múltiples correos que le había enviado. Pero escuchaba pacientemente. Miguel participaba con algún detalle, para que Samy tuviese una visión más adulta de la situación.

Los pin's habían ido a parar al maletero de un autobús que se iba dirección Suez y Tel Aviv.

Habían recibido el mensaje de Zi a las seis y media de la tarde pero todavía no tenían cobertura declarada. Lo habían leído al llegar a Alejandría. Les explicaba lo que habían encontrado y que necesitaban equipos de bucear. Así que Samy había decidido pasar por el local de la expedición, y cargar en la parte trasera del Land Rover el robot que tenía que llevarse a Alemania para actualizar, dos equipos de bucear con las botellas a tope, cuerdas, proyectores subacuáticos, baterías, y una bomba de achicar agua. Sabía que no se iban a echar en falta porque la segunda fase del proyecto no empezaba hasta el veinte de julio. De todas maneras dejó una nota para el jefe de material.

La circulación era más que fluida, se habían cruzado sólo con dos camiones desde que habían llenado el depósito de gasolina y las dos jerrycane en Marsá Matrúh. Ahora conducía Samy, Miguel le relataba más en

detalle los acontecimientos, mientras él le contaba en qué consistía su trabajo, lo que había estudiado y cómo había conocido a Zi en el Louvre, en París. Guido y Lennon dormían abrazados en la parte trasera, envueltos en una mantita gris, mecidos por los botes del Land Rover.

A las cinco y media de la mañana empezaban a bajar hacia el Oasis de Siwa, recibidos por los primeros rayos de sol del día. Las largas sombras de las palmeras y los edificios acentuaban la sensación de entrar en un cuento de la infancia, que encendía la fantasía. Media hora más tarde se sentaban en una mesa del patio del Siwa Inn, cansados pero contentos.

LLAMABAN a la puerta de la habitación.

—¿Qué? —preguntó Natalia con voz dormida.

—Son las seis miss, y las están esperando, ¿les sirvo el desayuno fuera? —preguntó la voz del camarero de turno a través de la puerta, con un inglés deplorable.

—Gracias, ahora salimos.

Natalia se levantó y sacudió a Zi, arrastrando los pies hacia el cuarto de baño.

—¿Qué pasa?

—Son las seis y Târek ya nos está esperando fuera con el desayuno — dijo Natalia desde el cuarto de baño.

—¿Pero, no habíamos quedado a las siete?

—Tendrá algo importante que decirnos. Te dejo el sitio mientras me peino y me arreglo un poco, date prisa.

—Ya voy, ya voy, estos horarios me van a matar —gruñó Zi, haciendo un verdadero esfuerzo por despegarse de las sábanas.

La víspera habían estado hablando hasta las tres de la madrugada sobre qué hacer, sentadas en una mesa del patio, mientras esperaban que la temperatura bajase un poco para ir a dormir. La propuesta de Târek de conseguir unos equipos de bucear en Marsá, era buena.

Antes de irse, habían pedido a Azîm, el viejo guardián de la tumba, si podían instalarse en la casa grande unos días. El viejo se quedó desconcertado por la pregunta. Su mujer les agradeció tanta educación, la Casa del Persa era propiedad de la familia de Zi, así que no tenía que pedir

ningún permiso. Mañana mismo estaría todo listo para que pudieran instalarse y vendrían dos chicos de confianza de El-Maraki, para reforzar la seguridad, como siempre que venía alguien de su familia. Zi recordó lo inquieto que estaba su padre cuando vinieron aquella vez, y cómo Abdel Aziz le acompañaba siempre como su sombra.

—¡Yo ya estoy! —gritó Natalia desde el cuarto, ¿te falta mucho?

—Un segundo, que mi pelo es más difícil de domar que el tuyo.

Diez minutos más tarde salían al patio, resplandecientes y victoriosas de su batalla matinal.

Lo primero que vieron fue una bala blanca con manchas, que corría hacia ellas, ladrando y dejando una nube de polvo.

—¡Lennon! —dijo Zi mirando a su alrededor.

Allí estaban los tres, compinchados, sentados en una mesa, con cara de no haber dormido en toda la noche, y una amplia sonrisa triunfante en los labios.

Su primera reacción fue un impresionante cabreo, pero se derritió en segundos al observarlos; qué mono estaba su hermanito, casi un hombre, con esa carita de ángel que no había roto un plato en su vida, Miguel, con su pelo moreno recogido en una coleta había madurado mucho en estos días y las protegía como podía, y Samy, el guapo de Samy, con esa mirada verde, esa sonrisa y ese cuerpo... Dios qué difícil era la vida de mujer... Sobre todo después de casi un mes a dos velas...

El reencuentro fue efusivo, todo el mundo hablaba a la vez. Cada uno tenía algo importante que contar entre mordiscos y sorbos al delicioso desayuno que les habían servido. Incluso la llegada de Târek y las presentaciones, no interrumpieron. Al contrario, tomó parte en el debate con toda la labia y gestual de las que puede ser capaz un egipcio.

A las ocho, Târek interrumpió el combate con decisión:

—¿Habéis visto qué hora es? Deberíamos irnos de aquí, no vaya a ser que los del Toyota vuelvan.

—¿Cómo nos organizamos? —preguntó Zi.

—Os acompaño. —dijo Târek—. El coche de Samy está lleno de material y no cabéis todos. Me quedaré hasta mañana por si acaso.

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

Media hora más tarde, dos todo-terreno salían de Shali, dirección oeste, a

El-Maraki. Târek le había dicho a los dueños del hotel que dijese la verdad, si alguien venía a preguntar: las chicas habían llegado ayer y se habían ido esta mañana muy pronto, sin nombrar a los chicos. Y que los llamasen enseguida para avisarlos.

Llegaron a la Casa del Persa. Azîm había hecho sitio en el hangar para esconder los coches, amontonando los trastos en un costado y sacando otros fuera. Cabían justo, quedaba el espacio suficiente para entreabrir las puertas de metal y guardar el material.

—Propongo que primero nos organicemos. Vamos a llevar el equipaje a la casa, luego descargamos el material, lo llevamos al fondo del corredor, a la cámara de la apertura, y trazamos una planificación organizada —dijo Zi.

—A la orden jefa, no he entendido nada del final pero ha quedado súper profesional —contestó Natalia.

Samy la rescató inmediatamente.

—Tienes razón, dicho en otras palabras, después de desembarcar el material habrá que decidir por dónde empezamos, ver de qué disponemos y qué necesitamos. Por ejemplo, para el ROV^{[[28]]}, necesito una fuente de alimentación de 220-280 V AC / 50Hz que me dé al menos 2500Wattios...

—Hay un grupo aquí al fondo. Azîm nos dirá si...

Samy ya se había acercado al armario metálico y lo abrió.

—Nos sobra, es un 10 Kw diésel y esta cuba debe de tener al menos dos mil litros. Vamos a llevar el equipaje a la casa.

MEDIA hora más tarde estaban todos en la última cámara, la temperatura era maravillosa, entre diecinueve y veinte grados. Azîm les había traído unas sillas y una mesa de madera de unos tres metros de largo, donde Guido y Samy instalaron los receptores de medida, la unidad de control del ROV y los ordenadores portátiles. Guido terminaba las conexiones, según las instrucciones que le iba dando Samy, mientras éste y Miguel armaban las diferentes partes del ROV en el borde del hueco.

Las voces retumbaban por las cámaras y el corredor. Si hablaban todos a la vez, o demasiado fuerte, no se entendía nada de lo que decían, y si encima Lennon ladraba...

Azîm les contó que desde que él estaba aquí, sólo se había bajado una vez al hueco, en el año 1995, cuando la griega había armado aquel revuelo mundial, con su supuesto descubrimiento de la tumba de Alejandro. Desde entonces nadie había vuelto a hacerlo. Él no sabía lo que había allí abajo pero debía de ser algo importante, por lo inquietos que el padre de Zi y Abdel Aziz estaban cuando bajaron. Azîm no les había acompañado. Se había quedado fuera, cuidando de que nadie se acercara.

—Recuerdo que tú viniste una vez con tu madre. Estabais alojados en Shali, tu padre venía con Abdel Aziz todos los días, hasta que los griegos dijeron, en un comunicado, que la tumba de la griega era una farsa, y que el CSA se echase para atrás. Pero entre tanto, vino mucha gente, periodistas y expertos, al yacimiento de El-Maraki, y a tu padre no le gustaba nada.

—Ya está —dijo Samy levantándose.

—Qué guay, es súper chulo. ¿Cuándo lo metemos en el agua?

—Cada cosa en su momento, primero hay que probar los mandos, los motores, y las señales de la cámara. Luego vamos a coger un palo o una cuerda con un plomo para sondear la profundidad. El ROV mide casi un metro de alto, tenemos que ver dónde lo botamos.

Al cabo de un rato terminaron el chequeo. Fue muy entretenido, por lo lúdico que era pilotar un robot desde un ordenador, y ver por la pantalla las imágenes en color que mandaba la cámara situada en el frente.

—Ahora sólo falta sondear el agujero.

La apertura medía tres metros de ancho por cinco de largo, sólo quedaba un borde de tres metros alrededor. Samy cogió un proyector halógeno de quinientos watios y alumbró la superficie del agua.

—Se ve el fondo, parece que se puede tocar de lo limpia y transparente que está el agua. Puedo contar diecisiete peldaños. Zi, deja caer la plomada en la parte más profunda, a ver qué altura tenemos.

—Tres metros veinte al ras del agua —midió Zi.

—Perfecto, quitando el espesor del suelo nos quedan unos tres metros, por dos y medio de ancho, nos sobra.

—Echadme una mano para botarlo, pesa más de cincuenta kilos. Con mucho cuidado para no dañar los accesorios.

Se pusieron en una esquina del hueco y entre Samy, Miguel y Natalia lo bajaron despacio mientras Zi sujetaba el coaxial de unión a la consola, para que no se quedase pillado. Por fin el ROV estaba en el agua. Se veía la carcasa de fibra amarilla de la parte superior, flotando entre dos aguas, el bucle de su enganche de acero inoxidable sobresaliendo como un pequeño periscopio.

—¡Bien! —gritó Guido.

Su grito retumbó en un sin fin de ecos, rematado por unos ladridos de Lennon, que se estaba empezando a aburrir seriamente.

—Guido, dale al botón de las luces. ¡Bien!, esto marcha, enciende la cámara, ¿cómo se ve?

—Muy bien, tiene buena definición. No se ve el final del túnel, al fondo está todo muy negro.

—Los focos son de trescientos watios cada uno, y la cámara es de color 1/3" CCD de 500 × 582 pixels, con un objetivo de 3,5mm y una sensibilidad

mínima de 0,1 lux —le explicó Samy—. Dale al botón de grabación, es mejor guardar una copia de lo que vamos a hacer.

Todos se reunieron en silencio detrás de la mesa para ver la pantalla del ordenador de control.

—Déjame los mandos —dijo Samy—, esto requiere experiencia. Bajo el agua las cosas se mueven de otra manera, hay mucha inercia y no existen los frenos. Aquí tenemos la ventaja de que no hay corrientes ni oleaje, pero hay que tener cuidado, un mal roce o un golpe y nos quedamos tirados...

Samy se sentó delante del joystick y le dio a un botón. El ROV se sumergió lentamente, sin ruido. El agua se cerró sobre él. Entonces empujó suavemente la palanca de mandos hacia delante y el robot se puso en marcha lentamente, desenrollando el coaxial de conexión de su bobina de trescientos metros. La malla de kevlar que protegía el cable estaba marcada con escala métrica, así podían seguir el avance real del ROV.

—Está equipado con dos motores de setecientos cincuenta watios para el desplazamiento horizontal y dos de cuatrocientos cincuenta para el lateral. Los motores se encuentran arriba, debajo del caparazón de fibra amarilla, esto permite no remover los sedimentos del suelo, y conservar una imagen nítida. Vamos a seguir a esta velocidad para no tener sorpresas.

El túnel parecía estar tallado en la misma roca. No se veía junta alguna de piedras, ni siquiera en la parte superior. Al cabo de media hora larga, llevaban ya unos cincuenta metros recorridos, cuando se distinguieron a lo lejos las sombras de un cruce.

—Mirad, parece que ahí delante hay un túnel más pequeño que cruza, vamos a reducir un poco la velocidad.

—Pero si ya estamos casi parados —protestó Guido.

De pronto el ROV empezó a vibrar, haciendo temblar la imagen en la pantalla, y aparecieron partículas en el agua, como proyectadas a gran velocidad. El cable coaxial se tensó y la bobina empezó a desenrollarse tomando velocidad.

—¡Mierda!, exclamó Samy invirtiendo la marcha y poniendo los motores a toda potencia. ¡Guido, bloquea la bobina!

Miguel se había anticipado y sujetaba el cable con todas sus fuerzas. El ROV estaba desequilibrado, a pesar de la potencia de los motores y de estar

sujeto por el coaxial de conexión algo lo aspiraba con potencia. La cámara filmaba el techo por culpa de la inclinación.

De pronto todo volvió a la normalidad. Samy cortó los motores y esperó a que el ROV se estabilizase. Dos minutos más tarde todo estaba normal, las partículas volvían a posarse dejando de nuevo una visión nítida.

—Miguel, voy a retroceder; ve enrollando el coaxial despacio por favor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zi.

—No tengo ni idea. No ha durado más de dos minutos, tres máximo. Parecía como una fabulosa corriente que circulase en el túnel que cruzaba. Miguel, voy a parar el ROV aquí, y vamos a observar.

Unos minutos más tarde el fenómeno volvió a producirse, pero estaban a más de veinte metros del cruce, y el ROV apenas se movió. Se distinguían perfectamente las partículas que se ponían en movimiento en el agua a la luz de los focos, cruzando de lado a lado a una velocidad impresionante.

—Es increíble, ¿habéis visto qué velocidad? Ha durado tres minutos.

De nuevo, todo había vuelto a la calma. Con paciencia esperaron para ver si el fenómeno volvía a producirse, cronometro en mano. Tardó cinco minutos, y todo se repitió de la misma manera. Estuvieron así más de media hora, hasta darse cuenta de que el sentido de las partículas cambiaba en cada ciclo.

—Bueno, primer obstáculo. La corriente no es peligrosa a veinte metros del cruce. Esto quiere decir que tenemos que recorrer cuarenta metros en menos de cinco minutos para estar a salvo.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Zi.

—El ROV puede alcanzar una velocidad de dos nudos y medio, más o menos cuatro kilómetros y medio por hora. Con lo cual no habrá problema porque en cinco minutos puede recorrer unos trescientos cincuenta metros.

—¿Y nosotros?

—Esto es otro asunto, la velocidad máxima sostenible por un buceador físicamente preparado y completamente equipado, es de un nudo, casi dos kilómetros por hora. Nosotros tenemos que contar con medio nudo, un kilómetro por hora. Deberíamos de ser capaces de recorrer unos ochenta metros en los cinco minutos. Si no hay sorpresas de última hora...

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Natalia.

—Lo primero es volver a traer el ROV aquí. No quiero correr riesgos. Esa bobina de allí es un cable de acero trenzado de cinco milímetros de sección, con eso no se nos escapará. Antes podríamos haber arrancado el coaxial. Luego deberíamos de volver a visualizar las imágenes de la inmersión, y cuando estemos seguros, mandamos al ROV a seguir investigando.

—Me parece perfecto —dijo Zi—, pero después de traer el ROV de regreso, vamos a comer que ya son casi las dos. Lennon ya se ha ido. Seguro que está en la cocina dando la lata.

ERAN las dos y media de la tarde cuando el sol les cegó, al salir del hangar, después de cinco horas bajo tierra.

Radhiya, la mujer de Azîm les tenía preparado todo un banquete en el patio interior de la casa. Era un lugar fresco y agradable, con su fuente central de cerámica, y sus macetas repletas de flores y plantas. Dos grandes palmeras en esquinas opuestas filtraban el sol del mediodía con sus hojas.

Una mesa de jardín metálica, pintada de verde, con sus sillas a juego, delicadamente puesta y decorada con dos ramos de flores insólitas, los esperaban. La comida fue exquisita y típicamente egipcia. Radhiya les había preparado tabbouleh, *baba ghannoush*, un puré de berenjenas con ajo, *kibbeh*, las albóndigas de carne de cordero frita, *hummus bi tahina*, garbanzos en puré con pasta de sésamo, *koshari*, capas superpuestas de macarrones, arroz y lentejas con salsa de tomate, acompañados de *pilau*, un arroz con verduras. El vino rosado, Rubi D'Egyte, les ayudó a degustar los manjares. El postre, *Om Ali*, una mezcla de pan o pasta con leche, nueces, coco y pasas que se toma caliente, fue el remate final.

Lennon iba de uno a otro mendigando, como un pobre perro callejero que no hubiese comido en meses. Tenía un arte especial en poner ojos de “qué pobrecito que soy”. Pero todo el mundo conocía el plato a rebosar que Radhiya le había puesto antes y que había quedado limpio para guardar.

Después de comer todos se retiraron a sus habitaciones a descansar, en especial Zi y Samy, que tenían en mente su siesta española favorita. No hubo preliminares, sólo caricias, besos y ansias por recuperar un mes de separación, entre suspiros, miradas suplicantes, y gritos de pasión. Natalia,

que tenía la habitación contigua tuvo que irse porque no aguantaba más. Al pasar frente a su puerta le pegó una patada maliciosa y rabiosa, ¡ni se enteraron!

Cuando Zi y Samy llegaron a la cámara del fondo, todos los demás, incluyendo Târek ya estaban allí desde hacía un buen rato.

—Nos hemos quedado dormidos —dijo Zi.

—¡Ya! ¡Dormidos!, la cama de Samy no está deshecha —dijo Guido con tono cómplice.

—La que no ha podido dormir soy yo —rechistó Natalia.

—Hemos verificado los videos y no se ve más de lo que hemos visto antes. ¿Qué propones, Samy? —les cortó Miguel.

—Vamos a enganchar el cable de acero al ROV y a franquear el cruce. Pero antes quiero instalar estas dos cámaras y dos proyectores más en los laterales. Quiero ver qué hay en los túneles del cruce, y cómo son de grandes.

Sacaron el ROV a la superficie, pero por las escaleras. El agua estaba a la misma temperatura que el resto de la tumba. Pusieron los nuevos componentes y después de comprobar que todo estaba en orden lo volvieron a sumergir. Samy lo hizo llegar a veinte metros del cruce a buena marcha y lo paró para observar el flujo. Seguía como un reloj, tres minutos de flujo y cinco de calma. Al final del tercer compás, Samy lo lanzó hacia delante pero al llegar al cruce aminoró la velocidad y lo paró frente al túnel transversal, lo dejó un minuto grabando y lo volvió a lanzar a toda potencia. Cuando recorrió veinte metros más volvió a una velocidad normal.

—¿Habéis visto lo mismo que yo? —dijo Samy.

Guido abrió el fichero de grabación de las cámaras laterales desde su ordenador, en red con el del ROV.

—¡Mirad, no es un túnel!, es más bien como un tubo tallado en la roca...

—¡Para la grabación aquí!

—Allí en el fondo, parece...

—Unas cuchillas y unas puntas oxidadas y medio caídas. Y el tubo hace un codo hacia la derecha y ligeramente arriba. El que quede aspirado no lo cuenta. Vamos a ver la grabación de la otra cámara.

Era exactamente lo mismo pero con el codo hacia la izquierda. Como un espejo del otro. El chorro iba o venía de la misma dirección. Mientras Guido

ampliaba la imagen al máximo que permitía la definición de la cámara, con su público encima del hombro, Samy seguía el viaje de exploración con el ROV.

—Aquí hay algo —dijo Samy, y todos abandonaron a Guido para volverse hacia su pantalla.

—Yo no veo nada más que el túnel, y sigue todo recto —dijo Zi.

—Mira arriba de la imagen.

—No hay techo.

—¡Bien! Guido, conecta la imagen de la cámara lateral izquierda —le dijo Samy.

—¡Ya! Aquí sólo hay pared.

—Ahora la derecha.

—Unos escalones, como los de aquí. ¡Hay una salida! —exclamó Guido.

—Pero no es al exterior, no hay luz, ¿qué hora es? —preguntó Samy.

—Las ocho, fuera todavía hay mucha claridad —contestó Natalia.

—¡Nos ponemos los trajes y vamos a ver! —dijo Zi.

—Todavía no, vamos a explorar el resto del túnel para ver dónde nos conduce. Miguel, sigue manteniendo los cables tensos no vaya a ser que se los trague el tubo de la corriente.

Samy inclinó el mando hacia delante y el ROV se puso en marcha.

Media hora más tarde habían recorrido otros cincuenta metros.

—¡Mirad!, otro tubo.

Samy paró el ROV y observaron el mismo fenómeno.

—Es exactamente igual, con la misma frecuencia. Vamos a rebasarlo —dijo Samy.

Esperó otras tres frecuencias para estar seguro, y lanzó el ROV. También se paró un minuto frente a las bocas para filmar con las cámaras laterales, antes de seguir su marcha. Unos treinta metros más adelante, detuvo el robot.

—¿Qué pasa? ¿Esto qué es? —preguntó Miguel.

—Parece un desprendimiento, o un montón de escombros.

—Está claro que por allí no hay salida.

—Vamos a dar marcha atrás —dijo Samy—. Miguel, listo para enrollar, Zi, por favor, échale una mano con la otra bobina.

Samy maniobró el ROV para darle media vuelta, con cuidado de no

enmarañarse con los cables. Volvió a pasar el cruce y se paró frente a la escalera.

—Bueno, son las nueve de la tarde, fuera ya está anocheciendo. ¿Qué hacemos? ¿Seguimos o lo dejamos para mañana? —preguntó Samy, seguro de conocer la respuesta.

—¡Cómo vamos a dejarlo ahora, yo sería incapaz de dormir! —dijo Zi.
Todos los demás la apoyaron.

—Perfecto. Sólo tenemos dos equipos de bucear, y no pienso tolerar que nadie se la juegue por falta de experiencia. Esa corriente de agua es muy potente.

—¿Quién va a ir? —preguntó Natalia.

Samy miró a todos y dijo:

—Yo seré el primero, y me llevaré a Zi. Lleva tres años buceando conmigo en verano, no es una experta, pero sabe lo suficiente. Cuando llegemos, desmontaré la cámara principal y la conectaré directamente al coaxial.

Todos los demás se callaron, les hubiera gustado ir con Samy, pero lo verían por la pantalla.

—Voy a salir un segundo para llamar a mi mujer y ver si tengo algún mensaje —dijo Târek—. Me llevo al perro para que pasee un poco.

—Sí, sí, para que Lennon dé un paseo... Seguro que tiene miedo de ir solo por el corredor —dijo Natalia cuando Târek se alejó.

—Los egipcios son gente muy supersticiosa. Respetan mucho todo lo que rodea la muerte.

Guido estaba cargando la grabación de las bocas del nuevo cruce.

—¡Mirad!, son iguales que las primeras, pero los codos van en dirección opuesta.

—Puede que sea como un bucle, con alguna válvula.

—¡Menuda válvula, y de más de dos mil años!

Zi y Samy estaban entrando en el agua, con sus equipos puestos y revisados cuando Târek y Lennon llegaron a toda prisa.

Târek estaba congestionado de la carrera, y casi no podía ni hablar.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Natalia cogiéndole cariñosamente por los hombros y obligándole a sentarse en una silla.

—He hablado con los dueños del hotel —consiguió articular Târek con congoja—, los del Toyota han estado haciendo preguntas. Se les veía cabreados. La chica rubia incluso cogió a la dueña por la solapa de la blusa, pero el de la camisa verde la detuvo y la tranquilizó. Ahora están dando vueltas por Shali como locos, preguntando y repartiendo dólares para intentar tener información.

—Supongo que aquí estamos seguros —dijo Zi.

—Esto no es todo, mi mujer está asustada, alguien lleva siguiéndola toda la tarde. Le he dicho que se quede en casa de unos vecinos. Creo que me voy a ir para Alejandría ahora, si no me necesitáis.

—Puede hacer lo que quiera, Târek, pero, creo que estaría más seguro aquí con nosotros.

—No me pasará nada, no voy a entrar en Shali, pasaré por las afueras, tomaré la N-19.

Todo el mundo se despidió de Târek y Miguel lo acompañó hasta la puerta para ayudarle a rellenar el depósito con las jerrycane y a sacar el taxi.

DESPUÉS de quitarse el equipo de buceo y dejarlo en el suelo, Samy desenganchó la cámara principal del ROV, uno de los proyectores y desconectó el cable. Sacó de una bolsa hermética un pequeño aparato con varios adaptadores y le conectó el coaxial, la salida vídeo y la eléctrica. Fijó la cámara y el proyector en la misma pletina para que el proyector alumbrase donde la cámara filmaba. Luego sujetó el artefacto con la mano izquierda y se apuntó a sí mismo con la cámara haciendo la señal de OK con el pulgar hacia arriba. Al instante el foco se apagó tres veces.

—Esto funciona, nos reciben perfectamente —le dijo a Zi.

Habían hecho el recorrido sin ningún problema, salvando los cuarenta metros de peligro de las bocas de corriente, en menos de tres minutos. Quince minutos más tarde, al subir las escaleras y salir del agua, se habían encontrado en el centro de una sala inmensa, llena de objetos. Las antorchas sumergibles no tenían suficiente potencia para alumbrar todo, pero con el foco era otra cosa.

Samy apuntó al techo. Era una inmensa cúpula casi plana, cinco metros sobre sus cabezas, una verdadera obra de ingeniería de unos cincuenta metros de diámetro. El suelo estaba recubierto con inmensas losas de piedra. Seguía oliendo a piedra y arena seca, nada de humedad. El silencio sepulcral sólo estaba turbado por un lejano murmullo no identificado.

—¡Es impresionante!, ¿cómo habrán podido construir esto bajo tierra? —dijo Samy.

—¡Mira! —dijo Zi señalando con un gesto amplio el contenido de la sala. Estaba repleta de cofres y arcones, todos vacíos. Quedaban algunas

esculturas, muebles, ornamentos ricamente pintados y decorados con pan de oro. Todo estaba bien organizado y recogido, a veces sobre tres alturas. Quedaban zonas libres, sin ningún objeto. Samy se acercó a una de ellas y se agachó a tocar con el dedo unas marcas que brillaban a la luz del foco, como raspones que habían dejado partículas sobre la áspera piedra del suelo.

—¡Oro! Roces de oro, y aquí plata.

Empezó a recorrer la sala con la cámara y el foco.

—¡Las hay por todas partes! Esto no eran cuatro cacharros bañados en oro. Eran lingotes o barras, y de los gordos, mira qué huellas. Toda la sala está cubierta de marcas. Aquí había miles de ellos, un gigantesco tesoro.

—Esto es un sarcófago de piedra —dijo Zi al acercarse a un bloque de piedra tallada toscamente, sin ningún signo ni decoración aparente, cerrado con una tapa de la misma piedra.

Samy encendió su linterna y empezó a buscar, hasta que encontró una barra de metal, de unos dos metros de largo con una de las puntas planas.

—Vamos a intentar hacer palanca con esto.

Introdujo la parte plana de la barra entre la tapa y el bloque de piedra, y poco a poco fue desplazando la tapa, con mucha dificultad.

—Esto está resultando más difícil de lo que pensaba —dijo Samy.

Después de muchos sudores, había desplazado la tapa unos treinta centímetros. Zi ya tenía metidas las narices dentro del sarcófago con su linterna desde hacía un buen rato.

—¡Otra momia! Mejor dicho, lo que queda de una momia. Huele a cuero, hierbajos y miel.

—Está en bastante buen estado, y parece completa —dijo Samy.

—Ya tenemos dos, la de San Marcos y la de Siwa. ¿Cual será la de Alejandro? Ésta tiene la parte frontal del cráneo parcialmente destruida y el tórax aplastado.

Filmaron el interior, no había ningún objeto de decoración o ajuar funerario. Sólo la momia. Zi metió el brazo y arrancó un trozo de tela y lo encerró en el compartimiento hermético de las pilas de la antorcha.

—A ver cómo lo cerramos ahora, ayúdame a empujar.

Entre los dos, con la ayuda de la barra y mucho esfuerzo, consiguieron volver a cerrar el sarcófago de piedra.

—Antes, cuando estaba buscando la barra, oí un ruido de agua por allí, vamos a ver.

Tiraron del coaxial para tener más juego de cable y se pusieron en marcha hacia donde sonaba. Llegaron a la pared que sujetaba la base de la bóveda y se encontraron con un pasadizo. Se metieron por él. Era un túnel de dos metros de alto por uno de ancho. Caminaron unos veinte metros, con el ruido del agua subiendo gradualmente, y una especie de chuff, chuff, perfectamente acompasado.

—Creo que sé lo que es —dijo Samy—. Me juego lo que sea a que la cadencia son cinco y tres minutos.

Llegaron a una sala de unos diez metros por cinco, hundida a dos metros. El ruido era ensordecedor. En la parte superior, a su mismo nivel, pasaba un canal con una poderosa corriente, que hacía girar una rueda. Era como el sistema de un reloj; permitía abrir y cerrar unas enormes compuertas metálicas con el peso del agua, que se precipitaba en unos pozos para volver a salir en el lado contrario. El agua amortiguaba la caída y el cierre de las compuertas, y permitía el movimiento de la siguiente parte de ciclo.

—Por aquí pasa un río subterráneo con una gran corriente que han sabido aprovechar —gritó Samy para cubrir el ruido infernal que retumbaba en la sala.

Volvieron a la sala principal y siguieron husmeando y filmando todo lo que pudieron, no quedaba nada de valor que no fuesen objetos decorativos, esculturas, muebles, ornamentos. Ni una piedra preciosa, ni una moneda, ni un trocito de oro o plata. Sólo huellas en el suelo y arcones vacíos.

—Qué limpieza, no han dejado nada, ni una perla, ni un broche. Nada —dijo Zi.

—Las huellas del suelo no son recientes, esto se ha vaciado hace ya muchos años. ¿Ves estas marcas negras?, es plata. Con el tiempo se oxida y se queda negra. El oro, sin embargo se conserva intacto.

Estuvieron mirando una hora más, y volvieron a montar el ROV y a meterlo en el agua, después de que Guido hiciera las comprobaciones pertinentes pedidas por Samy, con señas por la cámara. Se pusieron el equipo de buceo y volvieron al cuartel general.

Media hora más tarde salían a la superficie. No les dio tiempo ni a

quitarse las máscaras, Guido ya estaba haciendo preguntas, Lennon ladrando de alegría, y Miguel dándoles la mano para ayudar.

—Tranquilo, Guido, déjanos descansar un minuto, llevamos más de cuatro horas allí dentro —dijo Zi.

—Y yo tengo hambre —añadió Samy.

—Radhiya ha traído sándwiches y pitas a eso de las diez, todavía quedan, ¿queréis?

La comida estaba en una bandeja de metal cuadrada cubierta con una tapa de malla metálica y un fino paño de algodón húmedo. Había conservado todo su frescor. Lo devoraron todo en pocos minutos.

—No queda nada, se han llevado todo el tesoro —se lamentó Guido.

—¿Qué eran esas marcas que se veían en el suelo, y que nos señalabas con el dedo? —preguntó Miguel.

—Eran marcas dejadas por el roce de los lingotes de oro, enormes lingotes de oro por las huellas que han dejado, y a veces de plata.

—Para dejar semejantes rayas debían de ser barras.

—Se dice que Alejandro Magno hacía fundir el oro y la plata de sus tesoros de guerra para que fuera más fácil de transportar —les dijo Miguel.

—Ya son las dos de la madrugada, deberíamos ir a descansar. Mañana decidiremos qué hacemos.

Todo el mundo tomó el camino de vuelta, cansados, con pocas ganas. Hacía mucho que Lennon ya se había ido solo a la casa grande, seguramente en busca de algo que llevarse a la boca.

—¡Zi, Samy, despiertaos, deprisa!

Samy salió de la cama como un muelle. Era la voz de Guido acompañada de los ladridos de Lennon. Por la manera en que aporreaba la puerta, pasaba algo importante.

Se puso lo primero que encontró y abrió la puerta de la habitación, seguido de Zi sin vestir y haciendo visibles esfuerzos por despertarse. Natalia ya estaba en el pasillo con una vieja camiseta arrugada y apartándose el pelo de león viejo de la cara. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas, ya eran las ocho de la mañana.

—¿Qué pasa, Guido? —preguntó Samy.

Miguel hizo su entrada corriendo, desde la escalera, y habló primero.

—No los encuentro, y como no entiendo a los dos tíos de negro que vigilan... Sólo me señalan la casa y me empujan, con respeto, hacia ella.

—¿Alguien me puede decir qué coño está pasando? —preguntó Zi con voz autoritaria. Y viendo la cara congestionada que ponía Miguel, se metió en la habitación para ponerse rápido algo de ropa.

Cuando salió, Miguel recobraba la compostura, ya era la segunda vez que la veía desnuda, pero no se acostumbraba, era demasiado guapa, ¡qué cuerpo!

—Miguel, si te vas a poner así cada vez que la veas con traje de Eva... —dijo Natalia.

—Con Zi hay que ir acostumbrándose —le dijo Samy riéndose—, ¿qué nos ibas a contar?

—Hace media hora, Guido y yo bajamos a desayunar. Como no había nadie en la cocina, decidimos ir a la tumba para volver a mirar las

grabaciones.

—¿Y?

—Cuando llegamos a la puerta de metal, la hemos encontrado cerrada.

—No pasa nada, Azîm debe de haberla cerrado para mayor seguridad — dijo Samy.

Miguel los miró con decepción y prosiguió:

—Todo el material está en el Land Rover, los equipos de bucear, el ROV perfectamente desmontado, los ordenadores, la bobina de coaxial, el cable de acero. Todo perfectamente y cuidadosamente ordenado.

Antes de que pudieran recuperarse de la sorpresa, Guido remató:

—Todas las grabaciones han sido borradas de los ordenadores.

—Estoy seguro de que todo esto tiene una explicación. Vamos a vestarnos decentemente y hablar con Azîm —dijo Samy con una voz que intentó aparentar tranquilidad.

—Eso va a ser difícil, no está en casa, y parece que Radhiya tampoco.

—Pues ya me contarás quien está preparando ese café que huele tan bien.

Miguel y Guido se miraron, haciendo gesto de salir corriendo hacia la cocina.

—¡Nadie se mueve de aquí! —ordenó Zi—, bajamos todos juntos, no quiero que agobiéis a la pobre Radhiya.

Todos fueron a sus cuartos a prepararse, menos Lennon que aprovechó para escabullirse, en dirección a la cocina.

Estaban ya todos sentados en la mesa del patio, saboreando un delicioso desayuno con café y grandes tostadas de aish, el maravilloso pan egipcio. Lo untaban con mantequilla hecha a base de leche de camello, y una deliciosa mermelada de higos, todo ello preparado por Radhiya.

Ella les había dicho que no sabía nada de lo ocurrido, y que tenían que esperar a que volviese Azîm. No iba a tardar, había salido con el alba hacia Shali, y tendría que estar ya de vuelta.

Se notaba que estaba al corriente de la situación, pero que no quería o no podía hablar. La respetaron, concentrándose en lo presente.

Todavía no habían terminado de darle su merecido al desayuno cuando se escuchó el ruido de un motor que se acercaba. Radhiya salió de sus aposentos, nerviosa e inquieta.

—Son ellos, Azîm os contará todo dentro de unos minutos. No salgáis, quedaos dentro.

—¿Ellos? ¿Quiénes? ¿Por qué no podemos salir? —le preguntó Zi.

Pero Radhiya ya había salido del patio.

Instantes más tarde entró Azîm seguido de Mahmud El-Abbibi, el primo de Târek. Después de empalagosos saludos y de miles de excusas por lo que iba a contar, Mahmud les explicó.

—Esta noche ha ocurrido algo muy grave —dijo Mahmud, sin mirarlos directamente.

Nadie dijo nada, pensando que a lo mejor se refería a la exploración de la tumba.

—Mi primo, Târek El-Kassem, regresaba a Alejandría porque temía por su mujer.

Otro silencio.

—¿Qué ha pasado Mahmud? —le preguntó Natalia preocupada y exasperada por la lentitud de la explicación.

Zi puso su mano sobre el brazo de Natalia para tranquilizarla. Los árabes tenían otra mentalidad y le daban otro sentido a la vida, sobre todo en esos sitios tan remotos. Vivían con otro ritmo diferente a los occidentales. Había que respetar las tradiciones.

—Siga, Mahmud —le dijo Zi—. Estamos todos un poco preocupados, apreciamos mucho a Târek.

Mahmud asintió con la cabeza, a la vez que miraba con emoción a los ojos de Natalia, y prosiguió:

—Târek ha sido atacado esta noche en el desierto, en la N-19. Un coche embistió al suyo y lo sacó de la carretera. No tuvo tiempo de sacar sus armas del maletero. Pero sí de hacer una llamada, se oía mal porque estaba en el límite de la cobertura, pero el móvil se quedó encendido todo el tiempo. Así pudimos localizar el lugar y ponernos en marcha.

—¿Cómo está?

—Le han torturado y pegado durante más de media hora. Querían saber dónde había dejado a ciertos pasajeros. No dijo ni una palabra, sólo se oían sus gemidos, y repetir la misma frase: “no sé, yo los dejé en el hotel.”

—¿Pero cómo está?

—Muy mal, pero vivo. Cuando llegamos al lugar los agresores se habían marchado. No vimos rastro de ellos. Era de noche. Tampoco nos los cruzamos en el camino.

—¿Y ahora dónde está?

—Abdel Aziz lo ha hecho transportar por helicóptero al Hospital Victoria de Alejandría.

—¿Abdel Aziz?

—Sí, siempre está cuando se le necesita. Está muy enfadado porque mi primo no le ha avisado de que se iba de la Casa del Persa, y casi lo matan.

—¿Qué hacía Abdel Aziz en Siwa? —preguntó Zi.

—Vigilar a los hombres del Toyota negro. Se siente culpable porque ayer al anochecer relajamos la vigilancia para cenar, pensando que todo estaba controlado...

—¿Y ahora dónde está Abdel Aziz?

—Está noche hemos venido a recoger todo vuestro material y a borrar la pruebas de la existencia de la tumba. Ahora os tenéis que marchar de aquí.

—¿Por qué?...

—Lo ha dicho Abdel Aziz. Tenéis que estar en un lugar seguro mientras él organiza vuestra retirada. Aquí ponéis en peligro mucho más que vuestras vidas, cosas que todavía no podéis entender.

—¿Y dónde nos vamos?

—Existe un yacimiento arqueológico a cuarenta kilómetros de Siwa, cerca del pequeño oasis de El-Gara, en el que estaréis seguros. Allí hay un antiguo corral para animales y cuatro o cinco casas restauradas en las que viven la arqueóloga jefe y su equipo. Están en plena campaña, desde marzo hasta finales de julio.

—¡Qué rollo, con lo aburridos que son los arqueólogos!

—Abdel Aziz ha dicho que se encontrarán a gusto, yo conozco personalmente a la arqueóloga jefe, Eve Thousands. Vino el año pasado a consultar el manuscrito de Siwa a mi casa y estuvo varios días, es una persona agradable, muy sonriente y llena de vida.

—¡Eve Thousands! —exclamó Zi—, qué pequeño es el mundo, ha sido compañera de clase durante años, hasta que se fue del colegio y nos perdimos de vista. Algunos profesores le hicieron la vida imposible y decidió cambiar

de aires. Me llegaron rumores de que había hecho una impresionante carrera como arqueóloga, pero lo último que podría haber imaginado era reencontrarme con ella en el desierto egipcio.

LOS dos todo terreno rodaban por la pista de tierra dejando tras ellos una nube de polvo y arena. Estaban en una amplia planicie, al límite del Gran Mar de Arena, una inmensa extensión de gigantescas dunas de arena, que se desplazaban durante las tormentas. Habían dejado la carretera de asfalto media hora antes para tomar rumbo a las dunas. Todo parecía cerca y todo se parecía, pero nunca se llegaba. Mahmud, que conocía el oasis como la palma de su mano, lo había rodeado por las pistas del desierto, para pasar inadvertido. Habían dejado a Azîm y Radhiya en la Casa del Persa, con los dos beréberes de El-Maraki armados hasta los dientes, para protegerlos de un eventual ataque.

Los Land Rover iban lado a lado para no cegarse con el polvo, el de Mahmud y sus cinco hombres, ligeramente adelantado para guiarles. Ya eran las once de la mañana y el sol pegaba fuerte. Hacía un calor asfixiante y entraban pequeños remolinos de polvo por las ventanillas abiertas. Iban a buena velocidad. En las pistas, la tierra y la arena se amontonaban haciendo pequeñas ondas, que provocaban tremendas trepidaciones en los coches, hasta que se tomaba suficiente velocidad para surfear con las ruedas sobre las crestas. Entonces se experimentaba una suavidad poco común. Era como el momento del despegue de un avión, donde todo vibra y se siente la tensión de la estructura, para luego notar cómo las alas toman el relevo posándose delicadamente sobre el aire, y todo entra en una suavidad suspendida.

De pronto Mahmud gritó algo incomprensible indicándoles con el brazo tendido un punto a lo lejos, a la derecha en el horizonte.

El punto se hizo más y más grande, hasta que se convirtió en unas

construcciones de piedra, adobe y cemento, rodeadas de un muro de piedra, plantadas en lo alto de una pequeña colina. En el fondo se veía un depósito de agua en alto, subido a una estructura metálica pintada de azul. Ni rastro de vegetación. Incomprensiblemente, habían salvado la distancia en pocos minutos.

Pararon los coches delante de la entrada del corral y la nube de polvo los envolvió, para luego posarse lentamente, dejando todo de color ocre, integrándolos en el paisaje.

Tenían la piel como cartón, Natalia intentaba desesperadamente mirarse en el retrovisor, pero Zi se había adelantado y no soltaba terreno.

—Ya hemos llegado —dijo Mahmud saltando a tierra.

Los demás se reunieron con él delante del recinto. No se oía ningún ruido que delatara algún signo de vida. Ni siquiera una leve brisa. Sólo el grifo de Lennon marcando nuevo territorio.

Les sorprendió el sonido de un golpe metálico y el chirrido de una puerta que se abría. Levantaron la vista hacia la primera casa para ver cómo salía un joven árabe, vestido de manera occidental, con vaqueros y camiseta blanca impoluta.

—Bienvenidos, Mahmud —dijo con voz risueña.

—Os presento a Jamîl, aquí la gente lo llama Johnny, se ocupa de todo, limpiar, cocinar, bricolaje, llenar el depósito de agua, y mucho más.

Todos saludaron a Johnny.

—La jefa volverá al atardecer, tengo orden de acomodarlos en la casa principal. Ahora está en el yacimiento trabajando. Nadie puede ir, sólo ellos.

Mahmud cambió de tema:

—Vamos a llevar el equipaje dentro, y a meter vuestro coche en el cobertizo —dijo, echándole una mirada penetrante a Jamîl.

Johnny, avergonzado, se precipitó a ayudar, cogiendo todas las bolsas y mochilas que pudo.

Mahmud distribuyó a sus hombres en distintos puntos de la propiedad, uno de ellos en la balaustrada que rodeaba el depósito de agua. Luego esperó paciente y educadamente, tomando un té, a que todos estuvieran instalados.

—Tengo que volver a Shali. La señorita Thousands, sabe que ibais a venir, regresará al atardecer, con su equipo. En cuanto hayamos terminado

con el Toyota negro, volveremos a por vosotros. No os mováis de aquí.

Mahmud se despidió de ellos, gritó unas palabras en berebere a los cuatro hombres que se quedaban vigilando, no contestaron, se subió con el último al coche, y se marcharon.

Miraron la nube de polvo hacerse cada vez más pequeña, tardaría más de media hora en desaparecer en el horizonte.

—Hay buena visibilidad, aquí no nos van a pillar por sorpresa —dijo Miguel.

—Es un buen escondite —contestó Sammy.

Y todos se metieron en la casa, fuera no se podía estar.

—No sé cómo pueden aguantar en el yacimiento, aquí debe de hacer por lo menos cuarenta y seis grados, imagínate más lejos en el desierto —dijo Zi al entrar en la casa.

—El yacimiento está bajo tierra —dijo Johnny.

Y al darse cuenta de que había vuelto a hablar demasiado, añadió confuso:

—Me voy a la cocina, tengo que ir preparando la comida.

UN grito de aviso desgarró el silencio de la tarde. Salieron al corral. El hombre situado en la pasarela del depósito de agua, señalaba una pequeña nube de polvo al oeste, procedente del lugar en el que el Gran Mar de Arena se juntaba con una formación rocosa, mientras que con la otra mano sujetaba unos prismáticos ante sus ojos.

Instantes después gritó alguna palabra más, entre las cuales entendieron “Eve Thousands”. Se quedaron tranquilos y volvieron a entrar. Aunque la temperatura hubiese bajado un poco, todo estaba caliente y cargado de tantas horas al sol.

Casi una hora más tarde un todo terreno aparcaba en el corral y una impresionante rubia, polvorienta y sudada con el pelo recogido en una pequeña coleta, saltaba a tierra, con siete zarrapastrosos más, gritando:

—¡Cuánto tiempo tía!

—Estás igual que siempre —le contestó Zi.

—Con unos cuantos polvos más —dijo Eve señalando su ropa, riendo y retorciéndose, del doble sentido.

El resto del equipo de la excavación saludó de lejos y se fue a la otra casa. Zi hizo las presentaciones y Eve dio los besos correspondientes. Cuando le tocó el turno a Miguel, éste estaba conmocionado: esa rubia, con su camiseta pegada al cuerpo por el calor, era el apogeo de la sensualidad en la tierra, se perdía en el cielo azul de sus ojos. Natalia que había observado divertida la situación y recordaba otras recientes, decidió que no pasaba de esta noche... Miguel ya era mayorcito, y ella no estaba dispuesta a pasar otra noche como la anterior, con Zi y Samy de nuevo en la habitación contigua y ella sin poder

dormir.

EVE y sus siete becarios, limpios, acicalados, repeinados y endomingados, se juntaron con ellos en el comedor, situado en otra de las cuatro casas. Era una antigua cuadra rectangular, restaurada y convertida en cantina, con la cocina en un lado. Todo el suelo estaba cubierto de baldosas de tierra cocida y las paredes, encaladas de azul clarito, casi blanco, daban una agradable sensación de frescor. Estaban todos sentados alrededor de una inmensa mesa de madera oscura, saboreando un tayín de cordero que Johnny había estado cocinando toda la tarde.

La comida y la sobremesa estuvieron animadas por Zi y Eve, que recordaron todos los detalles picantes y surrealistas de su adolescencia, para deleite de los demás. A las once los siete becarios se retiraron a sus aposentos; por la mañana salían a las seis para evitar los calores. En ningún momento hablaron de las excavaciones que estaban realizando.

La velada siguió sin ellos, y Miguel y Guido fueron llevando la conversación a donde les interesaba. Zi se daba cuenta de que estaban forzando suavemente los temas, de una manera ingenua.

—La última visita que hicimos fue a la supuesta Tumba de Alejandro, en El-Maraki —dijo Miguel.

Guido no dejó tiempo a alguna contestación:

—¡Qué desilusión! Cuatro piedras y un montón de tierra...

—Yo pensaba que por lo menos habría alguna cámara funeraria... — prosiguió Miguel.

—Nada, allí nunca ha habido nada, ni tesoro, ni...

Eve, que se había quedado mirándolos con una sonrisa irónica en los

labios, cortó la última frase de Guido.

—Chicos, no hace falta que me montéis un numerito. Mahmud me ha contado que estáis en peligro y que os buscan unos yankees. De hecho el despliegue de sus mejores zaggâlah^{[[29]]} en este recinto, es una prueba de amistad y de protección... También sé que estáis interesados en el yacimiento de la griega, Leana Souvaltzi. Yo también estuve husmeando por allí, pero mis problemas fueron con el CSA.

—Cuéntanos —preguntó Guido—, ¿crees que la tumba sigue allí, en alguna parte?

Todas las miradas convergieron hacia Eve, que les gratificó con otra de sus enigmáticas sonrisas, antes de proseguir:

—Cuando los periodistas del mundo entero lanzaron la noticia del hallazgo de la Tumba de Alejandro Magno en el Oasis de Siwa, yo tendría unos quince o dieciséis años, y me quedé fascinada. Creo que mi pasión por la arqueología viene de esa época.

—Antes dijiste que habías estado husmeando por El-Maraki —insistió Miguel.

—Cuando vine a Egipto para mi primera misión, en 2003, con una beca, fue para catalogar las pinturas y las momias de Gebel Al-Mawta, aquí en Siwa. Es una colina rocosa en la que se encuentra un cementerio de los tiempos ptolemaicos. No pude resistir la tentación de ir a El-Maraki, para ver la polémica tumba descubierta por la griega. Iba los domingos, muy pronto, por la mañana. Llegaba allí con los primeros rayos del sol. Me acuerdo de todo: el corredor de unos treinta metros que desemboca en las tres cámaras, el agujero inundado, el de la última...

—¿Cómo que las tres cámaras, y el agujero inundado? —preguntó Zi.

—Al final del corredor hay tres cámaras, están perfectamente delimitadas en el yacimiento, y en la última hay un hueco rectangular, lleno de agua y cascotes. Es la parte que Leana Souvaltzi iba a excavar en la siguiente temporada. Pero se armó tal polémica que hasta el CSA dio marcha atrás en sus declaraciones, y cerraron el yacimiento.

—¿Y a ti qué te pasó?

—Un día vinieron unos hombres vestidos de negro, unos bereberes, que luego resultaron ser unos zaggâlah de Mahmud, y me llevaron a su casa. Así

fue como le conocí. Me explicó que el yacimiento de la griega estaba protegido y que nadie tenía autorización para seguir con la excavación. Ni siquiera para husmear, y que en nombre del CSA, que él representaba en Siwa, no me volviese a acercar. También me dejó a entender que si persistía, el CSA iba a ser el menor de mis problemas.

—¿Y?

—Nada, seguí con mi trabajo. Mahmud, su hija mayor y yo nos hicimos amigos, él no es originario de Siwa, sino de Alejandría, pero se casó con una siwi perteneciente a una de las más grandes familias de aquí. Cuando terminé la carrera, volví de vacaciones, y fui a visitarle. En el 2005, salió el yacimiento en el que trabajo actualmente, y me propuso llevarlo. Evidentemente acepté, y aquí estoy.

—¿Y nunca has intentado saber más sobre el yacimiento de El-Maraki?

—preguntó Zi.

Eve los miró sonriendo. El silencio sólo estaba turbado por los ronquidos de Lennon, tirado en el suelo panza arriba, intentando digerir todo lo que había comido.

—Desde hace dos años, Mahmud me deja investigar en el manuscrito del Oasis, que su familia custodia. Está escrito en siwi, parecido al berebere. Yo me defiende algo en árabe, pero esto no tiene nada que ver. Su hija me ayuda, pero aún así la cosa va lenta, y yo no tengo toda la disponibilidad que quisiera.

—¿Pero algo habrás sacado en limpio, no? —preguntó Guido.

—El manuscrito tiene muchos siglos registrados. Parece que se hace referencia a Alejandro Magno en El-Maraki, pero no como tumba, sino más bien como un lugar elegido por él o algo así, es bastante confuso. Lo que sí queda claro es que hacia 1860, en los inicios de la construcción del Canal de Suez, un tal Jabbâr Muta'al vino a El-Maraki. Durante semanas o meses, la noción del tiempo es difícil de interpretar, estuvo organizando caravanas cargadas hasta los topes, desde El-Maraki a Marsá Matrúh. Allí embarcaban hacia un destino desconocido. Se comenta que el Ferdinand Lesseps promotor del canal y el mismísimo gobernador de Egipto, Mehmet Said Subí le prestaron ayuda técnica para la operación.

Todos se miraron sin decir nada pero con una idea común: esto explicaba

que no hubiese nada en la tumba de la Casa del Persa.

—¿Quién era Jabbâr Muta'al? —preguntó Zi.

—No se sabe, Jabbar quiere decir el Poderoso y Muta'al el más Alto. También hablan de él como Keled, el Inmortal. Hay una cosa extraña, en febrero de 1995, durante el escándalo Souvaltzi, vuelve a aparecer Jabbâr Muta'al Keled. Evidentemente no puede ser el mismo, porque tendría un mínimo de ciento cincuenta años. Pero hablan de él con el mismo respeto y como si se tratase de la misma persona.

—¿Y esta vez a qué ha venido?

—No está muy claro, parece que a proteger algo, o a solucionar un problema, es muy difícil de entender. Algunas cosas están escritas con un estilo directo, otras son tan sinuosas como las calles de un Zoco.

Estuvieron hablando del tema durante un buen rato más hasta que Eve se disculpó por la hora y se fue a su habitación, al día siguiente tenía que irse al alba con sus becarios, pero prometió volver pronto para seguir hablando.

Miguel tenía una cosa que le rondaba la cabeza, pero decidió esperar al día siguiente, cuando estuviesen solos, para exponerlo ante los demás.

LA casa llevaba ya un tiempo sumida en el silencio, salvo algunos murmullos sospechosos que provenían de la habitación de Zi, cuando una sombra se deslizó por el pasillo, perfilándose al contraluz de las ventanas sin postillos. Se paró a escuchar unos instantes en la puerta de Zi, y enseguida prosiguió su camino hacia la de los chicos. Entreabrió la puerta, se agachó, y lentamente entró en la habitación. Se acercó prudentemente a la primera cama, levantó la mano a la altura del cuello y le tapó la boca firmemente.

Miguel abrió los ojos sorprendido.

—Ven conmigo, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? —contestó Miguel a Natalia.

—Tú calla y sígueme.

Miguel recogió un pantalón corto del suelo y se lo puso, siguiéndola. Natalia lo hizo pasar a su habitación, en la que la luz tamizada de la pequeña lámpara de tela de la mesita de noche creaba un ambiente tenue y acogedor.

Miguel quiso decir algo, pero Natalia le puso el dedo en la boca, mientras cerraba la puerta. Luego se quitó la camiseta que llevaba, la dejó caer al suelo lo más sensualmente que pudo y se acercó a él muy despacio, mirándole a los ojos.

Miguel sentía su cara ardiendo de confusión y otra parte de su anatomía, por otros motivos. Por fin Natalia llegó junto a él. Sintió sus pechos y su vientre entrar en contacto con su piel, mientras un escalofrío le sacudía de pies a cabeza.

En ese instante Natalia tuvo la seguridad de lo que ya suponía: iba a ser su primera vez. Esto prometía ser apasionante...

A las ocho y media, Zi bajó con Samy a desayunar. Les había costado pegar ojo por los ruidos del combate librado en la habitación de Natalia, seguramente con uno de los becarios. El moreno cachas, había deducido Zi, porque para soportar las guerras de Natalia, tenía que ser alguien con fuerza y aguante. Cruzaron el corral y entraron en el comedor. Los demás ya estaban allí, en pleno desayuno, Lennon debajo de la silla de Guido, devorando un cuenco de cornflakes casi tan grande como él.

La cara de Natalia era un poema, miraba a Zi con actitud de victoria, estaba resplandeciente como una niña con traje nuevo. Zi ya se había dado cuenta hacía mucho: después de una noche de amor, o mejor dicho, de sexo, Natalia rejuvenecía y se convertía en la mujer más guapa del mundo. Ya le preguntaría en privado quién había sido el afortunado.

Después de saludar se sentaron y la conversación derivó rápidamente hacia el análisis de la velada de ayer. Pero había algo en el aire, algo en la situación, en el ambiente, que había cambiado y que Zi no conseguía definir. A los demás les daba igual, Samy y Guido devoraban tostadas, Lennon seguía engullendo y Miguel...

¡Eso era!, Miguel no hablaba, pero no como otras veces que se le veía absorto por un tema que le preocupaba. Era otra actitud, estaba como embobado, soñador, con la misma cara que Natalia. Acababa de untar una tostada y añadirle una buena capa de mermelada, y ahora se la daba a Natalia con delicadeza y cariño.

—¡No es posible! —se le escapó a Zi.

Pero enseguida se recuperó y añadió con gran dosis de ironía:

—¿Qué tal has dormido, Miguel?

Miguel miró a Natalia y, sin ponerse colorado y con mucha seguridad contestó:

—¿Dormir?, pregúntale a Natalia. —Y le arrancó un gran mordisco a su tostada.

Zi le sonrió a Natalia, ¡éste se había estrenado! ¿Por qué dará tanta seguridad haberlo hecho? Ya era un hombre, y de veintidós años. Y no era una cuestión de sexo, les pasaba lo mismo a las chicas.

Samy y Guido continuaban hablando y comiendo, sin enterarse de nada. Tal vez los hombres sigan siendo niños toda su vida, a pesar de todo.

Al terminar el desayuno, Johnny se fue a sus tareas domésticas, y se quedaron solos en el comedor.

—Ayer por la noche he estado pensando algo,... —empezó Miguel.

—¿Te ha dado tiempo a pensar? —le cortó Zi, con guasa.

—¡Antes!, cuando estábamos hablando con Eve, después de la cena —contestó Miguel.

—Bueno, ¿le vas a dejar que nos lo cuente?, les cortó Natalia.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Samy.

—¡Miguel y yo hemos echado un polvo esta noche! Ahora nos centramos en lo que Miguel nos tiene que contar, ¿vale?

Hubo un momento de silencio, Samy y Guido se quedaron mirando a Miguel sorprendidos.

—Ayer estuve pensando en lo que nos contaba Eve —dijo Miguel—. Nosotros abandonamos el yacimiento de la griega sin ir más allá del principio de la excavación. Por lo que nos ha dicho, parece una réplica exacta de lo que hemos visto en la Casa del Persa.

—A mí también me pareció raro ayer cuando habló del yacimiento de El-Maraki. —dijo Samy.

—Cuando el ROV paseaba por el túnel inundado, apunté las medidas que indicaba el cable.

Miguel sacó una libreta de uno de los múltiples bolsillos de su pantalón, y prosiguió.

—Aquí está. Setenta y cinco metros hasta la primera boca de la corriente, setenta y cinco más hasta las escaleras de la sala. Otros setenta y cinco hasta

la siguiente boca, y luego cincuenta hasta el desprendimiento. Y no creo que me equivoque al decir que hay veinticinco metros de escombros hasta la salida al yacimiento de Leana Souvaltzi.

Todos se quedaron mudos, Miguel les acercó la libreta donde tenía dibujado el plano de la zona, tal y como la recordaba.

—Este punto es el yacimiento de Souvaltzi, este es la Casa del Persa. Esto es la formación rocosa que tuvimos que rodear para ir de uno a otro, por las pistas de tierra. No tengo mapa de la zona y aquí no nos podemos conectar a Internet, pero yo juraría que en línea recta entre los dos puntos, sumando la distancia de los corredores y las cámaras hay unos cuatrocientos metros.

—Por eso tu padre estaba tan preocupado. Si seguían excavando encontrarían con toda seguridad el túnel, la cámara en el centro de la colina, y la salida a la Casa del Persa... —dijo Natalia.

—Con todos los datos de los que disponemos actualmente, podemos sacar algunas conclusiones —dijo Samy—, parece que donde vayáis existe gente importante dispuesta a ayudaros. Os pasan de Francia a Italia en un barco mercante, que al parecer es de una compañía, propiedad de vuestros padres, os alojan en un palacio veneciano, que también es propiedad de vuestros padres. En 1995 vuestros padres vienen a proteger o defender el acceso a una tumba que se encuentra en la Casa del Persa, propiedad de vuestros padres, y de donde se llevaron tesoros por valor de miles de millones, y a lo mejor me quedo corto. Y este último acontecimiento coincide con la vuelta a Siwa de Jabbâr Muta'al Keled, el Poderoso, el más Alto, el Inmortal...

—También hay un acceso a la cripta debajo de la sacristía de la Basílica de San Marcos en Venecia, donde se encuentra una momia, que parece ser la de Alejandro Magno, un montón de objetos que se supone que han desaparecido hace cientos de años, y dinero, más de veinticinco millones de euros en lingotes de oro, pero suizos y de acuñación reciente —dijo Miguel.

—Y nos persigue la CIA, por orden personal del presidente de los Estados Unidos, y también el guaperas del puro, que parece pertenecer a alguna secta, o a la mismísima Iglesia —opinó Natalia.

—¿Y qué pinta Abdel Aziz en todo esto? —se preguntó Zi en voz alta.

—A lo mejor es el guardián del tesoro —soltó Guido, volviendo a un estado más normal para un niño de doce años.

Se quedaron todos mirándole, sin saber qué pensar, la idea no era tan descabellada.

—¡No digas chorradas, niño! —dijo Zi devolviéndoles a la realidad—. Todo esto son suposiciones, la situación actual es que estamos aquí “prisioneros” por culpa de cuatro yankees que rondan por el oasis y que casi se cargan a Târek. No podemos seguir con el plan inicial, nos tenemos que olvidar de Alejandría hasta que Abdel Aziz y Mahmud acaben con ellos. También estoy preocupada con el monaguillo del puro, el hombre de la mancha. No tenemos noticias de él y ha salido de Venecia el mismo día que nosotros. Vamos a volver a dividirnos. Natalia y yo vamos a salir de Egipto y dirigirnos a Kuwait, a visitar la isla de Icaros, Failaka, el siguiente punto del Mapamundi. Vosotros os quedáis aquí, hasta que estéis seguros y os dejen marcharos. Nos reuniremos en Alejandría. Y no se os ocurra hacer nada sin nosotras. Samy te hago responsable.

—¿Y cómo pensáis salir de aquí par ir a Kuwait? —preguntó Miguel.

—Todavía no lo sé, hablaré con Eve cuando vuelva.

—Tengo un montón de fotos satélite de Failaka, que he sacado con Google Earth, y Miguel tiene documentación de las excavaciones de los últimos ochenta años, podríamos estudiarlo —dijo Guido.

—Manos a la obra.

CUANDO Eve y sus siete becarios volvieron de su jornada de excavación, Guido y Miguel terminaban de recoger los documentos que habían estado estudiando durante todo el día. Algunos con manchas de grasa por las piernas de cordero con patatas asadas que Johnny les había servido a la hora de la comida. Habían seguido trabajando mientras comían.

Las coordenadas del punto de Failaka daban justo en el centro de la isla, que según los documentos, era el sector Al-Qousur, donde habían aparecido los vestigios de una iglesia cristiana del s.VI., en el año 1989. La isla no medía más de unos catorce kilómetros de largo por cinco o seis en la parte más ancha, y era plana, no más de tres metros sobre la superficie del mar.

Las visitas al templo en Tell Sa'aid sector F5 y al museo, sólo eran posibles con la autorización escrita del ministerio, que se podía pedir acudiendo a la embajada. Pero no se decía nada de Al-Qousur. El ferry se cogía en Salmiya, cerca de Scientific Center, en Kuwait City.

Las fotos satélite de Google Earth dejaban ver una tierra árida y desolada. Y el yacimiento de Al-Qousur, no parecía estar muy avanzado, aunque desde noviembre de 2007 el CNCAL^{[[30]]} y el MOM^{[[31]]} habían firmado un acuerdo para una nueva campaña de excavaciones franco kuwaití de cinco años. Tendrían que ser prudentes, y discretas.

Después de comer hicieron un descanso mientras Johnny recogía todo en la cocina cerca de ellos. Como no parecía ser muy discreto, preferían no hablar en su presencia.

Johnny tropezó con un saco de naranjas, que rodaron por el suelo hasta la mesa central. Zi y Natalia le ayudaron a recogerlas. Johnny echaba pestes.

—Siempre igual, Mahmud trae sacos y sacos de naranjas cada vez que viene, menos mal que a la miss Eve le gustan...

—¿Por qué no haces una mermelada? —le preguntó Natalia.

—Nunca la he hecho, lo único que sé hacer es burtu'an, zumo de naranja.

—Zi te enseña, es una especialista —dijo Natalia.

—¿Tienes limones, azúcar y un pasapurés? —le preguntó Zi.

—Sí.

—¡Entonces manos a la obra!

Johnny le trajo los limones, las naranjas y el azúcar. El pasapurés, cuchillos y una gran tabla de olivo macizo para cortar.

—La proporción es la siguiente: seis naranjas, dos limones y tres cuartos o un kilo de azúcar, dependiendo de cómo estén de ácidas. Primero pelas la piel de las naranjas, pero sólo le quitas lo naranja, la parte blanca la dejas en la naranja de momento. Las cortas en finísimos trocitos. Utiliza sólo la cáscara de cuatro o cinco naranjas, lo demás lo tiras.

—¿Así?

—Muy bien Johnny, cuidado al cortar, recuerda que es una mermelada de naranja, no de dedos. Ahora terminamos de pelar las naranjas y les quitamos todo lo blanco que podamos. Las cortamos en trocitos, con cuidado de no perder el zumo que sale al cortar, y lo echamos todo a la olla, a pleno fuego.

—¡Es fácil!

—Lo único que necesitas es paciencia. Lo dejamos hervir unos diez minutos, y lo pasamos por el pasapurés para quitar la pulpa, si no, se queda con un sabor demasiado amargo. Ahora lo volvemos a llevar a ebullición, le echamos el azúcar, probando para que esté en el grado de dulzor deseado, y después bajamos un poco el fuego para dejarlo reducir despacio, una media hora.

—¿Y los limones y las pieles?

—Buena pregunta, Johnny. Pelamos y cortamos las pieles de los limones igual que las naranjas. Cogemos una cacerola, echamos todas las peladuras de naranja y limón mezcladas y cortadas finas dentro y añadimos un vasito de agua. Lo llevamos a ebullición, le añadimos el cuarto de kilo de azúcar que quedaba y bajamos el fuego para reducir. Ahora sólo hay que vigilar y remover un poco. Es importante que las pieles no se queden sin agua, tienen

que estar confitadas pero jugosas, así que las tienes que probar de vez en cuando.

—Huele maravillosamente, dijo Guido desde la mesa del comedor.

—Ahora que todo ha reducido suficiente, escurrimos el agua de las peladuras, las volcamos en la olla de las naranjas, y removemos. Diez minutos más a fuego lento, y apagamos.

—¿Y los limones?

—Hay que dejar que esto se enfríe unas horas. Luego lo vuelves a llevar a ebullición, apagas el fuego, exprimes los limones, echas el zumo dentro removiendo bien para que se mezcle, coges un cazo y llenas los tarros en caliente. Los dejas boca abajo hasta que estén fríos y los metes en la nevera, también boca abajo, así se conservan mejor.

—¿Por qué pones los limones al final sin cocinarlos?

—Es que si no, suelen agriar la mermelada.

—Estoy deseando que sea mañana para probarla en el desayuno.

—¡HOLA, ya hemos llegado! —lanzó Eve entrando en el salón de la casa central donde la estaban esperando, más polvorienta que la víspera.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Zi.

—Una mierda, llevamos un mes sin encontrar nada interesante. Se nos ha derrumbado la parte de arriba de un pozo de sondeo, tengo tierra hasta en los oídos. Pero no te puedo contar más porque, se supone que es confidencial. ¿Y vosotros?, me ha contado Johnny, al llegar, que habéis hecho mermelada de naranja y limón. Estoy deseando probarla.

—Eve, Natalia y yo necesitamos salir de Egipto lo más discretamente posible. Y a ser posible sin que se entere Mahmud.

—Conozco quién os puede ayudar. Tal vez incluso podamos despistar a los zaggâlah, pero Mahmud se acabará enterando tarde o temprano, más bien temprano. No te puedes imaginar lo que maneja esta gente, bajo esas pintas de morito inofensivo. ¿Cuándo queréis marcharos y a dónde?

—Lo más pronto posible. Queremos ir a Kuwait City.

—Voy a hacer algunas llamadas desde la oficina, y de paso ducharme, que debo de oler a tigresa.

Todos se rieron, viendo cómo Eve se iba haciendo el payaso. Miguel no le quitaba ojo.

—¿Qué pasa, te gustan las tigresas? —le dijo Natalia.

Miguel se sonrojó y miró al suelo.

Una hora más tarde Eve hacía su aparición enfundada en un vestido de algodón azul, volviendo a dejar a Miguel sin respiración.

—Ya tengo la solución a vuestros deseos. Os marcháis esta misma noche.

Sólo os vais las dos, Natalia y tú, ¿verdad?; Miguel y los demás se quedan con nosotros?

—Sí, nos vamos las dos solas. ¿Cómo lo has conseguido tan rápido?

—Conozco unos traficantes de arte que nos deben unos favores y que siempre están dispuestos a ganarse unas Libras. Aquí en Egipto, el negocio de las obras de arte está a la orden del día. No te puedes ni imaginar la cantidad de excavaciones salvajes que hay y las obras que circulan en el mercado negro, trayendo de cabeza al CSA. En el 2005, pillaron un alijo de seiscientos diecinueve piezas en el aeropuerto de Heathrow, en Londres. La investigación sacó a la luz lo podrido que estaba todo, así que el gobierno egipcio decidió intervenir seriamente, sobre todo para la galería internacional.

—Creo haber estudiado algo sobre el tema —dijo Miguel.

—Luego te doy más detalles —le dijo Eve.

—¿Por qué no ahora?, a mí me interesa —intervino Natalia.—Un alto cargo del Departamento de Antigüedades, Abdelkarim Mohammad Imam Abou Chanab, encargado de la recuperación de obras robadas, ha sido condenado a cuarenta años de cárcel y a una multa de cincuenta mil Libras. Cuatro miembros de la familia Abdelrahim Al-Chaer han sido condenados a penas de hasta cincuenta y cinco años. Incluso llegaron a condenar por contumacia a un ciudadano suizo y otro alemán de origen egipcio, a quince años de cárcel más una multa. Se montó la gorda, recuperaron unas cincuenta y siete mil piezas en los registros que hicieron después de los arrestos. Amenazaron con dejar de cooperar con las instituciones y museos extranjeros. Incluso Suiza devolvió unas doscientas piezas de antigüedades egipcias robadas. La familia Abdelrahim Al-Chaer son marchantes de antigüedades de toda la vida, y el tráfico de obras no es una novedad, ni la corrupción de las instituciones, pero tenían que dar un escarmiento para la prensa internacional. El resto de la familia no ha sido tocado gracias a gente como Mahmud. Se siguen dedicando a lo mismo, pero un poco más discretamente.

—¿Y es uno de ellos el que nos va a ayudar?

—Exacto, Saqr Abdelrahim Al-Chaer. Esta noche se encarga personalmente de recoger un objeto cerca del oasis de Bahariya, y luego se vuelve a El Cairo. Os va a recoger a medio camino entre Siwa y Bahariya, a

unos doscientos kilómetros de aquí, a las doce, esta noche.

—¿Y cómo vamos? —preguntó Natalia.

—Os acompañará Johnny, con la excusa de que lo mando a por medicinas. Ahora le vais a dar vuestras mochilas para que las meta discretamente en el coche. Luego cuando nos dirijamos todos juntos al comedor, pasaremos cerca de los todoterreno, y vosotras os metéis discretamente en el de la excavación, y os esperáis sin hacer ruido ni asomaros. Por mucho que alguno de los zaggâlah nos mire, si vamos los catorce juntos, no creo que se den cuenta de que no llegamos todos al comedor.

—¿Cómo nos va a sacar de Egipto el tal Saqr? —preguntó Zi.

—Tiene pensado llevaros en coche hasta El Cairo. Allí tomareis un autobús de línea hasta el aeropuerto de Taba, cerca de la conjunción de las fronteras con Israel, Jordania y Arabia Saudita. Luego una avioneta os llevará a Kuwait.

—¡Qué paliza!

—Pide treinta mil Libras, unos cuatro mil euros.

—¡Vaya con el marchante!, ¿le parecen bien cheques de viaje?

—Seguro que sí. En marcha, tenéis que salir dentro de media hora, Johnny os está preparando comida para el viaje. Bajadme las mochilas ahora.

Cinco minutos después, le entregaban las mochilas y Natalia agarraba a Miguel por la mano para llevárselo a su habitación.

SAQR las dejó en la Terminal de autobuses Sinaí en El Cairo, a las ocho y media de la mañana. El autobús de la East Delta, que las tenía que llevar salía a las nueve para Riyadh, vía Nuweiba y Aqaba.

Les había escrito en un papel dónde tenían que bajar y el nombre del piloto. Pero en principio éste las esperaba en la parada para llevarlas él mismo hasta la avioneta.

Se habían despedido de todos antes de esconderse en el coche, camufladas por el grupo. Los únicos que parecieron tristes fueron Lennon y Samy. Guido estaba encantado porque Samy le había prometido que a la mañana siguiente repararían las viejas placas solares de producción eléctrica y el motor de la bomba de circulación del calentador térmico solar. En cuanto a Miguel, estaba en un mundo de confusión debido al estado de cansancio en el que lo había dejado Natalia.

A las nueve de la noche, con los últimos rayos de sol muriéndose a su espalda, el todo terreno de la expedición de Eve se alejaba por la pista de arena. Zi y Natalia se quedaron tumbadas en la parte trasera hasta que las construcciones desaparecieron en el horizonte, tragadas por la luz de la noche.

Natalia se durmió enseguida, cansada y rendida. Zi miró el paisaje nocturno, sumida en sus pensamientos, mientras Johnny, que conocía las pistas como la palma de su mano, conducía a buena velocidad, concentrado y atento. El único problema del desierto era que saliese algún animal delante de las ruedas. La visibilidad era extraordinaria, el coche llevaba, además de los faros y las largas normales, cuatro proyectores anclados en la parte frontal de

la baca, que iluminaban tanto que se veía mejor que de día.

A las once y media, Johnny aparcó el coche en algún lugar del desierto, al borde de la carretera entre Siwa y Bahariya.

—Hemos llegado. Aquí tenemos la cita con Saqr —dijo Johnny.

—¿Dónde estamos? —preguntó Natalia, que acababa de despertarse.

—Esto es el rincón del viejo Mustafà. Nadie sabe cuántos años lleva aquí. Los viejos de Siwa dicen que ya era así cuando ellos eran pequeños.

—¿Y qué hace aquí en medio de la nada?

—Cuida de los viajeros. Vamos a comer lo que he traído mientras llega Saqr.

Bajaron y rodearon una vieja casa. Allí, mirando al desierto, se encontraba un anciano sacado de otra época, vestido de negro y cuidando de una pequeña hoguera, acompañado por otros ancianos vestidos de igual manera. Esto les recordó otra ocasión, también en el desierto, al llegar a Siwa. Debía de ser una costumbre... Se sentaron a cenar, Johnny habló con el anciano y le dio una bolsa que traía con él. Saqr llegó un poco más tarde, y se sentó con ellos a compartir la cena. La hoguera dibujaba un vacilante círculo de luz al que se acercó una pareja de indecisos fenecs, los pequeños zorros del desierto de orejas puntiagudas, a robar algunos restos que el viejo les arrojaba, bajo las miradas atónitas de Zi y de Natalia.

Un poco después de medianoche, pagaron a Saqr lo convenido, se despidieron de Johnny, y subieron a un Hummer H2 SUT plateado, completamente equipado. Si el viejo todo terreno de Eve tenía proyectores que iluminaban como si fuese de día, el Hummer de Saqr parecía un OVNI, siete proyectores, cuatro delante y uno en cada costado restante, permitía ver al menos a ciento cincuenta metros a la redonda.

A las tres de la mañana, al llegar al oasis de Bahariya, Saqr se desvió hacia Sáhara Beda para recoger una caja de madera con forma de ataúd, que unos hombres depositaron con cuidado en el cajón trasero del pickup, amarrándola con correas y sogas y luego tapándola con una lona.

Saqr dio media vuelta y después de volver a Bahariya tomó la dirección de El Cairo, cuatrocientos veinte interminables kilómetros de desierto. Por la manera en que conducía, Saqr debía de conocer bien la carretera. Su concentración era tal que no pronunció más de veinte palabras en todo el

viaje.

EL modernísimo autobús de la East Delta se paró unos minutos en Suez. Estaban cansadas y habían dormido todo el tiempo que duraron los ciento treinta kilómetros de recorrido por la King Khaled Motorway.

Al poco rato prosiguieron su camino cruzando el Canal de Suez por un túnel, tomando la carretera del desierto, hacia el Sinaí. No tardaron en divisar a lo lejos el solitario aeropuerto de El-Sharqi, en medio de un valle de arena rodeado de desérticas formaciones rocosas.

Natalia seguía durmiendo a ratos, mientras Zi contaba las torres de alta tensión que les acompañaban por la izquierda desde que habían cruzado la carretera 33. No había nada más interesante que hacer, como no fuese contar las piedras, pero había demasiadas. Más tarde cruzaron un enorme río seco y la carretera 311. No se veía ni un alma, y pocos eran los coches que se cruzaron. La sensación de soledad y quietud dejaban un sentimiento encontrado, entre angustia y paz.

El chofer paró unos segundos en Qalet El-Nakhi, seguramente por motivos personales. Un pueblo en el cruce de varias carreteras, totalmente asfaltado, una mancha negra en el desierto. Al poco rato se volvieron a poner en marcha.

Las torres de alta tensión que habían desaparecido por la derecha, pocos kilómetros antes de Qalet El-Nakhi, les volvieron a hacer compañía al salir del pueblo. El autobús seguía su marcha por las interminables y aburridas rectas del desierto. Pasaron delante de Thamad sin detenerse.

Pocos kilómetros después de dejar atrás la carretera 37, el chofer paró el autobús y les hizo una señal indicándoles que habían llegado a su destino, a la

vez que bajó para sacar las mochilas del maletero. A su derecha, en medio de la desértica llanura, bajo el implacable sol de las dos de la tarde, se extendía el gran aeropuerto de Taba International, construido durante la ocupación del Sinaí por Israel, después de la Guerra de los Seis Días, y recuperado por Egipto en 1982.

Un hombre de unos treinta y muchos años, alto, delgado y rubio, de marcados rasgos anglosajones, bajó de un viejo Nissan Patrol de los años ochenta. Llevaba un vaquero nuevo pero viejo, y una camiseta blanca, demasiado planchada.

—Hola, soy Hassân —les dijo cogiendo las mochilas de las manos del chofer para cargarlas en el Nissan.

Al ver la cara que ponían aclaró:

—Mi padre es egipcio, pero mi madre es escocesa, y yo me he educado en Inglaterra.

—¡Ha quedado claro! —le dijo Natalia, mirándole con interés. Miguel ya formaba parte del pasado.

—¡Perfecto!, subid al coche, vamos a dar un paseo por el cielo.

UNA hora más tarde sobrevolaban a unos tres mil quinientos pies y a trescientos cincuenta kilómetros por hora el Golfo de Aqaba supuestamente dirección Riad. Por lo menos éste era el plan de vuelo que Hassân había dado en la sala de control del aeropuerto de Taba International. Los dos motores del Cessna 421C de 1980 ronroneaban suavemente. Este modelo estaba presurizado, dando un perfecto confort a sus pasajeros.

La vista era espectacular desde arriba, un continente desértico y ocre, atravesado por el dedo azul del mar.

—De aquí a una hora llegaremos a la altura del oasis de Tayma, bajaremos a ciento sesenta pies, unos cincuenta metros, para estar fuera del alcance de los radares. A partir de allí cambiaremos de dirección para ir hacia el este, Kuwait, y reduciremos la velocidad a doscientos cincuenta. Sobrevolaremos el gran desierto de Arabia Saudí durante unos quinientos kilómetros y luego sólo nos quedarán cuatrocientos para llegar a nuestro destino.

—¿Y en horas cuanto tiempo nos queda? —preguntó Zi.

—Si todo va bien, unas cinco horas.

—¿Cómo que: “si todo va bien”? —dijo Natalia.

—Si no se nos incendia un motor, o nos alcanza un misil tierra aire, o me da un infarto, o un desmayo...

—¡Qué gracioso!

Efectivamente cuando llegaron a la altura del oasis de Tayma, Hassân inclinó el morro de la avioneta hacia abajo y descendieron a ciento sesenta pies. A pesar de que la avioneta estuviese presurizada los oídos de Zi y

Natalia sufrieron.

—Ya está, cincuenta metros de altura. Allí delante empieza el desierto de verdad, las dunas hasta el horizonte.

—¿Estás seguro de que estamos a cincuenta metros?, a mí me parece menos —dijo Natalia.

—Siempre parece menos, mira el altímetro.

—¿Está bien?

—Perfecto.

Las dos se prepararon para dos horas de travesía. Al principio era bonito e interesante, pero al cabo de un rato ya era un aburrimiento ver siempre lo mismo, dunas y dunas hasta donde se perdía la vista

—¡Mira! Una nube igual que la de la película de la momia —dijo Natalia, indicando un lugar a su derecha donde una especie de chimenea de arena se levantaba de las dunas y volvía a caer, creando una silueta en movimiento igual de alta que un edificio y que crecía por momentos.

—¡Mierda! —dijo Hassân, que se había vuelto bruscamente para mirar donde indicaba Natalia.

—¿Qué pasa? —preguntó Zi.

—Es raro que ocurra, y no suele ir más allá de lo que estás viendo, pero hay que tener cuidado, a veces se disparan y se extienden sobre kilómetros, puede ir muy rápido.

—¿Cómo ocurre?

—Se trata de un sobrecalentamiento del suelo. Como no hay humedad para retener las partículas de arena entre sí, el calor las levanta y las dispara hacia arriba, cuando llegan a cierta altura se enfrían y vuelven a caer. Esto mismo es lo que estáis viendo ahora.

—Es bastante impresionante, parece de verdad una momia gigantesca en movimiento —dijo Zi.

—El problema es que a veces provocan corrientes de aire horizontales y entonces todo se desboca rápidamente. Esta es pequeña y está relativamente lejos, pero la tendremos vigilada por si acaso.

—¿Cuánto tiempo dura?

—Es difícil saberlo, a veces minutos, otras semanas.

—O me equivoco o esto tiene mala pinta —dijo Natalia.

—Está creciendo a gran velocidad, larguémonos de aquí antes de que sea peligroso —dijo Hassân dándole más gases a la Cessna—. Prefiero no correr riesgos. Si nos envuelve, se nos pueden ahogar los motores por la arena en los filtros del aire.

Alejandría La noche anterior.

EL restaurante de la terraza superior del Sofitel Cecil Alejandría estaba bañado por la luz de la luna. Los maître y los camareros, tiesos como unas perchas, se movían como anguilas entre las mesas elegantemente servidas. El ambiente era distendido y animado. Alguna mesa de occidentales estirados, destacaban por su discreción excesiva. En una esquina que daba a la Corniche, con vistas al Quait Bey, dos hombres cenaban tranquilamente. Uno de ellos mantenía una conversación por su teléfono móvil, con una sonrisa irónica en los labios.

—Sé que es tarde Monseñor, pero pensé que lo que tenía que contarle le interesaría.

—Espero que así sea, me has sacado de una importante reunión. Intenta ser breve.

La voz de Monseñor Giovanni Licciardi Casamento sonaba, molesta, impaciente y nasal. Bratti se daba perfecta cuenta de que le había interrumpido en un mal momento, y esto le producía un placer intenso. Dejó pasar unos segundos intencionadamente, saboreando su cigarrillo Toscanello al café, antes de seguir.

—Estoy cenando con un amigo común que he reencontrado por casualidad. O mejor dicho que me ha reencontrado “por casualidad”. Un viejo amigo que conocí en Irak, cuando hice mi cursillo de “misionero”: el profesor de arte, o en otras palabras, de tráfico de arte.

—Sí, estuve cenando con él la semana pasada y llegamos a un acuerdo,

sería bueno que nos ayudase en nuestra búsqueda. Tiene otros intereses, que convergen con los nuestros en algunos puntos. Es un hombre con muchos contactos, con las manos muy largas. Sabe todo lo que pasa en las antecámaras de la Casa Blanca, y aquí en oriente no sale una pieza de antigüedad importante sin que esté al corriente y se la hayan propuesto primero a él.

—Parece ser que tuvo un problema hace cuatro años con cierta caja y ciertos documentos, al igual que nosotros.

—Eran tiempos de guerra, había muchas personas implicadas en este juego.

—Creo haber entendido que seguimos los mismos en la carrera, Monseñor.

—No me hagas perder el tiempo, Paolo. Ve al grano por favor.

—Solamente quiero saber dónde vamos y quiénes son. Se suponía que eran inofensivos y a mí me ha costado una baja y media. Creo recordar que los americanos tampoco se libraron. Aquí en Egipto tienen ayuda, se nos han escurrido entre las manos dos veces. Nuestro amigo común me dice que sabe que tienen que volver a Alejandría y que hay que esperarlos aquí.

—Confía en él, Paolo. Los caminos de Dios son infinitos. Tienes que saber que todo empezó aquí, en Alejandría hace más de dos mil años. Y con un poco de suerte, aquí acabará todo dentro de poco tiempo, con...

—Perdone que insista Monseñor pero me gustaría saber un poco más. Para cazar a una presa se obtienen mejores resultados cuando se conocen sus hábitos, costumbres...

—No quiero discutir contigo de esto. Sólo debes saber que son los herederos de un antiguo y poderoso linaje, y que están en posesión de un secreto que nos puede conducir a la ruina financiera y moral.

Bratti no contestó. Sabía que no serviría de nada insistir, Monseñor Licciardi le contaría sólo lo que quería, ni una palabra más, así que era mejor callar y esperar.

—Nuestro amigo te dirá qué hacer en su momento —prosiguió Licciardi—. Tienes que estar atento, es un hombre poderoso y astuto. No se mancha nunca las manos, nos necesita, pero nuestra causa no le importa. He llegado a un acuerdo con él, tiene los medios para obtener la información que buscamos, pero juega a dos bandas, e incluso más... Tengo que volver a mis

asuntos, estaremos en contacto.

Bratti apagó su móvil, el pseudo pontífice había colgado sin más epílogos.

El otro hombre había escuchado pacientemente toda la conversación, sonriendo y sin mostrar ningún signo de sorpresa o impaciencia. Les habían traído el segundo plato y había esperado educadamente a que Bratti terminara para empezar.

—Monseñor Licciardi confía mucho en Usted. Parece que es una fuente inagotable de información. ¿Quién nos dice que en estos momentos, nuestros amigos no están aquí en Alejandría llevándose lo que buscamos? —dijo Bratti tirando su Toscanello, a medio consumir al vacío, por encima de la balaustrada.

—Porque una parte de ellos está escondida cerca del Oasis de Siwa esperando a que los americanos dejen de buscarlos. Y las dos chicas, a estas horas, están en medio del desierto, de camino a Kuwait, vía El Cairo.

—¿Y no sería interesante secuestrar a los que están en el Oasis para chantajear a los demás?

—Es totalmente imposible, están protegidos por los zaggâlah de una de las familias más poderosas del Oasis. Son guerreros profesionales y especialistas del desierto. Perderían la vida antes de dejar que se los quitemos. Si hiciésemos algo así, sabrían enseguida que la información viene de mí y perderíamos toda fuente de información futura. Ya no me podría acercar a ellos como lo puedo hacer ahora.

—¿Puedo saber qué van a hacer en Kuwait?

—Van en busca de algo que ya no está allí desde hace mucho tiempo, igual que han estado en El-Maraki, en Siwa. Están en posesión de una información que yo poseo en parte, y que saben descifrar. Todo esto es nuevo para ellos, van dando palos de ciego, pero se están acercando al tramo final...

—Si sabe tanto, ¿por qué no actuamos ahora en Alejandría?

—Porque ésta es la parte que me falta. Mi información es incompleta. No he conseguido saber más. Hace más de dos mil años un emperador fue enterrado aquí, en un fastuoso santuario. Se supone que lo que estamos buscando está junto a su momia y...

—¿Se refiere a la caja con los documentos que busca la CIA para el

presidente de los Estados Unidos?

—No, eso es lo que le interesa a la Iglesia, y no sé dónde está ahora, lo que yo busco no estaba dentro de la caja, pero ellos deben de tener la información, y seguramente ni se dan cuenta. Hay un hombre que sabe mucho, un hombre implicado en esto desde hace tiempo, alguien muy cercano a los padres de los chicos, pero a pesar de mis esfuerzos a lo largo de estos años, nunca he conseguido saber quién es.

—¿Y por qué no se lo preguntamos a los padres?

—Esto ya se ha intentado, pero no hemos conseguido nada.

—Tal vez si yo...

—Ya es tarde. Hace cuatro años organizamos una operación con el ejército americano, fue un fiasco. Secuestramos a los historiadores Zenatti, los padres de los chicos, atrayéndolos con la recuperación de la caja y los documentos. Se pusieron de camino al lugar de encuentro, pero alguien se adelantó y se hizo con el botín. Les dimos alcance y recuperamos todo. Los componentes del comando tenían órdenes estrictas, fue una masacre, no dejaron a nadie vivo, salvo el jefe, que se escapó. Luego la caja y los Zenatti fueron trasladados a la cárcel de Abu Ghraib^{[[32]]} situada a unos veinte kilómetros de Bagdad, en la provincia de Al Anbar, en la antigua carretera de Jordania.

—¿Entonces dónde está la caja? —preguntó Bratti, recordando aquel día en el desierto de Irak cuando, después de haberse apoderado de la famosa caja, se la arrebataron salvando él mismo el pellejo de milagro.

—Allí está el problema, después de cinco semanas de durísimo interrogatorio, los Zenatti y la caja desaparecieron.

—¿Cómo qué desaparecieron?

—La corrupción en Irak estaba en su apogeo. Aprovechando un traslado de prisioneros especiales a otras cárceles en Rumania, Ucrania, Kosovo, Macedonia, Bulgaria o Guantánamo, los evacuaron. Su destino era la base militar Mihail Kogalniceanu, en Rumanía, en la costa del Mar Negro, pero nunca llegaron.

—¿Y esto es todo? ¿Los yankees se quedaron de brazos cruzados?

—No exactamente. Sabemos que el avión que los llevaba se desvió hacia Siria y aterrizó en el aeropuerto de Beirut International dos horas y media

después. Encontraron al piloto amordazado en la parte trasera del avión; el copiloto, los catorce prisioneros y carceleros habían desaparecido. Era un avión militar con personal militar.

—¿Nadie se dio cuenta de que no se dirigían a Rumanía?

—La primera parte del vuelo se hizo en la misma dirección. Después sobrevolaron Siria, que se regodeó en dejarlos pasar sin informar. Fue Israel, el perrito faldero de Estados Unidos en la zona, quién captó algo anormal en sus radares y avisó. Pero ya era tarde, mientras la maquinaria se ponía en marcha, todo había acabado.

—¿No se sabe más?

—No mucho. Un Jet privado llevó una caja a París. Llegamos al aeropuerto de Orly, tres cuartos de hora tarde. La caja ya había sido recogida. No hubo manera de saber nada. Los Zenatti, los demás prisioneros y miembros de la tripulación, se habían esfumado. El silencio más absoluto. Se los había tragado la tierra. Ni siquiera sabemos si iban en el avión con la caja.

—¿Cómo se puede llegar a esto?, habrán dejado alguna pista.

—Hubo mucho, muchísimo dinero en juego, en esa operación, suficiente para comprar el silencio del más locuaz. Los Zenatti salieron bastante tocados. La mujer perdía el conocimiento constantemente, y se había encerrado en su mundo interior. Él era más fuerte, pero la CIA es muy sádica en esto de los interrogatorios y tiene mucha experiencia de la época de la guerra fría. Tenían carta blanca por parte del gobierno. Lo importante eran los resultados, no los medios utilizados.

—¿Los torturaron?

—Sé que usaron drogas muy potentes como la escopolamina^{[[33]]} y el tiopentato de sodio^{[[34]]} que permiten penetrar la barrera hematoencefálica más fácilmente, pero causan alteración del sistema nervioso central. Son lo que se llama el suero de la verdad, que pueden causar graves secuelas en el sistema nervioso.

—Recuerdo el escándalo de la Operación MK Ultra^{[[35]]}.

—Es posible que no hayan sobrevivido, por lo menos como personas.

—¿Existe alguna razón por la que se haya esperado cuatro años para ocuparse de los hijos?

—Sabíamos que estaban deliberadamente apartados del tema por los

padres, para que no corriesen riesgo. Pero había algo que no cuadraba. Los Zenatti son personas con un alto cociente intelectual, y no me cabía en la cabeza que no hubiesen pensado en un final como éste; tenían que haber dejado alguna pista a sus hijos. Investigué personalmente pero no encontré nada. No me fue posible acceder a su caja fuerte. Así que se me ocurrió hacer un experimento. Cuatro años después, cuando todo parecía perdido, el experimento ha dado resultado. Están rastreando la pista. Nos acercamos a la meta.

—Esperemos que así sea —concluyó Bratti.

Bratti conocía bien al hombre que estaba sentado frente a él en la mesa. Sabía que no solía hablar tanto. El hecho de que hoy lo hubiera hecho con tanta soltura sólo podía significar una cosa: no pensaba dejarlo vivo después de conseguir lo que quería.

LA Cessna iba a toda máquina, perseguida por un muro de arena que se hacía cada vez más alto y ancho desbordándose hacia su derecha.

Era sorprendente ver lo despejado y limpio que estaba el paisaje delante, y echar una mirada hacia el costado derecho para no ver más que una gigantesca nube dorada que se iba comiendo todo a su paso.

—Nos estamos distanciando —dijo Natalia.

—Sí, pero nos está empujando hacia la frontera iraquí.

—¿Esto es malo? —preguntó Zi.

—Volamos muy bajo. Si nos encontramos con una patrulla fronteriza, norteamericana, iraquí o saudí, les parecerá raro y darán la alerta.

—¿No hay otra solución?

—Subir a diez o quince mil pies, para pasar por arriba, pero entonces el mosqueo será general, saudí, iraquí y kuwaití. Prefiero evitarlo en la medida de lo posible. Porque nos obligarán a aterrizar en el primer aeropuerto y nos harán un montón de preguntas.

—¿Estás yendo demasiado a la derecha, o es una impresión mía? Me parece que por este lado, la tormenta de arena está más cerca —dijo Zi al cabo de un rato.

—Hay una vieja pista salvaje a diez minutos de aquí. La utilicé hace algunos años, vamos a ver en qué estado está.

—¿y si está tan mal, que no se puede aterrizar?

—En principio está mantenida, no os puedo explicar ni por qué, ni por quién, pero si hay algún problema, siempre nos quedarán las otras dos opciones. De momento parece que somos más rápidos que ella —dijo

señalando la tormenta a la que se estaban acercando deliberadamente.

Los diez minutos siguientes se hicieron en el más absoluto silencio, hipnotizados por la nube devoradora de desierto, que se acercaba inexorablemente.

—¡Aquí está! —exclamó Hassân—. Voy a hacer una pasada lenta bordeando la pista para ver en qué estado está.

Hassân quitó gases y la avioneta sobrevoló con poca velocidad toda la pista de tierra, a unos diez metros de altura.

Al terminar la pasada de inspección, Hassân metió gases y tomó un poco de altura.

—Cuéntanos, ¿Qué hacemos?, ¿bajamos o nos vamos? —preguntó Zi nerviosa—. La tormenta se nos echa encima.

—Bajamos —dijo Hassân iniciando un movimiento de giro con la avioneta—, hay un socavón a tres cuartos de pista, hacia el costado izquierdo, pero sabiéndolo no es peligroso. Lo demás parece en bastantes buenas condiciones.

Hassân bajó el tren de aterrizaje y alineó la avioneta con la pista iniciando su maniobra de descenso. Unos segundos después las ruedas tomaron tierra con dos pequeños botes que sacaron unas nubecitas de polvo en el suelo. Llevó la avioneta hasta el final de la pista, la puso de morro hacia la tormenta y bloqueó las ruedas, recogiendo los flaps.

—Rápido vamos a ponerle los pijamas —dijo abandonando su asiento y dirigiéndose hacia la puerta.

Recogió unas lonas en el cofre de la parte trasera y bajó seguido de Zi y Natalia. Les recibió el calor seco, asfixiante y el olor a arena seca del desierto. La tormenta estaba cerca y se acercaba peligrosamente. Se empezaban a sentir la brisa y algunas partículas. Le ayudaron a atar las lonas alrededor de los motores para impedir que se llenaran de arena. La segunda les costó, el viento ya se hacía fuerte y era cada vez más difícil sujetar la lona mientras la ataban.

—¡Todos arriba! —les gritó Hassân.

Una vez en la seguridad de la cabina vieron cómo la penumbra caía sobre ellos, escondiendo el círculo dorado del sol. Eran las siete de la tarde.

—¿Y ahora qué? —preguntó Natalia.

—Ahora toca esperar. En el mueble bar hay bebidas y comida para tres o cuatro días.

—¡Tres o cuatro días! ¿Y pipí? —preguntó Natalia.

—Detrás del último asiento... Sí, esto... Levanta la tapa. Es un water químico que he hecho instalar.

—¡Qué intimidad!

—Es para casos de emergencia, o cuando tengo que dormir en la avioneta, en alguna misión especial.

—Está bien, daos la vuelta y tapaos los oídos...

—¿CÓMO va todo por Washington, Albert?

—Ahora estoy en Virginia, he tenido que volver a Langley^{[[36]]} para un asunto de segundo orden, pero que requería mi presencia. ¿Cómo va lo nuestro? —contestó amigablemente Albert Wineski.

—Bien, ayer cené con las fuerzas especiales del Vaticano.

—¿Y cómo se encuentra nuestro amigo Paolo Bratti?

—Como siempre, es una pena que no quisiera firmar con nosotros después de su formación. Me entristece tener que separarnos de él cuando acabe este asunto.

—Recuerda que hemos decidido eliminar todos los hilos que puedan conducir hasta nosotros.

—Soy plenamente consciente de ello. El Vaticano puede ser igual de peligroso que la CIA y la NSA juntas. Cuando hayamos obtenido lo que queremos, habrá que desaparecer de la faz del mundo. Por lo menos hasta que nuestro querido presidente termine su mandato y haya perdido sus poderes supremos. Luego será el dinero el que mande, y muchos de los que les apoyan ahora les darán la espalda para pegarse a nosotros.

—¿Tienes noticias?

—Para eso te llamaba. Uno de mis “proveedores” me ha informado de que los chicos se encuentran cerca del Oasis de Siwa protegidos e intocables. Las dos chicas están de camino a Kuwait...

—Pero, sabemos que allí no hay nada.

—Tranquilízate Albert, llevamos muchos años esperando, qué más da unos días más. Ahora mismo deben de estar sobrevolando el desierto Saudí.

Como mucho en cuarenta y ocho horas estarán de vuelta a Alejandría. El piloto no está enterado de nada, pero tiene orden de llamar en cuanto las haya depositado en tierra.

—Bien. Tú llevas este asunto desde el principio, no te voy a discutir nada. Todavía recuerdo la primera vez que hablamos, en 1991, cuando recuperamos aquellos documentos durante la Guerra del Golfo —contestó Wineski.

—Documentos que sólo tienen interés para la Iglesia...

—Pero esto no lo sabe la S.A.B. Es la razón por la que siguen en la carrera y nosotros podemos utilizar los medios que ponen a nuestra disposición.

—Volvamos al tema que nos interesa. Llama a tus especialistas y diles que vuelvan para Alejandría. Acorralando a los chicos, lo único que van a conseguir es crear dificultades y retrasarnos. Incluso puede que los guerreros del oasis los eliminen y de momento los necesitamos. Aunque si pienso en Abie Brown y Dennis Young, me daría igual, son dos psicópatas peligrosos. Sigo sin saber por qué los has metido en esto.

—Ya te lo he dicho, son despiadados, los necesitarás en su momento. Frank Bowell es más profesional, y demasiado humano. No es de los nuestros, en la CIA nunca nos han gustado los de la NSA.

ZI se despertó, el aire de la cabina era pesado, húmedo, asfixiante y enrarecido. Estaba bañada en sudor. Miró su reloj, eran las tres de la madrugada. Algo la había despertado. Natalia no roncaba... Hassân estaba tumbado en uno de los asientos junto a ella, perlas de sudor se paraban brillando en su frente antes de huir dejando una huella húmeda en su piel.

La avioneta ya no se movía, no se oían las ráfagas de arena golpear el fuselaje. La tormenta había pasado. Después de ocho horas volvía la calma. Despertó a los demás.

—Todavía no podemos salir; hay que esperar a que todo el polvo se pose para estar seguros de que ha terminado de verdad. No vaya a ser que sólo sea un agujero de tranquilidad —dijo Hassân.

Tardaron una hora más en ver el aterciopelado cielo estrellado del desierto.

—¿Ya podemos salir? —preguntó Zi.

—Sí, parece que ya ha pasado todo.

Hassân abrió la puerta y salieron de la humedad concentrada de la cabina a la noche fría del desierto, que les pareció lo mejor del mundo.

—Dentro de una hora amanecerá y podremos seguir. Vamos a verificar el estado de la avioneta.

La arena se había amontonado contra las ruedas y en los ángulos de la carrocería. Entre los tres cepillaron el fuselaje con las manos hasta dejarlo limpio. Luego quitaron las lonas que protegían los motores. El polvo se había colado por todas partes, pero lo grave se había evitado. Hassân desatornilló los protectores y desmontó los filtros de aire para sacudirlos.

—Están bien, no habrá problemas para arrancar. Tengo que verificar todos los mandos del timón y de los flaps.

Hassân subió a la cabina y unos minutos después los dos motores rugían cargando los circuitos de presión de los mandos. Hizo las pruebas de comprobación, todo estaba correcto. Al cabo de diez minutos la cabina estaba ya fresca gracias a la climatización. Apagó y salió.

—Todo está en orden. Vamos a verificar el estado de la pista, si hay acumulaciones de arena habrá que esparcirla, si no puede ser peligroso, podríamos plantarnos.

Al ser completamente plana, la pista había retenido poca arena. La fina capa que la recubría no representaba ningún peligro para el despegue.

Media hora más tarde habían reanudado el viaje interrumpido. La avioneta iba al encuentro del sol naciente, que ya se vislumbraba al este, frente a ellos.

A la hora, cruzando la frontera aérea de Kuwait, Hassân tuvo que ponerse las gafas de sol, la luz era tan potente que le dolían los ojos.

Dos horas más y aterrizaban en el aeropuerto de Kuwait Internacional. Un oficial de servicio vino a recogerlos y rellenaron los formularios de entrada para el visado en una pequeña oficina anexa. Eran las ocho de la mañana.

—¿Qué vais a hacer ahora? —les preguntó Hassân.

—Un poco de turismo —contestó Zi sonriendo.

—Yo voy a aprovechar que estoy aquí para contactar con algunas personas que hace tiempo que no veo.

EL ferry Ikarus acababa de atracar en el pequeño puerto de la isla de Failaka. Zi y Natalia bajaron rápidamente al muelle antes de que los coches empezasen a desembarcar. Aquello era deprimente. Un islote polvoriento, sin ningún relieve, bajo un cielo de plomo y un mar de acero. El punto más alto no debía de pasar los tres metros. Era como un viejo trozo de madera flotando en una charca de agua estancada. Muchas casas destruidas durante la guerra del golfo seguían allí, con sus tripas al aire y sus impactos de balas en las paredes blancas.

El calor era insoportable, debía de rondar los cuarenta grados a la sombra, con una humedad del cien por cien. Tenían los vaqueros y camisetas pegados al cuerpo.

Un enorme cartel pintado a mano representaba la isla con los sitios a visitar, sin lugar a dudas la única oficina de turismo del lugar.

El taxi les había conducido rápidamente, por la 5th Ring Road, desde el aeropuerto al barrio de Almiya, cerca del Scientific Center, donde se encontraba el muelle del ferry, en Ras Al Ard. El taxista les explicó, en un inglés más que correcto, en qué lugar tenían que tomar el ferry, que se llamaba Ikarus en honor a la colonia griega fundada para Alejandro Magno por su general Nearco. Les había recomendado el Hotel Ikaros en Failaka, totalmente renovado, con piscina, playa..., tenían bicicletas a disposición de los clientes que querían recorrer la isla tranquilamente. Les habló de las ruinas del sector de Tell Sa'aid, a la derecha del puerto, la colonia griega, el templo a Artemis, el Museo Nacional, pero no conocía el emplazamiento de Al-Qousur, en el centro de la isla, donde apareció la iglesia del siglo VI. Algo

había oído, pero no era importante, cuatro piedras en medio del árido campo, cerca de un aljibe de riego.

Zi y Natalia estuvieron vigilando todo el trayecto. Por mucho que mirasen no detectaron nada anormal. No parecía que las estuviesen siguiendo.

Llegaron al hotel Ikaros extenuadas, deshidratadas y polvorientas. Una pequeña puerta rodeada de un inmenso marco, todo de madera, les abrió paso a un patio interior al que daban todas las habitaciones. Era amplio y rústico, con sus paredes blancas y sus vigas de madera que sostenían el pasillo exterior que recibía las puertas de arriba, formando un pórtico. Al fondo a la derecha, una escalera en espiral permitía subir al primer piso. Unas lonas tendidas de lado a lado, atadas a la barandilla, repartían sombra a las losetas de barro del suelo y a dos carretas de madera que reforzaban la decoración rústica, desmantelada por unas sillas y mesas de plástico blancas. Cuatro plantas que no deseaban estar allí, sufrían en unas tinajas de barro, aquí y allá.

Por fin las instalaron en una habitación doble con cuarto de baño. La única decoración de las paredes blancas eran unas fotografías de los Jeques de Kuwait sobre cada cama a modo de crucifijo, y un espejo sobre una mesa al lado del televisor.

—Ya son las once de la mañana. Nos damos una buena ducha fría y comemos algo, yo estoy desfallecida —dijo Zi.

—Me parece una excelente idea. ¡Yo primero! —contestó Natalia corriendo al baño.

Desde la salida de Siwa y la cena en el desierto con el viejo de la hoguera, sólo habían tomado un sándwich en la avioneta, y un café de máquina esta mañana en el aeropuerto. Era poco para tantas emociones.

La cocina todavía estaba cerrada, pero como había pocos clientes, les hicieron unas brochetas de cordero con couscous y tabule, que les supo a gloria.

Llamaron a Miguel. Ya estaban de vuelta en Alejandría. El día anterior, hacia media mañana, Mahmud había venido a buscarlos. Sus hombres les habían escoltado hasta el final del trayecto, el hotel Unión, donde se quedaron dos zaggâlah haciendo guardia. Samy había devuelto el material a la expedición y había regresado con ellos, se tomaba muy en serio la

responsabilidad que Zi le había encomendado.

Después de comer llenaron una pequeña mochila de paseo con los artefactos comprados en Venecia, las pistolas que seguían en su bolsa de plástico hermética, y tres grandes botellas de agua mineral heladas. Se habían untado de protección solar hasta las orejas.

El hotel les dejó unos sombreros de paja, unas toallas de baño con publicidad y unas bicicletas ultra modernas, con miles de marchas y de mandos en todo el manillar y los puños.

—Yo sólo tengo el carné de coche, el de bici aeroespacial no me lo he sacado —dijo Natalia sentada en el sillín mirando preocupada todas las palancas.

El recepcionista les explicó el funcionamiento y se fueron hacia la salida del pueblo.

Unos minutos después estaban en la polvorienta carretera de la costa norte.

—¿Queda mucho? —preguntó Natalia.

—Según lo que Guido calculó en el mapa, unos ocho kilómetros. Tenemos que seguir hasta el final de esta carretera, que son seis kilómetros y luego nos quedarán dos y pico por senderos.

—Ya tengo el culo destrozado. ¿Por qué no harán unos sillines más anchos?, esto es una tortura. Nunca he entendido esas tías que se pasan horas montadas en las bicicletas estáticas de los gimnasios, machacándose el trasero, debe de ser que les gusta, seguro que tienen callo...

—¡Deja de protestar! acabamos de salir, te acostumbrarás.

Natalia se concentró en las marchas y siguieron pedaleando sin hablar un buen rato.

—Deberíamos de haber alquilado unos scooters...

—¡Deja de protestar!, ya llevamos hecho la mitad del trayecto. Reserva tus energías para los senderos.

A la una llegaron a una base militar. Debía de ser la hora de comer, no se veía ni un alma. La rodearon discretamente, a partir de allí todo era desolación, arbustos, piedras y polvo.

—**QUÉ** desolado está esto. Tenía razón el taxista, aquí sólo hay cuatro piedras —dijo Natalia.

—Deja de quejarte. El GPS dice que las coordenadas del punto del Mapamundi están aquí.

—Los restos de la iglesia están a más de cien metros a la derecha, en este emplazamiento sólo hay tierra y esta especie de depósito de agua con un pozo medio derruido.

—El taxista habló de un aljibe de riego, vamos a ver el pozo.

—Hace un calor tremendo, hasta los insectos están durmiendo la siesta —dijo Natalia sacando una botella de agua.

Zi se acercó al depósito. Era como una piscina en altura con restos de agua estancada, el fondo estaba lleno de plásticos y desechos. Una construcción de piedra y barro, reforzada con mortero. Pegado a una de las esquinas, las paredes de un pozo ovalado subían hasta el borde de la alberca. Los restos de la rueda de una noria de agua colgaban medio caídos en el interior. Subieron y se asomaron al pozo. Una piedra se desprendió y cayó en el oscuro interior. Sonó un ruido metálico cuando rebotó en la estructura de la noria, antes de terminar su trayectoria en el agua.

—Qué asco, está lleno de escombros, plásticos y vete a saber qué más. Huele a desagüe —dijo Natalia.

—Vamos a bajar.

—Ni hablar, yo no me meto ahí dentro ni loca.

—Tiene mejor pinta que San Marcos —se burló Zi.

Zi bajó al suelo, tumbó las bicicletas y las cubrió con ramas viejas y

plásticos. Luego volvió a subir con la mochila en la mano.

—Yo voy a bajar, toma la mochila, luego me la pasas. Te puedes quedar aquí a montar guardia. Si me pasa algo me puedes ayudar —dijo Zi colgando una linterna sumergible del cinturón de su pantalón.

Después de verificar la estabilidad de las piedras, Zi franqueó el brocal del pozo, y ayudándose de la estructura de la noria, bajó hasta el nivel del agua, cinco metros más abajo.

—Natalia, pásame un palo para que pueda medir la profundidad.

Pero antes de que Natalia pudiese hacer nada, la estructura metálica donde había cogido apoyo, cedió. Instantes después estaba sentada en dos centímetros de agua.

—Déjalo, ya no hace falta. Intentaré no ahogarme. Si quieres puedes bajar, comunica con un aljibe y sólo hay porquería en la entrada.

—De acuerdo, coge la mochila.

Cuando Natalia llegó abajo, recorrieron el aljibe con mucha prudencia, tanteando el suelo con un palo y alumbrándose con las linternas. La profundidad del agua iba aumentando a medida que se adentraban en el depósito, y el olor a desagüe había dejado paso al de arcilla húmeda. El espacio era rectangular y parecía tener exactamente las mismas dimensiones que la alberca de arriba. Cuatro pilares reforzaban la parte central. La estructura era de bloques de piedra tallados, que encajaban perfectamente, sin fisuras.

—Esto no es un aljibe de riego, está demasiado bien hecho. No se tomarían tantas molestias —dijo Zi.

Llegaron a la parte del fondo. El agua les llegaba a media pantorrilla. Había una especie de cuba de unos ochenta centímetros de ancho por unos dos metros de largo, que partía desde el suelo, pegada a la pared y hecha con la misma técnica que el resto. Tenían que ponerse de puntillas para ver el interior. Rebosaba de agua.

—¿Y ahora qué? —preguntó Natalia.

—No lo sé, habrá que buscar una apertura, un pasadizo o algo parecido.

Volvieron a recorrer todo el perímetro del aljibe sondeando palmo a palmo las paredes y el suelo.

—Nada. Esto es desesperante —dijo Natalia.

—Consuélate, por lo menos aquí hace fresquito. Nos queda por verificar el fondo de la cuba.

—Cualquiera se mete a bucear aquí a dentro...

—Podemos vaciarla.

—¿Cómo? No tenemos cubo, y aun así tardaríamos horas.

—Creo que entre las porquerías tiradas en la alberca había una manguera de caucho negro, de esas antiguas. Voy a por ella.

—Voy contigo.

Al cabo de un rato estaban las dos de vuelta con unos cuatro metros de manguera negra quemada por el sol. Natalia dejó caer lentamente un lado de la manguera dentro de la fuente mientras Zi se disponía a aspirar con la boca el otro lado para hacer sifón.

—¿Qué haces?

—Voy a chupar para hacer sifón.

—¡Ni se te ocurra poner la boca allí, vete a saber qué mierdas tiene esto pegado!

—¿Y cómo piensas hacer, lista?

—Hay que ir metiendo la manguera en el agua, poco a poco, para que se vaya llenando completamente. Cuando ya esté totalmente sumergida, se tapa la punta que se va a sacar del agua, se lleva hasta el suelo, y se suelta.

Algunos minutos después el agua fluía de la vieja manguera negra con un buen caudal.

—¡Perfecto! Esto va a tardar un rato. Mientras tanto, vamos a visitar el yacimiento de Al-Qousur y la iglesia.

Estuvieron una hora mirando lo que se había excavado. No había nadie a la vista, ni turista, ni autóctono. Se veía que el yacimiento había estado en actividad hacía poco, pero era evidente que la temporada había acabado, seguramente a causa de los calores de julio.

Eran las dos de la tarde, hacía un bochorno y una humedad insoportables. Volvieron al frescor del aljibe.

—Ya queda poco. ¡Mira, hay un agujero en la pared del fondo, a ras del suelo! —dijo Zi.

—¿Cuánto medirá?

—No lo sé; depende de cuánta agua quede por salir. De momento sólo

debe de tener un metro de ancho por cincuenta centímetros de alto. Dame un palo.

Natalia recogió uno de los palos que les sirvió para sondear y se lo pasó.

—Quedan unos veinte centímetros por vaciar. Si esto es un pasadizo, cabremos de sobra.

Veinte minutos más tarde, Zi de cuclillas en el interior de la fuente intentaba ver dentro del hueco.

—Es como un pozo vertical, igual de ancho que la abertura. Pásame la polvera de protección cincuenta, con el espejo podré ver a dónde conduce.

Con una mano metió la polvera dentro del hueco orientada hacia arriba y con la otra introdujo la linterna y apuntó en la misma dirección.

—Es un pozo vertical cuadrado, bastante alto. A media altura hay un hueco. ¡Vamos!

—Nos vamos a tener que revolcar en el resto del agua para meternos ahí adentro —dijo Natalia.

—No seas pesada. Mira, tal y como estoy, me agacho un poco más, paso por debajo y...

Zi perdió el equilibrio y cayó de rodillas en el agua, apoyando las manos y sumergiendo la polvera y la linterna.

—¡Mierda, la polvera! —dijo, sacándola inmediatamente del agua.

—No te preocupes, los polvos son muy compactos, sacúdela un poco y pásamela. Gracias, ahora la seco y la guardo.

Zi aprovechó que ya estaba mojada para meterse en el pasadizo. Se puso de pie y alumbró arriba. Terminaba en una piedra lisa de una sola pieza, que tapaba el pozo. Unas espesas telarañas blancas colgaban de todas partes. Pero a medio metro sobre su cabeza la boca negra de un túnel se abría en la pared.

—Hay un hueco más arriba, pero no llego, está demasiado alto. Espera, hay hendiduras en la piedra del muro opuesto. Es como una escalera de agujeros. Voy a subir.

—¡Espera!, ¿qué hacemos con la mochila? —preguntó Natalia.

—La llevamos con nosotros, pásamela, me la pondré a la espalda. Y dame también el palo de antes que quite las telarañas.

Natalia hizo una mueca pero no dijo nada, le pasó la mochila y el palo, y esperó a que Zi empezase a subir para meterse ella también.

El hueco era pequeño y agobiante y daba acceso a un túnel. Hecho con la misma limpieza que el aljibe, ni una fisura. No se podía estar ni de rodillas y tenía una fuerte pendiente.

—Esto es estrecho y baja bastante. Creo que desemboca en otro pozo a unos veinte metros.

—Cuidado no te resbales y te caigas dentro.

—No, la pendiente es fuerte pero no tanto como para que nos resbalemos como en un tobogán.

Zi avanzaba, arrastrándose con prudencia, empujando la mochila delante de ella. Llegó al final del túnel. Un agujero que parecía un pozo se abría en el suelo. Apartó la mochila a un lado para llegar hasta él y enchufó la linterna.

—No es un pozo, es una pequeña sala de donde parte un pasillo —dijo Zi.

—¿Es muy alto?

—Allí está el problema, tiene bastante altura. Bajar no va a resultar un problema, ¿pero a la vuelta, cómo subimos?

—Una aupa a la otra y luego desde arriba nos cogemos de la mano y...

—Otra de tus películas. Espera, el hueco no está en el centro, sino en una esquina. En la pared hay hendiduras para los pies. Vamos allá —dijo Zi haciendo acrobacias para dar media vuelta y bajar los pies por delante.

Pocos instantes después estaban caminando por un estrecho pasillo de piedra, medio encorvadas por la poca altura. Una ligera pendiente las empujaba hacia adelante.

—¿Te has dado cuenta de que estamos bajando? —preguntó Natalia.

—Si, pero no soy capaz de apreciar cuánto. Cuando bajamos al aljibe, el pozo tenía unos cinco metros de profundidad desde el brocal, que se encontraba a metro y medio del suelo. Esto quiere decir que el piso del Aljibe está a tres metros y medio bajo tierra, que más o menos debe de ser el nivel del mar. Bajamos veinte centímetros más por el declive del suelo, recuerda cómo nos llegaba el agua a media pantorrilla. El fondo de la fuente era más profundo que el aljibe. Luego súmale dos metros para la entrada del tu...

—Para, que ya me he perdido. Resume.

—Pienso que estamos debajo del nivel del mar.

—¿Y?

—Nada, sólo es una observación.

Siguieron avanzando lentamente en línea recta por el pasillo, observando y tanteando las paredes, techo y suelo con el palo, por si surgía alguna trampa, pero todo estaba bien.

—Parece que estamos llegando al final, allí ya no se ven paredes ni techo, sólo oscuridad, y nada para reflejar la luz de la linterna.

—Vamos con cuidado —dijo Natalia con voz poco segura.

—**E**STO es inmenso, parece un laberinto.

Reinaba el mismo ambiente seco y templado que en la Casa del Persa, en Siwa. El mismo olor a arena seca. Habían llegado al final del pasillo. Desembocaba en una sala rectangular que a su vez daba a más salas. Cada pared tenía una o dos aperturas que daban a otra sala, que a su vez comunicaba con la que estaba a su lado de la misma manera. En una de ellas había una amplia escalera que terminaba en una pared de piedra y mortero, contrastando con las piedras talladas del resto de la construcción. Era evidente que la escalera había sido tapiada.

Contaron siete salas, incluida la del centro, por la que habían llegado.

—No hay nada, aquí también ha habido limpieza. Mira, las mismas marcas de roce de las barras de oro que en la Casa del Persa —dijo Zi.

—Es verdad, parece que aquí también ha habido tesoros escondidos. Hay huellas por todas partes. Pero la limpieza ha sido general, no quedan ni arcones vacíos, ni nada que pueda dar pistas de lo que ha habido, sólo las marcas y fragmentos de madera dispersos.

—Supongo que lo sacarían todo por la escalera tapiada de la sala del fondo. La concentración de las huellas es más importante allí. Todo esto es desesperante. Pensar que han secuestrado a mis padres por un supuesto tesoro que ya no existe...

—Tal vez les han sacado la información y lo han vaciado todo.

—¿Entonces por qué nos persiguen a nosotros? Además las huellas de plata están negras como en la Casa del Persa. Seguro que la limpieza data de la misma época que la de Siwa.

Natalia se quedó callada y pensativa.

—Vamos a dar una última pasada a todo esto, sacamos algunas fotos para los demás y nos largamos —concluyó Zi.

Estuvieron dos horas auscultando cada centímetro cuadrado, cada rincón, cada pequeña fisura entre las piedras del suelo.

—¡Rápido, ven! ¡Tengo algo! —gritó Natalia provocando un eco múltiple por las salas.

Zi se acercó corriendo. Natalia estaba de rodillas en el umbral de una de las aberturas de las salas. En un hueco entre las piedras del suelo algo brillaba. Con mucha paciencia, y la ayuda de astillas de madera, consiguieron sacar un pequeño objeto.

—¡Es un medallón de oro con piedras preciosas incrustadas! ¡Qué maravilla! —dijo Natalia.

—Aunque sólo sea por esto, ha merecido la pena venir.

—Toma guárdalo, es como un recuerdo de tus padres.

Zi sonrió con lágrimas en los ojos, lo guardaron en la mochila y siguieron la prospección.

Una hora más tarde, cuando estaban terminando su investigación, junto a la escalera tapiada, Natalia volvió a gritar.

—¡Aquí suena a hueco! Puede ser casualidad pero cuando he apoyado el palo en la pared, lo he dejado caer un poco bruscamente en el suelo, aquí junto al primer escalón, en la esquina. Escucha, dijo Natalia golpeando en el suelo en una piedra y en otra.

—Tienes razón, el problema va a ser sacar esta piedra.

Pero fue más fácil de lo que pensaban. La piedra sólo medía cuatro centímetros de espesor, y con la navaja consiguieron levantarla por un lado. Debajo había un pequeño hueco tallado en una piedra.

—¡Un pequeño recipiente de barro!

Natalia lo sacó y se lo entregó delicadamente a Zi. Era un pequeño tarro cilíndrico de cerámica vitrificada, con una tapa larga del mismo material en la parte superior. Una fina película de fieltro sobresalía de toda la circunferencia del cierre, como una junta.

Zi lo sacudió suavemente. Sonó a objetos metálicos que se entrechocaban con un sonido amortiguado.

—¿Qué hacemos? ¿Lo abrimos ahora, o nos los llevamos tal cual? — preguntó Natalia.

—No lo sé, tengo dudas. Al abrirlo podemos dañarlo, pero si nos lo llevamos, nos pueden pillar en el viaje de vuelta.

—No, si volvemos con Hassân.

—De acuerdo, vámonos, necesito ver la luz del sol. ¿Qué tal si contamos los pasos que hay hasta el aljibe, y luego los contamos fuera para saber en qué lugar se sitúan las salas? Como es en línea recta nos va a resultar fácil.

Y así lo hicieron, contaron ciento cincuenta pasos. La subida de la salita al túnel fue más difícil de lo que pensaban porque las hendiduras de la piedra eran pequeñas y los bordes redondos, se resbalaban. Por fin llegaron arrastrándose al borde del pozo. Allí se llevaron una sorpresa.

—Está lleno de agua —dijo Natalia que iba delante.

—Mierda, ¿cómo es posible?

—Ni idea, pero el caso es que se ha vuelto a llenar.

—Tendremos que volver a vaciarlo, no podemos mojar la mochila con el tarro dentro. Déjame pasar, bajo yo y pongo el sifón en marcha.

Natalia extendió la mano y metió la linterna en el agua.

—Está fresquita, casi templada. Voy yo, que se me dan mejor los sifones.

—¿Ya no te da asco?

—Está perfectamente limpia, con la linterna veo el fondo.

Natalia se quitó el pantalón, la camiseta y se quedó en ropa interior. Segundos después desaparecía por la apertura del fondo. Diez minutos más tarde ya se podía apreciar la diferencia de nivel. De pronto el agua se levantó, aparecieron la cabeza y los hombros de Natalia.

—¡Qué susto me has pegado!

—Lo siento. Se está mejor aquí que en el aljibe. Ya sé de dónde viene el agua, dijo Natalia.

—¿Hay un grifo?

—Es agua de mar, no es que esté salada pero es salobre. Se debe de llenar con la marea alta, y como de aquí al mar hay bastante distancia, seguro que se filtra un poco.

—Buen sistema, así pase lo que pase, el nivel se restablece cada doce horas.

Tuvieron que esperar casi hora y media a que se vaciase. Cuando salieron del aljibe eran las siete y el sol terminaba de ponerse, redondo y rojo como una bola de fuego, entre la bruma del mar.

—Nos lo hemos perdido —dijo Natalia.

—Vamos a localizar las salas contando los pasos.

Se situaron en el extremo opuesto del aljibe y empezaron a contar pasos, concentradas y muy serias.

—Vamos directas al yacimiento de la iglesia —dijo Natalia.

—La idea es buena, edificaron la iglesia sobre las salas y así estaban seguros de que nadie se pondría a cavar en este sitio.

Efectivamente, cuando terminaron de contar, estaban en el perímetro de la iglesia.

—¿Qué es este ruido? —dijo Natalia en voz baja, cogiendo el brazo de Zi con fuerza.

Les llegaba un sonido entrecortado, como voces que no eran voces. Al rato se distinguió mejor, eran jadeos, jadeos roncós de placer.

—Qué bien se lo pasan algunos —dijo Natalia en voz baja, apuntando hacia las ruinas con su linterna.

—No seas mala, apaga eso.

Pero ya era tarde, dos siluetas vestidas con uniforme militar, salían corriendo entre las piedras, alejándose a todo correr. A los pocos instantes se oía el petardeo de una vieja motocicleta que se alejaba en la noche.

—Eran dos tíos, cómo corrían —dijo Natalia riéndose.

—Los debemos de haber asustado bastante. Con las linternas no sabrían quiénes éramos. Si llegamos a ser la poli, es la cárcel directo.

—¿No me lo puedo creer?

—La homosexualidad está muy castigada en los países islámicos; pueden condenarte hasta con pena de muerte, como en Irán, y para las mujeres, la tres primeras veces la pena es de cien latigazos, a la cuarta, pena de muerte. Lo mejor es que las operaciones de cambio de sexo son legales desde hace varios años. Si bien la homosexualidad es considerada un pecado, la transexualidad es considerada una enfermedad sujeta a cura.

—¡Qué hipócritas!

—Vamos a ver esas ruinas de cerca.

Estuvieron paseando entre las piedras de la excavación.

—La escalera debe de salir por aquí, detrás del ábside. El terreno está firme y perfectamente llano. Esto no se ha utilizado desde hace mucho.

—**H**AN vuelto a contactar con el piloto. Mañana por la mañana vuelven para Egipto, lo que no sabemos es dónde piensan aterrizar.

—Esperemos que esta vez no les toque otra tormenta. Podría haber sido un problema. Si llegan a desaparecer se nos va la última posibilidad de...

—No te preocupes Albert, nos queda el chico como última carta.

—Es un niño, seguramente no sabrá nada —contestó Wineski.

—O sabe más que ellas. Es un niño muy listo. De todas maneras nos podrá servir de intercambio. Recuerda que es muy probable que los padres estén escondidos en alguna parte.

—¿El piloto es de fiar?

—Es un freelance, va por libre. No tenemos más contacto que lo que él quiera. Nos hemos enterado de que las traía de vuelta, por casualidad. Aprovechó que estaba en Kuwait para contactar con conocidos y hacer el viaje de regreso con carga, pero tuvo que anular porque ellas lo llamaron.

—¿Cuáles son tus planes?

—Esperar a que se reúnan con los demás. Tus hombres tienen vigilado el hotel Unión. Sólo nos queda Alejandría. Tiene que estar aquí. Nos conducirán a él, estoy convencido. Pronto tendremos lo que queremos.

LAS ruedas de la Cessna bimotor de Hassân tomaron tierra con suavidad en el aeropuerto El Nohza de Alejandría. Eran las siete de la tarde. Habían sido ocho largas horas de viaje desde el aeropuerto de Kuwait, contando la hora que pararon a repostar keroseno en el aeropuerto de Taba International.

La noche anterior, cuando volvieron al hotel en Failaka, llamaron a Hassân, que ya se había comprometido con unos clientes para su viaje de vuelta. A Natalia no le costó convencerle y Zi le propuso dos mil euros en efectivo para rematar la transacción. Habían llamado a los demás a Alejandría, para avisarles de que llegarían al día siguiente, pero que no sabían ni por qué ruta, ni a qué hora. No hablaron mucho, Zi les dijo que les contarían más detalles al llegar y que se habían encontrado todo tan vacío como en El Maraki. Cuando les preguntó qué habían hecho ellos, le contestaron que un poco de turismo, pero notó que no se lo decían todo. Seguro que habían ido a indagar donde no debían. No insistió; ya lo aclararía in situ. Tenían noticias de Târek El-Kassem, su amigo taxista. Se encontraba mejor y fuera de peligro, pero ya no estaba en Alejandría. Se los habían llevado a otro lugar, a él y a su mujer, hasta que todo esto acabase.

Esa misma mañana habían tomado el primer ferry para Kuwait City y de allí un taxi al aeropuerto, donde las esperaba Hassân, limpio, planchado, y afeitado. Había dormido en la avioneta y el aeropuerto tenía todas las comodidades sanitarias, incluso duchas en los cuartos de baño.

Natalia había hecho todo el viaje de copiloto al lado de Hassân, que le enseñaba los rudimentos del pilotaje entre risas y bromas. Natalia se lo comía con la mirada.

Mientras tanto, Zi, en los asientos de detrás, miraba el paisaje desde las alturas, absorta en sus pensamientos. Lo que más le preocupaba era que en estas dos semanas no habían avanzado mucho. De sus padres, ni rastro. Y del supuesto tesoro, rastros sí que había, pero no pasaba de esto. Ya no sabía bien si sus perseguidores querían apoderarse de lo que descubrieran, o simplemente impedirles que descubriesen algo. Todo era bastante confuso.

Ardía por abrir el pequeño tarro que estaba guardado entre la ropa de su mochila, en el compartimento del equipaje. Pero sabía que había que esperar. No conocía suficientemente a Hassân, y además había que hacerlo con mucho cuidado, para no correr el riesgo de dañar lo que había dentro.

Esta vez el vuelo había sido oficial, con control aéreo, plan de vuelo y todo lo necesario. Un vuelo sin problemas.

—Tengo mi coche en el parking del personal —dijo Hassân, después de aparcar la avioneta cerca de un hangar.

—Hassân, tiene su casa en Alejandría, nos puede llevar al hotel —añadió Natalia.

—Veo que en el viaje os ha dado tiempo a conoceros. Por mí no hay problema. ¿Sabes dónde está el hotel Unión?

—Nunca he subido, pero he pasado delante muchas veces. Aquí no hay tantos atascos como en El Cairo, estaremos en unos veinte minutos, después de recuperar el coche. Mi piso está cerca, entre vuestro hotel y el puerto. Desde mi balcón se ve el mar entre dos edificios. Es un séptimo sin ascensor.

—Conocemos esa zona, hemos ido una noche andando para tomar un café en un bar de pescadores abierto las veinticuatro horas —dijo Zi.

—¿Uno todo de azulejos blancos donde van los pescadores antes de ir a faenar?

—Ese mismo.

—Por qué no, es el único de la zona que abre por la noche, pero no es muy divertido que se diga.

Recorrieron un buen trecho hasta un parking al aire libre. Su coche, cubierto con una lona, llevaba allí dos semanas, con el correspondiente polvo acumulado.

Hassân quitó la lona y apareció un viejo Jeep de los años ochenta, con la capota medio arrancada.

—Le pongo la lona porque el mes pasado hubo una tormenta que me destrozó la capota. Todavía no me ha dado tiempo de ir a repararla.

Tiraron las mochilas en la parte de atrás, y después de acomodarse en los viejos asientos de skay, Hassân arrancó.

Efectivamente, veinte minutos más tarde el jeep se paró delante del siniestro edificio del hotel Unión.

—¿Qué hacéis esta noche —preguntó Hassân, mirando a Natalia.

—Luego te llama —le dijo Zi comprensiva—, ahora tenemos reunión familiar.

Cinco minutos más tarde estaban todos reunidos en el ático del hotel, Lennon yendo y viniendo de uno a otro, participando activamente en el reencuentro.

Después de los besos de rigor estaban hablando y ladrando todos a la vez.

—Todo el mundo callado —gritó Zi—. Tú el primero —añadió señalando a Lennon que seguía ladrando con excitación.

—Tiene razón, así no hay quien se entienda. Vamos a ir por orden, primero las chicas nos cuentan lo que han visto, y luego nos toca a nosotros —la apoyó Samy.

Zi y Natalia contaron con detalle el viaje de ida, la llegada al hotel, el aljibe, los túneles, pasillos y salas. La salida con el pozo de nuevo lleno de agua, hasta la pillada de los militares en las ruinas. Y luego la vuelta hasta Alejandría.

—¿Habéis sacado fotos? —preguntó Guido.

—Toma, puedes cargarlas en el ordenador —dijo Zi pasándole la cámara.

Estuvieron una hora mirando y comentando todo. La tormenta de arena les impresionó casi más que las salas y los túneles de acceso. Hasta que Zi sacó el medallón de oro incrustado con piedras preciosas y el tarro de cerámica vitrificada.

—No nos habías dicho nada.

—Prefería que nadie lo supiera. Pienso que de momento nadie tiene que saberlo. ¡Nadie! ¿Entendido? No sabemos en quién podemos confiar —dijo Zi muy seria, mirándolos a todos uno a uno, mientras ellos cogían los tesoros con cuidado y veneración.

—¿Cuándo vamos a abrirlo? —preguntó Guido.

—No lo sé, no me lo quiero cargar, aquí hay mucha humedad y no tengo nada para hacerlo bien.

—Bien ahora nos toca a nosotros —dijo Samy.

—Habéis ido a indagar por donde están las coordenadas de Alejandría del Mapamundi, ¿verdad? —dijo Zi.

—Sí, pero Samy no nos ha dejado bajar al pozo, sólo hemos podido hacer una grabación con la cámara colgando de una cuerda —dijo Guido.

—Espero que nadie os haya seguido.

—No, los despistamos en la Biblioteca. Nos sacaron por la pasarela lateral que corre por encima de la calle Emtedad Al Doktour Abd Al Hamed Sayed y que conduce directamente a la facultad de comercio. De allí fuimos corriendo al Cementerio Latino situado justo detrás. Son cuatro, tres hombres y una mujer. Uno de los hombres es un gigante negro. Les hemos sacado fotos. ¿Quieres verlas? —le contestó Guido.

—¿Quién os ayudó con esto?

—Fue gracias a Edgard, que conoce al director...

—¿Edgard? ¿Edgard está aquí en Alejandría!

—Sí, él ayudó a papá y mamá a escapar de una cárcel en Irak.

—¿Qué es esta historia? ¿Cómo esperáis todo este tiempo para contármelo? —dijo Zi realmente cabreada, y mirando a Samy.

—No te enfades, no sabemos más de lo que Guido te acaba de contar. Ni Abdel Aziz, ni él, quieren contar más de momento. Vuestros padres están seguros en algún lugar —le contestó Samy.

—¿También ha estado aquí Abdel Aziz?

—Vinieron los dos, cuando nos trajeron al hotel, Mahmud El-Abbibi y sus hombres —contestó Samy muy serio.

Zi les miró con furia y Samy añadió:

—Teníamos prohibido hablar del tema hasta la cena de esta noche con Edgard. Está alojado en el Sofitel Cecil Alejandría, a dos pasos de aquí. Lo importante es que tus padres están a salvo.

—¿A ver las fotos de los yankees? —pidió Natalia para cambiar de tema. Guido se las enseñó en el ordenador.

—Son ellos —dijo Natalia—, el de la camisa verde, la rubia del bolso rojo, el que nos vigilaba desde el coche en la urbanización y al que pegaste

un tiro aquí mismo...

—Frank Bowell —dijo Zi.

—Eso, Frank Bowell, y un negrazo. Este es nuevo. ¿Es así de grande o es la foto?

—Más —dijo Miguel—, pero no os preocupéis, los zaggâlah de Mahmud El-Abbibi están siempre vigilando, no creo que tengamos sorpresas.

—Guido, enséñanos la grabación del pozo —dijo Zi en son de paz.

—Ahora mismo. Es genial, hay una especi...

—Guido pónsela, no se lo destripes, deja que lo vean ellas.

Guido se dio prisa en buscar el fichero y lo puso en visualización.

Todos se quedaron en silencio, mientras las primeras imágenes temblorosas de las paredes de un pozo aparecían en la pantalla.

—Esto es cuando bajábamos la cámara con la cuerda, giraba un poco sobre si misma.

—Qué mareo.

—Ahora va a dejar de girar. En cuanto Samy la apoyó en la pared del pozo.

Efectivamente la imagen se detuvo tras unos sobresaltos, seguramente mientras se apoyaba contra la pared. Luego empezó a bajar de nuevo, pero casi sin girar.

—Ahí viene lo interesante —dijo Guido.

El pozo tenía agua en el fondo. Pero a un metro de la superficie se veía la boca negra de un agujero semicircular. El autofocus de la cámara se adaptó a las nuevas condiciones de luminosidad y el interior del hueco apareció como por arte de magia. Era la entrada de un túnel que iba bajando en una suave pendiente y que se perdía hacia la izquierda.

—¿Cuándo pensamos bajar? —preguntó Zi.

—Edgard piensa que es mejor hacerlo lo más pronto posible, cuanto antes bajemos menos riesgos correremos —dijo Samy.

—¿Qué riesgos y por qué?

—No lo sé, me limito a repetirte lo que Edgar dijo. De todas maneras, dentro de un momento podrás hacerle tú misma las preguntas que quieras.

—Os repito lo mismo que antes: ni una palabra sobre el tarro de cerámica y el medallón, ¿entendido? Yo no sé qué está pasando, pero recuerdo que

hace unos cuatro años, Thierry Leroy, mi jefe de proyecto en el Museo del Louvre, me dijo que no confiara en nadie, y menos en Edgard.

—Tío Edgard no... —empezó a protestar Guido.

—Tú me haces caso igual que los demás. Thierry Leroy es un amigo íntimo de nuestros padres, y Edgard tiene cierto pique con él. Y además, tengo un presentimiento que me persigue desde hace tiempo. Toda esta historia del robo del Mapamundi,... siempre está al corriente de todo, nos avisó en el último momento que estábamos vigilados y que nos iban a secuestrar. Luego desaparece de la circulación, y vuelve a aparecer justo ahora que estamos al final de nuestra investigación.

—Tu hermana tiene razón, Guido. Ya tendremos tiempo de contarle a Edgard lo que haga falta más tarde, si es necesario —le dijo Samy.

EN la terraza del hotel Sofitel Cecil Alejandría, en una esquina que daba a La Corniche, con vista al fuerte Quait Bey, en la misma mesa donde dos días antes Paolo Bratti cenaba con su “profesor de arte”, estaban todos reunidos con Edgard, que parecía ser el dueño de todo y conocer a todos.

Iba elegantemente vestido con un traje de lino color crema, con sus debidas arrugas, ni pocas, ni demasiadas, en el traje y en su rostro. Llevaba un polo azul marino metido en un cinturón con hebilla de Hermés, y su abundante pelo blanco impoluto, bien peinado hacia atrás. Zi siempre se había preguntado cuánta laca necesitaba para mantener aquella masa blanca tan fija.

Parecían un grupo de turistas cenando después de un buen día de visitas. Todos bien aseados, bien vestidos y con restos de cansancio en sus gestos. Edgard, sentado de espaldas a la barandilla, ejercía de patriarca, dominando la amplia y repleta terraza del restaurante. Todas las mesas estaban ocupadas. Nada escapaba a su campo de visión. Ni siquiera aquella mesa, escondida en el otro extremo, donde un viejo conocido no les quitaba ojo.

Efectivamente, allí estaba Paolo Bratti, en compañía de una belleza local, cenando tranquilamente, sin perder detalle de lo que ocurría en la mesa de Edgard, ni en el escote de su acompañante. Desde luego era sorprendente la habilidad que tenía este hombre para mezclar el trabajo con el placer.

—He dispuesto todo para acompañaros mañana —dijo Edgard.

—Puede ser peligroso, tal vez sería mejor que esperases aquí y te contamos todo a la vuelta, así te podrías quedar con Guido —le contestó Zi con tono falsamente protector.

—¡Insisto! —la cortó Edgard—, ¡vamos a ir todos! Si hay algo allí a dentro, no me lo quiero perder, y Guido tampoco, concluyó revolviéndole el pelo a Guido con la mano.

—De acuerdo —dijo Zi resignada.

Sabía que era inútil discutir con Edgard, el poderoso. Pero intentó jugar su última carta.

—¿Sabes si Abdel Aziz vendrá con nosotros? —preguntó.

—Abdel Aziz no está en Egipto, ha vuelto cerca de vuestros padres...

—¿Dónde están?, ¿desde cuándo...?

—Todavía no os puedo contar nada, es muy pronto...

—De esto me gustaría mucho hablar, creo haber entendido que hace tiempo que están a salvo. Entonces, ¿por qué hemos dejado la casa de Madrid?, ¿por qué el robo del mapamundi?, ¿por qué...?

—¡No insistas! —la volvió a cortar Edgard—. Ya te he dicho que de momento no puedo contarte nada.

—¿De qué o de quién depende, Edgard?

Edgard la miró directamente a los ojos, como intentando leer sus pensamientos y el porqué de la pregunta. Pero Zi mantuvo la mirada, sin insolencia, simplemente hizo lo mismo que él, intentó leer sus pensamientos.

Aunque se sintiera todopoderoso, y tuviese todas las cartas en su mano, Edgard sintió mermar su seguridad y su aplomo. Apartó la vista y cambió de táctica.

—Confía en mi, pequeña, ya verás como todo irá bien y volveremos a la normalidad. Ya queda poco para que esto se acabe —dijo cogiéndole la mano a Zi, y sonriéndole con falsa dulzura.

Pero a Zi no se le había escapado el cambio de actitud de Edgard. Era la primera vez que cedía ante ella, y sobre todo la primera vez que le daba un signo de cariño. Esto no encajaba. Algo gordo tenía que estar pasando para que Edgard retrocediese de esta manera.

El silencio en la mesa era general. Zi no se había dado cuenta hasta ahora, pero desde el principio de la conversación, todos se habían callado, observándolos con seriedad.

Decidió romper el hielo y relajar el ambiente. Ya tendría tiempo de volver a las preguntas más tarde.

—Está bien, tal vez tengas razón —dijo Zi.

—Así me gusta, tú confía en mí.

—¿Mañana habrá que despistar a los yankees? —dijo Samy.

—Mañana no habrá yankees para seguirnos —le contestó Edgard.

—Supongo que será inútil preguntarte por qué.

Edgard no contestó, sólo sonrió echándose para atrás en su silla.

—¿Tienes listo todo el equipo necesario? —le preguntó a Samy en vez de responder.

—Sí, tenemos dos mochilas preparadas con todo el equipo, y una más con comida y bebida.

—¿Comida y bebida? —preguntó Zi.

—Preferimos ir preparados. Imagínate que por lo que sea, nos tenemos que quedar allí dentro algún tiempo...

—¡Esperemos que no!

De pronto todos callaron y se quedaron rígidos, inquietos, mirándose para ver si los demás también se habían dado cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó Edgard, al verlos tan serios de pronto.

—¡El ladrido!, parecía el de Lennon. Pero debe de ser un perro de la calle, porque está en el hotel.

Edgard, que no había oído ningún ladrido, no le dio más importancia, pero Samy se quedó preocupado. Conocía bien a los demás y sabía que la cosa no iba con Lennon. Siguieron hablando de todo un poco hasta el final de la cena, pero Zi, Guido y Miguel, que estaban casi de frente a la terraza escrutaban discretamente cada mesa en busca de algo.

Guido fue el primero que localizó la fuente del olor a puro y café.

—¿Edgard, sabes dónde están los baños? —preguntó el niño.

—Sí, cuando sales de la terraza están de frente.

—Debe de ser el único sitio del mundo en que no están al fondo a la derecha —dijo el niño riéndose.

Los demás se rieron de la gracia, tal vez con demasiadas ganas.

—Te acompaño —le dijo Natalia que estaba de espaldas a la terraza, levantándose y mirando discretamente al fondo a la derecha.

Zi y Miguel también miraron aprovechando que Natalia y Guido se iban en esa dirección para salir del restaurante.

Allí estaba el cura excomulgado, con una chica morena guapísima, mirando disimuladamente hacia ellos.

Media hora más tarde todos salían del hotel. Edgard les acompañó hasta la misma calle, y se despidió de ellos hasta el día siguiente a las seis de la mañana.

Luego fue a su habitación, mientras el grupo cruzaba la calle para ir andando al Unión, intercambiando opiniones sobre la presencia del ex eclesiástico veneciano en la terraza del restaurante del hotel. La temperatura era deliciosa.

Al llegar a la otra acera un viejo Jeep aparcado les hizo unas señales con las largas.

—Es Hassân, le llamé cuando fui al cuarto de baño con Guido.

—Vamos todos, así os lo presentamos —dijo Zi a los demás.

Cuando llegaron al coche, Hassân ya había bajado y se presentó. El contacto fue inmediato, la mirada azul y franca de Hassân, era como la de Samy, comunicativa y cautivadora.

—¿Conocéis bien al hombre que os acompañó a la puerta del hotel?

—Es mi tío Edgard —dijo Guido.

Ante la cara de sorpresa y la mirada de Hassân, Zi rectificó enseguida.

—¡No es nuestro tío! Era un amigo de nuestros padres, ahora pretende ser nuestro ángel de la guarda, pero la verdad es que no sabemos bien qué pensar. ¿Tienes algo importante que decirnos acerca de él?

—No sé si...

—¡No te cortes! —exclamó Natalia—, si tenemos que saber algo, es mejor que nos lo digas ahora, puede ser muy importante para nosotros.

—Ed Rossi es un hombre muy poderoso y peligroso. Está metido en todo tipo de negocios turbios por medio mundo, tráfico de obras de arte, armas, algunos dicen que hasta droga. Aquí en Egipto y en oriente medio, la gente que le conoce le teme. Tengo entendido que también tiene mucha influencia en América Latina. Sus relaciones y su poder son tremendos. No tiene amigos, sólo socios. Es mejor no estar a mal con él. Siempre sabe todo.

—¡Vaya con el tío Edgard! —dijo Natalia.

Guido se quedó callado y como acto reflejo, le dio la mano a Zi.

Natalia se fue con Hassân después de prometer que volvería al hotel antes

de la hora de salida de la expedición.

EL regreso al hotel se hizo en silencio. Guido seguía inquieto.

—No te preocupes Guido, todo se aclarará en su momento. Recuerda que no hay que contar más de lo estrictamente necesario. No sabemos qué está pasando. Papá y Mamá están a salvo y parece ser que otra vez se lo deben a Edgard. Yo no sé qué pensar. También parece que Abdel Aziz confía en él.

—Lo que no sabemos es desde cuándo están tus padres a salvo, ni dónde. No hemos conseguido sacarles nada. Lo raro es que delante de Abdel Aziz, Edgard está bastante callado. Tiene una actitud retraída, como si le temiese o desconfiase —dijo Miguel.

—Siempre ha sido así. Jamás se ha hablado del tema abiertamente pero Abdel Aziz no disimula estas cosas y se nota que Edgard no le gusta. Y esto no es de ahora, yo siempre lo recuerdo así. Nuestros padres nunca le dieron importancia al tema, así que nosotros tampoco —le contestó Zi.

—De todas maneras Abdel Aziz no parece muy hablador, aunque el otro día, cuando Edgard se marchó, Samy estuvo un buen rato hablando con él.

—¡Es verdad!, mientras Miguel y yo nos conectábamos a Internet para ver de nuevo la entrada del pozo en Google Earth —confirmó Guido.

Todos se quedaron mirando a Samy que había estado callado desde el principio del camino, junto a Zi, cogiéndola por la mano.

—¿De qué habéis hablado? —le preguntó Zi.

—Abdel Aziz me dijo que esperase el momento adecuado para contaros algunas cosas.

—¿Y piensas que ese momento ha llegado? —le preguntó Zi con un ligero tono de impaciencia.

—Tal vez sí. Hablamos sobre todo de la expedición. Parece ser que esta parte de Alejandría, sobre todo debajo de los cementerios, es un manojo de túneles, un verdadero laberinto. También hay ríos subterráneos que cruzan la ciudad, con bastante caudal. Por lo que he entendido, la cámara que estamos buscando está debajo del segundo punto del mapamundi.

—¿El que está en el mar? —preguntó Guido.

—A menos que tú sepas de otro —contestó Samy sonriendo.

—Entonces estará inundada.

—Parece ser que no. Desde el siglo VIII varios terremotos y maremotos han asolado Alejandría, y la parte de la ciudad en la que se encontraban los palacios y los templos, ha quedado sepultada bajo diez metros de agua, pero la cámara, milagrosamente, ha quedado intacta. El acceso original, afortunadamente, quedó bloqueado, lo que impidió que el agua invadiera el lugar.

—¿Y cómo volvieron a llegar hasta ella? ¿Existía otro acceso?

—Tardaron muchos años en encontrarla. Sabían dónde se situaba antes de los cambios, así que cavaron varios túneles desde el final del laberinto ya existente, hasta que dieron con ella. Y para que el acceso fuera seguro lo hicieron llegar a la mezquita de Atarina.

—¿Desde una mezquita? —preguntó Guido.

—Sí —interrumpió Miguel—, desde que los árabes conquistaron Alejandría en 642, una mezquita es un lugar sagrado donde a nadie se le ocurriría ir a investigar y menos sin permiso. Pero que yo sepa la mezquita Atarina desapareció a principio del siglo diecinueve. El año pasado dimos un curso sobre el coleccionismo en el siglo XIX y las obras de arte expoliadas por los países imperialistas durante las colonizaciones, que ahora están en grandes museos, fuera de su contexto original. Recuerdo que estudiamos el supuesto sarcófago de Alejandro Magno encontrado en la mezquita Atarina, la Piedra Rosetta, los bajorrelieves del Partenón...

—Es verdad —prosiguió Samy—. Durante la conquista de Napoleón se descubrió el famoso sarcófago en la mezquita, erróneamente atribuido a Alejandro Magno porque todavía no sabían descifrar los hieroglíficos. Tras la capitulación del emperador, los ingleses se lo llevaron hacia 1800, con toneladas de objetos entre los cuales estaba la Piedra Roseta y la mezquita se

deterioró rápidamente, desapareciendo algunas décadas más tarde. Sin embargo, en 1823 el virrey Mohammed Alí edificó la mezquita Nabi Daniel muy cerca de allí, al pie del montículo Kom El-Dikka, “la colina del cuerpo”. La entrada se prolongó hasta este lugar.

—He leído algunas cosas sobre Nabi Daniel —dijo Miguel—. Debajo hay un templo romano del siglo IV, y delante algunos restos arqueológicos. En 1850, un tal Ambroise Schilizzi, guía local, aseguró haber visto un sarcófago de vidrio en una cámara secreta cuando inspeccionaba un pasadizo que partía de los sótanos de la mezquita. Pero cuando volvió para enseñarlo, no fue capaz de volver a encontrar el camino, habían borrado las marcas que había ido dejando. En 1898 le tocó el turno a Alexéi Ramonsky, funcionario de la Embajada Rusa en Alejandría, que afirmó haberse topado con un bloque de alabastro transparente, partiendo de un túnel debajo de la mezquita. El mismo Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya, creía también que la tumba se encontraba debajo de la mezquita. Cuando, en 1888, trató de conseguir los permisos para excavar, le fueron denegados.

—Según Abdel Aziz —siguió Samy—, fue en este momento cuando condenaron el acceso desde la mezquita y lo pasaron al cementerio Latino, junto a la actual biblioteca de Alejandría, frente al promontorio de Silsileh.

—Qué casualidad, al promontorio de Silsileh, justo donde el arqueólogo marino Franck Goddio está realizando sus inmersiones y sacando material desde 1996. Lleva trabajando en ello desde 1992; fue cuando empezó con las prospecciones en el puerto, para establecer un mapa preciso de las estructuras sumergidas. Es una suerte que el agua en ese lugar esté tan sombría y contaminada —dijo Miguel.

—A lo mejor está buscando la tumba de Alejandro en secreto —dijo Guido.

Samy se quedó pensativo un rato. Conocía a Franck Goddio desde hacía cinco años, cuando la empresa de robótica alemana le contrató al terminar sus estudios. Al igual que Jean-Yves Empereur, era un arqueólogo apasionado, no un mercenario del arte.

—De todas maneras es la última tendencia en materia arqueológica en torno a Alejandro Magno. El ex jefe del CSA, Abdel Halim Nuredin, dice que el mausoleo de Alejandro estuvo primero en Menphis, luego en

Aleandría, después en Siwa y finalmente volvió aquí, y que su cripta estaría en algún lugar del cementerio Latino. También es la opinión de Jean-Ives Empereur, concluyó Miguel.

—¿Algo más que tengamos que saber, a parte de esta lección de historia de la arqueología Alejandrina? —dijo Zi mirando seriamente a Samy.

—De momento no —contestó Samy riéndose.

—¿Cómo que de momento no?

—Bueno, me ha explicado cómo tenemos que movernos por el laberinto para no perdernos. Hay un truco. Tardaremos tres o cuatro horas en llegar a la cámara, tal vez más.

—¿Y cuál es el truco?

—Se supone que no lo tengo que desvelar hasta mañana.

—Ya hablaremos tú y yo de eso, sobre la almohada...

—¡Eso! —Dijo Miguel—. Yo estoy más preocupado por la presencia de Bratti en el restaurante. No nos perdía de vista. He estado vigilando los alrededores, y os puedo asegurar que nadie nos está siguiendo. Tengo la sensación de que está pasando algo alrededor nuestro. Algo grave, muy grave. Es una especie de presentimiento.

NATALIA y Hassân habían vuelto a entrar en el Sofitel Cecil para tomar una copa. El alcohol no se servía en cualquier sitio en Egipto. Los establecimientos turísticos tenían autorización, así que no se lo pensaron dos veces.

Llevaban ya un buen rato sentados en una pequeña mesa apartada e íntima de la cafetería del hotel, saboreando un licor y una música local, cuando Edgard hizo su entrada, en una acalorada conversación con Bratti.

Natalia se quedó sin respiración. Los dos hombres dieron unos pasos hacia ellos buscando una mesa donde acomodarse, pero al ver que estaban todas ocupadas se fueron al otro extremo de la sala. Desde allí era imposible que se fijasen en Natalia si no la estaban buscando.

Hassân que había seguido la escena dijo:

—No te asustes tanto por lo que os conté antes, yo he trabajado para él un par de veces de manera indirecta, y se ha portado muy bien. Tampoco es que sea el diablo.

—Él no, pero el otro, el que lleva un pañuelo en el cuello, sí que lo es, y de los peligrosos.

—Es la primera vez que lo veo.

—No es de aquí, es un producto de importación.

—Me puedes explicar qu...

—No puedo, pero te voy a pedir un favor: ¿Podrías seguirlo cuando salga y decirme dónde ha ido? Yo te espero aquí.

—De acuerdo, esto entra en mis posibilidades. Espero no meterme en un lío —dijo Hassân sonriendo.

—No creo, a ti no te conoce.

Diez minutos después, Bratti se levantó y salió de la sala, con Hassân pisándole los talones discretamente. Edgard se quedó y pidió una copa al camarero. No parecía nervioso, tampoco se escondía, ni miraba quién había a su alrededor. Simplemente estaba allí, su butaca orientada hacia la puerta, dejando a Natalia fuera de su campo de visión natural.

Después de un buen rato, que pareció una eternidad a Natalia, entraron cuatro personas, precedidas de un camarero, que las acompañó a la mesa de Edgard. Un inmenso negro, un hombre rubio con una camisa verde, una rubia con un bolsito rojo y Frank Bowell.

Edgard ni se levantó, saludó a los recién llegados con un gesto de la cabeza, mientras les indicaba con la mano que tomaran asiento.

—¡Joder, qué hijo de puta! —exclamó Natalia.

—¿Qué pasa? —preguntó Hassân.

Natalia se sobresaltó con un grito contenido. Estaba tan impresionada que no se había dado cuenta de que Hassân se había sentado de nuevo junto a ella.

—¡Mierda!, me vais a matar a sustos hoy. Perdona, Hassân, no te había visto llegar.

—Ya veo que Rossi tiene más visitas. Tampoco los conozco.

—Mejor para ti. Toda esta gente es muy peligrosa. No sé qué está pasando pero tengo que ir al hotel a avisar a los demás.

—¿Tan importante es?

—No te lo puedes ni imaginar. ¿Dónde iba el otro?

—A su habitación, está alojado aquí, en la 343.

—Hassân, mírame a los ojos y contéstame: ¿tú no estarás metido en todo esto, verdad?

—Reflexiona un poco, ¿crees que si estuviese metido en algo relacionado con Ed Rossi, te habría traído aquí, ahora, para que vieres cómo recibe gente que a ti no te gusta?

—Tienes razón, no cuadra. Perdona.

—Deberías de confiar en mí y contarme lo que pasa, tal vez os pueda ayudar.

—Lo siento Hassân, no puedo. La historia no es mía. Quizá cuando todo

esto haya acabado.

—No me cuentes los detalles, sólo por encima. Vamos a mi casa. Te relajas y tomas una decisión.

Natalia miró la hora en su reloj, no era ni media noche. Ir al hotel ahora a alarmar a los demás, no iba a provocar más que inquietudes y problemas. Hablarían hasta muy avanzada la noche y luego les costaría dormirse por los nervios. Mañana todos tendrían una actitud rara con Edgard, éste se daría cuenta y todo acabaría...

En la mesa de Edgard, todo el mundo se levantó. Salieron juntos al hall del hotel hablando, muy serios. Dejaron pasar unos minutos y Hassân salió para asegurarse de que había vía libre.

Instantes después estaban sentados en el viejo Jeep, en frente del Sofitel Cecil.

—¿Qué has decidido, te llevo a tu hotel?

—Enséñame tu casa.

HASSÂN dejó a Natalia frente al hotel Unión a las cinco de la mañana. Nada más llegar a su habitación, Natalia depositó el enorme revolver Magnum calibre 45 con cañón largo sobre su cama y fue directamente a la ducha.

Después de subir siete pisos por la estrecha escalera que rodeaba la caja del inerte ascensor, entraron en un pequeño apartamento de alquiler, que tenía una pequeña habitación, un pequeño cuarto de baño con ducha, y un pequeño salón con cocina incorporada, donde una puerta acristalada daba a un pequeño balcón que permitía ver, estirando mucho el cuello, el reflejo de la luna en mar, a lo lejos entre dos edificios. La decoración era ecléctica, recuperación de muebles y objetos viejos, generosamente incluida en el precio del alquiler, distribuida sobre paredes blancas y suelo del mismo azulejo compactado marrón que en las partes comunes. El edificio tenía ascensor pero parece ser que se había estropeado dos décadas antes, y el propietario, que no vivía allí, había considerado un gasto innecesario arreglarlo.

Sentados en la inmensa y colorida tela que cubría la carcasa de los restos de un viejo diván, le había contado a Hassân lo estrictamente necesario, sin entrar en detalles, sin mencionar Alejandro ni el tesoro; solamente la extraña desaparición de los padres de Zi y las persecuciones de las dos últimas semanas. Justificó su venida a Egipto y su viaje a Kuwait con la investigación que estaban llevando a cabo para buscar pistas sobre el paradero de los dos historiadores.

Si Hassân no se lo tragó, lo disimuló muy bien. La arropó en sus fuertes

brazos e intentó tranquilizarla. Se quedó dormida en su amplio torso, mecida por el lento ritmo de su respiración.

Cuando él la despertó, cuatro horas más tarde, seguían igual, Natalia se sentía bien y descansada. Que ella recordase, era la primera noche que pasaba en brazos de un hombre sin hacer otra cosa que dormir. Esto era una novedad.

Desayunaron un té y una magdalena dura que quedaba en una bolsa de plástico en el fondo de un cajón desencajado de un viejo mueble destartado, en la cocina. Hassân se disculpó, llevaba unas semanas fuera y no le había dado tiempo a hacer compras.

Antes de salir para el hotel, le prestó su revolver y un poco de munición para el día siguiente. No tenía nada más pequeño, lo había usado pocas veces. Le avisó que tenía bastante retroceso, no era fácil sujetarlo, pero generalmente no hacía falta disparar, el efecto intimidación solía ser suficiente, un agujero del 45 podía hacer mucho daño.

Salió de la ducha y terminó de prepararse. Daba igual que fuesen a investigar viejos túneles, probablemente llenos de telarañas y polvo, una mujer que se respete siempre tiene que ir preparada para todo. Así que cogió el cepillo y se dispuso a domar ese pelo tan rebelde...

A las cinco y media ya estaba con los demás en la pequeña cafetería del hotel tomando un desayuno de verdad. Había decidido no contarles nada de lo ocurrido la víspera. Estaría muy atenta, vigilaría de cerca a Edgard, para poder intervenir si era necesario.

—¿Qué tal esta noche? —le preguntó Zi.

—Bastante especial, ya te contaré... Y tú, ¿conseguiste sonsacarle el secreto del laberinto?, Guido me ha hablado de ello nada más entrar.

—No me dio tiempo...

Las dos sonrieron, nadie las escuchaba, estaban todos medio dormidos y concentrados en el sabroso desayuno.

A las seis en punto, cuando salieron del edificio que albergaba el hotel, un Jeep Gran Cherokee último modelo les esperaba. Edgard bajó enseguida y les ayudó a cargar las mochilas en la parte de atrás. Lennon había tenido que quedarse en el hotel a cargo de los Zaggâlah.

Diez minutos más tarde, el chofer se llevaba el coche, dejándolos en la

puerta del cementerio Latino de Alejandría, en el fresco amanecer de un nuevo día que prometía ser caluroso.

La pequeña expedición caminó en silencio por las alamedas desangeladas del cementerio, dejando a sus espaldas la Gran Biblioteca Maktaba Al-Iskandariya, que los primeros rayos de sol sacaban poco a poco de las tinieblas. Encontraron el sendero que conducía al pozo de acceso. Edgard se quedó atrás unos instantes para anudar su zapato, echando pestes. El pozo estaba pegado a un viejo cobertizo que daba a una calle exterior, y se notaba por su estado que no se usaba desde hacía tiempo. Probablemente porque el agua corriente lo había destronado a favor del práctico grifo.

Samy descargó su mochila, sacó cuerda y material de escalada. Cuando todo estuvo listo, se dispuso a bajar.

—La escalera de cuerda está bien disimulada. Habría que venir a ver el pozo de cerca para descubrir algo. Voy a ir yo primero, exploraré el principio del acceso para ver cómo organizamos el descenso.

—De acuerdo —dijo Edgard.

Los demás se callaron, no les hacía gracia que viniese con ellos, pero estaba allí y lo mejor era no crear tensiones. Natalia sentía el peso del Magnum 45 en su pequeña mochila. Sabía que Zi y Miguel llevaban las pistolas 22 del cura. Intentaba no obsesionarse con Edgard, pero no podía evitar vigilar cada uno de sus movimientos.

Asomados al brocal del pozo vieron como Samy ajustaba la cinta de su linterna en su frente, la encendía y desaparecía por la boca del túnel a escasos metros de ellos.

Pocos minutos después volvió a aparecer.

—El principio es bastante estrecho, pero enseguida se llega a una pequeña gruta. Vamos a bajar las mochilas, las iré llevando hasta allí.

Zi y Miguel fueron atando las mochilas y bajándolas una a una. Samy las recogía y desaparecía con ellas para volver al cabo de un rato a por la siguiente.

Luego les tocó a ellos. Edgard quiso ser el último en bajar, pero Zi y Natalia se negaron rotundamente, y tuvo que desistir para no llamar la atención. Cuando fue su turno, Natalia no le quitaba la vista de encima. Vio cómo al pasar la pierna por encima del brocal, dejaba caer algo negro al suelo

detrás del pozo. Cuando desapareció en el interior, Natalia se precipitó, medio encorvada, y recogió un extraño teléfono móvil. Zi se acercó rápidamente, agachándose para que no se viese desde el interior.

—¿Qué es esto? —dijo en voz baja, consciente de la situación, pero sin entender del todo qué pasaba.

—Lo ha tirado Edgard discretamente, debe de ser un localizador.

—¿Qué hacemos, lo destruimos?

—Vamos a ver qué cara pone.

Natalia se asomó al pozo.

—¡Edgard! —gritó Natalia inclinándose hacia el interior.

A los segundos la cara de Edgard asomó por la boca del túnel.

—Creo que se te ha caído esto.

Edgard no pudo disimular su sorpresa.

—Gracias, es mi móvil, no me había dado cuenta.

—Ahora te lo baj... ¡Mierda!

El aparato se había resbalado de las manos de Natalia y caía al pozo. Edgard intentó cogerlo, pero siguió su trayectoria y acabó en el agua.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

La cara de Edgard se relajó enseguida, y la tranquilizó.

—No te preocupes, sólo es un móvil. Ya me compraré otro. Creo que esta mañana no lo voy a necesitar. Dudo que haya cobertura donde vamos.

Unos minutos más tarde estaban todos reunidos en una especie de pequeña gruta, resultado del cruce de varios túneles. Olía a tierra mojada, estaba todo lleno de espesas telarañas pegajosas por la humedad y de cagarritas de ratas en el suelo.

Cada uno tenía su linterna de espeleólogo en la frente y otra de mano, colgada del cinturón, con sus correspondientes baterías de repuesto recargadas en las mochilas.

Edgard estaba totalmente relajado, no parecía que la pérdida de su móvil le hubiese molestado, todo lo contrario.

—Aquí hay cinco bocas de túneles, sin contar por el que hemos llegado —dijo Edgard.

—Te toca a ti, Samy —dijo Zi, mirándole sonriendo.

—El truco consiste en situarse en la entrada del túnel por el que se acaba

de llegar y mirar los que hay delante.

—¿Y?

—La primera vez se coge el que está más a la izquierda, la siguiente se cuenta cuatro, también desde la izquierda...

—¿Y si sólo hay tres túneles? —preguntó Guido.

—Entonces se hace en bucle, igual que cuando cuentas con unos amigos para ver a quién le toca.

—¿Y después?

—Es una serie de números que hay que repetir hasta el cuarto cinco. Luego se vuelve a empezar desde el principio.

—¿Y esta serie de números tú te la sabes, verdad? Supongo que Abdel Aziz te la habrá enseñado.

—¡No!, me la sé desde que era pequeño. Pero hasta la posición treinta y uno, que es donde se encuentra el cuarto cinco, sólo desde hace unos años, cuando empecé con la robótica.

—Dejaros de rollos y empecemos —dijo Edgard con fuerte acento argentino, sacando de su mochila un carrete de nylon de pescar rosa fluorescente.

Todos se quedaron mirándole atónitos. Edgard sacó un pitón de escalada, que plantó entre dos ladrillos de la pared del túnel con el martillo de Samy, y metió el carrete en un palo para que se pudiese desenrollar mejor, después de atar la extremidad en el clavo.

—¿Para qué es esto? —preguntó Zi.

—Para que podamos encontrar la salida en caso de que nos perdamos. No tengo intención de pasarme lo que me queda de vida vagando por este laberinto. Tengo para hacer diez kilómetros. Si pasamos dos veces por el mismo sitio, también lo sabremos.

—Esto nos va a ocurrir, la serie permite llegar con seguridad a la cámara desde el pozo, pero nos obliga a dar muchos rodeos. Abdel Aziz me ha dicho que hay un camino más directo, pero ya nadie lo conoce.

—¡En marcha!

Samy y Guido abrieron el paso, seguidos de Miguel, Edgard desenrollando su carrete de nylon rosa con cuidado, y luego Natalia y Zi cerraban el paso.

—**D**ENNIS, ven un momento, parece que ha empezado a emitir —dijo Abie.

Dennis se acercó a la pantalla del ordenador portátil.

—Ya están bajando. Localiza la posición para el GPS. ¡Frank, ya los tenemos! —gritó Dennis.

—Perfecto —dijo Bowell asomándose por la puerta del cuarto de baño—. Actuaremos según lo convenido, les dejamos una hora de ventaja antes de bajar. Id a prepararos, salimos dentro de media hora.

—¡Lo estamos perdiendo! —exclamó Abie.

Todos se acercaron al ordenador. La señal estaba perdiendo intensidad. Pero se estabilizó.

—Está débil pero sigue allí.

—Menos mal, porque todavía no había memorizado las coordenadas.

—¡Hazlo ya!

—Ya está.

—Todos en el hall del hotel dentro de media hora —dijo Bowell.

Cada uno volvió a su habitación para terminar de prepararse.

Tardaron algún tiempo en encontrar el sendero que conducía al pozo. Edgard Rossi no les había podido dejar ninguna indicación. Sólo sabían que la entrada estaba en uno de los cementerios, pero eso era bastante difuso, así que se separaron alrededor del punto donde emitía la señal para encontrar el camino de acceso. Más que un cementerio lleno de tumbas, el lugar parecía un enorme descampado abandonado lleno de hierbajos, matorrales, agujeros y montículos. Alguna columna o restos de mausoleo emergían aquí y allá.

Las alamedas seguían delimitadas por restos de cipreses, pelados, era imposible llegar al punto de la señal en línea recta.

—Por aquí —gritó Louie.

Tres siluetas vestidas completamente de negro se juntaron con otra más negra y colosal que las demás, para observar un palo clavado en el suelo donde iba pinchada una tarjeta del Sofitel Cecil.

—Buen trabajo Louie. Vamos, ya hemos perdido suficiente tiempo —dijo Howell.

Minutos después el grupo llegó junto al pozo. Parecían cuatro ángeles de las tinieblas.

—No veo el emisor —dijo Abie rodeando el brocal.

—La señal es más fuerte dentro. Debe de haberlo tirado al agua por alguna razón. Como es sumergible...

—Allí se queda, dejará de emitir dentro de setenta y dos horas.

Frank Howell se asomó al interior del pozo y se quedó mirando un momento, iluminando con su linterna.

—Ya es la hora, bajemos. Han dejado una escalera de cuerda. Allí abajo, justo antes del agua se ve una apertura.

Accedieron sin ningún problema al túnel y a la pequeña gruta de donde salían las primeras bifurcaciones.

—Esperemos que Rossi haya podido utilizar su hilo flúo —dijo Howell alumbrando con su linterna las paredes de ladrillo del primer túnel.

—Aquí —dijo Abie, sin emoción.

—Que quede claro, sólo hablaremos si es estrictamente necesario, no sabemos el alcance de las voces en este lugar, y nada de encender cigarrillos, la brasa incandescente o el humo nos delatarían —les recordó Howell.

Los miró uno a uno mientras se ataban entre sí con una cuerda y se ponían un camuflaje negro sobre la cara. Louie le tendió el mosquetón del extremo de la cuerda y la caja del maquillaje.

—Te toca Frank, el mío es natural —le dijo sonriendo.

Frank Howell esbozó una mueca para darle a entender que había entendido la broma y se untó la cara con el potingue negro.

—¿Ya estamos todos listos? Bien, yo abriré el paso con la linterna hacia abajo a media luz. Las demás no se encienden, a la mínima apago y todos nos

agachamos. ¿Alguna pregunta?

Nadie contestó y Bowell empezó a avanzar siguiendo el sedal rosa flúo.

LLEVABAN dos horas recorriendo el laberinto. El camino que seguían iba bajando suavemente. Hasta ahora a Samy le parecía que habían avanzado en dirección norte, rumbo al puerto. Pero desde hacía un buen rato, tenía la sensación de que estaban dando poco a poco media vuelta.

—Tengo la impresión de que estamos describiendo un círculo hacia la derecha —le dijo a los demás.

—Estoy de acuerdo contigo. Parece que estamos dando media vuelta, contestó Miguel.

—Yo soy incapaz de saber por dónde vamos —dijo Zi.

Natalia iba siempre cerca de Edgard, no se despegaba de él en ningún momento.

Llegaron a la siguiente bifurcación.

—Hay que contar nueve —dijo Guido.

—Muy bien, veo que lo has entendido —le dijo Samy.

—Queremos saber —dijo Zi.

—Estamos utilizando la parte que está después de la coma del número Pi: 3,1415926535897932384626433832795, le contestó Samy.

—¿Tú te sabes ese número de memoria? —le preguntó Zi a Guido.

—No, yo sólo sé hasta 3,1415926535897932. Me lo tuve que estudiar para el último examen de mates.

Siguieron adelante y en la siguiente intersección cruzaron el hilo rosa flúo de Edgard.

—Nuestra sensación se confirma, hemos andado en círculo.

Aplicaron el siguiente número y se metieron por otro túnel que parecía

llevarles en la buena dirección. Aunque ya nadie sabía dónde estaba el norte, de tantas vueltas y bifurcaciones.

Media hora más tarde volvían a cruzar el sedal rosa en otra intersección.

—¡He visto luz por este lado! —dijo Natalia.

—Imposible —se apresuró a decir Edgard—, debe de ser el reflejo de una de nuestras linternas. Por este túnel ya hemos pasado, el sedal viene de allí.

Barrió el pasadizo a media altura con su linterna.

—Aquí no hay nadie. Sigamos —dijo empujando a Natalia hacia delante.

A veinte metros, donde el túnel desaparecía dando una ligera curva, cuatro siluetas negras, tumbadas en el suelo, intentaban integrarse en la tierra aguantando la respiración.

Esperaron unos minutos, que se dejasen de oír los pasos y las voces del otro grupo, y se levantaron.

—¡Ha faltado poco! —dijo Frank Bowell.

—No es seguro seguirles a tanta distancia. Casi nos pasa lo mismo en el otro bucle.

—Tienes razón, vamos a atajar y seguir el sedal a partir de donde los hemos visto ahora. Al estar más cerca de ellos evitaremos este tipo de sorpresas.

Al llegar al cruce, verificaron la superposición de los hilos y siguieron el más reciente.

—¡Se oye un ruido de agua! —dijo Guido, que iba pegado a Samy.

—Sí, hace ya un buen rato que se percibe. En los dos últimos cruces se oía a lo lejos por otro túnel. Debemos de andar paralelos a uno de los famosos ríos subterráneos de Alejandría.

De pronto, Samy paró en seco. A dos metros de donde se encontraban un ancho túnel cruzaba el suyo, y el murmullo del agua había subido de tono.

—Ya hemos llegado al agua —dijo Samy bajando su mochila a tierra.

Sacó un rollo de cuerda, unos mosquetones y pitones. Clavó dos en la pared del túnel y aseguró los mosquetones. Luego se ató el otro extremo a la cintura.

—Voy a ver de cerca. No os mováis de aquí.

Se acercó cuidadosamente al borde, estaba rematado con piedra tallada. La tierra del túnel estaba ligeramente húmeda, pero no encharcada. Era un río

de unos dos o tres metros de ancho, con una buena corriente. Imposible cruzarlo nadando.

Paseó su linterna por los bordes y las paredes del río. No había ningún sistema preparado para cruzar.

—Lo tenemos difícil. La corriente es fuerte y no se ve nada que permita...

—Aquí hay unas hebillas selladas en la pared —dijo Zi.

—Es verdad no me había fijado. Voy a intentar saltar del otro lado. Tal vez podamos hacer un puente con dos cuerdas.

—¿Y si no lo consigues?

—La distancia es corta, con un poco de carrera...

Samy se agachó y tocó el agua, estaba congelada. Luego verificó el estado de las hebillas.

—Están en buen estado. Dejádme sitio y alumbrádme con las linternas.

Todos retrocedieron unos pasos para dejarle sitio y alumbraron la abertura del túnel de enfrente.

—Allá voy —dijo Samy cogiendo carrerilla.

Aterrizó holgadamente un metro dentro de la galería. Paseó la luz de su antorcha por las sombrías paredes.

—Aquí tenemos los mismos enganches, vamos a preparar las cuerdas para hacer un puente.

En poco tiempo Samy y Miguel habían preparado las cuerdas, una abajo y la otra, metro y medio más arriba. Miguel hizo el primer viaje y Samy los cinco siguientes para llevar todas las mochilas del otro lado. Luego, atados a una tercera cuerda de seguridad, todos cruzaron ágilmente, menos Edgard que estuvo a punto de caer al río.

—Sería mejor quitar las cuerdas —dijo Natalia.

—No, mejor las dejamos para la vuelta —contestó Edgard con firmeza.

Siguieron media hora más. Los túneles se hicieron más estrechos, y los cruces más espaciados, hasta que encontraron uno recto y con más pendiente.

—¡Unos escalones!, debemos estar llegando —dijo Samy.

—Bajan mucho y son muy estrechos.

Los escalones desembocaban en una pequeña sala de piedra tallada, perfectamente conservada y limpia. Una abertura oscura en la pared opuesta les llamaba.

—Es impresionante —dijo Zi pasando su mano sobre la piedra—, casi no se sienten las juntas. ¿Cómo harían para cortar la piedra así de perfecta?

—Aquí no hay nada, esto sólo es la entrada. Vamos a ver qué hay allí adentro —dijo Edgard con autoridad, avanzando hacia el hueco de enfrente.

PASARON el umbral de otro mundo. Una inmensa sala, que había sufrido las consecuencias de los terremotos pero seguía firme, como un gigante malherido que todavía se mantenía en pie, esperando estoicamente la última embestida que lo derrotaría.

Enormes pilares en forma de divinidades egipcias, sujetaban la estructura que se había derrumbado en algunos lugares, vomitando aquí y allá enormes bloques de piedra tallada y montículos de arena. En el centro, que tenía un desnivel de más de un metro, con escalones en todo su perímetro, se encontraba un enorme bloque de alabastro tallado, casi transparente, milagrosamente intacto, pero vacío. En las paredes de la sala, frescos, representando la vida y batallas de Alejandro III de Macedonia, al estilo griego. Un homenaje a la vida de un emperador dividido por dos culturas que le habían marcado profundamente.

Mientras los demás contemplaban con temor, admiración y fascinación, saboreando cada centímetro cuadrado, lo que seguramente fue la más importante y venerada tumba de la historia de la humanidad, Edgard iba de un lado a otro, como un león enjaulado, intentando encontrar lo que evidentemente no había.

—Esto debió de ser la entrada principal antes de los desastres naturales —dijo Zi señalando una gran abertura sellada a la cual se accedía mediante unos escalones que recordaban la cámara de Failaka.

Natalia se acercó, sacó un cuchillo de caza de su mochila, bajo la mirada alucinada de los demás, y empezó a dar golpecitos en las piedras de la esquina de la escalera.

—¿Y este cuchillo? —le preguntó Zi.

—Préstamo de Hassân. Aquí suena hueco, ayúdame.

Unos segundos después sacaban otro tarro de cerámica vitrificada.

—¡Qué intuición tía!

—Se me ha ocurrido cuando has hecho la comparación con Failaka. Dame, que no lo vea Edgard —dijo Natalia metiendo el preciado descubrimiento en su pequeña mochila, junto al revolver Magnum 45.

Buscaron inquietos a Edgard con la mirada, estaba con Guido, se acababa de sentar en los escalones del desnivel central mirando fijamente el cubo de alabastro.

Guido se acercó y se puso frente a él.

—Aquí tampoco hay tesoro, también se lo han llevado todo —le dijo el niño con tristeza.

Natalia se quedó a distancia prudente vigilando cada movimiento de Edgard, mientras los demás se acercaban tranquilamente.

Cuando llegaron a su lado, Edgard se levantó y miró con amargura al niño, que estaba de pie delante de él.

—El mundo ha cambiado mucho, Guido. Ya sé que tú esperabas encontrar un tesoro con oro, piedras preciosas, joyas, monedas y un sin fin de cosas como las que ves en los museos...

Edgar se arrodilló ante el muchacho y, cogiéndolo por los hombros, prosiguió con voz tranquila:

—Estos eran otros tiempos, ahora los valores han cambiado, y vale más un buen plan de ahorro que un lingote de oro.

—Pero Edgard, el oro es el oro, y siempre lo podrás vender si necesitas dinero.

—Tienes razón cuando se trata de un lingote, o de unas cuantas monedas. Pero imagínate miles y miles de lingotes, más lo mismo de monedas, y de rubíes, diamantes, joyas, cálices, objetos por los cuales los museos y los coleccionistas matarían... —Edgard se calló y esperó unos instantes a que la idea hiciese camino por la mente del muchacho —¿Cómo harías para llevarlo de un sitio a otro para esconderlo? ¿Y dónde lo esconderías? Cuando quisieras vender algo para obtener dinero, enseguida atraerías la atención. Luego investigarían, y tu vida se convertiría en un infierno. Vivimos en la era

de la electrónica, de Internet, de los satélites que lo ven todo... Para que un tesoro como éste pase desapercibido habría que repartirlo en pequeños trozos y adaptarlo a nuestra época.

Zi que hasta ahora había estado callada escuchando pensativa lo que Edgard decía, salió de su mutismo.

—¿De qué cantidad estamos hablando, Edgard?

Edgard no pareció sorprendido por la pregunta. La estaba esperando. Apartó tranquilamente sus manos de Guido, y apoyando su mano derecha en las frías baldosas del suelo, se levantó con esfuerzo. Miró profundamente a Zi y luego a Guido.

—No sé exactamente cuánto. Sería muy difícil saberlo. Pero para que os hagáis una idea, os diré que según mis cuentas, varias veces el presupuesto anual de Estados Unidos o de todos los países de Europa reunidos.

Todos se quedaron en silencio. Sólo se oía el suave soplo del aire en los pasillos, a lo lejos, levemente amplificado en la enorme sala en la que se encontraban.

—Y entonces ¿dónde está el tesoro? —preguntó Zi, rompiendo el silencio.

—En todas partes, en el mundo entero —contestó Edgard sonriendo ante las caras de sorpresa y asombro.

Y como no decían nada y lo miraban a la espera de una explicación, prosiguió:

—Acciones de compañías importantes, terrenos, bonos del estado, bancos, efectivo en zonas francas libres de impuestos...

—Pero, ¿qué compañías, qué bancos?

—Muchos, Zi. Demasiado para que una sola persona lo controle todo. Está repartido en pequeñas cantidades, (si es que se pueden llamar pequeñas), para no llamar la atención. Suficiente para controlar la gestión, sin nunca tener el poder absoluto. Con un juego inteligente de participaciones ínterempresariales, que permita que este control se haga de manera desviada. Estamos hablando de miles de empresas por el mundo, y esto empezó durante la revolución industrial, hacia 1850.

—¿Y quién lleva todo esto?

—Miles de personas. Pero ni lo saben, ni se lo imaginan. Diez albaceas

llevan las riendas en cabeza.

Nuevo silencio. Guido suspiró.

—¿Quiénes son?

—Sólo lo saben ellos mismos, y tus padres, claro. No se conocen entre ellos. He oído decir que cada vez que hay un cambio se anota en un cuaderno que está cerca de la momia de Alejandro. Pero está claro que tampoco es aquí donde se encuentra.

—¡El cuaderno de la tapa de plástico negra, con todos los nombres! —dijo Guido pensativo, como habiendo descifrado un enigma.

Todos se quedaron helados, a la vez que Guido se daba cuenta de que había hablado de más.

—¿Qué cuaderno? —gritó Edgard levantándose como un muelle y cogiendo bruscamente el niño por los hombros.

Ante la cara de aturdimiento de Guido que estaba pensando en qué contestar para recuperar la situación, éste se puso más nervioso.

—Habla, maldita sea, ¿Dónde está el cuaderno? —dijo sacudiendo al niño de malas maneras.

Zi se interpuso.

—Déjale, Edgard, ¿de qué va todo esto?

Edgard la empujó violentamente al suelo, sin contestar. Fue el momento que eligió Miguel para sacar la pistola 22 LR y apuntarle, mientras Samy ayudaba a Zi, después de lanzarle un buen puñetazo, de pasada, tirándolo al suelo.

—No te levantes —gritó Miguel nervioso.

Edgard se quedó en el suelo masajeándose la mandíbula y Natalia dio unos pasos hacia atrás retirándose bajo la protección de una columna que representaba al Dios Anubis. Seguía vigilando la entrada a la vez que a Edgard y había percibido algo en el fondo de la sala, cerca de la entrada.

—No voy armado —dijo Edgard.

—¿Qué está pasando, Edgard? —preguntó Zi.

Guido estaba aturdido, asistía apesadumbrado al derrumbamiento de la imagen de su tío Edgard. Zi le rodeó con sus brazos y le acarició el pelo.

—Tranquilo, ya ha pasado, Guido. Edgard nos va a contar todo, para que entendamos algo.

EDGARD se levantó sonriendo fríamente, desafiando la orden de Miguel.

—Dame esa pistola, ni siquiera sabes utilizarla —dijo Edgard con soberbia, ante la mirada atónita de los demás.

—¡Yo que tú se la daba!

Todos se dieron la vuelta hacia el lado de donde provenía la voz. Allí estaban los cuatro yankees, vestidos de negro, la cara manchada con maquillaje de camuflaje, y cuatro ametralladoras ligeras apuntando hacia ellos.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó Zi a Edgard, desafiante.

Edgard no contestó, tendió la mano para que Miguel le diese la pistola, la cogió y se la guardó en la cintura. Mientras tanto los cuatro demonios se acercaron, altivos y seguros de sí mismos.

Frank Bowell miró a Zi con cara de pocos amigos. A ella no le gustó nada, y decidió provocar a Edgard para desviar su atención.

—¿Tú eres el amigo de nuestros padres? ¿El que nos tenía que proteger? ¿Para qué tanto juego? ¡Me das asco!, si nuestros padres estu...

Edgard le pegó tal bofetada, que la tiró al suelo, partiéndole el labio. Samy se abalanzó sobre él, pero Dennis se interpuso con su automática.

—No me obligues a usarla, porque lo estoy deseando —dijo Dennis empujando a Samy hacia atrás con el cañón de su arma.

—¿Estás bien? —preguntó.

Zi asintió con la cabeza, mientras se secaba la sangre del labio con la mano. Miraba al suelo, pero Samy vio el destello verde brillante y mortífero de sus ojos, como los de una pantera herida, esperando su momento para

atacar.

Edgard le hizo una señal a Louie que fue hacia el lado opuesto de la sala con su mochila. Se acercó a un pilar y con la ayuda de una cinta adhesiva, ató un paquete en la parte de abajo que empezó a emitir un pequeño destello rojo. Luego se dirigió hacia otra columna.

—Escúchame, pequeña pija mimada —dijo Edgard con desdén y mirando a Zi con desprecio—, llevo buscando esta maldita libreta desde hace años. Muchos años. He tenido que soportar al cretino de tu padre todo este tiempo. Cuando pienso que fui yo quien se lo presenté a tu madre...

—Una historia de amor frustrado —dijo Samy con burla.

—No digas tonterías. No hay sitio para el amor en este tipo de negocios. Massimo, el padre de Zi, y yo, estudiábamos Historia del Arte en Cambridge. Obtuve una beca para venir a participar en una excavación en Alejandría. Conocí a Isabel, la madre de Zi, porque su abuelo era un alto cargo del CSA, que supervisaba personalmente el yacimiento en el que yo trabajaba. También participaba un equipo americano, con dos estudiantes de Yale. Una noche hubo un accidente en el yacimiento, uno de los norteamericanos murió y el otro resultó gravemente herido. Sucumbió días después. Nadie supo nunca qué hacían por la noche en un túnel debajo de la excavación. El yacimiento se cerró al poco tiempo y ahora hay una ampliación de la universidad en su emplazamiento, pegado al cementerio Latino... El caso es que el cotilleo local decía que el pobre chico estaba medio comatoso, y contaba cosas raras sobre el emperador Alejandro Magno y sociedades secretas. Fui al hospital a verle por curiosidad interesada. Soborné al enfermero de guardia en la planta de cuidados intensivos, y pasé cinco noches con él. Aprendí mucho. Pertenecía a una sociedad secreta llamada Skull and Bones, estaban en misión especial enviados por la CIA, que en aquella época estaba dirigida por George HW Bush, antes de instalarse en la casa blanca, el padre del actual presidente en funciones.

Edgard hizo una pausa, como cansado por los recuerdos de un pasado tan lejano y cercano a la vez. Retomó la palabra con más vigor y resolución.

—También me dijo que Prescott Bush, el abuelo del actual presidente, consiguió infiltrarse en una de las organizaciones financieras más poderosas del mundo. Cuando Alejandro Magno murió, dejó un heredero póstumo, que

prolongó el linaje del emperador hasta hoy día. Alejandro amasó un gigantesco tesoro durante sus campañas, y lo hizo esconder en varios emplazamientos, para dar poder a sus herederos. Hacia mediados del siglo XIX, este tesoro como tal, desapareció. Todo fue invertido en el nuevo mundo industrial que estaba naciendo. Fue un golpe de genio. Pero lo mejor fue la creación de la pirámide de mando, con sólo diez albaceas en la cima. No sé cómo Prescott Bush consiguió enterarse e infiltrarse en el negocio familiar, tal vez fuera casualidad, pero el caso es que fue demasiado codicioso y lo descubrieron. Afortunadamente para él, en ese momento era ya demasiado poderoso para que lo eliminaran, y tuvieron que contentarse con echarlo de la organización, reemplazando enteramente la rama gangrenada. Me dijo que toda la organización y sus cambios están registrados en una libreta. Una libreta que llevo treinta años buscando. Una libreta que sólo está en posesión de los descendientes del linaje y cerca de la momia de Alejandro. Mi idea era seducir a Isabel y tomar las riendas del negocio. Todo iba por buen camino, hasta que le presenté a mi querido y simpático amigo Massimo. Fue un flechazo que arruinó mis planes. Unos años después, mientras vuestros padres estaban de luna de miel, nos ocupamos de toda la familia, aquí mismo en Alejandría, en la casa familiar, pero sin resultados, el abuelo ya había pasado el relevo a su nieta y su marido, y no soltó prenda, se lo llevó un infarto y tuvimos que liquidar al resto de su familia. Fue una carnicería.

Se le descompuso la cara mientras recordaba las escenas que sus palabras evocaban.

—Pero tú salvaste a nuestros padres dos veces —dijo Guido.

—¡Puro interés! La primera vez, en Kuwait, porque pensaba que los documentos que habían desaparecido eran los que me interesaban, pero sólo eran dos papiros ininteligibles, un manuscrito y algunas tablillas de arcilla que ponen en tela de juicio a la iglesia y su monopolio sobre la fe. Y la segunda vez, yo ayudé a tenderles la trampa. Los encerramos en una cárcel cerca de Bagdad, junto a prisioneros de guerra supuestamente terroristas, les torturaron durante casi cinco semanas sin resultados, usando la fuerza, las vejaciones, las drogas y hasta el famoso suero de la verdad. Puede ser que en realidad no sepan lo suficiente como para dar una información concreta. Lo máximo que se les pudo sacar fueron las palabras “Marcos-Iskander”.

Decidimos rescatarlos de allí, siendo de nuevo yo el salvador, para seguir con el juego; pero en cuatro años no se ha conseguido ningún resultado. Ciertos albaceas decidieron apartaros a vosotros, para que estuvierais más seguros y yo aproveché para intentar un experimento, que por fin ha dado sus resultados.

—El bueno de Edgard —dijo Zi retirándose de su alcance por si acaso.

—Parece ser que ya no tenéis la paciencia de esperar —dijo Samy.

—Tenemos dos problemas: al Presidente de Estados Unidos, George Bush júnior, le quedan escasos meses de mandato y con él se van nuestros apoyos ilimitados en el mundo. Esta situación no se repetirá hasta dentro de mucho. Y por otra parte desde hace mes y medio, vuestros padres, que se encuentran casi enteramente recuperados, están negociando un trato con un alto cargo militar norteamericano que estuvo en la cárcel de Abu Ghraib y que me puede relacionar y comprometer. El problema es que todos están protegidos por Abdel Aziz y sus hombres. El eterno protector del linaje. Sólo ellos saben dónde están.

—Empiezo a entender por qué se ausentaba tanto estos últimos meses.

—Este hombre siempre me ha estado fastidiando. Pero ahora parece que la suerte ha cambiado —Edgard miró al niño seriamente—. Guido, quiero que me cuentes lo que sepas del cuaderno. Por las buenas o por las malas.

—Nunca te diré nada, eres un asesino, ya no te considero mi tío.

—Guido, mi amigos Dennis y Abie, aquí presentes, son especialistas en desatar las lenguas, y sobre todo les gusta ver sufrir, les produce un cierto placer.

—No hablaré nunca, antes prefiero morir.

—Eres un digno descendiente del linaje, pero no me refería a ti, sino a tu querida hermana.

Dennis separó a Zi de Samy, y Abie la cogió por el pelo echándole la cabeza hacia atrás con fuerza y provocándole un grito de dolor y rabia.

—¡ESTO se acabó Edgard! Todas mis sospechas se ven confirmadas. Ni todas tus relaciones, ni todo el poder del mundo, te permitirán salir de ésta.

Era la voz inconfundible de Abdel Aziz, que acababa de salir de una esquina derrumbada de la sala, acompañado de seis Zaggâlah que se estaban separando formando un círculo alrededor del grupo.

La reacción de Edgard fue coger a Guido contra él y apuntarle a la cabeza con el arma de Miguel, mientras Abie tiraba más del pelo de Zi y le hundía el cañón de su arma en el cuello. Louie y Dennis se encargaron de Miguel y Samy. Frank Bowell buscaba algo frenéticamente.

—¡La larguirucha, ha desaparecido, no la veo por ninguna parte!

—¡Qué nadie se mueva! —gritó Edgard, blandiendo un pequeño mando negro con su mano libre—. Hay cargas explosivas en cuatro columnas, si aprieto este botón, en treinta segundos todo se vendrá abajo.

Los Zaggâlah se habían situado en sus puestos y apuntaban tranquilamente a Edgard y sus hombres con sus fusiles. La situación estaba estancada.

—Deja ese mando, Edgard. Aquí no te va a servir de nada. En cuanto hemos entrado hemos activado un inhibidor de frecuencias. Conocemos cómo actúa la CIA, era muy fácil anticiparse.

—Eso es un farol —dijo Edgard con tono inseguro.

—Puedes verificarlo si quieres.

Edgard no sabía qué hacer, dudaba. La tensión era palpable, estaban todos al borde del infarto. El silencio era sepulcral. De pronto llegó la sorpresa.

—¡Ahora! —gritó Natalia con una voz estridente al borde del histerismo,

disparando el Magnum 45 de Hassân al aire y haciendo volar trozos de piedra del techo.

Las balas rebotaban por todos los lados con zumbidos que sonaban a latigazos. El reflejo de los profesionales fue agacharse, a la vez que los demás aprovechaban estos segundos de confusión para debatirse y salir de las garras de sus agresores, mientras los Zaggâlah disparaban con paciencia y tranquilidad, apuntando certeramente. Natalia lanzó su revolver hacia Zi, que lo cogió al vuelo sin saber cómo. Se oyó alguna ráfaga de ametralladora que fue a parar a las columnas.

Cuando todo acabó, no más de treinta segundos después, Abie y Dennis yacían en el suelo mientras un charco de sangre aparecía lentamente debajo de ellos, Frank Bowell estaba ileso, con las manos en alto y su arma a los pies, Louie estaba de rodillas en el suelo, sujetándose el brazo derecho en una postura inusual, inerte, la manga de la camiseta enrojecida.

Edgard seguía reteniendo a Guido con la pistola en una mano y el mando en la otra, pero ahora tenía el enorme cañón de una Magnum 45 a dos centímetros de su ojo derecho, sujetado por Zi. Todo el mundo estaba callado, los oídos silbando y doloridos del ruido pasado.

Abdel Aziz y los Zaggâlah no mostraban ningún signo de nerviosismo. Observaban la situación como si todo estuviese controlado.

—¿Cómo está Miguel? —preguntó Abdel Aziz con voz tranquila.

—Bien, se ha quedado un poco sonado pero sólo es un pequeño trozo de piedra que se ha desprendido del techo. La cabeza siempre sangra mucho — Contestó Samy que estaba ayudando a Miguel a incorporarse.

—Edgard, vamos a quedarnos así hasta que decidas soltar a Guido. Y recuerda, como le pase algo al niño, te entrego a los Zaggâlah. Son especialistas en hacer que la vida de un hombre penda de un hilo durante años, gracias a sus sabias torturas. Los más duros de la CIA parecen novatos a su lado.

Edgard había perdido toda su seguridad y su soberbia. Estaba nervioso, miraba de reojo cómo Samy recogía las armas de sus hombres, los cuerpos de Abie y Dennis en el suelo con ese líquido rojo y viscoso por donde se les escapaba la vida; Louie sentado, pálido, con el brazo hecho pedazos, y Frank, de pie desorientado por la rapidez en que todo había ocurrido. Luego midió al

enemigo, seis Zaggâlah de pie en semicírculo, apuntándoles tranquilamente pero sin piedad, Abdel Aziz que no le pasaría ni una, y Zi, con mirada de fiera enloquecida que podía apretar el gatillo en cualquier momento. Todavía tenía una carta en su poder, pero había que jugarla rápido, antes de que todo se desquiciara. Primero salvar el pellejo, ya tendría tiempo más tarde de ir a por lo que quería.

—Os entrego el niño pero nos dejáis salir de aquí —le dijo a Abdel Aziz.

—Ni hablar tú no te vas a ninguna parte, hijo de puta, si te mueves un milímetro te vuelo lo sesos —le dijo Zi metiéndole el cañón del revolver un poco más en el ojo derecho.

—Trato hecho —dijo Abdel Aziz ignorando las palabras de Zi—, pero cuidado con lo que haces.

—Me llevaré al niño hasta la entrada del túnel, allí lo soltaré.

—Tienes mi palabra, Edgard, no necesitas llevarte al niño.

—No confío en ella, lo haremos a mi manera.

—De acuerdo, hasta la entrada. Zi...

—Los acompaño hasta la entrada —insistió Zi.

—¿Algún inconveniente, Edgard?

Edgard no contestó, se echó un poco hacia atrás para liberar su ojo de la presión del arma de Zi, hizo una señal a Frank que ayudó a Louie a ponerse de pie, y empezó a andar despacio hacia la salida. Frank iba delante sujetando a Louie, cada vez más pálido. Edgard, Guido y Zi se arrastraban en bloque. Los demás seguían a pocos metros, vigilando cada movimiento. Cuando llegaron a la boca del túnel, donde empezaban las escaleras, Edgard esperó a que los otros dos estuvieran arriba para cubrirle, empujó bruscamente a Guido sobre Zi, y se lanzó escaleras arriba, todo lo rápido que pudo.

Pasaron unos segundos durante los cuales todos se retiraron del eje de la apertura, por si acaso.

—¡Espero que lo del inhibidor sea cierto, lo sabremos dentro de treinta segundos!, gritó Edgard desde la oscuridad, y el pequeño mando negro aterrizó en el suelo delante del túnel, con una pequeña luz roja parpadeando.

Todas las miradas se giraron hacia Abdel Aziz.

—Será mejor que salgamos de aquí, rápido, seguidme.

Dio media vuelta y se metió en otra apertura disimulada detrás de un

derrumbe, a unos metros del túnel. Una escalera de piedra en espiral, se perdía en la oscuridad.

Subieron todo lo rápido que podían. De pronto se oyeron más que sentir las, tres explosiones seguidas, casi simultáneas. Inmediatamente una corriente de aire ascendente cada vez más violenta invadió la escalera.

—Se ha hundido el techo de la sala, el agua la está inundando, expulsando el aire por los huecos existentes. Un último esfuerzo, casi hemos llegado —dijo Abdel Aziz.

Unos segundos más tarde llegaron a una pequeña sala con varios túneles y una compuerta como la de los submarinos, parecida a la que se habían encontrado en los sótanos de la cripta de San Marcos. Abdel Aziz la abrió y todos entraron en un recinto metálico de forma circular, de unos cinco metros de diámetro. En un lado había muchas botellas de inmersión, perfectamente colocadas contra la pared, cerca de otra compuerta.

—Es un sas^{[[37]]}de inmersión. Vamos a esperar a que el fondo del mar se calme. Debe de haberse organizado una buena.

Estuvieron una hora sentados, callados, conmocionados. Guido en los brazos de Zi a su vez en los de Samy, Miguel bajo los cuidados de Natalia, la única que seguía con su mochila a cuestas. Los Zaggâlah sentados contra la pared, callados y discretos, Abdel Aziz manejando un periscopio, como el de los submarinos, en el centro de la sala.

—¿Guido, quieres venir a ver el fondo del mar? —le preguntó Abdel Aziz.

Guido se levantó, animado por un pequeño empujón de Zi, y fue a reunirse con su viejo amigo y confidente. Poco a poco la sonrisa y la curiosidad volvieron; los malos ratos ya habían pasado a la historia.

—**L**LAMANDO a Alexander IV, me oyes Alexander IV —dijo Abdel Aziz por el micrófono del periscopio.

—Perfectamente. ¿Qué ha sido esto?, parecía un mini terremoto. La superficie casi no se ha movido, pero el sónar ha registrado inestabilidad y agitación en el fondo. No hemos podido ver nada porque el agua está asquerosa por la polución.

—Ya te explicaré. Nos tenéis que abrir la compuerta desde el exterior, por dentro es imposible, debe de estar atrancada. El sistema automático no quiere saber nada.

—De acuerdo, ahora baja Mario. ¿Tenéis aire suficiente?

—Sí. Según el indicador, nos quedan al menos dos horas. Luego tenemos las botellas.

—¡Perfecto!, estamos en contacto.

—¿Qué pasa? —preguntó Zi.

—Esta sala da a un sas que sale en medio de la Bahía de Alejandría. Por allí hemos entrado nosotros. Las explosiones deben de haber causado un movimiento de tierra que habrá dañado una de las compuertas.

—¿Qué hacemos en caso de que tampoco se pueda abrir desde fuera?

—Volarán la compuerta —dijo Guido.

Abdel Aziz sonrió.

—No creo que haga falta llegar a tanto.

Unos minutos después la radio rompió el silencio.

—Beduino, aquí Alexander IV, ¿me oyes Beduino?

Todo el mundo sonrió por la apelación, Beduino. Abdel Aziz también.

—Aquí Beduino, ¿cuándo nos sacáis de aquí?

—La cosa se nos ha complicado un poco, Osiris ha puesto un pie sobre parte de la compuerta. No tenemos ningún mecanismo a bordo para levantarlo. Si traemos una grúa tardaremos demasiado, y la compuerta puede estar dañada. Mario y Giuseppe ya están bajando con un soplete y el equipo necesario para cortar la parte que queda libre. Habrá que inundar la sala de mandos.

—No te preocupes, no creo que tengamos que volver a usarla en mucho tiempo.

—Te avisaré cuando Mario vaya a abrir la compuerta interior. Si está dañada habrá que cortarla también. Tendrás que apagar el generador antes de inundar.

—De acuerdo, esperamos tus instrucciones.

Media hora después se empezó a oír el borboteo del agua detrás de la compuerta interior.

—Ya están cortando. Dentro de poco saldremos.

Hablaban poco para ahorrar oxígeno, los Zaggâlah no habían abierto la boca en ningún momento, Miguel tenía migraña y Guido estaba encantado con la situación.

Tuvieron que esperar media hora más para volver a oír la radio.

—Beduino, aquí Alexander IV, ¿me oyes Beduino?

—Aquí Beduino, te escucho.

—Mario está en el sas, que todo el mundo se prepare, cuando estéis listos avísame. Ha enganchado un cable para llegar al barco, que lo sigan.

Abdel Aziz les explicó cómo ponerse las botellas y las gafas de buceo. Cuando saliesen era importante seguir el cable que les conduciría directamente al barco que les esperaba en la superficie, diez metros más arriba. Los Zaggâlah se enrollaron la parte de abajo de sus chilabas en la cintura para poder nadar libremente, enseñando unas patitas de cangrejo blancas y peludas, coronadas por unos viejos calzoncillos de rayas. Fue un instante cómico dentro de lo dramático de la situación.

Luego comunicó que todo estaba listo y apagó el generador. Se quedaron a oscuras, a la luz de las linternas y con media hora de aire cada uno. Pocos minutos después la habitación empezó a llenarse de agua. Tuvieron que

esperar casi quince minutos para que se inundase completamente la sala y Mario pudiese abrir la compuerta. Se abrió sin problemas y salieron uno a uno, siguiendo el cable, Abdel Aziz y los Zaggâlah los últimos, al límite de sus reservas de aire.

Efectivamente vieron cómo lo que quedaba de un pie, de lo que tuvo que ser una colosal escultura de Osiris, se había deslizado sobre la compuerta exterior.

A las doce y media del mediodía estaban todos sanos y salvos, chorreando, en la cubierta trasera de un inmenso yate ultra moderno, el Alexander IV, en medio de la bahía de Alejandría. La luz del sol les quemaba los ojos por haber estado tantas horas bajo tierra.

—Vamos dentro para que os cambiéis. Voy a enseñaros vuestros camarotes —dijo Abdel Aziz.

Los Zaggâlah se retiraron discretamente por el puente de estribor.

Cruzaron un amplio y cómodo salón comedor. En el fondo se abría una puerta que después de bajar una escalera, daba a un pasillo con las habitaciones.

—Organizaos como queráis, la mía es la primera a la izquierda y la del capitán la de la derecha. Os espero arriba —dijo Abdel Aziz.

Dio media vuelta y volvió a subir los escalones hacia la cubierta.

—Mira Zi, todas nuestras cosas están aquí —dijo Guido.

En cada lujosa habitación estaban las maletas, delante de los armarios. Hubo un revuelo, organizado por Guido para elegir las habitaciones, pero resultaron bien escogidas y no se cambió nada. Todo el mundo se duchó y arregló rápidamente para subir a cubierta a respirar el aire de la bahía. Las últimas que llegaron fueron Zi y Natalia. Hasta Samy harto de esperar subió antes.

Abdel Aziz había vuelto a desaparecer. Estaban intercambiando opiniones y saboreando las vistas de Alejandría, el promontorio del puerto, la nueva biblioteca, y la ciudad en general, que se extendía frente a ellos, cuando percibieron una lancha que había salido del puerto y venía hacia ellos a toda velocidad.

Unas palabras gritadas en berebere y dos Zaggâlah aparecieron en cubierta, para colocarse cerca de la escalera por la que habían subido todos,

media hora antes.

Abdel Aziz apareció enseguida con el capitán.

—¡Bonjour! —les saludó Etienne Martínez.

Todos le saludaron, sin sorpresa, en el fondo se lo imaginaban. Quién sino él, podría haber sido el capitán.

La lancha aminoró su velocidad e hizo su maniobra de aproximación. Dos marineros lanzaron unos cabos, recogidos hábilmente por los Zaggâlah, que los sujetaron con fuerza. Uno de los marineros subió con algo movedizo en los brazos. Nada más llegar arriba, un Lennon saltó con furia al puente y se lanzó hacia ellos con mil muestras de cariño y añoranza compartida. Luego le tocó el turno a un hombre delgado y piel curtida, con una mochila en la espalda y una sonrisa victoriosa en los labios.

—El hombre del Palazzo, el que nos dijo que no nos moviésemos de Venecia y desapareció por el pasadizo del muelle —murmuraron Miguel y Guido.

ZI se quedó mirándolos unos segundos, en los cuales muchas imágenes e información volvieron a su mente. Numerosas piezas de un viejo puzzle de cuatro años se colocaron por sí mismas, organizadas y con coherencia. Tenía que llamar a Vero en cuanto le fuese posible, para verificar un presentimiento.

—¡Thierry Leroy! —exclamó Zi, acercándose a él para darle dos besos, con verdadero afecto y alivio.

—¿Lo conoces? —preguntaron Miguel y Guido.

—Era mi jefe en el Louvre, y uno de los mejores amigos de papá y mamá.

—Y lo sigo siendo —rectificó Leroy acercándose para saludar a los demás.

La lancha se estaba alejando hacia el puerto con los seis Zaggâlah a bordo. Se habían despedido discretamente de Abdel Aziz antes de embarcar.

Etienne sacó un teléfono de su bolsillo y dio unas órdenes. Instantes después los potentes turbodiesel del yate empezaron a ronronear. Sonaron los zumbidos de unos motores eléctricos, el cliqueteo de unas cadenas y las dos anclas abandonaron el fondo del mar. El yate se puso en marcha abandonando la bahía de Alejandría.

—Vamos dentro, estaremos más cómodos para hablar, y supongo que estas emociones os habrán abierto el apetito —dijo Abdel Aziz.

Cuando todos estuvieron cómodamente sentados alrededor de la gran mesa de metacrilato dispuesta para comer, con ensaladas, fiambres, y unas suculentas pizzas, Abdel Aziz tomó la palabra:

—Ha llegado el momento de la verdad. Normalmente no se suele hablar

de esto delante de miembros ajenos a la familia, pero esta vez, vuestros padres y los albaceas, representados por Thierry Leroy, han decidido que se haría una excepción —empezó Abdel Aziz.

—Aunque la mayor parte del tiempo, nuestros ángeles os han estado vigilando, el riesgo era real. Hemos sabido apreciar y reconocer la nobleza que habéis tenido en todo momento. Esperamos que sepáis guardar este secreto a lo largo de vuestras vidas. Algunos de los albaceas ya somos mayores, y tendremos que ceder nuestro sitio dentro de unos años... —aclaró Leroy.

—Hace cuatro años —prosiguió Abdel Aziz—, Isabel El-Romani y Massimo Zenatti, fueron raptados en el desierto, a unos doscientos kilómetros al sur de Bagdad. Iban a rescatar los documentos que ya habían sido robados años antes, durante la Guerra del Golfo, por un hombre que actuaba bajo las órdenes del entonces Presidente de los Estados Unidos George Bush, padre del actual Bush en funciones.

—Que también pertenecía a los Skull and Bones de Yale —dijo Guido.

—Sé que estáis bien enterados, así que no entraremos en estos detalles. Retrocedamos cuatro años. Nada más conocer la desaparición, Edgard me llamó para darme la noticia a su manera, pero Thierry usó sus relaciones en esta parte del mundo para llevar adelante su propia investigación. En dos semanas recompuso toda la operación desde la salida de Bagdad. El dinero suelta muchas lenguas. Relacionaron a dos hombres, uno era Paolo Bratti, enviado especial del imperio más extendido del mundo, que parecía estar metido en el robo de objetos de arte. Del otro no se pudo saber nada, era como un fantasma, un demonio con tanto poder que ni el dinero sacaba confidencias...

—Mi investigación estaba estancada —interrumpió Leroy—, pero lo que me extrañó en todo esto, es que, a parte de mí, de vuestros padres y del director del Museo Nacional de Bagdad, nadie más sabía de la existencia de esa caja escondida en un lugar tapiado de los sótanos del museo. Sólo Edgard Rossi, quién los rescató durante la Guerra del Golfo y consiguió recuperar los documentos. Ni siquiera Abdel Aziz.

—Los devolvió porque no eran los que él buscaba —dijo Zi.

—He oído la grabación de lo que ha dicho ese desgraciado en la cámara

de Alejandría —respondió Leroy.

—Como estábamos estrechando el lazo y haciendo muchas preguntas, a la vez que por su parte ellos no conseguían resultados positivos, decidieron liberarlos y de paso apartar las sospechas que pesaban sobre Edgard. El bueno de Edgard había vuelto a salvar al matrimonio Zenatti —dijo Abdel Aziz.

—¿Y qué fue de los documentos robados?, la famosa caja —preguntó Zi.

—Vuestros padres fueron conducidos en un jet privado hasta París. De allí en un coche habilitado para ellos, hasta un centro especializado que vigilamos discretamente, pero de manera intensa e ininterrumpida, desde entonces. Llegaron en un estado lamentable, pensábamos que Isabel, vuestra madre, no resistiría, aunque fue la que mejor se restableció —dijo Abdel Aziz, evitando el tema de la caja.

—¡Las mujeres somos fuertes! —dijo Natalia.

—El caso es que no teníamos pruebas suficientes para culpar a Edgard. Tus padres y algunos albaceas, como Thierry, ya pensaban lo mismo que nosotros, pero con el espectacular rescate y sin pruebas... Decidimos esperar y aislarlos, haciendo que Edgard se ocupase de todo, para que él mismo se sintiese seguro y fuera de sospechas, y cometiese algún error. No le dejamos acercarse a tus padres, supuestamente por motivos de seguridad, y le hicimos creer que estaban muy mal, durante todo este tiempo, hasta hace unos meses.

—¿Por qué habéis esperado tanto?

—Edgard es una persona muy inteligente, y sobre todo extremadamente desconfiada. Había que esperar el tiempo suficiente para que ya no estuviese alerta. Y de paso, que tus padres se recuperasen. No sabemos cómo se enteró de la existencia del mapamundi y su contenido, ni cómo consiguió localizarlo, pero eso fue lo que nos permitió empezar con la operación.

—Por lo que nosotros hemos sacado en conclusión, los que nos perseguían buscaban algo que nosotros no teníamos dijo Zi.

—El año pasado cuando te llevaste de manera magistral el mapamundi de la Biblioteca Nacional, empezamos a urdir un plan. Hace unos meses, hicimos correr el bulo de que un alto cargo militar norteamericano que estuvo en la cárcel de Abu Ghraib, nos iba a proporcionar información sobre el secuestro desenmascarando a los culpables, y que vosotros estabais en

posesión de ciertos documentos importantes y confidenciales.

—Fue entonces cuando infiltraron a Frank Bowell en la Biblioteca Nacional —dijo Zi.

—Y cuando el Vaticano decidió volver a meterse en el juego. Esto nos permitía mantener cierta competencia con la CIA y la NSA, y que no estuviesen totalmente centrados en vosotros. Nos ibais a servir de cebo a la vez que os llevaría a conocer la historia de vuestra familia.

—El día en que empezó todo, también podría haber acabado, ¿viste cómo quedaron las casas?

—Tengo que reconocer que Guido es un genio. Pero os recuerdo que durante estos cuatro años teníais unos ángeles pegados al cuerpo, las veinticuatro horas del día. No estábamos dispuestos a que cierta historia del pasado se volviese a repetir.

—¿Y lo que contó Edgard sobre el resto de la familia en la casa de Alejandría? —preguntó Guido.

—Es verídica, ahora sabemos que él estaba presente, seguramente también algún miembro de la CIA, pero estamos seguros de que había más gente metida en esto. Fue una masacre, atribuida oficialmente a un acto terrorista, como muchos en esa época.

—En cuanto salga de los túneles volveremos a empezar —dijo Zi suspirando.

Thierry Leroy se levantó de la mesa, que ya había sido despejada por Mario antes de ir a por el café.

—Es un laberinto bastante complicado —dijo recogiendo su mochila del suelo y volviendo hacia ellos siguiendo los suaves balanceos del barco.

—Ha marcado el camino con nylon rosa flúo, le va a resultar fácil —explicó Zi.

—Yo creo que le va a costar conseguirlo —dijo volcando el contenido de la mochila sobre la mesa.

Esparcido sobre el metacrilato estaban las cuerdas del puente, la escalera de cuerda del pozo, y sobre todo un montón de palos con un enmarañado de nylon rosa flúo.

—Bratti debe de seguir emboscado cerca del pozo. No sabemos qué está esperando, pero lo va a esperar largo tiempo. Tenemos hombres vigilando los

alrededores, y van a turnarse las veinticuatro horas durante un mes.

El alivio se podía leer en la cara de todos.

—Vamos a atracar en Marsella. Vais a tener que vivir en el anonimato hasta que Bush júnior cese su mandato. Las elecciones son en noviembre, pero deja oficialmente el cargo en enero. Luego habrá que esperar que el nuevo presidente en funciones haya cambiado todo el antiguo equipo, sobre todo de la CIA y la NSA. Tenemos todo organizado.

—¿Cuándo vamos a poder ver a nuestros padres? —preguntó Guido.

—Pronto; primero tenemos que estar seguros de que todo está calmado y de que hemos conseguido borrar vuestras pistas.

—Yo tendría que contactar con mi padre, lleva una semana sin noticias mías.

—Nosotros hemos hablado con él. Le hemos dicho que eras testigo protegido de un caso confidencial internacional y que ahora estabas anónimamente escondida en alguna parte del mundo. De todas maneras, debes de hablar con él para tranquilizarlo.

—¿Y yo? —preguntó Miguel.

—Tus padres no se han enterado de nada, creen que estás con unos amigos en alguna playa española pasándolo bien y que se te olvida llamar, como siempre.

Miguel sonrió reconociendo que era verdad.

—Como os decía tenemos todo organizado, pero ya tendremos tiempo de hablar de todo esto durante la travesía. No llegaremos a Marsella hasta dentro de tres días.

Pero Guido hizo una última pregunta que le quemaba la lengua desde hacía tiempo.

—¿Entonces somos descendientes del Emperador Alejandro Magno?

Mientras Zi y los demás sonreían, cómplices de las inquietudes del pequeño genio, Abdel Aziz y Thierry Leroy se quedaron muy serios.

—¡Sí!, habéis heredado ese gran privilegio y esa gran responsabilidad —dijo Abdel Aziz—. Alejandro Magno ha sido venerado como un Dios durante siglos después de su muerte, incluso por los más poderosos e ilustres hombres de aquellos tiempos. Sus descendientes, han sido hostigados sin piedad sobre todo por la Iglesia, a quien hacía demasiada sombra sin necesidad de

propaganda y de terroríficas persecuciones inquisidoras. Muchas religiones le han dejado un sitio de honor, como los musulmanes y hasta los judíos. Hoy en día, al igual que durante los siglos pasados, el Vaticano os sigue la pista; son peligrosos e implacables, están infiltrados en todos los gobiernos del mundo de una manera u otra, como os lo demuestra la historia de la Iglesia.

Ya nadie sonreía.

—¿Y qué pasa con la lista de nombres que buscaba Edgard? —preguntó Zi.

—Edgard, y todos los demás. Esta lista es la puerta de entrada al tesoro de Alejandro III de Macedonia —dijo Abdel Aziz.

—La lista que nosotros hemos encontrado en un cuaderno con funda de plástico negra, no estaba actualizada desde hace mucho tiempo.

—Este es el error que ha cometido Edgard. Cómo puede un hombre tan astuto como él, aliado con las organizaciones más poderosas del planeta, pensar que en el siglo XXI nuestra estructura siga apuntando los nombres de los miembros de su pirámide de dirección en una libreta. Sobre todo cuando entre nuestras empresas se encuentran las más prestigiosas, y de más alto nivel tecnológico del mundo.

—¡Todo está en el PDA de la cámara de la momia, en San Marcos! —exclamó Guido.

—Efectivamente, y si alguien intentase entrar pirateando, toda la información se borraría en el momento —avisó Leroy sonriendo—. Conseguir los nombres de esa lista es imposible, pero aunque se pudiese, para dar una orden a un albacea se necesita un código de protocolo y otro de confirmación.

—¿Si la información se borra, estará en una copia de seguridad? —preguntó Guido.

—Sí, existe una copia criptada en el ordenador más potente del mundo.

—Se supone que el más potente del mundo es el de la CIA —dijo Guido.

Thierry Leroy y Abdel Aziz le miraron sonriendo.

—Están buscando por todo el mundo algo que ya tienen en casa...

—Vamos a tomar el café fuera viendo el mar y a disfrutar de un merecido descanso —dijo Leroy levantándose.

Todos lo siguieron a cubierto, el horizonte azul rodeaba el barco

confundiéndose con el cielo, dejando una sensación de paz y libertad reforzada por la silueta de Lennon durmiendo en un cojín, a la sombra del mediodía.

TERCERA PARTE

París, tres días después.

EL TGV^{[[38]]}Marsella-París estaba haciendo su entrada en la parisina Gare de Lyon. Zi y Natalia ya estaban de pie en el descansillo del vagón de primera con las mochilas a la espalda, rodeadas de nerviosos ejecutivos y ejecutivas trajeados, que obviamente todavía no se habían ido de vacaciones.

* * *

Durante la travesía, nadie había nombrado los hallazgos de las cámaras de Failaka y Alejandría, ni el contenido de la caja recuperada en Irak y desaparecida en París. Abdel Aziz y Thierry Leroy evitaron hábilmente el tema, y ellos cumplieron el pacto de silencio acordado en Alejandría antes de la cena con Edgard.

El primer tarro de cerámica vidriada seguía en la mochila de Zi, tal y como ella lo había dejado. Nadie lo había intentado abrir.

El segundo se había mojado durante la inmersión obligada para salir del sas y subir al yate, en Alejandría. No parecía estar dañado, al contrario, daba la sensación de que el papel o tejido que rodeaba la tapa servía de junta hermética, hinchándose y endureciéndose con el agua.

Habían podido hablar entre ellos, aprovechando los numerosos momentos en que se encontraban solos, mientras Abdel Aziz y Thierry Leroy estaban ocupados con sus asuntos.

Natalia les contó lo que había visto en el hotel Sofitel Cecil, cuando fue a tomar su última copa con Hassân. El encuentro de Edgard, primero con Bratti

e instantes después con el supuesto equipo de la CIA.

—Deberías de haber vuelto a nuestro hotel inmediatamente para tenernos al corriente —dijo Zi.

—Esa fue mi primera reacción. Luego pensé que si lo hacía, nadie pegaría ojo en toda la noche, y que al día siguiente habría tal tensión, que Edgard notaría algo, irremediablemente.

—Tal vez hayas tenido razón. Tampoco te ibas a perder una noche con el guapo de Hassân.

—Da igual, estaba tan preocupada que no pasó nada.

Zi se quedó mirándola sin saber qué pensar.

—De todas maneras lo hiciste muy bien y en el momento adecuado.

—No me separé de Edgard ni un solo instante durante toda la expedición. Cuando ya estábamos en la sala, me quedé apartada, vigilando el acceso por donde habíamos llegado. De pronto vi unas sombras y me escondí detrás de la columna.

—¿Cuándo vamos a abrir los tarros? —preguntó Guido.

—Tendremos que esperar. Aquí no podemos hacerlo, podríamos dañar el contenido. En París, en el Museo del Louvre, hay una sala estéril, especial para estos casos. Lo sé porque mi amiga Vero a veces la usa para sus investigaciones.

—¿Cuándo vamos?

—No lo sé, primero tengo que contactar con ella y aquí no hay cobertura.

—Es verdad, y si utilizamos el móvil vía satélite, Abdel Aziz se va a enterar al segundo —observó Guido.

—Habrá que esperar a que podamos usar los móviles italianos —dijo Miguel.

—¡Esperaremos a pasar cerca de alguna costa! Estos teléfonos tienen reconocimiento de red automático, mandaré un mensaje al móvil de Miguel, cuando lo reciba querrá decir que estaremos en zona de cobertura —dijo Guido.

—Cuando me habéis dicho que Thierry Leroy era el hombre que fue al Palazzo de Venecia, he empezado a atar cabos —dijo Zi.

Todos prestaron atención inmediatamente, y prosiguió:

—En el despacho de Leroy, en el Louvre, hay fotos y documentos

enmarcados bajo cristal colgando de las paredes. En aquel momento, no me llamaron la atención, pero ahora sí que puedo situar algunos, eran los yacimientos de Al Qousur en Failaka, y El-Maraki en el Oasis de Siwa, las fotos no eran recientes, tal vez de principio de siglo, por la ropa de la gente. Otros son más bien dibujos de artefactos como los de Leonardo Da Vinci pero sin ser de él, de esto estoy segura, también templos egipcios, incas, mayas...

—¿Y qué cabos has atado?

—En aquel entonces no sabía que Leroy estaba relacionado con nuestros padres, y no caí en algo importante. Pidió una excedencia temporal, que le fue concedida inmediatamente. Se marchó sin más y no he vuelto a verlo hasta ahora. El último día, recuerdo que era un viernes, intenté localizarlo, pero fue inútil. Vero me dijo que se había sumergido en los sótanos del museo para poner en orden algunas cosas recién llegadas al Louvre antes de irse.

—Bueno, eso indica que es un profesional muy meticuloso —dijo Natalia.

—Yo tengo la corazonada de que ese día, aterrizó en París un Jet privado con dos historiadores maltrechos y una caja con objetos rescatados en Irak a bordo. Thierry Leroy escondió la caja entre la multitud de objetos de arte almacenados en los sótanos del Museo del Louvre y pidió una excedencia para poder ir a ocuparse de nuestros padres.

—Tal vez tengas razón —dijo Samy—. Eso implicaría que ese documento sería mucho más importante de lo que dan a entender, razón por la que han mandado a Bratti tras su pista. Ten en cuenta que la Iglesia tiene milenios de memoria histórica, y seguramente saben de qué se trata. ¿Alguna vez lo has visto?

—¡Nunca!, ni siquiera Abdel Aziz. Cuando Edgard lo rescató del saqueo de la Guerra del Golfo, no llegó a ir con nuestros padres a Argentina. Sé que el lote se compone de veinte tablillas de barro, dos papiros y un impresionante pergamino en piel de cabra con dibujos en color de dos hombres y un demonio, y que es muy antiguo, pero no sé de qué época, ni si hay alguna escritura aparte de los dibujos del pergamino.

—¿Qué piensas hacer?

—Primero, con la ayuda de Vero, abrir los dos tarros que hemos encontrado. Luego, si es posible, hacerle una visita a los sótanos del Louvre.

—¿Eres consciente de la cantidad de piezas que debe haber almacenadas allí dentro?

—Seguro que Vero tiene alguna idea. Esta parte del museo es nueva, la reconstruyeron completamente cuando hicieron la pirámide de cristal y el hall principal. Se supone que todas las obras allí almacenadas, han sido revisadas, etiquetadas e informatizadas, con su correspondiente fecha de entrada o de último inventario.

ZI y Natalia bajaron del tren arrolladas por los impacientes trajeados, ansiosos por llegar a sus adorados lugares de trabajo. Qué diferencia con la tranquilidad y a veces enervante apatía egipcia. Era un cambio demasiado brusco que las aturdió.

—¡Bienvenidas a París!

Una chica alta y morena, de la misma edad que ellas, las devolvió a la realidad con una gran sonrisa.

—Hola Vero, te presento a Natalia.

Después del tradicional besuqueo parisino, las tres chicas se dirigieron al pequeño parking, en el lateral de la estación.

—¿Qué tal el viaje?

—Fantástico, tres horas y pico, y llegas al centro de París. Más rápido y cómodo que el avión.

—¿A qué hora habéis salido?

—A las cinco y media de la Gare Saint Charles. El hotel estaba junto a la estación. Ha sido salir de la cama para meternos en el tren —contestó Natalia.

—¿Y este coche? —preguntó Zi señalando el pequeño Citroen C2 azul marino con el discreto sello “Musées de France” en letras doradas.

—Es uno de los coches del museo, los solemos coger cuando los necesitamos para una gestión. Éste estaba libre hasta mañana. Luego lo devolvemos, no he rellenado ficha porque lo cogí tarde y ya no había nadie. Me regañará, pero me tiene cariño, es un viejo simpático.

—¿Podemos ir hoy al laboratorio?

—Vamos a casa a dejar vuestros equipajes y luego al museo. Tengo turno

en el laboratorio de once y cuarto a doce y media. Si no hemos terminado podremos quedarnos hasta las dos, porque durante la hora de la comida, no hay nadie apuntado.

—¡Fantástico, qué rápido lo has conseguido! —se sorprendió Zi.

—Me he puesto en marcha en cuanto he recibido tu llamada.

—¿Te ha dado tiempo a mirar el asunto de la caja que recibió Leroy antes de irse de excedencia hace cuatro años?

—Sí, tengo acceso remoto al ordenador, así puedo trabajar desde casa. Esto es muy práctico, sobre todo cuando estamos trabajando fuera, en alguna investigación. Todo se hace vía Internet. Pero no he encontrado nada. Leroy estuvo fuera tres meses, pudo perfectamente llevársela o cambiarla de sección a su vuelta.

—No lo creo. ¿En qué sitio estará más segura que en un museo? Y mejor aún si es el suyo, ahí la puede vigilar, y tiene acceso a ella cuando quiera.

—Seguiremos buscando, yo sólo llevo mirando dos días, y lo mío son las escrituras antiguas, no el rollo de la clasificación y registro de las obras.

—Si estuviesen mi hermano y Samy aquí, se podrían encargar del tema en tu casa mientras nosotras estamos en el museo. Ellos sí que entienden, y les apasiona.

—¿Tienen acceso a Internet en el hotel?

—Supongo que sí.

—Llámalos y entérate, porque les puedo dar mis claves de acceso, para que busquen ellos.

—¿No tienes miedo a que esto te comprometa?

—¿Por qué?, tengo autorización, y en consecuencia, acceso al sistema. En algunos casos puedo estar días enteros buscando algún objeto para una investigación. Hace unos meses estuve casi una semana detrás de unas tablillas de barro escritas en hierático incisas con un estilete, para compararlas con otras, escritas en cuneiforme con la misma técnica. Lo único importante es el movimiento de las piezas, cuándo se han cogido, quién la ha cogido, dónde han ido, y cuándo se han devuelto a su sitio, o a otro sitio porque se haya cambiado de lugar... Esto permite reconstruir el historial de cada objeto.

Nada más llegar a casa de Vero, Zi llamó al móvil de Samy. Los tres

estaban ya despiertos, desayunados y enganchados a Internet en busca de alguna huella sobre las piezas robadas en Kuwait y supuestamente recuperadas en Argentina durante la Guerra del Golfo.

Utilizaron el ordenador y la webcam de Vero para hablar a través de la red, y verse las caras en la pantalla.

De momento parecía que nadie se había percatado de la ausencia de Zi y Natalia. Abdel Aziz y Thierry Leroy ya habían salido del hotel y no volverían hasta la noche. Dejaron orden escrita de que no abandonasen el hotel bajo ningún concepto.

Zi les dio las claves de acceso al sistema del Louvre.

—Si realmente está tan bien organizado, va a ser fácil detectar qué objetos han entrado el famoso viernes en que Leroy se fue de excedencia —dijo Samy.

—Esto ya lo he pensado, pero no he encontrado nada. No hay ninguna entrada registrada ese viernes —le contó Vero.

—Algunos campos son de uso interno y no se muestran en la pantalla —dijo Guido—. Suele haber un contador para la continuidad. Sirve para saber en qué momento se ha hecho el apunte en relación con los demás. No es una fecha, sólo un número cronológico que sigue al anterior. Mirando este orden de entrada, se pueden apreciar rápidamente las relaciones que tiene con los registros que le preceden y los que le siguen. Luego se sacan las conclusiones oportunas.

—Este niño es un prodigio —dijo Vero sorprendida.

—Todo esto es muy bonito, pero si logramos localizar el emplazamiento, ¿cómo vais a conseguir sacarlo? Os recuerdo que esto es el Museo del Louvre, uno de los lugares mejor vigilados del mundo —les avisó Samy.

—Lo que está muy vigilado son las salas de exposición. Las oficinas y los sótanos, no tanto. Hay alarmas y cámaras en los accesos principales, cerraduras de códigos y tarjetas en las puertas de la zona nueva, pero no hay rondas sistemáticas —le contestó Vero.

—Casi nada, tendréis a los guardas del museo encima antes de haber dado un paso.

—No, si ya estamos dentro antes de que cierren el museo —le replicó Zi.

—Qué buena idea —dijo Guido.

—Está bien, no me parece buena idea, pero voy a ver cómo os puedo ayudar. Tengo un amigo que trabaja en un laboratorio de la Universidad de California en Berkeley, y que ahora está de gira por las principales Universidades de Europa, dando conferencias sobre un nuevo material que han desarrollado. Voy a intentar localizarlo, a ver si nos puede echar una mano.

—¿De qué se trata? —preguntó Natalia.

—Os lo diré cuando esté seguro de que nos puede ayudar.

ENTRARON las tres por el acceso lateral del museo, reservado al personal, y se dirigieron directamente a la zona privada. De camino al laboratorio pasaron delante de la oficina de Thierry Leroy. Estaba cerrada, a través de la puerta de cristal se veía su mesa totalmente ordenada y recogida. No había vuelto.

—Que yo sepa, lleva tres semanas fuera y no ha regresado todavía —dijo Vero.

Llegaron al laboratorio a las once, no estaba ocupado.

—Es todo nuestro —dijo Vero empujando la puerta de metal acristalada de la sala.

Una vez dentro, Zi sacó los dos tarros de cerámica vidriada de la mochila y los depositó sobre la mesa central del laboratorio. Vero encendió la luz de la lupa articulada, unida a un costado, tomó uno de los tarros entre sus manos y lo observó detenidamente, auscultando cada milímetro de su superficie. Cuando terminó lo depositó delicadamente en la mesa y repitió la operación con el otro.

—Estoy un poco confusa, el proceso de vitrificación de esta cerámica..., incluso hoy en día existen pocas industrias que consigan una textura tan perfecta. Lo mismo para el soporte, ¿no os ha llamado la atención lo perfectamente cilíndrico que es el tarro y cómo encaja a la perfección el cierre de la tapa?

—¿El cierre?

—Ahora veras —contestó Vero cogiendo firmemente uno de los tarros con las dos manos.

Apretó con fuerza la tapa, como si quisiera meterla más todavía, de hecho se hundió unos milímetros, luego giró hacia un lado, no se movió, lo intentó hacia el otro, giró poco a poco un cuarto de vuelta, lo volvió a llevar a su sitio inicial, y depositó el tarro sobre la mesa suspirando, con cara de preocupación.

—¿Está bloqueado? —preguntó Zi inquieta.

—No, esta tapa tiene un sistema de cierre parecido al de un container de seguridad de los laboratorios de investigación. Se desliza perfectamente. Pero tiene una cerradura.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando lo giro hay al menos dos hendiduras verticales por las cuales puede sacarse la tapa. El problema es que de allí pueden partir otras.

—Las podemos probar todas e ir dibujando los caminos en un papel, para tener un esquema completo.

—Sería una solución, pero si se han molestado en diseñar un container con cerradura, también habrán puesto un sistema de seguridad.

—¿De qué tipo?

—¡No lo sé!, un explosivo, un gas, un ácido que destruya el contenido...

—¿Cómo vamos a hacer?

—Rayos X.

—¿Conoces un sitio discreto, dónde...?

—Ese aparato de allí. Es parecido al de los dentistas. Permite hacer una radiografía panorámica de la circunferencia de un objeto. El resultado se ve en esta pantalla. Ahora veréis.

Vero puso el tarro sobre una plataforma, en el centro de un aparato, y graduó la altura para que la tapa quedase al nivel de la cabeza de emisión de los rayos. Cerró la cabina y fue a la consola del ordenador. Activó el programa e inició la sesión. Al instante un brazo empezó a desplazarse lentamente alrededor del objeto. Pocos minutos después, tenían la radiografía panorámica de la tapa y su interior en la pantalla.

—Mirad, se distinguen perfectamente las ranuras. Estos cinco caminos, no conducen a nada. El que abre sería éste, el más complicado, que necesariamente pasa por parte del camino de los erróneos. Otra observación, los erróneos acaban todos a la misma altura, y no creo que sea casualidad.

Vamos a hacer otra radiografía, más potente, para ver el interior.

Repitieron la operación.

—¿Lo veis? —preguntó Vero.

—Yo no veo nada —contestó Natalia.

—Yo tampoco, es todo muy confuso.

—Es porque os falta costumbre. Estas son las ranuras de antes, y esto de aquí es un dispositivo de metal, y esta masa que aparece arriba, pegada a la tapa es la parte peligrosa.

—¿Qué es?

—No te lo sabría decir, me inclinaría por un líquido, tal vez un ácido, pero no lo sé con seguridad.

—¿Lo abrimos? —preguntó Zi.

—¡Lo abrimos! —contestó Vero.

Imprimió las dos radiografías y suprimió el fichero del ordenador para que no quedasen huellas. Trazó el camino con un rotulador rojo, recortó la radiografía y la pegó en la tapa, haciendo coincidir la marca de salida con la ranura que se veía debajo del fieltro. Para finalizar marcó en el tarro el emplazamiento de la ranura de la tapa.

—Listo, vamos allá. Habrá que tener cuidado en la tercera ranura y en la quinta, porque si subimos demasiado... Estamos hablando de cinco milímetros.

—¿No tienes algo que pueda hacer tope? —preguntó Zi.

Vero se quedó pensativa mirando a su alrededor. De pronto se le iluminó la cara. Cogió el teléfono y marcó el número de una extensión.

—*Fred?*...

—*Peut-tu monter trente secondes au labo, s'il te plais?*

—*Merci.* ^{[[39]]}

Colgó el teléfono y fue hasta la otra punta de la sala a quitar la funda a una máquina.

—¡Esto es un taladro! —dijo Natalia.

—¿Lo vas a taladrar? —preguntó Zi.

—Nos va a servir de tope. Pondremos el tarro debajo y así levantaremos solamente lo que deseamos, ni un milímetro más. Pero es un taladro electrónico de precisión y no sé cómo se maneja. Ahora sube Fred y nos

enseña.

Al rato llegó Fred, una becaria menudita, de pelo corto teñido de verde y mirada inteligente, les explicó el funcionamiento del aparato, se podía usar de manera manual con una rueda graduada, o pilotando con un teclado. Eligieron el modo manual, puesto que el otro requería la presencia de Fred.

Cuando estuvieron solas de nuevo, colocaron el tarro debajo de la cabeza vacía del taladro, bajaron ésta hasta que tocó la tapa, pusieron a cero los indicadores digitales, y empezaron la maniobra, siguiendo el plano con la marca, Vero con las manos en la tapa y Zi en la rueda de desplazamiento vertical del taladro. Estaban tan concentradas que tardaron casi media hora en terminar.

Al fin llegaron al final del dibujo de la radiografía.

—Sube el taladro hasta arriba, espero no haberme equivocado en la apreciación de la radiografía —dijo Vero, bañada en sudor por la tensión.

—¡Ya!

Vero levantó la tapa muy despacio, hasta que se separó del tarro. Las tres soltaron un suspiro de alivio. Vero le dio la vuelta a la tapa, para ver el interior, mientras Zi y Natalia intentaban ver lo que había en el tarro.

—Tengo los brazos agarrotados... Interesante sistema. Hay un envoltorio de cristal que debe contener ácido. Está protegido de los golpes de los objetos del interior gracias a esta rejilla de metal. Si lo llegamos a romper se habría destruido el contenido. Este punzón se acciona si se tira fuerte en uno de los caminos equivocados. Cuando el tarro está completamente cerrado, el punzón queda bloqueado por esta doble ranura, evitando que un golpe...

—¿Miramos lo que hay dentro del tarro? —dijo Zi con impaciencia contenida.

—Perdona, me he distraído con... Vamos a llevarlo a la mesa de estudio.

Vero observó el contenido a la luz de la lupa, cogió una pinza y sacó delicadamente un papiro enrollado. Miró un poco más y decidió coger el tarro y volcar su contenido en su mano.

—¿Qué será esto?

Las tres miraban sorprendidas el artefacto que Vero había dejado delicadamente sobre la mesa.

—Parece un sextante —aventuró Natalia.

—No sé... estas lentes orientables..., y estas marcas raras en la base del espejito... y tiene garras como si fuese para encajarlo en un sitio concreto —dijo Zi reflexionando.

—Es evidente que forma parte de algo, esto, sea lo que sea está incompleto —afirmó Vero.

—Tienes razón se ven las muescas donde debe de encajar. Y sigo pensando que estas marcas parecen ser las que permiten medir los grados en un sextante.

—Qué tal si vemos el papiro —dijo Vero poniéndose los guantes de rigor.

Abrió con cuidado el rollo y lo mantuvo con dos reglas de metacrilato arriba y abajo. Era espectacular, una escritura casi cursiva, en negros y rojos, sobre el fondo rosado del papiro. Más que letras parecían símbolos, pero desde luego no eran jeroglíficos. Al menos, no como los que se ven en las tumbas y en los sarcófagos egipcios. Un dibujo representando una construcción y otro el mapa de una región, ocupaba la parte inferior.

—Desde luego el cierre es maravilloso, este papiro está igual de flexible que uno recién hecho. Ni rastro de haber pasado humedad, ni sequedad. Parece que lo han metido ayer.

—¿Qué es?

—Si te refieres a la escritura, parece hierático, pero tengo que estudiarlo para decirte a que época corresponde y lo que pone.

—¿Abrimos el otro? —preguntó Natalia.

—Va a ser más rápido, por lo menos ahora sabemos que no nos va a explotar en la cara.

Veinte minutos más tarde el segundo tarro estaba abierto. Habían tardado más en las radiografías que en la apertura.

Un rato más y el segundo papiro estaba estirado junto al otro. Parecían idénticos, por los menos en la presentación. Los dibujos eran diferentes. Y si se miraba bien, el texto también.

Un segundo aparato, con tres lentes esta vez, reposaba cerca del otro sobre la mesa.

—No parece que encajen uno con otro —dijo Natalia.

—Tendremos que mirar más de cerca. Es la una y media, sería conveniente recoger todo e irnos a casa. Un colega tiene reservado el

laboratorio a las dos, y es un cotilla de primera.

LOS objetos estaban colocados sobre la gran mesa del comedor de Vero. Habían improvisado un picnic sobre la mesa del salón con unos platos preparados comprados en Chez Mullot, una pastelería panadería, que se encontraba en el camino de vuelta a casa. Volvieron del Louvre andando por la rue de Seine cruzando el Jardin du Luxembourg.

—Hay algo raro en todo esto. Habéis encontrado este material en unos lugares donde se supone que están desde hace cientos de años —comentó Vero con la boca llena de tourte de vieiras y salmón—. Pero los tarros parecen de última tecnología y los papiros hechos ayer.

Zi tragó y se limpió la boca antes de contestar:

—Lo raro es que una tecnología de última generación incorpore un sistema de protección tan arcaico.

—¿Existe alguna forma de saber cuánto tiempo tienen? —preguntó Natalia.

—Podemos mandar unas muestras para que hagan una datación, por mi trabajo en el Louvre estoy en contacto con un laboratorio que tiene un AMS^{[[40]]} y un medidor de TL^{[[41]]}, última generación.

—¿Me lo explicas con palabras normales? —pidió Natalia.

—Ahora mismo, primero voy a hacer una llamada —dijo Vero mirando su reloj.

Estuvo hablando un buen rato por teléfono. Cuando colgó, su cara expresaba satisfacción.

—He hablado con Pierre Henri, una persona que conozco muy bien en el laboratorio de datación. Se va de vacaciones el viernes por la tarde pero si le

llevamos las muestras hoy mismo puede tenerlas listas para mañana, como un favor especial, que nos costará la tontería de tres mil quinientos euros en efectivo y sin recibo. El acelerador de partículas estará libre esta noche.

—Esto me suena cada vez más a ciencia ficción —dijo Natalia.

—¿Tú crees que aceptará cheques de viaje en euros?

—Sin ningún problema, además tiene mi garantía personal, es un muy buen amigo mío.

Zi y Natalia se quedaron mirándola con cara entendida. Vero se echó a reír.

—Los encargos del Louvre pasan por él, nos llevamos bien, ha acabado siendo un buen amigo, y ¡no le gustan las mujeres!

—¡Caso resuelto!, ¿qué tipo de muestras necesita tu amigo? —preguntó Zi.

—Un trocito de cada papiro, el cuerpo de uno de los tarros, y el fieltro de la tapa.

—Ocúpate tú mientras saco el dinero, ¿cómo vamos?

—En RER, está a las afueras, tardaremos una horita como mucho.

—¿Qué es el RER? —preguntó Natalia.

—Un tren de cercanías muy rápido.

A las cinco de la tarde entraban en un espectacular edificio de dos pisos, totalmente acristalado, rodeado de césped y árboles en el moderno polígono industrial de Saint Quentin en Yvelines, a unos cuarenta kilómetros de París.

—Qué maravilla de sitio —observó Natalia.

—Este polígono es especial. Aquí, la mayoría de las empresas están en la cumbre de la tecnología mundial, y cuidan mucho su imagen.

Pierre Henri, un hombre joven y muy amanerado, les recibió en su despacho, en la planta baja, con enormes ventanales hasta el suelo que daban al arbolado jardín exterior. Era encantador, hablaba cinco idiomas, entre ellos el español. Tomó las muestras y los cheques de viaje con sumo cuidado.

Era propietario del ochenta por ciento de la empresa, el 20 restante estaba repartido entre inversores privados que no participaban en la gestión.

—No suelo cobrar sin recibo —explicó Pierre Henri—, pero como Vero me dijo que prefería que no hubiese huellas de las dataciones, prefiero que tampoco conste en contabilidad.

—No se preocupe, así está bien —le tranquilizó Zi.

—Perfecto, el AMS estará listo mañana por la mañana, El TL, puede tardar un poco más...

—¿Alguien me puede explicar de qué estamos hablando? —le cortó Natalia con tono suplicante.

Pierre Henri se quedó un poco desconcertado, con la boca abierta y gesto afectado, sin saber bien qué hacer con esta inculta, pero se recompuso rápidamente y se dirigió a Natalia con tono paternalista.

—Querida amiga, entiendo que los términos técnicos y científicos no

lleguen a todos, le intentaré dar una breve explicación de las pruebas que vamos a realizar.

Vero, que conocía a Pierre Henri, levantó los ojos al cielo, y se reclinó sobre el respaldo de su sillón, suspirando.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo Natalia con una sonrisa excesivamente simpática.

—El AMS, Accelerator Mass Spectrometry, es la última tecnología para datar objetos a partir del carbono-14. ¿Le interesa saber cómo funciona?

—¡No! —dijo Vero.

—¡Sí! —aclaró Natalia.

Otra mirada a los cielos y otro suspiro de Vero.

—El método de datación por radiocarbono es la técnica basada en isótopos más fiable para conocer la edad de muestras orgánicas de menos de 60.000 años. Está basado en la ley de decaimiento exponencial de los isótopos radiactivos. El isótopo carbono-14 es producido de forma continua en la atmósfera como consecuencia del bombardeo de átomos de nitrógeno por neutrones cósmicos. Este isótopo creado es inestable, por lo que, espontáneamente, se transmuta en nitrógeno-14. Estos procesos de generación-degradación de carbono-14 se encuentran prácticamente equilibrados, de manera que el isótopo se encuentra homogéneamente mezclado con los átomos no radiactivos en el dióxido de carbono de la atmósfera. El proceso de fotosíntesis incorpora el átomo radiactivo en las plantas, de manera que la proporción carbono-14/carbono-12 en éstas es similar a la atmosférica. Los animales incorporan, por ingestión, el carbono de las plantas. Ahora bien, tras la muerte de un organismo vivo no se incorporan nuevos átomos de carbono-14 a los tejidos, y la concentración del isótopo va decreciendo conforme va transformándose en nitrógeno-14 por decaimiento radiactivo. ¿Me sigue?

—Creo que sí.

—¡Estupendo! La masa en isótopo carbono-14 de cualquier espécimen disminuye a un ritmo exponencial, que es conocido: a los 5730 años de la muerte de un ser vivo la cantidad de carbono-14 en sus restos se ha reducido a la mitad. Así pues, al medir la cantidad de radiactividad en una muestra de origen orgánico, se calcula la cantidad de carbono-14 que aún queda en el

material. Así puede ser datado el momento de la muerte del organismo correspondiente. Es lo que se conoce como «edad radiocarbónica» o de carbono-14, y se expresa en *años BP (Before Present)* Esta escala equivale a los años transcurridos desde la muerte del ejemplar hasta el año 1950 de nuestro calendario. Se elige esta fecha por convenio y porque en la segunda mitad del siglo XX los ensayos nucleares provocaron severas anomalías en las curvas de concentración relativa de los isótopos radiactivos en la atmósfera. Nosotros tenemos un sistema que incorpora las curvas de calibrado de las fechas para paliar este último problema.

Pierre Henri miraba a su alrededor con la sonrisa complacida de un conferenciante que acaba de pasmar a su auditorio.

—Pero no todo contiene carbono-14 —prosiguió cogiendo el tarro de cerámica en su mano—, la cerámica no tiene materia orgánica. La datación se hace con el TL termoluminiscencia. Quiere que le expli...

—¡No! —exclamó Vero, es tarde y nos tenemos que ir, no queremos entretenerte más, ya se lo cuento yo en el RER.

—Tiene razón Vero, me encanta oír sus explicaciones, pero se nos hace tarde —dijo Natalia levantándose y cogiendo su bolso a la vez que miraba su reloj con nerviosismo.

—Llámame en cuanto tengas algo —le pidió Vero al despedirse.

ESTABAN cómodamente sentadas en la terraza de La Palette, tomando unas tartine de paté y de salmón con un Sancerre blanco, cuando sonó el móvil de Zi. Era Samy.

—¿Qué tal vuestra investigación? —preguntó Zi.

—...

—Nosotras también hemos avanzado bastante.

—...

—No puedo, ahora estamos sentadas en una terraza tomando la merienda.

—...

—De acuerdo, sí, en cuanto lleguemos, besos.

Colgó el móvil y dijo:

—Piensan que ya han localizado el emplazamiento.

—¡Perfecto! —dijo Vero—, ¿cómo han hecho?

—Cuando lleguemos a casa les llamamos y ponemos el altavoz.

Fue lo segundo que hicieron nada más llegar a casa, después de pasar por turno al cuarto de baño. Las tres estaban sentadas alrededor del ordenador de Vero, que reposaba en la mesa del salón, con la webcam conectada.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó Vero.

—Muy fácil —era la voz de Guido—. Es una aplicación que se apoya sobre un banco de datos de SQL Server. Tiene un requester para...

—No empecemos otra vez, no quiero otro discurso a lo Pierre Henri —dijo Natalia.

—¿Qué le pasa, quién es Pierre Henri? —preguntó Guido.

—Luego os lo contamos, tú cuenta tu parte sin tecnicismos para que nos

enteremos todos —dijo Zi.

—De acuerdo. Tiene un sistema para poder hacer preguntas, extraer datos, clasificarlos, llevarlos a una hoja de cálculo, y muchas más cosas.

—¿Y?

—El famoso viernes en que Leroy abandonó el museo después de guardar un objeto que acababa de llegar, encontramos varios movimientos en el fichero. Son objetos que han cambiado de emplazamiento, por diversas razones, perfectamente documentados en la zona de descripción del motivo...

—Esto lo he visto, recuerdo que hay cinco con el código A4, que es el de Thierry Leroy —dijo Vero.

—Luego hemos ordenado el fichero por número cronológico de entrada, fijando la página en los registros anteriormente encontrados. Entonces ha aparecido un nuevo registro, en medio de éstos. La fecha de entrada ha sido falseada porque no corresponde cronológicamente con las del día.

—Esto sólo lo pueden hacer algunas personas en el museo, entre las cuales, evidentemente, está Leroy —aclaró Vero.

—Nos hemos dado cuenta de que un objeto ha sido desplazado en una repisa y avanzado hacia la posición del borde, mientras otro, el nuevo con la fecha forzada, ha ocupado su lugar quedándose detrás del primero. Este nuevo objeto tiene como entrada: “objeto por definir”.

—Hay muchas probabilidades de que sea lo que estamos buscando —dijo Zi.

—Otra cosa —dijo Samy tomando la palabra—, Abdel Aziz ha llamado, parecía preocupado, no van a venir a cenar con nosotros. Han preguntado por ti, le hemos dicho que estabas tomando el sol con Natalia en la piscina de la azotea. No ha insistido, pero nos ha vuelto a recordar que no se nos ocurra poner un pie fuera del hotel. Parecía realmente serio y preocupado. Así que tened cuidado, no salgáis de compras o a cenar, quedaos en casa la mayor parte del tiempo.

—De acuerdo.

—¿Y vosotras qué habéis encontrado? —preguntó Guido.

Zi se levantó, se puso los guantes del laboratorio, cogió los papiros y los puso delante de la webcam. Se oyeron un montón de exclamaciones del otro lado, incluso Lennon ladró, llevado por la exaltación general.

Luego repitió la operación con los dos artefactos.

—Parecen aparatos de medida —dijo Miguel.

—Tienen muescas y garras, como si tuviesen que unirse el uno con el otro, pero no coinciden —le contestó Vero.

—¿Y los papiros? —preguntó Miguel.

Vero cogió uno, lo volvió a mirar y dijo:

—Es escritura hierática, permitía a los escribas del Antiguo Egipto escribir de forma rápida, simplificando los jeroglíficos, con los que está íntimamente relacionada. Es más sencilla y estilizada, de forma cursiva y se practican ligaduras en algunos caracteres. Era utilizada sobre todo en textos religiosos y científicos. La escritura va de derecha a izquierda.

—¿Y qué cuentan?

—No se traduce fácilmente, el hierático ha sido utilizado comúnmente durante milenios, y evidentemente ha evolucionado; primero hay que localizar a qué periodo corresponden. Necesito algunas semanas para conseguirlo. Lo que sí os puedo adelantar es que hacen referencia a ciertos dioses. Se reconocen por algunos de los símbolos. Éste por ejemplo es Zeus.

—Lo bueno sería hacer una datación con carbono-14 —dijo Miguel.

—Estamos en ello, tendremos los resultados mañana. Se ocupa un amigo de Vero, Pierre Henri, que posee un laboratorio con AMS, Accelerator Mass Spectrometry, para analizar el decaimiento exponencial de los isótopos radiactivos del carbono-14 —contestó Natalia, con el tono más natural que pudo.

Reinó el silencio unos segundos, durante el cual todos se recuperaban del estado de shock.

—¿La habéis enchufado al acelerador de partículas de Pierre Henri, o ha dado un curso intensivo de energía nuclear? —preguntó Miguel irónico.

Y antes de que nadie contestara, añadió:

—¿Por qué no nos mandáis una copia de los papiros por Internet?

—¡Ni se os ocurra! No sabemos hasta qué punto siguen el rastro de nuestros correos —exclamó Samy—, lo mejor sería escanearlos y guardarlos en una llave de memoria USB. De paso hacéis unas fotos de los artefactos. Nosotros vamos a hacer lo mismo con nuestros datos.

—Buena idea, voy a la FNAC a comprar una, está a dos calles de aquí —

dijo Vero.

—Mañana vamos a preparar todo, y por la noche entraremos a recuperar el contenido de la caja —dijo Zi.

—He contactado con mi amigo de la Universidad de California. Hoy está dando una conferencia en Londres y el lunes se va en Berlín. Mañana tiene que pasar por París y podrá ir a veros. Tiene algo que seguramente os vendrá de maravilla —dijo Samy.

—¿De qué se trata?

—Mañana lo veréis.

—**G**RACIAS, Howard. Te debo una. ¿Cuándo puedo disponer de ellos?

—Esta tarde estarán en Alejandría. Ayer terminaron una misión delicada en Afganistán. Los embarco ahora mismo en un vuelo especial para El Cairo —contestó Howard Applewhite, general de las fuerzas especiales norteamericanas.

—Tengo alguien esperando allí con instrucciones. Mi enlace había dejado un emisor activado. Hemos conseguido localizar la entrada antes de que dejara de emitir. Cuando sepan la hora de llegada, que tu equipo contacte con la embajada. Se ocuparán de recogerlos y trasladarlos al lugar. ¿Cuántos son?

—Tres hombres y dos perros. Son capaces de detectar y seguir una huella dejada hace un mes, si no ha sido alterada —alardeó el general.

—Perfecto, espero que lo consigan.

Albert Wineski apagó el teléfono inalámbrico y lo dejó sobre su mesa exhalando un profundo suspiro. Todavía quedaba un hilo de esperanza. Tal vez no estuviese todo perdido. Sin Edgard, todo se venía abajo. Él era el único que conocía el funcionamiento de todo este lío.

Algo debía haber pasado allí abajo. Edgard no había vuelto a dar señales de vida, ni ninguno de los que bajaron aquel día, todos los equipajes estaban en las habitaciones del hotel.

Hasta ayer, cinco días después, cuando el chivato de transportes había hecho saltar la alarma: las dos chicas habían tomado el tren de Marsella a París. Y esta mañana lo hacía Bratti, abandonando la vigilancia, convenida con Edgard. A Bratti ya lo estaban siguiendo, pero las chicas se habían esfumado. Este tren era demasiado rápido, y ellos no estaban preparados para

un giro de esta naturaleza, llegaron de nuevo tarde.

Wineski sacó su móvil y compuso manualmente un número que no estaba en su agenda. Ahora venía la parte difícil, intentar explicar el estado de la misión a cierta persona cercana al presidente.

— ¡EN París..., desde Marsella! ¿Cómo...?

Bratti estaba de pie en el balcón de su habitación del Sofitel Cecil de Alejandría, frente a la bahía bañada por el sol del amanecer, una toalla de baño alrededor de la cintura, chorreando agua y con restos de jabón de una ducha interrumpida.

—No sabemos cómo, pero están allí, con toda seguridad. El capellán de una parroquia cercana a la Gare de Lyon, ha podido llegar a tiempo para verlas bajar del TGV y reunirse con una mujer morena que las esperaba.

—¿Quién era?

—Tampoco lo sabemos, se dirigieron al parking y se fueron en un coche color oscuro. Sólo pudo apuntar la matrícula.

—¡Perfecto!, ya las podemos localizar.

—Tenemos un pequeño problema, es un coche de servicio de los Museos de Francia. Puede ser de cualquier museo de París, o de una provincia. No obstante he pedido a cierto amigo cercano a nosotros que investigue a qué museo pertenece esta placa. Lo sabremos esta tarde o mañana por la mañana.

—Tengo que dar algunas consignas a mis hombres, recojo mi maleta y voy al aeropuerto.

—Lo tenemos todo organizado, Paolo. Sales con un vuelo privado para El Cairo dentro de una hora que enlaza con el primer vuelo hacia París a media mañana.

—Perfecto Monseñor, lo llamo al llegar.

Monseñor Giovanni Licciardi colgó pensativo el teléfono. Habían sido muchos años esperando este momento, y casi se le escapaba de las manos. La

búsqueda del pergamino solamente era una excusa, había oído hablar de otras cosas acerca de la organización de los herederos de Alejandro Magno, otras cosas que le hacían estremecerse con sólo pensarlo, relacionadas con cierto papiro que llevaba siglos olvidado en la biblioteca del Vaticano y que encontró por casualidad. Algo más importante que la fe cristiana, que amenazaba con quebrarse y desmoronarse en el mundo moderno, algo más importante que todos los tesoros del mundo. Él ya tenía cierta edad y mucho poder, no necesitaba más, era otro asunto el que le interesaba...

Bratti terminó de asearse, llamó a Farûq y Ahmed y les ordenó seguir vigilando la boca del pozo por si acaso, aunque no pensaba que nadie fuera a salir ya de allí. Si la bruja y su amiga estaban en Francia, es que habían conseguido escapar de Edgard, y con ellas seguro que el niño y los otros dos. Habían tenido que salir por otro sitio, si no los hubiesen visto; y de esto hacía ya por lo menos dos días. Si en este tiempo no habían tenido noticias de Edgard y su equipo, es que allí abajo había pasado algo. Algo a lo que no habían sobrevivido.

Bratti no solía complicarse la vida, cumplía con sus misiones religiosamente, sin planteamientos ni juicios personales. Solamente las llevaba a buen término, de una manera implacable y con determinación. Pero esta vez había algo que le perturbaba y le molestaba. Presentía que había mucho más de lo que se le dejaba entender. ¿Qué hacía el poderoso y peligroso Edgard Rossi en este asunto? ¿Por qué la CIA estaba metida? ¿Quiénes eran la bruja y su hermano? ¿Y qué documento podía ser tan poderoso como para comprometer y hacer que se tambaleasen los cimientos de la Iglesia? ¡No le cuadraba! La Iglesia era demasiado importante para que un documento, cualquiera que fuese, pudiese molestarla. Cosas más importantes habían ocurrido desde su inicio. Y sus fieles eran incondicionales, ¿no decían que la fe mueve montañas? ¿Qué buscaban realmente que fuese tan importante para unirse? Y por primera vez en todos estos años de sumisa obediencia, Bratti decidió que llegaría hasta el final del asunto por interés propio.

Terminó de hacer el equipaje y salió del hotel satisfecho de su decisión, saboreando uno de sus Toscanellos con sabor a café.

EL teléfono de la casa de Vero sonaba y sonaba. Había salido a las ocho y media, su horario de trabajo en el Louvre, empezaba a las nueve. El teléfono seguía sonando, era la cuarta vez seguida que llamaban.

—Habrás que cogerlo, ¿no crees? —dijo Natalia, levantando los ojos del artefacto que estaba observando.

—Cógelo tú, yo estoy escaneando.

—Yo no hablo francés.

—Está bien, ya voy.

Zi se levantó y fue al lado de Natalia, donde se encontraba el aparato.

—Allo!

—¡Ah!, eres tú, espera que pongo el altavoz. Ya está.

—Ha llamado Pierre Henri —dijo Vero.

—Fantástico, ¿qué te ha dicho?

—Que Natalia le ha encantado, está deseando verla de nuevo. Dice que en realidad se va de París el domingo y que si queréis os puede enseñar los laboratorios el sábado. Viniendo de Pierre Henri, esto es un privilegio. Sólo deja pasar al personal autorizado.

—¿No era gay? —dijo Natalia.

—Con Pierre Henri, nunca se sabe.

—¿Y de lo nuestro? —preguntó Zi.

—La datación carbono-14 de los papiros da 4570 años, pero la termoluminiscencia del tarro de cerámica no ha sido posible. Aunque lo parezca, no es cerámica, no lleva ningún componente que emita luminiscencia, como el cuarzo o feldespatos. Recuerda que la datación por

TL mide la luz que emite el sobrante de energía que ha producido una cocción superior a quinientos grados en ciertos minerales.

—¿Entonces si no es cerámica qué es?

—No lo sabe, piensa que es un componente inyectado en frío como se hace hoy en día con el zamak o el plástico.

—Pero el aspecto exterior vitrificado...

—Parece formar parte del material en sí. Otra particularidad del tarro es que sus formas son perfectas, qué él sepa no existe ninguna tecnología hoy en día capaz de realizar un moldeo de estas características.

—¿No se habrá equivocado en algo?

—Pierre Henri nunca se equivoca. Otro detalle, el fieltro de la tapa tiene más de cinco mil años y está hecho con las fibras de una planta que sólo existe en ciertas zonas del Amazonas y que ha sido descubierta casualmente hace cinco años durante una evaluación rápida sobre la biodiversidad de los ecosistemas acuáticos de un río. Tiene la particularidad de ser como una esponja, se hincha instantáneamente al entrar en contacto con el agua y sus hebras se quedan tan duras que permiten crear una estanqueidad total, incluso con la humedad ambiental.

Zi y Natalia se quedaron mudas. Vero prosiguió:

—Creo que sería interesante recuperar el material lo más pronto posible, no es conveniente que estas pruebas puedan circular por allí, además Pierre Henri me quiere enseñar algo, y no me quiere decir lo que es, quiere que lo vea.

—Tienes razón, ¿cómo hacemos?

—Quedaos en casa yo voy a verlo y lo recupero todo. Le daré como excusa que reanudaremos las pruebas después de las vacaciones. Luego os veo en casa para comer, compraré algo por el camino de vuelta.

Colgaron en el momento en que el móvil de Zi empezaba a sonar.

—Vaya mañanita, es el móvil de Miguel. Pongo el altavoz.

—Zi, soy Samy, Abdel Aziz y Leroy han estado aquí esta mañana. Se acaban de ir. Leroy hacia París y Abdel Aziz, no sabemos dónde. Se han enterado de que estáis allí por los billetes del tren. Vaya bronca se ha montado. El problema es que se han dado cuenta porque Bratti ha abandonado la vigilancia en el Cementerio Latino y se ha ido en el primer

vuelo a París esta mañana. Parece ser que la CIA también ha enviado otro batallón. Tenéis que tener mucho cuidado.

—¿Qué le habéis dicho?

—Absolutamente nada, ni una palabra. Nos ha llamado adolescentes, inconscientes,...

—No me imagino a Abdel Aziz enfadado.

—Es bastante terrible, parecía que sus ojos iban a salir de sus órbitas, estaba congestionado. Piensan que estáis en tu casa. Todavía no han hecho la relación con Vero. Está realmente preocupado por lo que os pueda pasar. ¡Y yo también!

—Tenemos noticias de la datación —dijo Zi cambiando de tema, y les contó las últimas noticias.

Ellos también se quedaron mudos al oír la información de Pierre Henri.

—¿Sigues queriendo entrar en los sótanos del museo? —le preguntó Samy.

—Sí, será esta noche.

—De acuerdo, mi amigo se llama Michel, le llaman Mich. Acabo de hablar con él. Estará en casa de Vero dentro de...

El timbre del telefonillo sonó en la entrada.

—¡Qué casualidad! Te dejo, hablamos dentro de un rato.

Fueron a abrir, efectivamente era Michel. Tendría unos treinta y pocos años, de origen alemán, pero llevaba toda su vida en Estados Unidos. Rubio e imberbe, alto y desgarrado vestido con un vaquero raspado y una camiseta mal planchada, con una bolsa de viaje en la mano, parecía un estudiante de vacaciones.

Estuvieron hablando de cómo entrar en el Louvre para sustraer unas obras del almacén de los fondos del Museo. Por la manera en que se expresaba, Zi pensó que venía a ayudarles a preparar el plan del expolio. Pero Mich se levantó, cerró las cortinas del salón y apagó la luz de la entrada que se había quedado encendida, dejando la habitación en penumbra. Luego abrió la bolsa de viaje que había traído, sacó una especie de manta con brillos raros, y se cubrió con ella.

Mich desapareció de la habitación ante los ojos incrédulos de Zi y Natalia.

—¿Mich? —dijo Zi con voz insegura.

La risa de satisfacción de Michel invadió el salón. Mirando bien el lugar donde había desaparecido, podían ver la habitación, pero más bien parecía un reflejo deformado de esta. Como cuando se mete un palo en el agua y se ve ligeramente curvado y más corto.

—Esto es increíble, ¿cómo lo haces?

—Acercaos, no os asustéis, esto es tecnología punta, no brujería.

Zi y Natalia se aproximaron sin temor pero con prudencia. Cuanto más se acercaban, más distinguían las formas de la manta. Una vez junto a Michel, se veían perfectamente los pliegues y formas, pero de una manera extraña. La luz parecía huir sobre la superficie, envolverla resbalando, como una gota de aceite caliente.

Mich se quitó la manta, y volvió a aparecer.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Zi, tocando la manta.

—Esto es lo que os va a permitir entrar en los sótanos del Louvre esta noche. Es suficientemente grande para las dos. El único problema es que debajo no se ve nada, y que da un calor sofocante.

—¿Cómo has conseguido?...

—La idea es muy sencilla, para conseguir la invisibilidad hay que procurar que la luz reflejada rodee el material. Se puede comparar con el agua de un río cuando rodea un obstáculo, unos metros más lejos no hay huella de ello, el agua lo ha rodeado y se ha vuelto a cerrar. Esto se consigue mediante unos materiales a escala de nanómetros, la millonésima parte de un milímetro. Este material se construye apilando capas de óxido de aluminio con nanocables de plata en forma de red. El material obtenido es diez veces más fino que el papel. Nosotros lo hemos fijado sobre esta manta de kevlar para que no se desforme ni se arrugue, y guarde siempre formas redondeadas, nunca angulosas. Así se obtienen mejores resultados.

—¡Qué maravilla!

—Tenéis que tener cuidado, es bastante delicada y secreta. Oficialmente sólo hemos hecho algunos centímetros cuadrados del material en su fase uno, para las pruebas, hace unos meses. Lo que tenéis entre las manos es la fase cinco. Nos financian la Armada y las Fuerzas Aéreas Estadounidenses, y no creo que les haga mucha gracia enterarse de que el material está tan avanzado

y en manos de unas saqueadoras de museo.

—¡Cuenta con nosotras! Pero, ¿por qué no los tenéis informados?

—Los demás investigadores y yo, hemos decidido que no nos apetecía que este descubrimiento fuese para jugar a las guerras; cuestión de principios.

—¡Y te parece mejor usarlo para robar en un museo!

—Es más romántico —contestó Michel sonriendo.

Cuando se fue, estuvieron observando la manta invisible para ver cómo se comportaba, según de dónde le venía la luz y con qué intensidad. Luego la guardaron cuidadosamente en la bolsa. Decidieron no decirle nada a Vero, y sobre todo no dejarla participar en el robo de esa noche. No era justo hacerle correr tantos riesgos, ya había hecho bastante. Si algo salía mal...

Vero llegó pasadas las dos de la tarde con todo el material devuelto por Pierre Henri.

—Me ha costado bastante que me devolviese todo, estaba tan entusiasmado con el material del tarro, que quería anular sus vacaciones para investigarlo. Le he dicho que era alto secreto y que en cuanto se decidiera a investigar más, sería el primero en saberlo. También le he dicho que podría ser peligroso para él divulgar la noticia.

—¿Tú crees que sabrá guardar silencio? —preguntó Zi.

—Pierre Henri tiene ciertas cualidades, es inteligente y ambicioso, sabe guardar información privilegiada, pero sobre todo es la persona más cobarde que he conocido en mi vida.

—Esperemos que sea así.

—¡Seguidme! —dijo Vero cogiendo el tarro y dirigiéndose a la cocina.

Una vez allí, Vero cogió un huevo de la nevera, lo introdujo dentro y puso un film de plástico en la apertura para que no se saliese, alzó el tarro por encima de su cabeza, y lo soltó.

—¿Estás loca? —gritó Zi lanzándose hacia delante para cogerlo al vuelo.

Pero no llegó a tiempo y el tarro se estrelló sobre los azulejos de la cocina.

Todas se quedaron mirando. Sólo se había oído un sonido mate, como el que hace una pelota de goma al rebotar en el suelo, con la diferencia que el tarro no había rebotado. Estaba en el suelo, simplemente se había quedado allí, esperando a que lo recogieran. Entero, sin una fisura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zi.

—Parece ser que el material absorbe las ondas de choque. Por lo menos esa es la teoría de Pierre Henri; por eso lo quería investigar —contestó Vero recogiendo el tarro y sacando el huevo intacto.

—Creo que estamos metiendo las narices en algo que nos sobrepasa —dijo Natalia.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Vero.

—Terminar lo que hemos empezado, y puesto que ya estás metida en esto... —empezó a decir Zi corriendo las cortinas y cogiendo la bolsa de Michel para sacar la manta.

Natalia se acercó y se envolvieron en ella.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Vero con verdadera inquietud, buscándolas con la mirada.

NATALIA y Zi estaban encerradas en la salita de comunicaciones del cuarto sótano de la zona nueva del Museo del Louvre. Era pequeña y alargada, llena de aparatos con lucecitas, amarillas, verdes y rojas que parpadeaban, unidos con una multitud de cables de todos los tamaños y colores. Hacía bastante calor.

Vero las había introducido en el Louvre por la tarde, después de comer. Se quedaron escondidas en su despacho hasta que terminase el último turno de limpieza, justo antes de que conectasen las alarmas de la parte inferior. El equipo de seguridad del museo estaba acostumbrado a verla hasta tarde, trabajando en algún proyecto.

El cuartito donde estaban se encontraba frente al almacén que guardaba la famosa caja. Una cámara de seguridad, al final del pasillo, cubría y grababa toda la zona de acceso. Vero había puesto la cabeza de una fregona delante del objetivo mientras ellas se deslizaban rápidamente hasta el cuarto con una bolsa de viaje cada una. Como la vigilancia era selectiva y sólo se hacía en caso de aviso o de alarma, nadie vino a ver qué pasaba.

Vero volvió a su mesa de trabajo hasta que el guardia de turno le indicase que ya iban a conectar. Entonces recogió su bolso y salió tranquilamente del museo. Las sacaría al día siguiente a primera hora.

—Llevo sin leer nada desde que todo esto empezó, no me acuerdo ni de qué iba —dijo Zi sacando su novela de una de las bolsas.

—Pásame las revistas y una chocolatina, dijo Natalia.

Eran las diez de la noche y habían decidido esperar hasta las tres de la madrugada para actuar. Natalia se había ocupado de que la segunda bolsa

tuviese todo lo necesario para aguantar un asedio de varias semanas. Incluso un gran tupperware con cierre hermético para ciertas urgencias.

Las horas pasaron lentas y aburridas hasta que después de media bolsa de chokolatinas y algunos sándwiches, llegó el momento de entrar en acción.

—Menos mal que ya es la hora, debes de estar al borde de la indigestión —dijo Zi.

Se taparon con la manta y salieron al pasillo tenuemente alumbrado por las luces de emergencia. Cerraron cuidadosamente la puerta del cuarto de comunicaciones y entraron por la puerta de enfrente, al almacén.

—Aquí no hay cámaras —dijo Zi quitándose la manta.

—Menos mal, esto da un calor tremendo.

Encontraron rápidamente el emplazamiento, todo estaba perfectamente organizado y señalizado. El único inconveniente era que la caja se encontraba en la última repisa, arriba del todo.

—¿Y ahora qué hacemos, trepamos por las repisas? —preguntó Natalia.

—He visto una escalera de almacenaje con ruedas, en el pasillo anterior.

La trajeron rodando hasta el sitio que les interesaba, tenía una plataforma que se podía elevar gracias a un motor eléctrico.

La caja que les interesaba estaba detrás de otra que ocupaba casi toda la delantera de la repisa. Zi consiguió colarse contorsionándose como pudo hasta el pequeño hueco que quedaba entre las dos cajas.

—Pásame la linterna y el destornillador —le dijo a Natalia que no tardó más de unos segundos en obedecer.

La parte superior estaba clavada y atornillada, y el espacio para moverse era bastante reducido. Zi tardó más de una hora en conseguir liberar la tapa.

—Ya está, estoy rendida y empapada, aquí arriba hace mucho calor, parece una sauna.

—¿Qué hay en la caja?

Zi paseó la linterna por el interior de la caja mirando como podía; la proximidad del techo no le permitía introducir completamente la cabeza para ver bien.

—Hay unas tablillas de arcilla en el fondo, dos bolsas de plástico con los papiros, creo, y otra más grande con otra cosa, que debe de ser el pergamino en piel de cabra.

—¿Algún artefacto con lentes?

—Nada más.

—¿Qué nos llevamos?

—Los papiros y el pergamino. Pero te voy a ir pasando la tablillas una a una y les sacas una foto.

Fue una labor cansada, lenta y difícil. Sobre todo para poder alcanzar las últimas, que estaban en el fondo. Zi tenía el brazo completamente arañado por la madera de la caja.

Por fin acabaron y pudo volver a cerrar la caja, se le cayeron unos tornillos al suelo, Natalia bajó y después de mirar bien, encontró dos.

Colocaron la escalera en su sitio antes de regresar cuidadosamente a su escondite. El agotamiento pudo con ellas, se quedaron dormidas

A las nueve y cuarto, Vero las sacó de allí usando el viejo truco de la fregona, y volvieron rápidamente a casa, haciendo como habían convenido, una parada en el jardincito de la iglesia Saint Germain des Prés, ante la escultura “Hommage a Apollinaire” de Picasso, para devolverle a Michel su prodigiosa manta.

Le contaron la epopeya y se fue encantado del resultado a preparar su conferencia del lunes. Ellas siguieron por la rue Bonaparte hacia la casa de Vero.

—**L**OS papiros son idénticos a los nuestros, el pergamino sin embargo tiene otro tipo de escritura —dijo Zi al terminar de escanear todo y meterlo en la llave de memoria USB junto a las fotos de los artefactos de las lentes y de las tablillas.

Ya eran casi las doce de la mañana y no conseguían localizar a nadie. Los teléfonos de Guido y Miguel estaban fuera de cobertura, y el de Vero sonaba sin que lo cogiese. Podría tratarse de una casualidad pero con todo lo vivido estos últimos días, Zi no quería correr riesgos.

—Prepara tu mochila, nos vamos de aquí —dijo Zi dirigiéndose a la habitación.

—¿Piensas que puede estar pasando algo? —preguntó Natalia.

—No lo sé, pero es raro. Saben que esta noche hemos estado en el museo sustrayendo unos objetos, Samy nos ha mandado a Michel y su manta mágica, se supone que esta mañana salimos del museo, ¿y tienen los teléfonos apagados? Lo normal habría sido que nos hubiesen llamado ya veinte veces. Algo no me cuadra, y con la CIA rabiosa detrás nuestro... Hay que darse prisa, puede que ya sea tarde para nosotras.

Zi salió de la habitación y fue al salón a empaquetar con cuidado los objetos tan codiciados. Estaban terminando cuando el timbre del telefonillo las sobresaltó.

—Seguro que es Vero, ayer cuando volvió nos avisó con un pequeño toque como este antes de subir —dijo Natalia.

—Puede que tengas razón. No tenemos nada para defendernos —recalcó Zi, mientras cogía un enorme cuchillo de la cocina.

Natalia metió la mano dentro de su bolso y sacó la Magnum 45 de Hassân, ante la mirada atónita de Zi.

—La he recargado, está lista para usar.

—¿La has tenido contigo todo el tiempo?

—¡Claro!

—¿Ayer en el museo?

—¡También!

—¿Te das cuenta, Natalia? Si nos llegan a pillar y encima tenemos un arma, y de las gordas...

Unos ruidos de llaves en la cerradura zanjaron la discusión. Zi se puso a un lado de la puerta cuchillo en mano, mientras Natalia encañonaba la apertura a la altura de la cara. La puerta se abrió y Vero se llevó el susto de su vida.

Un rato después, Vero, más tranquila y relajada gracias a una tila, les contaba su mañana en el museo.

—¡Vaya mañana llevo!, por lo que me han contado no me extraña que reaccionéis así.

—¿Quién te ha contado qué? —preguntó Zi de carrerilla.

—A las diez y media, Thierry Leroy me ha mandado llamar a su despacho.

—¡Dios! ¿Y qué ha pasado?

—Ha sido muy correcto, me ha saludado, me ha preguntado qué tal estaba, y cómo había ido todo mientras estaba fuera. Todo esto mirándome a los ojos, muy serio. Yo le he seguido el juego, pero no he podido mirarle de frente, si lo hago me pilla seguro. Aunque daba igual.

—¿Por qué?

—Me dijo que quería enseñarme algo en su ordenador, giró la pantalla hacia donde yo estaba sentada, se metió en el sistema de vigilancia, al cual por cierto tiene acceso, yo no lo sabía.

—¿Y qué?

—Me puso la grabación de algunas cámaras, la de la fregona, y luego unos reflejos muy raros que deformaban la imagen un breve momento, mientras unas puertas se abrían y se cerraban solas.

—¿Y luego?

—Me preguntó si yo sabía algo. Evidentemente le dije que no sabía nada, que lo que se veía parecía ser una fregona, y lo otro un defecto de la cámara. También le dije que a lo mejor había sido obra de un gracioso porque las alarmas no habían saltado y no faltaba nada en el museo.

—¿Se lo tragó?

—Lo que tragó fue saliva para no estallar. Me enseñó las horas de grabación: fregona a las veintiuna horas y cincuenta minutos de ayer, puertas que se abren y fenómenos raros en la cámara a las tres de la madrugada, otra vez las puertas y las cámaras a las cuatro cuarenta siete, pero esta vez en sentido contrario, de nuevo fregona a las nueve y quince minutos esta mañana.

—No tiene pruebas, y no sabe si se ha robado algo, hemos vuelto a poner todo en su sitio y cerrado la caja —dijo Zi.

—Me ha dicho que os dé esto, que entenderíais —dijo Vero enseñando un tornillo y un envoltorio de chocolatina en la palma de su mano.

—¡Lo sabe! —dijo Zi mirando a Natalia.

—Yo he buscado por todas partes, éste no lo he visto, la próxima vez...

—Me ha dicho que si no llega a ser por el tornillo, nunca habría ido a mirar las cámaras de seguridad. Sólo había pasado a ver si todo seguía en orden a su vuelta, como hace siempre.

—Pero sigue sin pruebas, ¿cómo nos ha relacionado, y sobre todo a ti?

—Muy sencillo, ha mirado quién salía del museo por la “puerta de los artistas” esta mañana después de las nueve y cuarto y nos ha visto despidiéndonos. Luego ha sido un juego de niños mirar la grabación de ayer cuando llegamos al museo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Natalia.

—Voy a hacer mi maleta, tenemos un coche esperando abajo, y “un montón de ángeles pegados a nuestras espaldas”, lenguaje literal de Leroy. Nos vamos de aquí. Todavía no nos han localizado, pero están muy, pero que muy cerca.

—¿Quién?

—No lo sé, pensaba que vosotros me lo podríais aclarar.

—¿Y Leroy?

—Se ha quedado en el Louvre, se juntará con nosotras más tarde. Está

con un informático de fuera, que ha venido al museo para cambiar las imágenes que nos pueden delatar, por otras.

—¿Está muy cabreado?

—¡Ya no!, cuando he empezado a jugar limpio con él, después de que me contara que estabais en peligro y ante tantas evidencias que no podía negar, se ha relajado, e incluso me ha parecido un tanto admirativo por cómo se había llevado a cabo la operación “expolio en el museo”.

EL coche cruzó las inmensas puertas de madera de un manoir^{[[42]]} del siglo XV rodeado de verdes viñas y rubios trigales. Las ruedas hicieron crujir la gravilla del gran patio que reunía las cuadras con la fachada gris de la casa principal, parcialmente invadida por la hiedra.

No sabían dónde se encontraban. Por seguridad, los habían cambiado tres veces de vehículo, y habían viajado alternativamente por carreteras comarcales y autopistas de peaje. Los móviles no tenían cobertura, los coches llevaban un sistema inhibidor de frecuencias. El último cartel identificable para Zi, había sido Poitiers, una ciudad del centro de Francia, famosa por su ambiente joven y universitario. La salida de París no había sido complicada a pesar de ser viernes; en menos de media hora estaban rodeados de campo. Comieron unos deliciosos sándwiches en los asientos del segundo coche. Los intercambios verbales con los conductores fueron mínimos y escuetos.

Eran exactamente las cuatro de la tarde cuando Zi abrió la puerta del tercer coche para ver cómo Lennon salía de los establos corriendo como loco hacia ella.

El zumbido de un helicóptero despegando sonaba en algún lugar cercano. Thierry Leroy entró en el patio por una pequeña puerta del muro exterior con una bolsa de viaje de cuero en la mano; mientras Guido, Miguel y Samy aparecían por la puerta de la casa, seguidos de Abdel Aziz y de sus padres algo más delgados de lo que ella recordaba.

Fueron momentos de afecto, presentaciones y lágrimas de emoción, instantes de verdadera felicidad compartida. Por fin parecía que la pesadilla se había acabado.

Guido irradiaba felicidad, estaban de nuevo todos juntos, les había presentado a Lennon que ellos conocían de oídas por Abdel Aziz.

Massimo, su padre, la abrazó largo rato emocionado de volver a tener a su “pequeña” cerca. Su madre lloró en sus brazos y luego la miró detenidamente, su hija ya era toda una mujer.

Les contaron todo lo que pasó durante su secuestro. No entraron en detalles sobre la estancia en la cárcel de Abu Ghraib. Lo importante era que estaban completamente recuperados.

Ellos les contaron las tres últimas semanas, a Guido no se le olvidó ningún detalle. Durante los cuatro años de separación, sus padres habían seguido todos sus pasos gracias a Abdel Aziz que no había escatimado en fotografías y hasta pequeñas filmaciones con su móvil.

Más tarde se reunieron todos en el monumental salón del viejo caserón. Estudiaban con curiosidad los artefactos de las lentes y los papiros.

—Me cuesta creer que existan de verdad. Habéis avanzado más en tres semanas que toda nuestra familia en siglos —dijo Isabel El-Romani con admiración y orgullo de madre.

—Las cámaras del tesoro han sido registradas desde generaciones, sin fruto —añadió Massimo Zenatti, mirándolos satisfecho.

—Tal vez ahora podríais explicarnos de qué va todo esto —dijo Zi.

Massimo Zenatti los miró a todos antes de hablar.

—Alejandro III de Macedonia tuvo un hijo póstumo del cual vuestra madre y vosotros sois los últimos herederos. Durante siglos el secreto ha sido transmitido a los descendientes que más cualidades tenían para prolongar el linaje, siempre acompañados y protegidos por un Abdel Aziz.

Todas las miradas se giraron hacia el citado, que tenía una enigmática sonrisa en los labios.

—Mi familia está sirviendo a los Herederos desde el inicio. El primer hijo de Alejandro Magno con Roxana, la hija del noble bactriano Oxiartes, tuvo que seguir en el anonimato para su propia seguridad y la de su madre. Tenía asignado para su protección a un fiel guerrero persa llamado Abdel Aziz, que procedía de una poderosa estirpe al servicio de la familia de su padre desde generaciones. A él fue encomendada, por el mismísimo Alejandro en su lecho de muerte, la enorme responsabilidad de velar por el bien del linaje. Es una

tradición que mi familia transmite de padre a hijo.

Massimo retomó la palabra animado por un gesto de su mujer:

—Alejandro le entregó un documento con la ubicación de los emplazamientos en los que había ocultado el más colosal de los tesoros jamás acumulado. También le explicó el lugar en el que podía encontrar un cofre que contenía el enigma de los dioses. Un secreto que le había sido confiado por el oráculo de Amón, durante su visita a Siwa y que se encontraba escondido en Alejandría Areión, la actual ciudad de Herat, en Afganistán. Un rompecabezas que señalaba el emplazamiento de las puertas de acceso de los dioses a nuestro mundo, y que no debía de volver a caer en manos de los hombres.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Zi.

—No lo sabemos con certeza. Una leyenda, un mito, alguna historia que le contaron a Alejandro en Siwa. El caso es que parece ser que Abdel Aziz primero, por llamarlo de alguna manera, encontró el cofre y diseminó su contenido en varios lugares, sin revelar nada a nadie. Sólo perduró el relato. Uno de los papiros fue encontrado durante los saqueos de los cristianos a los símbolos paganos, en el siglo IV d.C. y entregado a Georgius, el patriarca de la Iglesia en Alejandría. Otro, que estaba en nuestras manos junto a dos más, acabó en manos de la Skull and Bones durante la Guerra del Golfo. Afortunadamente, los otros dos fueron rescatados por Edgard, que no sabía su significado y sólo tenía como meta apoderarse del control de nuestra organización.

—Ahora que nosotros hemos encontrado los demás, podríamos intentar...

—empezó Zi.

—No podemos hacer nada. Podemos traducirlos, de hecho ya lo hemos hecho, es hierático antiguo, data de la época de Neferirkara-Kakai, de la dinastía V, 2460 a.C. pero está codificado, parece como si el texto de todos reunidos estuviese imbricado para formar uno sólo, o varios al recomponerlo. No podemos seguir avanzando hasta no tenerlos todos en nuestro poder.

—¿Y esto es lo que busca la CIA?

—¡No!, buscan lo mismo que Edgard. Por cierto, hablando de Edgard. Ayer por la tarde se ha metido un equipo de rastreadores del ejército norteamericano por la entrada del pozo, tres hombres y dos perros. Van a

intentar sacarle de allí.

—¿No lo conseguirán, verdad? —preguntó Natalia.

—No lo sabemos. No habíamos pensado en esta posibilidad y no se nos ha ocurrido borrar las pistas. De todas maneras no somos unos asesinos, si su destino es salir...

—¿Y la Iglesia? —preguntó Zi, volviendo a la carga.

—Durante siglos ha estado detrás de los herederos, acosándolos sin tregua. Sobre todo al principio, cuando la imagen y el recuerdo de Alejandro Magno era símbolo de veneración a un Dios y los hombres importantes peregrinaban hasta su santuario. Más tarde, cuando a lo largo del tiempo consolidaron su imperio universal, basado en la fe cristiana, y sobre todo cuando la tumba de Alejandro desapareció, fueron dejando esta querrela de lado. Hasta hace unos treinta años, cuando nada más llegar Juan Pablo II al poder, llamó al Vaticano a un tal Monseñor Giovanni Licciardi Casamento, ex miembro del Opus Dei español, educado en la más pura y dura filosofía jesuita de Salamanca. Lo nombró Obispo y le dio ciertos poderes que hacen de él, hoy en día, uno de los hombres más temidos de la Iglesia Católica Apostólica Romana, incluso por el mismo Pontífice, y nuestro más temido enemigo.

—¿Más que la CIA?

—Los que utilizan a la CIA perderán todo su poder en cuanto Bush júnior termine su mandato. Le quedan escasos seis meses, máximo un año, hasta que el nuevo presidente en funciones modifique la cúpula dirigente. Sin embargo, Monseñor Giovanni Licciardi seguirá en su puesto, en la oscuridad del Vaticano, con más poder que el propio Papa. Tened presente que el Vaticano es un estado, un estado especial, protegido por su condición de dictador de la Fe Cristiana. A la Iglesia no le interesa si Jesús ha existido o no realmente, pero toda su fuerza, su poder y sus riquezas están basadas en estas creencias que condicionan la Fe. Mientras exista, su poder se mantendrá. Monseñor Licciardi es un hombre poderoso y peligroso. Si analizáis la historia os daréis cuenta de que el poder y el dinero de la Iglesia están manchados de sangre desde su inicio. El Vaticano es como un inmenso holding internacional que no duda en meterse en negocios sucios cuando son lucrativos. Acumulan riquezas pero no reparten más que palabras y fe. El

pontífice se desplaza con su flota privada de aviones a lugares damnificados, con su inmenso séquito, su Rolex de oro y sus sortijas de piedras preciosas, a impartir la palabra de Dios y a pedir ayuda a la comunidad internacional; y la Fe Cristiana agradece rezando beata este despliegue de humildad divina. Mientras haya gente venerándolos, la Iglesia seguirá con su poder místico. Pero no nos engañemos, su fuerza económica es tal que aunque los cristianos despertasen algún día y se diesen cuenta de que llevan milenios aprovechándose de ellos y de su Fe en Jesús, el hijo de Dios en la tierra, perderían su fuerza mediática pero nunca desaparecerían. Así que no infravaloréis a Monseñor Giovanni Licciardi y sus ejércitos fanáticos de la Fe Cristiana.

Hubo un instante de reflexión, Massimo e Isabel se miraron y el padre de Zi y Guido dijo con firmeza:

—No queremos que sigáis con esto, por lo menos durante un tiempo. Thierry Leroy se va a llevar el material de vuelta al museo. Allí estará seguro. Hemos esperado más de dos mil años, creo que podemos hacerlo unos años más. Vosotros vais a salir hacia un destino secreto donde estaréis a salvo. En lo que concierne a Natalia y Miguel, nos encargaremos de avisar a vuestros respectivos entornos y familiares.

Hizo una pausa para observarlos.

—Todo el material y equipos de trabajo se quedan aquí. Abdel Aziz se ocupará de todo al llegar a vuestro destino. No queremos correr riesgos inútiles. Os hemos visto en acción, así evitaremos las tentaciones.

—¿Y mamá y tú? —preguntó Guido.

—Vamos a hacer como vosotros, pero en otro lugar. Es mejor que estemos separados, por motivos de seguridad. Pero esta vez estaremos en contacto, os lo prometemos.

LA noche estaba cayendo sobre los trigales, levantando la habitual niebla del anochecer, como una nube blanca que ascendía despacio hacia los cielos.

Había llegado el momento de la separación. Padres e hijos se habían despedido en un profundo abrazo. Leroy, Vero y Samy se quedaban con ellos, los llevarían de vuelta a un lugar seguro y se reincorporarían a sus respectivos puestos en el Louvre y Alemania el lunes, para no levantar sospechas.

Estaban cómodamente sentados en la avioneta bimotor que tomaba velocidad para el despegue, en el tramo de recta de la carretera comarcal que conducía al manoir a modo de pista improvisada.

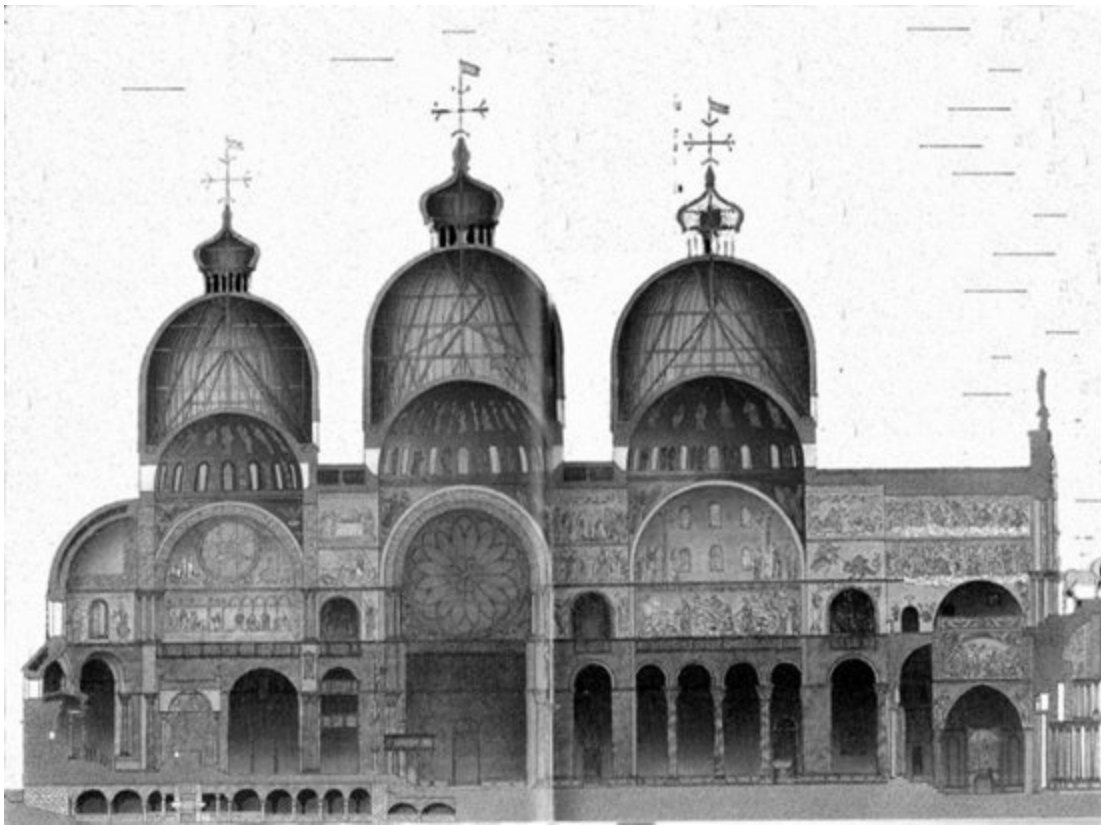
Les habían quitado todo, equipaje, bolsos, móviles, ordenadores, la Magnum 45 de Hassân,... hasta los pasaportes y los DNI. Se iban con lo puesto y con la prohibición de intentar cualquier cosa hasta dentro de un año o más. Hasta que ya no existiera riesgo. Abdel Aziz los acompañaba y se ocuparía de todo a la llegada al desconocido destino.

—Me siento más tranquilo sabiendo que se van sin nada comprometedor; así evitaremos las tentaciones —dijo Massimo.

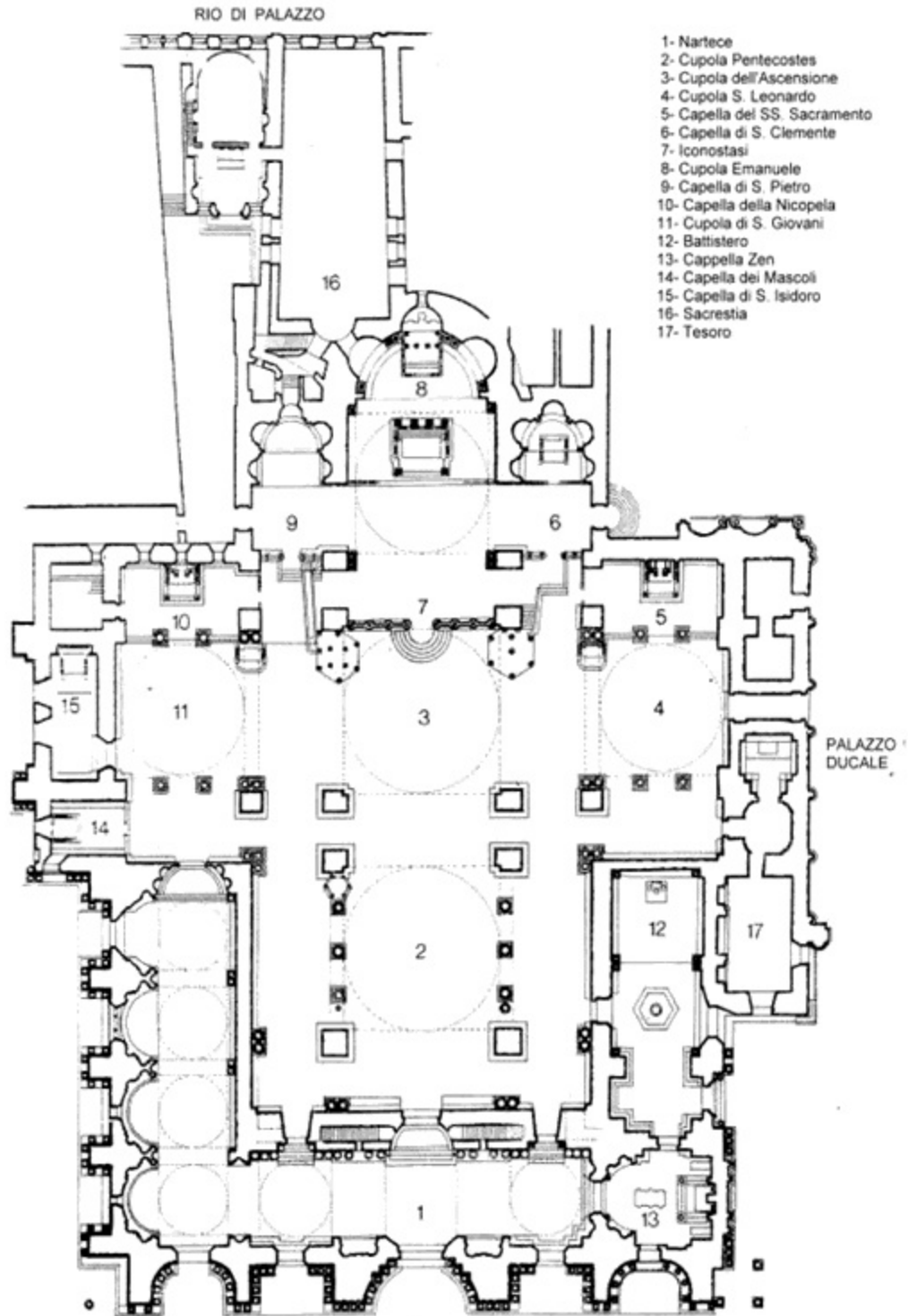
Isabel sonrió sin decir nada mientras miraban la avioneta elevarse sobre una nube blanca para fundirse en los últimos reflejos dorados de la puesta de sol.

En la cabina de la avioneta, Zi y Guido miraban a los demás con una sonrisa cómplice, tocando en el fondo de sus bolsillos sus respectivas llaves de memoria USB en las que estaba guardada toda la información. La búsqueda acababa de empezar.

FOTOS



Corte longitudinal Basílica San Marcos



Pianta della Basilica San Marcos



Insignia original de Skull & Bones



*Skull & Bones 1947 Los Bonesmen de la promoción de 1947
Bush está a la izquierda del reloj.*



Benjamín Solari Parravicini. 1939. “La libertad de Norteamérica perderá su luz, su antorcha no alumbrará como ayer y el monumento será atacado dos veces”

BIBLIOGRAFÍA

ALEJANDRO MAGNO

—Alexandre le Grand *Wikipedia*

http://fr.wikipedia.org/wiki/Alexandre_le_Grand#Le_tombeau_d.27Alexa

—Alejandro Magno *Wikipedia*

http://es.wikipedia.org/wiki/Alejandro_Magno#cite_note-Plut.3-5

—Alexandre le Grand. Bibliothèque National de France.

<http://classes.bnf.fr/heros/borne2.htm>

—Alexandre le Grand, mythe et réalité

<http://www.philalithia.net/alexandre.html>

—En busca de Alejandro.

<http://www.pothos.org/content/index.php?page=pothos>

—Travel - Alexander's Footsteps - Pilgrimage World Travel Guide.

<http://www.pothos.org/content/index.php?page=travel-alexander-s-footsteps>

—Lettre d'Alexandre le grand à Olympia et à Aristote sur les prodiges de l'Inde.

<http://remacle.org/bloodwolf/philosophes/callisthene/alexandre.htm>

—Alexander the Great - *Encyclopedia channel*.

<http://www.youtube.com/watch?v=MQfBinQwPGs>

Alejandro Magno, el hijo de la Serpiente. *Dra. A. M^a Vazquez Hoys*.

<http://www.uned.es/geo-1-historia-antigua-universal/ALEJANDRO%20MAGNO/Alejandro%20Magno.htm>

—MES LIVRES sur et autour d’ALEXANDRE LE GRAND.

http://www.whyarkay.com/details_texte.php?titre-texte=alexandre-le-grand-sources-bibliographie&texte=92

LA TUMBA DE ALEJANDRO MAGNO

—Tumba de Alejandro Magno. *Wikipedia*

http://es.wikipedia.org/wiki/Tumba_de_Alejandro_Magno

—Alejandro Magno. El destino final de un héroe.

<http://terraeantiquae.blogia.com/2008/021601-alejandro-magno.-el-destino-final-de-un-heroe.php>

—Alexander’s Tomb: The Two Thousand Year Obsession to Find the Lost Conqueror. *Nicholas J. Saunders*.

<http://books.google.es/books?id=ta2VIAqBXOkC&pg=PT175&lpg=PA174&ots=4Dsu-10WpD&dq=stelios+koumatsos#v=onepage&q=stelios%20koumatsos&f=false>

—El cuerpo más buscado. Javier Sierra. El Mundo.

<http://www.elmundo.es/papel/2006/08/20/uve/2013496.html>

—The Tomb of Alexander the Great. *Harry E. Tzalas*

<http://www.greece.org/alexandria/tomb2/index.htm>

—Leyendas sobre le cuerpo y la tumba de Alejandro Magno.
<http://arquehistoria.com/historias/leyendas-sobre-le-cuerpo-y-la-tumba-de-alejandro-magno>

—Leana Souvaltzi. Welcome to our place in Maraki at the Siwa oasis.
http://www.souvaltzi.gr/index_eng.html

Los restos de Alejandro Magno, ¿en la tumba de San Marcos? EFE
Lunes, 14 de junio de 2004.

<http://www.elmundo.es/elmundo/2004/06/13/ciencia/1087124937.html>

—¿Dónde están la tumba y la momia? El País. J. Antón 16/02/2008.
<http://www.elpais.com/articulo/semana/estan/tumba/momia/elpepuculbab/>

EL HIJO DE ALEJANDRO MAGNO

—Sucesión de Alejandro Magno. **Wikipedia**
http://es.wikipedia.org/wiki/Sucesi%C3%B3n_de_Alejandro_Magno#La

—Roxana. **Wikipedia**
<http://es.wikipedia.org/wiki/Roxana>

—Alejandro IV de Macedonia. **Wikipedia**
http://es.wikipedia.org/wiki/Alejandro_IV_de_Macedonia

MAPAMUNDI

—Claudio Ptolomeo Wikipedia.
http://es.wikipedia.org/wiki/Claudio_Ptolomeo

—Claudio Ptolomeo y la teoría de las esferas
<http://www.astromia.com/biografias/tolomeo.htm>

—“La hipótesis de los planetas” de Claudio Ptolomeo y su recepción entre los astrónomos Árabes. **Aurora Cano Ledesma, Eulalia Pérez Sedeño. Revista da SBHC, n.10,p.21-28, 1993.**

http://www.mast.br/arquivos_sbhc/101.pdf

—La Cosmografía de Ptolomeo y su relación con Cristóbal Colón. **Carmen Manso Porto - 2006.**

<http://www.rah.es/pdf/cosmografia.pdf>

—Descifran y corrigen histórico mapamundi de Claudio Ptolomeo. **José Ospina Valencia 14.08.2007**

<http://www.dw-world.com/dw/article/0,2144,2738940,00.html>

—La Geografía de Tolomeo.

<http://alkashopha.blogspot.com/2007/12/la-geografa-de-tolomeo.html>

—Roban dos mapamundis de sendos incunables de 1482 en la Biblioteca Nacional. **El Mundo cultura 24-08-2007.**

<http://www.elmundo.es/elmundo/2007/08/24/cultura/1187979891.html>

—Roban valiosos mapamundi de Ptolomeo en dos incunables de la Biblioteca Nacional. **ABC cultura - Jesús García Calero 25-08-2007.**

http://www.abc.es/hemeroteca/historico-25-08-2007/abc/Cultura/roban-valiosos-mapamundi-de-ptolomeo-en-dos-incunables-de-la-biblioteca-nacional_164512001563.html

—Roban dos mapas de 1482 de la Biblioteca Nacional. **El PAIS .F. J. BARROSO - Madrid - 25/08/2007.**

<http://www.elpais.com/articulo/revista/agosto/Roban/mapas/1482/Biblio>

—La Biblioteca anuncia la captura del ladrón de los mapamundis e Interpol lo desmiente. **El Mundo cultura J. I. Irrigaría, E. Mucientes. 17-10-2007.**

<http://www.elmundo.es/elmundo/2007/10/17/cultura/1192614908.html>

—Como Pedro por su casa. **El Mundo. Especiales. Virginia Hernandez.**

Resumen 2007.

http://www.elmundo.es/especiales/2007/12/resumen_2007/2007/12/05/se

—Diez de las dieciséis láminas robadas están ya en la Biblioteca Nacional. *EFE 12-11-2007.*

http://www.soitu.es/soitu/2007/11/12/info/1194884343_086563.html

—Los mapas robados de Ptolomeo ven la luz. *Levante cultura EFE 06-05-2008.*

<http://www.levante-emv.com/secciones/noticia.jsp?>

[pRef=2008050600_39_442576_Cultura-mapas-robados-Ptolomeo](http://www.levante-emv.com/secciones/noticia.jsp?pRef=2008050600_39_442576_Cultura-mapas-robados-Ptolomeo)

—Australia devuelve el mapamundi de Ptolomeo robado de la Biblioteca Nacional. *EFE 04-02-2008.*

<http://www.adn.es/cultura/20080204/NWS-0161-Biblioteca-Australia-Nacional-Ptolomeo-mapamundi.html>

—Australia devuelve a España el mapamundi de Ptolomeo robado. *Soitu actualidad. 04-02-2008.*

http://www.soitu.es/soitu/2008/02/04/info/1202088363_795070.html

SAN MARCOS

—San Marcos Evangelista. Wikipedia.

http://es.wikipedia.org/wiki/Marcos_el_Evangelista#Reliquias

—Basílica de San Marcos. Wikipedia.

http://es.wikipedia.org/wiki/Catedral_de_San_Marcos

—Basílica de San Marcos.

<http://arteypensamiento.blogspot.com/2007/05/baslica-de-san-marcos-venecia.html>

—San Marco. Ver Basilique Saint Marc.

<http://beledon.free.fr/vampire/venise/venisequasanmar.htm>

—Basílica de San Marcos.

<http://www.venecia.es/visitar-venecia/san-marco/basilica-de-san-marcos.htm>

Los restos de Alejandro Magno, ¿en la tumba de San Marcos? El Mundo. EFE - 14 de Junio de 2004.

<http://www.elmundo.es/elmundo/2004/06/13/ciencia/1087124937.html>

—SaintMarc sauvé des eaux. Le Nouvel Observateur. 16 décembre 1993.

http://hebdo.nouvelobs.com/hebdo/parution/p1519/articles/a20072-saintmarc_sauv%C3%A9_des_eaux.html

SKULL and BONES

—Alexandra Robbins, *Secrets of the Tomb* (ISBN 0-31-6720917). Version française “Skull and Bones. La Vérité sur l’élite secrète qui dirige les États-Unis” (Max Milo éditions, janvier 2006) (ISBN 2-914388-78-0).

—Robbins, Alexandra. *Secrets of the Tomb: Skull and Bones, the Ivy League, and the Hidden Paths of Power* Back Bay Books, 2003. ISBN 0-316-73561-2.

—Antony Cyril Sutton, *America’s Secret Establishment* (ISBN 0972020748) Millegan, Kris, ed. *Fleshing Out Skull and Bones: Investigations into America’s Most Powerful Secret Society* Walterville, OR: Trine Day, 2003. ISBN 09720207-2-1.

—Antony Cyril Sutton *America’s Secret Establishment: An Introduction to the Order of Skull & Bones* Walterville, OR: Trine Day, 2003. ISBN 09720207-0-5.

—Begin, Jeremy. *Fighting for G.O.D. (Gold, Oil, and Drugs)* Walterville, OR: Trine Day, 2007. ISBN 978-0-9777953-3-8.

—Tarpley, Webster, *et al. George Bush: The Unauthorized Biography* Washington, D.C.: Executive Intelligence Review, 1992. ISBN 0-943235-05-

7. Disponible sur internet:

<http://www.tarpley.net/bushb.htm>

—Millegan, Kris, ed. *Fleshing Out Skull and Bones: Investigations into America's Most Powerful Secret Society* Walterville, OR: Trine Day, 2003. ISBN 09720207-2-1

Tedford, Cody. *Powerful Secrets* Hannover, 2008. ISBN 1-4241-9263-3

—Skull and Bones en Wikipedia:

http://es.wikipedia.org/wiki/Skull_and_Bones

http://fr.wikipedia.org/wiki/Skull_and_Bones

http://en.wikipedia.org/wiki/Skull_and_Bones

—The Manuscripts and Archives Digital Images Database (MADID):

<http://images.library.yale.edu/madid/showthumb.aspx?>

[q=skull+and+bones](http://images.library.yale.edu/madid/showthumb.aspx?q=skull+and+bones)

—Las aberraciones de Bush, sus sociedades secretas y el 11 de septiembre.

<http://mukas.50webs.com/frames/sociedadessecretas.htm>

—El mensaje profético de Benjamín Solari Parravicini - por Tomás Latino

http://www.edicolaweb.net/nonsoloufo/pav_pros.htm

—El mensaje profético de Benjamín Solari Parravicini.

<http://mpfiles.com.ar/fenomenos/parravicini.htm>

—YouTube - Skull and Bones (sous-titres en français)

<http://www.youtube.com/watch?v=rdcimk2fcOI>

—Un teólogo afirma que Aznar pertenece a un poderoso grupo de «Masonería Invisible» 01:30h. Del Miércoles, 24 de enero de 2007.

<http://www.larepublica.es/spip.php?article3761>

—Publicado en la revista de la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos, “Burgense” 44/1 (2003) pp. 167-204. LA MASONERÍA INVISIBLE (por Manuel Guerra Gomes)

<http://www.familiaqueesyqueno.es/Colaboraciones/INDICE/MASONE>

LA SAGA BUSH

—Los Bush en Wikipedia:

http://fr.wikipedia.org/wiki/Prescott_Bush

http://fr.wikipedia.org/wiki/George_Herbert_Walker_Bush

http://fr.wikipedia.org/wiki/George_Walker_Bush

—Bush jr. encuadra perfecto en las profecías bíblicas de Apocalipsis 17:11, que lo definen como el protagonista del fin.

<http://www.hoy.com.do/opiniones/2005/2/3/148567/George-Bush-Jr>

—George Bush: The Unauthorized Biography *by Webster G. Tarpley & Anton Chaitkin*

<http://www.tarpley.net/bushb.htm>

—HITLER, EL ABUELO BUSH Y EL ORIGEN DE UNA FORTUNA.

http://www.soberania.org/Articulos/articulo_085.htm

—Georges Bush El heredero de la dinastía siniestra:

<http://movimientoextraterrestrechicago.blogspot.com/2007/04/george-bush.html>

—Diario inglés anuncia que Presidente Bush podría convertirse al catolicismo

<http://www.aciprensa.com/noticia.php?n=21551>

—¡Viene el Nuevo Orden Mundial! ¿Está usted listo?

<http://www.cuttingedge.org/Sp/n2301.htm>

CIA & NSA

—CIA, Central Intelligence Agency

<http://es.wikipedia.org/wiki/CIA>

—NSA, National Security Agency

http://es.wikipedia.org/wiki/Agencia_de_Seguridad_Nacional

—Cárceles flotantes de la CIA

http://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%A1rceles_flotantes_de_la_CIA

—La prisión de Abu Ghraib Irak.

http://es.wikipedia.org/wiki/Prisi%C3%B3n_de_Abu_Ghraib

—The Abu Ghraib files, Abuse, Torture.

http://www.salon.com/news/abu_ghraib/2006/03/14/introduction/

—Photo Gallery.

http://www.salon.com/news/feature/2006/02/16/abu_ghraib/portfolio.html

—Las fotos de la vergüenza. *Elmundo.es*

<http://www.elmundo.es/fotografia/2004/05/fotosirak/index.html>

—Tortura en Abu Ghraib

http://es.wikipedia.org/wiki/Tortura_en_Abu_Ghraib

—New ‘Abu Ghraib abuse’ images screened. *Guardian.co.uk*, 15 February 2006 17.07 GMT

<http://www.guardian.co.uk/world/2006/feb/15/iraq.usa>

—Televisión australiana transmite fotografías y videos inéditos de Abu Ghraib. 15 de febrero de 2006.

http://es.wikinews.org/wiki/Televisi%C3%B3n_australiana_transmite_fot

—US to transfer Abu Ghraib prisoners. **March 10, 2006 – 10:45AM.**
<http://www.smh.com.au/news/world/us-to-transfer-abu-ghraib-prisoners/2006/03/10/1141701667799.html>

—Bush reconoció la existencia de cárceles secretas de la CIA en el extranjero. **06-09-2006**
<http://www.clarin.com/diario/2006/09/06/um/m-01266517.htm>

—Revelaciones sobre «tortura» en cárceles de la CIA. **Swissinfo 18.03.2009.**
<http://www.swissinfo.ch/spa/archive.html?siteSect=883&sid=10470130&ty=st>

—La CIA dejará de utilizar cárceles secretas para sospechosos de terrorismo. **Afp | Washington - 10-04-2009.**
<http://www.elmundo.es/elmundo/2009/04/09/internacional/1239299569.ht>

—Evidencias egipcias sobre cárceles de la CIA. **Dw-World Internacional 09.01.2006**
<http://www.dw-world.de/dw/article/0,,1851234,00.html>

—El ‘halcón’ derribado: Donald Rumsfeld, secretario de Defensa. **J. M. Calvo - Washington - 10/11/2006**
<http://www.elpais.com/articulo/internacional/halcon/derribado/elpepuint/2>

—El destituido jefe del Pentágono, Donald Rumsfeld, demandado por crímenes de guerra. **25/11/2006**
<http://www.elpais.com/articulo/internacional/destituido/jefe/Pentagono/de>

—ENFORCED DISAPPEARANCE, ILLEGAL INTERSTATE TRANSFER, AND OTHER HUMAN RIGHTS ABUSES INVOLVING THE UK OVERSEAS TERRITORIES
<http://www.reprieve.org.uk/documents/FinalReprieveSubmissionFASC.pc>

—La OTAN permitió a la CIA instalar cárceles secretas en Polonia y

Rumanía tras el 11-S

http://www.lavozdigital.es/cadiz/prensa/20070609/mundo/otan-permitio-instalar-carceles_20070609.html

—Parlamento Europeo: El PE aprueba la creación de una comisión temporal sobre los presuntos centros de detención de la CIA. **Justicia y asuntos de interior - 18-01-2006 – 16:06.**

<http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+IMPRESS+20060113IPR04295+0+DOC+XML+V0//ES>

—Parlamento Europeo: El Parlamento investiga las supuestas actividades de la CIA en Europa. **Derechos humanos - 08-03-2006 – 15:53.**

<http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?type=IMPRESS&reference=20060308STO05902&language=ES>

—Parlamento Europeo: Diversidad de opiniones en el debate sobre el informe de los supuestos vuelos y secuestros de la CIA en Europa. **Justicia y asuntos de interior - 05-07-2006 – 18:12**

<http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?type=IMPRESS&reference=20060628IPR09341&language=ES>

—Parlamento Europeo: La CIA, “directamente responsable” de algunas acciones ilegales en Europa. **Justicia y asuntos de interior - 09-07-2006 – 09:02.**

<http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?language=ES&type=IMPRESS&reference=20060706STO09670&secondRef:>

—Parlamento Europeo: Los eurodiputados reclaman una aclaración sobre las cárceles secretas de la CIA. **Derechos fundamentales - 13-09-2006 – 19:07.**

<http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?language=ES&type=IMPRESS&reference=20060913STO10607&secondRef:>

—Parlamento Europeo: Video. Valoraciones de los diputados europeos (41MB)

<http://www.europarl.europa.eu/multimedia/eplive/cont/20060913MLT106>

—EU podría ser juzgado por crímenes de guerra. *Luis Torres de la Llosa*
- **END - 20/07/2008**

<http://www.elnuevodiario.com.ni/nacionales/21931>

—La OTAN y EEUU pactaron las cárceles de la CIA en Europa.
WebIslam. 09.06.2007.

<http://www.webislam.com/?idn=9563>

—Los propagandistas de Aznar siguen partiéndose la cara por Bush. No hubo torturas en Guantánamo...

<http://www.elplural.com/politica/detail.php?id=33228>

SUERO DE LA VERDAD

—Escopolamina permite penetrar la barrera hematoencefálica más fácilmente y causar alteración del sistema nervioso central.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Burundanga>

—El tiopentato de sodio es una droga derivada del ácido barbitúrico, más conocida como suero de la verdad.

http://es.wikipedia.org/wiki/Suero_de_la_verdad

—Barrera hematoencefálica

http://es.wikipedia.org/wiki/Barrera_hematoencef%C3%A1lica

—La Operación MK Ultra era un programa de investigación secreto de la CIA, que trataba de encontrar métodos para controlar la mente.

http://es.wikipedia.org/wiki/Operaci%C3%B3n_MK_Ultra

LA IGLESIA

- El Vaticano Al Descubierto. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/1.htm>
- La Mafia Del Vaticano. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/2.htm>
- Las Finanzas Del Vaticano. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/3.htm>
- Las Mentiras Del Papa Juan Pablo II. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/4.htm>
- La Secta Católica. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/5.htm>
- La Desviación Sexual Del Clero Católico. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/8.htm>
- El Anticristo En El Vaticano. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/14.htm>
- El Poder Del Vaticano. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/15.htm>
- Corrupción y Mentiras De La Iglesia Católica. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/20.htm>
- Documentos Secretos del Vaticano. **Rafael Rodríguez Guillen.**
<http://www.avancecristiano.com/24.htm>
- BBC Mundo - **28 de febrero de 2004**
http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_3492000/3492834.s
- Wikipedia - Casos de pederastia por miembros de la Iglesia católica
http://es.wikipedia.org/wiki/Casos_de_pederastia_por_miembros_de_la_Ig

—Pederastia en la Iglesia católica - *Pepe Rodríguez. Ediciones B., Barcelona, 2002.*

—Los sacerdotes pederastas de EEUU costaron a la Iglesia más de 400 millones de dólares. *14-03-09 EFE WASHINGTON*

<http://www.diariosur.es/20090314/sociedad/sacerdotes-pederastas-eeuu-costaron-200903140944.html>

—Otro caso de abuso sexual sacude al Vaticano. *Clarín.com Lunes 09, Marzo 2009.*

<http://www.clarin.com/diario/2009/03/09/um/m-01873535.htm>

—¿Cual es grado de fanatismo en la religión católica? *Wordpress 5 de Mayo de 2009.*

<http://www.ciberdroide.com/wordpress/?tag=vaticano>

—¿Cómo consiguió su riqueza la Iglesia?

http://www.freie-christen.com/riqueza_de_la_iglesia.html

—El Vaticano promueve la fe por Internet.

<http://www.univision.com/content/content.jhtml?cid=1951824>

EGIPTO

—República Árabe de Egipto. *Wikipedia*

<http://es.wikipedia.org/wiki/Egipto>

—Antes de viajar a Egipto.

<http://www.maec.es/es/MenuPpal/Paises/ArbolPaises/Egipto/Recomendac>

—Guía y albergues en Egipto. *El Mundo el Jueves, 03/05/2009.*

<http://www.mundo-albergues.com/viajar/guia-albergues-en-egipto>

—Transportes.

http://www.egipto.es/p3558_transportes.aspx

—Horarios de autobuses en Egipto.

<http://209.35.104.103/Spanish/TravelTips/Autobus.htm>

—Egyptian Nacional Railways.

[http://www.egytrail.gov.eg/docs/online/online.html?
from=00108&to=05818](http://www.egytrail.gov.eg/docs/online/online.html?from=00108&to=05818)

—Comida Egipcia.

[http://raquelparaiso.blogspot.com/2007/01/comida-egipcia-mediterraneo-
y-frica.html](http://raquelparaiso.blogspot.com/2007/01/comida-egipcia-mediterraneo-y-frica.html)

—Agua mineral.

[http://viajes.latino.msn.com/destino.aspx?
category=ep&popid=idh330964624_0072](http://viajes.latino.msn.com/destino.aspx?category=ep&popid=idh330964624_0072)

—Zumos de frutas y refrescos

[http://viajes.latino.msn.com/destino.aspx?
category=ep&popid=idh330960056_0071](http://viajes.latino.msn.com/destino.aspx?category=ep&popid=idh330960056_0071)

—Shisha.

<http://www.cachimba.es/>

C.S.A Consejo Supremo de Antigüedades Egipcias.

—CSA. Conseil suprême des Antiquités égyptiennes. Wikipedia

[http://fr.wikipedia.org/wiki/Conseil_supr%C3%Aame_des_Antiquit%C3'](http://fr.wikipedia.org/wiki/Conseil_supr%C3%Aame_des_Antiquit%C3)

—Egypte: lourdes peines de prison pour des trafiquants d'antiquités. AFP
14/8/2005

<http://www.casafree.com/modules/news/article.php?storyid=3453>

—Lourdes peines de prison pour des trafiquants d'antiquités. *Le progrès
Egyptien Lundi 15 Août 2005.*

<http://www.gom.com.eg/prog/2005/08/15/02.pdf>

EL CAIRO

—El Cairo. Wikipedia

http://es.wikipedia.org/wiki/El_Cairo

—Museo Egipcio de El Cairo. El-Tahrir Square.

<http://www.egiptomania.com/antiguoegipto/lower/museocairo.htm>

—Metro El Cairo.

<http://mapasyplanos.poregipto.com/mapaplanodelmetrodelcairo.html>

—Cairo Internacional Airport.

<http://www.cairo-airport.com/>

ALEJANDRÍA

—Alejandría. Wikipedia

<http://es.wikipedia.org/wiki/Alejandria>

—Wikitravel - Alexandrie.

<http://wikitravel.org/fr/Alexandrie>

—Alexandrie redécouverte. *Jean-Yves Empereur, Stéphane Compoint*
1998

CNRS Centre d'Études Alexandrine.

<http://www.cealex.org>

—Una jornada con Franck Goddio y sus buceadores en el mar frente a
Alejandría

<http://www.culturaclasica.com/?q=node/2219>

Biblioteca Alejandría

<http://www.bibalex.org/French/gallery/index.htm>

—Catacumbas de Kom El-Shuqafa
<http://sobreegipto.com/2008/04/20/catacumbas-de-kom-el-shuqafa-culturas-encontradas/>

—Fort Quait bey
<http://touregypt.net/featurestories/fortqaitbey.htm>

—Atracciones Alejandría
<http://www.trivago.es/alejandria-20/curiosidades>

Cementerios alejandría
[http://ramses2.mmsch.univ-aix.fr/seminaires-Memoires/The-Cemeteries-of%20Alexandria.pps#296,32,Diapositiva 32](http://ramses2.mmsch.univ-aix.fr/seminaires-Memoires/The-Cemeteries-of%20Alexandria.pps#296,32,Diapositiva%2032)

—Hotel Sofitel Cecil
<http://www.sofitel.com/es/hotel-1726-sofitel-cecil-alexandria/index.shtml>

—Hotel Union
http://www.tripadvisor.es/LocationPhotos-g295398-d302657-w3-Union_Hotel-Alexandria.html#18749934

—Restaurantes de Alejandría
<http://www.tripadvisor.es/Restaurants-g295398-Alexandria.html>

OASIS DE SIWA

—Oasis de Siwa Wikipedia
<http://es.wikipedia.org/wiki/Siwah>

—Centro de documentación fotográfica y visual - El Oasis de Siwa.
<http://www.fotoaleph.com/Colecciones/OasisSiwa/Siwa-texto.html>

—Fotos del Oasis de Siwa.
<http://my.opera.com/pajaru/albums/showpic.dml?>

[album=20406&picture=201772](#)

—Oasis de Siwa. **Marcelo Ferrando, en 23 de Diciembre de 2008**

<http://www.viajarsinbrujula.es/la-ciudadela-de-shali.html>

—El Gobierno egipcio cree que la tumba hallada en el oasis de Siwa es la de Alejandro Magno. **El País - J. Antón - El Cairo/Barcelona 01/02/1995**

http://www.elpais.com/articulo/cultura/MAGNO/_ALEJANDRO/GRECI/

—Web personal de la arqueóloga Leana Souvaltzi

http://www.souvaltzi.gr/index_eng.html

GUERRA DE IRAQ

—Guerra de Iraq. **Wikipedia**

http://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_de_Iraq

—Invasión de Iraq en 2003. **Wikipedia**

http://es.wikipedia.org/wiki/Invasi%C3%B3n_de_Iraq_de_2003

—Iraq Report. **RFE/RL's newslite Team.**

<http://www.globalsecurity.org/wmd/library/news/iraq/2003/5-090203.htm>

—Irak recupera la memoria expoliada El Museo Arqueológico de Bagdad se reabre con 6.000 piezas rescatadas del pillaje. **El País Ángeles Espinosa - Teherán - 24/02/2009**

<http://www.elpais.com/articulo/internacional/Irak/recupera/memoria/expol>

—El Consejero de la Unesco denuncia la destrucción deliberada y grave expolio del patrimonio iraquí. **10-07-2008.**

http://www.universia.es/html_estatico/portada/actualidad/noticia_actualid

—Nueva York hace ostentación del arte mesopotámico tras el saqueo de Bagdad. ABC. Alfonso Armada 6-5-2003.

http://www.abc.es/hemeroteca/historico-06-05-2003/Cultura/nueva-york-hace-ostentacion-del-arte-mesopotamico-tras-el-saqueo-de-bagdad_178712.html

—El Museo Nacional de Irak recupera 475 piezas robadas durante el saqueo . El País. 30-04-2003.

<http://www.belt.es/noticias/2003/mayo/02/museo.htm>

GUERRA DEL GOLFO

—Gulf War. *Wikipedia*

http://en.wikipedia.org/wiki/Gulf_War

—Chronologie de la Guerre du Koweït. *Wikipedia*

[http://fr.wikipedia.org/wiki/Chronologie_de_la_Guerre_du_Kowe%C3%AF1991\)](http://fr.wikipedia.org/wiki/Chronologie_de_la_Guerre_du_Kowe%C3%AF1991))

—Opération Tempête du désert. 17 janvier 1991.

<http://www.herodote.net/histoire/evenement.php?jour=19910117>

—Chronologie de la guerre du Golfe

<http://guerredugolfe.free.fr/intro.htm>

—Chronologie de la guerre du Golfe

<http://guerredugolfe.free.fr/>

—Aspectos Jurídicos de la Crisis del Golfo Pérsico. *José B. Acosta Estévez. ISBN 84-688-8629-7.Tesis Doctoral.*

http://www.tdx.cbuc.es/TESIS_UdG/AVAILABLE/TDX-0920104-152219/tjbae.pdf

KUWAIT

—Google Maps Kuwait.

<http://maps.google.es/maps?ll=29.322546,47.731103&z=8&t=h&hl=es>

—Présentation du Koweït. France-koweit-trade. Introduction.

<http://france-koweit-trade.com/presentation.php>

—Kuwait. Embajada de Kuwait. Ministro de Información. quinta edición de “Kuwait, Hechos y Números”.

<http://www.embajadadekuwait.com.ar/Kuwait%20Hechos%20y%20Numeros>

—Koweït. Quid.

[http://www.quid.fr/monde.html?](http://www.quid.fr/monde.html?mode=detail&iso=kw&style=doc&id=50276&docid=923)

[mode=detail&iso=kw&style=doc&id=50276&docid=923](http://www.quid.fr/monde.html?mode=detail&iso=kw&style=doc&id=50276&docid=923)

—UNESCO mai 1991: RAPPORT DU PROFESSEUR IBA DER THIAM, REPRESENTANT SPECIAL DU DIRECTEUR GENERAL, A L'ISSUE DE LA MISSION QU'IL A EFFECTUEE AU KOWEITEN APPLICATION DE LA DECISION 135 EX/8.4.

<http://unesdoc.unesco.org/images/0009/000937/093787Fo.pdf>

—UNESCO octobre 1991: RAPPORT DU DIRECTEUR GENERAL SUR LA MISE EN OEUVRE DE LA DECISION 136 EX/9.3

<http://unesdoc.unesco.org/images/0008/000892/089270fo.pdf>

FAILAKA

—Google Maps Kuwait.

<http://maps.google.es/maps?ll=29.434421,48.338374&z=12&t=h&hl=es>

—Île de Failaka. **Wikipedia.**

http://fr.wikipedia.org/wiki/%C3%8Ele_de_Failaka

—Failaka, une île des dieux au large de Koweit. Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. **J.F. Salles.**

—L'île de Failaka. Archéologie du Koweït. 2005. Exposition. Musée des beaux arts de Lyon.

—L'île de Failaka - Archéologie du Koweït. Geneviève Galliano, Olivier Callot, Yves Calvet, Rémi Dalongeville, Collectif Somogy (editions D'art) 2005 ISBN 2-85056-913-5 EAN 9782850569135

—«Rouletted Wares from Mahasthangarh», *Pratnatattva, Journal of the Department of Archaeology, Jahangirnagar University, Savar, Dhaka, vol. 11 (2005), p. 27-37. J.-F. Salles & D. Allios.*

—Contributions à un ouvrage collectif: L'île de Failaka. Archéologie du Koweït, en marge de l'exposition du Musée des Beaux-Arts de Lyon, **16 juin-5 octobre 2005, Somogy Editions d'Art, Paris, 2005.**

—«La découverte de Failaka à l'époque moderne», p. 17-31; «Failaka à l'époque médiévale: christianisme et Islam», p. 93-104. **J.-F. Salles.**

—«Failaka à l'ère archéologique», p. 35-40; «Ikaros, de la conquête d'Alexandre au Ier s. ap. J.-C.», p. 63-94. **J.-F. Salles en collaboration avec Olivier Callot et Jacqueline Gachet-Bizollon.**

—Geophysical prospecting of the Bronze Age site Al-Khidr, Failaka Island, State of Kuwait. tudijné zvesti Archeologického ústavu SAV 41, 2007, 69-73. **P. Barta, M. Bartík, L. Benediková, J. Ďuriš, K. Pieta, S. A. H. Shehab, S., Jr. tolc, J. Tirpák.**

—Al-Qusur church at Failaka, State of Kuwait, 1989. Original report translated to Arabic by Khaloud Al-Salem. **V. Bernard, O. Callot, J.-F. Salles, 1999.**

—Preliminary report on the topographical mission at Failaka, Kuwait (February 26 - March 25 1999). Unpublished report, NCCAL. **O. Callot, Y. Calvet, 1999.**

—Un nouveau bâtiment de l'âge du bronze sur le Tell F6. **Y. Calvet, M. Pic, 1986** Failaka. Fouilles Françaises 1984 - 1985. Lyon - Paris, 13-87. **Y. Calvet, J.F. Salles.**

—Un temple-tour de l'âge du bronze a Failaka. **Y. Calvet, M. Pic, 1990** Failaka. Fouilles Françaises 1986 - 1988. Lyon - Paris, 103-122. **Y. Calvet, J. Gachet.**

—Ikaros: Testimonia. **Y. Calvet, 1984** Failaka. Fouilles Françaises 1983. Lyon - Paris, 21-29. **J.F. Salles.**

—Le sanctuaire hellénistique (B6). **A. Caubet, J.F. Salles, 1984** Failaka. Fouilles Françaises 1983. Lyon - Paris, 73-156. **J.F. Salles.**

—Chantier F5: Rapport préliminaire, 1985. **J. Gachet, J.F. Salles, 1986** Failaka. Fouilles Françaises 1984 - 1985. Lyon - Paris, 297-333. **Y. Calvet, J.F. Salles**

—Un habitat du II^e siècle av. J.-C. dans la forteresse de Failaka. **J. Gachet, 1990** Failaka. Fouilles Françaises 1986 - 1988. Lyon - Paris, 167-208. **Y. Calvet, J. Gachet**

—Archaeological and geophysical prospecting of deserted Early Islamic village Al-Qusur (Failaka Island, State of Kuwait). tudijné zvesti Archeologického ústavu SAV 41, 2007, 74-76. **K. Pieta, S. A. H. Shehab, J. Tirpák, M. Bielich, M. Bartík, J. Ďuriš.**

—Secretos griegos de una isla de Kuwait. BBC. **Neil Arun 07-08-2007.**
http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid_6936000/6936043.stm

—New Kuwaiti French archeological excavation campaign to start on Failaka Island. in November. **French Embassy Kuwait.**
http://www.ambafrance-kwt.org/article.php3?id_article=908

EFFECTOS ESPECIALES Y OTROS

—El sueño de la invisibilidad se hace realidad. **20-10-2006**
<http://www.pergaminovirtual.com.ar/revista/cgi-bin/hoy/archivos/2006/00001484.shtml>

—La invisibilidad a la vista. **El País 11-08-2008**
<http://www.elpais.com/articulo/sociedad/invisibilidad/vista/elpepusoc/200>

—Un material creado en EE UU convierte en invisibles los objetos. **El País 12-08-2008**
<http://www.elpais.com/articulo/sociedad/material/creado/EE/UU/convierte>

—Desarrollan un manto de invisibilidad más eficiente que los existentes. **21-05-2009**

<http://escuadrondelaverdad.wordpress.com/2009/05/21/desarrollan-un-manto-de-invisibilidad-mas-eficiente-que-los-existentes/>

—***Smith and Wesson 22A 22LR, Black, 5.5 Inch Bull Barrel, High-Viz Sights, Soft Touch Grips, 10rd Mags***

<http://www.impactguns.com/store/022188074260.html>

—Smith & Wesson Model 686

[http://en.wikipedia.org/wiki/Smith & Wesson Model 686](http://en.wikipedia.org/wiki/Smith_%26_Wesson_Model_686)

—BALAS 22LR. CCI STINGER PUNTA HUECA COBRIZADA

http://www.camping44.com.py/v7/ampliar.php?id_pro=183

—Calibre .22 LR un clásico por el que no pasan los años

<http://hombresdearmas.blogspot.com/2008/11/un-veterano-por-el-que-no-pasan-los-aos.html>

—Avioneta CESSNA 421C 1980

<http://www.controller.com/listings/aircraft-for-sale/CESSNA-421C/1980-CESSNA-421C/1147274.htm?dlr=1>

—Carguero Basura

<http://www.clubcela.com/modules.php?name=ETFrame&op=ver&fid=17>

—Fotos de Cargueros.

<http://www.richard-photography.nl/MSC.html>

—Toyota Hilux pickup

http://www.toyota.es/cars/new_cars/hilux/index.aspx

—ROV Remotely operated vehicle. **Wikipedia**

http://es.wikipedia.org/wiki/Remotely_operated_vehicle

—ROV.

<http://www.mariscope.cl/es/robotica/equipos/fichas/spy.pdf>

—ROV

<http://www.iberco.com/robot.htm>

—GPS Localizador de personas.

<http://www.keruve.com/funcionamiento/>

—Localizadores Espía.

http://www.localizadores.net/lapa_gps_portatil_telefonos_espia.html

—James Bond would have been thrilled to have a tracking unit like this.

<http://www.roundsolutions.com/news/gps-gsm-module.htm>

—GENERADOR ELECTRICO YANMAR 40KVA.

http://www.mundoanuncio.com/anuncio/vendo_generador_electrico_yann

—Una especie de planta desconocida descubierta en confluencia de los ríos Orinoco y Ventuari, en el estado Amazonas. Venezuela.

<http://www.biodiversityreporting.org/article.sub?docId=23998&c=Venezuela&cRef=Venezuela&year=2007&date=October%2>

—Río Orinoco. **Wikipedia**

http://es.wikipedia.org/wiki/R%C3%ADo_Orinoco

—Río Ventuari. **Wikipedia**

http://es.wikipedia.org/wiki/R%C3%ADo_Ventuari

—Jeroglíficos. **Wikipedia**

<http://es.wikipedia.org/wiki/Jerogl%C3%ADfico>

—Hierático. **Wikipedia**

<http://es.wikipedia.org/wiki/Hier%C3%A1tico>

—Demótico. **Wikipedia**

<http://es.wikipedia.org/wiki/Dem%C3%B3tico>

—Jeroglífico Egipcio.

<http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/jerogli>

—Piedra de Rosetta. Wikipedia.

[http://es.wikipedia.org/wiki/Piedra de Rosetta](http://es.wikipedia.org/wiki/Piedra_de_Rosetta)

FICHAS PERSONAJES

ZI Zenatti El-Romani

Edad: 28 años. Soltera.

Descripción: Pelo largo color azabache y brillante, que cae en bucles y tirabuzones hasta media espalda.

Estatura mediana, cuerpo, menudo y nervioso, con todas las formas que una mujer pueda desear, parece esculpido por un artista escrupuloso en respetar los arquetipos femeninos.

Piel dorada todo el año, esas pieles aterciopeladas que apetece acariciar. Ojos verde oscuro con largas pestañas, coronadas por unas cejas pobladas, aunque bien definidas, que le dan un aspecto salvaje.

Nariz recta, tal vez un poco larga, que define perfectamente su carácter fuerte y temperamental.

Zi siempre va vestida con “falditas o vestiditos” llamados así por su amiga Natalia, debido el escaso metraje de tela utilizado en su confección. No soporta llevar capas de ropa, con lo cual es muy común que los hombres se queden mirándola más tiempo de lo normal. No se da cuenta, ni se da por aludida, es una actitud normal en ella, sin malicia.

Otros: Le dieron el nombre de Zi porque su madre, Isabel El-Romani, llevó su embarazo durante una excavación en la orilla del río Zi, en la provincia China de Huan a pocos kilómetros de su desembocadura en el lago Donting.

Trabajo: Tras la desaparición de sus padres en Irak, tuvo que dejar su trabajo en el Museo del Louvre en París y volver a Madrid para ocuparse de su hermano Guido.

Actualmente trabaja como documentalista en la Biblioteca Nacional.

Habla español, italiano, árabe, inglés y francés como si fuesen su idioma natal.

* * *

Natalia Costas Trujillo

Edad: 32 años. Divorciada. Vecina de Zi.

Descripción: Pelo rubio pajizo en todos los sentidos de la palabra, lo lleva por los hombros y peinado como buenamente haya podido domarlo ese día.

Alta y desgarbada, cuerpo atlético con unas piernas largas y esbeltas. Ojos azules.

Personalidad risueña y agradable, que esconde un carácter fuerte y decidido. Toma decisiones rápidas en situaciones extremas, aunque no siempre son las más adecuadas.

Suele ir vestida con ropa deportiva, unas mallas y una camiseta. Aun así llama la atención por donde va.

Otros: Siente verdadera pasión y atracción por las armas. Es adicta a las películas de acción.

Su primer marido era bombero y esto le permitió realizar numerosos cursillos.

Trabajo: Después de cursar estudios de marketing y publicidad, trabaja en la empresa familiar y viaja con frecuencia a Asia y al resto de Europa.

Habla español, inglés y chapurrea el francés.

* * *

Guido Zenatti El-Romani

Edad: 12 años. Niño. Hermano de Zi.

Descripción: Mata de bucles castaños y rebeldes, que apuntan en todas direcciones, imposibles de peinar.

Aparenta más que su edad.

Postura habitual, desgarbada y desenvuelta en su ropa demasiado ancha para él, cuestión de moda, y con la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha, tal vez algún mimetismo con su perro Lennon.

Ojos pardos llenos de curiosidad e inteligencia.

Educado y observador, sabe esperar su momento. Aunque sepa comportarse, puede llegar a ser pedante hasta la saciedad cuando un tema le interesa. Está al tanto de las últimas tecnologías que domina mejor que la mayoría de los adultos; puede entrar en los bancos de datos por la puerta trasera de Internet y gracias a Samy domina cada vez mejor la informática.

Otros: Aunque a veces se comporte como un adulto sigue siendo incrédulo e ingenuo como un niño de doce años.

Trabajo: Estudia bachillerato.

Habla español, italiano, árabe, inglés y francés como si fuesen su idioma natal.

* * *

Lennon

Edad: 4 años. Perro. Jack Russell.

Descripción: Es un “siete leches”, como dice Zi, una mezcla de madre Jack Russel y padre desconocido, blanco con manchas marrones colocadas como por un estilista. Una de ellas alrededor del ojo izquierdo que le daba un aire de golfo pendenciero. Tiene barbita y pelitos en la cola pero dominan los genes de la madre.

Otros: Cuando se lo ofrecieron a Guido, hace ya cuatro años, y lo tuvo que elegir de una camada de cinco, no hubo dudas por parte de ninguno de los dos. El cachorro vino directamente a ver a Guido, éste lo cogió en brazos

y se lo llevó diciendo: “te llamaré Lennon”.

Trabajo: Alegrar la vida de la manada, estar siempre alegre y dispuesto a la aventura.

Habla todos los idiomas del mundo.

* * *

Miguel Flint Benítez

Edad: 22 años.

Descripción: Es un chico joven que apenas aparenta veinte años.

Delgado y fuerte, de piel morena y pelo castaño recogido con una goma en la nuca.

Ojos negros y brillantes llenos de vida.

Servicial y de buena educación anglosajona. Su padre es inglés y su madre española. Conquista rápidamente a quién esté a su lado.

Le gustan los coches y las motos.

En cuestiones de chicas todavía está verde.

Otros: Cursó su Bachillerato en el British Council School, y ahora está terminando Historia del Arte en Cambridge. Luego quiere hacer un master en el Institut Courtauld y especializarse en la lucha por los delitos contra el arte.

Trabajo: Desde los diecisiete años trabaja todos los veranos en el Parador de Aiguablava que dirige un amigo de sus padres.

Habla español, inglés y un poco de francés.

* * *

Abdel-Aziz

Edad: 50 y pocos años.

Descripción: Abdel-Aziz significa sirviente del Poderoso. Es el mayordomo, hombre de confianza, amigo... en fin, resulta difícil definir cuál

es el papel que desempeña en la familia. Es cuidadoso, meticulado y a la vez puede ser un verdadero bruto testarudo.

Medirá un metro setenta y cinco más o menos, piel mate color aceituna, extremadamente delgado pero con una fuerza que nadie sospecharía.

Pelo muy corto y una perilla. Siempre va vestido de manera oriental.

De nacionalidad egipcia, aunque alguna vez comentó que, en realidad, su familia era de origen persa. Lleva con sus padres desde que Zi tenía recuerdos. No es muy hablador pero cuida de la familia Zenatti como si de su propia vida. Sobre todo desde la desaparición de sus padres. Es como tener a un ángel de la guarda siempre presente. Incluso a veces resulta pesado tener esa sombra pegada al cuerpo.

Otros: Una vez confesó a Guido que su familia estaba al servicio de la suya desde hacía generaciones y generaciones. Era como una tradición. El primogénito varón de su familia se llamaba siempre Abdel Aziz y pasaba al servicio de la familia cuando el que estaba en funciones ya no podía asumir el puesto.

Trabajo: Dedicación completa a la familia Zenatti.

Habla español, italiano, árabe, inglés y francés como si fuesen su idioma natal.

* * *

Samy Andreatos

Edad: 25 años.

Descripción: Zi había conocido a Samy en el Louvre, donde vino con un equipo de investigación robótica, para terminar de poner a punto un robot submarino, que estaban desarrollando para unas excavaciones subacuáticas en la bahía de Abukir, frente a la ciudad de Alejandría en Egipto.

Alto, moreno, con un cuerpo de escultura griega.

De origen griego, pero nacido en Estados Unidos, ahora trabaja en Alemania.

Otros: Levantaba revuelo entre el sexo femenino. Pero cuanto más se le

acercaban, más se concentraba él en su trabajo. Parecía ser la alegoría de la timidez.

Trabajo: Ingeniero en robótica. Actualmente diseñador de ROV subacuáticos para las excavaciones en la bahía de Alejandría.

Habla Alemán, inglés y francés.

* * *

Edgard Rossi

Edad: 58 años.

Descripción: De nacionalidad argentina, es amigo íntimo de los padres de Zi y Guido que lo consideran como su tío.

Es elegante y rígido, con un sentido del humor cínico e irónico. Zi siempre se ha preguntado qué cantidad de laca necesita para mantener el casco de pelo blanco que lleva en la cabeza.

Es anticuario, marchante de arte, y reside en Buenos Aires.

Tiene contactos por todo el mundo pero sobre todo en medio oriente y especialmente en Egipto. Se dice que todo el tráfico de arte pasa por sus manos antes de ser ofrecido en el mercado.

Abdel-Aziz le trata con recelo y Zi no sabe qué pensar.

Otros: Ciertos rumores hablan de un lado oscuro del argentino, tráfico de armas...

Trabajo: Anticuario, marchante de arte.

Habla español, inglés, árabe y francés.

* * *

Paolo Bratti

Edad: 47 años.

Descripción: Veneciano. Su familia servía en el palacio de un

eclesiástico influyente que abusó de su infancia. Es Ordenado sacerdote en 1988 y excomulgado poco después tras un escándalo con mujeres de su parroquia. Su protector fallece en circunstancias extrañas y hereda su fortuna y su palacio.

Alto, esbelto, de constitución atlética.

Moreno, de pelo oscuro perfectamente cortado.

Ojos verdes que realzan aún más la escandalosa belleza de sus rasgos.

Elegante, siempre impecable, hasta la obsesión.

Le gusta el lujo, servir a Dios y las mujeres, en este orden aunque desprecia a estas últimas hasta un grado superior a la misoginia.

Tiene una mancha color rojo oscuro en el cuello que le llega hasta debajo de la oreja izquierda.

Otros: Utilizado por la Iglesia para arreglar ciertos asuntos delicados.

Trabajo: Mercenario del Vaticano, está en todas las cruzadas modernas.

Habla italiano, español, inglés y árabe.

* * *

Frank Bowell

Edad: 40 años.

Descripción: Agente especial de la CIA. Se ha infiltrado en la Biblioteca Nacional como investigador, encubierto por la embajada Norte Americana.

Es un hombre frío y cínico, bien entrenado.

Otros: Tiene carta blanca en esta misión.

Trabajo: Agente de la CIA.

Habla inglés y español.

* * *

Târek El-Kassem

Edad: 57 años.

Descripción: Conductor de taxi en Alejandría.

Gordito y servicial, pelo ondulado pegado a la cabeza, dos ojos negros con vida propia, separados por una nariz pegada a un bigote.

Emigró a Francia con dieciocho años. Luego con treinta y dos años la empresa le propuso ir a Alemania como jefe de equipo. Aprovechó la oportunidad. Le prejubilaban hacía dos años y su mujer y él habían vuelto a casa.

Al volver a Egipto, rápidamente se dio cuenta de que era más rentable y nada problemático ser taxista. La licencia no exigía examen y algunos ni tenían carné de conducir. Él no conocía todas las calles, pero qué más daba; los turistas siempre iban a los sitios conocidos, y si no, preguntaba a un colega.

Otros: Practica la competición de tiro, principalmente con 22LR.

Trabajo: Taxista en Alejandría.

Habla francés y árabe, chapurrea el español y el inglés.

NOTAS

[1] PLC: Programmable Logic Controlers o Controlador Lógico Programable. Que permite controlar con señales eléctricas aparatos, testores...

[2] Paradores de España. Cadena hostelera española.

[3] Largo, chucho asqueroso.

[4] Yo también me asusté.

[5] —¿Allo, Jean Paul?, siento molestarle a estas horas, Soy Zi y...

—Ah, Zi, Abdel Aziz. Estoy enterado. Me voy a ocupar de todo. ¿Dónde se encuentra ahora?

—En Madrid.

—OK, necesito dos días para que todo esté listo. No se le ocurra venir a Marsella antes. La llamo mañana por la noche, tengo su teléfono. Suerte.

—Gracias.

[6]

—Buenos días Zi.

—Buenos días Sr. Leroy.

—Tengo que hablar contigo.

[7] Nos vamos, no hay nada más que hacer aquí.

[8] ¿Qué pasa?

[9] Nada, la chica se ha ido, pero creo que sé donde buscarla.

[10]

—¿Puedes caminar?

—Sí.

—Coge la puta maleta, yo me llevo a éste.

[11] Monseñor, soy yo.

[12] S.A.B. Skull and Bones. (Calavera y Huesos) Poderosa orden masónica secreta fundada en 1833 en la Universidad de Yale, por Alphonso Taft y William Huntington Russell. En 1856, la S.A.B. fue registrada oficialmente como Asociación Russel. Es la más poderosa y secreta de las sociedades norteamericanas. En la actualidad debe de contar con unos ochocientos adeptos entre la élite mundial. Ver bibliografía al final del libro.

[13] Dios está con nosotros. Los hemos encontrado.

[14] Tarrina de pato con setas del bosque, salmón ahumado a la espuma de eneldo y limón, panecillo relleno de cabra con pisto, pierna de cordero al jugo de orégano, piccata de ternera en pastel de tomillo, romsteak con salsa de mostaza provenzal, y filete de mero con crema de alioli, tarta merengada al limón, charlotte de peras, tarta tatin y profiteroles con chocolate caliente.

[15] Diga... Sí... Ya, Ahora mismo bajamos... Gracias.

[16]

—¡Buenas noches, soy Jean Paul!

—Zi, y estos son Guido mi hermano, y Natalia y Miguel, unos amigos en peligro por culpa nuestra.

—¿Qué ha pasado?

—Malas compañías.

—Esto no estaba previsto. Bueno, no pasa nada. Coged rápido vuestro equipaje y seguidme. Necesito que me entreguéis todos los móviles. Ah! ¿Las llaves del coche?

[17] —Ok, he entendido.

[18] ¡Rápido, al barco!

[19] Os presento al capitán Etienne Martínez. Habla español, su madre es de las vuestras. Él os explicará todo durante el trayecto. Yo me tengo que ir. Adiós.

[20] NSA: National Security Agency - Agencia de Seguridad Nacional.

[21] CIA: Central Intelligence Agency - Agencia Central de Inteligencia.

[22] Señoras y señores, estamos cerrando, diríjense a la salida, por favor.

[23] ¿Quién hay?

[24]

—He oído ruidos abajo.

—Es imposible ahí no puede haber nadie.

—Bajemos a ver.

[25] Osama Bin Laden fundador de la red terrorista al Qaeda, analogía con el billete de 500 euros: se sabe que existe pero nunca se ve.

[26] —¡Esto es propiedad privada!

[27] —¿Cuánto para Ramses Station, por favor?

[28] ROV: Remote Operated Vehicle, Vehículo operado a distancia, es un robot submarino no tripulado y conectado en la superficie por medio de un cable largo. La energía, las órdenes, los datos de las cámaras fotográficas y de los sensores y sónares se envían y reciben mediante un mando a distancia a través del cable al ROV.

[29] **Zaggâlah**, singular **zaggâl**, porteador de bastón, vestido con la **gandura** tradicional. Son obreros agrícolas, pero forman una aristocracia guerrera que se ha batido durante tiempo al servicio de las grandes familias de Siwa. El viajero alemán Steindorff describía un singular matrimonio entre hombres. Los terratenientes se esposaban con sus jornaleros, los **zaggâlah**, que no recuperaban su libertad hasta los 40 años; sólo entonces se les permitía casarse con mujeres. Las **mahr**, dotes que se pagaban por los chicos, eran considerables, y los fastos mayores que los de los matrimonios heterosexuales. A los **zaggâlah** no les estaba permitido dormir en la ciudad y vivían en chamizos o en cuevas. Participaban en la defensa y en las frecuentes guerras. En 1928, el rey Fuad visitó el oasis y escandalizado, prohibió terminantemente los matrimonios homosexuales.

[30] Consejo Nacional de la Cultura de las Artes y las Letras.

[31] Maison de l’Orient Mediterranéen (Casa del Mediterráneo Oriental)

[32] Abu Ghraib (**en árabe, siÿn abū ġurayb**), es una prisión iraquí, construida en los años 1980. Fue utilizada por Saddam Husein durante su régimen y posteriormente por el gobierno norteamericano para torturar a prisioneros políticos.

[33] La escopolamina es una droga altamente tóxica y debe ser usada en dosis minúsculas. Una sobredosis puede causar delirio, y otras psicosis, parálisis, estupor y la muerte.

[34] El tiopentato de sodio actúa como agente hipnótico. Con una dosis controlada, su actuación en el cerebro humano produce una disminución de

las funciones corticales superiores que resulta de utilidad en interrogatorios.

[35] La Operación MK Ultra era un programa de investigación secreto de la CIA, que trataba de encontrar métodos para controlar la mente. Hay muchas evidencias de que utilizaba señales eléctricas así como drogas para cambiar el funcionamiento del cerebro. El programa salió a la luz públicamente gracias a la comisión presidencial Rockefeller en 1975.

[36] Langley, sede central de la CIA, está ubicada en Virginia, a sólo diez minutos del Pentágono, en la orilla virginiana del Potomac.

[37] SAS: sala técnica provista de dos compuertas estancas que permite el paso entre dos medios diferentes.

[38] TGV Train Grande Vitesse. Tren de alta velocidad francés.

[39] —¿Fred? ...

—¿Puedes subir treinta segundos al laboratorio, por favor?

—Gracias.

[40] AMS Accelerator Mass Spectrometry. Acelerador de partículas para la datación con carbono 14.

[41] TL Termoluminiscencia. Datación a partir de la luz emitida por elementos como el cuarzo.

[42] Manoir: caserón, generalmente fortificado.